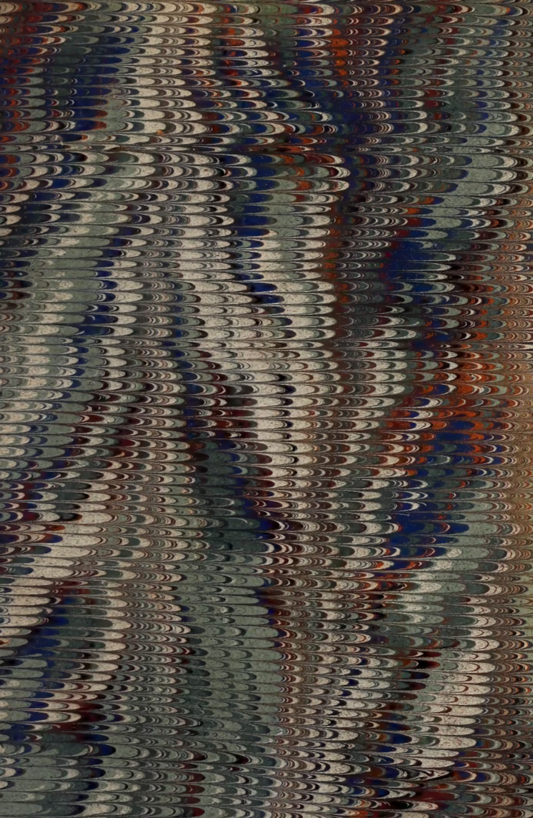






HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.



POR

Mariana.



Francisco Oliva Editor.

BARCELONA.

MDCCCXXXIX

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

Por el P. Juan de Mariana,

ULTIMA EDICION,

Con Láminas

Aumentada con las tablas del Autor, y la continuacion de Miñana traducida, que llega hasta el año 1600, y adicionada UNICAMENTE EN ESTA EDICION con una narracion de sucesos desde

1600 hasta 1833,

Ó SEA HASTA LA MUERTE DEL REY

DON FERNANDO VII;

Un resúmen cronológico de los sucesos mas notables sumamente necesario para metodizar el estudio de la historia;

Por D. José Maria Gutierrez de la Peña,

Y un escrito clásico del Señor Conde de FLORIDABLANCA A DON CARLOS III, que contiene lo acaecido durante su Ministerio.

TOMO IX.

Barcelona.

Imprenta de D. Francisco Oliva,

CALLE DE LA PLATERIA, NUMERO 8.

Editor y propietario del DICCIONARIO HISTORICO Ó BIOGRAFIA UNIVERSAL DE HOMBRES CÉLEBRES.

1839.

Se halla tambien venal :

MADRID : librería de D. José Cuesta.
CADIZ : en la de los Sres. Hortal y Compañía.
VALENCIA : en la de D Jaime Faulí.



NARRACION DE SUCESOS

Desde el año 1600 hasta la muerte de

FERNANDO VII.

LIBRO PRIMERO.

REINADO DEL REY D. FELIPE III.

Capítulo primero.

Preliminares.

ENTRAMOS en una época amarga de la Historia de España, pues de la muerte de Felipe II data la decadencia de un imperio que habia llegado al mas alto grado de esplendor, que

era la envidia de las naciones estrañas, y que habia sabido remontarse por las armas á un poder colosal. Sin embargo, si bien se meditan los hechos, mejor dirémos que la decadencia de España data del mismo reinado de Felipe II, y aun del de su padre Cárlos I. En sus tiempos se descubrieron y conquistaron esas inmensas regiones de la América, adonde volaron los naturales de la Península con ávida sed de riquezas, y por las cuales se derramaban, descuidando la cultura de su propio suelo. Y esto en parte lo efectuaban porque muchísimas tierras de España pertenecian á la nobleza; por entonces, la suma total del ánnuo producto de las tierras que eran propiedad de los nobles ascendia á un millon cuatrocientos ochenta y dos mil ducados; suma que comparada con el valor del dinero en aquella época, y habida razon de que al sacar aquel cálculo se trataba solo de los nobles dignatarios, ha de parecer estraordinaria. Los Comuneros en sus contiendas con la corona, segun Sandóval, se quejaban de que fuesen tantos y tan estensos los dominios de la nobleza en daño de los pecheros. De consiguiente la decadencia de España data de mucho mas lejos que de la muerte de Felipe II; pero hasta entonces el estruendo de unas armas victoriosas siempre, la fama de unas conquistas señaladas, el terror que inspiraba la justa nombradía de los ejércitos españoles, las admirables narraciones de las maravillas obradas en la conquista de un Nuevo Mundo, y las flotas cargadas de oro que recibia nuestro gobierno de aquellas regiones dilatadas, todo era un telon hermoso que ocultaba el cáncer interior que corroia las entrañas de la nacion, los vicios de los gobernantes, su insuficiencia para conocer las verdaderas sendas de la riqueza pública, y para ir declinando la ruina de una nacion que pasaba por opulenta y en cuyo seno iba vegetando ya la decadencia. Las guerras contra la Francia, Holanda é Inglaterra costaron á Felipe II cerca de seiscientos millones de ducados; hizo además construir treinta ciudadelas, fortificó sesenta y cuatro plazas, construyó muchos palacios y sepultó un caudal inmenso en el monasterio del Escorial. Además en su tiempo se acabaron nueve puertos y veinte y cinco arsenales: todo daba indicios de una nacion opulenta que rebosa vida, y que impunemente puede derramar sus tesoros; pero esos indicios eran falsos, pues á pesar

de la economía y del genio del Monarca, dejó una cuantiosa deuda al tiempo de su muerte, deuda que debia abrumar á sus sucesores, mayormente no siendo genios superiores como el suyo y el de su padre. Felipe con una memoria prodigiosa, y una sagacidad rara poseia en alto grado el arte de gobernar á los hombres; nadie supo conocer y emplear mejor que él el mérito, haciendo respetar la majestad Real, las leyes y la religion y conmoviendo desde su gabinete el universo. Pero hay mucha diferencia por desgracia entre gobernar á los hombres y conocer los verdaderos intereses de un pueblo; porque un esplendor efímero y el brillo de una gloria falaz alucina frecuentemente á aquellos, y es muy difícil estudiar la índole de estos y sus necesidades para abrir entre ellos las fuentes de una prosperidad que resulte en beneficio de los venideros; frecuentemente se pierden los gobernantes anteponiendo á lo porvenir lo presente, y prefiriendo arrancar un grito de aclamacion de los presentes, que merecer una alabanza justa de parte de la generacion que ha de venir.

Felipe III heredó pues los males pasados que iban agravándose por momentos, y que debian aun subir de punto por la continuacion del sistema que los habia ocasionado; pero á los males de una época anterior se juntaron los males y desastres de su época, y como el cetro que hasta entonces estuvo en manos fuertes pasase á otras descarnadas, es de ahí que cayó el velo que encubria la debilidad con la armadura del héroe.

Además, la época que aquí se abre es memorable tambien por el cambio de ideas que empezó á esperimentarse en Europa; pues durante el siglo diez y siete se principió y consumó la revolucion de Inglaterra. Las ideas políticas que la motivaron amenazaban ya irse estendiendo por Europa, y si Luis XIV de Francia hizo tantos esfuerzos para oponerse á que se consumase en la Gran Bretaña el nuevo órden de cosas, á par de las miras que le impelieron á la resistencia no militó por poco la de que los innovadores no encontrasen prosélitos en Francia reproduciendo unas escenas ruidosas, cuyo eco resonó en todas partes.

La decadencia de España iba pues, á dar pasos colosales, precisamente cuando los demas pueblos se iban adelantando en el camino de la prosperidad. De consiguiente, no es muy

alegre el cuadro que debe presentar un historiador del siglo XVII. Hasta entonces al menos mil acontecimientos de toda especie habian llamado la atencion pública: los hechos del emperador Cárlos V. habian llenado la tierra, y la fama de sus proezas y de su grandeza estraordinaria se perpetuaba en mil monumentos y obras dignas de pasar á la posteridad. Hasta entonces al menos el proceloso reinado de Felipe II entre mil gloriosas conquistas, arrebató tambien la admiracion y engendró zelos y envidia de parte de los demas potentados de Europa.

Pero el coloso tocaba á su ruina: Felipe III, rey de cortos talentos para la guerra; y poco sagaz en elegir buenos ministros, dejó que su vasta monarquía fuese declinando visiblemente. Una cosa impide escribir con verdad los sucesos del siglo XVII: tal es el que á medida que fueron disipándose las glorias de la nacion, enmudecieron atónitos los analistas é historiadores, como si les arredrase el recordar lo que estaban viendo por sus mismos ojos, y á lo que apenas daban crédito. Por esta misma razon, muy pocos son los que han hablado de los reinados de Felipe IV y Cárlos II, puesto que la decadencia continuaba siempre, y acostumbrados los historiadores á escribir glorias, no quisieron meterse en contar desastres. Por esto muchos han dudado de cuales fueron las verdaderas causas de la decadencia cuyos efectos se sintieron; y como los estranjeros quisiesen esplicarlas á su modo, de ahí ha resultado el que se mencionen causas estravagantes por unos, y el que lo achaquen otros á otras causas que no han existido. Despues de lo que dejamos transcrito en este capítulo, contentémonos con saber que la historia no entra aquí en un campo de glorias, lleno de entusiasmo y de efervescencia, ni en un campo de orgullo inspirado justamente por unos veteranos que habian recorrido la Europa; el entusiasmo se trocó en abatimiento, y el orgullo en humillacion. Todavía brillarán algunos resplandores de esa gloria y de ese entusiasmo, pero serán resplandores pasajeros que hacen despues mas lóbrega la obscuridad que se sigue.

Capitulo II.

Principios del Reinado de Felipe III. Pasa la corte á Valladolid. Sigue la guerra de Flandes con encarnizamiento. Empieza á decaer la Monarquia. Nace Felipe IV.

El once de octubre de mil quinientos noventa y ocho fué proclamado en Madrid Don Felipe III. A diferencia de su padre faltándole las prendas de buen gobernante, así como aquel regia la nacion desde el fondo de su gabinete, entregó este las riendas en manos de Don Francisco de Rojas, duque de Lerma y marqués de Denia, que ciertamente no tenia mas don de gobierno que su amo. Poco político y nada entendedor en punto á administracion, hubo á su vez de entregar las riendas del gobierno á un tal Don Rodrigo Calderon que de paje suyo pasó á ser su confidente y el del Rey. La paz y la guerra quedó pues en tales manos, y no es estraño que asi la política como las armas naufragasen, entregándose su direccion y menejo á tales hombres. Al punto se retiraron de la corte los hábiles consejeros de Felipe II; consejeros que si bien desconocieron los principios de una política justa, fueron al menos celosos de la gloria patria.

Dió principio el nuevo Monarca á su reinado como acostumbraban á hacerlo los Reyes de Leon y de Castilla, es decir recorriendo algunas provincias junto con la Reina. De esta suerte pasaron por Valladolid, Avila, Segovia, Medina del Campo, Toledo, Salamanca y otros pueblos. Publicóse á últimos del año de 1600 un bando de traslacion de la corte á
Valladolid, cosa que se efectuó el siguiente año, saliendo de 1600.
Madrid el dia 11 de enero. El veinte y siete de mayo se juraron en Valladolid las paces con Francia, paces que se habian concluido en Vervins. Estas tuvo por principal objeto el que los Franceses cesasen de enviar socorros á los Holandeses contra los Españoles; pero el objeto no se logró, porque ocultamente seguian enviándose los mismos socorros, con grave daño de las armas españolas en aquellos paises. Seguia por entonces la guerra de España con Inglaterra, y el nuevo minis-

tro parecia querer entretenerla y darla pábulo con la sublevacion de Irlanda, que se habia enconado sobre manera; sin embargo, el conde de Essex atacó con Kinsal á un cuerpo de Irlandeses y de Españoles y los derrotó, siguiéndose de ahí la rendicion de Kinsal, defendida por Don Alonso de Aguilar. A pesar de tan señalada ventaja, tuvo incalculables pérdidas el ejército inglés, de manera que fué destituido su general.

La guerra de Flándes continuaba ensangrentada como siempre. El archiduque Alberto llegó á Bruselas para tomar posesion de sus estados. Un cuerpo Español de dos mil infantes y ochocientos caballos se sublevó, apoderándose de Hamont, y haciéndose fuerte en ella. En Dunas perdió entonces el Archiduque la batalla llamada por otro nombre de Nieuport. Esta plaza estaba sitiada por mar y tierra, y Alberto acudió á su socorro con unos doce mil hombres, arrolló la retaguardia enemiga, y se dirigió al momento contra el cuerpo del ejército que estaba situado entre la ciudad y el mar. La victoria no hubiera tardado en coronar sus esfuerzos si uno de sus tenientes hubiese logrado flanquear al enemigo; empero los acertados tiros de la escuadra holandesa se lo impidieron. A pesar de esto, el éxito de la batalla se disputó tenazmente hasta que Alberto fué herido de gravedad. Entonces desalentándose sobre manera sus tropas, peleaban ya no por la gloria del vencimiento sino por el honor de no sucumbir: tuvo pues que retirarse el ejército á Brujas, donde pasó algun tiempo para rehacerse. Esta batalla que parecia deber tener grandes resultados, no los tuvo ciertamente; el que debia aprovecharse de ella volvió á atacar con furia la ciudad sitiada, pero fué rechazado con pérdida, y tuvo que volver á Holanda sin que aquella victoria señalada le hubiese hecho conseguir ninguna ventaja palpable.

A la paz de España con Francia se siguió en breve la paz
1601. con Inglaterra. Murió Isabel Reyna de Inglaterra, y quedando con ello pacífica la Europa, solo se pensó en los Paises Bajos, donde la guerra continuaba con furor. El archiduque Alberto puso sitio á Ostende con vivos deseos de no desistir de la empresa hasta lograr su rendicion; pero los ocultos socorros que los Ingleses y Franceses así como los Alemanes enviaban á los sitiados, hacian que estos se defendiesen con una obstina-

cion de que tal vez se encontrarán muy pocos ejemplos. Entretanto la ciudad de Rimberg fué tomada por Mauricio despues de haberse defendido gloriosamente; el ejército enemigo pasó á sitiar otras plazas, pero tuvo que desistir de su empeño; de manera que al fin de la campaña estuvo por algunos dias á punto de lograrse la rendicion de Ostende. Llegáronles sin embargo á los defensores nuevas tropas de Zelandia, y tuvo que principiar el sitio con mayor encarnizamiento de una y de otra parte. Por este tiempo una escuadra española mandada por Don Martin Padilla destruyó un sin número de piratas Berberiscos que infestaban nuestras costas, y apresó ó echó á pique nueve navíos holandeses.

A la sazon se dejó ver en Venecia otro supuesto Rey Don Sebastian, cuya semejanza con el Monarca que se lloraba alucinó á muchos portugueses fanáticos, y mas oyéndole contar las aventuras que habian sucedido á su supuesta muerte. Habia cundido tanto en Portugal esta voz, que solo se esperaba allí su presencia para declararse por él, y acabar con los Castellanos; pero fué preso á poco en Toscana precisamente cuando se dirigia á poseer su trono, y fué ajusticiado en la cárcel misma confesando antes su impostura.

En la Península se iba poco á poco perdiendo la disciplina militar. Haciase sentir sobremanera la falta de numerario, y se acudió al espediente de doblar el valor del vellon sin que se aumentase su peso; el comercio sintió estraordinario perjuicio por esta medida, y los pueblos la lloraron muy en breve; las naciones estrañas labraron infinidad de monedas y las introdujeron en la Península; de manera que llegaron á girar por España mas de veinte y ocho millones de moneda de vellon, subiendo por ello de precio los comestibles, los jornales, y la estimacion intrínseca del oro y de la plata.

El archiduque Alberto asaltó con gran pérdida y sin éxito 1602.
favorable la plaza de Ostende; pero á pesar del descalabro, y de no poder impedir que los sitiados recibiesen socorro por mar, no pensó en desistir de su empresa. Mauricio con la mayor parte del ejército enemigo se internó en el Brabante; pero reforzado el ejército español con ocho mil hombres venidos de Italia, rechazó al agresor, quien tuvo que reducirse á poner sitio á Grave, de cuyo punto se apoderó, siendo inúti-

les los esfuerzos que para socorrerla hicieron los Españoles.

1603. El dia primero de enero nació en Valladolid la infanta Doña María de Borbon que murió á los dos meses, casi al mismo tiempo que la reina Isabel de Inglaterra, á la que sucedió la rama de los Estuardos por haberse estinguido en su persona la dinastía de Tudor.

Las operaciones de la campaña de Flándes no tuvieron consecuencias de consideracion. El sitio de Ostende continuaba con teson por parte de los Españoles, y con esfuerzo por parte de los sitiados. Rebelóse contra el Archiduque un cuerpo de tropas italianas, que se pasó á Mauricio; pero á pesar de esto no logró el enemigo apoderarse de Bois-Leduc, cuya plaza acometió, y que fué reforzada á tiempo.

Continuaban nuestros navíos logrando considerables ventajas por mar, ya contra los piratas berberiscos, ya tambien contra las escuadras holandesas que querian interceptar los convoyes de América. Don Diego Brochero, que mandaba gran parte de nuestras fuerzas marítimas, apresó siete navíos holandeses, y puso á los demas en un estado deplorable.

El poder marítimo de Inglaterra iba por entonces cimentándose, merced á los esfuerzos hechos por la reina de Inglaterra, Isabel, que acababa de morir. Esta Reina, superior ciertamente á muchos monarcas célebres, fué notable por sus prendas varoniles: luchó durante todo su reinado, y casi siempre felizmente, contra la casa de Austria, y preparó de esta suerte por su parte la decadencia española.

1604. A principios del año 1604 tuvo el rey Felipe III córtes en Valencia, cerrándose el 19 de febrero; juró los fueros y libertades de aquel reyno, y en pago el reino de Valencia le hizo un donativo de cuatrocientos mil ducados.

El sucesor de la Reyna de Inglaterra, no sintiéndose inclinado interiormente á aborrecer á los Españoles, ni á favorecer á los Holandeses, hizo que mudasen enteramente las relaciones con España é Inglaterra, como hemos dicho ya. Apenas tuvo el Archiduque Alberto noticias de que habia Jacobo subido al trono, cuando mandó cesasen las hostilidades contra los Ingleses, y mandó soltar á cuantos deesta nacion tenia prisioneros. A esta generosidad correspondió Jacobo con otra igual, y fué de ello una consecuencia el firmarse el 18 de agosto la

paz entre España y la Inglaterra, obligándose los Ingleses á no favorecer en nada á los Holandeses, ni aun á enviar á sus puertos víveres ni municiones de guerra. No fué poca parte para afirmar este tratado la envidia que empezaba ya á suscitar en la Gran Bretaña el estraordinario comercio que la Holanda, república en cierto modo de mercaderes, hacia en las cuatro partes del mundo. A pesar de este tratado, cuya tendencia conocieron sin duda los Holandeses, fundaron estos por entonces la famosa compañía de las Indias Orientales, y echaron de las islas Molucas á los Portugueses. Con varias de nuestras galeras, apresó el mismo año el Marqués de Santa Cruz varias embarcaciones turcas en el Archipiélago, y entregó al saqueo las islas de Longo, Patmos, Zante, Estatche, apoderándose de la plaza de Durazo, y recogiendo un botin inmenso, con el cual pudo volver á Nápoles enriquecido y glorioso.

Continuaba con actividad la guerra en los Paises Bajos, y fué nombrado general en gefe del Archiduque el marqués Ambrosio Espínola, digno sucesor de Alejandro Farnesio; sin embargo, esta eleccion no pudo menos de escitar rivalidades entre los demas gefes del ejército, que en años y en servicios llevaban ventaja al elegido; pero no tardaron en ser reconocidos los superiores talentos del nuevo general; y su moderacion y política se captó en breve la estimacion de todos. Merced á sus desvelos quedó restablecida la disciplina, arreglada la hacienda militar, y cortado de raiz el gérmen de la desercion, que por muchos años habia sido la ignominia de aquel ejército.

Convencido Espínola delante de Ostende de que todos los planes formados para impedir que los sitiados recibiesen socorros por mar eran inútiles, asaltó por dos veces la plaza; la primera vez acometió con denuedo tal que quedaron los enemigos encerrados dentro del foso, y á la segunda embestida tuvieron que capitular.

Asi acabó el memorable sitio de Ostende, en que los sitiados perdieron cincuenta mil hombres y los sitiadores ochenta mil; tres años duró este sitio encarnizado de que ofrece pocos ejemplos la historia, y al fin se rindió la plaza, saliendo libre la guarnicion el dia 20 de setiembre de 1604.

Con la conquista de esta ciudad opulenta, fuerte y marítima vió el Archiduque casi libre de enemigos la provincia de Flándes; puesto que aunque Mauricio habia logrado entrar en algunas plazas de menor órden, sin embargo eran estas pérdidas de poca importancia comparadas con las que acababan de sufrir los enemigos.

1605. El dia 8 de abril de 1605 nació el Príncipe D. Felipe, que debia despues suceder á su padre con el nombre de Felipe IV. Este nacimiento pareció ser el preludio y el principio de la alegría que reinó aquel año en España, á causa del buen éxito de las operaciones militares llevadas á cabo con brio por mar y tierra.

Viendo los Holandeses la actividad del general Espínola, meditaron en secreto el sitio de Amberes, é iban á ponerle en ejecucion; mas como el gefe español penetrase su intento, impidió no solo que el enemigo desembarcase tropas en las inmediaciones de aquella plaza, sino que tambien le hizo levantar el sitio de otras de que pensaba apoderarse. El ejército español se arrojó entonces á apoderarse de las plazas fuertes del Mosa y del Rin, y despues de haber dejado bien protegida la línea del Escalda, pasó á apoderarse de Ordenzeel y poner sitio á Lingen. La guarnicion de esta última plaza hizo los mayores esfuerzos de valor, pues estaba informada de que Mauricio acudia á su socorro; superando todos los obstáculos se apoderó de la plaza el general Espínola, y cuando llegó Mauricio para socorrer á sus tropas, tuvo ya que pensar en su defensa mas bien que en ofender á su enemigo. Acometiéronse al propio tiempo varias plazas, entre otras la de Wachtennoock, cuyo sitio se confió al conde de Bucquoi, mientras el general Espínola protegia sus operaciones. Mauricio, sabedor del aprieto en que se hallaban los sitiados, destacó á uno de sus tenientes para que se interpusiese entre los sitiadores y el cuerpo del general Espínola, pudiendo de esta suerte batirlo en detall. Su teniente fué rechazado; pero conociendo Mauricio que aquel ataque debia ser capital, acometió con sus mejores tropas, y casi estuvo á punto de conseguir victoria; empero el infatigable Espínola no tardó en llegar al socorro de su gente, y tuvo que retirarse precipitadamente el Holandés. Este gran capitan tuvo desde entonces que conservarse en la de-

fensiva durante el resto de la campaña, que concluyó con gloria del ejército español, desplegando su general una táctica que fué bastante para probar á Mauricio que no tenia que confiar mucho en su buena fortuna.

Para colmo de las glorias de aquel año, no pararon aquí las ventajas conseguidas por las armas españolas; fueron derrotados enteramente los Moros en Tánger, y por el mismo tiempo Don Luis Fajardo, gefe de una de nuestras escuadras, embistió en las salinas de Arraya á toda una escuadra holandesa, les apresó diez y nueve navíos, quemólos, pasando á cuchillo su gente, y ahorcó á un tal Daniel llamado príncipe de las Salinas. Esta crueldad con los vencidos parece que fué efecto de represalias, á causa de las crueldades cometidas por los Holandeses poco tiempo antes. Con efecto, apresaron estos en el canal de la Mancha unos buques españoles de transporte para el ejército de Flándes, y toda la tripulacion fué arrojada al mar de dos en dos. Muy estraña es por cierto tanta barbarie en la guerra que se hacia por mar, siendo así que en Flandes, no solo guardaban los combatientes el derecho de gentes, sí que tambien algunas veces se daban ejemplos con los vencidos de la caballerosa cortesía de la edad media.

En el estrecho de Gibraltar apresó Don Pedro Toledo, marqués de Villafranca, once piratas moros que infestaban las costas de España y Africa. En el ínterin el portugués Felipe Brito estaba derrotando en la India las fuerzas navales del rey de Aracan, se apoderó del reyno del Pegú, sito sobre el golfo de Bengala, del cual sacó un botin inmenso. La ciudad de Malaca, defendida por Mendoza, resistió con valor á toda una escuadra holandesa, que á poco fué derrotada por el Virey de Goa, que iba á socorrer la plaza.

Todas estas victorias hicieron que el año 1605 se reputase año de gloria, por lo que Madrid y toda España rebosaba una alegría estraordinaria. En Valladolid el Condestable de Castilla, que habia concluido en Lóndres la paz con Inglaterra, convidó á comer al almirante inglés enviado para ratificar el tratado. Sirviéronse en el banquete mil y doscientos platos diferentes. El Duque de Lerma dió por su parte otro, en el cual procuró esceder al del Condestable. Prodigábanse y consumíanse de esta suerte caudales inmensos, siendo así que el

erario estaba exhausto, y que apenas se podian enviar las pagas corrientes al ejército de Flándes.

Capitulo III.

Vuelve la Corte á Madrid. Nacimiento de la Infanta Doña María y del Infante Don Cárlos. Jura del Príncipe Don Felipe. Treguas con Holanda. Nacimiento del Infante Don Fernando. Espulsion de los Moriscos.

1606. Despues de haber mediado varias consultas, restituyóse la corte á Madrid, no sin disgusto del Rey, el 20 de febrero del año 1606. Por el mismo tiempo fueron reconquistadas las Molucas, y unidas á ellas para un mismo gobierno las posesiones de Zeylan y Zebú junto con el reino de Cambaya. Pasó la corte algunos meses en el Escorial, y allí el dia 18 de agosto la Reina dió á luz á la infanta Doña María, de la cual fué padrino el Duque de Lerma, cuya privanza con el Rey subia de punto cuanto mas la nacion iba decayendo. Por este tiempo tuvieron lugar en el Perú varias sediciones y tumultos, cuyos autores sufrieron á poco el condigno castigo.

Hiciéronse este año los mayores sacrificios para poner á las órdenes de Espínola un ejército poderoso; y habiéndose logrado, quedó Mauricio inferior en fuerzas, y tuvo que contentarse con fortificar varias líneas quedando de este modo reducido á la defensiva. El plan de campaña que habia concebido Espínola era penetrar con su ejército en el centro de las Provincias Unidas, casi delante de Utrech, formando dos cuerpos que obrasen combinadamente, el uno bajo su mando inmediato, y el otro dirigido por el Conde de Bucquoi. Era este un plan admirable digno de quien lo habia concebido; pero el Conde no pudo efectuar su movimiento á causa de la obstinacion con que le rechazó en todos puntos el enemigo, mientras que la inundacion motivada por el deshielo impidió á Espínola vadear el rio Issel.

Entonces el general español se vió precisado á mudar de plan, y penetró en la provincia de Zutphen. Acomete la ciudad de Lockem y entra en ella sin resistencia; pone sitio á Groli y

penetra en ella antes que el general enemigo pueda socorrerla, preséntase delante de Rhimberg, y logra la capitulacion de que se entregará dentro cierto tiempo si no es socorrida. Mauricio se presentó á la vista dentro del tiempo prefijado; temió empero acometer á Espínola en su acampamento, y á favor de rápido movimiento se echó sobre Groll, cuyo punto habia recientemente perdido; Espínola envió allá algunas tropas, y su vista fué bastante para que el enemigo abandonase el campo.

Hallábase á la sazon peleando á las órdenes de Espínola el famoso duque de Osuna, de quien tanto se ha hablado, y que llegó á ser el terror de su gobierno mismo por los designios que se le suponian.

Interin llevaban lo mejor en los Paises Bajos los ejércitos españoles, estaban recelosos los Príncipes de Italia, viendo que el conde de Fuentes reforzaba su ejército y construia fuertes en las fronteras del Milanesado de que era Gobernador. Tuvieron entonces principio aquellas grandes disensiones que despues motivaron guerras crueles: con efecto, entre los fuertes construidos por aquel gobernador, lo fué uno el llamado de Fuentes, situado en la parte septentrional del lago de Como. Interiormente deseaba Venecia dar muestras de su resentimiento contra los Españoles, pero no pudo efectuarlo por entonces.

Habia aquella república publicado algunas leyes opuestas á los cánones y á la disciplina de la iglesia; opusiéronse buenamente á ello varios jesuitas é individuos de otras órdenes religiosas; y sobre todo resistieron á que se sujetase á dos clérigos á la ley civil, y á que se les castigase con pena ordinaria. Agrióse el negocio de manera que el Papa Paulo V salió en defensa de la jurisdiccion eclesiástica; mas como el Senado no hiciese caso alguno de sus amonestaciones, conminó á los Venecianos con el anatema de costumbre.

Paulo V pidió socorro á Felipe III, y este reunió en Italia treinta mil hombres, nombrando general de ellos al conde de Fuentes. Esta amenaza y los preparativos hechos consiguieron que Venecia volviese á la obediencia del Papa, de la cual se habia descartado.

El dia 15 de setiembre de 1607. Nació en Madrid el infante Don Cárlos. Sobre las costas de Cromandel tuvo lugar una ba- 1607.

talla naval entre Holandeses y Portugueses perdiendo estos siete navíos, y viéndose obligados aquellos á levantar el sitio de Malaca. Poco despues volvieron ambas escuadras á las manos, cuya accion tampoco fué decisiva, produciendo no obstante ocho meses de armisticio, pues unos y otros se hallaron agotados. Abbás rey de Persia, envió á Felipe III una embajada acompañada de riquísimos presentes, rogándole que declarase la guerra al turco Mustafá, que devastaba sus dominios por la parte de Bagdad. Sin embargo, la España no era lo que fué en tiempo de Don Juan de Austria y en la época de la batalla de Lepanto: íbanla aniquilando las profusiones intempestivas, la codicia de Lerma y de Calderon, y el mal manejo de la real hacienda: así que se despidió á los embajadores persas con cortesías y palabras.

La guerra de Flándes habia llegado á tal estremo, que los dos beligerantes necesitaban paz: Felipe III porque sabia que aunque la Francia firmó la paz de Vervins, mostrábase sin embargo muy resentida contra la España, y anelaba vengarse de ella, y si retardaba el golpe era para darle mas seguro; deseábala tambien el Holandés porque todavía era formidable el poder terrestre de la España, y porque Espínola era un general temible. Mauricio era quien menos deseaba la paz, así porque queria con nuevas victorias borrar las recientes derrotas, como tambien porque un general ilustre casi es dictador en tiempo de guerra. Sin embargo, los consejeros del estado estuvieron por la paz y activaron sus negociaciones. Despues de no pequeñas dificultades consintieron los Españoles en tratar con los Holandeses como con un pueblo libre; con esta frase no reconocian del todo la independencia de las Provincias Unidas ni se oponian á la paz deseada. Asistieron á las negociaciones embajadores de parte del Rey de Francia; pero siempre daban la razon á los Holandeses, pues tales eran las instrucciones que habian recibido de Enrique IV su rey. Deseosos todos de que concluyese pronto una negociacion tan deseada, hubo entonces una especie de armisticio por tierra; pero no sucedió lo mismo por mar: una escuadra holandesa fuerte de veinte y seis navíos embistió delante de Gibraltar á otra española de veinte y un buques, mandada por Don Juan Dávila. La acometida fué espantosa: los dos gefes de escuadra

murieron al dar principio á la batalla, mas no por esto desistieron los furiosos combatientes de su empeño. Ganaron al fin los Holandeses, si bien que sufriendo bastante pérdida; los Españoles perdieron unos dos mil hombres, y de sus buques no se salvó uno.

El dia 13 de enero de 1608 juraron las córtes en San Gerónimo del Prado al príncipe Don Felipe como heredero del trono, asistiendo á la ceremonia los procuradores de las ciudades, la Grandeza y el Clero. Para urgencias del Estado las córtes otorgaron al Rey un donativo de diez y siete millones y medio, y hay quien dice que llegaron á veinte y siete. 1608.

Por entonces hubo movimiento en Chile contra los Españoles; al momento el virey del Perú Don Juan de Mendoza, marqués de Montesclaros, voló con tropas al valle de Arauco que era el foco de la rebelion, y deshizo en varios encuentros á los amotinados. Gonzalo de Solis descubrió y conquistó varios pueblos en el mismo Perú, en cuyas espediciones que duraron cinco años se halló la célebre Catalina Arauzo peleando vestida de soldado hasta conseguir por sus hechos y valor el grado de alférez. En Mozambique derrotaron tambien este año los Portugueses al mando de Don Cristóbal de Melo á los Holandeses, cuyo general Don Pedro Blens sucumbió con casi toda su tropa.

El dia 9 de abril de 1609 se firmó en Amberes una tregua de doce años entre Holanda, Flándes y España, interponiéndose por garantes mediadores la Francia y la Inglaterra. En el artículo primero fueron reconocidas como libres é independientes todas las Ciudades Unidas, independencia que les habia costado inmenso número de navíos, de hombres y tesoros; en los demás se arreglaron varios puntos importantes al comercio. De esta suerte concluyó aquella famosa y sangrienta lucha de cuarenta y cinco años, entre unas provincias industriosas y el poder gigantesco de toda una monarquía. Si hemos de indagar las causas de la decadencia española, encontrarémos una de ellas en esa guerra emprendida sin política, continuada injustamente, y llevada á cabo sin objeto. Ciertamente que los ejércitos españoles se grangearon una gloria inmortal; pero antes de sacrificar tanta sangre debia el gobierno de España conocer que de hecho estaba arraigado ya el poder de la 1609.

Holanda y que una lucha obstinada serviria solo para engrandecerla: el valor y la disciplina militar, en que nadie igualaba entonces á los Españoles, recibió una sancion completa en esta lucha; pero esa gloria militar de nada servia á la patria, solo sí de llanto para las familias de los que sucumbian en la contienda. Estipulóse además en el tratado que el archiduque Alberto y los Holandeses siguiesen ocupando el país en cuya posesion se hallaba cada cual con sus ejércitos respectivos.

El dia 17 de mayo nació en el Escorial el infante Don Fernando, que llegó despues á ser cardenal y mas adelante gobernador de Flándes.

Libre ya de enemigos en el continente europeo, pudo el gobierno español enviar á mediados de julio una espedicion de doce navíos, que salió de Cádiz al mando de Don Luis Fajardo para perseguir á los piratas berberiscos que infestaban nuestras playas del Mediterráneo. Aquel esforzado marino destruyó una escuadra turca en las aguas de la Goleta, hizo riquísimas presas, estinguió á los piratas, y coadyuvó á la empresa de Don Pedro de Leyva y del marqués de San German, que en el reyno de Marruecos se apoderaron de Larache, cuyo punto fortificaron.

1610. En Lerma el dia 24 de mayo de 1610 nació la infanta Doña Margarita que murió de edad de siete años. Por entonces acaeció la muerte de Enrique IV Rey de Francia, á quien sucedió Luis XIII. Murió aquel Monarca en las mismas calles de Paris á manos de un asesino, cosa que decirse puede retardó por algunos años una lucha que ya los políticos reputaban imminente. Un historiador francés se atreve á decir que la España contó entre sus triunfos la muerte de Enrique IV; pero esa calumnia horrorosa no merece siquiera que se desmienta, porque es sabido ya que solo el fanatismo mas atroz pudo guiar la mano del asesino.

La muerte de Guillermo duque de Cleves y de Juliers dió motivo á unas disputas diplomáticas que tal vez hubieran podido ser fatales al tratarse de su sucesion, puesto que algunas cortes, principalmente la de Madrid, se declararon por unos sucesores, siendo así que Enrique IV rey de Francia, se declaró antes de morir por otros, é hizo poner en marcha sus ejércitos para las fronteras de Champaña.

Por este mismo año nuestro Gobernador de las islas Filipinas destrozó una armada holandesa en las aguas de Luzon.

Pero el acontecimiento mas ruidoso de este año fué sin duda la espulsion de los Moriscos, que se llevó á cabo sin remedio. Hacia tiempo que se ventilaba esta cuestion, principalmente desde que se trasladó la corte á Valladolid. Los pareceres fueron varios, y aun se escribieron muchos dictámenes en pro y en contra; pero prevaleció la afirmativa, ya porque los Moriscos maquinaban rebeliones y servian de espías á los piratas berberiscos, como tambien porque los principales de la corte junto con el Rey eran de parecer de que fuesen estrañados.

Es de presumir que nunca podia efectuarse una sincera reconciliacion entre los conquistadores de los reynos de Valencia, Sevilla y Granada y los restos de los antiguos dominadores de estos reynos. Los unos recordaban ocho siglos de lucha para odiar á los vencidos, y los otros tenian siempre á la vista el mal trato de los vencedores y el desprecio del vulgo que los motejaba con el apodo de cristianos nuevos. Así que, cuando se publicó el decreto de estrañamiento, nunca se ha visto recibido con mas popularidad un decreto mas fatal para una Monarquía. Algunos Moriscos intentaron resistir y hacerse fuertes; pero fueron batidos, embarcados y conducidos á las costas de Africa. Las cartas-órdenes enviadas á los capitanes generales llevaban la fecha del Escorial de 11 de setiembre de 1609, y para pesar las razones qne se alegaron entonces, trasladamos como ducumento histórico una de esas cartas-órdenes ó decretos: *El Rey* « Muy entendido teneis lo que por tan largo discurso de años se ha procurado la conversion de los Cristianos nuevos de ese Reyno, los edictos de gracia que se les concedieron, las demas diligencias que se hicieron para instruirlos en nuestra Santa Fé, y lo poco que todo ello ha aprovechado; pues no se ha visto que se hayan convertido, sino antes crecido de dia en dia su obstinacion y el deseo y voluntad que siempre han tenido de maquinar contra estos Reynos. Y aunque el peligro y irreparables daños que de disimular con ellos podian suceder se me representó años ha por muchos, muy doctos y santos hombres, exhortándome al breve remedio á que en conciencia estaba obligado, asegurándome que podia sin ningun escrúpulo castigar en las vidas y hacien-

das, porque la notoriedad y continuacion de sus delitos, y la atrocidad y gravedad de ellos los tenia convencidos de hereges, apóstatas y proditores de la Sacra Magestad divina y humana; y se pudiera proceder contra ellos con el rigor que sus culpas merecian. Todavía deseando reducirles por medios suaves y blandos, mandé hacer en Valencia la Junta que habréis entendido con fin de ordenar una nueva instruccion y conversion, para mayor descargo, y ver si se podria escusar el sacarlos. Pero habiendo despues sabido por diversas y muy ciertas vias que los de ese reyno y los de Castilla pasaban adelante con el mismo intento, pues al mismo tiempo que se trataba de su reduccion enviaron personas á Constantinopla y á Marruecos á tratar con el Turco y con el Rey Muley Cidan pidiéndoles que el año que viene envien sus fuerzas en ayuda y socorro asegurándoles que hallarán ciento cincuenta mil hombres de pelea tan Moros como los de Berbería, que les asistirán con las vidas y haciendas, y que la empresa será fácil por estar estos Reynos muy faltos de gente, armas y ejercicio militar: y que demas desto traen tambien pláticas y inteligencias con los hereges, *y otros Príncipes que aborrecen la grandeza de nuestra Monarquía*: y los unos y los otros les han ofrecido de ayudarles con todas sus fuerzas: y el Turco para enviar su armada, se sabe de cierta ciencia que se ha concertado con el Persiano, y con sus rebeldes que le traian ocupado: y el Rey Muley Cidan va estableciendo su reynado, y ha tratado con los hereges de las tierras marítimas de septentrion, que le acomoden de navíos para pasar acá su gente, y se lo han concedido. Y si estos y los demas enemigos nuestros cargan á un mismo tiempo, nos verémos en el peligro que se deja entender.

« Considerando pues todo lo dicho, y deseando cumplir con la obligacion que tengo, y procurar la conservacion y seguridad de mis Reynos, y en particular la de ese y de los buenos y fieles súbditos de él por ser mas evidente su peligro; y que cese la heregía y apostasía de esa mala gente, de que Dios nuestro Señor está tan ofendido; despues de haberlo encomendado y échole encomendar mucho este negocio, confiando en su divino favor por lo que importa á su honra y gloria, he resuelto que se saquen de ese Reyno todos los Moriscos que hay en él, en la forma que allá entenderéis. Y aunque el zelo

que teneis del servicio de Dios y mio, y de la seguridad y conservacion del Reyno, y de vuestras personas que yo tanto amo y estimo me asegura que entenderéis ese negocio como él es, y cuan forzosa y saludable es la resolucion que he tomado y acudiréis á facilitar la ejecucion de ello; todavía he querido avisaros de las causas que me han movido á tomarla y encargaros como lo hago muy afectuosamente deis ejemplo á los señores de vasallos Moriscos de ese reyno con dar á entender á los vuestros, que pudiéndoles justamente castigar en las vidas y haciendas, es mucha la merced que les hago en dejarlos ir y que puedan llevar de los bienes muebles los que puedan sobre sus personas solas para ayudar á su sustento: que pues esto se ha de ejecutar, sin que por ningun caso ni respeto se admita otro medio, será de grande momento que los demas vean lo que vos haceis para que hagan lo mismo. Y porque yo he cometido la ejecucion de hacer conducir esa gente á los puertos donde se ha de embarcar, al maese de campo general Don Agustin Mexía, de mi consejo de guerra, os encargo mucho tengais con él muy buena correspondencia y le asistais en lo que os advirtiere que conviene. Que de lo que hiciéredes en cumplimiento de lo arriba referido será conforme la obligacion de verdaderos cristianos y fieles vasallos. Yo recibiré en ello el mas agradable servicio que me podeis hacer; y demas de que entenderéis del marqués de Carazena la parte que os ha de tocar de la hacienda de vuestros vasallos, estad ciertos de que acudiré al reparo del daño y descomodidad que de la falta de ella se os siguiere por todas las vias que podré. Y para todo lo que tocare á la ejecucion me remito á lo que el Virey os dirá de mi parte, mandándoos y encargándoos que así lo ejecuteis y cumplais. D. San Lorenzo á once de setiembre de mil seiscientos y nueve. —Yo el Rey.»

De esta suerte se arrojaron de España un millon de habitantes, pérdida inmensa para la poblacion y para la agricultura, en razon de que codiciosos los Españoles con el comercio de América, no pensaron por mucho tiempo en reponerse de la herida que la poblacion rural acababa de recibir. Los bienes raices de los expulsos pasaron á manos del duque de Lerma y de sus allegados: de este modo se enriquecieron algunos pocos con el llanto de centenares de familias: muy pocas fueron

las familias de moriscos que lograron permanecer en España á pesar del decreto de espulsion ; pero tal es el poder de la tradicion que aun dos siglos despues se daba el nombre de cristianos nuevos á sus descendientes.

Muchos de los desgraciados que pasaron á Africa fueron asesinados bárbaramente, y no pocos de los que iban á Francia y á varios puntos de Levante fueron robados y arrojados al mar.

Capitulo IV.

Nacimiento del Infante Don Alonso. Muerte de la Reyna. Casamiento de los Principes de España y Francia. Guerra contra los Piratas. Hazañas de Don Francisco Rivera contra los Turcos y Venecianos.

1611. En el Escorial nació en 22 de setiembre de 1611 el infante Don Alonso, que murió al cabo de un año; la Reina murió de sobreparto el dia 3 de octubre á los veinte y siete años de su edad. Por entonces varios esforzados marinos, entre ellos Lara, Fajardo y Silva, perseguian de muerte á los Berberiscos; el primero de estos rindió un buque del Rey de Marruecos en el cual se hallaron tres mil volúmenes de libros árabes, que fueron colocados en el Escorial á pesar de que el Africano queria rescatarlos con setenta mil ducados: desgraciadamente perecieron despues casi todos en el incendio fatal que setenta años despues sufrió aquella biblioteca.

Entretanto la corte de Madrid supo sacar partido de las circunstancias en que se hallaba la viuda de Enrique IV, para cimentar una alianza entre las dos monarquías, á favor de los matrimonios que empezaron á tratarse entonces entre Luis XIII y la infanta Ana de España, y entre el Príncipe de Asturias y una hija de Enrique IV: de este modo se queria disipar el nublado que antes de su muerte habia agrupado el desgraciado cuanto famoso Enrique IV.

1612. A mediados de agosto de 1612 se ratificaron las bodas ya tratadas, no pudiendo efectuarse todavía el matrimonio porque ninguno de los novios pasaba de los once años. La Europa entera aprobó estos enlaces, pues tras de ellos columbraba una

paz sólida entre dos pueblos los mas agitados entonces en esa parte del mundo.

Continuaron este año las victorias de nuestra marina conseguidas por el marqués de Santa Cruz y el virey de Nápoles, duque de Osuna.

Aquel acometió en la Goleta once buques mahometanos, hizo un desembarco en la isla de Querquens, y si bien que á costa de mucha gente, logró destruir la armada turca, saqueó la isla y la entregó al incendio. El Virey de Nápoles con su escuadra acosó vivamente á los piratas en las costas de Berbería, efectuó un desembarco cerca de Cireli, tomó esta poblacion al asalto degollando ochocientos turcos, y se reembarcó con riquísimo despojo. Murió por esta época el Emperador Rodulfo de Alemania, y le entró á suceder su hermano Matías.

Mas considerables ventajas que las del año anterior fueron 1613.
las que en 1613 alcanzó Don Octavio de Aragon contra los Turcos. El dia 29 de agosto embistió á diez galeras turcas, apresó seis y ahuyentó á las demas. En la accion murió el comandante turco con cuatrocientos de los suyos, quedando prisioneros seiscientos de estos, al mismo tiempo que se libró del remo á doscientos cristianos, sin que por nuestra parte tuviésemos mas pérdida que seis muertos y treinta heridos. Esta accion fué tanto mas gloriosa cuanto tuvo lugar á vista de otra armada enemiga, sin que se atreviese esta á entrar en combate.

Aunque habia muerto Enrique IV, sin embargo sus maquinaciones contra la casa de Austria parecian amagar todavía los intereses de España. El ambicioso y emprendedor duque de Saboya habia reunido fuerzas para estar á la mira contra el gobernador de Milán, y para aprovechar cualquier coyuntura á fin de podérsele echar encima. Estas coyunturas nunca faltan cuando se buscan. Las casas de Saboya y Mantua se habian disputado el Monferrato, disputas que se habian transigido casando al duque de Mantua con la hija del duque de Saboya. Murió el duque de Mantua este mismo año, y como dejase á una hija, fué proclamada esta heredera del Monferrato, ya que no podia serlo del ducado de Mantua porque no sucedian en él las hembras. Intrigó el Duque de Saboya para que el Monferrato quedase para su nieta, y mientras con palabras procuraba hacer perder tiempo á sus rivales entró en aquella pose-

sion, tomó muchas de sus plazas y aun otras que pertenecian á España, y en el ínterin enviaba protestas á Madrid y á Paris de que obedeceria al Rey de España, y de que solo la necesidad le impelia á aquel acto. Declaró la corte de Madrid que el asunto se pusiese en manos del Papa, del Emperador y de Enrique III para una transaccion; que la nieta del duque de Saboya deberia trasladarse á Turin; que el nuevo duque de Mantua casase con la viuda del anterior Duque, y que todos licenciasen su gente para asegurar la tranquilidad de la Italia.

1614. El gobierno Español pensó este año en apoderarse de Mamora, lugar no muy distante de Larache. Eligióse para esta empresa á Don Luis Fajardo confiándosele una armada de noventa y un buques de guerra con tropa escogida de desembarco. Dió la vela en Cádiz el dia 1.° de agosto de 1614; dió vista á las playas de Mamora al cabo de tres dias, y con osadía impertérrita fondeó en su barra; efectuóse el desembarco con espanto de los Moros, que huyeron al momento, de manera que bastaron otros tres dias para apoderarse de aquel punto: halláronse en el desembarco personas notables de aquella época, gefes de mar y tierra ilustres por su denuedo y sus talentos: tales fueron Don José de Mena, Don Fermin Lodosa Don Bartolomé García Nodal, el conde de Elda, Don Gerónimo Agustí, y el célebre Cristóbal Lechuga.

El dia 24 de mayo se habia dejado sentir en las islas Terceras un terremoto que causó bastantes estragos; tambien se esperimentó en San Sebastian y otros puntos de las costas de Vizcaya.

El duque de Saboya queria solo obedecer á la fuerza; viendo pues que de nada le servia su hipocresía para alucinar al gobierno español, y que no podia prometerse que el gobernador de Milan dejase de dar cumplimiento á las terminantes órdenes recibidas de Madrid, aumentó su ejército, procuróse amigos, alióse con Mauricio, pidió socorros á Venecia y á otros príncipes Italianos, y se internó en el Milanesado declarándose abiertamente contra los Españoles. Prevenido en la iniciativa el marqués de Hinojosa, atúvose á defender el gobierno que le estaba confiado, mientras una escuadra nuestra efectuó un desembarco de tropas en el Piamonte apoderándose de Oneglia, y mientras otra escuadra tambien española des-

trozaba en las costas de Malta á una armada turca, que pensó hacer daño por aquella parte ínterin nuestras fuerzas marítimas recorriesen las costas de Italia.

Con motivo de una injuria que en un banquete hizo el elector de Brandemburg al conde Palatino, habiendo este roto el tratado que tenia firmado acerca del buen gobierno de los ducados de Cleves y Juliers, é implorado el auxilio de varias cortes, entre ellas la de Madrid, mientras recurria su ofensor á las provincias unidas de Holanda y á varios príncipes de Alemania, resultó que estuvo á punto de estallar una guerra general. Nuestro ejército de los Paises Bajos se puso en movimiento, ni mas ni menos que el holandés; porque se trataba de tomar posesion de los importantes ducados que imploraban auxilio, y sin declararse aquellos ejércitos guerra abierta, queria cada cual por su parte posesionarse de cuantas mas plazas fuertes pudiesen para un caso de guerra: así Mauricio como Espínola lograron por su parte apoderarse de algunas. Interpusieron por mediadores en esta contienda Francia é Inglaterra, y despues de algunas conferencias y debates animados lograron que admitiesen y firmasen las partes contendentes un repartimiento casi igual de los dos ducados de Cleves y Juliers entre sus actuales propietarios, y pusieron de esta suerte fin á una contienda que en otras circunstancias hubiera motivado en Europa una guerra larga y asoladora. Sin embargo, no se efectuó el convenio sin daño del elector de Brandemburg y del conde Palatino, pues Espínola no quiso desocupar la importante plaza de Wesel de que se habia apoderado, y Mauricio se negó tambien á desocupar la de Juliers: así pagaron bien caro un momento de arrebato los dos débiles potentados que querian poner su suerte en manos demasiado poderosas.

Llegaron por este tiempo á la edad núbil así el jóven Rey de 1615.
Francia como nuestra infanta Doña Ana de Austria, y el 18 de octubre de 1815 se contrajo el matrimonio en Búrgos por poder que recibió el duque de Lerma. Fué Preste el arzobispo de aquella ciudad, y se hallaron presentes así el príncipe de Castilla como los infantes Don Cárlos, Don Fernando y Doña Margarita, renunciando antes Doña Ana á todo derecho que pudiese sobrevenirla en España. Celebróse el mismo dia en Burdeos el casamiento del príncipe Don Felipe con Doña Isa-

bel de Francia; mas como no pasase el Príncipe de once años, no se consumó el matrimonio hasta mas adelante. En Vidasoa hizo el duque de Uceda entrega de Doña Ana á los Franceses, y recibió á la princesa Doña Isabel que pasó en breve á la corte.

Continuaba echando fueros el de Saboya, hasta que indignado el gobierno español mandó al gobernador de Milan, marqués de Hinojosa que entrase en el Montferrato. No pudo este menos de obedecer, pero á pocas marchas le disputó el enemigo el paso del rio Versa: vencieron gloriosamente los Españoles, á pesar de los increibles esfuerzos de valor que hizo el Saboyardo; sin embargo, Hinojosa no sacó partido de la victoria, pues en vez de acosar al destrozado enemigo, dejó que se rehiciese, y perdió por enfermedades y por el excesivo calor la mitad de sus tropas que mantuvo por mas de un mes acampadas en pais montañoso. Volvió á prevalerse de sus mañas y pretextos el de Saboya, y logró que Hinojosa aceptase un tratado de paz celebrado entre el Saboyardo y el Mantuano: firmábase en él que el primero licenciaria sus tropas, y no lo efectuó, así como tampoco el segundo dejó de perseguir de muerte á los partidarios de su rival. Llegó al colmo la irritacion de la corte de Madrid al saber tales noticias; destituyóse al momento al gobernador de Milan, y envióse en su lugar al marqués de Villafranca, diestro político y militar enérgico y de honor. A su llegada intimó al de Saboya que no serian atendidas sus proposiciones de paz sin que hubiese antes licenciado su ejército; conoció el Duque que le iban de mala data los negocios, y acudió al espediente de recurrir á Venecia y á otros gefes fronterizos que odiaban de muerte á los Españoles: pudo de esta suerte levantar tropas para sostener la campaña.

1616. El nuevo gobernador de Milan se puso al frente de treinta mil hombres para acometer al Duque; penetró de esta suerte en el Piamonte cuyo pais entregó al saqueo, mientras el enemigo efectuaba otro tanto en el Montferrato. El principal anhelo del general español era apoderarse de Vercelli, y para ello le pareció oportuno entrar en San German, como lo efectuó. En el llano de Apertola se presentaron batalla los dos gefes; pero fueron mas hábiles los movimientos efectuados por el marqués de Villafranca, pues sin que pudiese presumirlo el

enemigo atacó de improviso su retaguardia y derrotó completamente su ejército. Villafranca quedó dueño del Piamonte, teniendo que retirarse el duque de Saboya con el resto de su ejército destrozado.

Por la primavera de 1616 tuvo noticia el virey de Nápoles, duque de Osuna, de que una armada turca de cien galeras se dirigia contra Sicilia y Calabria. Al instante el esforzado Virey aprestó cuantas fuerzas pudo, mas solo logró reunir cinco galeones y un patache al mando del ilustre capitan Don Francisco de Ribera. Solo llevaba este unos mil arcabuceros españoles y como seiscientos hombres mas entre artilleros y marineros. Dióse á la vela el dia 2 de junio, y el 13 llegó á Caramanica en el cabo de Celedonia. Durante su travesía, casi diariamente apresaba buques enemigos; pero noticioso el Turco de su aparicion por aquellos mares y con tan pocas fuerzas, destacó contra él cincuenta y cinco galeras al mando de espertos capitanes, dándoles órden de volver á toda costa con los galeones del capitan Ribera, y amenazándoles de lo contrario con cortarles la cabeza. El dia 14 de julio se avistaron las dos desiguales armadas, y sin que pudiesen presumirlo en manera alguna los Turcos, Ribera acometió denodadamente sus galeras sin hacer caso de su número. Duró la batalla desde las nueve de la mañana hasta la noche, y salieron destruidas casi enteramente nueve galeras enemigas. Ambos combatientes se aprestaron durante la noche para el combate del siguiente dia. Trabóse el 15 la batalla con mayor empeño de una y otra parte, singularmente de los nuestros, pues no habian perdido todavía un soldado. Esta nueva lucha duró desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde, y en ella perdieron los Turcos otras doce galeras. Al amanecer del 16 volvió á emprenderse la batalla con furor: la nave en que iba Ribera asestó su artillería contra la capitana turca, abrióla de por medio, y la obligó á retirarse precipitadamente; entretanto los otros galeones echaron á pique otra galera enemiga, y desarbolaron dos. Duró el combate hasta las tres de la tarde, hora en que el enemigo cesó el fuego por muerte del general que mandaba su escuadra. Por la noche huyeron los enemigos, y nuestra escuadra permaneció fija en el punto de la batalla despues de haber conseguido tan señalado triunfo. Solo perdi-

mos cuarenta y tres soldados y veinte y ocho marineros; pero los Turcos perdieron mil docientos genízaros y mas de dos mil de su chusma: además se les echaron á pique cuatro galeras, se les inutilizaron treinta y dos, y se les dejaron mal paradas las diez y nueve restantes. Con sus seis galeones casi ilesos regresó Ribera á Nápoles, donde se le dió lo mismo que á sus soldados el premio debido á tanto valor. Por entonces se habló tambien mucho del combate que sostuvo nuestro buque de guerra San Julian, que iba al mando de Don Manuel de Meneses. Atacáronle cuatro piratas ingleses, pero les obligó á retirarse con pérdida de doscientos hombres despues de un combate terrible: el buque San Julian quedó bastante maltratado, y para que ni aun inútil cayese en poder de los enemigos, lo quemó su capitan en el primer puerto adonde arribó.

1617. El dia 11 de marzo de 1617 murió la infanta Doña Margarita de siete años de edad.

Este año alcanzamos tambien ventajas contra los corsarios turcos. Salieron de Nápoles dos galeras al mando de Don Diego de Vivero; hizo este varias presas en la isla de Oreta, y junto á la punta de Trevisol apresó dos galeras Turcas en que iba el bajá de aquella Isla; dióse libertad á muchos cristianos remeros, y se hizo presa por valor de mas de doscientos mil ducados. Mas considerable fué todavía la presa de ocho galeones holandeses, hecha por Don Juan Ronquillo con la armada de Filipinas, despues de algunas horas de combate rindió á los enemigos, pasó á cuchillo quinientos, é hizo prisioneros los restantes: el comandante holandés tuvo tiempo de huir en una chalupa.

Supo el virey de Nápoles que las fuerzas marítimas de Venecia salian en distintas direcciones, y al momento mandó salir á Don Pedro de Leyva con la armada de Nápoles, quien no tardó en sacar fruto de la espedicion, pues á los tres dias apresó tres buques con géneros cuyo valor ascendia á un millon y doscientos mil ducados.

Fundóse este año en el nuevo Méjico la ciudad de San Juan de los Caballeros, y Don Juan de Oñate continuó descubriendo las dilatadas regiones de aquel pais septentrional, donde halló infinita variedad de castas y de pueblos.

Continuaron las hostilidades en el Piamonte, y los dos ejér-

citos contendentes se disputaron el principado de Maserano. Envió allá el duque de Saboya á su hijo con un cuerpo de ejército, al cual el marqués de Villafranca opuso á Don Sancho de Luna con unos dos mil hombres: poco cauto este valiente gefe de division, pereció con casi todas sus tropas. A pesar de esto puso Villafranca sitio á Vercelli, dió dos asaltos en que fué rechazado con pérdida; pero al fin rindió la plaza por capitulacion. Pasó entonces el rio Pó, y apoderándose de varias plazas de segundo órden, logró al fin poner sitio á Asti. Pero reforzado por sus aliados el duque de Saboya, bajó entonces precipitadamente de los Alpes á la cabeza de doce mil hombres, recobró las líneas perdidas, acabó con varias guarniciones españolas que formaban unos cinco mil hombres, y obligó al gobernador de Milan á retirarse para cubrir con sus tropas el Milanesado. A pesar de esta ventaja conoció el enemigo que era precaria su situacion, y que no podian ser duraderas sus ventajas delante de un general tan activo como Villafranca, y despues de cinco años de guerra, solicitó la paz, que por último se firmó en Pavía con intermediacion de la Francia.

Capitulo V.

Paz en Italia. Ventajas por mar. Conjuracion de Venecia. Viaje de Felipe á Portugal y jura del Principe á aquel reyno. Cae de su privanza el Duque de Lerma. Viaje al estrecho de San Vicente. Principios de la guerra de los treinta años. Muere Felipe III. Cuestion de los regulares y consulta del Consejo de Castilla.

Parece que por esta época era el mar el elemento de la España; y casi por necesidad debia ser así, pues los piratas y bu- 1618.
ques de guerra holandeses, venecianos y berberiscos fueron escarmentados en todas partes; lo mas admirable es que nuestros marinos en muy corto número recorrian el archipiélago, y llegaban hasta Chipre y Palestina: así lo efectuó en 1618 el capitan Simon Costa, saliendo de Rijoles con tres galeras, apresó muchos buques turcos, entró en el canal de los Dardanelos, y á la misma vista de Constantinopla apresó varias embarcaciones: en la isla de Tenedos apresó tambien otro navío turco.

No fueron menores las proezas del general de las galeras de Cantabria, pues no lejos de Gibraltar dió caza á cinco buques turcos, y apresó cuatro que llevaban riquísimo cargamento; poco despues apresó tres mas y dió libertad á muchos cristianos cautivos. Delante de San Lucar de Barrameda se le opuso una escuadra berberisca; echó á pique dos de sus naves, quemó otras dos, apresó la capitana, y puso en fuga á las restantes; una de estas que llevaba á bordo á un célebre pirata renegado andaluz cayó despues en poder de otros buques nuestros. A mediados de setiembre acometió Vidazabal con sus vizcainos á una armada de veinte y ocho navíos turcos, y cayeron veinte en su poder; por fin en las aguas de Mogodor destrozó con su artillería otros cuatro navíos de moros.

Entretanto et Marqués de Villafranca retardaba cuanto podia la paz con el Duque de Saboya, para no tener que evacuar la plaza de Vercelli; puesto que entonces los generales ó vireyes españoles podia decirse que manejaban los negocios que les estaban cometidos casi con independencia total. Pero á las reiteradas instancias y órdenes espresas del gobierno español, firmóse por último la paz en Pavía, y bien á pesar suyo tuvo que retirarse Villafranca de las provincias que habia ocupado.

Refiérese á esta época la decantada conjuracion de D. Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar, contra el Senado y la República de Venecia. Deseaba el Senado deshacerse de este embajador español, que era un político escelente, y por consejo de un servita maquiavelista dió traza de que se fingiese la conjuracion del Marqués contra la República. Con este artificio se logró que Bedmar fuese reemplazado, pasando de ministro á los Paises Bajos: inverosímil es é increible semejante conjuracion, ya por los talentos de Don Alonso, ya tambien por no haberse presentado documento alguno justificativo por parte del Senado. Otros afirman que quien ocultamente tramaba contra los Españoles era el mismo Senado de Venecia, quien á peligro de ser acusado quiso antes acusar.

Habia resuelto el año anterior Felipe III celebrar córtes en Portugal para jurar al Príncipe de Asturias, y lo efectuó este
1619. año de 1619 partiendo de Madrid el 26 de abril y entrando en Lisboa el 30 de mayo. A vuelta de su viage, cayó el Rey enfermo en Casarubios, á seis leguas de Madrid, el dia 12 de noviem-

bre; hiciéronse rogativas públicas, y solo se sintió mejorado el Rey cuando el Arzobispo de Búrgos, presidente de Castilla, vino de Madrid trayendo consigo el cuerpo de San Isidro: con efecto pudo el Rey llegar á Madrid el dia 4 de diciembre.

Habíase entibiado mucho desde el año 1617 la privanza del Duque de Lerma, y aunque habia llegado á ser cardenal, merced al mismo Rey, no por esto estaba muy seguro en el poder. Así que el 4 de octubre recibió órden espresa de retirarse inmediatamente á Valladolid. Tres eran las principales criaturas que habia elevado el Duque de Lerma: el Duque de Uzeda, su hijo; el Conde de Lemos, su sobrino; y Don Rodrigo de Calderon, conde de la Oliva, su mas querido favorito. El primero arrebató la confianza del Monarca y sucedió en el poder á su padre; el segundo cayó en desgracia, y tuvo que retirarse de la corte; el tercero, elevado al poder desde una clase inferior, se habia mostrado muy orgulloso, sin tener mérito alguno, y de consiguiente la caida de Lerma fué fatal para, él conduciéndole en pocos dias al cadalso: todos le aborrecian, pero al ver cuanto escedia el castigo á los delitos que no se le probaron, todos lloraron su desgracia y su muerte, reputándole víctima de intrigas cortesanas.

La época del Duque de Lerma no puede decirse que fué fatal á la España; pero quien mandaba realmente no era él, sino unos generales y unos diplomáticos distinguidos que todavía hacian sostener á la España el papel que habia representado durante el reinado de Cárlos V y Felipe II: la cabeza era débil y vacilante, pero los brazos parecia que obraban por sí solos dando gloria á la nacion y espanto á los enemigos. Aunque falto de todo talento, el Duque de Lerma supo sin embargo distinguir y elevar á los hombres de mérito; era caballeroso y humano, y de trato familiar; tal vez la historia de España le debiera algunas páginas hermosas si hubiese atendido mejor á la administracion de la Monarquía en lo interior de la Península si no le hubiese dominado tanto la sed de riquezas.

Acabóse este año la plaza mayor de Madrid segun la inscripcion que se puso en un mármol en que están grabados los nombres de los que mas contribuyeron á construirla; tambien le debe la villa de Madrid el esmero con que procuró Fe-

lipe hacer traer aguas á la poblacion, que era por entonces muy escasa de fuentes.

A mediados de setiembre de 1616 se habian hecho á la vela para la América meridional los distinguidos marinos conocidos con el nombre de los hermanos Nodales; merced á su viage y á sus conocimientos prácticos se descubrió el estrecho de San Vicente, y una isla á la que se dió el nombre de Don Diego Ramirez, que iba tambien en la espedicion. Habiendo hecho las observaciones que les parecieron justas y de vuelta llegaron á Lisboa, donde encontraron al Rey, quien oyó con gusto la relacion de su viaje y de su descubrimiento.

Por esta época dió principio en Alemania la famosa cuanto terrible guerra de los treinta años, cuyas verdaderas causas deben buscarse en la pugna de los Príncipes Alemanes contra la casa de Austria para conservar aquellos su independencia, y para estender estos su prerogativa; ademas atizaba mucho los ánimos la diferencia de religion que mediaba entre ellos.

Hemos dicho ya que Matías habia sucedido á Rodulfo, quien no tuvo sucesion, como no la habian tenido sus dos hermanos. Despues de su muerte eran pues incontestables los derechos de la casa de España en los dominios de Alemania; pero Felipe III, considerando que era sumamente difícil conservar á la vez el trono en Madrid y en Viena, cedió á Fernando de Gratz, deudo de la casa Real, todos cuantos derechos le competian, y á su ejemplo el emperador Matías le cedió tambien la Bohemia y la Hungría. En sus anteriores estados habia prohibido Fernando otra religion que la Católica Romana, y como quisiese hacer lo mismo en Bohemia, se sublevaron muchos pueblos de este reyno junto con otros de la Moravia, Silesia y Lusacia. Púsose á su frente el Conde de Thorn, valiente prusiano, acompañado del Conde de Mansfeld, cuyo padre fué gobernador de los Paises Bajos durante el reynado de Felipe II. Deseaba el Emperador Matías poner fin á estas contiendas con la política, pero á la época de su muerte y cuando Fernando fué proclamado emperador en Francfort, ardia ya la rebelion en todas partes, y llegaba en Bohemia hasta el punto de contar con el auxilio de los Turcos y de coligarse con el Príncipe de Transilvania que pretendia la corona de Hungría. Los rebeldes ofrecieron la corona á varios príncipes, y solo quiso aceptarla el

elector palatino Federico, que alimentaba odio atroz contra la casa de Austria, y que como á yerno del Rey de Inglaterra contaba con socorros de su parte, pues como él peleaba por la religion protestante.

Coronóse Federico rey de Bohemia, y todos los pueblos sublevados se echaron en masa contra la casa de Austria: la crísis fué terrible, y durante algunos dias pareció que aquel imperio habia sucumbido. Pero acudieron ocho mil Españoles á incorporarse con el ejército del Conde de Bucquoi, que servia entonces al Emperador, mientras Don Luis de Velasco cubria con unos dos mil hombres la Alsacia y la Suavia, y mientras el Rey de Polonia, á quien no interesaba ver en el trono de Hungría á un amigo de los Turcos, envia á Fernando un refuerzo de diez mil hombres. Así fué como el Austria halló en el seno mismo de la mayor desgracia salvacion; porque otros potentados de Alemania é Italia, junto con los electores de Baviera y de Sajonia, se declararon altamente á su favor. Reunió pues un ejército numeroso, siendo así que Federico solo recibió por refuerzo algunos miles de Holandeses é Ingleses, obligándose solo los Príncipes protestantes de Alemania á defenderse en todo caso contra los Españoles. No tardó en presentárseles semejante coyuntura: un ejército Español á las órdenes de Espínola se presentó delante de Coblenza, donde se le opuso un cuerpo de veinte y cuatro mil hombres. Deseaban sobre todo los príncipes protestantes poner á salvo la ciudad de Oppenheim; pero Espínola fingió iba á sitiar otras plazas apresuradamente; alucinóse el enemigo, acudió allá con todas sus tropas, y retrogradando Espínola contra Oppenheim, la tomó por asalto, y supo conservarla con hábiles movimientos á pesar de ser superior en fuerzas el enemigo. Peleaba entre las tropas de este el célebre Conde de Essex, que tanto figuró despues en las guerras sostenidas por el Parlamento inglés contra Cárlos I. De esta suerte el Palatino Federico, que aspiraba á ser rey de Bohemia, perdió el palatinado, y á poco perdió tambien la nueva corona de Bohemia. El general de los ejércitos de Fernando se internó hasta Bohemia para acabar la guerra con un golpe; reunióse con el cuerpo de ejército que mandaba el Conde de Bucquoi, y á poco se dió la famosa batalla de Praga. Salió herido en ella el Conde de Bucquoi; pe-

1620.

ro á pesar de esto, sabiendo que debia efectuarse un movimiento audaz, se pone á la cabeza de sus tropas, acaba con dos mil soldados enemigos, y auxiliándole Don Guillermo Verdugo que cogió prisionero al general enemigo, acaban en un solo dia con la rebeldía. El Emperador Fernando cantó victoria, merced al esfuerzo de cincuenta y tres mil españoles que se cubrieron de gloria en aquella memorable campaña.

Hemos visto ya que al principio de este reinado hizo construir el Conde de Fuentes varias fortalezas, y singularmente una que lleva su nombre en las fronteras de la Valtelina, para aprovechar una coyuntura favorable de apoderarse de unos estados que eran propiamente el paso de comunicacion entre los estados austriacos de Alemania y los dominios españoles de Italia: esta ocupacion la llevó á cabo el Duque de Feria, nuevo gobernador de Milan, apoderándose de la Valtelina. Logrólo tanto mejor, cuanto disgustados los Valtelinos con el gobierno protestante, se negaron á obedecerle, y admitieron tropas en sus plazas.

Decretóse este año la destitucion del duque de Osuna que siendo virey de Nápoles habia prestado tantos servicios á la causa de España; se le encarceló en la Alameda sin que jamás se le oyese en justicia; inverosímiles y aun absurdos son los cargos que se le hacen, entre ellos el de haber querido coronarse rey de Nápoles; y solo es de presumir que las pullas que su genio satírico le dictó contra la persona del Rey fueron causa de su desgracia, como tambien porque frecuentemente, á semejanza de otros muchos varones ilustres de aquella época, no daba siempre cumplimiento á las órdenes del gobierno español cuando no le parecian conformes.

A la sazon hicieron los Turcos un desembarco delante de Adra; pero el gobernador de la plaza Don Luis de Tobar los acometió con solo veinte y seis hombres: el encuentro era temerario, y el Gobernador tuvo que retirarse al castillo donde resistió un asalto; Don Luis de Tobar no se contentó con defender este punto, sino que queria mantener salva la villa; mas no pudo lograrlo, pues penetraron en ella los Turcos, y en la lucha sucumbió gloriosamente el Gobernador. De la Alpujarra acudió entonces refuerzo para defender el castillo; y tuvieron que retirarse los Turcos despues de haber sufrido

una pérdida de seiscientos muertos y mayor número de heridos.

Aquejaba al rey Don Felipe III una profunda melancolía, y sintiéndose desazonado el 28 de febrero de 1621 tuvo que guardar cama; sobrevínole una erisipela y una calentura que no pudo menguar con tres sangrías; subia á cada momento de punto su melancolía; y arreciando el mal, se hizo mas patente su malignidad; de modo que se le suministraron los sacramentos y murió el dia 31 de marzo á las diez de la mañana, de edad de cuarenta años no cumplidos y á los veinte y tres de su reinado; los Franceses aseguran que murió del tufo de un brasero que habia en la sala del consejo, y que nadie quiso quitar por no hacer lo que tocaba á los criados que á la sazon no andaban por allí: esta fábula solo es digna de escitar la risa de los mentecatos. Tuvo de Margarita de Austria cuatro hijos y tres hijas; sobreviviéronle el príncipe Don Felipe, los Infantes Don Cárlos y Don Fernando, Doña Ana reina de Francia y Doña María reina de Hungría. 1621.

Fué mas devoto que político, conoció las virtudes que constituyen un buen padre de familia, pero careció de las que hacen un buen rey con talento para gobernar. Y aun tenia aficion al mando de manera que lo dejó en manos tan inhábiles aun como las suyas: con todo esto, desde los Reyes Católicos se habia dado un movimiento rápido á la rueda del Estado, y puede decirse que esta anduvo por sí misma durante el reinado de Felipe III: todavía existian nombres y hombres famosos, y estos conservaron á la España su lustre y preponderancia en Europa: lo que se hizo bueno lo hicieron los agentes secundarios del poder; pocas cosas se hicieron malas porque no habia designio para el bien ni para el mal. La espulsion de los Moriscos fué inspirada por un espíritu de religion mal entendido, y fué la única cosa en que influyó algo el carácter del Rey. Como no se hizo nada, descuidáronse las fuentes de la prosperidad pública, y se dejó que la decadencia diese pasos estraordinarios. Las causas de esta decadencia no eran entonces muy conocidas porque tampoco se conocian los principios de la economía en Europa: solo el oro se reputaba riqueza; y para aglomerar oro se prodigaban las fuentes de la riqueza: la consulta del Consejo de Castilla de 1619 es una

prueba de que no eran bien conocidas las causas de nuestra decadencia; pero aquel es un documento histórico que puede conducir á mucho para el estudio de aquella época, y por tanto juzgamos de nuestro deber reproducirle en estracto:

Motivóla la cuestion que se agitaba con calor en España sobre la reduccion de los regulares, cuyo número era entonces escesivo; pues era moda entre las personas poderosas á imitacion del Rey el fundar cada dia nuevos conventos, de manera que casi todos los que morian sin heredero forzoso, destinaban á ellos sus bienes. Tratóse pues de moderar esta manía, y como la cuestion era delicada pidió el Rey varias consultas y pareceres á personas doctas y virtuosas, y despues al Consejo de Castilla: he aquí en parte lo que espuso este por respuesta:

« Por decreto de V. M. de 6 de junio de 1618, remite V. M. al Presidente del Consejo una proposicion digna de la piedad y providencia de Príncipe tan cristiano y prudente, y tan deseoso del estado y conservacion de esta corona de Castilla, tan necesitada de remedio cuanto muestra la experiencia. Contiene la priesa con que se va acabando por las muchas levas de gentes que se hacen y por la falta de hacienda que hay y la imposibilidad en que se hallan los lugares de cumplir con lo que se les reparte, y aun conveniente es acudir al remedio de daño tan grande y general. Para ello manda V. M. al Presidente, que con los que le pareciere del Consejo vea muy atentamente lo que será bien hacer en la materia; y que sin alzar la mano della se le consulte á V. M. lo que se ofreciere, para que antes que el daño crezca se vaya aplicando el remedio en la mejor forma que se pueda. Y habiéndose llevado al Consejo pleno y engrandecido en él el santo y piadoso zelo de V. M., que tan entrañablemente desea remediar el miserable estado en que se hallan sus vasallos, en ejecucion de lo que dejó escrito el Señor Rey Don Alonso el Sabio en una ley de Partida, diciendo: *Acucioso debe ser el Rey en guardar su tierra de manera que se non yermen las villas nin los otros logares nin se derriben los muros, nin las torres, nin las casas por mala guarda; ó el Rey que desta guisa amare ó toviere honrada é guardada su tierra, será él é los que hi vivieren honrados y ricos, é abandonados é tenidos por ella; é si de otra guisa lo*

ficiese , venirle hia lo contrario desto. Y habiéndose visto tratado y conferido las causas de la despoblacion y enfermedad que padece esta pobre y necesitada república, para aplicarla los remedios mas convenientes, deseando prevenir los daños venideros que se podrian esperar si con tiempo no se reparasen , le ha parecido representar á V. M. con aquella humildad y reverencia que se debe, los medios qne se le han ofrecido y son los siguientes:

I. Que atento á que la despoblacion y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oido en estos renos ; pues totalmente se va arruinando y acabando esta corona , sin que se pueda dudar de esto no proveyendo Dios del remedio que esperamos mediante la piedad y grandeza de V. M., y que la causa de ella nace de las demasiadas cargas y tributos impuestos sobre los vasallos de V. M.; los cuales no pudiéndolos soportar, es fuerza desamparen sus hijos , sus mugeres y sus casas por no morir de hambre en ellas, ó irse á tierras donde esperan poderse sustentar , faltando con esto á las labores de las suyas y al gobierno de la poca hacienda que tenian y les habia quedado. Ha parecido remedio eficacísimo, siendo como es la causa el grave yugo de tributos reales y personales, disponerse V. M. con su Real y paternal piedad y clemencia á moderar reformar y aliviar la intolerable carga de ellos que tiene á los vasallos de V. M. oprimidos: porque con eso se levantarian y repararian, y andando el tiempo se reducirian á su antiguo ser; causa que los demas reynos y provincias sugetos á V. M. que no participan de estas cargas, están muy poblados , muy ricos y descansados , con ser algunos de ellos de tierra muy delgada y que no tiene la substancia que la nuestra. Este remedio es el natural es el que conviene con la causa de la enfermedad y de que han usado muchos Príncipes de inmortal memoria , Luis Rey de Francia , los Emperadores Justiniano y Valentiniano, Enrique III Rey de Castilla , Don Alonso el Sabio, y otros....

II. Que atento á que la causa de hallarse el pueblo en estado tan miserable nace de la raiz de los demasiados pechos y tributos de que está cargado y de la falta de hacienda con que V. M. se halla , que aunque es mucha está toda consumida , y empeñada , salvo la que no es fija ni segura , como son las tres gracias, el servicio ordinario y extraordinario, y el de millones y

la flota de Indias: lo cual no llega en gran parte al gasto preciso de que se considera tiene necesidad V. M. para sustentar el peso de este tan estendido Imperio y Monarquía. V. M. se sirva de irse muy á la mano en las mercedes y donaciones que ha hecho y hace; y en las ayudas de coste que ha dado; porque lo que se da á uno se quita á muchos, y por acudir á lo superfluo se falta á lo necesario, lo cual es cosa de grande escrúpulo. Y aunque la liberalidad es la prenda que hace mas amables á los príncipes, esta debe contenerse dentro de los límites de la templanza. ¿Qué duda hay sino que teniendo V. M. vendido y enagenado todo su Patrimonio Real y sustentándose su casa y demas obligaciones Reales dentro y fuera del reino de los servicios estraordinarios de los vasallos de esta corona, desangrándose ellos de todo punto con ánimo de que se gaste todo en servicio de V. M., en defensa de la fe y en beneficio de la causa pública, no se puede hacer gracia y merced de esto, como á cosa agena sin muy gran cargo de conciencia, y de incurrir no solo en pecado de prodigalidad, sino tambien de injusticia? Porque si V. M. las hace de sus rentas ordinarias, se pone á peligro de empobrecer, y de haber de molestar al pueblo con exacciones; y si de los servicios extraordinarios, nada se puede convertir en los fines para que no se concedieron, mucho menos en gastos para los cuales no se pudieron pedir ni conceder... Tanto y mas que V. M. sin tocar en su Real hacienda ni en la de sus vasallos tiene muchas cosas de que hacer merced, como son oficios temporales, plazas de asiento, hábitos, encomiendas, títulos, arzobispados, obispados y prebendas eclesiásticas... Pero porque el reyno, está en tal estado que con solos estos medios no se ocurre competentemente á la necesidad en que V. M. y el reyno se hallan si no se arranca de raiz la causa, y si no usa V. M. de un remedio preciso y conveniente al servicio de Dios y suyo, y descargo de su Real conciencia y aun de la nuestra y por la obligacion de nuestro oficio, la tenemos de proponer á V. M. lo mas provechoso y útil al bien de sus vasallos, nos ha parecido proponérsele, como ministros que estamos obligados á aconsejarle lo que mas conviene. Así nos lo dejó mandado y ordenado el Sr. Don Alonso el Sabio en una ley de Partida, diciendo: «E á tal consejero como este llaman en latin PATRICIO que es así

como padre del Príncipe, é este nombre tomaron á semejanza del padre natural; é así como el padre natural se mueve segun natura á aconsejar á su hijo lealmente catándole su pro é su honra mas que otra cosa, así aquel por cuyo consejo se guia el Príncipe, le debe amar é aconsejar lealmente, é guardar la pro é la honra del Señor sobre las cosas del mundo, no catando amor nin desamor, nin pro nin daño que se le pueda ende seguir. E esto deben facer sin lisonja ninguna, non catando si le placerá ó le pesará; bien ansi como el padre non lo cata cuando lo aconseja á su hijo.» Y si esto procede en el consejero en V. M. con mucha mas razon con el abrazar lo que se le dijere con buen zelo y deseo de acertar, siendo así que la moderacion y templanza se han de tomar del fin y oficio para que se hizo el Rey que fué para la república y no la república para el Rey, como dice San Bernardo. Los Reyes son padres, pastores, regentes y administradores de la república, y tienen obligacion de justicia de templar y moderar sus gastos y mercedes, no tomando mas de lo que les baste para su sustento y esplendor, y para cuydar del gobierno y amparo de sus súbditos, á fin de que no se enerve y debilite el cuerpo de la república, pues el daño de ella siendo grande es irreparable, y perdiéndose ella todo se pierde... Es pues el remedio mas eficaz para que los tributos puedan aliviarse y la hacienda Real quede descargada, y se pueda acudir á las obligaciones públicas el que V. M. sea servido, mandar rever las mercedes mas considerables y cuantiosas que ha hecho desde que entró á reynar hasta el dia presente para que si se hallaren algunas que sean inoficiosas, (así las llama el derecho) inmoderadas ó inmensas, V. M. las revoque todas ó las reforme así las de dinero, como de rentas vitalicias ó perpetuas en todos sus reynos; porque se entiende han sido muchas y excesivas, y que podrian haberse ganado por importunidad y medios extraordinarios de los suplicantes, ó con falsa relacion de servicios ningunos, ó sí algunos inferiores á ellas. Este es el caso en que los Reyes tienen obligacion de hacerlo, y procurar vuelvan á la corona y patrimonio Real como hechas en perjuicio del bien comun á que V. M. debe atender con indispensable necesidad de justicia y de conciencia. Así lo han hecho siempre los mejores reyes antecesores de V. M. en esta

corona declarando que fueron engañados en las mercedes que hicieron: ó bien que la necesidad les obligó á alargar tanto la mano en ellas en daño de sus vasallos, y que era justicia volverlas á incorporar en la corona de donde habian salido. Los ejemplares de esto son notorios. El Sr. Don Enrique II puso en su testamento una cláusula por la cual reformó y modificó todas las mercedes que habia hecho. Don Enrique III reformó las suyas hallándose alcanzado, aunque su empeño era menor que el de V. M., y las obligaciones menos forzosas aunque tenia guerra con los Moros. Eran además mucho menores los servicios que los reynos les hacian; pues sobre ellos montan cinqüenta y quatro millones desde que V. M. entró á reynar. Ni el gasto era tan grande; pues en veinte años se podrian haber gastado otros cien millones, cosa que causa pasmo, contando las flotas, las tres gracias, y el servicio ordinario y extraordinario de que V. M. goza, y otros arbitrios de que se ha valido no poco perniciosos al reyno. Con lo cual parece podia V. M. (como merece y esperamos sus criados y vasallos) ser dueño y señor del universo, si en la distribucion y gobierno de esta hacienda hubiera habido la cuenta y razon que convenia. El Sr. Don Juan el II hizo una ley en que revocó todos los privilegios de los excusados concedidos en todos tiempos á diversos monasterios, iglesias, caballeros y personas particulares: lo cual renovó el glorioso padre de V. M. en el año de 1567 mandando se guardase exactamente como hoy se guarda. Los Sres. Reyes Católicos que conocieron perfectamente esta necesidad, promulgaron ley sobre ello, revocando todas las mercedes que el Rey Don Enrique IV habia hecho desde el año de 1464. Restringieron estos mismos Reyes y moderaron el año de 1492 todos los privilegios y mercedes de alcabalas concedidas por ellos y sus antecesores á muchas ciudades del reyno y á sus conquistadores, sin embargo de ser justas y por grandes servicios, otorgando solo se les guardasen en órden á la labranza y cria de ganados. Y la Sra. Reyna Católica, dejó declarado en su testamento, que algunas que habia hecho y rentas que habia dado habian sido contra su voluntad, y por tanto las revocaba y daba por nulas. De manera, Señor, que si V. M. hubiere hecho mercedes de esta calidad tendrá obligacion de revocarlas ó reformarlas por todo

drecho divino, natural y positivo y en razon de estado y buen gobierno, y en justicia y en conciencia. Seguiránse de ello dos efectos muy considerables, uno, que el patrimonio Real se acrecentará y se pondrá en estado de no necesitar tantos tributos, pechos ni servicios, con que serán aliviados los vasallos de V. M. El otro que en adelante mirará cada uno lo que pide, y todos se abstendrán de pedir y querer se les hagan mercedes fuera de la intencion Real por demasiado grandes.

III. Que para poblar bien el reyno de Castilla no se ha de traer gente estrangera; pues los estrangeros no vienen á España sino á chuparla y destruirla; y conviene excusar en lo posible el trato y comercio con ellos. Convendrá sí dentro de estos reynos, traspalar de unos lugares á otros la gente que sobre. La que hay en esta corte es excesiva en número, y será muy conveniente descargarla de mucha parte de ella mandando que la sobrante se retire á sus respectivos hogares. Y en esta diligencia no se ha de comenzar por la gente comun y vulgar como se ha hecho hasta ahora; pues seria iniquidad dejar los ricos y poderosos que son los que han de mantener á los pobres, y echar á estos donde no tengan que trabajar para ganar la comida. Los que deben salir de la corte son los grandes, los señores, los caballeros y gente de esa calidad, con gran número de viudas que hay ricas y poderosas, y otras que no lo son tanto y han venido á la corte sin legítima causa ó la buscaron afectada; como tambien muchos eclesiásticos que tienen obligacion de residir en sus iglesias, so color de que tienen pleytos en esta corte y que sus iglesias los envian á la defensa de ellos. Unos y otros se domicilian aquí, comprando y edificando casas, con menoscabo de sus patrias, cuyos pobres se mantendrian á la sombra de los ricos si estuvieran en ellas. Pero como estos no viven allí, huyen tambien los pobres y se refugian á la corte buscando maneras de vivir muy agenas de las que les competia. Restituidos los señores á sus lugares, conocerán á sus vasallos, querránlos bien, haránles justicia, verán por sus ojos los trabajos y necesidades que padecen y podrán remediarlos. Los lugares comarcanos venderán bien sus cosechas y manufacturas. Se poblarán los que están mal poblados, con los criados que llevarán los señores

allí necesarios y en la corte perniciosos. Los premios y mercedes no se darán por importunidades ni por malos medios. A quien tuviere justa causa para venir á la corte, sino darles los premios que segun sus méritos les corespondan; y aun buscar para ellos á los que no los solicitan ó los huyen. Estaria la corte sin tanta confusion de forasteros de España y de fuera de ella, casi todos corrompidos en religion y costumbres. Quanto en este capítulo decimos necesita pronta ejecucion y sin escepcion de personas, pues dado lugar á condescendencias, no hay que tratar de restaurar lo perdido, sino tener entendido se va á acabar lo que resta.

IV. Que V. M. sea servido de mandar con indispensable rigor se escusen muchos y muy excesivos gastos que se han introducido de pocos años á esta parte en el reyno con trages exquisitos, arreos y menages de casa traidos con notable costa de reynos extraños, pudiendo pasar mas honrada y decentemente con las mercaderías de la tierra labradas en España, como lo hicieron nuestros antepasados, en cuyo tiempo no se enflaquecian tanto los ánimos y fuerzas de los hombres, ni los acababa ni consumia la superfluidad de que ahora usan, ocasion de grandes vicios y pecados. Para esto convendrá no haya mas cuellos que los de Holanda.—Que no pueda un cuello tener mas de tantos anchos. —Que nadie sea abridor de cuellos, imponiendo graves penas á los contraventores. —Que no pueda haber aprensadores de sedas, porque las queman y no sirven para nada. —Que no haya bordadores ó que haya un cierto número; y estos no puedan bordar colgaduras, camas, faldellines ni otras cosas en que se gastan grandes sumas, salvo las de la Iglesia, jaeces y otras permitidas. —Que no entren sedas de Italia, ni de la China, ni de otras partes de fuera del reyno, pues si se pierden los derechos de entrada, se evitarán los daños que causa la introduccion de estas y otras cosas que son mucho mayores y es justo repararlos. Fuera de que tambien habrá menos ocasion de que se vayan fuera nuestro oro y plata en trueque de bagatelas, absolutamente inútiles, instrumentos de vicios, causas é incentivos de ellos, corruptela de costumbres, cuya reforma es la mayor ganancia é interés que V. M. ha tenido siempre delante de los ojos. — Que no haya tanta multitud de escuderos, gentiles hombres, pages y entre-

tenidos con otra infinidad de criados (de que salen muchos vagabundos sin oficio de provecho); pues dejan sus tierras y se vienen á la Corte, haciendo acá mucha sobra, y allá mucha falta en ministerios útiles á la república. Para todo esto conviene mucho que V. M. en su Real casa, ponga la misma moderacion en los trages y vestidos para que los demás á su imitacion se moderen y corrijan. Tan eficaz es el ejemplo Real en los súbditos, que lo que no han podido acabar tantas leyes y pragmáticas como sobre todo esto se han hecho, lo acabará el conocer el Grande, el Señor, el mediano, que este es el gusto de su Rey, y que se ejecuta con todo rigor en los que andan cerca de su Real persona. Lo mismo decimos en la reforma de gastos extraordinarios y aumento de criados; porque de pocos años á esta parte, se han añadido en tanto número que el gasto de raciones y salarios viene á ser tan excesivo é inmenso, que hoy monta el de las casas Reales dos terceras partes mas que en el año de 98 cuando falleció el señor Don Felipe II: cosa dignísima de remedio, y de poner en consideracion y aun en conciencia de V. M.; pues ahorrando dichas dos terceras partes (que será muy fácil usando de la moderacion y templanza que pide el actual estado de la Real Hacienda) podrán servir para otros gastos forzosos, y eso menos tendrá V. M. que pedir á sus vasallos. Y esto se debe procurar por obligacion; pues el tributo, dice Santo Tomás, es debido á los Reyes para la sustentacion necesaria, no para la voluntaria, y que se puede y debe excusar como es esta. No menos las jornadas en las cuales se gasta el doble; y estando el patrimonio Real tan acabado no conviene que V. M. las haga, (no siendo muy forzosas á costa del sudor de sus pobres vasallos, los cuales padecen infinitas molestias especialmente los labradores quitándoles sus carros y mulas cuando mas las necesitan.

V. Que los labradores, cuyo estado es el mas importante de la república, porque ellos la sustentan con el cultivo del campo, y de ellos pende la abundancia de frutos, y aun la contribucion de cargas Reales y personales, siendo terribles las que sobre sí tienen, por cuya causa se van acabando muy aprisa; para que no vengan á tanta diminucion conviene animarlos y alentarlos con exencion y privilegios. Los mejores ademas de algunos que ya tienen son, que sin embargo de la ley de que

no puedan ser presos por deudas en los meses de las labores del campo, será conveniente se amplie el privilegio para que en ningun tiempo lo puedan ser, puesto que vemos se amplia la necesidad y es menester restaurarlos de la quiebra que padecen: excepto solamente las deudas á V. M. y los arrendamientos de las tierras que cultivan de otro. —Que se reformen y moderen los exentos de cargas personales que son muchos especialmente los hermanos de frayles, y los que llaman soldados de la milicia: porque sacados los clérigos, las viudas de hidalgos, los familiares del Santo Oficio y otros exentos, viene á cargar todo sobre los pobres. —Que no sean fiadores sino entre sí mismos. —Que sus execuciones no se puedan trabar en sus tierras, si las tienen sembradas, ni en los panes que tuvieren en las eras, hasta estar en el granero, salvo por el dueño de las tierras y los diezmos. —Que no sean obligados á volver en la misma especie el trigo que se les diere para sembrar ó para otras necesidades, sino que cumplan dando dinero. —Que puedan vender pan cocido como sea de su cosecha....

VI. Que se tenga la mano para dar licencias para fundaciones de religiones y monasterios, poniendo límites en esto y en el número de religiosos, por los graves daños que se siguen de aumentar tantos conventos y religiones. Ni es menor el que á ellas mismas se les sigue, padeciendo con la muchedumbre mayor relaxacion de lo que fuera justo por admitirse en ellas muchas personas que mas se entran huyendo de la necesidad y buscando la ociosidad que por vocacion verdadera. Fuera del que se sigue contra la universal conservacion de la corona que consiste en la mucha poblacion y copia de gente útil y provechosa para ella y para el Real servicio, cuya falta por este y otros caminos, viene á ser muy grande estando relevados de él los religiosos y religiones en comun y en particular, y lo mismo sus haciendas que son muchas y muy pingües las que en ellas incorporan, haciéndolas bienes eclesiásticos, sin que jamás vuelvan á salir, con lo qual se empobrece el estado seglar cargando sobre él solo el peso de tantas imposiciones. Para esto podria ser medio muy conveniente el que los religiosos no profesasen antes de los 20 años de edad, ni fuesen admitidos en las religiones antes de los 16. Con esto dejarian muchos de seguir este camino; pues aunque sea mas perfecto para ellos,

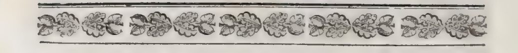
es perjudicial y dañoso para el bien público. Ni se tendria por grande inconveniente, antes por cosa bien útil el que hubiese tambien menor número de clérigos y lo hubiese señalado, segun doctrina de los concilios, santos padres, y monarcas que examinaron la materia; pero que todos fuesen hábiles en los ministerios eclesiásticos.

VII. Que se quiten los cien receptores creados en esta corte el año de 1613, aunque V. M. buscase medios con que pagarles lo que hubiesen dado por sus oficios; porque consta que de esa nueva creacion han resultado y resultan gravísimos inconvenientes en daño general del reyno y de los pobres que aciertan á caer en sus uñas...

Estos señor son los medios que el consejo tiene por mas eficaces para la repoblacion del reyno... V. M. como Príncipe tan esclarecido y celoso del bien de su reyno, como padre de su república, como buen pastor de sus vasallos, deseando gobernarlos con justicia, mantenerlos en paz, sostenerlos y ponerlos en mejor estado mandará lo que mas conviniere al servicio de Dios y suyo. —Madrid 1 de febrero de 1619. »

Muchos remedios de los que se aconsejan en esta consulta no podian conducir al fin, pero repetimos que conducen á un conocimiento exacto de los males que se sentian en aquella época, si ya no de todas sus causas. Nuestro comercio se dedicaba casi enteramente á esportar á América géneros estranjeros, cosa que probaba cuan ciertos eran los males que se lloraban: las naciones estranjeras se enriquecian, y la España en espresion de un crítico, era para la Europa lo que la boca es para el cuerpo: pasaba por ella todo el oro que se derramaba por las demas naciones, y nada se quedaba en su seno.





LIBRO SEGUNDO.

REINADO DE D. FELIPE IV.

Capítulo primero.

Principios del nuevo reinado. Continua la guerra de Flandes. Privanza del Conde Duque de Olivares. Guerra en las Provincias Unidas. Paz de Monzon. Gustavo Adolfo de Suecia. Batalla de Leipsick. Tratado de Quierasco. Vuelve Flandes al dominio de España. Batallas de Lutzen y de Norlinga. Muere en la primera el Rey de Suecia.

El dia 9 de mayo de 1621 hizo Felipe IV en la villa de Madrid, su entrada pública, dirigiéndose á caballo desde el monasterio de San Gerónimo al frente de la grandeza y de innumerable pueblo: no le acompañó la Reina, porque estaba en cinta de seis meses en las descalzas Reales. Diez y seis años y un mes tenia entonces Felipe IV; y si bien sus luces y esperiencias de gobierno eran tan pocas como sus años, lisonjeabanse algunos sin embargo de que en edad tan corta daba muestras de madurez de juicio y grave continente: sin embargo los hombres conocedores no se alucinaban como el vulgo, y tampoco preveian grandes muestras de energía ni mucha gloria en la era que se iba á principiar. Por el pronto no destituyó al Duque de Uzeda, pero traslucíase ya que el Conde Duque de Olivares, muy amigo del Príncipe y su gentilhombre, habia de ser quien por último debia arrebatar de sus manos el poder.



GUZMAN Y PIMENTEL
(Gaspar),
Conde Duque de Olivares
Primer ministro y privado de Felipe IV
T. IV. p. 44.



Con efecto, cayó muy luego en desgracia el anterior ministro, y el Conde Duque consiguió que el bien reputado Don Baltasar de Zúñiga, tio suyo, fuese nombrado ministro de España, quedando desterrado de la corte el Duque de Uzeda.

El 22 de junio se convocaron córtes en Madrid para poner en ejecucion la consulta que hemos ya manifestado: hízose de manera que la Real Hacienda recobrase cuanto se habia enagenado con prodigalidad en el anterior reinado, y de esta suerte se pensaba en ir restaurando las fuerzas de la debilitada Monarquía.

Empezóse á tratar seriamente del asunto de la ocupacion del Valtelina, pues los príncipes de Italia y el gobierno francés, no podian ver sin zozobra que se hubiesen apoderado los Españoles de tan importante provincia: por último se habia ya logrado por el tratado de Madrid de 25 de abril la evacuacion de la Valtelina, cuando aconteció la mudanza de ministerio que desbarató los proyectos diplomáticos concebidos.

En Alemania, halló una muerte gloriosa, despues de haberse apoderado de muchas plazas del enemigo, el Conde de Bucquoi. El que con mas empeño defendia al Elector Palatino, despues de la batalla de Praga, era el Conde de Mansfeld; pero el Emperador Fernando se mostró tan activo, que obligó á someterse á varios potentados, é hizo que el Elector Palatino y sus partidarios evacuasen la Alemania con pérdida de todas sus posesiones.

La tregua entre la Holanda y la España habia espirado; y conociendo aquellos que debian prepararse para nueva guerra, se aliaron con el Rey de Dinamarca, y pusieron bajo un pie respetable sus ejércitos. Murió entonces el Archiduque Alberto, y su esposa la Infanta Doña Isabel Clara quedó declarada única heredera de los Paises Bajos.

Por este tiempo se coligaron los Moros y los Holandeses para sitiar la plaza de Mamola; sin embargo tuvieron que huir con grande pérdida de gente, no pudiendo resistir el impetuoso ataque de los Españoles. En el Estrecho de Trafalgar acometió una escuadra nuestra á unas veinte y ocho naves holandesas, y á pesar del fuerte viento que soplaba logró apresar cuatro.

El 19 de diciembre de 1622 declaró el Rey por un decreto que 1622.

el Duque de Uzeda no habia faltado á las obligaciones de su cargo, y le nombró virey de Cataluña; pero Uzeda, que se hallaba entonces en Toledo lleno de melancolía, no dió muestras del valor de su padre en igual circunstancia: al saber el Duque de Lerma su tristeza, le escribió varias cartas de consuelo, y en una le decia: « Me escriben que os morís de necio. — Mas temo yo á mis años que á mis enemigos. » No supo el de Uzeda seguir este consejo, y murió en breve.

La privanza del Conde Duque de Olivares fué fatal á muchos empleados que cayeron en desgracia; de modo que apenas quedó oficial en las secretarías y palacio á quien no se removiese bajo varios pretextos. Estas disposiciones eran populares por ser aborrecidas todas las criaturas del de Lerma y del de Uzeda; la adulacion y la lisonja sirvieron de mucho para alcanzar los destinos que quedaban vacantes: del mérito se hizo poco caso. Murió entonces Don Baltazar de Zúñiga, y quedó el Conde Duque dueño enteramente del poder: murmuróse si este habria abreviado los dias del tio; mas no es probable que tal hiciese, pues su privanza con el Rey le daba campo para destituirle siempre que quisiese.

Durante este año, perdió Portugal, y de consiguiente el gobierno español, muchas colonias en Asia que cayeron en manos de los Ingleses.

Como los primeros pasos de la nueva administracion habian parecido populares, para lisonjear el Conde Duque á la nacion y al jóven Monarca dió á este el título de Grande: algun tiempo despues, á la época de la caida del Duque es fama que amaneció fijado un pasquin en que se decia al Rey que el Conde Duque le habia hecho *pequeño*, y que solo apartándole de su lado era Felipe IV *grande*.

Sin embargo la popularidad se trocó muy en breve en zozobra cuando se previeron grandes guerras, siendo así que la nacion necesitaba paz. El Duque de Olivares, mas activo ciertamente y entendedor que el de Lerma, no se limitó como este á conservar, sino que quiso conquistar: así fué como perdió muchísimo de lo que Lerma habia podido conservar, y con ello la preponderancia española en Europa.

Entretanto el ejército Español al mando de Espínola se apoderóde varias plazas singularmente de Juliers, sin que pudie-

se impedírselo Mauricio; y aunque por este lado la campaña, se limitó á la ocupacion de dichas plazas, con todo la del Rhin hubo de ser mas sangrienta. Todavía peleaban muchísimos españoles al mando del general del Emperador el Conde de Tilli, los que ganaron contra el Marqués de Vaden una señalada victoria, en que le hicieron perder cinco mil hombres. El Conde de Mansfeld seguia combatiendo siempre por una causa que ya se mostraba desesperada; pero así él como Cristiano de Brunswick fueron derrotados uno tras de otro por Tilli, causándoles la pérdida de ocho mil hombres. Desanimados los fugitivos, y lanzados de Champaña por el Duque de Nevers, proyectaron reunirse en los Paises Bajos con el Conde Mauricio; pero Gonzalo de Córdoba, que se habia distinguido en varios encuentros como gefe del cuerpo español que peleaba al servicio del Emperador, volvió á derrotarlos en Fleurus, motivo por el cual pudo Tilli acabar gloriosamente la campaña con la toma de Heydelberg y de Manheim.

El tratado de Madrid de 25 de abril ofrecia á los Franceses la evacuacion de la Valtelina; el Conde Duque á instancia de la corte de Paris que insistia en ello firmò otro tratado en Aranjuez prometiendo lo mismo, pero solo con ánimo de ganar tiempo.

Estipulóse pues que todas las plazas fuertes de la Valetina 1623.
quedarian depositadas en poder de un príncipe católico; eligióse como á tal al Papa, cuyas tropas ocuparon en efecto dichas plazas; pero como ambos estipulantes procediesen de mala fe, la España; porque reputaba seguras las plazas aunque las tuviese el Papa, y la Francia porque guardaba para mejor sazon el declararse mas abiertamente, resultó de ahí que el Duque de Saboya, Venecia y Francia se aliaron, prometiendo poner en pie un ejército de cuarenta y cuatro mil hombres para obligar á los Austriacos y á los Españoles á restituir á los Grisones no solo la Valtelina sino tambien los condados de Bormio y Chiavenna.

El horizonte de Italia estaba muy cargado, de modo que la guerra que casi terminaba en Alemania con la batalla de Stadlo, en que Tilli mató á Brunswick seis mil hombres y le hizo cuatro mil prisioneros, parecia querer hacer nueva presa en otra parte. En Holanda fué desgraciado Mauricio con el inten-

to de sorprender á Amberes; pues una tempestad deshecha estrelló contra la costa seis de sus buques.

Doria, gefe de las galeras de Sicilia, destrozó en las aguas de la Goleta á una escuadra turca, mientras el distinguido Ribera derrotaba otra argelina que intentó hacer un desembarco en España.

Tratábase casamiento entre Cárlos, príncipe de Gales y la infanta Doña María hermana de nuestro Rey. No era popular en Inglaterra este casamiento por ser católica la Infanta, y tampoco lo era en España por recordarse las desgracias de Doña Catalina con Enrique VIII. Pero el Príncipe de Gales se vino en secreto á Madrid el 17 de marzo de 1623, y el 27 efectuó con todo brillo su entrada pública. Hubo fiestas y regocijos; iban y volvian correos de Lóndres para allanar la dificultad de que la Princesa volviese allí como católica con sus allegados; necesitábase una dispensa del Papa, segun se decia, y todo eran mas largas para el enamorado Príncipe. Aconteció por entonces la muerte del papa Gregorio XV, cosa que retardó mas la negociacion; pero teniendo entendido que el Conde Duque solo deseaba pasar tiempo, si bien que se habian contraído esponsales en 8 de julio, partió el Príncipe de Gales para Inglaterra el 9 de setiembre. Hubo magníficos regalos de una y otra parte, regalos que solo disimulaban los íntimos sentimientos del corazon que no debian de ser muy amistosos al despedirse. Ello es que á poco se recindieron los esponsales, y aun mas adelante se declaró guerra entre ambas potencias.

Entre los regocijos de la venida del Príncipe abrió el Rey las córtes que tenia convocadas en Madrid á 6 de abril; en ellas se manifestó el estado de la Monarquía, y se dijo que esta iba mejorando: pocas cosas se determinaron en ellas mas que lo de la anterior consulta, y el renovar el decreto de las córtes del de 1528 en que se prohibia estraer plata fuera de estos reinos.

El 25 de noviembre dió á luz la Reina una infanta llamada Margarita Catalina, que solo vivió un mes.

1624. Habia el jóven Rey determinado visitar las Andalucías para reponer en buen estado nuestras plazas marítimas de aquellas costas, pues se veian á cada paso amenazadas por los Holandeses y Berberiscos frecuentemente coligados. Salió pues de la corte el 8 de febrero de 1624 con direccion á Sierra Morena;

detúvose muy poco tiempo en Andújar, Carpio y Córdoba, y llegó á Sevilla el 29. El 13 de marzo partió para Sanlúcar y desde esta poblacion anduvo recorriendo los puntos de Cádiz, Gibraltar, Bejér, Marbella, Málaga, Archidona, Antequera y Granada; desde cuyo punto regresó el 19 de abril á Madrid. A poco llegó tambien á la Corte el Marqués de la Hinojosa, nuestro enviado en Lóndres, con la noticia de que algo agriado el Rey de Inglaterra empezaba ya á declararse mas partidario de los Franceses que de los Españoles, y á trazar nuevo proyecto de enlace entre el Príncipe de Gales y la Princesa Enriqueta María, hermana de Luis XIII, proyecto que se efectuó al cabo.

Súpose además en Madrid que los Holandeses, á pesar de estar en guerra con España, comerciaban en nuestros puertos con bandera alemana; tomáronse en consecuencia las medidas oportunas, y fueron dados de comiso mas de ciento sesenta buques holandeses. Mientras esto pasaba en nuestros puertos, tuvo lugar un choque entre las galeras de Nápoles al mando del conde de Benavente y seis buques berberiscos. Desgraciadamente cayó muerto el Conde á los primeros tiros; no se desanimaron sin embargo los suyos, y tomando el mando Don Francisco Manrique, supo dar tan buena cuenta de sí que los buques enemigos fueron apresados, escepto la capitana, pues el que la mandaba la hizo volar: á pesar de esto quedó prisionero el gefe enemigo con doscientos mas de los suyos, y se dió libertad á cien cristianos cautivos. Don García de Toledo, duque de Alba apresó cerca de Arcilla cuatro buques moros, quedando prisioneros cuantos iban en ellos; lo que unido á la persecucion activa que por tierras de Africa hacian nuestros gobernadores de plazas fuertes, hizo que por mar y tierra llevasen los Africanos lo peor de la lucha.

No éramos tan afortunados en las costas del Brasil y del Perú; pues once corsarios holandeses saquearon varios pueblos y cogieron un inmenso botin á pesar de la resistencia que esperimentaron de parte de las guarniciones españolas.

Hubo al fin del año córtes en Madrid, en que los reinos de Castilla acordaron al Rey un subsidio de dos millones por el término de seis años.

Estos subsidios y aun mayores necesitaba el gobierno para

hacer frente á la tempestad que iba aglomerándose sobre su cabeza. La entrada del cardenal de Richelieu en el consejo del Rey de Francia presagiaba desgracias á la dinastía Austriaca, á la cual fueron funestísimos, vastas miras políticas é inagotables recursos : era uno de aquellos que con tal que lleguen al fin no se paran nunca en los medios. Pronto dominó en el consejo de Luis XIII , y pudo de esta suerte , siendo á la vez admirado y aborrecido , llevar á cabo sus dos planes favoritos, que consistian en humillar á la vez la aristocracia francesa y el orgullo de la casa de Austria.

Así que subió al poder , empezaron á no tener el menor influjo entre la Francia y España las alianzas de familia efectuadas por medio de dos matrimonios : la política fué lo único dominante, y esta prescribia á Richelieu el promover desavenencias, para que el efecto de aquellos enlaces fuese efímero; prodigó subsidios á la Holanda para que continuase la guerra con vigor ; envió al Duque de Saboya las tropas que se le habian prometido , fué el principal resorte que activó el matrimonio entre el Príncipe de Gales y la hermana de Luis XIII, logró de Jacobo permiso para que los Holandeses levantasen en su reino un cuerpo de seis mil hombres ; en auxilio de los Holandeses permitió tambien que los rebeldes Alemanes hiciesen levas en Francia : renovó en fin la casi muerta lucha de los treinta años ; obtuvo de los Suizos que transitasen por su territorio nueve mil hombres, y con ellos penetró en la Valtelina arrojando de sus fortalezas á las tropas del Papa.

Llenaron de asombro á la corte de Madrid estos primeros movimientos: conoció el Conde Duque que esto era un guante tirado por Richelieu á la España , y quiso recogerlo , pues se empeñaba una lucha de muerte en que uno ú otro debia sucumbir.

1625. Este año fué condenado el Duque de Lerma á pagar setenta y dos mil ducados anuales junto con el atraso de veinte años, á título de rentas mal adquiridas, golpe que aceleró su muerte acaecida el 18 de mayo de 1625. Agraváronse este año sobre manera los males que amenazaban á la Monarquía. Las Américas estaban invadidas por los Holandeses , á quienes aguijoneaban sus aliados, mientras la ciudad de Méjico andaba en revueltas intestinas por una grave disputa ocasionada entre las

jurisdicciones Real y eclesiástica, y en que tomó parte el pueblo. Nuestras posesiones de Milan y de Nápoles se veian amenazadas, y sus gobernadores clamaban por prontos socorros. Oran estaba bloqueada estrechamente, mientras una nube de corsarios argelinos se derramaba por las costas del Mediterráneo causando la ruina de un sin número de poblaciones. Murió por esta época Jacobo de Inglaterra, y el primer paso del nuevo rey Cárlos I fué enviar una escuadra contra nuestras costas para interceptar nuestros convoyes y facilitar el paso de los Franceses que se dirigian á nuestros enemigos. Añádanse á esto los apuros de la hacienda cada dia peor administrada, y el haber perecido en naufragios ó haber caido en manos de nuestros enemigos muchas flotas que nos venian de América.

La escuadra inglesa, compuesta de ochenta velas, apareció delante de Lisboa á fines de octubre; pero hallando á la ciudad apercibida, dobló el cabo de San Vicente y entró en la bahía de Cádiz. Activó la defensa el Duque de Medina-Sidonia, reunió tropas de Sevilla, Malaga y otros pueblos; y si bien los Ingleses desembarcaron diez mil hombres, y combatieron la torre del Puntal apoderándose de ella al cabo de veinte horas, no pudieron sin embargo internarse en el pais, antes tuvieron que reembarcarse con bastante pérdida el dia 8 de noviembre. Esta espedicion le salió cara á Cárlos I, pues además de haber perdido treinta naves, fué mayor su pérdida moral, pues nada pudo conseguir con tan costosa espedicion.

La campaña de Flándes tuvo tambien este año un resultado glorioso, pues el marqués de Espínola sitió á Breda con lo mas escogido del ejército español, á pesar de defenderla Mauricio con cuarenta y tres mil hombres de seis distintas naciones. Rindióse Breda el 25 de mayo, principalmente porque murió Mauricio el 23 del mes anterior, y se halló en ella un sin número de municiones de guerra. A Mauricio le sucedió su hermano Federico Enrique, belicoso y aborrecedor como él de los Austriacos.

Viendo los Españoles que en Italia se preparaban los enemigos para la ofensiva, se aliaron con los duques de Toscana y Parma y con las repúblicas de Génova y Luca para oponerse al nublado. El Duque de Saboya con diez mil hombres de refuerzo intentaba penetrar en el Monferrato, apoderarse de

Génova y en seguida del Milanesado. Pudo efectuar una parte de sus planes; pero los generales españoles estaban atentos y desbarataron todos los proyectos del enemigo; el Marqués de Santa-Cruz acudió al socorro de Génova con su escuadra ahuyentando de paso á la francesa; el Duque de Feria tomó la ofensiva á espaldas del enemigo, y alentando á los Genoveses pronto perdió el de Saboya todas las plazas que habia conquistado. Por otra parte pacificáronse las contiendas de Méjico mediando prudentemente en ello el nuevo virey Marqués del Valle: Don Fadrique de Toledo desalojó de la América meridional á los Holandeses, y recobró cuantos puntos habian estos ocupado.

De esta suerte la campaña que habia principiado de un modo alarmante, acabó de un modo feliz: tres reyes mozos se hallaban entonces en los tronos de Inglaterra, Francia y España, los tres obedecian á sus consejeros, y los dos primeros se habian convenido para abrumar al tercero; mas es fuerza confesar que por este año quedaron desbaratados todos sus proyectos.

1626. En los Paises Bajos meditó por este año Espínola la toma de la Esclusa; pero habiendo confiado esta empresa al Conde de Horn, tuvo este la desgracia de salir herido y de perder cuatrocientos hombres sin poder llevar á cabo su designio. Entretanto en Alemania derrotaba el Emperador en varios encuentros á todos sus enemigos, singularmente á Mansfeld, al Palatino y al Rey de Dinamarca: Mansfeld y el Duque de Brunswick murieron á poco.

Con esto la Casa de Austria, á la cual queria humillarse con la liga, salió enteramente triunfante, cosa que hubo de sentir mucho el político Richelieu, pero que á fuer de grande hombre de estado no le hizo abandonar sus proyectos. Dejó pues para mas adelante el combinar nuevas fuerzas contra la Casa de Austria, y se dispuso para vencer á la aristocracia francesa en la Rochela. Aprovechó pues la coyuntura de hallarse en Madrid el cardenal Barberini para sacar de pila en nombre del Papa á la infanta Doña María que acababa de nacer, y firmó un tratado de paz en Monzon, en cuyo punto celebraba Felipe IV las córtes del reino de Valencia. La política prescribia á Richelieu que abandonase al Duque de Saboya y á los Venecianos, y

así lo practicó aunque fuese injusto : conveníase por el tratado en que el Papa volveria á apoderarse de las plazas de la Valtelina para arrasarlas.

Quedó pues mas desahogado el gobierno español, pero tuvo que llorar este año otros desastres interiores ; hubo inundaciones por casi toda España ; el Tormes derribó quinientas casas en Salamanca y causó la muerte de infinidad de gente ; en Sevilla derribó el Guadalquivir tres mil causando un daño de mas de cuatro millones de ducados : y á todas estas desgracias, que se sintieron tambien en otras partes á causa de las nieves y las lluvias , se siguió la miseria y la epidemia.

En las córtes de Monzon sirvieron los Valencianos al Rey con mil hombres por todo el tiempo que necesitase , y en las de Aragon le sirvieron con dos mil por espacio de quince años. Las córtes de Cataluña dieron lugar á debates muy vivos, porque conociendo mal el genio de los Catalanes queria tratárseles con rigor , siendo así que su carácter se dobla solo al buen trato: el amor sirve allí mas que la fuerza para el gobierno. Pasó el Rey á Barcelona á últimos de marzo , y como pidiese á los estamentos seis mil hombres, le impusieron estos tales condiciones, que mal aconsejado el Monarca no los quiso admitir, regresando inmediatamente á la corte. Renovóse en Madrid la pragmática de 1619 , y se prohibieron los coches con mulas en Portugal para promover la cria de caballos que entonces se habia abandonado. Concertáronse á poco las bodas de la infanta Doña María , hermana de Felipe IV , con el hijo del Emperador, cosa que fué un incentivo para enviar mayores refuerzos á este contra el Rey de Dinamarca, á quien al fin se obligó á pedir la paz. 1627.

En Andalucía metieron mucho ruido los individuos de la secta de los alumbrados, hasta que fueron descubiertos y perseguidos. Dictábanse en Madrid varias pragmáticas para repoblar la España , y dar nueva vida á su comercio ; creáronse varias compañías comerciales, y se tomaron distintas medidas á fin de que no se estrajese oro ni plata para el estranjero.

Los Holandeses seguian causándonos graves daños en las costas de América, y hubo de atenderse á la formacion de milicias urbanas para la defensa de las playas sin gravámen del erario.

A pesar de hallarse este en los mayores apuros, para contemporizar el Conde Duque con el cardenal de Richelieu le envió cuarenta buques bien armados al mando de Don Fadrique de Toledo, y esto principalmente con el intento de que mientras se ocupaba el ministro francés en reducir la Rochela, podria el Emperador acabar de humillar á sus enemigos, y minar de esta suerte el poder de la Holanda. El Inglés, con la mira de tener entretenido á Richelieu en la Rochela, envió tambien allá una escuadra. La fatalidad quiso que fuese perjudicial á la España el que hubiese enviado allí una el Conde Duque, porque entretanto se apoderaron los Holandeses de una flota que venia de América con inmensos tesoros.

1628. Rindióse la Rochela el dia 28 de octubre de 1628, y Richelieu pudo ya tomar parte en las nuevas reyertas que amenazaban á Italia con motivo de la sucesion del duque de Mantua Vicente Gonzaga que acababa de morir. Presentáronse tres ó cuatro pretendientes, todos impotentes escepto el Duque de Saboya; pero cada cual buscó algun rey poderoso que le defendiese; España se alió con el Duque de Saboya, á pesar de haberle hecho la guerra por tanto tiempo; Gonzalo Fernandez de Córdoba acudió de Alemania con un cuerpo de diez mil hombres, y en pos de él vino Espínola con otro cuerpo de ejército para sitiar á Casal, á cuyo punto pusieron en grande aprieto mientras el Emperador se adelantaba hácia el Mantuano despues de haber vencido á todos sus enemigos.

1629. Luis XIII en persona se propuso favorecer á la cabeza de un ejército al duque de Mantua: penetró en Susa, obligó á replegarse al Duque de Saboya, y precisó á los Españoles á levantar el sitio de Cassal, y á retirarse hácia el Milanesado.

Creyendo Richelieu haber conseguido su objeto, volvió á Francia para acabar con los Hugonotes, que habian ya recibido un golpe mortal en la Rochela, y solo dejó tres mil quinientos hombres en la línea del Pó.

Un cuerpo de ejército del Emperador, fuerte de diez y ocho mil hombres llegó entonces al Mantuano; y viendo el gobierno español que era sazon oportuna para apoderarse de Cassal, mandó que Espínola dejase enteramente el gobierno de Flándes, y pasase allá con algunos tercios de veteranos. Su hijo Felipe Espínola se habia ya distinguido con la toma de Ac-

qui y otras plazas, y en el ínterin su padre llegó delante de Casal.

Poco habia meditado el Conde Duque la traslacion de ese célebre general, pues así que hubo salido de Flándes se resintieron de su falta los intereses de la España, perdiendo en breve las plazas de Wessel y de Bois-Leduc: esta plaza cerraba ya á nuestros ejércitos el paso del Rin, mientras a quella abria á los Holandeses el Brabante.

El 17 de octubre nació en la corte de Madrid el príncipe Don Baltasar Cárlos, por lo cual tuvieron lugar fiestas estraordinarias, por ser el primer varon que dió á luz la Reina. Mientras tenian lugar estos regocijos públicos derrotaba un general portugués al Rey de Hachem en la India Oriental, y cogieron tesoros inmensos, merced al modo como supo apoyarlos el Rey de Pera.

El 27 de mayo se habia visto obligado el Rey de Dinamarca á concluir paz en Lubeck con el Emperador, á quien pudo decirse que quedaba sometida toda la Alemania.

Este año perdimos la plaza de Fernambuco á pesar de lo de- 1630.
nodadamente que resistió á los Holandeses su cortísima guarnicion.

En Italia tomaban mal sesgo los negocios. Richelieu, libre en gran parte de enemigos interiores, penetró en el Piamonte, batió á los Saboyardos en Javenes, y se apoderó de Saluces: despues de haber pasado una vida tan trabajosa en continuas guerras, murió el Duque de Saboya el 26 de julio no pudiendo resistir á tantas desgracias á la vez. Político diestro, y hábil general, concebia proyectos mas vastos de los que podia emprender; supo sin embargo por mucho tiempo valerse de la rivalidad de dos grandes potencias para sostenerse, ora apoyándose con la una, ora mostrándose rendido con la otra, y combatiendo siempre que veia favorable coyuntura. Sucedióle Victor Amadeo I, hijo suyo, y puede decirse que el emprendedor Cárlos Manuel su padre anduvo ganando terreno en su posteridad, hasta elevar algun dia la Casa de Saboya á su esplendor presente.

Espínola combatia con esfuerzo la plaza de Cassal, la redujo al último estremo, rechazó dentro de ella al general francés que quiso hacer una salida, y secundó en parte al ejército im-

perial mientras se apoderaba de la ciudad de Mantua y su castillo.

Adelantábanse los Franceses vencedores en Saboya y en el Piamonte, cuando por intermediacion de Mazarini se celebró un armisticio de dos meses. Durante este armisticio tuvimos la desgracia de perder al célebre cuanto virtuoso general Don Ambrosio Espínola, siempre vencedor y jamás vencido: tuvo lugar su muerte el 25 de setiembre con llanto de todo el ejército, en cuyo mando le sucedió el Marqués de Santa Cruz. El dia 3 de octubre se concluyeron las paces entre Francia y España, y por ellas fueron restituidas al Duque de Mantua cuantas plazas le habian sido ocupadas: la Francia empero no quiso desocupar la plaza de Piñerol como habia prometido.

Adelantábase por entonces desde el norte de Europa un nuevo enemigo de la casa de Austria; tal era Gustavo Adolfo, contra quien hubo de prevenirse el Emperador. Aquel Rey de Suecia, despues de haber vencido y dictado condiciones de paz á la Polonia, incitado secretamente por Richelieu quien le habia prometido subsidios cuantiosos si secundaba sus miras, decidíase á hacer la guerra á los Austriacos; se presentó en la Pomerania, y volvió á encender la guerra de los treinta años con mas furor que nunca.

1631. El 6 de abril de 1631, se firmó nuevo tratado de paz entre Francia y el Imperio, quedando por él acordes en las diferencias todavía no terminadas en punto á Saboya, Mantua y el Monferrato.

El lúnes 7 de julio se pegó fuego á un barrio entero de Madrid que casi quedó consumido quedando sepultadas en él muchísimas familias: á pesar de esto, el 25 de agosto cuando todavía humeaba el incendio se corrieron toros y cañas, y en medio de la diversion se oyó de nuevo la voz de fuego, que realmente se pegó en una casa donde murieron bastantes personas de las mismas que desde la diversion acudian á apagar las llamas.

Entretanto Gustavo Adolfo penetró en la Sajonia, y adelante de Leipsick dió á los Imperiales una de aquellas batallas mas memorables que mencionan los anales de los pueblos. Llevaron lo peor las tropas del Emperador, pues fueron derrotadas con pérdida de cuatro mil muertos, siete mil prisioneros, y

casi toda su artillería. Llegó á lo sumo el abatimiento moral de los Imperiales, y Gustavo se derramó con impetuosidad por la Franconia y las vertientes del Rin, penetrando en todas sus plazas fuertes, la mas señalada de estas Maguncia. Despues de aquella terrible batalla volvió el Emperador á emplear á Walstein en el mando de su ejército, como único gefe que podia hacer frente á la borrasca.

Así como la Francia se habia quedado dueña de la plaza de Piñerol, así tambien los Imperiales permanecieron en posesion de las plazas de la Valtelina, cuya evacuacion la reclamaron con gran energía los Franceses, porque tambien se les debia disimular en algo el no haber cumplido ellos con algunas condiciones del tratado.

Hasta esta época nuestra marina habia triunfado casi siempre; pero tuvo este año un desastre de aquellos que se reparan pocas veces, pues en las aguas de Viaren, atacó una escuadra inglesa á otra española, y de noventa buques que la componian apresó setenta y seis, y echó á pique ó quemó los restantes: apenas pudieron salvarse once hombres de los cinco mil y seiscientos que llevaba á bordo la escuadra española.

Celebráronse córtes en Madrid el 7 de marzo de 1632 para 1632.
la jura del príncipe Don Baltasar: en ellas muchos pueblos, singularmente los Catalanes, negaron los pedidos estraordinarios presumiendo que querian enviarse al Emperador; á pesar de esto se enviaron inmensas sumas, y se gastaron otras en los placeres de la corte, con que el Duque tenia embelesado al jóven Monarca.

El 1.° de mayo llegó el Rey á Barcelona para concluir las córtes de Cataluña, creyendo que su presencia haria que los Catalanes otorgasen el pedido estraordinario. No por esto lo hicieron, el Rey se volvió á Madrid y su hermano y el Infante Don Fernando, y solo pudo alcanzar un donativo de ciento veinte mil ducados para gastos de viaje. El 12 de julio cayó enfermo el infante Don Cárlos, y murió á poco: el Infante Cardenal fué entonces nombrado gobernador de Flándes por renuncia que hizo la Archiduquesa. Hubo entonces una especie de guerra intestina en los Paises Bajos, pues algunos proyectaban hacer independientes aquellas posesiones españolas. Los Holandeses aprovecharon esta coyuntura; entraron en

Veulo y Ruremunda sin resistencia, en Maestrie despues de un sitio de dos meses, y en Limburgo, Vere y Orsoy, despues de haber derrotado con pérdida dos mil hombres á veinte mil alemanes que iban contra él.

La estrella de la victoria no brillaba ya para las armas españolas: una escuadra holandesa se apoderó de una flota que venia de la China; un Rey africano aliado de los Holandeses atacó la plaza de Mombaza, se apoderó de ella y halló inmensas riquezas, subleváronse los Reyes de la India que pagaban tributo á los Portugueses, y con el ausilio de la Holanda se declaron independientes: así se desplomó el imperio que en aquellos paises riquísimos habian conquistado los Portugueses por espacio de ciento cincuenta años, entronizándose en su lugar los Holandeses. Hasta entonces Lisboa habia sido el emporio del comercio; pero Amsterdam le sucedió.

Tampoco fué feliz la Casa de Austria en los campos de Alemania. Gustavo Adolfo se internó en la Suavia, derrotó de nuevo á los Imperiales, internóse en la Baviera, y se apoderó de casi todo el occidente de la Alemania.

Bien es verdad que un cuerpo de ejército español logró tomar varias plazas sobre el Rin, y que otro ejército imperial contuvo á los Suecos en la Westfalia: pero á pesar de esto nada podia resistir al torrente conquistador del Rey sueco, y despues de haber muerto Tilli de resultas de una derrota, solo le quedaba al Emperador el ejército que organizaba Walstein.

Este hábil general efectuó un movimiento que podia ser decisivo, amenazando cortar á Gustuvo sus comunicaciones por retirada. Púsose delante de Nuremberg, y obligó á Gustavo á que acudiese á su defensa. Atrincheróse el general austriaco, y á pesar de que le atacó el mismo Gustavo, no pudo forzar sus líneas. Conoció sin embargo Walstein que su situacion podia ser precaria, y antes de esperar nuevo ataque, se reunió con otro cuerpo de ejército austriaco, y marchó contra el Elector de Sajonia.

Siguióle tambien Gustavo Adolfo, y le dió en la llanura de Lutzen la famosa batalla en que debia perecer. A los primeros tiros murió el Rey sueco; mas á pesar de esto pelearon con desesperacion sus soldados y ganaron la victoria, matando á

once mil imperiales. Sin embargo la muerte de Gustavo, fué reputada una victoria por el Emperador; de manera que en toda Alemania, Italia y España se celebraron fiestas por este acontecimiento.

En el trono de Suecia sucedió á Gustavo su hija Cristina aun niña; el político Richelieu halló medio de hacer entrar en sus miras al Regente de Suecia, y logró que el Duque de Weimar, sucesor de Gustavo en el mando de su ejército, continuase con vigor la guerra contra la casa de Austria.

El erario español estaba exhausto, y muy á pesar suyo iba 1633.
conociendo la España que el Conde Duque la llevaba á su ruina. En el año de 1633 hubo de pedirse nueva contribucion á los reinos, á la cual contribuyó el clero con diez y nueve millones. El Ministro divertia entretanto al jóven Rey, se concluia la casa de fieras, y en ella se hacia lidiar un leon contra un toro, perdiendo de este modo Felipe IV un tiempo preciosísimo, y dejando que el Conde Duque gobernase á su albedrío.

Todos los enemigos de la casa de Austria, incluso el embajador de Francia que prometió subsidios cuantiosos, celebraron un congreso en Hailbron, y se decidió continuar con mas empeño que nunca la guerra. Muchas plazas fuertes y casi toda la Alemania occidental fueron ocupadas al primer movimiento de los coligados, y en la batalla de Amelen tuvieron los Austriacos cinco mil muertos y dos mil prisioneros; sin embargo, todavía mandaba en gefe el general Walstein, quien derrotando de improviso á los Suecos en Heynan, en pocos dias volvió á reconquistar toda la Silesia.

La campaña, pues, que era contraria al Emperador en la Alemania occidental, le fué favorable en la oriental. Entretanto perdian los Españoles en Holanda la plaza de Rhimberg, única que les quedaba sobre el Rin. Murió entonces el dia 1.° de diciembre de edad de sesenta y ocho años la archiduquesa doña María Isabel Clara, digna hija de Felipe II, si bien que de carácter mas flexible: los últimos actos de su administracion fueron felices por haber sabido descubrir y sofocar en sus principios la conspiracion de los que querian constituir en república á los Paises Bajos.

El dia 25 de noviembre se contrató en Madrid la boda entre el Duque de Braganza y Doña Luisa de Guzman hija del Du-

que de Medina-Sidonia, que debian al cabo de pocos años levantarse con la corona de Portugal y separarla del resto de la Península. En la India no fueron tan desgraciados como en el año anterior los Portugueses, pues en la plaza de Colombo de la isla de Ceylan resistieron á cuatro reyes aliados con los Holandeses, les obligaron á huir, y aun despues de varias vicisitudes de la fortuna reconquistaron para el Rey de España muchas plazas de la isla y saquearon otras.

1634. Richelieu sostuvo todo el año 1634 con subsidios estraordinarios los esfuerzos de los Holandeses. Mientras iba á los Paises Bajos el Cardenal Infante los gobernaba interinamente el Marqués de Aytona. Aconteció por entonces la muerte de Walstein, á quien hizo asesinar ocultamente el Emperador, suponiendo que se habia descubierto una conspiracion contra su persona, de que era gefe aquel intrépido cuanto diestro general: podia esta ser verdadera ó fingida, pero el resultado fué suceder á Walstein en el mando de los ejércitos Imperiales el archiduque Fernando, rey de Hungria, quedando de esta suerte satisfechos los émulos de la gloria del único general austriaco que pudo resistir á Gustavo Adolfo.

El cardenal infante D. Fernando deseaba antes de pasar á su gobierno de los Paises Bajos adquirir gloria militar contra los Suecos. Incorporóse pues con los Imperiales, y entre las tropas españolas sostuvo en Norlingen el 6 de setiembre una reñida batalla. En ella fué ahuyentada fácilmente la caballería imperial; pero pudo entonces conocerse que la infantería española aun era la mas preponderante en Europa, pues los Suecos, á pesar de su superioridad y furiosa acometida, no pudieron desalojarla de un bosque. La batalla volvió á renovarse al siguiente dia; y como se sintiesen animados los Españoles con el combate de la víspera, pelearon con ánimo indecible, y derrotaron á los Suecos causándoles la pérdida de ocho mil hombres, dejando en nuestro poder cuatro mil prisioneros con un general, todo el bagaje, y á mas ochenta cañones: los Españoles solo perdieron dos mil hombres, y ademas cogieron por fruto de tan memorable victoria todas las plazas de Baviera y la Suavia, que los Suecos habian ocupado. Tal fué la famosa batalla de Norlingen ó Norlinga, batalla que hubiera sido decisiva para el Emperador á no haber estado al frente de

los negocios en Francia un hombre incansable como Richelieu, que envió al momento refuerzos al Palatinado para socorrer á los Suecos.

Capitulo II.

Continuan las guerras de Alemania. Guerra con Francia. Batallas de Avein y de Tesino.

Conocia Richelieu que era llegada la hora de declararse abiertamente, y obró ya sin rebozo. A la verdad hasta este año habia obrado la Francia como enemiga de la casa de Austria, tratando con los que amenazaban su ruina, y enviandoles cuantiosos subsidios; pero hasta entonces no habia tenido lugar una pública declaracion de guerra, cosa que se efectuó en breve. 1635.

Aconteció que de Lieja salió un gefe español para sorprender la plaza de Treveris; y como los Suecos hubiesen dejado guarnicion francesa en aquella plaza, fué degollada toda sin compasion. Este fué el pretexto para la guerra; la verdadera causa fué mas fuerte.

Procedia esta de haber perdido los Suecos la batalla de Norlingen, tras de ella la Alemania meridional, y que en seguida se declaró por el Emperador el Elector de Sajonia. Necesitaba pues refuerzos la liga protestante del Norte, ó de otro modo iba á triunfar sin recurso la casa de Austria en toda la Alemania. El general sueco, acosado siempre por los Imperiales, guardaba la ofensiva en la línea del Rin, y en el entretanto los ejércitos del Emperador tomaban por sorpresa á Filisbourg, se apoderaban de Spira é invadian la Alsacia: ademas el Duque de Lorena, á quien animaba el deseo de recobrar los estados que le habian quitado los Franceses, hacia frente á un cuerpo de ejército francés en el alto Mosa. Declaróse de consiguiente la guerra. La corte de Francia mandó á los mariscales de Chatillon y de Brezé con un ejército á Flándes, para que obrasen de mancomun con el Príncipe de Orange, mientras otro cuerpo de ejército debia reunirse con el sueco, y conser-

var la línea del Rin al mando del cardenal de la Valette y del mariscal Feuquieres : constaba el primero de treinta mil hombres de todas armas, y se dirigia hácia Lieja para reunirse con los Holandeses. Opúsose á su marcha , apostado ventajosamente en Avein no muy lejos de Lieja , el Príncipe de Saboya, hermano del duque Victor Amadeo que servia en los ejércitos españoles.

Acometieron los Franceses á nuestras tropas con número casi triple de gente , mas á pesar de esto la accion anduvo por mucho tiempo indecisa , peleándose por ambas partes con estraordinario esfuerzo , hasta que al fin tuvo el valor que sucumbir al número, y se retiraron los Españoles con pérdida de su artillería y de unos cinco mil hombres entre muertos y prisioneros. En esta campaña dió el Cardenal Infante muestras de alguna pericia , pues los Franceses anhelaban vivamente darle una batalla , viéndose superiores en número y reunidos ya con el Príncipe de Orange ; mas no pudieron conseguirlo, y tuvieron que contentarse con sitiar la plaza de Tirlemont, adonde entraron por asalto, y la de Lovaina , cuya toma no pudieron conseguir.

Las epidemias se llevaron la flor de los soldados franceses, y no pasaron de allí los progresos que hicieron en aquellos paises ; por otra parte empezaron á moverse zelos entre los soldados holandeses y las tropas francesas ; y en consecuencia gran parte de sus tropas volvieron á Francia con Chatillon, y muy pocas quedaron con el Príncipe de Orange á las órdenes del mariscal de Brezé. Tomando entonces el infante Cardenal la ofensiva se apoderó de la plaza de Skeink que le abria un paso sobre el Rin, y obligó al Príncipe de Orange á que desocupase el Brabante del cual se habia apoderado merced al refuerzo de Francia: de esta suerte no tuvo ningun éxito la batalla de Avein , á pesar del entusiasmo con que la habia hecho recibir en Francia el cardenal de Richelieu.

En Italia, donde prendió tambien la guerra como era de presumir, anduvo tambien indecisa la campaña ; y si bien por intrigas del Ministro francés, así el Duque de Saboya como el de Mantua declararon la guerra á los Españoles, poniéndose en la ofensiva contra el Milanesado junto con un cuerpo de tropas francesas , no por esto alcanzaron mas que apoderarse

de la pequeña plaza de Candia, pues la actividad de los gefes españoles desbarató todas sus combinaciones.

Además los Españoles á las órdenes del marqués de Santa Cruz se apoderaron de las islas de Santa María, San Honorato y otras que estan al frente de Tolon; pero esta ventaja pudo compensarse de parte de los Franceses con la ocupacion de la Valtelina, de donde arrojaron á los Austriacos, tomando á la vez posesion de los condados de Bormio y de Chiavena. El conde de Cervellon nuestro gobernador de Milan, y el general austriaco que mandaba en el Tirol, intentaron dos veces arrojar á los Franceses de la Valtelina; mas el francés Duque de Rohan supo impedírselo acudiendo con rapidez, y con pericia digna de ser estudiada.

Por setiembre se presentó á la vista de Valencia una escuadra francesa, y desembarcó tropas, con que puso sitio en la ciudad; en breve acudió sin embargo el marqués de Santa Cruz con sus galeras, arremetió á los enemigos, destruyó casi todos sus buques, les obligó á levantar el sitio, y en seguida llevó refuerzos á la islas de Santa Margarita y de San Honorato, donde se hicieron fuertes sus tropas.

Tuviéronse este año córtes en Madrid, y en ellas otorgaron 1636.
los pueblos un cuantioso donativo para proseguir la guerra contra Francia, y aprovecharse del desconcierto que habia producido en los enemigos el mal éxito de sus empresas. Se hizo pues un esfuerzo, y sabiendo el Cardenal Infante que el Príncipe de Orange no podia ponerse en campaña por haberse empeñado en tomar la plaza de Skeink, determinó entrar en Francia por Picardía; las tropas españolas iban al mando del capitan Picolomini y del príncipe Tomás, y componian unos treinta mil hombres. Entraron en la Chapelle, Chatelet, Verbins, Noyon, y otras plazas; arrollaron al ejército francés que quiso impedirles el paso del Soma; internáronse mas todavía hasta las plazas de Roye y Corbie, llegaron á las puertas de Saint-Cloud, y amenazaban la misma capital de Francia. Richelieu reunió apresuradamente todas sus fuerzas hasta el número de sesenta mil, levantando antes el sitio que habia puesto á Dole, y opuso todas estas fuerzas á los treinta mil españoles debilitados, pues se habian visto obligados á poner guarniciones en varios puntos. El Cardenal Infante no juzgó

prudente esperarlos, ya porque habia logrado su principal designio, cual era levantar el sitio de Dole, ya tambien porque dejando guarniciones en Roye y Corbie, obligó á los Franceses á detenerse en sitiar ambas plazas, de las cuales le resistió la última hasta el año siguiente.

Tambien por otro punto, á saber por el Pirineo accidental, acometieron este año los Españoles la frontera de Francia. Al frente de veinte y cinco mil hombres el Virey de Navarra puso sitio á San Juan de Pie de Puerto; pero tuvo mal éxito la empresa, pues tuvo que retirarse, y fué arrollado en Roncesvalles por el enemigo. No así el almirante de Castilla que penetró por el Bidasoa, y se apoderó de San Juan de Luz y otros puntos.

En Alemania fué favorable á los Suecos la campaña, pues en las confluencias del Elba, el general Banier derrotó á los Imperiales, penetró en Turingia, y se hizo casi dueño del centro de la Alemania, mientras el Duque de Weymar secundado por los Franceses arrojaba de la Lorena á las tropas austriacas: estas volvieron de nuevo á la carga habiendo recibido algun refuerzo, mas entonces huyeron de darle batalla los enemigos, y debilitándole con acciones parciales le obligaron á retirarse.

Entretanto, habiendo rechazado los Franceses á las tropas españolas que penetraron en su pais, intentaron apoderarse del Franco Condado de Borgoña, que abria paso para sus tropas desde Italia á los Paises Bajos.

Pasó allá el Príncipe de Condé con un numeroso ejército, pero los movimientos del Cardenal Infante le impidieron hacer grandes adelantos.

En Italia el Marqués de Leganés, gobernador de Milan, mantenia á raya á los Franceses, y supo subir al Milanesado á pesar de serle aquellos superiores en número: en parte lo debió á que el Duque de Saboya no deseaba mucho ver en posesion de Milan á los Franceses, falta de acuerdo y de buena fe que resultó en provecho de las armas españolas. Trasluciéndolo al fin el Gobernador de Milan, invadió el ducado de Plasencia; y solo entonces el Saboyardo conoció que no podia resistir mas al empeño con que sus aliados le pedian socorros, y reuniendo tropas pasó el Pó y se acercó al Tesino.

Allí se encontraron á la vista los dos ejércitos enemigos. Don Martin de Aragon defendia aquella línea con un cuerpo de ejército español, y acometiendo en Buffarola al mariscal Crequi le derrotó completamente. Presentóse empero el Duque de Saboya, y reuniendo los restos fugitivos volvió á reanimer el combate, que duró hasta media noche con igual encarnizamiento por entrambas partes. Los aliados cantaron la victoria, porque se quedaron en el mismo campo de batalla; pero tambien se la atribuyeron los Españoles, ya porque habian peleado contra fuerzas superiores, ya tambien porque se retiraron con buen órden sin perder un bagaje ni el menor trofeo: ello es que la batalla de Tesino quedó indecisa, y nadie debió atribuirse la victoria; porque los Españoles se retiraron á los estados del Duque de Parma, y los aliados se retiraron al Piamonte.

El Emperador Fernando, que desde que habia subido al trono no halló mas descanso que en los campos de batalla, sintiendo que se debilitaban sus fuerzas, y que acaso estaba cercano su fallecimiento, quiso que en todo caso no hallase ningun obstáculo su hijo mayor Fernando para subir al trono imperial, y reuniendo dieta en Ratisbona le hizo jurar rey de Romanos.

Capitulo III.

Evacuacion de la Valtelina. Paz con el Duque de Parma. Continuan las guerras de Alemania. Sitio de Fuenterrabia. Batalla de Salsas. Sitio de Arras. Sublevacion de Cataluña. Idem de Portugal. Batalla y sitio de Barcelona.

Llegaban al estremo durante esta guerra las urgencias del 1637.
estado, y en vano el Conde Duque de Olivares ideaba en su mente nuevos arbitrios y recursos. Pero á pesar de tal apuro, al recibirse en 13 de enero de 1637 la noticia de haber sido elegido rey de Romanos el hijo del Emperador Fernando, hubo en Madrid por voz de los historiadores fiestas tan exorbitantes, que se consumieron unos doce millones; cuarenta y dos dias duraron las danzas, máscaras, mojigangas, toros, pare-

jas, cañas, y banquetes suntuosos. Entretanto el ejército del Cardenal Infante, que con solo diez y ocho mil hombres tenia que hacer frente á mas de doble número de holandeses y franceses, clamaba por unos socorros que el ministro consumia vanamente.

Acosaban al Cardenal los enemigos, pues el Príncipe de Orange ponia sitio á Breda, mientras los Franceses sus auxiliares intentaban apoderarse de los Paises Bajos, si bien que tuvieron que contentarse con la toma de Lóndres. En esta campaña no dudó un capitan español llamado Viveros, resistir á mil quinientos hombres con poco mas de trescientos; la mitad de estos quedaron prisioneros, pero vendieron muy cara la victoria, pues perdió el Francés la tercera parte de su gente. Viveros quedó tambien prisionero, pero el general enemigo le hizo presentes de consideracion, y le dejó libre. Otro Viveros con un cuerpo de ejército español acudió de órden del Cardenal Infante al socorro de la Chapelle: el General francés quiso rodear este cuerpo, y pensó hacer prisioneras á las tropas que le componian; pero Viveros supo efectuar una retirada maestra que dejó burlados los designios del enemigo. Entretanto Leon, Chapelle, y demas plazas de la Picardía que el año anterior habíamos conquistado á los Franceses cayeron de nuevo en su poder, como tambien San Juan de Luz y Socoa, por haberse retirado de esta parte de frontera nuestro ejército á causa de las enfermedades.

Recorria una escuadra francesa el Mediterráneo: inesperadamente cayó sobre la isla de Cerdeña, y quemó la ciudad de Oristan; hizo rumbo despues hácia la isla de San Honorato, y se apoderó de ella casi sin disparar un tiro: no habia sido tan feliz al apoderarse poco antes de la isla de Santa Margarita, pues halló una resistencia heróica, y hubo de conceder una honrosa capitulacion á su gobernador Don Miguel Perez.

En Italia, viendo el Duque de Parma que los Franceses y el Duque de Saboya no corrian muy en armonía para hacer la guerra con vigor, hizo la paz con España cediendo la plaza de Savioneta, despues que el Marqués de Leganés se habia apoderado de Niza de la Palla. Fallecieron á poco los duques de Saboya y Mantua, ni mas ni menos que el Emperador Fernando, que ya habia previsto su cercano fin. Al primero sucedió su

hijo Jacinto de seis años, bajo la regencia de Cristina su madre, hermana de Luis XIII; al segundo su nieto Cárlos bajo la regencia de la Duquesa de Retel, su madre; al emperador sucedió su hijo Fernando III, heredando de él la lucha de los treinta años.

Continuaba esta mas encarnizada que nunca, á pesar de los esfuerzos que para terminarla habia hecho el Emperador. El conde de Galas, uno de sus mas hábiles generales, hizo una correría sobre las orillas del Rin, reunióse con las tropas de los Sajones, y pasó á acometer al general de los Suecos Banier que iba á sitiar la plaza de Leipsick: al principio obtuvo ventajas el conde de Galas, y obligó al enemigo á replegarse sobre el Oder; mas habiendo este recibido refuerzos de Suecia, batió á su vez á los Imperiales, y desbarató todas sus combinaciones.

Pero en la Valtelina fué mas feliz la casa de Austria, no tanto por medio de las armas, como á favor de la política. Conociendo cuan difícil era arrojar de aquellas posesiones al general francés Duque de Rohan, y siendo además bien notorio cuan disgustados vivian los Grisones, viendo que de tal suerte iban mudando anualmente de dominadores, se avinieron con los naturales del pais, prefiriendo que volviesen ellos en posesion de las plazas fuertes de su pais, antes que permitir que un enemigo vigilante siempre estuviese desde aquel punto en continuo acecho para amenazar á Milan cuando quisiese, y tener en Italia un cuerpo de ejército. Convínose pues con los Grisones que ayudarian poderosamente á los Austriacos y Españoles para que les volviesen en posesion de su pais, arrojando de él á los Franceses, y haciendo de modo que la Valtelina y los condados antiguos recobrasen su antigua independencia: firmóse el tratado en Inspruk, é iban á empezar los movimientos militares contra los Franceses, cuando el Duque de Rohan conociendo que le era imposible sostenerse en el pais en guerra abierta con sus habitantes, le evacuó al momento logrando condiciones honrosas. De esta suerte se puso término á la cuestion de la Valtelina, reconociendo despues de mucho derramamiento de sangre que aquel pobre pais no merecia la pena de ser ocupado.

Así tambien lo conoció la Francia, y por esto no le pesó desocupar dicha posesion.

Los Franceses habian este año puesto en pie cuatro ejércitos poderosos, uno á las órdenes del sueco Weimar, otro al mando de Chatillon que obró en Luxemburgo, otro á las órdenes del cardenal de la Vallette, que tomó de nuevo posesion de la Picardía: en este mandaba ya una division el célebre Turena que ha inmortalizado su nombre. El cuarto ejército, al mando del Duque de Longueville, sitió varias plazas en el Franco-Condado, donde se mantuvieron nuestras tropas á la defensiva.

Esperaban los Españoles que viniese á su socorro el Duque de Lorena; pero aun esta esperanza les salió burlada, pues Weimar derrotó en las llanuras de Guis á aquel Duque. El ejército que debia obrar en el Luxemburgo al mando del mariscal Chatillon se apoderó de varias plazas, entre ellas la de Ivos, y pasó despues á sitiar á Danvilles. Entonces tuvieron lugar dos acciones ventajosas para los Españoles: un cuerpo de tropas del Cardenal Infante se echó repentinamente sobre Ivoy, pasó á cuchillo la guarnicion y recobró la plaza, mientras otro cuerpo español acometia de noche los acampamentos del enemigo, é hizo en ellos un horroroso estrago: á pesar de esto no fué posible impedir que los Franceses se apoderasen de Danvilles.

La lucha era este año desigual, ya porque el Conde Duque no habia previsto que podia ser decisiva, ya tambien porque en fiestas insensatas gastaba los millones que necesitaba el ejército; sin embargo, los hábiles movimientos de nuestros generales suplieron en parte la mala administracion del ministro. Un ejército español penetró tambien en Francia por el Langüedoc oriental; los Españoles eran unos trece mil hombres, mandados por el Duque de Carmona y el conde de Cervellon: adelantáronse hasta Leucate cuyo punto sitiaron. Acudió empero el gefe militar francés de la provincia, y acometiendo á los sitiadores con fuerzas casi iguales á las suyas se empeñó un obstinado combate, que perdimos, quedando en poder del enemigo toda la artillería y los bagajes, además de un considerable número de prisioneros. No sin mucha pérdida compraron los Franceses esta victoria, pero la reputaron de gran precio porque de esta suerte quedaba defendida la frontera de Francia por aquella parte.

La campaña de 1638 fué célebre por el famoso sitio de Fuen- 1638.
terrabía, que fué atacada á un tiempo por la parte marítima con una escuadra francesa, mientras la acometia por tierra el Príncipe de Condé á la cabeza de veinte y dos mil hombres despues de haber entrado en Irun y Pasajes.

Mandaba la escuadra francesa el Arzobispo de Burdeos, y en la misma rada de Guetaria acometió á una armada española, á la que destrozó casi enteramente con pérdida de cuatro mil hombres. Estrechada fuertemente la plaza de Fuenterrabia, iba ya á rendirse, cuando el almirante de Castilla Don Juan Alonso de Cabrera y el Marqués de los Velez virey de Navarra acudieron á su socorro, acometieron á los Franceses en sus mismos reparos; y como en el entretanto hiciese la guarnicion una salida, quedaron casi enteramente derrotados los Franceses, dejando en nuestro poder toda su artillería, tiendas y bagajes, y un sin número de prisioneros; el resto se retiró á la escuadra, pero aun esta fué auyentada por Don Lope de Hoces, que acudió con una armada española.

Mientras penetraban por la parte del Bidasoa en España las tropas francesas al mando del Príncipe de Condé, tomaban tambien la ofensiva en Flándes; pero aun allí fué mayor la gloria que consiguió el ejército español, pues mientras el príncipe Tomás hizo levantar el sitio de San Omer haciendo grande estrago en los Franceses, alcanzaba el Infante Cardenal una victoria ruidosa contra los Holandeses sobre el dique de Caloo y pais de Vaes. Sus tropas eran inferiores de la mitad á las del enemigo; pero á pesar de esto cantó triunfo, cogiendo mas de dos mil quinientos prisioneros, y ganando tres estandartes, cincuenta banderas, veinte y ocho cañones y ochenta y una barcas: la única ventaja que consiguieron los Franceses fué reconquistar la plaza de Chatelet que dos años antes habia caido en nuestro poder. Pero fueron mas felices con el Duque de Veimar, pues en la Alsacia derrotó completamente á los Imperiales, y se apoderó en seguida de las plazas de Brisac y Tribourg.

En Italia no fueron muy afortunados los Franceses, pues al querer su general Crequi acudir al socorro de Bremo que estaba sitiada le mató una bala de cañon; y mientras venia para sucederle el cardenal de la Valette, los Españoles se apodera-

ron de Bremo y de Verseil, á pesar de haber introducido en esta plaza los enemigos unos seis mil hombres de refuerzo: aun despues tomaron los Españoles la plaza de Pomara.

Mientras se celebraban en Madrid suntuosas fiestas por estas victorias, nació el 20 de setiembre la infanta Doña María Teresa, pocos dias despues de haber nacido en Francia Luis XIV, con quien contrajo mas adelante matrimonio. Murió por entonces el nuevo Duque de Saboya, y entró á sucederle tambien bajo la tutela de su madre Cristina su hermano Cárlos Manuel, que llegaba apenas á los cinco años.

1639. El 13 de abril de 1639 se publicó en Madrid una prágmatica, por la cual se mandaba que ninguna muger cubriese con velo su rostro, sino que lo llevasen todas descubierto, á diferencia de las moras, á fin de que pudiesen ser conocidas de sus maridos, padres ó hermanos: tambien se prohibieron por la misma época los guardainfantes. Mientras en esto se entretenia el Conde Duque, se cubrian nuestras tropas de gloria en Flándes ya desde principios de la campaña. El Infante Cardenal y Octavio Picolomini de Aragon acometieron al mariscal de Fenquieres, que á la cabeza del ejército del Luxemburgo habia puesto sitio á Thionville: furiosa fué la acometida, y tan feliz al propio tiempo, que despues de haber sido herido el general francés quedaron destrozadas enteramente sus tropas con pérdida de armas, bagaje y artillería, y de todo su ejército, escepto dos mil quinientos hombres que lograron escapar. Sin embargo en Hesdin y en las cercanías de San Venant fueron mas afortunados los Franceses, pues tomaron aquella plaza, y derrotaron dos cuerpos de tropas españolas que maniobraban por las cercanías de la segunda.

El Príncipe de Condé para desquitarse de la derrota de Fuenterrabia entró en el Rosellon con un ejército de veinte y tres mil hombres, cuando los Españoles teníamos en aquella frontera unos cinco mil escasos. Apoderóse el 19 de julio de Salsas, no sin encono de los Catalanes, porque no se habia puesto en aquella plaza alcaide de su Principado. El conde de Santa Coloma, virey de Cataluña, levantó tercios, y reuniéndolos á sus tropas se puso en movimiento contra el Príncipe de Condé, quien se replegó hácia Narbona dejando una fuerte guarnicion en Salsas. Entonces el Marqués de los Balbases tomó el mando

del ejército español y puso sitio á Salsas; presentóse á poco Condé al frente de veinte y cuatro mil hombres, y acometió el acampamento de los sitiadores: la batalla fué reñidísima, pero al fin tuvo que replegarse con gran pérdida el Príncipe de Condé, singularmente por el esfuerzo de los Catalanes que pelearon con el mayor encarnizamiento, y á los cuales se debió poco despues en su mayor parte la toma de Salsas.

Murió á poco el Duque de Weimar despues de haber hecho ilustre su memoria, y su ejército pasó á incorporarse con el de Bannier á orillas del Elba, estando casi todo á sueldo de la Francia.

En el Brabante tenian los Holandeses un cuerpo de observacion que casi no hacia la guerra; pues aquellos astutos republicanos no querian coadyuvar en mucho á los esfuerzos que hacia Richelieu para apoderarse de los Paises Bajos, puesto que temian tanto ó mas que la dominacion española de Flándes el hallarse fronterizos con una nacion grande como la francesa. Así pues, contemporizaban por tierra, y la principal guerra que movian era por mar; procurando aumentar su preponderancia marítima destruyendo ó apoderándose de muchas de nuestras colonias. El nuevo conde Mauricio de Nassau, deudo de la casa de Orange, pasó con una poderosa armada al Brasil, donde poseia ya tres provincias su república; derrotó allí á los Portugueses, se apoderó de varios puertos y plazas, y destacando despues parte de su escuadra hácia la costa de Guinea, tomó el fuerte de la Mina; no fué tan afortunado en el sitio de San Salvador, pues le obligaron á levantarle con pérdida. En vano acudió para reconquistar el Brasil una escuadra portuguesa al mando del Conde de la Torre: tres combates tuvo que sostener contra la armada de Mauricio; los dos primeros quedaron indecisos pero el último nos fué fatal, y cimentó las conquistas de los Holandeses en el Brasil. Otra pérdida tuvimos que llorar tambien en el canal de la Mancha: nuestra armada, mandada por Don Antonio Oquendo, sostuvo dos batallas contra la escuadra holandesa al mando del almirante Tromp: tambien el primer dia quedó indecisa la victoria, pero en el segundo llevamos lo peor, principalmente porque los Ingleses, que decian conservar la neutralidad, dispararon á la vez contra Holandeses y Españoles; pero á aquellos

sin hacerles daño y á nosotros haciéndonos un fuego horroroso : de setenta y tres navíos solo pudimos salvar siete.

En Italia prestó grandes servicios el príncipe Tomás, que habia pasado á servir en aquel ejército. Tenia el Príncipe gran partido entre los Piamonteses ; y habiéndole el Marqués de Leganés confiado el mando de una parte del ejército , se apoderó como por encanto de muchas plazas fuertes , amenazó la misma capital de Turin , y obligó á la Duquesa á enviar á su hijo á Saboya , mientras dejaba fuerte guarnicion en su corte el cardenal de la Valette. Reuniéronse entonces las tropas del Marqués de Leganés con las del príncipe Tomás, y presumiendo que por entonces seria temeridad apoderarse de Turin, hicieron una diversion por el Piamonte meridional, y se apoderaron de varias plazas fuertes ; revolvieron despues hácia el Pó, entraron en Montcalvo, Pontestura y Trimo, y acudieron al socorro de la plaza de Chivas sitiada con poderosas fuerzas por el cardenal de la Valette: para socorrerla empeñaron una accion , pero fueron rechazados.

No se desanimó el príncipe Tomás, y confiando en el partido que tenia dentro de Turin entró por sorpresa en esta capital, donde fué recibido como un libertador: sin embargo la ciudadela quedó en poder de los Franceses. Estos habian perdido su crédito en el Piamonte, mas como muriese por aquel tiempo el cardenal de la Valette , se lo restableció la pericia del conde de Arcourt, que tomó el mando de su ejército en Italia. Arremetió al instante sobre Quierz y se apoderó de la plaza; rodeáronle en ella el Marqués de Leganés y el príncipe Tomás con lo mas escogido de su ejército, y le pusieron en inminente peligro ; pero á pesar de todo Arcourt con muy poca pérdida pasó el Route á vista del enemigo , y se dirigió á la parte septentrional del Piamonte, donde tomó cuarteles de invierno.

1640. Hasta el año 1640 la monarquía de Cárlos V y de Felipe II se habia mantenido entre varia alternativa de desgracias y de acontecimientos prósperos; pero este año fué fatal para la España , pues empezaron á manifestarse los fatales síntomas que la iban minando. Mientras el Conde Duque tenia fascinado al Monarca con costosísimos recreos , y mientras en el estanque del Retiro se disponia un tablado sobre barcas para representar en él una comedia con inmenso número de luces, toldos, tra-

moyas, escenas y decoraciones y mientras tan inútilmente se gastaban millones sobre millones, perdíamos el Artois y el Piamonte, se insurreccionaba la Cataluña, el Portugal se declaraba en completa revolucion, y estábamos casi á punto de perder la Andalucía. Además, Richelieu habia enseñado á los Franceses á mejorar su infantería para resistir á la nuestra que hasta entonces habia sido la preponderante en Europa. Dos siglos de gloria militar eran todavía para nuestros guerreros un incentivo para ir en busca de las glorias y para sostener tanto brillo; pero todo al fin debia desvanecerse: de este año datan las mayores calamidades de la España.

Al principio la campaña de Flandes pareció ser favorable á los Españoles, pues el general francés mariscal de Meilleraye perdió la flor de sus tropas queriendo adelántarse hácia el Mosa combinadamente con el Príncipe de Orange; vió destrozada su caballería por la de los Españoles, tuvo que levantar los sitios de Charlemont y Mariemburgo, é impotente ya para obrar por sí solo, debió reunirse á los otros generales franceses que sitiaban la fortísima plaza de Agras capital del Artois.

Acudió el Duque de Lorena con fuerzas considerables, atacó un acampamento enemigo y puso en él el desórden; mas como no fuese secundado por sus tenientes, tuvo que replegarse sin haber logrado levantar el sitio. Por otra parte el Cardenal Infante no se atrevia á librar su ejército á la suerte de una batalla, y en parte obró prudentemente, porque un descalabro le esponia á perder todos los Paises Bajos.

No se repitió pues el ataque contra los sitiadores; y como la capital del Artois no fuese socorrida, cayó en poder de los Franceses, dejándoles de esta suerte abierto paso para Flándes.

En Italia tampoco nos fué favorable la fortuna: en vano el Marqués de Leganés confiando que el Conde de Harcourt ocupado en apoderarse de varias plazas de segundo órden no podria oponerle obstáculo, se presentó delante de Cassal y la puso sitio: Harcourt revolvió entonces contra los Españoles, dióles una batalla en que se peleó encarnizadamente, y les obligó á retirarse con pérdida de seis mil hombres, la artillería y el bagaje.

Conoció entonces Harcourt que debia dar un golpe decisivo,

y dirigiéndose sobre Turin la puso sitio. La campaña dependia de este golpe ; el príncipe Tomás estaba encerrado dentro, y el Marqués de Leganés, despues de haber rehecho sus tropas, no dudó un momento en acudir á su socorro. Atónita entonces la Europa anhelaba saber el éxito de una operacion la mas atrevida , porque el Conde de Harcourt que sitiaba al príncipe Tomás en Turin se halló á su vez sitiado por el Marqués de Leganés.

La guarnicion de Turin efectuó una salida , mientras el ejército del Marqués de Leganés atacaba con encarnizamiento las trincheras de los Franceses anhelando vengar el descalabro de Cassal. Dos veces se renovó el ataque, y dos veces fué rechazado por los Franceses; pero al fin el príncipe Tomás que estaba muy desprovisto de víveres tuvo que capitular. Los Franceses dejaron guarnicion en Turin , mientras el Marqués de Leganés se replegaba al Monferrato, y el príncipe Tomás á Ibrea.

Mientras así andaban los sucesos de la guerra desgraciados en el esterior, el reino de Portugal se separaba para siempre del resto de la Monarquía. Las causas de la revolucion de Portugal merecen mencionarse. Conocido es el entusiasmo con que siempre han deseado los Portugueses formar una nacion aparte, y tener rey propio en Lisboa. Cuando Felipe II unió aquel reino á su dilatada monarquía no supieron sus ministros captarse la benevolencia de sus naturales , y darles á entender que sus intereses comerciales eran los mismos que los de lo restante de la Península : en consecuencia los Portugueses mordian en silencio la cadena que los sujetaba , y solo esperaban coyuntura mas favorable para declararse. Esta no se les proporcionó durante el reinado de Felipe III , pues entonces se les trató con la mayor dulzura , además de que el poder militar de la España era todavía colosal y triunfaba en todas partes. Nunca pues pudo proporcionárseles sazon mas favorable que cuando sufrian descalabros nuestros ejércitos. Además de esto, el Conde Duque, que nada entendia de gobierno práctico de los pueblos , aceleró el momento de la crisis tratando con escesivo rigor á los Portugueses. Como por menosprecio celebró las córtes de Portugal en un pueblo de Castilla, desconoció sus fueros y costumbres , quiso que los grandes

portugueses fuesen á residir á Madrid, y logró que el solo nombre de español fuese allí objeto de aborrecimiento, y que se empezase á conspirar, fijando todo Portugal los ojos en el heredero mas inmediato del trono de Portugal, cual era el Duque de Braganza. Traslucióle el Conde Duque, y procuró con varios manejos que el Duque de Braganza pasase á Castilla; de lo que se escusó este como pudo.

Olivares le declaró entonces generalísimo de todas las tropas que tenia España en el reino de Portugal, encargóle sobremanera que visitase todas las fortalezas del reino, y dió al mismo tiempo órden secreta á los alcaides de estas para que le echasen mano. Conoció el de Braganza el engaño; entró en muchas plazas fuertes, pero bien acompañado, de manera que nadie se atrevió á prenderle, y al mismo tiempo recorria los pueblos de quienes era idolatrado; y entretanto su mayordomo Pinto llevaba adelante la conjuracion.

El Conde Duque conoció que ya no era tiempo de contemporizar, y envió órden terminante al Duque de Braganza de que pasase inmediatamente á la corte: respondió el Duque que obedeceria, pero viéndose entre el trono y el cadalso se determinó por fin á declararse abiertamente en rebelion. El dia 1°. de diciembre, armado todo el pueblo de Lisboa con anterioridad, y á una señal de Pinto, principal gefe de la conjuracion, arremeten contra el palacio muchos grupos armados, sorprenden la guardia descuidada, asesinan á Don Miguel de Vasconcelos, secretario de Estado que se entendia privadamente con Olivares, arrojan su cadáver á la calle, lo arrastran durante dos dias por las calles de Lisboa, á los gritos de « libertad, viva el rey de Portugal Don Juan IV» y levantaron pendones por él con entusiasmo general. Faltábales tomar posesion del castillo, porque sin él nada hubieran adelantado, pues con las municiones que habia en él pudiera haberse reducido á escombros la ciudad. Salieron de este paso prendiendo á la Vireina y obligándola á firmar una órden para que se les entregase, como se efectuó. La revolucion cundió por todo Portugal con la rapidez del rayo; solo hizo resistencia el gobernador de la plaza de San Julian, y rechazó con denuedo á los Portugueses; pero no pudo resistir al oro y la vendió.

El nuevo rey D. Juan entró en Lisboa el dia 6 de diciembre,

y el 15 se coronó rey en la catedral. El 27 pasó á Lisboa la nueva Reina ante mil vivas y aclamaciones, y todos se prepararon para conservar con esfuerzos inauditos la independencia que acababan de adquirir. Para mengua del Conde Duque de Olivares ha conservado la historia el modo como dió á Felipe IV tan funesta noticia. «Doy á V. M. la enhorabuena por haber entrado en posesion de un nuevo ducado.» Como se admirase el Monarca, repuso el Conde Duque. «Es que el de Braganza se ha vuelto loco, y le ha alucinado el populacho hasta dejarse proclamar rey de Portugal: con esto quedan confiscados sus bienes en provecho de V. M.» Es de suponer que una vez perdido el reino de Portugal, se emanciparon así mismo las colonias portuguesas, conservándose únicamente Ceuta para España. De esta suerte, mientras sacrificabamos infinidad de gente y dinero para conservar algunas plazas en Flándes y en Italia, perdíamos por la mala administracion de un Ministro todo un reino como Portugal, y sus posesiones ultramarinas.

Otro desastre de esta época calamitosa fué la insurreccion de Cataluña. Las causas de esta tenian ya un orígen muy lejano. El Conde Duque desde las córtes celebradas en Barcelona, y á que asistió el mismo Rey, manifestó claramente su deseo de anular los fueros del Principado, fueros que los honrados y laboriosos Catalanes idolatraron siempre, y en cuya defensa han sabido no pocas veces derramar valerosamente su sangre. Desde entonces odiaron siempre los Catalanes al Conde Duque de Olivares, y estaban en la persuasion íntima de que todas las disposiciones de este Ministro eran efecto del encono que contra ellos sentia. A estas causas remotas deben juntarse otras mas próximas. Concluida la guerra del Rosellon, constaba el ejército castellano de diez y ocho mil hombres, y hubo de acantonarse en la frontera, porque el ejército de Condé se mantenia aun en los alrededores de Carcasona, haciendo correrías por el Rosellon y Cataluña. Olivares no queria ó no podia hacer que el erario mantuviese tan crecido número de tropas en Cataluña, y con el principal intento de ir minando los fueros catalanes, recurrió al medio violento de mandar á los pueblos del Principado que diesen todo mantenimiento á los soldados que tenian alojados. Clamaron los

Catalanes diciendo que solo debian dar cama, agua, lumbre y sal cuando transitasen, pero que permaneciendo acantonadas tanto tiempo ni aun esto podian dar. El Conde Duque reunió junta de los que pensaban como él, y les dejó que juzgasen sobre las peticiones de Cataluña. Los mas dijeron que pues la tropa defendia el Principado, debia este mantenerla, mas no reflexionaron que lo que defendian era la nacion, y que esta era quien debia mantener al ejército. Envióse órden al virey Conde de Santa Coloma de que pusiese en ejecucion los Reales decretos. Volvió este á representar lo peligroso de la empresa, mas no fué oido, y como militar debia obedecer. Todo el Principado dió un grito de alarma al ver tan tenazmente violados sus fueros con tan insoportable carga. Pero precisamente esos fueros era lo que el Conde Duque queria anular, y ya corria la voz por toda Cataluña que si en ella habia un ejército castellano era mas bien contra los Catalanes que contra los Franceses, pues Cataluña tenia siempre pronto para su defensa un contingente de quince mil hombres. Acibaráronse en estremo los ánimos por las riñas que sobrevinieron entre la tropa y el paisanaje, resultando muchas muertes y desgracias. Prendióse á varias personas respetables que defendian con teson los fueros y privilegios de Cataluña; pero esto dió causa á nuevos alborotos, de manera que por todos los pueblos tenian lugar escenas de devastacion, y hasta incendios. Bien podia conocer el Conde Duque que tenia que habérselas con un pueblo irascible, que á ningun otro cede en valentía, y que ademas de esto es implacable en sus venganzas.

Mientras esto pasaba en todo el Principado, se acercó el tiempo de la siega, é iban llegando á la capital como de costumbre inumerables bandas de segadores que se situaban en la Rambla, para efectuar contratos con los que tenian que segar campos en la parte de la marina. Iban armados con hoces, picos y armas de fuego, pedian á voces la libertad de los presos; llevaban por delante un crucifijo, y decian que los Castellanos eran unos herejes que robaban las iglesias. Muchos de ellos se dirigieron atropelladamente á la cárcel y libertaron á los presos que buscaban; temeroso el Virey de mayores escesos se retiró á Atarazanas, pero los obispos de Vique, Urgel y Barcelona lograron calmar á los lugareños, é hicieron que desocupa-

sen la ciudad por las puertas del Angel y de San Antonio.

Volvió el Virey á su palacio sosegada ya la borrasca ; pero el 7 de junio, que era el dia del Corpus, mientras se celebraba la procesion, que siempre ha sido lucida en Barcelona , entraron en la ciudad unos quinientos segadores bien armados y embozados con sus mantas. Al llegar á la Rambla un ministro de justicia quiso prender á uno de ellos, y como por entonces se disparase un tiro involuntariamente, la esplosion se manifestó de un modo espantoso. Allanáronse varias casas y se prendió fuego á otras , ciérranse los templos y las casas , y tiene lugar una de aquellas conmociones terribles que acostumbran decidir los destinos de los pueblos. En vano acudian los eclesiásticos para calmar á los lugareños , pues por bajo mano los animaban á que continuasen todos los habitantes de Barcelona; apoderóse el pueblo de todos los puntos fortificados ; ahuyentó las galeras del puerto á cañonazos; llevó en triunfo á los diputados que habian sido presos , y en su furor buscaba al Virey para darle muerte : mas este permaneció oculto hasta que al anochecer le pareció que podia embarcarse. Estaba sin embargo distante el esquife , pues el fuego de los fuertes le habia ahuyentado, y se fué con un criado suyo por las peñas de San Beltran ; allí cayó rendido de cansancio , y allí le atravesaron á cuchilladas varios segadores sin conocerle, si bien que ya habia muerto del susto y de la fatiga , pues sus heridas no dieron sangre. A la mañana siguiente estaba ya mas sosegado el tumulto , merced á lo cual pudo el Beguer hacer enterrar suntuosamente al Virey en la iglesia de la Merced, y prometió un premio para los que descubriesen á los que le habian herido. Estas escenas se reprodujeron con mas ó menos furor en varios puntos del Principado , y muy pocos fueron los soldados castellanos que pudieron librarse del furor del paisanaje, pasando á Aragon ó al Rosellon.

Cuando llegó á Madrid la noticia de tan funestos sucesos, se nombró inmediatamente virey del Principado al Duque de Cardona , que gozaba de bastante popularidad entre los Catalanes; quiso sin embargo la desgracia que muriese á pocos dias de haber entrado en el desempeño de su encargo, aunque á la verdad sus muchos años y achaques hacian prometer poco ó nada de sus buenos deseos : diósele por sucesor al obispo de

Barcelona, y si bien tenia este el título de virey, quien en realidad ejercia las funciones de tal era la Diputacion de Barcelona, pues los Catalanes temian en alto grado la venganza del Conde Duque.

Este determinó en efecto someter por la fuerza al Principado, y para lograrlo nombró virey y capitan general de Aragon y Cataluña al Marqués de los Velez, á cuyas órdenes puso en aquel reino un ejército respetable. Resonó por toda Cataluña un grito general de alarma, y como los escesos cometidos habian sido generales, se temió tambien que lo seria, y horroroso, el castigo. Juntáronse córtes en Barcelona, y la elocuencia popular de algunos diputados llenó de entusiasmo á los demas, y resolvieron todos sucumbir antes que humillarse, y pedir auxilio al Rey de Francia.

Mientras Richelieu recibia muy gustoso á los diputados catalanes, y les ofrecia apoyar la sublevacion, envió el Marqués de los Velez un mensaje á la Diputacion de Barcelona, participándola su nombramiento de virey y su deseo de pasar á la capital con todas sus tropas: por toda respuesta se le dijo que no se le recibiria con tropas ni sin ellas. Principiaron pues las hostilidades: entró Velez en Tortosa y fortificó la plaza; arrolló en Cherta un cuerpo catalan, y así mismo en Balaguer; puso sitio á Cambrils, entró en la villa por capitulacion, y á pesar de ello degolló despues bárbaramente la guarnicion. Esto puso el colmo al furor de los Catalanes, y ya no se trató sino de llevar la guerra á sangre y fuego. Velez puso sitio á Tarragona, para cuya defensa habia Luis XIII enviado al valiente Espenant, que con tanto teson habia poco antes defendido á Salsas; mas conociendo este gefe que no tenian en la plaza gran partido los sublevados, capituló saliendo libre con sus tropas para Francia. Mientras esto pasaba en la baja Cataluña, se armó en Lérida un cuerpo de catalanes que derrotó por dos veces á las tropas castellanas del alto Aragon. 1641.

Tuvieron entretanto lugar algunas negociaciones amistosas para poner término á esa guerra civil; pero todas fueron inútiles, porque el Conde Duque ponia por condicion primera que quedasen anulados los fueros de los Catalanes. Determinó por tanto el Marqués de los Velez acabar de golpe con la insurreccion apoderándose de Barcelona; adelantóse por Villa-

franca del Panadés, desalojó de este punto á los catalanes, hízose dueño de Martorell, de Molins y de San Feliu, y púsose á la vista de la Capital del Principado. Animó á sus soldados, prometió grandes premios al que primero plantase un estandarte en el castillo de Monjuí, y encargó esta difícil acometida al marqués de Torrecusa, mientras su hijo el Duque de San Jorge cuidaba de cortar toda comunicacion entre el castillo y la ciudad.

Pensaba el Marqués de los Velez que una vez ganado el castillo por medio de un golpe de mano le seria fácil hacerse obedecer de la ciudad, aunque tuviese que arrasarla, pues tan humanas eran las disposiciones que el Conde Duque prescribia contra los Catalanes. Estos estaban casi enteramente reducidos á sus propias fuerzas, pues solo habian llegado algunos centenares de franceses de infantería y muy pocos caballos; pero su denuedo heróico bastaba á todo, y además algunos oficiales franceses de mérito supieron sujetarlos á la disciplina y dirigirlos con acierto. Aclamóse conde de Barcelona á Luis XIII para aumentar el entusiasmo en la defensa; y las tropas vinieron á las manos.

Una columna de dos mil hombres de tropa escogida acometió el castillo de Monjuí, mientras otra se estendia hasta San Beltran por la falda de la montaña. La comunicacion entre esta y la ciudad era vital para los sitiados, y así aglomeraron hácia San Beltran sus fuerzas; acometieron con furia al Duque de San Jorge; y viendo este que era llegada la ocasion favorable de dar un golpe decisivo, carga á su vez á los Catalanes, y estos se retiran; avanza mas el de San Jorge, y de repente llueve sobre él la metralla de las baterías de la ciudad, y cae muerto con desaliento de sus tropas que huyen despavoridas, y con mengua del gefe de la caballería que no le secundó como debia. Por este tiempo el Marqués de Torrecusa llegó al pie del castillo, y sus intrépidos soldados enarbolaron algunas banderas en las obras avanzadas; pero la metralla del fuerte hizo en sus filas un estrago horroroso; necesitábanse escalas y no las tenian los asaltantes, y de esta suerte á cuerpo descubierto estaban espuestos á la muerte sin otro medio de salvacion que la retirada. Vencedores entonces los Catalanes del Duque de San Jorge, llegan al pie del fuerte y se traba una

reñida batalla entre ellos y los asaltantes; duró algun tiempo sostenida la pelea, hasta que sabiendo Torrecusa la muerte de su hijo, tuvo la debilidad de dejar el mando de sus tropas para abandonarse á su dolor; convirtiòse entonces la batalla en carnicería de castellanos, y á duras penas pudo Velez recoger los restos miserables de sus tropas, y replegarse á Tarragona donde hizo dimision: sucedióle en el mando el condestable de Nápoles, Don Federico Colona.

Alentados los Catalanes y con ellos la Francia, viendo el éxito de esta batalla que hizo eco en Europa, prepararon mas poderosos medios de resistencia. Entonces, á vista de la siguiente carta del Rey de Francia, que trajo en persona á los Catalanes el señor de Argenson, tuvo lugar el convenio que tras de ella transcribimos:

Carta del Rey de Francia.

A nuestros carísimos y buenos amigos los Diputados de Cataluña.—Carísimos y buenos amigos. Vuestro buen gobierno despues que os declarasteis contra el Rey de España nos ha hecho conocer del todo vuestro afecto á nuestra Corona. Realmente no podíamos recibir mayor testimonio, ni que mas nos obligase que el que habeis deseado dar con la donacion de vuestro estado y provincia. Así viendo que esa vuestra resolucion procede de vuestro propio motivo *como inspirada de solo Dios, el cual dispone segun su voluntad de los estados, reinos y coronas mas soberanas;* hemos venido en aceptar vuestras ofertas, sometiéndonos á sus santas disposiciones. A este fin os enviamos al señor de Argenson, nuestro consejero de estado, el cual oirá vuestras propuestas acerca del negocio; pues lleva todo nuestro poder para tratar y pactar con vosotros: de manera que nos remitimos absolutamente á quanto él haga. Quedamos contentos de manifestaros por esta carta, que sabemos estimar con el grado que se merece el afecto que nos mostrais, con habernos presentado esta ocasion, de vuestro buen grado y con tanta franqueza, asegurándoos que en esta y en cuantas se nos ofrecieren recibiréis de Nos todo nuestro afecto. Tambien os decimos que hemos dado á dicho señor de Argenson el cargo de superintendente de la justicia, gobierno,

y administracion de nuestros caudales y armadas de mar y tierra destinadas á Cataluña, para que tenga la autoridad conveniente de cuidar de las pagas y mando de las tropas, á fin de que estas se mantengan con tan buena disciplina, que no den ocasion de queja á persona alguna. No añadirémos sino rogaros deis entera fe á dicho señor de Argenson, teniéndole en todos los negocios como persona de calidad, esperiencia y mérito singular, y de quien Nos enteramente confiamos. Con esto rogamos á Dios, carísimos y buenos amigos, os tenga en su santa y divina gracia. De San German á 19 de febrero de 1641. —Luis.

Escritura de entrega del Principado de Cataluña al Rey de Francia.

« El principado de Cataluña, junto en córtes generales en la ciudad de Barcelona, dia 3 de abril de 1641, despues de haber considerado maduramente que sus presentes ruinosas fortunas no pueden tener remedio mas eficaz que la perpetua sombra y patrocinio del invicto Luis XIII rey de Francia y sus sucesores; invocando primero el nombre de la Santísima Trinidad, de la Inmaculada Vírgen María, y de Santa Eulalia su protectora, se da á la corona de Francia en eterno vasallage, bajo los pactos y condiciones infraescriptas:

I. Primeramente desea y pide que todos los privilegios, honores, preeminencias é inmunidades que hasta el presente ha gozado bajo el dominio de Castilla, le queden ilesos, irrefragables é incorruptos; por manera que jamás puedan ser derogados en todo ni en la mas mínima parte por ningun título ni pretexto; antes bien quede siempre lugar á ampliarlos y adelantarlos.

II. Que no se entienda válido y consumado el acto de esta donacion hasta que el Rey Cristianísimo venga personalmente, como hacian los Católicos, á jurar en la provincia la observancia de dichos privilegios y constituciones.

III. Que ni el Rey Cristianísimo ni sus sucesores perpetuamente puedan por ocasion alguna, por urgente que sea, mandar alojar en la provincia soldados de ninguna especie,

sino en la forma y manera antigua usada y acostumbrada en el pais.

IV. Que todas las fortalezas del Principado, sean marítimas, sean mediterráneas, han de estar en poder de gobernadores y guarniciones catalanas; y el Rey Cristianísimo nunca, por ninguna causa, se las podrá quitar, ni construir otras de nuevo,

V. Que dicho Rey Cristianísimo está obligado, segun estilo de España, á tener de tiempo en tiempo córtes generales en la provincia para proveer en los negocios graves del Estado, y que no esten tenidos los Catalanes á hacerle de justicia donativo alguno, sí solo por mera conveniencia les sea permitido presentarle lo que mas razonable les pareciere.

VI. Que deseando absolutamente los Catalanes conservar en los diputados y consejeros de la ciudad de Barcelona el honor de poderse cubrir de la Magestad Cristianísima, conforme han hecho siempre delante de la Católica, ponen por pacto espreso la observancia de esta preeminencia sin diminucion alguna de los otros privilegios.

VII. Que luego que el Rey Cristianísimo haya aceptado por su vasallo al principado de Cataluña, con los pactos y condiciones sobredichas, esté obligado á enviar virey y demas oficiales de justicia civil y criminal, los cuales gobernarán con los honores, utilidades y preeminencias usadas en el pais sin innovar ni alterar en ello cosa alguna.

VIII. Que deseando los Catalanes mostrar cuanto estiman el dominio de S. M. Cristianísima, prometen mantener en la provincia á propia costa, hasta concluir la guerra con Castilla, un batallon de cuatro mil infantes escogidos y quinientos caballos, á fin de que las armas de su gloriosísima corona tengan este continuo é indeficiente socorro.

IX. Que todos los beneficios eclesiásticos, los obispados, abadías y pensiones del Principado, deba S. M. Cristianísima y sucesores darlos á los naturales de Cataluña.

X. Que S. M. por mero acto de clemencia deberá perdonar el quinto de las contribuciones á todos los pueblos unidos de Cataluña.

XI. Que en las cosas de la Religion deberá hacer guardar en Cataluña las constituciones del Santo Concilio de Trento.

XII. Que los inquisidores del Santo Oficio deban en todo

tiempo ser nombrados por S. M., y que las causas de apelacion que antes iban al supremo consejo de Inquisicion de Madrid hayan de ir á Roma, hasta que en Paris se cree tribunal supremo de Inquisicion.

XIII. Que por ningun tiempo, ocasion ó pretexto, pueda S. M. poner nuevas gabelas en el Principado, aun cuando su vasallaje le causase dispendio; sino que contentándose con el patrimonio y derechos que gozaba el Rey de España, atenderá á felicitarle con su dominio.

XIV. Que los eclesiásticos, títulos, caballeros, gentilhombres, soldados y toda clase de personas, se entiendan para siempre permanentes en su condicion antigua sin peligro. Que nunca sean disminuidos ni perjudicados en sus honores, privilegios y dignidades, tanto en el fondo eclesiástico cuanto en el secular; sino que por el contrario con el beneficio de la Real autoridad adelanten en grados y fortunas.

XV. Que para la observancia de las predichas cosas y su interpretacion se haga una ley nueva, llamada Constitucion de observancia, en la cual deben intervenir trece personas, á saber: la primera vez siete nombradas por S. M. Cristianísima, pero siempre catalanes; y las seis nombradas por la Diputacion. La segunda vez, siete nombrados por la Diputacion, y seis por el Rey. Y que estas trece personas deban entender y juzgar acerca de la observancia de estos capítulos, á cuya declaracion se deba estar sin réplica ninguna.»

Richelieu envió al momento en Cataluña, primero quinientos hombres, pero luego hasta once mil; de manera que reunidos con los Catalanes, formaban un ejército de diez y seis mil hombres al mando del señor de la Mote-Houdancourt', siendo así que el de los Castellanos, encerrado en Tarragona no llegaba aun á diez mil hombres de todas armas.

Pendia de Tarragona la suerte de Cataluña, y Houdancourt quiso á toda costa apoderarse de esta plaza. Estrechóla por tierra con su ejército, mientras la bloqueaba por mar la escuadra del Arzobispo de Toledo. En vano el Marqués de Villafranca quiso con su armada entrar algunos socorros para los sitiados, pues solo logró perder muchos buques y gran parte del comboy: muchos soldados y marineros pudieron salvar su vida llegando á nado hasta Tarragona, pero sirvieron solo

para aumentar el hambre que ya empezaban á sentir los sitiados. Esta habia ya llegado al estremo cuando á mediados de agosto pudo por fin entrar en el puerto una armada de cien velas con socorros. Entretanto un ejército francés se internaba en el Rosellon y nos tomaba á Elna: acudió allá el Marqués de Torrecusa, y contuvo por entonces á raya al enemigo.

La revolucion de Portugal motivó guerra de muerte y de devastacion en sus fronteras, guerra de barbarie y de horrores, mas no de resultados decisivos; porque ocupada la corte de Madrid con la Cataluña, no podia enviar allá muchas tropas. Además, queria el Conde Duque ganar con una conjuracion lo que otra conjuracion le habia arrebatado; pero fué mas vigilante el nuevo Rey de Portugal de lo que lo habia sido el de España, y la conspiracion fué desbaratada con castigo de los que intentaban llevarla á cabo.

El ejemplo de Cataluña, y singularmente el de Portugal, animó al Duque de Medina Sidonia, que mandaba en Andalucía, para formar el proyecto de coronarse rey de esta provincia. Anduvo en la intentona el marqués de Ayamonte y un religioso que permanecia en Portugal, y á cuya sombra se tenian relaciones secretas con el Duque de Braganza; pero traslució la intriga el gobierno español, y la descubrió á favor de los ardides de un partidario del Conde Duque que estaba preso en Portugal. El Marqués de Ayamonte purgó su crímen subiendo al patíbulo; pero el Duque de Medina Sidonia era pariente del Conde Duque, y con arrojarse á los pies de Felipe IV alcanzó su perdon.

Mientras así en domésticos disturbios andaba revuelta la España, era varia la suerte de las armas en Alemania, en Italia y en los Paises Bajos. Un cuerpo sueco habia obligado á los imperiales á que desocupasen la Wesfalia y se retirasen á la Franconia, mientras otro los habia echado de la Silesia y batídolos en Schonau. Lanzóse d spues Banier contra Ratisbona, pero se estrellaron contra est ı ciudad sus esfuerzos por haber caido sobre él una masa poderosa de imperiales reunidos: solo con mucha prudencia y pericia, y despues de haber hecho sus soldados los mas altos prodigios de valor, logró Banier salir de este mal paso. Murió poco despues de enfermedad, y entróle á suceder en el mando Torstenton, que vino de Suecia con

refuerzos, y se dispuso para la campaña siguiente. En Italia perdimos á Moncalvo, y fué rechazado despues el príncipe Tomás, queriendo socorrer la plaza de Ivrea, á que habian puesto sitio los Franceses. Entonces, para alucinar á estos hizo como que sitiaba á Chivas, y mientras para acudir á este punto debilitaban aquellos su línea de Ivrea, revolvió allá, introdujo socorro en esta plaza, pasó el Pó con su ejército, y recobró poco despues la plaza de Moncalvo; en cambio entraron los Franceses en Ceva, Mondovi y Coni. En Flándes se hizo campaña de sitios, y llevaron lo mejor los Franceses; pues se apoderaron de la Basée, Bopaume, Liliers, Lens y Aire, de cuyas plazas solo esta pudimos recobrar. Tuvimos sin embargo la desgracia de perder al Cardenal Infante, cuya muerte fué llorada sinceramente; sucedióle en el gobierno de Flándes un consejo compuesto de don Francisco de Mello, el Marqués de la Velada y el Conde de Fuentes, bajo la presidencia del prudente Rosa.

Capitulo IV.

Muerte del cardenal de Richelieu. Siguen las guerras de Alemania. Entran los Franceses en el Rosellon, Mazarini. Caida del Conde Duque. Muere Luis XIII. Funesta batalla de Rocroy. Congreso de Wesfalia. Sitio de Lérida. Batallas de Janowitz y Bozzolo. Paz con Holanda. Paz de Westfalia. Muerte del Rey de Inglaterra. Toma de Tortosa y de Barcelona. Batallas de la Roqueta, de Valenciennes, y sitio de Olivenza.

1642. El mas importante acontecimiento del año 1642 fué sin disputa la muerte del cardenal de Richelieu, hombre funesto á la dominacion austriaca, y que así que entró en los consejos del Rey Cristianísimo supo á la vez avasallar al Monarca y á la Francia. Odiábale la corte, y aun el mismo Luis XIII parecia no quererle bien; pero antepuso (cosa que no todos los reyes saben hacer) á sus sentimientos particulares el bien de sus reinos, y no lo separó del poder. Richelieu era á la vez objeto de admiracion y de aborrecimiento; lo primero, por sus miras vastas, por su talento estraordinario, y el tino con que las lle-

vaba á cabo; por el modo como supo esterminar en Francia los partidos, y dar á conocer á su pais cuanto podia en la balanza europea; lo segundo, porque se mostró cruel con los enemigos del reposo público, é implacable con los suyos personales.

Creyó la corte de Madrid que la muerte de Richelieu era para la España una victoria, y se entregó á una alegría insensata; pero se equivocó, porque el grande impulso se habia dado ya, y porque Mazarino, sucesor de Richelieu en el poder, era hombre para continuar su sistema, si ya no con vigor igual, al menos con la misma actividad, y acaso con mas astucia.

Cinco puntos llamaban la atencion de la España: Cataluña, Portugal, Alemania, Flándes é Italia, y en todas partes sufrió reveses la casa de Austria.

A últimos de la campaña anterior, nuestros generales Mortara y Torrecusa consiguieron una señalada ventaja sobre los Franceses, derrotando al mariscal de Brezé en el Rosellon, y obligándole á evacuarle. Envióse, pues, un refuerzo de tropas á Cataluña, y se puso todo el ejército Real del Principado a las órdenes del Marqués de Hinojosa. Pero los Franceses revolvieron al momento sobre el Rosellon con fuerzas superiores, y amenazaron acometer sus mejores plazas. Apresuróse el Conde Duque á enviar órden al Marqués de Povar que desde Tarragona pasase á reforzar el Rosellon con unos siete mil hombres: con este intento salió Povar de Tarragona. Difícil era la empresa de atravesar con tan escasa fuerza toda la Cataluña; porque ademas de que se opondrian á su paso las tropas francesas al mando de Houdancourt, todo el país estaba levantado en masa, y una nube de guerrillas iba á caer sobre él de todos lados, diezmando á cada paso sus filas. Dos veces los Franceses y los somatenes cargaron sobre él con osadía; mas dos veces fueron rechazados con vigor. Adelantóse de esta suerte Povar, peleando siempre, hasta cerca de San Celoni; mas sabiendo que tenia que atacar un puente fortificado, dió órden para efectuar una retirada que hubo de serle fatal: rodeáronle los Franceses en Villafranca del Panadés, y tuvo que rendirse con casi todas sus tropas. Golpe fatal fué este así por que quedó debilitado el ejército de Cataluña, como porque se dejó sin defensa el Rosellon, todo en gran parte por efecto de

las malas disposiciones que tomó el Marqués de Hinojosa, y porque no supo proteger como debia con todas sus fuerzas la marcha de Povar. A Hinojosa sucedió en el mando el Marqués de Leganés; pero entretanto se apoderaban para siempre los Franceses del Rosellon, y en Cataluña acometian con esfuerzo á Tortosa. Esta empresa hubo de costarles cara, porque los habitantes de Tortosa eran afectos al partido Real, y auxiliando con poderoso esfuerzo á la guarnicion, rechazaron con estrago á los sitiadores. En cambio pasaron los Franceses á Lérida, adelantáronse hasta Monzon, de cuyo punto se apoderaron, y junto á esta plaza derrotaron al Marqués de Leganés.

En Portural se hizo como el año anterior una guerra de devastacion y de pillaje, que nada decidia, y que servia solo para enconar mas y mas los ánimos. Algunos encuentros fueron favorables á los Españoles, pero eran combates parciales, y se equilibraron con otros en que los Portugueses salieron victoriosos.

No era mas afortunado en Alemania el Emperador, pues los Suecos se apoderaron de casi toda la Silesia, arrollaron á los Imperiales en Schweidnitz, penetraron en la Moravia y Bohemia, dieron á los Austriacos nueva batalla en Leipsick, y la ganaron aun mas ruidosa, y además se apoderaron de la Westfalia, y de Hesse Cassel; y esto precisamente cuando el Emperador podia prometerse muy pocos auxilios de parte de la España.

A pesar de esto, envió el Conde Duque órden á nuestro ejército de Flándes para que pasase á socorrer á los Austriacos en la Westfalia: órden imprudente, que no pudo cumplirse por impedirlo á la vez los Holandeses y los Franceses, y que nos hizo perder una coyuntura favorable para hacer grandes progresos en los Paises Bajos. Con efecto, reforzado nuestro ejército de Flándes hasta constar de treinta mil hombres habia conseguido algunas ventajas bajo la direccion de Don Francisco de Mello, derrotando completamente en Honnecourt á los Franceses, y apoderándose de Lens y la Bassée; pero de repente, la órden del ministro le impidió aspirar á mayores ventajas, que sin duda hubiera conseguido.

En Italia tuvimos la desgracia de que el principe Tomás se reconciliase con la regente de Saboya, y volviese contra noso-

tros unos talentos y una actividad con que tantos servicios nos habia prestado. Pero, además de perder un buen general, perdimos tambien la popularidad que él tenia en Italia; y como no fué posible enviar refuerzos al gobernador de Milan, tampoco le fué á este posible impedir que los enemigos entrasen en Tortona, en Niza, y en Crescentino, pues bastante tuvo que hacer con resguardar sus tropas manteniéndolas á la defensiva.

Murió este año Luis XIII, apellidado el Justo, y ocupó el 1643.
trono de Francia un niño que no llegaba todavía á los cinco años, pero que mas adelante debia hacer temblar la Europa; era Luis XIV. Regentaba el reino su madre Ana de Austria: pero quien realmente mandaba era el cardenal Julio de Mazarini.

En Italia recobramos la plaza de Tortona; pero mientras nos apoderamos de ella caian en manos de los enemigos Trino Pontestura, y Asti: no tuvieron lugar acontecimientos de mas alta importancia porque todos los esfuerzos se habian dirigido á otro punto.

Tampoco en Portugal se hizo mas que continuar una guerra de partidas, buena solo para enconar los ánimos, y para arrancar lágrimas de sangre, y de desesperacion á los pueblos.

En Cataluña habia síntomas de que empezaban á perder partido los Franceses, síntomas que mas adelante debian fermentar para que fuese mas fácil reducir á la obediencia al Principado. Nuestras armas recobraron á Monzon, y dirigiéndose despues sobre Flix y Guiers no fueron tan felices: Catalanes y Franceses acudieron al socorro de entrambos puntos, y no sin gran pérdida se tuvo que levantar el sitio.

Esta guerra civil, la de Portugal, mas enconada todavía, y las demas pérdidas esperimentadas tenian en irritacion los ánimos de todos los Españoles contra el Conde Duque. No pudo Felipe IV desoir por mas tiempo los clamores de los súbditos, á pesar del cariño que le profesaba. La misma Reina, enseñando á su augusto esposo el Príncipe Real, le dijo: « Ved señor, á vuestro hijo, que segun como administra la España el Conde Duque, tendrá quizás que pedir limosna algun dia. » Dirigióle, pues, una carta en que le decia que cesase en el poder, y el Conde Duque salió á poco de Madrid. Tan contra su

voluntad misma habia dado el Monarca este paso, que por algun tiempo no pensó en dar sucesor al ministro caido, y contentóse con despachar por sí los negocios con sus secretarios.

Cayó el Conde Duque, pero no porque el cayese se levantó la España, así como no porque muriese Richelieu tuvo que decaer la Francia. En ambos casos estaba dado el impulso, en Francia para su gloria, en España para su humillacion, y las causas nunca dejan de obrar. El Conde Duque tenia de hombre de estado únicamente la ambicion, ambicion que sin talento conduce siempre á la ruina. Como hombre de segundo órden buscaba siempre para los destinos otros hombres de segundo órden, cuyas disposiciones servian solo para agravar los males de la patria. En vano á pesar de él se hallaban todavía á la cabeza del ejército hombres ilustres como Espínola, el Cardenal Infante y el Marqués de Leganés; pero el mérito de estos gefes le hacia sombra, y les escaseaba medios y recursos, para que no saliesen airosos de sus empresas y perdiesen su prestigio. En vano sus antecesores habian procurado aliar la Francia y la España; pues encendió enemistades entre los dos reinos con la cuestion de la Valtelina, y preparó así la ruina de la nacion esponiéndola á la vez á los ataques de numerosos y encarnizados enemigos. En vano habia encontrado en la Península pueblos sumisos, idólatras de su Rey, y dispuestos á hacer por él los mayores sacrificios; pues amenazó los fueros particulares, atizó un encono de muerte en los ánimos de los Catalanes y de los Portugueses, y legó al trono un poder desvirtuado, odio en los estraños, descontento en los súbditos, y un erario exhausto. La Francia se hacia popular en Europa, mientras el Conde Duque hacia cada dia mas odiosa la dominacion austriaca. Lo peor es que, como hemos dicho, no debian acabar aquí los males, sino que estos eran principio de otros mayores.

Donde mas se habia empeñado la guerra este año era en Flándes, de donde salieron veinte y seis mil hombres al mando de Don Francisco de Mello; penetraron por la Champaña, y dirigiéronse á atacar á Rocroy. Acudió la corte de Francia al riesgo, y opuso al ejército español otro inferior en número, mandado por un jóven de veinte y un años. Mas ese jóven era

Luis de Borbon, duque de Engien, que debia despues ser conocido con él nombre del Gran Condé. Habíasele dado órden de no arriesgar una batalla; pero el jóven general la presentó con júbilo de los Españoles que creian segura la victoria. Entonces se dió la funesta batalla de Rocroy que fué el complemento de nuestras desgracias, porque á pesar de ser superiores en número, y de resistir con la mayor heroicidad fuimos vencidos. El Duque de Engien, á la cabeza de la caballería francesa, acometió esa infantería española hasta entonces invencible, dice un historiador francés, tan fuerte, tan compacta como esa celebrada falange antigua, y que se abria con mas agilidad que esta para dar salida á la metralla de diez y ocho piezas de artillería; tres veces fué rechazado, pero otras tantas volvió á la carga, y al fin sucumbieron con honor los restos de la infantería organizada por el gran Capitan, y cuyo nombre era europeo. Veinte y cuatro cañones, el bagaje, ocho mil muertos y seis mil prisioneros, nos costó esta batalla, y además la fuerza moral que nos habian dado cien victorias. A consecuencia perdimos varias plazas en el condado de Artois, y Thionville en el Luxemburgo; pero la toma de esta última costó á los Franceses raudales de sangre.

Parecia que este año debia la campaña de Alemania ser favo- 1644.
rable al Emperador; pues Dinamarca acababa de declarar la guerra á la Suecia, y Torstenson se habia visto obligado á hacer un movimiento retrógrado, ni mas ni menos que el general Gueibrant. Mas no fué así: los Suecos derrotaron en varias ocasiones á los Dinamarqueses, y revolvieron sobre los Imperiales. En vano Galas, generalísimo de estos, quiso rodear á los Suecos con fuerzas superiores en el Holstein, pues Torstenson, que de page de Gustavo Adolfo habia por sus talentos subido á general, le amenazó á su vez, le acosó de cerca, le presentó varias veces batalla; y como no quisiese admitirla Galas, acabó por destruir en detall todo su ejército, mientras el gran Turena y el célebre Condé destrozaban á los Bávaros en Fribourg, y se apoderaban de Maguncia y otras plazas fuertes.

Al cabo de tantos años de guerra general, debian darse muestras de desear la paz, así que dieron principio en Munster las negociaciones. Pero el Austria no deseaba sinceramente

la paz, sí que solo tendia á separar la Suecia de Francia para abrumar de golpe á esta nacion que aborrecia de muerte. Sin embargo, esto era imposible, porque así la Francia como la Suecia querian de todos modos asegurar la independencia de la Alemania, y el Emperador se negaba obstinadamente á reconocerla. Tratábase, pues, de paz solo en el nombre, y entretanto se hacia con mas encarnizamiento la guerra, y se preparaban nuevos refuerzos para continuarla vigorosa, resuelta y cruelmente.

Mientras andaban así los sucesos en Alemania perdíamos en Italia las plazas de Pouson y San Ya, y en Flándes las de Gante y Gravelinas, la primera de estas dos cayó en poder de los Holandeses, que solo con esto dieron muestras de salir de su inaccion, y la segunda en poder de los Franceses.

Mas viva fué la campaña de Portugal, pues además de otros encuentros parciales, tuvo lugar en la frontera de Estremadura una accion general entre Españoles y Portugueses; peleóse por ambas partes con el mayor denuedo; y despues de haber sufrido mucho ambos ejércitos, ambos se retiraron atribuyéndose la victoria: los Portugueses, sin embargo, eran superiores en número, lo que en igualdad de las demas circunstancias debia hacer inclinar la victoria á su favor. El resultado de la campaña fué igual al de los años anteriores, pues nada mas se hizo, con sola la diferencia de que este año perdimos en un dia la gente que los años anteriores se perdia en tres meses.

En Cataluña á primeros de marzo de 1644, puso Don Felipe de Silva sitió á Lérida con quince mil hombres, queriendo apoderarse de ella con empeño; de manera que para animar á la tropa se adelantó el Rey hasta Fraga. Acudió á socorrerla Houdancourt, y á favor de un ataque falso logró meter dentro de la plaza mil quinientos hombres y sesenta mil raciones de pan. Silva acometió á los Franceses que solo quedaron ocho mil hombres, y los derrotó completamente el 15 de mayo, haciendo mil quinientos prisioneros, tomándoles el bagaje y la artillería, y matándoles ó hiriéndoles unos cinco mil hombres. Rindióse Lérida el 6 de agosto, y nuestras tropas pasaron á ocupar á Balaguer. Houdancourt se presentó entonces delante de Tarragona con doce mil hombres, y el 24 de setiembre dió

un ataque general, de manera que llegó á apoderarse de la torre del muelle, y de otros puntos. Sin embargo, la resistencia de los sitiados fué estraordinaria, pues murieron mas de tres mil franceses, y tuvo que retirarse Houdancourt.

El 6 de octubre murió en Madrid la reina Doña Isabel de Borbon.

El dia 25 de marzo de 1645 se dispusieron córtes en Zaragoza, y luego pasó el Rey á Valencia para juntar otras córtes: en ambas se juró al Príncipe Don Baltasar. 1645.

La Casa de Austria habia sufrido mucho en la campaña anterior de Alemania, pero mucho mas sufrió en la de este año. Los Suecos, despues de haber destrozado el ejército dinamarqués, y alcanzado una paz ventajosa en Dinamarca, cargaron sobre la Bohemia, y consiguieron otra memorable victoria sobre los Imperiales; cayeron sobre los Estados hereditarios, ocuparon la Moravia, cayeron sobre Presburgo, y allí juntándose con el Príncipe de Transilvania amenazaron la ruina del imperio. Sin embargo, los Bávaros derrotaron á Turena, y el Príncipe de Transilvania hizo paz de repente con el Austria: esto impidió que los Suecos diesen un golpe mortal al Imperio. Torstenson tomó cuarteles de invierno, y agravado por la gota, no pudo continuar mas á la cabeza del ejército. Tuvo un suceso distinguido en la persona de Urangel discípulo como él del Gran Gustavo.

La campaña de Flándes nos costó las plazas de Cassel, Mardik, y otras que nos tomaron los Franceses; por su parte los Holandeses penetraron en Flándes por la Esclusa, pero acudió el ejército español al mando del Duque de Lorena, y los derrotó completamente: entonces pudimos oponernos al Duque de Orleans, que mandaba el ejército francés, y recobramos á Cassel y Mardik de entre las plazas que habíamos perdido.

Varias fueron las vicisitudes que tuvo la campaña de Italia: cayó al principio en nuestro poder la plaza de Capiara, pero en cambio el príncipe Tomás se apoderó de Roca y de Wigewano; á poco se encontraron junto al rio Mora los dos ejércitos enemigos, y tuvimos la desgracia de sucumbir. Este descalabro nos hubiera sido fatal si no nos hubiesen auxiliado en cierto modo los mismos enemigos con mover entre sí discordias los Franceses y los Piamonteses: ínterin que ellos anda-

ban revueltos en su reyerta, la plaza de Roca volvió en poder nuestro.

En Cataluña no favoreció mucho la fortuna al ejército Real, pues los Franceses tomaron á Rosas y á Balaguer, y batieron además á los Castellanos.

En Portugal andaba varia y poco decidida la fortuna, y propiamente no se hizo este año mas que continuar una guerra de devastacion en la frontera: nuestras tropas pusieron sitio á Olivenza.

1646. En 1646 se reunieron los Suecos con el ejército francés al mando de Turena, y cayeron sobre la Suavia y la Baviera, mientras otros cuerpos de ejército perseguian á los Imperiales así en Bohemia, Silesia y Moravia, sin que en ningun punto pudiesen hacer frente.

Concentráronse este año fuerzas en Italia, pues anhelaban de todos modos los Franceses arrojarnos de ella. A este efecto enviaron dos espediciones para apoderarse de todas las plazas de la costa de Toscana. Las fuerzas navales destinadas para esta empresa iban al mando del Duque de Brezé, y el ejército de tierra al del príncipe Tomás. Esta espedicion no fué feliz, porque queriendo con ahinco sitiar la plaza de Orbitelo, la defendió tan bizarramente su gobernador Don Cárlos de Gasta, que además de resistir á los ataques, hizo una salida con que obligó á los Franceses á retirarse, mientras una escuadra española aparecia por las aguas de Toscana y destrozaba á la francesa con muerte del almirante Brezé. Una segunda espedicion francesa logró apoderarse de Piombino, y de algunos puntos en la isla de Elba. Merced á los manejos diplomáticos, el Duque de Módena se declaraba entretanto por los Franceses, y se reunió con un cuerpo de ejército que de Francia se le envió por refuerzo. No vaciló nuestro gobernador de Milan en atacar á los enemigos junto á Bozzolo; los Franceses huyeron precipitadamente al primer choque, y solo resistieron al ímpetu español unos quinientos suizos que peleaban por el Duque de Módena. Ese puñado de valientes resistió desde las ocho de la mañana hasta la noche, y solo cuando habian muerto ya las nueve décimas partes cedió el campo á los Españoles.

En Flándes perdimos tres plazas fuertes, y el Duque de Orleans dejó el mando á Condé. Nuestro ejército, al mando del

Duque de Lorena bastante hizo con poder mantenerse á la defensiva entre los ataques de los Holandeses y de los Franceses; mas no pudo impedir que Condé se apoderase de la fortísima plaza de Dunkerque.

En Portugal destruyó nuestro ejército muchísimas aldeas, derribó el puente de Guadiana, tomó el castillo de Olivencia, y derrotó á un cuerpo de ejército portugués que venia á oponerse á nuestros progresos.

Durante el invierno habian muerto los generales del ejército de Cataluña Don Andrés Cantelmo y Don Felipe de Silva; no halló el Rey persona mas á propósito para sucederles que el mismo Marqués de Leganés. Este dejó el mando de las fuerzas destinadas contra Portugal, y pasó á Cataluña. Necesaria era aquí su presencia, porque el general francés Harcourt hacia siete meses que sitiaba con empeño á Lérida á la cabeza de diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos. El 20 de noviembre llegó el Marqués de Leganés á vista del campo enemigo; el 21 tuvieron lugar algunas escaramuzas, en que se perdió bastante gente de una y de otra parte; pero el Marqués de Leganés hizo un hábil movimiento amenazando cortar al enemigo el puente de Balaguer, y hubo este de retirarse precipitadamente abandonando toda la artillería y el bagaje: replegóse hácia Barcelona con solo diez mil hombres, residuo de los veinte y dos mil con que se habia dirigido sobre Lérida.

De repente, hallándose el Rey en Zaragoza enferm ó de peli- 1647.
gro, el príncipe D. Baltasar, único hijo varon de Felipe IV y de Isabel de Borbon. El dia 8 de octubre recibió los sacramentos, y el 9 murió de edad de 17 años con llanto general, dejando inconsolable al Monarca su padre.

Tuviéronse este año córtes en Madrid, y todos los estamentos suplicaron al Rey que pasase á contraer segundo matrimonio, pues así convenia para asegurar á estos reinos sucesion varonil; consintió el Monarca, y se trataron bodas con Doña Mariana de Austria, hija del emperador D. Fernando III y de Doña María, infanta de España, hermana del Rey, que estaba destinada para el príncipe D. Baltasar. Subió entonces al poder, y fué nombrado primer ministro D. Luis de Haro, sobrino del Conde Duque, pero menos ambicioso y altanero que su tio.

La guerra de Alemania volvió á equilibrarse por haber recibido el Emperador refuerzos del Duque de Baviera, que se declaró contra los Suecos; estos tuvieron que evacuar algunos condados, entre ellos la Franconia; y como se debilitaron para dejar guarniciones en las plazas fuertes, no tuvo lugar ninguna accion general.

Tampoco fué muy encarnizada la lucha en Flándes. Tomó allí el mando de las fuerzas españolas el Archiduque Leopoldo, hermano del Emperador, que pasó allá con algunos refuerzos de tropas austriacas: los Franceses se apoderaron de cuatro plazas fuertes y el Archiduque de tres, quedando de esta suerte indecisa la campaña.

En Italia nuestras tropas no hicieron grandes adelantos, pero tampoco por su parte los enemigos, pues todavía no andaban entre sí muy conformes en pareceres.

Quedó mandando en Portugal el Marqués de Dulinguen, y tampoco se hizo nada de provecho; solo sí fueron cogidos y encarcelados en la Península muchísimos franceses reclutas, que en trage de peregrinos se dirigian á Portugal para aumentar el ejército de nuestros enemigos.

Pero en cambio tuvo alguna celebridad la campaña de Cataluña. A principios de la primavera, el animoso Príncipe de Condé fué nombrado Virey de Cataluña por Francia, y puso sitio á Lérida con siete mil y quinientos hombres. Empezaron los ataques el dia 12 de mayo, y desde entonces no cesó de dia ni de noche un horroroso fuego contra la plaza. Mas esta era defendida por D. Gregorio Brito, portugués, que servia en España, y tenia á sus órdenes tres mil hombres de la flor de nuestro ejército. El teson de los sitiados, el continuo fuego de la plaza, y las salidas que hacia diariamente Brito hicieron perder mucha gente á los sitiadores, que ya de suyo eran pocos para tal empresa. El 18 de junio levantó Condé el sitio, despues de haber perdido mucha gente; pero era tal el respeto que infundia en España el vencedor de Rocroy, que la corte de Madrid solo pensó tener asegurada la plaza de Lérida, enviando allá un refuerzo de veinte y dos mil hombres.

1648. A pesar de los desvelos del Cardenal de Mazarini, firmaron los Holandeses tregua con España, ya porque intentaban los Holandeses apoderarse de los establecimientos portugueses en

Asia, viéndoles ya separados de España, ya tambien porque las cosas habian llegado á tal punto, que mas temian la dominacion francesa que la permanencia de nuestras tropas en los Paises Bajos. A poco quedó ratificada la paz en Munster, siendo una de sus principales condiciones que cada cual conservase lo que poseia en los Paises Bajos y en Indias, y que el Rey de España renunciaba á sus antiguos derechos sobre las ciudades Anseáticas, y las reconocia por independientes.

El Cardenal de Mazarini sufrió con esta paz una derrota, y desde entonces pensó en convenirse con el Emperador para separarle de España; á poco se firmó la paz de Westfalia, despues que los Suecos habian ocupado la Franconia, la Suavia y la Baviera, y derrotado en varios combates á los Imperiales, singularmente delante de Praga. El congreso que al principio se habia reunido en Munster se dividió en dos secciones, una para católicos y otra para protestantes, pues llegaban á tan alto punto los enconos religiosos, que desbarataban en medio del congreso toda mira pacífica. Interesábale á Mazarini que sobre las ruinas de la casa de Austria no fuese la Suecia quien dominase, y así puede decirse que la paz de Westfalia fué el fundamento de un equilibrio europeo que se queria establecer. Los Suecos adquirieron algunos dominios á orillas del mar Báltico, los Franceses quedaron dueños de algunas plazas en Alsacia, y los estados de Alemania quedaron independientes. La España no tomó parte en esta paz general, todo por odio de Mazarini, que sentia en estremo nuestra paz con Holanda, y que queria que cediésemos no solo el Rosellon y el Franco Condado, sí que tambien los Paises Bajos. De esta suerte se preparaba la Francia, para abrumar con todo el peso de sus fuerzas á la España.

Esta continuaba en guerra cruel contra los que pocos años antes eran súbditos suyos. En Cataluña caia en poder de los Franceses la plaza de Tortosa. En Portugal continuaba por las fronteras la guerra de partidas, y de devastacion.

Entretanto era batido en Italia nuestro gobernador de Milán, y los Franceses sitiaban á Cremona; resistióse sin embargo esta plaza, merced en gran parte al modo como supieron resistir sus defensores.

Pero en Flándes volvíamos á sufrir una de estas derrotas

que hacen eco en las naciones, y que acostumbran ser fatales á los imperios. El Archiduque pensó recobrar en la llanura de Lens la gloria perdida en la batalla de Rocroy. Tambien mandaba á los Franceses el Príncipe de Condé, y la batalla de Lens nos fué mas fatal, si cabe, que la de Rocroy. Condé dió en ella muestras de grandes talentos militares; los soldados españoles pelearon con valor heróico, pero el Archiduque no mandó con la táctica que debia esperarse de quien queria resistir á Condé, y la batalla se perdió, quedando en poder del enemigo todo el bagaje, treinta y ocho cañones, y ocho mil hombres en el campo de batalla.

Afortunadamente se encendió entonces en Francia la guerra civil llamada de la Fronde, movida por el Parlamento contra Mazarini, y Condé tuvo que dirigirse apresuradamente sobre Paris, precisamente cuando podia completar la conquista de los Paises Bajos.

A la sazon se rebelaron contra España Nápoles y Palermo: esta volvió facilmente á la obediencia; pero la revolucion de Nápoles, originada por varias quejas sobre derechos impuestos á los comestibles, hubiera podido tener un fin funesto si no hubiese acudido allá D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV con una armada española. Los sublevados querian constituir á Nápoles república independiente; obligaron al Duque de Guisa, hombre ambicioso, activo y amigo de los Franceses, á que se pusiese al frente del movimiento. Fué recibido en Nápoles con aclamaciones; se echaron al suelo, y se redujeron á polvo los escudos de armas españolas, y entronizaron al de Guisa, llamándole dux de la nueva República. Pero como hemos dicho se presentó D. Juan de Austria con la armada española, hizo un desembarco, mientras el virey Duque de Arcos atacaba por otro punto la capital, y poco tardó en quedar sofocada la rebelion, cayendo el Duque de Guisa prisionero. Entretanto nuestra escuadra tuvo un choque con la francesa, y la ahuyentó con pérdida de seis buques; bien que nosotros perdimos tambien seis galeras. Estaba visto que la España tenia de resistir á enemigos interiores y exteriores á la vez. Por agosto se descubrió una conspiracion del Duque de Hijar, y de D. Cárlos y D. Juan de Padilla, dirigida contra la persona del Monarca, que proyectaban matar al Rey mientras

cazase. Parece que contra el Duque de Hijar no hubo pruebas suficientes; pero sí contra los hermanos Padilla, que fueron condenados á muerte.

Llegaron en 1649 hasta tal punto las disensiones intestinas en Francia, que la Reina Regente con su jóven hijo, tuvieron que huir de Paris el 6 de enero, y el Parlamento declaró á Mazarini traidor á la patria. Estas reyertas civiles fueron causa de que se continuase con menos energía la guerra en los Paises Bajos y en Cataluña; de manera que este año tuvo pocos resultados la campaña. Sin embargo, D. Juan de García, general del ejército Real de Cataluña, se apoderó de varias plazas, y aun llegó á amenazar á Barcelona. Con Portugal tuvimos algunos encuentros en que alternaban por ambas partes las pérdidas con las ventajas. En Italia firmamos paz con el Duque de Módena; nuestras tropas ocuparon algunas plazas fuertes de su Ducado, é hicieron levantar el sitio de Cremona. En Flándes se apoderaba el Archiduque de Sant-Venant, Ipre, La-Motte y otras plazas; ganó una victoria delante de la segunda é hizo levantar á los Franceses el sitio de Condé y de Campbrai. 1649.

Entretanto el Conde de Oñate, nuevo virey de Nápoles, y D. Juan de Austria mantenian á raya á los Napolitanos.

Este año fué decapitado en Inglaterra el Rey Cárlos I, y fué tan ejemplar su energía en aquel acto terrible, que pasó en boca de todos el dicho, de que los Estuardos son mas grandes en la desgracia que en la prosperidad.

El 24 de agosto desembarcó en Denia la nueva reina Doña Mariana de Austria, y á poco se dirigió á Madrid, donde fué recibida con aparato y fausto, mas del que permitian las calamidades de la época.

Fué notable en este año la violenta peste que se esperimentó en Sevilla y otros pueblos de Andalucía, donde se dice que en tres meses perecieron mas de doscientas mil personas.

El 5 de mayo de 1650 llegó á Madrid un enviado del parlamento de Inglaterra, ó mas bien de Oliverio Cromwell, que despues de la muerte de Cárlos I, efecto de la revolucion esperimentada en la Gran Bretaña, se habia apoderado del poder. Se tenia tan buena idea de sus talentos para gobernar, que á un tiempo la Francia y la España deseaban aliarse con él. 1650.

En Flándes estuvo á punto de cambiarse la fortuna á favor de los Españoles. Turena se habia declarado contra Mazzarini, y pasó á los Paises Bajos á solicitar del Archiduque que ambos hiciesen movimiento sobre Francia. Lo hizo el Archiduque, penetraron en pais francés, se apoderaron de varias plazas fuertes, y en Retel vinieron á las manos con los enemigos: peleóse con encarnizamiento casi todo el dia, pero la victoria quedó indecisa.

En Cataluña empezaba tambien á sernos favorable la fortuna, pues el Marqués de Mortara, á quien se dió el mando de aquel ejército, tomó á Flix y Balaguer, y puso sitio á Tortosa. En vano los Franceses quisieron socorrerla, acercándose á los Alfaques con cuatro navíos, pues estos fueron apresados el dia 24 de noviembre por el Duque de Alburquerque. Así que, la plaza tuvo que capitular el 27, y el 3 de diciembre entró en ella el ejército Real.

La toma de Tortosa causó mucha impresion en Barcelona, donde se decia ya que los Franceses empezaban á ser traidores á los Catalanes. Dos dias antes de Navidad se oyeron gritos sediciosos de muera Francia y viva España; de esta manera cundia el grito de reprobacion contra el acto que habia entregado la Cataluña á la Francia, y empezaban los ánimos á volverse del lado del gobierno de Madrid.

1651. No podia presentarse mas favorable coyuntura para los Castellanos y la corte de Madrid. Debilitados los Franceses á causa de sus disensiones intestinas, no podian hacer la guerra con vigor en el Principado, ya empezaban á tener lugar conferencias entre los gefes castellanos y los que acaudillaban guerrillas catalanas. Así es que D. Juan de Austria recibió inmediatamente órden de venirse para Cataluña con toda su escuadra, y lo efectuó llegando á Tarragona á mediados de mayo de 1651. A principios de julio se puso sitio á Barcelona con 11000 hombres, dirigiendo por tierra el sitio el marqués de Mortara, y por mar D. Juan de Austria.

El 21 de julio dió á luz la Reina en Madrid á su primogénita Doña Margarita, que debia casar mas adelante con el emperador Leopoldo.[1]

Así como el año anterior habia solicitado Turena el auxilio de las fuerzas españolas de los Paises Bajos, la solicitó este

año el Príncipe de Condé : aprestóse al instante una escuadra, que efectuó un desembarco en Burdeos ; sin embargo, se tuvo que desocupar esta plaza en cuanto se acercó el Rey de Francia para ponerla sitio.

Continuó el sitio de Barcelona por espacio de quince meses, 1652. defendiendo bizarramente la plaza D. José Margarit. D. Juan de Austria quedó encargado del mando de los ejércitos de mar y tierra, y al fin el 13 de octubre de 1652 , cuando ya la plaza no tenia víveres ni municiones , se rindió por medio de una capitulacion honrosa para el Principado. Con efecto, una de las condiciones fué que se conservarian los fueros de Cataluña , y que se concederia una amnistía general, de que solo fueron esceptuados muy pocos. Perdida Barcelona, cayeron á poco en poder del ejército Real cuantas plazas y fortalezas ocupaban los Franceses en Cataluña. Asi se terminó al cabo de doce años la guerra civil de Cataluña , promovida por el genio dominante y orgulloso del Conde Duque, y fomentada por algunos gefes militares , que en vez de tratar con amor á los Catalanes, enconaban mas y mas sus ánimos. Puede decirse que en Cataluña recibió la España un golpe de muerte : porque además de ser diezmada en ella la flor de los ejércitos castellanos , impidió la guerra civil que se enviasen auxilios á Flándes y á Italia, y que se acabase por medio de poderoso esfuerzo con la revolucion de Portugal.

En este reino continuaba la guerra guardando cada ejército su frontera, y teniendo únicamente lugar correrías y rebatos, al modo como se hacia antiguamente la guerra á los Moros.

En Flándes el Archiduque logró reunir un ejército de treinta mil hombres , y tomó á Gravelinas, Dunquerque y otras plazas.

En Italia el Marqués de Carazena tomó á Trin , plaza cercana á Milan, y se apoderó de la célebre fortaleza de Cassal, construida por Felipe II, y que tanta sangre habia costado.

A principios del año 1653 triunfó Mazarini de sus rivales, y 1653. entró en Paris. Luis XIV ya mozo, pasó en persona á animar su ejército en Flándes, y lo logró de tal suerte, que aunque contaban los Españoles con los refuerzos de Turena y del Príncipe de Condé, no pudieron hacer el menor progreso. Entretanto entraron por junio en Cataluña nueve mil franceses al

mando del general Hocquincourt, y de D. José Margarit que habia defendido á Barcelona. Decia este que la rebelion de los pueblos catalanes volveria á inflamarse en cuanto viesen un nuevo y lucido ejército para protegerlos; efectivamente lo hicieron asi algunos, pero acudiendo luego las tropas castellanas no tomó incremento la rebelion, pues la generalidad en Cataluña deseaba ardientemente la paz. Solo sí, como acontece siempre durante las guerras civiles, vagaban por Cataluña algunas bandas de foragidos y de contrabandistas que al instante se reunieron con los Franceses. No sin pérdida lograron estos ocupar á Castellon de Ampurias, y despues pusieron sitio á Gerona, donde habia muy poca guarnicion. Derramáronse tambien por los pueblos de Rosas, Ripoll y San Feliu, donde cometieron muchas atrocidades. Pero el sitio de Gerona tuvieron que levantarlo por el denuedo de los defensores, y por temor de las tropas de D. Juan de Austria que se acercaban. Estas ocuparon al instante el Ampurdan y pusieron sitio á Rosas, pero tuvieron que levantarlo por haber acudido los Franceses. Tuvo entonces lugar un encuentro parcial entre un destacamento del ejército Real y una division francesa; mas sucumbió el primero con pérdida de cuatrocientos hombres. Por este tiempo entró una nueva espedicion francesa por el Valle de Aran, y se derramó por varios pueblos de Aragon y Cataluña, pero estos se levantaron en masa contra ellos, y los hicieron volver mas que de paso á repasar la frontera.

A la sazon llegó de Nápoles el Conde de Oñate, dejando tranquilo el pais, y trajo consigo alguna tropa disciplinada, y además trescientas estatuas de gran mérito.

1654. Concluyóse el nuevo panteon del Escorial que debia servir de sepulcro á los reyes de España que mueren con sucesion, y el 17 de marzo de 1654 fueron trasladados á él los cuerpos de los reyes católicos desde Cárlos I.

En Flándes perdimos al Vizconde de Turena que se reconcilió con su rey, y en vano el Archiduque Leopoldo junto con el Príncipe de Condé puso sitio á Arras, pues Turena, á la cabeza del ejército enemigo, arremetió á nuestras líneas el 25 de agosto, y obligó á levantar el sitio.

El gobierno francés envió á Rosellon al Príncipe de Conti, paraque hostilizase nuestras fronteras de Cataluña. Internóse

en efecto hasta Rosas, é hizo levantar el nuevo sitio que en esta plaza habian puesto los Españoles; á poco tuvo lugar junto al rio Ter un combate parcial entre una division francesa y otra española, combate que fué favorable á esta. Dirigióse entonces el enemigo á la alta Cataluña, y no fué posible impedir que se apoderase de Urgel y de Puigcerdá.

Envanecido con esta ventaja el Príncipe de Conti, arremetió á otros pueblos fortificados de la frontera y se apoderó de Castelló, Cadaqués y Cabo de Quers. Pero, nuestras tropas al mando de don Juan de Austria completaban entretanto la conquista del interior del Principado, volviendo á la obediencia del gobierno de Madrid la villa de Berga y la ciudad de Solsona. 1655.

Este año volvió el Duque de Módena á firmar alianza con la corte de Francia, en parte por culpa de nuestro gobernador de Milan que le trataba con orgullo; tomó con esto la ofensiva y tomó á Reggio y Corregio, mientras el príncipe Tomás á la cabeza de los Franceses y Saboyardos ponia sitio á Pavía: acudió pronto el gobernador de Milan, é hizo levantar el sitio.

Todavía el Príncipe de Condé servia en nuestro ejército de Flándes; mas no fué feliz en el sitio de Quesnoy; y por el contrario lo fueron las tropas de Luis XIV, que se apoderaron de cuatro plazas fuertes, entre ellas la de Chatelet y Condé.

Mas sosegados interiormente los Franceses, pudieron dedicarse á buscar nuevos enemigos contra el gobierno de Madrid. No era fácil la empresa si se considera que la casa de Austria estaba ya bastante abatida, y que muchos mas zelos debia causar el engrandecimiento y la preponderancia que iba tomando la Francia, que no la arruinada España. Pero como la España era dueña de inmensas colonias en América, habia una nacion que estaba interesada en arrebatárselas, y que aspiraba ya á la omnipotencia marítima: esta era la Inglaterra, y Cromwell no vaciló en declararse en favor de la Francia contra la España. Envió una escuadra á las costas de Italia para llamar toda nuestra atencion; y entretanto otra escuadra poderosa á las órdenes del almirante Pen caia sobre la isla de Santo Domingo. Fué rechazada con mengua de los agresores, y entonces se dirigió sobre la Jamáica, de cuya isla se apoderó, y que han conservado despues poniéndola en un floreciente estado.

1656. Hacia quince años que el reino de Portugal se habia separado de España, y durante este largo transcurso de tiempo únicamente una guerra de devastacion y rapiña habia tenido lugar por aquella frontera. Tiempo era ya de que se hiciese seria la guerra; Cataluña estaba sometida enteramente, y además de esto habia muerto don Juan de Portugal, y le heredó su hijo el niño don Alonso VI, bajo la regencia de su madre. Pareció, pues, favorable la coyuntura para los Españoles; reuniéronse tropas en la raya de Estremadura, y se preparó un poderoso esfuerzo para la campaña siguiente.

Sobre el Escalda un ejército francés al mando de Turena puso sitio á la importante plaza de Valenciennes; pero la guarnicion de mil quinientos hombres al mando de Bournonville opuso una resistencia heróica, y contaba además con el entusiasmo de la poblacion, que estaba á su favor. Abrieron trinchera los sitiadores, y por tres veces asaltaron denodadamente; pero tres veces fueron rechazados con gran pérdida. Por entonces, despues de haber pacificado don Juan de Austria el principado de Cataluña, pasó á suceder al archiduque Leopoldo en el mando del ejército de Flándes; reunió todos los cuerpos que mandaban el Príncipe de Condé y el Conde de Fuensaldaña, y resolvió acometer á los sitiadores. Estos, á las órdenes del Mariscal de Ferté, estaban protegidos por Turena, que maniobraba á cierta distancia con el grueso del ejército. Levantáronse las esclusas que impiden la inundacion de aquellos campos; un lago separó las tropas de Turena de las de Ferté, y entretanto fué este acometido y destrozado enteramente. Ferté quedó prisionero con cuatro mil hombres; perdió toda la artillería, y lo restante de su ejército quedó en el campo de batalla. Pero el ejército de Turena habia quedado ileso, é impidió que hiciese mayores progresos el vencedor, y aun se apoderó de la plaza de la Chapelle. Sin embargo, no pudo impedir que los Españoles se apoderasen de la de Condé.

La corte de Madrid dió órden al Conde de Fuensaldaña de que pasase á Italia de gobernador de Milan: la campaña que abrió fué al principio gloriosa, pues dos veces acometió y arrolló al Duque de Módena; pero no le fué posible despues hacer levantar el sitio de Valencia del Pó, de cuya importante plaza se apoderaron al fin los Franceses.

Entretanto una escuadra inglesa se apoderaba de una flota procedente de América con unos cincuenta millones de pesos, pérdida inmensa para la nacion.

Tambien este año perdimos otra flota de casi igual valor que 1657.
la anterior; mas no cayó en manos de los Ingleses, pues no pudiendo llevarse los buques, que se habian refugiado en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, los incendió.

Animados los Ingleses con las ventajas conseguidas, pudieron enviar seis mil hombres de refuerzo á Turena, quien se apoderó de varias plazas en Flándes durante la campaña del año 1657.

En Italia anhelaban los Españoles reconquistar la plaza de Valencia del Pó; mas los Franceses hicieron levantar el sitio: á su vez intentaron estos apoderarse de Alejandría, pero acudiendo tambien los Españoles les obligaron á retirarse.

Los preparativos que se habian hecho en Estremadura el año anterior sirvieron para poner sitio á Olivenza, defendida por una guarnicion de cuatro mil hombres. El Conde de San German, que mandaba á los sitiadores, estrechó en breve á los Portugueses. Entonces acudió un ejército portugués al mando del Conde de San Lorenzo; mas no se atrevió á admitir la batalla que los Españoles le ofrecian, y su retirada decidió la capitulacion de Olivenza. A la rendicion de esta plaza se siguió la de Mouraon, pero no se hizo nada mas en toda la campaña.

Capitulo V.

Sitios de Dunkerque, de Badajoz y de Elvas. Paz de los Pirineos. Casamiento de Luis XIV. Nace el Príncipe Don Cárlos. Batalla de Villaviciosa. Muerte de Don Felipe IV.

Los negocios de Flándes se presentaron muy mal este año. 1658.
Una escuadra inglesa se presentó delante de Dunkerque no solo para bloquear la plaza, sí que tambien para traer víveres al Mariscal de Turena que la sitiaba por tierra. No tardaron don Juan de Austria y el Príncipe de Condé en acometer las líneas enemigas. Dióse entonces una batalla casi frente á la plaza; ambos ejércitos pelearon con denuedo; la infantería es-

pañola cargó sobre los Ingleses, pero dejaron un flanco abierto, que fué la causa de que se decidiese la batalla en favor de Turena. En efecto, este hizo pasar por el claro un cuerpo de tropas que de improviso acometió á los Españoles por retaguardia; y les hizo retirarse precipitadamente con pérdida de mas de cinco mil hombres. Rindióse Dunkerque á los Ingleses, y á su pérdida se siguió la de otras muchas plazas fuertes, que cayeron en poder de los Franceses, sin que pudiesen impedírselo nuestras desalentadas tropas.

Nápoles estaba llena de bandidos, que recorrian sus mismas calles y aumentaban los estragos de una peste que acabó con casi la mitad de la poblacion. No por esto cesaba la guerra en el Milanesado. El Duque de Modena, reunido con los Franceses pasó el Adda, arrolló al Conde de Fuensaldaña, y saqueó la ciudad de Mons. Amenazó despues á Pavía; mas fué una estratajema para que disminuyésemos la guarnicion de otras plazas para socorrer á aquella; á poco manifestó su verdadero intento de sitiar á Mortara, de cuyo punto se apoderó, haciendo levantar despues á los Españoles el sitio de Valencia del Pó. Tantas ventajas en una campaña le hubieran animado tal vez para completar la conquista del Milanesado si á poco no hubiese acontecido su muerte.

Tambien murió este año el emperador Fernando III, y subió al trono su hijo Leopoldo.

Este año fué mas viva la campaña de Portugal de lo que habia sido en los anteriores. Descontenta la Regenta de Portugal del Conde de San Lorenzo, dió el mando del ejército á don Juan Mendez de Vazconcelos, gefe valiente á par que hábil. No solo recobró la plaza de Monraon, poco antes ganada por los Españoles, sí que tambien puso sitio á Badajoz con trece mil hombres. El primer ataque contra esta plaza no le fué muy feliz; mas revolviendo sobre otro ángulo de la ciudad, se apoderó del fuerte de San Miguel, y puso sitio formal á la plaza. Ya el Duque de San German habia avisado á la corte que los Portugueses llevaban aquel intento; mas el ministro de estado don Luis de Haro se negaba confiadamente á creerlo. El desengaño pudo ser fatal, y como la empresa era reputada increible, así es que produjo en Madrid la mayor alarma su certeza. Reunióse apresuradamente un ejército de doce mil

infantes y cuatro mil quinientos caballos. Al tener noticia Vazconcelos de que se acercaban los Españoles, levantó el sitio el dia 12 de octubre, y se retiró hácia Campomayor despues de haber perdido casi la mitad de su ejército con las enfermedades y acometidas dadas á la plaza de Badajoz. Animóse el Ministro con la fuga de los Portugueses, y determinó poner sitio á Elvas, lo que se efectuó en breve. Entretanto el Marqués de Viana, que mandaba en Galicia, pasó por aquella parte la frontera de Portugal, arrolló á un ejército portugués y sitió la plaza de Monzaon despues de haberse apoderado de Lampella.

Los Portugueses reunieron apresuradamente nuevas tropas 1659.
de las que dieron el mando á don Andrés de Alburquerque y despues al Conde de Castañeda, pues Vazconcelos habia caido ya en desgracia: todos estos preparativos se encaminaban á socorrer la plaza de Elvas, cuyo gobernador y reducida guarnicion habian jurado sucumbir antes que rendirse. Con efecto se presentó el ejército portugués delante de la plaza. En vano el Ministro de estado repuso á los generales que fuesen á recibir al enemigo fuera de las líneas de circunvalacion; habia perecido ya aquella flor de generales españoles que no vacilaban en la ejecucion de planes atrevidos, y los que mandaban el ejército prefirieron esperar al enemigo en las mismas líneas. Acometieron estos con una impetuosidad estraordinaria; derrotaron nuestra ala izquierda, hirieron peligrosamente al Duque de San German, que peleaba denodadamente en la derecha. Reinó entonces en todo el ejército un desórden fatal, y tuvo que retirarse hasta Badajoz acosado siempre por el enemigo. Perdimos en este desgraciado sitio cuatro mil hombres. don Luis de Haro estaba inconsolable; sin embargo, Felipe IV se portó con él de un modo noble, pues era constante en su amistad, y le declaró que continuaba en el ministerio. Hácia la frontera de Galicia el Marqués de Viana se apoderó de tres plazas fuertes; mas esto no pudo compensar la pérdida esperimentada.

Tantos años de encarnizada lucha con la Francia debian al fin tener un término, y se estipularon este año en Paris los preliminares de la paz. Hubo pues una suspension de hostilidades así en Flándes como en Italia, y entretanto los plenipotenciarios de ambas potencias, el Cardenal de Mazarini y don

Luis de Haro tuvieron sus conferencias en la isla de los Faisanes, sita en el Bidasoa, y cuya posesion está compartida entre la España y la Francia. De esta suerte ninguno salia de su propio pais para hacer proposiciones de paz, fútil vanidad de aquellos tiempos. Los principales artículos del tratado consistieron en que Luis XIV casase con doña María Teresa, hija de Felipe IV y de Isabel de Borbon, en que restituyese al Príncipe de Condé los honores y títulos de que se le habia privado en Francia, en que Vercelle volviese en poder del Duque de Saboya y Juliers en poder del Duque de Neoburg; y por último en que se cediese á la Francia, á condicion de que restituyese ella todas sus demas conquistas, una parte del Artois, Confland, y todo el Rosellon. Llamóse á este tratado paz de los Pirineos, paz en la que dió leyes la Francia, y que anunció á la Europa que la casa de Austria estaba ya humillada, que los golpes de Richelieu y de Mazarini habian precipitado la decadencia española, y que ya nuestra nacion no podia infundir recelos. Lo que mas habia contribuido á firmarla fué la muerte de Oliverio Cromwell acaecida el 23 de agosto.

1660. Durante diez años habia este hombre estraordinario regido la Inglaterra con gloria, y el usurpador habia sido acatado y reconocido por todas las naciones. Pero faltando sus talentos faltaron tambien las fuerzas á la revolucion para sostenerse; no se presentó un sucesor tan hábil como él, y á poco tuvo lugar la restauracion subiendo en el trono de Inglaterra el hijo de Cárlos I con el nombre de Cárlos II, á quien en su emigracion al continente habíamos dado muestras de amistad; de consiguiente, á poco tiempo firmamos paz con él cediéndole la plaza de Dunquerque y la isla de la Jamáica.

Celebráronse las bodas entre Luis XIV y Doña María Teresa; el mismo rey Don Felipe IV pasó á la isla de los Faisanes, donde efectuó la entrega de su hija y tuvo varias conferencias con el Rey de Francia. Este perdió á poco un servidor en la persona del cardenal Mazarini, que murió este año. No hizo mas que seguir el impulso dado por Richelieu contra la casa de Austria, y á pesar de las disensiones intestinas, supo consumar el plan de Enrique IV de hacer de la Francia la nacion mas preponderante de Europa. Verdad es que llevó al sepulcro el odio de la aristocracia y el mal encubierto encono de los pueblos.

La España perdió con su muerte un enemigo mas, y pudo sin zozobra volver todas sus fuerzas contra Portugal. Dió el mando del ejército á Don Juan de Austria, y se juntaron tropas en la frontera de Estremadura, haciendo preparativos para la campaña siguiente, mientras los Portugueses tomaban alguna plaza fronteriza de segundo órden y hacian varias correrías por la frontera.

Aunque Francia é Inglaterra habian firmado paz con España 1661.
no por esto deseaban menos la emancipacion de Portugal; en consecuencia, permitieron que sus súbditos se armasen para alistarse en las banderas de los Portugueses, y aun enviaron allá gefes distinguidos, que prestaron muchos servicios á los generales portugueses contra los Españoles. Estos intentaban caer sobre Portugal por el Alentejo, la frontera de Galicia y Beira, mientras enviaban una escuadra imponente para amenazar á Lisboa; no podia darse un plan mas defectuoso, pues de esta suerte se dividian las fuerzas españolas, y ningun cuerpo de ejército era bastante fuerte para emprender ninguna operacion seria en pais enemigo. Además, la Reina y el ministro odiaban sobre manera al digno gefe Don Juan de Austria á quien se habia puesto al frente del ejército de Estremadura; y sin duda para que no saliese muy airoso se le dieron solo doce mil hombres. Los resultados fueron tales como eran de prometerse. El Marqués de Viana quiso apoderarse de Valencia del Miño, mas tuvo que replegarse apresuradamente porque los Portugueses le acometieron por retaguardia. El Duque de Osuna fué mas afortunado pues logró entrar en Beira y recobrar la plaza de Albergaria; pero tampoco adelantó mas. Don Juan de Austria solo pudo pensar en apoderarse de los puntos cuya posesion podia mas adelante serle favorable, y entró en Haronches y Alconchel, mas que por empeño suyo por desidia de los Portugueses. Para colmo de desgracia, la escuadra que hacia rumbo hácia Lisboa fué arrojada por un fuerte temporal contra las costas de Andalucía donde bararon nueve de sus buques.

El 6 de noviembre nació en Madrid el príncipe Don Cárlos, que al cabo de cuatro años debia entrar á suceder á Don Cárlos; las fiestas y regocijos fueron grandes, pues el Rey se hallaba sin hijo varon por haber muerto cinco dias antes el

príncipe Don Felipe Próspero. Acababa de fallecer por entonces Don Luis de Haro, cuyos talentos militares eran nulos, y cuyos talentos políticos no pasaban de la medianía; sin embargo no tenia ambicion como su tio el Conde Duque; y aunque la paz de los Pirineos que el hizo no era nada gloriosa para la nacion, era con todo necesaria, y fué un bien para la España en aquellas circunstancias; la Reina no le quiso bien porque era muy íntimo de su esposo, pero todos los particulares y aun la grandeza le estimaban por su buen trato y prendas sociales.

1662. Al fin este año se enviaron algunos refuerzos á Don Juan de Austria, y de consiguiente fueron mayores los progresos de la campaña. Mientras el arzobispo de Santiago que habia sucedido al Marqués de Viana se apoderaba de Portela y Gastellindoro, el Duque de Osuna entraba en Escalona, y Don Juan de Austria arrollaba la caballería portuguesa y entraba en Borba, Jurumeña, Ocrato, Fonteyra, Huquela, Monforte y otros pueblos, y se disponia para la campaña siguiente.

El 3 de mayo se habia embarcado en Lisboa para Inglaterra la infanta de Portugal Doña María, casada ya por poderes con el rey de Inglaterra Cárlos II. Entretanto habia tenido lugar en la corte un acontecimiento ruidoso de que ofrecen pocos ejemplares las historias. A Don Luis de Haro habian sucedido en el poder el cardenal arzobispo de Toledo, el Duque de Medina de las Torres y el Conde de Castrillo. Resentido el Marqués de Liche, hijo primogénito de Don Luis de Haro, de no haber heredado la privanza de su padre, proyectó una maldad horrorosa, cual era la de matar al Rey con la mayor parte de su corte cuando estuviese en el teatro del Retiro. Valióse de algunos asesinos; á fuerza de oro logró enterrar un barril de pólvora en lugar á propósito, para darle fuego una vez principiada la comedia. Mas no pudo llevarse á cabo tan abominable proyecto, pues el mismo dia en que debia ejecutarse se descubrió, fueron presos los cómplices y el autor con ellos. Aquellos fueron ajusticiados, mas el Rey se mostró magnánimo con el que habia concebido el crímen, y no solo le perdonó, acaso por la memoria de su padre, sino que en breve le restituyó todos sus honores. Si la benignidad y clemencia han sido útiles algunas veces, nunca mas que esta. En efecto el jó-

ven se sintió tan poseido de afecto por el Monarca, que desde entonces solo buscó los peligros para sacrificarse por su rey y por su patria, y al año siguiente murió como un héroe en la batalla de Estremoz lanzándose contra los batallones Portugueses.

Abrióse la nueva campaña de Portugal con el sitio de Evora, 1663. capital del Alentejo, que puso Don Juan de Austria. En vano Don Sancho Manuel elevado á la dignidad de Conde de Villaflor en premio de lo bien que defendió á Elvas, acudió con tropas portuguesas para hacer levantar el sitio; á dos marchas escasas de Evora supo que esta plaza habia sucumbido. No se decidió á atacar á los Españoles porque perdiendo su ejército dejaba al descubierto á Lisboa, y además Don Juan de Austria tampoco deseaba mucho dar una batalla decisiva. Fueron pues inciertos y vacilantes los movimientos de entrambos generales. Don Juan de Austria destacó para alarmar á Lisboa á una division que llegó hasta Alcazar-do-sal; y entonces se decidió Villaflor á presentar batalla casi frente de Evora. No la admitió Don Juan, aunque eran inferiores en número los Portugueses, porque sabia que quien realmente dirigia los movimientos de los enemigos era el Conde de Schonberg, general muy táctico que habian enviado los Franceses al campo portugués. Replegóse pues hacia Badajoz, pero los enemigos le siguieron hasta Ameygial. Ya entonces no pudo Don Juan retroceder, y el dia 8 de junio, una hora antes de ponerse el sol, se empeñó formal batalla. Peleóse obstinadamente hasta la noche, y Don Juan de Austria peleó mas como soldado esforzadísimo que como capitan prudente. Matáronle dos caballos, y se entró casi solo por entre las filas enemigas con la pica en mano. Los Portugueses no conocieron que habian vencido, hasta que á la mañana siguiente cogieron el fruto de la victoria, haciendo mas de dos mil prisioneros, y viendo el campo cubierto de cadáveres españoles, y nueve cañones abandonados con todo el bagaje. Cara costó á los Portugueses semejante victoria, pues murieron de ellos hasta cinco mil; pero recobraron su libertad é independencia. Esta es la batalla á que se dió el nombre de Estremoz, debiendo en realidad llamarse de Ameygial. Atribuyóse esta derrota á distintas causas, pero la principal es, que Don Juan necesitaba mas fuerzas

para internarse en Portugal, y que habiendo tenido que dejar guarniciones en muchos puntos del Alentejo, debilitó todavía mas su ejército. Pero la causa inmediata del descalabro, consiste en no haber tenido tiempo Don Juan de Austria para escoger bien el campo de batalla, y en haberse empeñado la accion á una hora impropia, solo porque los soldados no querian ya retirarse sino hacer frente al enemigo. En vano el Duque de Osuna arrolló en Valdelamula con solo seis mil hombres á un cuerpo de doce mil portugueses el dia 30 de diciembre, pues el golpe principal se habia dado en Ameygial, y perdimos en consecuencia casi todo cuanto habíamos ganado en el Alentejo.

1664. No fué mas feliz la campaña siguiente, pues los Portugueses se apoderaron de Valencia de Alcántara, y nuestro ejército de Estremadura no pudo volver á recobrar la ofensiva. Solo el Duque de Osuna emprendió algunos movimientos, y hasta llegó á sitiar la plaza de Castelrodrigo; mas los enemigos le atacaron en sus líneas de circunvalacion, y le hicieron levantar el sitio con pérdida de la artillería, el bagaje y de mil doscientos muertos.

¿Quién habia de creer que en tal estado, debilitada hasta tal punto la España de suerte que no podia sostener la guerra en Portugal, se atreviese la corte á enviar diez y ocho mil hombres de refuerzo, al emperador Leopoldo que estaba en guerra con los Turcos? Sin embargo, se hizo así por dar gusto á la Reina, que estaba empeñada, en que no fuese socorrido el ejército de Portugal mientras tuviese el mando Don Juan de Austria á quien aborrecia. Este conoció entonces que solo se trataba de desacreditarle, y pidió y obtuvo su dimision: con él puede decirse que acababa aquella generacion de guerreros ilustres que se habian ido sucediendo desde Fernando el Católico.

Nombróse para sucederle en el mando del ejército de Estremadura el Marqués de Carazena, y se le dieron todos los recursos y refuerzos que se habian negado á su antecesor. Podia contar con un ejército activo de veinte y un mil hombres y con un numeroso parque de artillería. Todo pereció sin embargo cerca de Villaviciosa en las llanuras de Montesclaros. Peleóse durante ocho horas con valor heróico, y hasta con

desesperacion ; pero los Portugueses triunfaron, cogiéndonos cuatro mil prisioneros , matandonos cuatro mil hombres , y cogiéndonos casi toda la artillería. El Marqués de Marialba general de los Portugueses, no se atrevió con todo á perseguir los restos de nuestro ejército, pues sus tropas habian sufrido tambien mucho. Tal fué la batalla de Villaviciosa que consolidó la independencia portuguesa , dada el 17 de junio de 1665.

Este descalabro causó la muerte del Rey ; pues al tener noticia de la derrota le sobrevino un desmayo, del que solo volvió para enfermar de peligro y acabar sus dias el 17 de setiembre, á los sesenta años de su edad y cuarenta y cuatro de su reinado. En su testamento dejó por gobernador de la corona durante la menor edad de su hijo , á Don García de Avellaneda, Conde de Castrillo , á Don Cristóbal Crespi , al Conde de Peñaranda , al Marqués de Aitona, y al Arzobispo de Toledo que murió el mismo dia que el Rey. Sin embargo la verdadera reina y gobernadora era la Reina, que quedó tutora de su hijo. Tuvo el Rey varios hijos é hijas : de su primera muger Doña Isabel de Borbon solo le sobrevivió la infanta Doña María Teresa, casada con Luis XIV. De su segunda muger tuvo á Doña Margarita , que fué reina de Hungría y Alemania, á Doña María , Don Felipe , Don Fernando y Don Cárlos , de los cuales solo este le sobrevivió.

El reinado que acabamos de describir fué el mas fatal para la monarquía , porque en él fueron acabando insensiblemente los restos de nuestras glorias. En verdad que las prendas personales del Monarca prometian otra cosa ; pero su inclinacion á las mugeres degeneró en molicie, á causa de su privado el Conde Duque, quien le hizo odioso el mando y le encenagó en placeres casi indignos de la majestad, Felipe IV tenia toda la magnanimidad de un Rey , virtud de que dió muestras con Don Luis de Haro y con su hijo. Con su segunda muger fué Felipe IV demasiado condescendiente , y á ello se debió el que no se enviasen recursos y refuerzos á Don Juan de Austria, hijo natural del Rey , con daño y mengua de la monarquía. A la época de la muerte de Felipe IV el nombre de español ya no era acatado en Alemania , en Italia, ni en los Paises Bajos; nuestra infantería tan celebrada por espacio de dos siglos, habia perdido su glorioso renombre. En suma la España , cuyos

hombres políticos y militares eran reputados modelo entre las naciones estrañas, pareció olvidarse á sí misma precisamente cuando la Alemania, la Francia y la Inglaterra progresaban diariamente en el arte de la guerra y en el de la diplomacia. Merced á los esfuerzos del cardenal de Richelieu, la Francia adelantaba en pocos años un siglo, mientras merced á la mala administracion del Conde Duque, la España retrocedia cuatro siglos. Y lo mas singular es que hasta á las ciencias y la literatura pasó el contagio, porque el siglo de oro habia pasado ya; ya no existian Cervantes ni Rioja, y los rastreros secuaces de Góngora ponian á las nubes una afectacion de estilo y un juego de palabras ridículo. No fué bastante Quevedo para oponerse al contagio, y puede decirse que él junto con Moreto y Calderon, fueron las últimas antorchas que asistieron á la muerte de nuestros mas esclarecidos escritores. Todo se estinguió á la vez: la gloria, la política y el saber. La decadencia daba ya pasos agigàntados, y el reinado del hijo de Felipe IV solo vino para consumarla.





LIBRO TERCERO.

Capítulo primero.

Principios del reinado de Carlos II. Continua la guerra de Portugal. Paz de Lisboa. Guerra de Francia. Paz de Aix-la-Chapelle. Caida del P. Nithard. Continuacion de la Regencia. Guerra de Holanda.

El 8 de octubre del año anterior habia Madrid levantado 1666.
pendones por el rey don Cárlos II, que subió al trono de edad de tres años, diez meses y once dias. En realidad la Reina su madre era mas que tutora absoluta regente, pues el consejo que en su testamento habia establecido el difunto Rey no la servia del menor embarazo. Así que, pronto fué árbitro en materias políticas y dueño del poder un jesuita aleman, su director espiritual, llamado Juan Everardo Nithard. Los primeros pasos de este consejero consistieron en secundar las intenciones de la Reina nada favorables á don Juan de Austria; de manera que tuvo este que retirarse de la corte y vivir aisladamente en Consuegra. Por fortuna los Portugueses no llevaban muy á pecho la guerra contra España, y puede decirse que durmieron contentos con las victorias que les habian asegurado la independencia. El 28 de febrero de 1666 murió la Reina viuda de Portugal, y empezaron á originarse disturbios intestinos en aquel reino; á causa de que el mozo rey don Alonso, á quien rodeaban cortesanos corrompidos, no sin envidia veia que los Portugueses se mostraban inclinados hácia su hermano el infante don Pedro. Esta fué la causa de que la guerra quedase por entonces reducida á las correrías y guerras de devastacion que tantos años habian durado. Un general portu-

gués pasó la frontera por la parte del Miño, saqueó algunos pueblos, y volvió á repasar el rio con el fruto de sus rapiñas; otro tanto pensó hacer Silva de Souza internándose por la Estremadura española; pero entre Badajoz y Campomayor cargó sobre él una division de caballería, y el Príncipe de Parma le hizo repasar la frontera cogiéndole antes quinientos prisioneros. En cambio de la correría de Galicia, nuestro comandante de la frontera de Tras-os-montes se internó en territorio portugués y entregó al saqueo algunos pueblos de la otra parte del Jamega. Mas no fué esta la única guerra que tuvo que sostener la Reina regente en los principios del reinado de su augusto hijo; el gabinete francés deseaba ardientemente anular parte de la renuncia hecha por la infanta doña María Terera cuando casó con él, en lo que hacia relacion á Flándes, el Bravante y el Franco Condado. Bien es verdad que Luis XIV alegaba razones en su favor, diciendo que la renuncia no se habia estendido á tanto; pero estas razones no eran mas que pretextos para dar algun viso de justicia á la guerra que queria declarar á España, pues la causa Real era solo la que deseaba ensanchar los límites de sus dominios á costa de una muger y de un niño, empleando para ello todas las riquezas y el poderío de la Francia. Era de esperar entonces que la Alemania hubiese recordado los servicios que la habíamos hecho durante la guerra de los treinta años; mas no fué así, pues miras de política, ó tal vez de interés mezquino, pudieron mas que otras consideraciones mucho mas justas. El primero de marzo intentaron los Moros atacar la fortaleza de Larache, dieron innumerables asaltos, mas todos fueron rechazados con gran pérdida; de manera que si algunos historiadores no han exagerado el número, tuvieron los Africanos cuatro mil muertos y otros tantos heridos, sin que por nuestra parte perdiésemos mas de once hombres.

1667. Por la primavera de 1667 Luis XIV se puso en marcha sobre los Paises Bajos, y en poquísimos meses se hizo dueño de un sin número de plazas. Verdad es que fué allá con un ejército de sesenta mil hombres, siendo así que el nuestro era en estremo escaso. La plaza de Dowai resistió muy poco, y lo mismo se debe decir de la de Lila, que se entregó en el momento que iba á ser socorrida. Debieron pues en gran parte sus pro-

gresos los Franceses á lo débiles que se mostraron las guarniciones, disgustadas á la verdad, ya porque no tenian confianza en un buen resultado, ya porque tambien de España no se les enviaban recursos.

Animado Luis XIV con las conquistas del año anterior, cayó 1668. con un poderoso ejército sobre el Franco Condado. El pais estaba desguarnecido de tropas; y así, aunque sus habitantes eran muy afectos á los Españoles, no pudieron resistir á fuerzas tan numerosas, por lo que su conquista fué obra de algunas semanas, sin que las plazas opusiesen la menor resistencia, excepto la de Dole, que capituló con honor.

Ya empezaba á infundir recelos el engrandecimiento y prepotencia que iba adquiriendo la casa de Borbon, y era de ver como el equilibrio europeo empezaba á inclinarse de la parte de Francia, así como antes se habia inclinado de parte de la casa de Austria. Esta consideracion habia movido á los Holandeses é Ingleses para ofrecer al principio de este año su mediacion, á fin de cortar toda diferencia entre Francia y España; pero esta mediacion no fué aceptada, en primer lugar porque Luis XIV preferia adquirir lo que demandaba mas como á conquistador que como por efecto de un convenio, y de otra parte porque le dominaba entonces el ardor belicoso de su juventud. Poco despues el Rey de Inglaterra, ya para dejar á la España libre para poder resistir á la Francia, ya tambien para asegurase independientemente el comercio que hacia su reino con Portugal, ofreció tambien su mediacion para terminar las diferencias entre Portugal y España. Esta mediacion obtuvo mas resultados que la anterior, pues la aceptaron así la corte de Madrid como la de Lisboa, y se firmó paz en Lisboa el dia 13 de febrero, reconociéndose en ella por independientes todos los dominios que pertenecian á los Portugueses antes de reunirse con la corona de España: solo se esceptuó la plaza de Ceuta. Aumentaba entretanto el afecto que los Portugueses sentian en favor del infante don Pedro, y de ello supo valerse, quitando la corona de la frente de su hermano, y poniéndosela sobre su cabeza. Confinó á aquel á las islas Terceras, y logró que se declarase nulo á título de impotencia el matrimonio de Alonso con la Princesa de Nemours, y obtenida dispensa se casó con su cuñada.

La corte de Madrid determinó entonces enviar á don Juan de Austria á los Paises Bajos, segun se decia públicamente, porque se reputaba que solo él podia mandar aquel ejército, pero en realidad para alejar de la vista del ministro Jesuita lo que escitaba su aversion y hasta cierto punto su terror. Verdad es que el 2 de mayo se celebró un congreso en Aix-la-Chapelle, asistiendo á él plenipotenciarios holandeses, ingleses y suecos para contener los progresos de la Francia en su guerra contra España. Al fin se logró firmar la paz, quedando dividida la Flándes en dos partes, una para la España y otra para la Francia, contándose entre las plazas de esta Lila, Tournai, y Udenarda, y siendo restituido á la España el Franco Condado. Parecia pues inútil enviar á don Juan de Austria á los Paises Bajos, mas no fué así. Luis XIV firmó mal de su grado el convenio, y desde entonces deseó vengarse de los Holandeses; solo esperó para ello ocasion mas oportuna, como tambien para romper de nuevo las hostilidades. Temíase ya que muy en breve iban á romperse estas, cuando se decidió que don Juan de Austria pasase allá con tropas considerables. Iba á embarcarse ya este Príncipe, cuando llegó á su noticia que un amigo íntimo que tenia en Madrid habia sido preso y ahorcado á las dos horas, sin que se le hubiese formado causa. Conoció que este era un tiro del Jesuita ministro, y desde aquel momento determinó declararse abiertamente contra el religioso. Envió su dimision á Madrid fundándola en el mal estado de su salud; la Reina la admitió, nombróse en su lugar al Condestable de Castilla, y se dió órden á don Juan de que pasase á Consuegra. La Reina, así como su Ministro, hubieran deseado que se le formase causa; mas el Consejo que en lo demas siempre se mostraba de su parte, no quiso empañar su honra obedeciendo al ciego encono del Jesuita estranjero. Indignóse este sobre manera, prendió á un secretario de don Juan, y dió órdenes para que en Consuegra se prendiese al Príncipe. Avisaron á este sus amigos y huyó á Aragon; desde allí quiso demostrarse ya sin rebozo, y escribió á la Reina pidiendo justicia contra el P. Nithard y su destierro. El príncipe don Juan llegó á Aragon escoltado por treinta caballos, se hizo fuerte en Jaca, y despues pasó á Flix, donde puso tambien en estado de defensa su castillo; desde este último punto insistió fuerte-

mente pidiendo la remocion de Nithard y una satisfaccion á su honor, porque se habia dado órden de prenderle. Por entonces tuvo lugar en Madrid una especie de sacudimiento promovido por unos pocos jóvenes que pasaron á la cárcel de la Villa, rompieron las puertas, y pusieron en libertad al Conde de Villalfonso. Súpose que entre los mozos agresores habia dos hijos de don Juan, y fueron presos inmediatamente. Habian sin embargo llegado las disensiones á tal punto con el de Austria, eran tantos sus partidarios en la Corte, y le recibian con tanto entusiasmo los pueblos por donde pasaba, que se juzgó imprudente enconar mas los ánimos: así, que se les soltó.

Obedeciendo á los clamores de los pueblos, acercóse Don 1669.
Juan de Austria á la corte con unos doscientos caballos y trescientos infantes; además de un númeroso séquito; la Reina habia resuelto enviar ochocientos caballos contra él, pero el Arzobispo de Toledo hizo revocar la órden que habria podido ser fatal. El 23 de febrero de 1669 llegó D. Juan á Guadalajara, y el 24 se acercó hasta tres leguas de Madrid. Alarmóse la corte estraordinariamente, dábanse órdenes y se revocaban; pero al fin los hombres maduros pudieron aconsejar á la Reina que extrañase de estos reinos á su confesor. Hízolo así, y el ministro poco afortunado salió en breve para Roma, donde aun las bondades de la Reina le alcanzaron un nombramiento de arzobispo.

Celebróse entonces una especie de tratado entre Don Juan de Austria, y la Reina, cuyos artículos eran del tenor siguiente:

1.° Don Juan de Austria será restablecido en el cargo de gobernador perpetuo de los Paises Bajos españoles que se le quitó cuando no quiso ir.

2.° Serán tambien los que le han seguido restituidos á sus empleos, de que han sido privados.

3.° Don Bernardo Patiño, hermano del secretario de Don Juan será puesto en libertad.

4.° Se creará un consejo que entienda en los medios de aliviar los pueblos y reformar las malversaciones de la Real Hacienda, del cual será gefe Don Juan de Austria.

5.° Se le permitirá pasar á besar la mano á los Reyes.

6.° El Marqués de Aytona y el presidente de Castilla no asistirán en el consejo cuando se hayan de tratar cosas de Don Juan de Austria.

7.° El padre Nithard, inquisidor general, no volverá mas á España.

8.° Los autos y decretos contra Don Juan de Austria serán anulados y extraidos de los registros.

9.° La tropa de su séquito será pagada como la que está en actual servicio.

Termináronse de esta suerte unas diferencias que podian haber promovido una guerra intestina, y que traian en estremo agitadísima á la España, pues muchos pueblos se habian levantado en masa en favor de Don Juan.

Los mas notables acontecimientos de este año despues de los disturbios que hemos mencionado, fueron los robos y atrocidades que cometieron en América, y principalmente en Portobelo, muchos piratas conocidos con el nombre de Flibusteros. Tambien se sosegaron á la sazon las turbulencias que el año anterior habian conmovido á Valencia y Cerdeña; en el primer punto se apaciguaron mas brevemente pero usando de crueldad y de terror.

1670. Logró este año Luis XIV lo que deseaba ardientemente, tal era separar á la Holanda de sus dos aliados la Inglaterra y la Suecia; con los Suecos renovó la antigua alianza que subsistia entre ellos y la Francia, y á los Ingleses, ó mejor á su Rey venció con dádivas. De esta suerte podia cuando le plugiese abrumar con todo el peso de sus fuerzas á las Provincias Unidas.

El 18 de junio de 1670 concluimos un tratado con Inglaterra á favor del cual se restablecia entre ambas potencias el comercio de América. Enfermó gravemente á poco nuestro jóven Rey, y no sin espanto se preveia atizada una guerra de sucesion entre Francia y Alemania; mas no fué así por entonces, pues recobró el Monarca la salud. En Cádiz un huracan furioso derribó muchos edificios, y el mar embravecido se engulló hasta sesenta buques que habia en el puerto.

1671. El dia 7 de junio de 1671 se prendió fuego á la biblioteca del Escorial, y quedaron reducidas á pavesas inumerables obras y manuscritos inapreciables.

En América los Flibusteros, teniendo á su frente el atrevido

gefe Morgan, cayeron sobre las colonias españolas, ocuparon la isla de Santa Catalina, y se cebaron devastando el Panamá y Portobelo.

Luis XIV habia resuelto acometer á los Holandeses, y era de suponer que las demas naciones debian impedírselo, porque el fuerte atacaba al débil; así pues formaron alianza la corte de Madrid, el Emperador de Austria y la República holandesa; y nuestro gobierno envió considerables tropas á los Paises Bajos.

Por este tiempo el destronado Alfonso de Portugal pidió socorros á la España para que le ayudase á entronizarse y destronar á su hermano Don Pedro; es decir que queria empeñarse al gobierno de Madrid á que se declarase por un Rey impopular contra otro Rey que era el ídolo de Portugal; desoyéronse como se debia semejantes proposiciones, y la España obró en ello cuerdamente.

El Rey de Francia por su parte buscó el apoyo de los Ingle- 1672.
ses; y mientras él ponia en campaña ciento doce mil hombres mandados por él mismo Monarca y por los mariscales Turena y Condé, una escuadra inglesa y francesa de ciento treinta buques amenazaba las costas de Holanda. El ejército de tierra pasó el Mossa, y llegó casi frente de Amsterdam. Pero entonces tenian los Holandeses un célebre marino en la persona del almirante Ruyter: estaba para llegar una flota de Indias de un valor inmenso, y precisamente debia caer en manos de los Ingleses; con sabias maniobras llamó la atencion de las escuadras enemigas y supo atraerlas á las costas de Inglaterra, donde las presentó la batalla; esta fué encarnizada y terrible por ambas partes, y si bien quedó indecisa, habia ya logrado Ruyter su objeto; la flota arribó á los puertos de Holanda, y estos no tenian ya que temer una invasion por la parte de mar. Por desgracia andaba entonces agitada la Holanda en disensiones civiles; unos querian restablecer el estatuderato, y entre ellos el jóven y animoso Guillermo descendiente de Mauricio; mientras otros querian ser republicanos puros. Mas estos sucumbieron de resultas de un sacudimiento popular, se estableció de nuevo el estatuderato, y se dió el poder militar y civil al Príncipe de Orange. Estas discordias hubieran podido serles fatales si casi al mismo tiempo no se hubiese recibido la

noticia de que los imperiales se adelantaban con numeroso ejército por la Westfalia, y que las tropas españolas de los Paises Bajos hacian movimiento. Turena se vió entonces obligado á evacuar la Holanda, y se dirigió contra las tropas del Emperador. De esta suerte Ruyter salvó la Holanda por mar, y los Imperiales y Españoles contuvieron por tierra el golpe que debia abrumarla. Guillermo príncipe de Orange se puso entonces al frente de las tropas holandesas y de las españolas, opúsose al Duque de Luxemburgo que ocupaba con su ejército la provincia de Utrec, arrolló un cuerpo de ejército francés que maniobraba por la línea del Mossa, y aun infundió temores al ejército que sitiaba á Maestrick.

Capitulo II.

Batalla de Senes y de Morellas. Sublevacion de Mecina. Muerte de Turena. Da fin la Regencia. Combate naval de Palermo. Ministerio de Don Juan de Austria. Paz de Nimega. Muerte de Don Juan. Guerra en los Paises Bajos.

1673. NUESTRAS tropas de la frontera de Cataluña intentaron este año apoderarse del Boló; pero acudieron inmediatamente las tropas francesas, y fuimos rechazados despues de un encuentro encarnizado.

Entretanto las escuadras francesa é inglesa, llevando un cuerpo de tropas de desembarco, intentaron caer sobre las costas de Holanda para reforzar el ejército de tierra; pero Ruyter vigilaba no menos que el año anterior, resistió tres ataques de los enemigos, y al fin les obligó á desistir de su intento. Por tierra el Conde de Monterrey se declaró contra los Franceses, reunió sus tropas con las del Príncipe de Orange, y se apoderó de Naarden.

Luis XIV deseaba ardientemente apoderarse de Maestrick, y para ello habia dado las órdenes convenientes; mas se lo impedia lo número del ejército enemigo que estaba en observacion. Acudió pues á un ardid; amagó atacar á Bruselas, de suerte que los Españoles acudieron al socorro de esta plaza; y revolviendo sobre Maestrick se apoderó de la plaza en ocho

dias sin que pudiesen impedírselo los Holandeses sin el auxilio de los Españoles. Fuerte era este golpe, mas á pesar de ello tuvieron los Franceses que evacuar el territorio holandés, pues Guillermo habia roto los diques é inundado el pais, espediente que hace dificilísima la conquista de Holanda. No adelantaba mas por otro lado Turena, pues le fué imposible impedir que Montecuculi con un ejército imperial se uniese con el de Guillermo, y se apoderase de Bona.

La preponderancia francesa empezaba á escitar los recelos de casi todas las naciones de Europa; indignado el parlamento inglés de que las escuadras de la Gran Bretaña apoyasen á ciegas á la francesa, y secundasen todos sus movimientos, obligaron á Cárlos II á que firmase un tratado de paz con el Príncipe de Orange: siguiendo el mismo ejemplo los estados de Alemania, que tan encarnizada guerra habian sostenido contra la casa de Austria, se declararon ahora contra la Francia: en consecuencia los ejércitos de Luis XIV tuvieron que concentrarse sobre el Mosa y el Rin. Entonces, viendo los habitantes del Franco Condado que su pais iba á ser nuevo teatro de la guerra, instigados secretamente por los enviados del Monarca francés, arrojaron de su seno á los Españoles, y se declararon en favor de aquel: en vano los Españoles é Imperiales quisieron reconquistar el pais, pues ya no les fué posible.

Mandaba nuestras tropas en Cataluña el Duque de San Ger- 1674.
man, y tenia que resistir á un ejército francés mandado por el Conde de Schomberg. Hizo amago de atacar á Baños; y mientras acudian allá los enemigos, revolvió sobre Bellegarde, se apoderó de este castillo, y se situó en Morellas, mientras el enemigo acampaba delante de Perpiñan. Fingió retirarse á Cataluña, persiguióle alucinado un cuerpo de caballería; mas fué este rodeado repentinamente en terreno fragoso, y aun con haber sido socorrido perdió tres mil hombres. A esto se dió el nombre de batalla de Morellas, cuyo triunfo se debió enteramente al Duque de San German.

A la sazon tuvo lugar en Mecina, ciudad de Sicilia, una rebelion, motivada por su gobernador, que quiso mudar el régimen municipal: amotinóse el pueblo y el senado, se le destituyó y diosele por sucesor al Marqués de Crispano: hizo este

prender á todos los senadores, pero furioso el pueblo se levantó en masa, y tuvo el gobernador que retirarse al castillo de San Salvador. Pidió socorros á España, y los recibió del ejército de Cataluña, el cual tuvo entonces que retirarse y cubrir la frontera, y con el refuerzo se reputó bastante fuerte para acometer á los Sicilianos; mas fué rechazado, y con ayuda de los Franceses logró el paisanaje apoderarse del castillo, si bien que despues de una porfiada resistencia.

Habíase este año reunido un congreso en Colonia; pero como nadie desease sinceramente la paz, se hacian ya entretanto estraordinarios preparativos de guerra, y no se tardó en hallar ocasion para romper las negociaciones.

Poco le habia costado á Luis XIV la conquista del Franco-Condado, pues solo le opusieron alguna resistencia las plazas de Dole y Besanzon. La guarnicion de esta, despues de firmada la capitulacion, quiso abrirse paso por entre el acampamento enemigo, acometió con desesperacion, hizo una carnicería espantosa, pero sucumbió casi toda: desde entonces el Franco Condado ha pertenecido á los Franceses.

Dos eran los principales ejércitos que tenia en campaña Luis XIV: el del Rin al mando de Turena, que tuvo que resistir á número triple de Imperiales, los mantuvo á raya, batió á varios Príncipes alemanes, arrolló numerosos cuerpos austriacos, los arrojó á la otra parte del Rin, devastó el Palatinado, y cubrió la Alsacia, la Lorena, y otros puntos sin que los Imperiales pudiesen oponerle resistencia. Otro ejército era el de Flándes al mando del Príncipe de Condé, que con quarenta mil hombres tenia que resistir á sesenta mil entre Españoles, Alemanes y Holandeses. Estos querian tomar de nuevo la plaza de Maestrick, y para el logro de esta empresa ocuparon los Españoles varios puntos intermedios que impedian á los Franceses provisionar la plaza; pero fueron desalojados. Emprendió entonces Guillermo el sitio de Grave; y mientras uno de sus tenientes ponia cerco á esta plaza, esperó en las llanuras de Senes al ejército francés. Condé no rehusó la batalla, pero esperó á que pasase la vanguardia y el centro para caer sobre la retaguardia compuesta de españoles. Desordenáronse estos; pero á la noticia acudió en breve el Príncipe de Orange, rehizo las tropas, púsolas en órden de batalla, y empeñóse enton-

ces un combate encarnizado: doce horas duró la carnicería, y solo cesó á las once de la noche, despues de haber llegado tres veces á las manos ambos combatientes, sin que se decidiese la victoria por una ni por otra parte. Quedaron en el campo de batalla veinte y cinco mil cadáveres, y ambos ejércitos se retiraron á un tiempo. Los Holandeses sin embargo consiguieron la rendicion de la plaza de Grave.

En Cataluña tuvieron nuestras tropas que mantenerse á la 1675.
defensiva, y Schomberg penetró en Figueras, que era entonces plaza insignificante y en Ampurias. Desmembrado nuestro ejército á causa de las tropas enviadas á Sicilia, tuvo que contentarse con hacer la guerra de guerrillas, mientras recobraba el enemigo á Bellegarde, é imponia fuertes contribuciones á la Cerdaña.

Sicilia era entonces el teatro de unos acontecimientos no muy prósperos para la España; los Franceses enviaron nuevo socorro á Mecina, y su escuadra acometió á la española, que se mantenia por aquellas aguas, y la obligó á retirarse á Nápoles, despues de haber perdido mucha gente y cuatro buques. Los Mecinenses, reconocieron entonces al Duque de Vivonne por virey en nombre de Luis XIV; y este dejando bien segura la ciudad, puso sus tropas en campaña, y se apoderó de varios puntos. Proyectóse en Madrid enviar á Sicilia á D. Juan de Austria, con el título de generalísimo de los ejércitos de Italia, pues en verdad se necesitaba allí un hombre que fuese capaz de hacer frente á las calamidades que amenazaban. Pero si la Reina madre queria enviar á D. Juan de Austria, no era por emplear á un gefe digno, sino para descartarse de su presencia, precisamente en los momentos en que iba á cesar su regencia. Supieron impedir este proyecto los amigos de Don Juan; y como llegase entonces el Rey á su mayor edad escribió una carta al Príncipe mandándole en ella que viniese á la corte, como lo efectuó. Las fuerzas navales y terrestres que debian dirigirse á Italia, se encargaron al almirante holandés Ruyter, quien despues de haber resistido dos furiosas tormentas, llegó á Melazzo, y auxilió á los Españoles para que se apoderasen de Ibizo.

Logró este año Luis XIV que se encendiese la guerra en el norte de Alemania, entre la Suecia por una parte, y por otra

el Elector de Brandemburgo, auxiliado por el Rey de Dinamarca y el Duque de Brunswick. En los Paises Bajos pasó á mandar por parte de España el Duque de Villa Hermosa, quien efectuó su reunion con el Príncipe de Orange, para oponerse á los Franceses que iban apoderándose de varias plazas fuertes; mas no pudieron impedir que cayesen en su poder Liga, Herbay, Dinant y Limburgo, y posteriormente Tirlemont. Mayores hubieran sido los progresos de los Franceses en Flándes, si á poco no se hubiesen visto precisados á enviar refuerzos á sus tropas del Rin y del Mossa. Efectivamente acababan de perder en el Rin al mariscal Turena, á quien mató una bala de cañon, en el momento en que buscaba lugar á propósito para situar una batería: su muerte fué llorada de todo el ejército, porque era una de las glorias militares de Francia, y porque en aquellos momentos habia hallado un rival digno en la persona de Montecuculi, que mandaba las tropas imperiales. Aprovechó este la muerte de Turena para ocupar la Alsacia, poner en fuga á los Franceses, y sitiar algunas plazas fuertes. La muerte de Turena fué tambien señal de otras desgracias, pues el cuerpo de ejército del mariscal de Crequi fué derrotado por los Imperiales, de suerte que no se escapó un hombre: Luis XIV tuvo que dar el mando del ejército del Rin al Príncipe de Condé, quien dejó el mando del ejército francés en Flándes al Mariscal de Luxemburgo. Entretanto tenia lugar en Nimega, á mediacion de la Inglaterra, un congreso que debia tratar de la paz general.

1676. En Cataluña fué muy poco importante la campaña, pues consistió en que los Franceses penetraron en el Ampurdan, hicieron un amago sobre Gerona, y acosados por las guerrillas catalanas tuvieron que replegarse despues al Rosellon, si bien que no sin haber causado graves perjuicios á los pueblos por donde habian pasado. Mas resultados tuvieron los acontecimientos de Sicilia. Los Franceses tenian entonces en la persona de Du-Quesne un marino digno de competir con Ruyter, y le encargaron la conduccion de un convoy á Mecina. Ruyter se le opuso junto á la isla de Strómboli; pero despues de un porfiado encuentro, tuvo que dejarle el campo libre. A poco se reunieron con la escuadra de Ruyter diez navíos españoles; y conociendo entonces Du-Quesne que corria riesgo, y que tal

vez no podria llegar á Mecina siguiendo el rumbo que llevaba, dió vuelta á toda la Sicilia, y consiguió llegar á Mecina por la parte del sur. Entonces se prepararon las tropas de tierra al mando del Conde de Bucquoi para sitiar á Mecina, mientras Ruyter combatia la plaza por mar; mas el ejército de tierra tuvo que retirarse, y Ruyter se vió obligado á hacer lo mismo por mar. Sale entonces Du-Quesne de Mecina, persigue á los Holandeses, detiénense estos y hacen frente, y se traba un obstinado combate. El almirante holandés fué herido gravemente de bala de cañon, mas no por esto perdió la serenidad, y continuó mandando. Era inferior en fuerzas, porque el viento contrario habia impedido á los Españoles auxiliarle, y tuvo que retirarse. A poco murió de resultas de la herida, legando á su patria la memoria de un marino denodado, valiente, y que á nadie cedió en pericia. Despues de su muerte se juntaron las escuadras holandesa y española, é hicieron rumbo hácia Palermo. Por el camino les salió al encuentro la escuadra francesa, fnerte de veinte y nueve navíos, y treinta y cuatro buques menores. Entre estos habia algunos buques incendiarios que lograron pegar fuego á la escuadra española; el viento ayudó de un modo tal á los franceses, que unos buques incendiaron á otros, ya holandeses, ya franceses, ya otros de transporte de aquellas playas, y motivaron una esplosion espantosa que arruinó algunos edificios de la cercana ciudad de Palermo. La pérdida que sufrieron los aliados fué inmensa en hombres, buques y en artillería; allí quedó destruida para un siglo la marina española. A consecuencia de esta victoria que debieron los Franceses á Du-Quesne, se apoderaron poco despues de verias plazas importantes en Sicilia.

En Flándes se puso Luis XIV al frente de cincuenta mil hombres, y emprendió una guerra de sitios, sin que nuestras tropas y las holandesas pudieran hacer mas que mantenerse á la defensiva. El primer sitio que emprendió Luis XIV fué el de la plaza de Condé; esta solo resistió ocho dias. Entretanto, y mientras dirigian los Franceses otras operaciones de sitio, el Príncipe de Orange puso cerco á Maestrick, mas tuvo que levantarle muy pronto, por haber acudido los Franceses en número superior. En el Rin las tropas francesas sitiaron á Philsbourg, pero esperimentaron una resistencia tenaz; al fin

pudieron apoderarse de la plaza, mas no sin haber perdido en el ataque muchísima gente.

1677. De esta suerte iba arruinándose la Monarquía española, y sus ejércitos iban marchitando los laureles, que en dias mas hermosos habian conseguido. Así, que no es de estrañar que á vista de tantas desgracias se declarase la nacion contra la Reina madre, y á favor de D. Juan de Austria. El Rey escribió á este que pasase á la corte para tomar parte en la administracion de los negocios públicos. Este empezó su administracion instigado del espíritu de saña contra los que anteriormente mandaban. La Reina madre fué confinada á Toledo; y Valenzuela que habia sucedido al ministro jesuita en el favor de la Regenta, fué espulsado de la Península. No eran muy nobles estos actos al principio de una administracion, y de un reinado que debia empezar mas bien reconciliando que vengándose. Conocióse entonces que con las intrigas palaciegas, D. Juan de Austria habia perdido aquel espíritu de verdadera dignidad y nobleza española, que le habia hecho el ídolo del pueblo, y se conoció que no debia esperarse de su administracion mas que de las anteriores.

En el principado de Cataluña mandaba entonces el Conde de Monterrey, y lo único memorable de la campaña fué un encuentro con las tropas francesas junto al arroyo Orlina, en la frontera del Rosellon; y despues de haberse perdido tres mil hombres entre una y otra parte, no tuvo lugar ningun otro acontecimiento digno de mencionarse.

Por entonces reunieron los Moros un ejército numeroso, y se arrojaron sobre Orán; valiente fué la acometida, pero mucho mas lo fué la resistencia, pues el enemigo fué rechazado con pérdida extraordinaria.

En Flándes tuvieron lugar acontecimientos de bastante importancia. Valenciennes, plaza de primer órden, y defendida por numerosa guarnicion española, fué tomada por asalto; en seguida se apoderó Luis XIV de Cambray, y envió al Duque de Orleans con suficiente número de tropas, para que pusiese cerco á San Omer. Esta plaza se defendió admirablemente, y dió tiempo al Príncipe de Orange para que viniese á su defensa. El ejército sitiador, y el de este Príncipe se encontraron en Montcassel, y en esas llanuras quedaron derrotados los

Holandeses con pérdida de cinco mil hombres, la artillería, el bagaje, y un sin número de provisiones de boca y guerra. Las consecuencias de esta derrota fueron la rendicion inmediata de San Omer. En vano para resarcirse rehizo el Príncipe de Orange sus tropas, y reuniéndolas en número de cincuenta mil hombres puso sitio á Charleroy; pues los Franceses se le impidieron por medio de hábiles movimientos, y á su vista se apoderaron de la plaza de San Guilain.

En Nimega continuaban lentamente las negociaciones para la paz, no porque fuesen poco favorables á la Holanda las proposiciones que se la hacian, sino porque todas ellas tendian á la humillacion de la casa de Austria, que era la que la habia ayudado poderosamente.

Redújose este año la campaña de Cataluña á algunas operaciones sobre la Cerdaña; en ella se apoderaron los Franceses de Puigcerdá, despues de una admirable resistencia. El vencedor mandó destruir todas sus fortificaciones, y la dejó enteramente arruinada. Es de creer que no hubiera sucumbido Puigcerdá, si el conde de Monterey hubiese acudido á su socorro como era de esperar. 1678.

Por este tiempo no pudo Cárlos II de Inglaterra resistir mas á los clamores del pueblo y del Parlamento inglés, que no podian mirar sin indignacion los progresos que hacia la marina francesa; tuvo pues que declarar la guerra á la Francia condicionalmente, en caso de que no admitiese los artículos de paz, que se propusiesen en Nimega.

No dormia entretanto Luis XIV; penetró en Flándes se apoderó de varias plazas fuertes, y á favor de hábiles movimientos, logró que quedase desguarnecida la plaza de Gante, y entró en ella. Pero el Monarca francés tenia mas ojeriza á la casa de Austria que á la Holanda, é hizo que en Nimega se firmase primero su tratado de alianza con aquella república, porque de esta suerte quedasen solas en la lid la España y el Imperio, y se sometiesen á mas humillantes condiciones. Mas el Príncipe de Orange supuso que no sabia de oficio el tratado concluido, y reuniendo un númeroso ejercito, cayó de improviso sobre el ejército francés que sitiaba á Mons. Pensó hallar desapercibidos á los Franceses, mas no fué así, antes halló una resistencia vigorosa, y fué rechazado.

Las condiciones del tratado de paz entre la Francia y la Holanda obligaban á aquella potencia á restituir la plaza de Maestrick á los Holandeses, y otras varias plazas á los Españoles. La España tuvo tambien que hacer la paz, y á trueque de la restitucion de algunas plazas de Flándes, cedió en propiedad otras muchas, y sobre todo el Franco Condado. El Emperador de Alemania accedió tambien á la paz, y para ello cedió la plaza de Flibourg. El Elector de Brandemburgo y el Rey de Dinamarca concluyeron tambien un tratado con la Suecia, por el que se obligaron las tres potencias á quedar en el mismo pie que antes de la declaracion de guerra. Quien perdió mas por esta paz general fué el Duque de Lorena, que no quiso firmarla, y que de resultas perdió todos sus estados, de que se apoderó el Rey de Francia.

Los asuntos de Mecina concluyeron con la evacuacion de los Franceses, volviendo de esta suerte la Sicilia al poder de los Españoles. De esta suerte llegó Luis XIV á un grado de preponderancia á que nunca habia subido la Francia, y puede ya decirse que habia sucedido á la casa de Austria en el predominio que ejercia sobre la Europa. Pero no estaba todavía contento el Monarca frances, antes queria humillar enteramente á la España, sobre manera abatida y al Imperio amenazado entonces por los Turcos.

1679. Tres acontecimientos tuvieron este año lugar en España, todos de trascendencia. Primero la muerte de D. Juan de Austria, desengañado del poder que habia sido objeto de su ambicion, último resto de la gloria militar de España, pero que no habia sabido mostrarse magnánimo en el ministerio; segundo, el triunfo consiguiente de la Reina madre, y la vuelta de todos sus partidarios que habian sido desterrados; y tercero, el casamiento del rey Cárlos II con Doña María Luisa de Borbon, hija del Duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV. La Reina madre hubiera deseado que se casase su hijo con una hija del Emperador de Austria; pero en este punto venció el amor del Rey, quien repentinamente se sintió poseido de cariño en favor de la hija del Duque de Orleans, cuyo retrato se le habia presentado. Llegó entonces á salvamento una rica flota de América, y en consecuencia subió de punto la alegría para la celebracion de las bodas.

En Flándes continuaron en cierto modo las operaciones militares á pesar de haberse firmado la paz; y es que el Duque de Villaviciosa se negó á restituir á los Franceses la plaza de Charlemond, hasta que se le restituyese la de Dinant, conforme al tratado de Nimega: pero todo se redujo á movimientos militares.

Fué notable este año por una conmocion popular que tuvo 1680.
lugar en Madrid. Dió causa á ella la muerte de un tal Marcos Diaz, que habia hecho una representacion enérgica al gobierno, manifestando que descubriria muchos fraudes cometidos en la administracion de rentas de Madrid. Los que tenian que temer algo le amenazaron sin duda con que moriria asesinado, si persistia en querer abrir los ojos del gobierno; ello es que en el comerciante Diaz obró tanto el temor, que cayó gravemente enfermo y murió á poco. Amotinóse el pueblo, suponiendo que habia sido envenenado, y durante muchos dias corrieron grupos por las calles dando gritos contra el gobierno; mas todo paró en griteria, y los grupos se disolvieron sin que aconteciese otra mayor desgracia.

Las fiestas nupciales en parte hicieron poner en olvido á esos alborotos, pues todo Madrid pensaba solo en divertirse, mientras un corto número de palaciegos se disputaban el poder, no para sí, sino para los gefes que habian elegido: estos eran dos, ambos dignos de él por su nacimiento y por sus cualidades: uno de ellos era el Condestable de Castilla, de costumbres graves y severas, y el otro el Duque de Medina Celi, hombre afable, pero de menos talento que su rival. La Reina madre daba su voto al primero, porque siempre habia sido su partidario; para lograr que subiese al poder no perdonó medio ni recurso, pero le fué imposible lograr su intento. Aunque Cárlos II amaba á su madre con el afecto de hijo, sin embargo en punto á política no se fiaba de ella, y bastó que apoyase al Condestable para que este fuese pospuesto al Duque de Medina Celi. Era este naturalmente indolente, y ejercia el poder confiándose á juntas secundarias que le instruian.

Entre tanto Luis XIV nada perdonaba para aumentar diaria- 1681.
mente su preponderancia en Europa. Envió un ejército á Italia, y como estuviese antes convenido con el Duque de Mantua, se apoderó sin esfuerzo de la plaza de Casal. Por la parte

Las condiciones del tratado de paz entre la Francia y la Holanda obligaban á aquella potencia á restituir la plaza de Maestrick á los Holandeses, y otras varias plazas á los Españoles. La España tuvo tambien que hacer la paz, y á trueque de la restitucion de algunas plazas de Flándes, cedió en propiedad otras muchas, y sobre todo el Franco Condado. El Emperador de Alemania accedió tambien á la paz, y para ello cedió la plaza de Flibourg. El Elector de Brandemburgo y el Rey de Dinamarca concluyeron tambien un tratado con la Suecia, por el que se obligaron las tres potencias á quedar en el mismo pie que antes de la declaracion de guerra. Quien perdió mas por esta paz general fué el Duque de Lorena, que no quiso firmarla, y que de resultas perdió todos sus estados, de que se apoderó el Rey de Francia.

Los asuntos de Mecina concluyeron con la evacuacion de los Franceses, volviendo de esta suerte la Sicilia al poder de los Españoles. De esta suerte llegó Luis XIV á un grado de preponderancia á que nunca habia subido la Francia, y puede ya decirse que habia sucedido á la casa de Austria en el predominio que ejercia sobre la Europa. Pero no estaba todavía contento el Monarca frances, antes queria humillar enteramente á la España, sobre manera abatida y al Imperio amenazado entonces por los Turcos.

1679. Tres acontecimientos tuvieron este año lugar en España, todos de trascendencia. Primero la muerte de D. Juan de Austria, desengañado del poder que habia sido objeto de su ambicion, último resto de la gloria militar de España, pero que no habia sabido mostrarse magnánimo en el ministerio; segundo, el triunfo consiguiente de la Reina madre, y la vuelta de todos sus partidarios que habian sido desterrados; y tercero, el casamiento del rey Cárlos II con Doña María Luisa de Borbon, hija del Duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV. La Reina madre hubiera deseado que se casase su hijo con una hija del Emperador de Austria; pero en este punto venció el amor del Rey, quien repentinamente se sintió poseido de cariño en favor de la hija del Duque de Orleans, cuyo retrato se le habia presentado. Llegó entonces á salvamento una rica flota de América, y en consecuencia subió de punto la alegría para la celebracion de las bodas.

En Flándes continuaron en cierto modo las operaciones militares á pesar de haberse firmado la paz; y es que el Duque de Villaviciosa se negó á restituir á los Franceses la plaza de Charlemond, hasta que se le restituyese la de Dinant, conforme al tratado de Nimega: pero todo se redujo á movimientos militares.

Fué notable este año por una conmocion popular que tuvo 1680.
lugar en Madrid. Dió causa á ella la muerte de un tal Marcos Diaz, que habia hecho una representacion enérgica al gobierno, manifestando que descubriria muchos fraudes cometidos en la administracion de rentas de Madrid. Los que tenian que temer algo le amenazaron sin duda con que moriria asesinado, si persistia en querer abrir los ojos del gobierno; ello es que en el comerciante Diaz obró tanto el temor, que cayó gravemente enfermo y murió á poco. Amotinóse el pueblo, suponiendo que habia sido envenenado, y durante muchos dias corrieron grupos por las calles dando gritos contra el gobierno; mas todo paró en gritería, y los grupos se disolvieron sin que aconteciese otra mayor desgracia.

Las fiestas nupciales en parte hicieron poner en olvido á esos alborotos, pues todo Madrid pensaba solo en divertirse, mientras un corto número de palaciegos se disputaban el poder, no para sí, sino para los gefes que habian elegido: estos eran dos, ambos dignos de él por su nacimiento y por sus cualidades: uno de ellos era el Condestable de Castilla, de costumbres graves y severas, y el otro el Duque de Medina Celi, hombre afable, pero de menos talento que su rival. La Reina madre daba su voto al primero, porque siempre habia sido su partidario; para lograr que subiese al poder no perdonó medio ni recurso, pero le fué imposible lograr su intento. Aunque Cárlos II amaba á su madre con el afecto de hijo, sin embargo en punto á política no se fiaba de ella, y bastó que apoyase al Condestable para que este fuese pospuesto al Duque de Medina Celi. Era este naturalmente indolente, y ejercia el poder confiándose á juntas secundarias que le instruian.

Entre tanto Luis XIV nada perdonaba para aumentar diaria- 1681.
mente su preponderancia en Europa. Envió un ejército á Italia, y como estuviese antes convenido con el Duque de Mantua, se apoderó sin esfuerzo de la plaza de Casal. Por la parte

del Rin penetró en Strasburgo, quitando á esta ciudad imperial todos sus fueros y privilegios; se hizo dueño de los señoríos de Falquemburgo y otros; aprovechó la época en que el Emperador de Austria estaba amenazado por los Turcos, y los Húngaros que se habian rebelado; recavó de la España que le cediese el condado de Chines en los Paises Bajos, y en ninguna parte halló oposicion, como si realmente hubiese obtenido ya la dominacion universal.

1682. En Sicilia fué destruida una ciudad por la avenida de los torrentes. Una flota que venia de Indias cargada con veinte millones, quedó sumergida enteramente á causa de una furiosa tormenta. En Flándes rompió el mar los diques, inundando varias provincias, ahogando familias sin cuento, y destruyendo ciudades enteras. En medio de tantos desastres hizo la España alianza con la Holanda, la Suecia y el Imperio, para resistir á la ambicion de Francia, que intentaba apoderarse de los Paises Bajos; pero los Turcos desbarataron este proyecto, cayendo sobre la Hungría con poderoso ejército, y llamando de esta suerte la atencion de los Imperiales.

1683. El Monarca francés reclamaba de España la concesion de varios territorios de Flándes; la demanda se hizo en tono de conquistador, y la España respondió con el tono de quien reclamaba la justicia. Ya desde este momento se hubieran roto de nuevo las hostilidades entre la Francia y la casa de Austria, si no se hubiese sabido que los Turcos acababan de poner sitio á la misma capital de Viena. Pero Juan de Sobieski, rey de Polonia, vino en socorro del Austria, y obligó á los Turcos á retirarse precipitadamente. Encendióse de consiguiente la guerra en Flándes, y principió con ventaja de parte de los Franceses, que se apoderaron de Courtray y de Diesmuda.

Murió por este tiempo doña María Teresa de Austria, casada con Luis XIV, y nació Felipe, duque de Anjou, nieto del Monarca francés, que debia mas adelante sostener porfiadísimas guerras, y ser por fin coronado rey de España.

Capitulo III.

Sitio de Luxemburgo. Tregua de Ratisbona. Sube al poder el Conde de Oropesa. Espulsion de los Estuardos de Inglaterra. Guerra general.

En Cataluña principió la campaña con el sitio de Gerona, 1684. que emprendieron los Franceses despues de haber arrollado al ejército español que se hallaba delante de la plaza. Dieron los Franceses un asalto general; pero como el paisanaje se pusiese de parte de la tropa de línea, tuvieron que retirarse con gran pérdida. En consecuencia se replegó todo el ejército francés al Rosellon, donde tomó cuarteles de invierno.

En Flándes el mariscal de Crequi con un numeroso ejército francés puso sitio á Luxemburgo, plaza que era entonces reputada la mas fuerte de Europa. Guarnecíanla pocas pero decididas tropas; mas Luis XIV impidió al frente de otro ejército que los Españoles acudiesen á socorrerla. Por tanto el Gobernador de Luxemburgo tuvo que rendirse, despues de veinte y cinco dias de trinchera abierta, habiendo resistido innumerables cuanto encarnizados asaltos. Sola la España en la lucha, pues el Príncipe de Orange se negaba á socorrerla, estuvo indecisa en el partido que debia tomar. Por entonces el Emperador de Austria, que bastante tenia que hacer con los Turcos, concluyó con Francia una tregua de veinte años, que se firmó en Ratisbona. No pudo por sí sola la España continuar por mas tiempo la guerra, y consintió tambien en dicha tregua, cediendo al Monarca francés el ducado de Luxemburgo, y obligando á este á desistir de sus pretensiones sobre el condado de Alost, y á devolver las plazas de Courtray y Diesmuda. No pudo llegar á mas alto punto la preponderancia de los Franceses en medio de las naciones del continente europeo, á quienes daba la ley; con todo esto, pensó aun castigar á los estados de tercer órden que se le habian mostrado desafectos. Envió contra Génova una escuadra, solo porque esta república era partidaria de los Españoles; bombardeó bárbaramente la ciudad, arrasó casi todo un arrabal, y obligó á que el Dux

con cuatro senadores pasasen á Paris á dar satisfaccion al Monarca. Casi al mismo paso que Francia aumentaba en preponderancia, iba perdiendo cada dia mas la España. Los males de la nacion se agravaban terriblemente; el confesor de S. M. se atrevió á hacer al Rey vivas exhortaciones; súpolo el ministro Duque de Medina Celi, y al instante apartó al confesor de la corte. No puede negarse que la indolencia del ministro era mucha; y Cárlos II, que lo conocia muy bien, y en cuyo ánimo habian hecho grande efecto las palabras de su director de conciencia, no podia por mas tiempo conceder su confianza al ministro.

1685. Conociólo el Duque de Medina Celi, y á primeros de mayo de 1685 pidió su retiro, y mas adelante se fué á Cogolludo. Puso el Rey el ministerio en manos de don Manuel de Lirra, del Conde de Monterey, y otros, bajo la presidencia del Conde de Oropesa. El ramo de hacienda se encargó al Marqués de los Velez; y este, que era en estremo laborioso, auxilió en gran manera al Conde de Oropesa, que era hombre íntegro é inteligente, para remediar una parte de los males públicos. Disminuyó el número de los empleados, rebajó sus sueldos, pagó exactamente los intereses de la deuda, para restablecer de esta suerte el crédito; y si bien no logró enteramente hacer desaparecer los males de la Monarquía, fué en gran parte porque la corte se negó de todo punto á limitar sus gastos. Por entonces acaeció una mudanza en el Rey, ó mas bien en sus hábitos; pues hasta entonces le habian dominado las ideas de diversion de la juventud, y pareció este año querer dedicarse esclusivamente á conocer las necesidades de la nacion y á procurarlas un remedio. Así como se pensó en administrar bien los negocios interiores, se tomaron tambien sanas medidas para el régimen esterior del estado; enviáronse hábiles agentes diplomáticos á todas las cortes de Europa, con encargo de manifestar que era ya insufrible y solo digno de inspirar aborrecimiento el orgullo que habia tomado la Francia, y para animarles tambien á que hiciesen un grande esfuerzo para romper tan ignominioso yugo. Esta idea política era la que entonces debia unir á todos los estados de Europa, y pareció que debia dominar tanto mas, cuanto murió en aquella época el rey Cárlos II de Inglaterra, que en cierto modo no se habia considerado nun-

ca sino como vasallo de Luis XIV; sucedióle Jacobo II, que subió al trono sin oposicion; pero que debia hallarla mas adelante.

Puede decirse que toda la Europa conspiraba ahora contra la Francia, ni mas ni menos que se habia conspirado mucho antes contra la casa de Austria. Reuniéronse en alianza el emperador Cárlos II de España, y muchos príncipes de Alemania y de Italia, y formaron la liga de Ausburgo para obligar á la Francia á que cediese sus usurpaciones y cumpliese estrictamente el tratado de Nimega. La Holanda se negó por entonces á entrar en liga, pues supuso que no tenia aun bastantes fuerzas para ello; pero el verdadero motivo era porque tenia otros proyectos mas vastos, de que por entonces á nadie daba parte. Tocante al Emperador de Austria, habia derrotado completamente á los Turcos en Hungría, y tomádoles el 2 de setiembre la importante plaza de Buda, que durante ciento cuarenta y cinco años habia estado en su poder; por tanto podia ya tomar parte en la liga que se tramaba contra la Francia. Entretanto esta nacion, ó por mejor decir su ambicioso Rey, enviaba contra Cádiz una escuadra bajo fútiles pretextos, y exigió quinientos mil escudos para librarla de bombardeo. 1686.

Un nuevo coligado tomó parte en la liga de Ausburgo: este fué Venecia, que no dejó de ser utilísima, por cuanto declaró al momento la guerra á los Turcos, y se apoderó de toda la Morea, dando tiempo á los Imperiales para que ganasen la célebre victoria de Mohacz. A poco supo Luis XIV lo que se habia tramado en Ausburgo, cosa que hasta entonces habia sido un secreto, é hizo cuantos esfuerzos le fué dable imaginar para disolver la alianza; primero lo probó por medio de la política, mas no pudo conseguirlo; y entonces se preparó para emprender por las armas una lucha formidable. 1687.

Oran estuvo este año en sumo riesgo, todo por demasiado brio militar de don Diego de Bracamonte, su virey y capitan general. Presentòse delante de la plaza un ejército de Moros, sale Bracamonte con solos ochocientos hombres; empéñase una lid desigual, matan los Españoles mil moros en la acometida; pero los demas los cercan, los abruman, les cortan la retirada, y matan setecientos cincuenta combatientes. Solo pudieron escapar cincuenta; y ciertamente que los Moros hu-

bieran tomado la plaza si en aquel momento la hubiesen embestido; mas no la hicieron, y á poco llegó el Duque de Veraguas y les hizo abandonar el campo. Tambien tuvieron sitiada los Moros á Melilla, y se supo que dirigia sus operaciones de sitio un francés; pero hizo inútiles todos sus esfuerzos el gobernador don Francisco Moreno.

El 20 de octubre se sintió un estraordinario terremoto en la América meridional; de suerte que quedaron destruidos muchos edificios, y perecieron bastantes habitantes así en Perú, como en Lima.

1688. El 6 y 7 de febrero de 1688 publicó el gobierno dos pragmáticas, en que se quitaban los muchos embarazos que impedian que las consignaciones de dinero llegasen sin diminucion alguna á los ejércitos, armadas y presidios. El Duque de Monteleon, virey de Cerdeña, obtuvo de los Sardos setenta mil ducados anuales por espacio de diez años. Hubo varios disgustos en Cataluña, porque faltas de pagas las tropas acantonadas en el Principado, vivian en el desórden y el pillaje: para sosegar los ánimos nombró el Rey al Conde de Melgar por virey de Cataluña, y su llegada allí restableció el órden público y el buen órden y disciplina militar.

De nuevo sitiaron los Moros en mayo la plaza de Oran; pero fueron inútiles sus esfuerzos, y lograron solo perder innumerable gente. Entretanto en Nápoles se sentian continuos terremotos, de cuyas resultas quedaron arruinadas muchas poblaciones.

Asombrada la Europa, vió entonces patentizarse los esfuerzos que habia preparado ocultamente el Príncipe de Orange. Sale este de Holanda con una escuadra numerosa y quince mil hombres de desembarco, dirígese á Inglaterra, desembarca sin oposicion en Torbay, reúnensele todas las fuerzas inglesas de tierra y mar; y el desgraciado Rey de Inglaterra, que se creia muy seguro en su capital, tiene que huir de Lóndres, cae preso en el camino, y á duras penas logra escaparse para ir á contar al Rey de Francia sus cuitas. Es de saber que el casamiento del Príncipe de Orange con la princesa María de Inglaterra acercaba á esta al trono de la Gran Bretaña en caso de ser destituido Jacobo; entra el Príncipe de Orange triunfante en Lóndres, convoca el parlamento inglés, y declarándose

destituido á Jacobo se le corona rey con el nombre de Guillermo III. El gran desastre acaecido á Jacobo II se debe al empeño que habia puesto en aumentar las prerogativas Reales, y el odio que inspiraba al pueblo la religion católica que profesaba. De esta suerte mudaba enteramente la faz política de la Europa; pues se armaba contra el Rey de Francia no solo casi todo el continente europeo, sino ademas el poder marítimo de dos naciones opulentas.

No por esto cedió de ánimo el resuelto Luis XIV, antes fué agresor en la guerra general que á la sazon estallaba. Por entonces el cardenal de Fustemberg tenia pretensiones á la silla episcopal de Colonia contra don José de Babiera, y de tan mezquino pretexto se valió el Monarca francés para invadir con numerosas fuerzas la frontera del Rin. Su primera empresa fué apoderarse de Philisburgo despues de algunos dias de sitio; en seguida cayeron en su poder todas las plazas fuertes del Rin que se hallan entre Maguncia y Strasburgo.

Capitulo IV.

Accion de Camprodon. Batalla de Fleurus. Sitio de Mons y de Namur. Batalla naval de Hoque. Sitio de Gerona. Sitio de Barcelona. Paz de Riswik. Tratado del Haya. Tratado de Londres. Muerte de Cárlos II.

Los Alemanes y Austriacos se aliaron con los Ingleses y los 1689.
Holandeses para declarar la guerra á la Francia; esta nacion la declaró tambien inmediatamente á la España.

En Flándes no pudieron ser tan grandes como los años anteriores los progresos de los Franceses; pues el mariscal Humieres fué arrollado en la llanura de Valcour por los Holandeses y Españoles, con pérdida de dos mil hombres, lo que fué bastante á impedir despues que hiciesen mas progresos los Franceses.

Entró en Cataluña un ejército francés al mando del Duque de Noailles, se apoderó de Camprodon, ocupó los pueblos de la Junquera y Figueras, y cargó estraordinarias contribuciones sobre el Ampurdan. Acudió en breve el Duque de Villahermo-

sa con el ejército de Cataluña, y además con tropas que habian llegado de Sicilia, é hizo retirar al enemigo. Mas este se habia hecho fuerte en Camprodon y fué necesario poner sitio formal para recobrar este punto. No tardó en adelantar de nuevo el ejército francés reforzado con tropas que le acababan de llegar; púsose á la vista del acampamento español, que formaba el cerco de la plaza, y se trabó un combate bastante obstinado: fué sin embargo rechazado con pérdida de unos ochocientos hombres, y acosado hasta el Rosellon. La plaza de Camprodon se voló, quedando arruinadas sus fortificaciones: algunos de la guarnicion pudieron reunirse con el Duque de Noailles, pero perecieron de los demas unos dos mil hombres.

Acontecimientos de mas trascendencia tenian lugar en Inglaterra. Una numerosa escuadra francesa arrolló en el canal de la Mancha á la inglesa y holandesa. Entonces, el destronado Jacobo desembarcó en Irlanda con un ejército francés, al que se reunieron en breve muchísimos Irlandeses, y llegó á conquistar una parte de la isla. Puso sitio á Londonderri, pero fué rechazado con bastante pérdida; en breve puso el colmo á su desgracia la batalla de Boyne, que ganó contra él Guillermo III, y que le obligó á reembarcarse y á volver á Francia.

Acababa de morir á la sazon la Reina católica, y Cárlos II casó á poco con Doña María Ana Neoburg, hija del elector Palatino.

1690. En Cataluña los dos ejércitos beligerantes eran casi iguales en fuerza, los Franceses entraron en San Juan de las Abadesas, en Ripoll y otros pueblos, é hicieron una diversion por el llano de Vich únicamente con el objeto de mantener su ejército á costa del pais ocupado; mas como se acercase el ejército español, juzgó prudente el Duque de Noailles retirarse hácia la Cerdaña y el Rosellon.

Entretanto se unió á la liga otro aliado, á saber el duque de Saboya Víctor Amadeo. Levantó un ejército, y fué á reunirse con el de los Españoles y Alemanes que operaba en Italia. Pero Catinat, hábil general francés, atacó al ejército coligado aun antes que sus gefes se hubiesen propuesto un plan de campaña, y le arrolló causándole la pérdida de cuatro mil hombres, á pesar de que mandaba un cuerpo de Alemanes el príncipe

Eugenio de Saboya, que debia mas adelante hacerse tan famoso. En consecuencia, casi todo el ducado de Saboya cayó en poder de los vencedores, escepto algunas plazas. Víctor Amadeo se retiró hácia Turin, y habiendo levantado nuevas tropas y recibido cuatro mil hombres de refuerzo que le enviaba el gobernador de Milan, se preparó para otra campaña. Entretanto devastaban los Franceses bárbaramente el Palatino, sin que les obligase á ello alguno de los poquísimos motivos que pueden justificar semejante atrocidad.

En Flándes habia sido nombrado sucesor del mariscal de Hunnieres en el mando del ejército francés el mariscal de Luxemburgo, reputado entonces uno de los mejores generales de Luis XIV. El ejército aliado estaba á las órdenes del Príncipe de Valdeck, y junto á Fleurus, en la confluencia del Sambra se dieron batalla el dia primero de julio. Así los Franceses como los aliados deseaban poner término á la campaña con una accion general, y anhelaban vivamente venir á las manos. En la izquierda de los aliados cargó bizarramente la caballería española, hizo horroroso estrago en el enemigo, y le hizo replegarse; mas el mariscal de Luxemburgo habia á su vez cargado con teson nuestra derecha, la arrolló, y revolviendo sobre su ala derrotada, ahuyentó á nuestra caballería. Pero el centro de los aliados resistia con tenacidad, pues formada en cuadro la infantería rechazó por tres veces con espantosa carnicería á los Franceses. Al fin, irritados con la misma mortandad, hicieron estos un esfuerzo general, y lograron desbaratar y romper en todas direcciones el cuadro. La victoria quedó por el Duque de Luxemburgo, mató á los aliados seis mil hombres, les hizo ocho mil prisioneros, y les cogió casi toda la artillería y el bagaje: sin embargo, perdieron los Franceses catorce mil hombres; y debilitado de esta suerte su ejército, tuvo necesidad de rehacerse despues de haber vencido, y se contentó con devastar los paises de donde se retiraban. En breve les llegó á los aliados un refuerzo de tropas alemanas; nombróse por sucesor del Príncipe de Valdeck al elector de Brandemburgo, y se tomaron por ambas partes cuarteles de invierno.

A principios de la campaña siguiente pasó á Flándes Luis XIV 1691.
á la cabeza de mas de cien mil hombres, y puso cerco á Mons,

plaza fortísima de los Paises Bajos, defendida por buenas tropas españolas. Púsose tambien á la cabeza del ejército aliado Guillermo III de Inglaterra, y parecia que en Flándes se hubiesen concentrado todos los esfuerzos de la guerra. El sitio de Mons puede llamarse memorable, ya por el número y calidad de las tropas que acometian la plaza, ya tambien por el empeño que ponian los aliados en impedir su ocupacion, y por la animosidad de la guarnicion que la defendia. Al cabo de veinte y cinco dias de asaltos, desmanteladas ya las fortificaciones, tuvo que rendirse la guarnicion. Pero pararon en esto las ventajas conseguidas por los Franceses, pues el resto de la campaña consistió en movimientos de los dos ejércitos beligerantes. Habia Guillermo fortificado la plaza de Hall, y dejado en ella una guarnicion de tres mil hombres; mas esta desocupó el punto asi que se presentó á la vista un cuerpo de ejército francés mandado por el mariscal de Luxemburgo.

Entretanto se celebraban en Madrid suntuosas fiestas por el matrimonio del Monarca, y se derramaba en ellas todo cuanto el ministro Oropesa habia logrado juntar por medio de economías y mejoras. En consecuencia, no fué posible pagar exactamente al ejército como se debia, y esto originó un descontento que produjo la caida de Oropesa. Diósele por sucesor al Conde de Melgar, quien abundaba en sus mismas ideas y se estrelló en los mismos obstáculos que él, á saber la prodigalidad de la corte, que en todo admitia reformas, y solo se negaba á reformarse á sí misma.

No pudieron pues enviarse fondos á Cataluña para levantar tropas del pais, ni fué posible que nuestro ejército, inferior en fuerzas, pusiese obstáculo á los enemigos. Estos sitiaron á Urgel y tomaron la plaza, dejando en ella numerosa guarnicion, que con frecuentes salidas devastaba el pais comarcano. Adelantáronse despues hasta la campiña de Barcelona; y asolaron gran parte de la baja Cataluña. Entretanto una escuadra francesa bombardeó á Barcelona, y causó mucho estrago en sus edificios; lo mismo hizo pocos dias despues en Alicante; mas no pudo pasar mas adelante, pues habiendo aparecido por aquellas aguas una escuadra española, huyó de ser alcanzada.

En Italia se apoderaron los Franceses unas tras otras de

cuantas plazas fuertes embistieron, escepto de Coni, donde fueron rechazados. Al fin el Duque de Saboya recibió refuerzos de Alemanes y Españoles, recobró dos de las plazas que acababan de ocupar los Franceses; mas no pudo impedir que se apoderase el enemigo de todos sus estados. Una de la plazas recobradas fué Carmañola, y su reconquista se debió en gran parte á un cuerpo español, que hizo prodigios de valor apoderándose de un reducto.

Por mar hubo algunos encuentros y se hicieron varias presas, debidas en parte á los corsarios de San Sebastian y á las galeras de Nápoles, que frente de Liorna apresaron á un buque de guerra francés de mayor porte y á otros dos de menor porte. Este año tuvieron lugar algunos hechos memorables en América. El gobernador de la parte de la isla de Santo Domingo que pertenecia á los Franceses intentó apoderarse de toda ella; embistió á los Españoles en la plaza de Santiago de los Caballeros, pero fué rechazado. Animado con esto un cuerpo de tropas nuestras muy inferior en número al de las francesas, arrolló á estas enteramente en Puerto Real, y secundó los esfuerzos de nuestra escuadra que en el puerto de Guarico apresó dos navíos y una escuadra francesa.

En 1692 solo tuvieron lugar por decirlo así movimientos militares en Cataluña. Reforzado nuestro ejército penetró en el Rosellon; pero se retiró en breve abriendo camino á los Franceses para entrar en Cataluña, como lo efectuaron; mas á su vez se replegaron tambien estos.

Intentaba Luis XIV hacer otro desembarco en Inglaterra para volver al trono á Jacobo. Puso en pie una poderosa escuadra de cerca sesenta buques mayores. Mas antes de embarcarse el destronado Príncipe apareció una escuadra de Ingleses y Holandeses compuesta de ciento seis buques. En vano hizo el Conde de Tourville los mayores esfuerzos para salvar el honor del pabellon francés, pues triunfó la escuadra aliada, y perdió la francesa catorce navíos, y con ellos el dominio del mar, de que se habia jactado desde la muerte de Ruyter. 1692.

Por tierra anduvo varia la suerte, en el Rin, en Italia y en Flándes. En el primer punto no tuvo resultados la campaña, pues ambos ejércitos deseaban mantenerse á la defensiva. En Italia se reforzó el ejército aliado, de manera que fué muy su-

perior al francés, y no solo le obligó á retirarse, sino que le siguió en el Delfinado, se apoderó de varias plazas fuertes, impuso fuertes contribuciones al pais enemigo, y se replegó cargado de botin, aunque hostigado siempre en los flancos por el ejército de Catinat. En Flándes tomó Luis XIV la plaza de Namur sin que pudiese impedirlo el ejército aliado. Despues tuvo lugar en Steinkerque la batalla de este nombre, que es memorable por la táctica que desplegó en ella Guillermo de Inglaterra, y por el apuro en que puso á los Franceses mandados por uno de sus mas hábiles generales, cual era el mariscal de Luxemburgo. Por medio de marchas y contramarchas alucinó Guillermo al francés, hasta hacerle creer que intentaba apoderarse de Dunquerque, y obligarle con ello á desmembrar su ejército. Revuelve al momento, y le presenta batalla; admirado el Duque de Luxemburgo, da contraórdenes á los cuerpos que habia destacado, retarda la batalla cuanto puede, y por último la admite. Aquel dia debia el francés sufrir una derrota terrible, y se lo anunciaba no solo la vigorosa acometida de Guillermo, sino tambien su inferioridad. Pero en el último apuro hicieron los Franceses prodigios de valor, y arrebataron de manos de Guillermo la victoria que tenia ya segura. Tuvo que retirarse este en buen órden con pérdida de seis mil hombres; pero los vencedores perdieron diez mil, y no pudieron impedir que á su vista se apoderasen los vencidos de Fúnes y de Dixmuda.

1693. Pero á la campaña siguiente, rehecho el mariscal de Luxemburgo penetró en territorio de Lieja, y sabiendo que Guillermo amenazaba el Artois, acudió allá con todo su ejército. Avistáronse en Norwinda las tropas aliadas y francesas, apoyándose aquellos en la dicha ciudad. Norwinda era pues el núcleo que debia dar la victoria, y fué objeto del ataque mas formidable y de la defensa mas vigorosa. Tres veces fué tomada por los Franceses y recobrada por los aliados; pero á la cuarta vez quedaron aquellos en posesion de ella, y cargaron con ímpetu á los aliados. Estos resistieron admirablemente, y la batalla no pudo decirse perdida; pues Guillermo se retiró con el mejor órden, y la caballería española sostuvo la retirada con gloria y aun con heroismo. Igual fué por ambas partes la pérdida de hombres; pero Guillermo perdió la artillería y

un material inmenso. Las consecuencias fueron la toma de Charleroi por los Franceses, despues de haberse defendido la plaza con incomparable bizarría.

En Italia pudo reunir Víctor Amadeo hasta cincuenta mil hombres, lanzó á los Franceses del Piamonte, y les obligó á retirarse al Delfinado. Entretanto un cuerpo de tropas españolas se apoderaba del castillo de San Jorge, bloqueaba á Cassal, y tomaba parte en el cerco de Piñerol. Reforzados los Franceses con tropas de la Provenza revuelven sobre Piñerol, acometen á los aliados en Marsala, y los destrozan completamente con pérdida de hombres, artillería y bagaje, y vuelven á apoderarse del Piamonte.

Volvieron por entonces los Moros á acometer la plaza de Oran con considerable número de gente. Fueron rechazados sin embargo como lo habian sido los años anteriores, pero con pérdida mayor, pues en el infructuoso asalto que dieron se dice que perecieron unos cuatro mil sitiadores.

Los aliados tuvieron la desgracia de perder en las costas de Portugal una riquísima flota procedente de América, junto con dos buques de guerra que la escoltaban. Se evaluó que habian caido en manos de Tourville unos treinta y seis millones de libras esterlinas.

Los Franceses se adelantaron hasta Rosas, cuya plaza acometieron mientras la amenazaba por mar una poderosa escuadra al mando del Conde de Etrée. No fué socorrida, y su gobernador tuvo que rendirse despues de haber sido gravemente herido: á pocos dias tuvo tambien que capitular el castillo de la Trinidad, sin que por entonces aconteciese otra cosa.

No así en 1694, pues Luis XIV reforzó el ejército francés de 1694.
Cataluña hasta el número de treinta mil hombres, todo para atemorizar á Cárlos II y obligarle á separarse de la liga. El gobierno de Madrid envió por virey del Principado al Duque de Escalona, á quien se dió el mando de diez y nueve mil hombres. Pasó Noailles el Ter á la cabeza de todo el ejército francés, arrolló á los Españoles que querian impedirle el paso, y los hizo replegarse hasta Granollers con pérdida de diez mil hombres. De esta suerte la mitad del Principado quedó sin defensa en manos de los Franceses, quienes con facilidad se apoderaron de Palamós, Gerona, Hostalrich y Castellfollit y ame-

nazaron aun á Barcelona. Entretanto una escuadra frances a recorria las costas de Cataluña como para apoyar las operaciones del ejército de tierra; mas tuvo que retirarse por haber aparecido una escuadra aliada, que volvió la confianza á los Barceloneses. En recompensa de su campaña recibió el Duque de Noailles el título de virey de Cataluña, mas que en honor suyo, para hacer temer á nuestra corte la pérdida del Principado.

No fueron este año tan reñidas como los anteriores las campañas de Italia y de Flándes, pues el Duque de Saboya se puso á la defensiva, y Guillermo III y el mariscal del Luxemburgo temian mutuamente venir á las manos. En el Rin no se hizo tampoco nada de consideracion.

1695. En Italia, Victor Amadeo, duque de Saboya, aprovechó la coyuntura de hallarse con pocas fuerzas el general francés Catinat; púsose sobre Casal, bloqueóla estrechamente, y se apoderó de ella.

En los Paises Bajos, Guillermo III, rey de Inglaterra, hizo un esfuerzo para recobrar la importante plaza de Namur, y lo logró, sin que fuese bastante á impedírselo todo el ejército francés. Verdad es que ya no le mandaba entonces el mariscal de Luxemburgo: este ilustre gefe acababa de morir, y dos meses estuvo maniobrando su sucesor el mariscal de Villeroy sin que pudiese acometer con esperanza de buen éxito el acampamento de los aliados. En vano amagó á Bruselas y aun llegó á bombardearla para llamar la atencion de Guillermo, pues un cuerpo de ejército que destacó este fué suficiente para hacer replegarse á los Franceses.

En Cataluña á puras penas pudo nuestro gobierno reforzar el ejército para que con éxito pudiese oponerse á los Franceses. Mandaba á estos, por enfermedad del Duque de Noailles, el Duque de Vendoma, gran táctico y digno de ponerse á la cabeza de un ejército. Mandaba á los Españoles el Marqués de Castañaga. Principió este la campaña poniendo sucesivamente sitio á Castellfollit, Hostalrich y Palamós, y levantados todos así que fueron atacadas las líneas de circunvalacion: no obstante, en Castellfollit hubo un reñido combate, y solo despues de estraordinarios esfuerzos y mucha pérdida, lograron los Franceses hacer levantar el sitio. Logróse á pesar de esto

en parte el fin propuesto, pues el general francés destruyó las fortificaciones de aquellos tres puntos, y se retiró con sus guarniciones á la línea del Pirineo.

Volvió empero á la campaña siguiente con fuerzas muy superiores á las del ejército español. Mandaba entonces nuestras tropas el Príncipe de Darmstadt, y cerca de Hostalrich fué acometido por los enemigos; resistió con admirable teson, y solo despues de haber hecho sufrir al enemigo doble pérdida que la suya se replegó. Vendoma se adelantó hasta la confluencia del Tordera; mas no pudo sostenerse en la posicion que habia tomado, porque los buques que debian conducirle víveres por la costa fueron apresados por la escuadra española. Retiróse pues hácia Gerona, y posteriormente hasta la frontera, flanqueado siempre por nuestras tropas, sin que tuviesen lugar mas que combates parciales. Tambien se retiró un cuerpo de tropas francesas, que habia entrado en la Cerdaña española, y devastado el pais despues de haber puesto en fuga á un cuerpo de migueletes catalanes. 1696.

En Italia varió el aspecto de la lucha, pues Luis XIV supo grangearse la amistad del Duque de Saboya, devolviéndole todas las plazas que le habia conquistado, é hizo paz con él. Por el tratado mutuo que firmaron se obligaba Víctor Amadeo á proponer y recabar de los aliados que se conservase neutralidad en Italia. Negáronse á ello Imperiales y Españoles; mas hubieron de consentir mal su grado cuando para obligarles á ello las fuerzas del ejército francés reunidas con las del Duque de Saboya penetraron en el Milanesado y amenazaron á Valencia del Pó.

Continuaron este año los Moros recibiendo escarmientos terribles delante de Orán y de Melilla, y á tal punto llegaron, merced á los esfuerzos hechos por las guarniciones españolas de ambos puntos, que tuvieron que retirarse los bárbaros despues de dos años de inútiles cuanto encarnizadas tentativas.

Murió este año Doña María de Austria, reina madre, de setenta y un años, sin esperiencia ni tino para gobernar, y solo buena para elegir malos validos, y odiar á los hombres de mérito: fué mas fatal á la España que el mismo Conde Duque.

A poco esperimentó el Rey una enfermedad que le puso en

el último peligro. Sanó sin embargo, pero llevando en su seno el gérmen que debia en pocos años despues conducirle al
1697 sepulcro. Los Franceses reforzaron este año su ejército de Cataluña al mando del Duque de Vendoma; y alentado este viendo la inferioridad de los contrarios, puso sitio á Barcelona, mientras la bloqueaba por mar una escuadra francesa. La defensa de la plaza estaba encargada al Príncipe de Darmstadt, y constaba la guarnicion de unos once mil quinientos hombres. La defensa fué bizarra, y lo prueba el haber perdido en el sitio los Franceses mas de catorce mil hombres. El Conde de Velasco era entonces virey de Cataluña; y habiendo reunido los varios cuerpos que estaban derramados por el Principado, acometió las líneas de los sitiadores. Fué infructuosa esta primera acometida, y para que no se preparase á hacer otra prevínole el general francés que mandaba el sitio, y adelantándose con unos seis mil hombres, sorprendió al Virey en San Feliu de Llobregat, y le mató trescientos hombres. Parece inconcebible el descuido en que se hallaba el Virey á vista del ejército enemigo. En consecuencia, tuvo Barcelona que capitular, si bien que solo lo efectuó al cabo de 52 dias de trinchera abierta.

En América tuvo lugar un ataque contra Cartagena de Indias, dirigido por el francés Pointis. La espedicion se llevó á cabo desde Europa con el mayor secreto, y los buques espedicionarios tuvieron la fortuna de pasar sin ser vistos por entre los cruceros ingleses ú holandeses. Pointis desembarcó su tropa espedicionaria frente de Cartagena, se apoderó casi sin resistencia de la mayor parte de los fuertes, y en seguida entró en la ciudad por capitulacion. Esta fué singular, pues consistió en que los soldados no podian saquear la poblacion, y que en cambio se recogerian todos los objetos que podian mover su sed de pillaje, y que serian trasportados á la escuadra enemiga. Así se practicó, y Pointis logró volver á Europa con un botin riquísimo adquirido á tan poca costa.

Era de creer que concentrada la guerra de Europa en Flándes y sobre el Rin, por hacer estado en todo punto de Italia, se haria allí con vigor estraordinario. Mas no fué así, porque la mayor parte de las potencias estaban por la paz y hasta el mismo Luis XIV la creia necesaria.

Lo era en efecto para su nacion, pues las victorias que habia conseguido no recompensaban la pérdida en hombres y en dinero que hacia cada dia el estado, y lo mucho que sufria el comercio casi enteramente paralizado. Además, Guillermo de Inglaterra estaba al frente de un ejército numeroso, que la Europa estaba interesada en sostener y en aumentar diariamente: concluyóse pues en breve la paz. La España la firmó bajo la condicion de que Luis XIV, restituiria todo cuanto habia conquistado en Cataluña, con mas el ducado de Luxemburgo y los puntos de Flándes, de que se hubiese apoderado despues de la paz de Nimega, esceptuando solo una porcion de territorio que quedó reunido á la Flándes francesa. Por su parte se obligó la España á restituir al Duque de Parma la isla de Ponza. Así como se habia firmado paz con España, se firmó tambien con las demas potencias, y de esta suerte terminó una guerra que tarde ó temprano podia ser fatal á la Francia, pues la oposicion contra ella era general en Europa, y las fuerzas solas de la Francia no bastaban para sostenerla. Esta fué la causa porque se apresuró á conceder favorables condiciones á los que hasta entonces habian sido sus encarnizados enemigos.

Supónese que ya entonces meditaba Luis XIV hacer valer en 1698. favor suyo la política en el seno de la corte de Madrid, á causa de la gran cuestion que se estaba ventilando. Cárlos II carecia de sucesion, ni se creia que la tuviese, singularmente despues de su última y peligrosa enfermedad. Sus dos hermanas habian casado, una con el Rey de Francia, y otra con el Emperador de Alemania; por otra parte una hija de la Emperatriz de Alemania, se habia unido en matrimonio con el Elector de Baviera, y en consecuencia eran tres familias las que estaban decididas á aspirar al trono de España en caso de morir sin sucesion Cárlos II. Los derechos de la casa de Austria tomaban orígen de los muchísimos tratados que habia celebrado con los reyes de España. Sin embargo, muchos de estos tratados se oponian enteramente á las leyes de la monarquía que solo conceden la corona por derecho de nacimiento. El elector de Baviera, tenia un sucesor, y puede decirse que este era quien mas derecho tenia á la corona de España; sin embargo, era un estado pequeño que no podia hacer valer con la fuerza sus de-

rechos, y era necesario que renunciase á ellos á vista de sus competidores. María Teresa, que habia casado con Luis XIV, hizo en el acta matrimonial completa renuncia de todos sus derechos á la corona, con el objeto de que no pudiese aumentarse nunca el poder de la Francia, que cada dia era mayor. Esta renuncia dió sin embargo, márgen á muchísimas disputas, porque se consideraba contraria á las leyes fundamentales de la Monarquía que hablan de la sucesion á la corona. Decíase además que lo único que podia impedir que tuviese derecho al trono de España la descendencia de María Teresa, era la acumulacion de dos coronas en una misma cabeza, y esto podia evitarse nombrando sucesor que no lo fuese de la corona de Francia, es decir al Duque de Anjou, hijo segundo del Delfin en Francia, y nieto de María Teresa; así como el Austria designaba para suceder al Monarca español al archiduque Cárlos, que era hijo segundo del Emperador. Caso de ser válida la renuncia, pertenecia la corona á la casa de Baviera, la que no habia renunciado, y si no lo fué, no habia otro sucesor mas inmediato que los descendientes de María Teresa, pues era la mayor de las dos hermanas. Andaba indecisa la corte y vacilante el Rey entre estos pareceres encontrados, y cada cual seguia la opinion que le dictaba el modo de ver la materia, ya por parte de la justicia ó de la ambicion. La actual Reina era alemana é influia no poco para animar el odio con que Cárlos II miraba constantemente á los Franceses, y robustecer por el contrario su admiracion y afecto por aquella dinastía austriaca, que recordaba tantos años de gloria y preponderancia europea. El Monarca se decidia pues por la casa de Austria, y el archiduque Cárlos; mas entonces hicieron los mayores esfuerzos los partidarios de la casa de Borbon, que veian de su parte la justicia, ó que deseaban impedir nueva guerra con una nacion que tantas pruebas habia dado de saber sostener denodadamente sus derechos. Junto con la Reina podia tambien llamarse gefe del partido austriaco al embajador de Viena; y entrambos presumieron que para aumentar el número de sus partidarios era necesario conceder honores y dignidades con prodigalidad. Mas esos honores y dignidades fueron en gran parte concedidos á austriacos, y esto motivó no poca ojeriza contra ellos de parte de los Españoles, singularmente

viendo que los Austriacos á semejanza de los gefes de su partido se mostraban sobre manera altivos, como si fuesen realmente señores en pais estranjero. Los gefes del partido de la casa de Borbon eran el embajador de Francia y el cardenal Portocarrero, los cuales muy al contrario de los Austriacos, se familiarizaron siempre con el pueblo, y llegaron á grangearse su afecto. Temíase pues en Europa una guerra general as' que muriese Cárlos II; por lo que, la Inglaterra y la Holanda juntaron en el Haya un congreso, en el que asistieron enviados de Luis XIV. En él se decidió y se firmó el convenio mas singular que puede figurarse: tal fué la reparticion de la monarquía española de esta suerte: para el Príncipe de Baviera se señalaban la España é Indias, para el Delfin de Francia las dos Sicilias, varias islas de Italia y la Guipúzcoa; y al archiduque Cárlos se le concedia el Milanesado. Quejóse Cárlos II amargamente cuando supo este innoble tratado; pero la indignacion que sintieron todos los Españoles llegó á mas alto punto que la del Príncipe.

Casualmente murió entonces el Príncipe de Baviera, á quien 1699.
se concedia mejor parte de la reparticion, y de esta suerte quedó el convenio anulado. Merece mencionarse el nuevo partido que se suscitó entonces en España, á cuyo frente se pusieron el Marqués de Melgar, el Conde de Oropesa y el almirante de Castilla Don Juan Henriquez de Cabrera; á la verdad estos tres personajes influian sobre manera en el ánimo del timorato Cárlos II, y como temiesen semejante valimiento los partidarios de la casa de Borbon, sobornaron gente que acudió á la plazuela de palacio dando gritos de viva el Rey, y mueran los que le engañan, y pidiendo tumultuosamente pan para el pueblo: al dia siguiente Oropesa con sus partidarios fué desterrado de la corte. Por entonces tuvo lugar la infame intriga del confesor de S. M., enemigo de los austriacos, quien persuadió al Rey que estaba hechizado y poseido de demonios, y le obligó á que sufriese repetidas veces los exorcismos eclesiásticos, cuyos gritos y anatemas horrorizaban al Monarca, y aceleraron su muerte: el confesor Froylan Diaz fué desterrado, castigo que no correspondia á la gravedad del desacato.

Siendo pues inútil el primer tratado de repartimiento, fir- 1700.
maron otro los mismos que habian convenido en el primero,

y resolvieron que el archiduque Cárlos entrase al morir Cárlos II en posesion de la España y las Indias, y que al Delfin de Francia además de las dos Sicilias, de los presidios de Toscana é islas adyacentes y la Guipúzcoa, se le añadiria la Lorena dando á su Duque por resarcimiento el Milanesado. No puede concebirse como las grandes potencias de Europa pudieron abiertamente hacer semejante repartimiento en vida del Monarca español, á quien todo se repetia. Indignado este, resolvió entonces decidirse por el archiduque Cárlos. Tal vez hubiera pasado adelante en su determinacion, y hubiera triunfado en España la dinastía austriaca si el emperador Leopoldo de Austria hubiese llevado con mas tino el negocio; mas no lo hizo, y aun se envió á España al archiduque Cárlos, cuya presencia reclamaba el Monarca español. Solo le escribió que enviaria diez mil austriacos al Milanesado, con lo que daba entender que ya en vida del desgraciado Cárlos II deseaba poner en planta la reparticion de sus dominios. Aprovechó el cardenal Portocarrero el disgusto que esta noticia causó en el ánimo del Monarca español, y persuadió al Rey á que hiciese testamento, y nombrase por sucesor suyo al duque de Anjou Cárlos que era devoto en estremo y sin afectacion, consultó el caso á la casa de Borbon, reunió el dia 3 de octubre á los cardenales Portocarrero y Borja, al secretario de estado Don Gregorio de Ubilia, á Don Manuel Arias presidente de Castilla, al Conde de Benavente, y á los Duques de Medina Sidonia, del Infantado y de Sesa, y en su presencia dictó su testamento, cuyas principales cláusulas de sucesion son las siguientes:

«Si Dios por su infinita misericordia me concediere hijos legítimos, declaro por mi universal heredero en todos mis reinos, estados y señoríos al hijo varon mayor, y á todos los demas que por su órden deben suceder; y en falta de varones, las hijas, en conformidad de las leyes de mis reinos. Y no habiéndose dignado Dios al tiempo de hacer este testamento de hacerme esta merced, siendo mi primera obligacion mirar por el bien de mis súbditos, disponiendo se conserven mis reinos en aquella union que les conviene, guardándose por ellos la debida fidelidad á su Rey y señor natural, no dudando de la que siempre han profesado, se arreglarán á lo mas justo corroborado con la suprema autoridad de mi disposicion.

« Y reconociendo conforme á diversas consultas de ministros de estado y justicia que la razon en que se funda la renuncia de las señoras doña Ana y doña María Teresa, reinas de Francia, mi tia y hermana, á la sucesion de estos reinos, fué evitar el perjuicio de unirse á la corona de Francia: y reconociendo que viniendo á cesar este motivo fundamental subsiste el derecho de la sucesion en el pariente mas inmediato, conforme á las leyes de estos reinos, y que hoy se verifica este caso en el hijo segundo del Delfin de Francia. Por lo tanto arreglándome dichas leyes, declaro ser mi sucesor (en caso que Dios me lleve sin dejar hijos) el Duque de Anjou hijo segundo del Delfin, y como á tal le llamo á la sucesion de todos mis reinos y dominios sin escepcion de ninguna parte de ellos. Y mando y ordeno á todos mis súbditos y vasallos de todos mis reinos y señoríos que en el caso referido de que Dios me lleve sin sucesion legítima, le tengan y reconozcan por su Rey y señ or natural, y se le dé luego y sin la menor dilacion la posesion actual precediendo el juramento que debe hacer de observar las leyes, fueros y costumbres de dichos mis reinos y señoríos. Y porque es mi intencion y conviene así á la paz de la cristiandad y de la Europa toda, y á la tranquilidad de estos mis reinos que se mantenga siempre desunida esta monarquía de la corona de Francia, declaro consiguientemente á lo referido que en caso de morir dicho Duque de Anjou, ó en caso de heredar la corona de Francia, y preferir el goce de ella al de esta monarquía, en tal caso debe pasar dicha sucesion al Duque de Berri su hermano, hijo tercero de dicho Delfin en la misma forma. Y en caso que muera tambien el dicho Duque de Berri, ó que venga á suceder tambien en la corona de Francia, en tal caso declaro, y llamo á la dicha sucesion al Archiduque hijo segundo del Emperador mi tio, excluyendo por la misma razon é inconvenientes contrarios á la salud pública de mis vasallos, el hijo primogénito de dicho Emperador mi tio; y viniendo á faltar dicho Archiduque, en tal caso declaro y llamo á la dicha sucesion al Duque de Saboya y sus hijos. Y en tal modo es mi voluntad que se ejecute por todos mis vasallos como se lo mando y conviene á su misma salud, sin que permitan la menor desmembracion y menoscabo de la Monarquía, fundada con tanta gloria de mis pro-

genitores, y porque deseo vivamente que se conserve la paz y union que tanto importa á la cristiandad; entre el Emperador mi tio y el Rey cristianísimo, les pido y exhorto que estrechando dicha union con el vínculo del matrimonio del Duque de Anjou con la Archiduquesa, logre por este medio la Europa el sosiego que necesita.

« En el caso de faltar yo sin sucesion, ha de suceder el dicho Duque de Anjou en todos mis reinos y señoríos, así los pertenecientes á la corona de Castilla, como la de Aragon y Navarra, y todos los que tengo dentro y fuera de España, señaladamente en cuanto á la corona de Castilla, Leon, Toledo, Galicia, Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaen, Algarbes de Aljecira, Gibraltar, Islas de Canaria, Indias, Islas y tierra firme del mar Océano, del Norte y del Sur, de las Filipinas y y otras cualesquiera islas, y tierras descubiertas y que se descubrieren de aquí adelante, y todo lo demas en cualquier manera tocante á la corona de Castilla. Y por lo que toca á la de Aragon, Valencia, Cataluña, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Cerdeña y todos los otros señoríos y derechos como quiera que sean pertenecientes á la corona Real; y asimismo en mi estado de Milan, ducados de Brabante, Limbourg, Luxembourg, Güeldres, Flándes y todas las demas provincias, estados, dominios y señoríos que me pertenezcan y puedan pertenecer en los Paises Bajos, derechos y demas acciones que por la sucesion de ellos en mi han recaido; quiero que luego que Dios me llevare de esta presente vida, el dicho Duque de Anjou, se llame y sea rey como *ipso facto* lo será, de todos ellos, no obstante cualesquiera renuncias y actos que se hayan hecho en contrario, por carecer de justas razones y fundamentos. Y mando á los prelados, grandes, duques, marqueses, condes y ricos-hombres, y á los priores y comendadores, alcaides de las casas fuertes y llanas, y á los caballeros, adelantados y merinos, y á todos los consejos y justicias, alcaldes, alguaciles, regidores, oficiales y hombres buenos de todas las ciudades, villas y lugares y tierras de mis reinos y señoríos, y a todos los vireyes y gobernadores, castellanos, alcaides, capitanes, guardas de las fronteras de aqüende y allende el mar, y á otros cualesquiera ministros y oficiales, así de la gobernacion de la paz, como de los ejércitos de la guerra en tierra y en mar, así en

todos nuestros reinos y estados en la corona de Aragon y Castilla y Navarra, Nápoles y Sicilia y estado de Milan, Paises Bajos y en otra cualesquiera parte á Nos perteneciente, y á todos los otros nuestros vasallos, súbditos naturales de cualesquiera calidad y preeminencia que sean donde quiera que habitaren y se hallaren, por la fidelidad, lealtad, sujecion y vasallaje que me deben y son obligados como á su Rey y señor natural en virtud del juramento de fidelidad y homenaje que me hicieron y debieron hacer, que cada y cuando que pluguiere á Dios llevarme de esta presente vida, los que se hallaren presentes, luego que á su noticia viniere, conforme á lo que las leyes de estos dichos mis reinos, estados y señoríos, en tal caso disponen, y en este mi testamento está establecido, hayan, tengan y reciban, al dicho Duque de Anjou (en caso de faltar yo sin sucesion legítima) por su Rey y señor natural, propietario de los dichos mis reinos, estados y señoríos, en la forma que va dispuesta. Alzen pendones por él haciendo los actos y solemnidades que en tal caso se suelen y acostumbran hacer segun el estilo, uso y costumbre de cada reino y provincia, presten, exhiban, hagan prestar y exhibir, toda la fidelidad, lealtad y obediencia que como súbditos y vasallos son obligados á su Rey y señor natural. Y mando á todos los alcaides de las fortalezas, castillos y casas llanas, y á sus lugartenientes de cualesquiera ciudades, villas, lugares y despoblados, que hagan pleito homenaje, segun costumbre y fuero de España, Castilla, Aragon y Navarra, y todo lo que á ellos les toca, y en el estado de Milan, y á todos los otros estados y señoríos, segun los estilos de la provincia y parte donde serán por ellos al dicho Duque de Anjou, y de los tener y guardar para su servicio, durante el tiempo que se les mandare tener, y despues entregarlos á quien por él les fuere mandado de palabra ó por escrito. Lo cual todo lo que dicho es, cada cosa y parte de ella, les mando que hagan y cumplan realmente y con efecto, so aquellas penas y casos feos en que caen é incurren los rebeldes é inobedientes á su Rey y señor natural, que violan y quebrantan la lealtad, fe y pleito homenaje.

« Si al tiempo de mi fallecimiento, no se hallare mi sucesor dentro de estos reinos conviniendo la mayor y mas autorizada providencia al gobierno universal de todos ellos, y la mas con-

forme á sus leyes, fueros, constituciones y costumbres, segun lo consideró el Rey, mi señor y mi padre, mientras mi dicho sucesor pueda por sí dar providencia al gobierno, mando que luego que yo falte se forme una junta en que concurran el presidente ó gobernador del consejo de Castilla, el vicecanciller ó presidente del de Aragon, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general, un grande y un consejero de estado, los que yo dejare nombrados en este mi testamento ó codicilo que yo hiciere, ó papel firmado de mi mano; y el tiempo que mi muy cara y amada muger se conservase en estos reinos y corte, ruego y encargo á S. M. asista y autorice dicha junta, la cual se tenga en su Real presencia en la pieza y parte que S. M. señalare, tomando el trabajo de intervenir en los negocios, y en ellos tenga voto de calidad, de modo, que siendo iguales los votos se prefiera la parte donde el voto de S. M. se arrimare; y en todo lo demás se esté á la mayor parte, y que este gobierno dure mientras mi sucesor si estuviere en la mayoridad, pueda proveer de gobierno, sabido mi fallecimiento.

« Y en caso que mi sucesor sea de menor edad, tocándome como me toca por padre universal de mis vasallos, dar la mejor gobernacion que sea posible á mis reinos, y la mas conforme á sus leyes, fueros, constituciones y costumbres, nombrando gobernadores naturales de ellos, para que segun mi alta y Real disposicion y en nombre de mi sucesor gobiernen dichos mis reinos en toda paz y justicia, prevean á su defensa, de modo que mis súbditos se conserven en aquella quietud é inmunidades que por las leyes, fueros, constituciones y costumbres de cada uno deben gozar, y en la lealtad á su Rey y señor natural en que tanto se han esmerado. Nombro por tutores de dicho mi sucesor durante su minoridad hasta los catorce años, á los mismos que dejo nombrados en la dicha junta, para que gobiernen en caso que mi sucesor se hallare fuera de estos reinos al tiempo de mi fallecimiento hasta que venga á ellos; á los cuales nombro por tales tutores y curadores durante la minoridad de mi sucesor, usando para ello de toda la potestad y arbitrio, para que en su nombre gobiernen dichos reinos en la misma forma que yo viviendo lo pudiera hacer, ó mi sucesor llegando á la mayoridad, guardando la forma que adelante se dirá en el modo de la gobernacion. Y todos

los dichos tutores les relevo de la obligacion de dar fianza, y quiero que con este solo nombramiento y juramento que han de hacer y prestar, puedan gobernar y gobiernen sin otra aprobacion.

« El vice-canciller á quien dejo nombrado por tutor en la junta, lo ha de ser, y yo lo nombro por tutor especial y particular por lo tocante al reino de Aragon en aquellos casos y negocios que fuere necesario, y en conformidad de sus fueros, y privilegios para que administre la tutela de mi sucesor en aquel reino. Y si el que presidiere en el consejo de Aragon no pudiere serlo, conforme á ellos, deseando como deseo ajustar mi disposicion á solo lo que puedo como á Señor natural de aquel reino, sin derogar ni alterar lo que no pudiere dispensar, dispensando en todo lo que puedo y cabe en mi suprema potestad, nombro por tutor de mi sucesor, al regente mas antiguo togado de los dos naturales de aquel reino. etc. »

Al dia siguiente puso el gobierno, por decreto solemne, en manos del cardenal Portocarrero; fué agravándose su enfermedad hasta el dia primero de noviembre, que murió para legar á la España largos años de lucha y de devastacion tras un siglo de decadencia y de ruina. Murió á los treinta y nueve años, y treinta y cinco de su reinado. Escelente como hombre particular, no era apto para ser rey.

Con él acabó de reinar la dinastía austriaca en España, á la cual, si bien se deben algunos años de glorias y de renombre europeo, débese sin embargo confesar que son la única cosa que de ellos puede recordarse, dias de gloria que se desvanecieron como el humo, que hicieron perder la flor de nuestros ejércitos en paises estraños, y que dejaron á la España sin fuerzas y al erario exhausto. El fatal prurito de conquistar paises distantes, como Italia y Flándes, y de conservarlos á toda costa, fué la causa principal de esas guerras crueles que sin ello tal vez se hubieran evitado. En cambio se perdió el Portugal, única parte de territorio que interesaba á España conservar, y que acaso hubiera sido fácil, si no hubiese llamado la atencion de la Corona el sostenimiento de otras guerras lejanas. La industria disminuyó bajo el reinado de Cárlos II aun mas que bajo el de Felipe IV, y la poblacion anduvo en decremento. Puede decirse que Cárlos II dejó á la España sin co-

mercio, sin capitales, industria, ejército ni marina, y ademas sin escritores ni poetas: todo habia llegado al último grado de decadencia, y la nacion habia pasado un siglo entero de agonia para llegar á ese abatimiento moral que solo debia despues disiparse un poco para hacer ver que solo la impericia de los gobernantes habia puesto á los pueblos en tal estado, y que una vez reconocido el obstáculo, una vez conocidas y acatadas las fuentes de la prosperidad pública y secundados los intereses materiales de los súbditos, debian estos levantarse de su postracion, y coadyuvar á las empresas de un gobierno paternal y justo.





LIBRO CUARTO.

REINADO DE FELIPE V.

Capítulo primero.

Principia el reinado de Felipe V. Guerra con Austria. Alianza del Haya. Guerra con el Imperio, Holanda é Inglaterra. Batalla de Luzara. Combate naval de Vigo. Guerra de Portugal. Batalla de Spira. Los Ingleses se apoderan de Gibraltar. Combate naval de Málaga. Batalla de Hocstett y de Cassano.

Asi que se supo la muerte de Cárlos II fué reconocido 1701.
por rey de España el Duque de Anjou con el nombre de Felipe V. y á gran satisfaccion de su abuelo Luis XIV, que deseaba de esta suerte formar sincera y poderosa alianza con nuestra monarquía, para poder, si viniese el caso, hacer frente á toda la Europa.

Era de temer que llegase este caso, pues mientras Felipe V era jurado en España y hacia su entrada pública en Madrid, disimulaban mal su resentimiento la Inglaterra y la Holanda, y se disponia el Austria para mover una guerra larga y encarnizada. La Italia entre otros puntos debia ser teatro de la lucha, pues el Emperador de Austria iba á caer sobre ella con un numeroso ejército, á cuya cabeza estaba el príncipe Eugenio, que tan fatal debia ser á la casa de Borbon. Interesábale á la España buscar en Italia un aliado, y le encontró en la persona del Duque de Saboya, con cuya hija segunda casó el Monarca español. Este eligió por primer consejero al cardenal

Portocarrero, á quien en gran parte debia la corona, y puede de esta suerte decirse que desde Paris dirigia Luis XIV los negocios de España.

Efectuóse el matrimonio del Rey con Doña María Luisa Gabriela de Saboya, y el proyecto de guerra general se anduvo combinando, de suerte que accedieron á él no solo el Emperador, la Inglaterra y la Holanda, sino aun la Alemania en peso, á pesar de que poco antes toda ella estaba decidida á permanecer neutral. Entre los príncipes que entraron en la alianza debe mencionarse al Elector de Brandemburgo, pues al fin de esta guerra debia convertirse en rey de Prusia, fundando de esta suerte una monarquía, que despues se ha hecho temible en Europa.

La guerra de sucesion debia empezar en Italia. Así como la casa de Borbon habia procurado buscar un aliado en la persona del Duque de Saboya, asi tambien la casa de Austria procuró valerse de la política y de ocultas maquinaciones, para oponernos en Italia grandes dificultades. Su principal trama consistió en revolucionar la ciudad de Nápoles, y hacer que siguiendo su ejemplo se declarasen todos los pueblos en favor de los Austriacos y contra los Franceses, cuyas ideas de dominacion general los habian hecho odiosos. Pero la conspiracion fué descubierta á tiempo, y se castigó con todo el rigor de la ley.

Era de creer que la casa de Borbon triunfaria fácilmente en Italia, por cuanto estaban reunidas las tropas españolas á las francesas y á las del Duque de Saboya; mas no fué así, pues si bien ese belicoso y esperimentado Príncipe tenia el mando en gefe del ejército, obraban sin embargo con independencia los gefes del ejército francés, y no se notaba bastante armonía entre sus gefes y los de las tropas españolas. Ni aun puede decirse que convinieron en la línea que era preciso defender contra los Austriacos; los Franceses se adelantaron hasta las márgenes del Adiga, y el Príncipe Eugenio á la cabeza de treinta mil hombres bajó del Tirol para ponerse á la ofensiva, forzó el paso del rio en Carpí, arrolló en Castañano á los Franceses, ocupó Bressau, y solo en Chiari fué rechazada una ala de su ejército: entonces los ejércitos combatientes tomaron cuarteles de invierno en el mismo Mantuano.

Este año empezó á generalizarse y á hacerse de todo punto 1702.
sangrienta la guerra que la Europa entera habia jurado á la casa de Borbon. Por entonces el gefe de la alianza á quien mas temia Luis XIV era Guillermo III de Inglaterra, mas este murió en el momento mismo en que iba á poner en ejecucion sus planes de guerra contra Francia. Sucedióle su cuñada Ana, y puede decirse que heredó de él su encono contra el monarca francés. No pudo ser mas fatal para este la eleccion que hizo de general en gefe para el ejército de los Paises Bajos en la persona del Duque de Malborough, uno de los mas distinguidos generales y hábiles políticos de que hacen mencion las historias. Sus primeras operaciones militares le valieron la toma de Beremunda, Huy, Venló y Lieja, sin que los Franceses, inferiores en número pudiesen hacer mas que observar sus movimientos. Tambien estuvo á punto de entrar en Namur á favor de una conspiracion tramada para entregarle la plaza, pero se descubrió la intriga y quedó frustrada.

Al mismo tiempo una escuadra inglesa y holandesa con doce mil hombres de desembarco hizo rumbo hácia la bahía de Cádiz: llevaba á bordo al Príncipe de Darmstadt, que habia sido removido del mando de Cataluña como adicto al Archiduque Cárlos, y que queria probar un desembarco en la Península, para animar con su presencia á los partidarios de la casa de Austria, y moverles á que se declarasen abiertamente. Por traicion del gobernador de la plaza, se apoderaron los Ingleses de Rota, y poco despues del puerto de Santa María, é intentaron acometer la plaza de Cádiz; tal vez hubieran podido lograr su toma, atendidas las escasísimas fuerzas que la defendian, si el valor y la lealtad de los habitantes no hubiese suplido la escasez de tropas, y si el marqués de Valladares que mandaba en Andalucía no hubiese recurrido á la astucia, para hacer creer al enemigo que acudian á la isla de Leon tropas de refuerzo. Hacia levantar de dia grande polvareda, y de noche encendia multitud de fuegos, que daban visos de un numeroso acampamento. Ademas las galeras armadas que se hallaban en la bahía de Cadiz incomodaban de noche singularmente al enemigo, y le hacian temer á todas horas un ataque imprevisto é impetuoso. Conociendo pues el enemigo que era arduo negocio apoderarse de Cádiz reembarcáronse furiosos, despues

de haber entregado al saqueo el puerto de Santa María, y se dirigieron á doblar el cabo de San Vicente. Su principal intento era sorprender y apresar la flota que venia de Indias con inmensos caudales. Pero, el comandante de la escuadra que la escoltaba quiso á toda costa evitar un combate desigual, y se entró en el puerto de Vigo. Siguiéronle allí los Ingleses y Holandeses, y se empeñó un combate obstinado y terrible. Peleóse por algunas horas con denuedo, y hasta con desesperacion; nuestros buques de guerra eran veinte y tres, entre Ingleses y Franceses, y resistieron por mucho tiempo con teson admirable; pero al fin debia triunfar el número, como triunfó, y en aquellos momentos de crisis; los vencidos pegaron fuego á sus navíos ó los echaron á pique, para que no pudiesen caer en manos del vencedor. Este, con todo, logró apresar algunos; y aun se dice que cogió del comboy de Indias por valor de cuatro millones.

En el Rin pusieron los Imperiales en movimiento un ejército á las órdenes del Príncipe de Baden, que se apoderó de Landau despues de una obstinada defensa de cuatro meses; pero entretanto el Elector de Baviera se declaró repentinamente en favor de la casa de Borbon, y se puso delante de Ulma, cuya plaza cayó en su poder. Con esto tuvieron que hacer un movimiento retrógrado los Imperiales, y entretanto les presentaron los Franceses á las órdenes del general Villiars, la memorable batalla de Fridlinga en que fueron aquellos derrotados completamente.

En Italia la guerra iba avivándose cada dia mas, y viendo el príncipe Eugenio que por entonces le era imposible apoderarse de Mantua, probó un golpe atrevido sobre Cremona. Habia sucedido en el mando del ejército francés el mariscal de Villeroi en reemplazo del de Catinat que habia sido desgraciado en la anterior campaña. Creyéndose aquel muy seguro en Cremona, á pesar de hallarse á la vista el ejército enemigo, dormia descuidadamente, cuando una noche dispertó sobresaltado oyendo descargas alrededor de su palacio. Púsose al frente de un peloton de caballería, pero cayó en una emboscada que le tenia preparada el enemigo, y quedó prisionero. Dícese que un habitante de Cremona indicó al Príncipe Eugenio un camino subterráneo que conducia dentro de la ciudad, y que por

él se metió en Cremona con tropas escogidas. Lo cierto es que estuvo á punto de apoderarse de toda la ciudad, y aun de la mayor parte del ejército. No fué culpa suya si no lo logró, pues peleó denodadamente por las calles de Cremona, ahuyentó á sus sobresaltados defensores hasta el opuesto ángulo de la plaza, y allí hubieran caido en su poder si le hubiese auxiliado en la empresa un cuerpo de su ejército que tenia órden de entrar en Cremona por otra puerta de la ciudad. Pero este cuerpo, estraviado durante la noche, no compareció á tiempo, y cuando lo hizo ya los defensores habian tenido tiempo de volver en sí de su primer desórden, y le recibieron con metralla. Por otra parte, quiso la casualidad que hubiese madrugado mucho el coronel de un regimiento para pasar revista á este en su cuartel, y esta fué la causa de que la sorpresa de Cremona no fuese completa: este regimiento opuso una resistencia tenaz, y entretanto los demas cuerpos del ejército tuvieron tiempo para tomar posicion y acudir á sus respectivos puestos. Eugenio hizo durante todo el dia prodigios de valor, mas tuvo que retirarse al anochecer, sin haber conseguido otra ventaja que llevarse prisionero al general francés, y á mucha parte de su estado mayor. Pasó entonces el ejército de Italia al mando del Duque de Vendoma, y el mismo Felipe V fué á incorporarse con él para animar á sus tropas, y para apagar todo gérmen de rebelion como el que se habia manifestado en Nápoles. Habiendo dejado por regenta de España á la Reina su esposa, dirigióse á Barcelona desde donde se embarcó para Nápoles: permaneció algunos dias en esta ciudad. Pasó despues á Turin, donde tuvo varias conferencias con el Duque de Saboya su suegro: invitábale á que tomase el mando del ejército y le recordó los artículos del tratado de alianza que habia hecho con España y Francia; pero, Víctor Amadeo de Saboya veia ya muy de otro modo las cosas, y empezaba á pesarle el haberse empeñado en hacer la guerra á la casa de Austria. Negóse, pues, á lo que le proponia su yerno, y este se dirigió á Cremona. Supo al llegar á esta ciudad que el Príncipe Eugenio estrechaba fuertemente el sitio de Mantua para apoderarse de esta capital antes que los Franceses y Españoles acometiesen su acampamento. Felipe V y el Duque de Vendoma combinaron su plan de ataque, y embistieron casi á un

de haber entregado al saqueo el puerto de Santa María , y se dirigieron á doblar el cabo de San Vicente. Su principal intento era sorprender y apresar la flota que venia de Indias con inmensos caudales. Pero, el comandante de la escuadra que la escoltaba quiso á toda costa evitar un combate desigual , y se entró en el puerto de Vigo. Siguiéronle allí los Ingleses y Holandeses , y se empeñó un combate obstinado y terrible. Peleóse por algunas horas con denuedo , y hasta con desesperacion; nuestros buques de guerra eran veinte y tres, entre Ingleses y Franceses , y resistieron por mucho tiempo con teson admirable ; pero al fin debia triunfar el número , como triunfó , y en aquellos momentos de crisis ; los vencidos pegaron fuego á sus navíos ó los echaron á pique , para que no pudiesen caer en manos del vencedor. Este, con todo, logró apresar algunos; y aun se dice que cogió del comboy de Indias por valor de cuatro millones.

En el Rin pusieron los Imperiales en movimiento un ejército á las órdenes del Príncipe de Baden, que se apoderó de Landau despues de una obstinada defensa de cuatro meses ; pero entretanto el Elector de Baviera se declaró repentinamente en favor de la casa de Borbon , y se puso delante de Ulma , cuya plaza cayó en su poder. Con esto tuvieron que hacer un movimiento retrógrado los Imperiales , y entretanto les presentaron los Franceses á las órdenes del general Villiars, la memorable batalla de Fridlinga en que fueron aquellos derrotados completamente.

En Italia la guerra iba avivándose cada dia mas , y viendo el príncipe Eugenio que por entonces le era imposible apoderarse de Mantua , probó un golpe atrevido sobre Cremona. Habia sucedido en el mando del ejército francés el mariscal de Villeroi en reemplazo del de Catinat que habia sido desgraciado en la anterior campaña. Creyéndose aquel muy seguro en Cremona, á pesar de hallarse á la vista el ejército enemigo, dormia descuidamente, cuando una noche dispertó sobresaltado oyendo descargas alrededor de su palacio. Púsose al frente de un peloton de caballería , pero cayó en una emboscada que le tenia preparada el enemigo, y quedó prisionero. Dícese que un habitante de Cremona indicó al Príncipe Eugenio un camino subterráneo que conducia dentro de la ciudad , y que por

él se metió en Cremona con tropas escogidas. Lo cierto es que estuvo á punto de apoderarse de toda la ciudad, y aun de la mayor parte del ejército. No fué culpa suya si no lo logró, pues peleó denodadamente por las calles de Cremona, ahuyentó á sus sobresaltados defensores hasta el opuesto ángulo de la plaza, y allí hubieran caido en su poder si le hubiese auxiliado en la empresa un cuerpo de su ejército que tenia órden de entrar en Cremona por otra puerta de la ciudad. Pero este cuerpo, estraviado durante la noche, no compareció á tiempo, y cuando lo hizo ya los defensores habian tenido tiempo de volver en sí de su primer desórden, y le recibieron con metralla. Por otra parte, quiso la casualidad que hubiese madrugado mucho el coronel de un regimiento para pasar revista á este en su cuartel, y esta fué la causa de que la sorpresa de Cremona no fuese completa : este regimiento opuso una resistencia tenaz, y entretanto los demas cuerpos del ejército tuvieron tiempo para tomar posicion y acudir á sus respectivos puestos. Eugenio hizo durante todo el dia prodigios de valor, mas tuvo que retirarse al anochecer, sin haber conseguido otra ventaja que llevarse prisionero al general francés, y á mucha parte de su estado mayor. Pasó entonces el ejército de Italia al mando del Duque de Vendoma, y el mismo Felipe V fué á incorporarse con él para animar á sus tropas, y para apagar todo gérmen de rebelion como el que se habia manifestado en Nápoles. Habiendo dejado por regenta de España á la Reina su esposa, dirigióse á Barcelona desde donde se embarcó para Nápoles : permaneció algunos dias en esta ciudad. Pasó despues á Turin, donde tuvo varias conferencias con el Duque de Saboya su suegro : invitábale á que tomase el mando del ejército y le recordó los artículos del tratado de alianza que habia hecho con España y Francia; pero, Víctor Amadeo de Saboya veia ya muy de otro modo las cosas, y empezaba á pesarle el haberse empeñado en hacer la guerra á la casa de Austria. Negóse, pues, á lo que le proponia su yerno, y este se dirigió á Cremona. Supo al llegar á esta ciudad que el Príncipe Eugenio estrechaba fuertemente el sitio de Mantua para apoderarse de esta capital antes que los Franceses y Españoles acometiesen su acampamento. Felipe V y el Duque de Vendoma combinaron su plan de ataque, y embistieron casi á un

tiempo al enemigo. Felipe se apoderó de Reggio y de Módena, desalojando de ambos puntos al enemigo, y el Duque cayó sobre un cuerpo de ejército enemigo, y le puso en completa derrota, causándole una pérdida de tres mil hombres. Con esto le era imposible al príncipe Eugenio continuar delante de Mantua, y levantó el sitio para ir á presentar batalla al enemigo. Encontróle frente de Luzara, y se dió entonces la batalla de este nombre, que fué el hecho de armas mas ruidoso de este año. En ella acometieron con furia los Austriacos, pero fueron rechazados; dos veces mas volvieron á la carga, y otras tantas tuvieron que desistir de su empresa; pero á la cuarta no fué posible resistir tanta obstinacion, y se abrieron nuestros batallones. Sin embargo en aquellos momentos que iban á decidir de la victoria, acudió Vendoma con toda su reserva y rehizo la línea. Ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, pero con mas razon lo hizo el francés y español, pues no solo quedó por Felipe el campo de batalla, sino que además se rindieron en breve Luzara, Guastala y otros puntos que habian fortificado los Austriacos.

Despues de esta batalla volvió el Monarca español á Madrid, donde reclamaba su presencia el gobierno del estado, que empezaba á ser objeto de ambiciosas miras, de parte de los que querian alucinar á la joven Regenta.

1703. Alimentaba en su corazon el Duque de Saboya un vivo resentimiento contra los generales Franceses, y además el interés de sus estados le impelia á abandonar á la Francia y á la España, y á aliarse estrechamente con la corte de Viena, que le ofrecia en caso de salir airosa de la lucha, no solo la conservacion de su territorio, amenazado siempre por parte de Francia y de España, sí que tambien un aumento eonsiderable con la posesion de todo el Montferrato. Accedió, pues, á la alianza de la Haya, y lo hizo en el momento en que los Franceses se adelantaban hácia Trento, para combinar una operacion militar sumamente difícil con el Elector de Baviera. Habia ya efectuado este movimiento el Duque de Vendoma, cuando supo la defeccion de Víctor Amadeo, y la posicion hóstil que acababa de tomar. Revolvió inmediatamente con todas sus fuerzas sobre el Piamonte, cayó sobre Asti, y se apoderó de la plaza; dirigióse entonces contra el Duque de Saboya, que solo habia

reunido once mil hombres, y estuvo á punto de hacerle pagar muy cara la determinacion que acababa de tomar; pero Guido de Staremberg, el general mas distinguido de los Imperiales despues del príncipe Eugenio, efectuó una marcha atrevidísima desde las vertientes de los Alpes hasta las márgenes del Tánaro, y presentóse al socorro del nuevo aliado con considerables fuerzas, convirtiendo de esta suerte el Piamonte en teatro de una lucha seria.

No fué este el único aliado que por esta época se juntó á los enemigos de la casa de Borbon. Los Ingleses ejercian ya en los asuntos de Portugal un conocido influjo, y á pesar de que el rey D. Pedro habia firmado con España un tratado de alianza defensiva y de neutralidad en la presente lucha, moviéronle á que accediese al convenio de la Haya, y presentase á la corte de Madrid un enemigo que llamando su atencion por lo cercano del peligro, le impidiese enviar tropas á otros puntos. Pero, la nacion portuguesa no se hallaba en estado de hacer los sacrificios que reclama un armamento considerable; sin embargo, la Inglaterra se obligó á mantener el ejército que los Portugueses pusiesen en pie, y estos levantaron un ejército de unos veinte y cinco mil hombres, animados con la esperanza de que al fin de la guerra les cabria alguna parte en la reparticion de los dominios de España. Reuniéronse en Lisboa algunos, si bien que muy pocos, nobles españoles afectos á la casa de Austria, y juraron por rey de España al Archiduque; además, exageraban eternamente el mal estado de la Monarquía española, y animaban á los aliados á que por Portugal penetrasen en el corazon de Castilla.

Habia Felipe V llegado á la corte, y presenciaba las discordias intestinas que ardian en su seno, para decidir quien debia ejercer influjo sobre los asuntos del gobierno: disputábanse el poder la princesa de Ursinos, camarera mayor de la Reina, y muy bien quista de los soberanos, y el cardenal de Etrées, enviado de Luis XIV. Estraño parecerá que el embajador de un pais estranjero quisiese entrometerse en asuntos del gobierno español; pero se conocerá ser cosa muy natural si se atiende que Luis XIV era quien con sus númerosos ejércitos sostenia una lucha formidable para afianzar en el trono de España á su nieto; por tanto, su embajador en Madrid tenia en-

trada en los consejos de gabinete, y se le consultaba antes de tomar alguna determinacion seria. Con todo esto triunfó la Ursinos; cayeron de la gracia del Rey el cardenal Portocarrero, y el presidente de Castilla, y el cardenal de Etrées tuvo que volverse á Paris. Para reemplazarle envió Luis XIV á un sobrino de ese cardenal, pero le duró poco la embajada, pues quiso tambien continuar moviendo guerra á la Ursinos, y Felipe tomó cartas en favor de esta dirigiendo al Monarca francés quejas contra el nuevo embajador.

Mostrábase entretanto la guerra favorable á la casa de Borbon así en Flándes como en las márgenes del Rin. En los Paises Bajos el mariscal de Villeroi incorporó con su ejército cuantas tropas españolas le fué posible reunir, dirigióse sobre Tongres, y se apoderó de la plaza; acometió despues en Eckeren al gefe enemigo Obdam, y le derrotó completamente, causándole una pérdida de seis mil hombres: en vano intentó repentinamente Malborough caer sobre Amberes, pues los acertados movimientos de los Franceses se lo impidieron. En el Rin se reunió el mariscal Villars con las tropas del Elector de Baviera, casi tan hábil y gloriosamente como habia logrado Guido de Staremberg efectuar su reunion con el Duque de Saboya. Dirigióse sobre Kell, apoderóse de este punto, y pasando en seguida el Rin acometió la línea de Bihen. Pero la defendia denodadamente el Príncipe de Baden, y rechazó á Villars: no por esto decayó de ánimo el mariscal francés, antes se dirigió hácia Offenburg, y atravesando la selva Negra efectuó en Dutling su reunion con el Elector de Baviera, y juntos atacaron en Hocstett á los Austriacos, les tomaron casi toda la artillería, y les causaron una pérdida de cuatro mil hombres. Antes habia ya el Elector tomado á Ratisbona, conquistado el Tirol é intentado reunirse, aunque en vano, con el Duque de Vendoma. Entretanto otro general francés recobraba las plazas de Brisac y Landau, y en Spira derrotaba al Príncipe de Hesse Cassel, causándole una pérdida de cinco mil hombres, además de toda la artillería y el bagaje.

1704. Luis XIV nombró este año por sucesor del sobrino de Etrées en la embajada de España al Duque de Grammon; pero al mismo tiempo exigió que la Princesa de Ursinos saliese desterrada de la Península. Dióse cumplimiento á su voluntad, pero á

poco se convenció el Monarca francés de que era inevitable que la Reina ejérciese influjo sobre su esposo en los asuntos de gobierno, y pensó que era mejor dirigir este influjo que contrariarle; por esto procuró ganar de su parte la voluntad de la Ursinos, y permitió que muy en breve volviese á Madrid. Felipe V recibió entonces la noticia de que el Archiduque Cárlos acababa de llegar á Inglaterra, y que se habia embarcado en una escuadra inglesa para combinar con otra espedicion holandesa un desembarco en Portugal. Efectivamente el 7 de marzo habia desembarcado junto á Lisboa con nueve mil ingleses. Determinó el Monarca español romper las hostilidades con Portugal, y reunió un ejército para entrar en aquel reino: el ejército estaba dividido en cuatro cuerpos mandados, uno por el Marqués de Villadarias, otro por el Duque de Hijar, otro por el Marqués de Ronquillo, y el de mas fuerza por el mismo Rey: el primero debia internarse en Portugal por Andalucía, el segundo por Galicia, y el del Rey por la frontera de Alcántara. Penetraron en efecto en el vecino reino, y entre otras plazas de menor importancia tomaron las de Portalegre, Castel de Vid y Castel Branco, todas fronterizas de España. No pudo el Archiduque Cárlos impedir la pérdida de estos puntos, ni tampoco que el ejército español se mantuviese de contribuciones sobre el pais; pero si el pretendiente á la corona de España se mantenia á la defensiva, era porqne los Ingleses juntó con el Príncipe de Darmstadt se habian dirigido con una escuadra sobre Cataluña, y se esperaba confiadamente que sublevarian el pais, y llamarian por aquella parte la atencion de Felipe. La escuadra llegó á vista de Barcelona, y estaba tan seguro el Príncipe de Darmstadt de que se levantarian en favor suyo los partidarios que tenia en la plaza, que se adelantó con una lancha para darse á conocer de los suyos. Hubo en efecto algun movimiento en la ciudad, y se reunieron grupos sediciosos que intentaron apoderarse de la puerta de mar y dar entrada á los Ingleses. No obstante, el virey Don Francisco de Velasco tuvo noticia de la conspiracion que se tramaba, y pudo con tiempo burlar los planes de los sediciosos y desbaratar el proyecto del enemigo. Furioso el almirante inglés porque tenia de retirarse de aquellos mares, bombardeó antes la ciudad. Desgraciadamente despues de haberle

salido mal esta espedicion intentaron los Ingleses otra que tuvo en su favor buen éxito. Hicieron rumbo hácia Gibraltar, plaza sumamente fuerte ó inespugnable, y donde muy poca gente puede resistirse contra innumerables enemigos. Pero esta misma confianza en la fortaleza de la plaza hizo que se descuidase su defensa; así es que solo habia dentro unos cien soldados mandados por D. Diego Salinas. Los Ingleses acometieron con ímpetu por todos lados; y como el número de los defensores era tan sumamente escaso, se hacia imposible que estos pudiesen acudir á todas partes, lo cual motivó que quedase sin la debida defensa el muelle viejo, y que por él penetrase el enemigo. Al instante se echaron los Ingleses sobre el fuerte que hay entre la ciudad y el muelle, y los defensores tuvieron que capitular. Proclamóse en la plaza por rey de España al Archiduque Cárlos, pero en realidad debia haberse proclamado á la reina Ana de Inglaterra, pues los Ingleses tomaron posesion de Gibraltar, y hasta hoy dia la poseen. En Portugal tomaron las tropas cuarteles de verano, pues tal es la costumbre en aquel pais meridional, y Felipe V partió para la corte; recibió entonces órden el marqués de Villadarias de partir inmediatamente con su cuerpo de ejército para poner sitio á Gibraltar. Desmembrado de esta suerte el ejército español que operaba en la frontera de Portugal, tuvo que mantenerse á la defensiva, tanto mas, cuanto desembarcaron en Lisboa nuevos refuerzos para el Archiduque Cárlos.

Una escuadra francesa al mando del Conde de Tolosa apareció á últimos de agosto casi delante de Málaga, y avistando por aquellas aguas á una escuadra inglesa, la presentó batalla que fué admitida y reñidísima. Ambas partes se atribuyeron la victoria, pero lo cierto es que ambas sufrieron pérdidas incalculables en hombres y en buques que quedaron maltratados. Pero es una prueba de que los Ingleses y los Holandeses llevaron lo peor del combate el que el Conde de Tolosa destacase á poco una escuadra de diez y nueve buques, y tres mil hombres de desembarco para obrar combinadamente con Villadarias contra Gibraltar. Sin embargo, á causa de los fuertes vientos que reinaban en la embocadura del estrecho, no les era posible á los Franceses impedir que entrasen socorros por mar á Gibraltar, y de esta suerte

para nada servia el que el Marqués de Villadarias estrechase por tierra el bloqueo.

En Italia no reunieron este año los Austriacos fuerzas muy considerables; y quedó el Duque de Saboya comprometido así solo contra el ejército francés: este, al mando del Duque de Vendoma se apoderó de casi todo su ducado, y á últimos de la campaña puso sitio á Verrue. Ya solo le quedaban al Saboyano las plazas de Montmelian y de Verceli.

Tampoco en Flándes tuvieron lugar este año acontecimientos de mucha trascendencia, porque las potencias contendientes habian dirigido sobre otro punto su principal conato.

Alemania parecia el teatro de la guerra destinado para decidir la contienda. Si el mariscal de Villars hubiese continuado al frente del ejército francés tal vez este año habria, junto con el elector de Baviera, abrumado con terribles golpes á la casa de Austria: ello es que sus victorias conseguidas en la anterior campaña habian alarmado á la corte de Viena; sin embargo, Villars no era hombre cortesano, y por esto cayó en desgracia del Elector de Baviera; y el Monarca francés le dió por sucesor al general Tallard, que en la anterior campaña habia ganado la batalla de Spira. La alianza europea concentró pues en Alemania todas sus fuerzas para hacer frente al peligro. Mientras que el Duque de Malborough pasaba el Rin, y derrotaba á los Franceses en Schelemberg, el príncipe Eugenio acudia por el opuesto lado para reunirse con él, y dar un golpe decisivo al grande ejército francés y bávaro, que constaba de sesenta mil hombres. Avistáronle en las mismas llanuras de Hocsthett, donde tanta fama habia ganado algunos meses antes el mariscal de Villars, y le presentaron batalla. No ganaron los Franceses la victoria como la habian ganado el año anterior. El Duque de Malborough atacó el ala derecha mandada por el general Tallard, y en los principios de la accion tuvo la fortuna de hacer prisionero al gefe del ejército francés; con esto no pudo resistir el ala derecha del ejército del general Tallard, y mas de once mil hombres tuvieron que rendirse prisioneros. Fntretanto el príncipe Eugenio acometia por otro lado á los Bávaros, y los derrotaba, completando de esta suerte una victoria en estremo ruidosa. Aconteció esta segunda batalla de Hocsthett el 13 de agosto de 1604, dia fatal

para los Franceses, pues perdieron unos treinta mil hombres, un sin número de cañones y todo el bagaje. Mas perdió todavía el Elector de Baviera, pues los Austriacos tomaron posesion de todos sus estados.

Capitulo II.

Pérdida de Valencia y Barcelona. El ejército real pone sitio á esta ciudad. Pérdida de Aragon. Entran los aliados en Madrid. Pérdida de Alicante y las Islas Baleares. Batallas de Calcinato, de Turin y de Ramillies. Pérdida del Milanesado y de los Paises Bajos.

1705. La corte de Madrid determinó que el sitio de Gibraltar continuase vivamente, y el Monarca francés envió al mariscal de Tesse para mandar el ejército de tierra mientras una escuadra española y francesa bloqueaba aquel punto por mar. La escuadra no fué muy afortunada, pues los Ingleses aprovecharon la coyuntura de un viento fuerte que separó los buques de la escuadra francesa, y atacaron sus restos con fuerzas superiores. Solo cinco navíos tenia entonces disponibles el almirante francés, y á pesar de ello resistió por algunas horas á quíntuplas fuerzas enemigas, y logró huir de sus manos con dos navíos. La fortuna y el valor no le favorecieron enteramente; pues los vientos le impelieron contra la playa de Marbella, donde varó, y tuvo que quemar sus navíos para que no hiciese presa en ellos el enemigo.

Mayores desgracias amenazaban á Felipe V. La coronilla de Aragon, y singularmente los Catalanes, eran afectos al partido del archiduque Cárlos, no tanto porque fuesen partidarios de la casa de Austria, como porque eran enemigos acérrimos de los Franceses. En Cataluña se echaba la culpa á la Francia de que se hubiese mostrado cobarde en favorecerles en la época de la rebelion pasada; además, desde entonces en las guerras sostenidas por Cárlos II contra los Franceses, casi siempre estos se habian cebado furiosos en los pueblos donde entraban, habian vejado terriblemente el pais, y hasta en no pocos puntos mostrádose crueles y bárbaros contra los habitantes. De esto aun subsistian vivas memorias, ni mas ni menos que se

recordaba el valor con que el Príncipe de Darmstadt, anterior virey de Cataluña, habia peleado con gloria contra el poder de la Francia. Por otra parte era general la aversion con que se miraba en España que el embajador francés en Madrid dirigiese en cierto modo los negocios del gobierno, y todos deseaban que la España fuese en todo independiente, y se descartase de una tutela que era reputada oprobio. No es pues de estrañar que en Barcelona existiese un foco de sublevacion, y que esta estallase con ímpetu á vista de los aliados.

El 17 de julio se embarcó en Lisboa una espedicion de doce mil hombres al mando del inglés Conde de Petersborough uno de los mejores generales de su nacion despues de Malborough. En la escuadra iban tambien el Príncipe de Darmstadt y el archiduque Cárlos que era reconocido como principal de los espedicionarios. Al llegar la escuadra delante de Denia, desembarcó el valenciano Baset, gefe adicto á la casa de Austria, y recibiendo el título de virey de Valencia, en nombre del archiduque Cárlos, dió principio á la guerra civil, que era la última y mas grande calamidad que podia caer sobre los Españoles. Reuniéronsele al momento muchísimos partidarios austriacos, y junto con una division de dos mil ingleses que desembarcaron con él hizo en breve progresos estraordinarios, y se apoderó por convenio de Valencia. La escuadra siguió su rumbo hácia Barcelona, á cuya vista llegó el 25 de agosto. La nobleza y el clero formaban dos opuestos bandos, unos en favor del Rey, y otros del Archiduque. Pero los partidarios de este eran muchos mas, é hicieron aparecerse á las puertas de la ciudad unos seiscientos hombres que tremolaron la bandera de Austria é impidieron que entrasen víveres en la poblacion. El 28 de agosto desembarcó el Archiduque en el paraje donde hoy está la Barceloneta, y levantó dos fuertes: Darmstadt contaba en que el gobernador de Monjuí entregaria este importante fuerte, pero el virey de Cataluña descubrió la trama, y decidido á no perdonar medio para cumplir con sus deberes, mandó ahorcar al gobernador del castillo. Es probable que este no hubiera sucumbido, y que los aliados hubieran tenido que retirarse escarmentados como habia sucedido ya otra vez; pero quiso la casualidad que una bomba incendiase el almacen de pólvora de Monjuí, matase al gobernador, y

causase horrible estrago en la guarnicion. Faltos de municiones los que quedaban, y aterrados por la violenta esplosion, tuvieron que rendirse: pero el triunfo costó caro á los sitiadorss, pues en el asalto que habian dado anteriormente perdieron ochocientos hombres, y con ellos al Príncipe de Darmstadt, á quien una bala se le llevo el muslo. El animoso virey Don Francisco de Velasco hizo entonces una salida en que tomó á los ingleses trescientos hombres; pero una vez ganado el castillo de Monjuí era imposible que la ciudad resistiese, y el 9 de setiembre firmó el Virey la capitulacion. Las tropas españolas debian salir de la ciudad con todos los honores de la guerra el dia 14 del mismo mes; pero una sublevacion popular dió motivo á los Ingleses para que entrasen antes, y dejasen sin cumplimiento la mayor parte de los artículos que se habian firmado. De esta suerte se efectuó el levantamiento de Cataluña en favor del archiduque Cárlos, pues á pocos dias todo el Principado lo proclamó rey con el nombre de Cárlos III, y dió la señal de una guerra de horrores y de devastacion, mucho mas cruel que cuantas otras hasta entonces habian tenido lugar en España. Tambien el Aragon fué teatro de la guerra civil, mas enconada todavía, por cuanto los ánimos estaban mas decididos, unos en favor de la casa de Borbon, y otros en favor de la casa de Austria. Puede decirse que no se hacian la guerra los hombres sino que se devoraban como se devoran los tigres. No se hacian prisioneros, porque desgraciado del que caia en poder del enemigo, aquello era una guerra de muerte y de esterminio, en que tomaban parte los viejos, los niños y hasta las mugeres, todos igualmente furiosos y encarnizados.

Murió este año el emperador Leopoldo, que ha sido quien á mas alto punto subió el poder de la casa de Austria, resistiendo á la vez á los Turcos y á la mas poderosa nacion de Europa. Subió al trono su hijo mayor el archiduque José, que llevó con no menos empeño la guerra.

Esta andaba varia en Italia, y en la frontera del Rin. En el primer punto el Duque de Vendoma despues de un obstinado sitio logró apoderarse de la plaza de Verrue, mientras varios de sus tenientes entraban por fuerza en Montmelian, en Niza, en Setimio y en Chivas. Mas entonces varió de repente el as-

pecto de la lucha, por cuanto el príncipe Eugenio, despues de haber batido á los Franceses y Bávaros en Hocstett, se encaminaba hácia Italia para prestar socorro al Duque de Saboya, que no se hallaba en estado de resistir al enemigo. Vendoma tuvo entonces que concentrar todas sus fuerzas; reuniólas en las llanuras de Cassano, y avistando en ellas á los Austriacos les presentó batalla. Esta fué de las mas reñidas de la campaña, pues en ella perecieron doce mil hombres entre austriacos y franceses. A pesar de tan horrorosa carnicería, quedó indecisa la victoria. En el Rin los aliados se apoderaron de las plazas de Landau y de Trarbuch; y hubieran hecho mucho mayores progresos si no se hubiese convencido Luis XIV de que el mariscal de Villars era el único hombre capaz de poder sostener en aquel trance el honor del ejército francés. Necesaria era esta medida, porque ya Malborough despues de haber obligado al ejército francés en los Paises Bajos, á que levantase el sitio de Lieja se presentó en las fronteras de Lorena para llevar los horrores de la guerra al seno mismo de la Francia. No bien habia Villars tomado el mando del ejército, cuando se adelantó hasta Treveris; y aunque inferior en fuerzas presentó batalla al enemigo: no la admitió este, ya porque mandaba á los Franceses el mariscal de Villars, ya tambien porque peleaban las tropas para salvar la Francia, y para recobrar el honor perdido en Hocstett. Revolvió entonces Malborough sobre el Bravante, y sorprendiendo nuestras líneas en aquel punto logró hacer mil quinientos prisioneros.

La campaña de 1706 puede llamarse infausta para la casa de 1706.
Borbon.

En Italia empezó la guerra bajo felices auspicios, pero acabó de un modo desastroso. Junto á Calcinato derrotó el Duque de Vendoma á un cuerpo de ejército del príncipe Eugenio, y le causó una pérdida de seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Esta accion gloriosa obligó al príncipe Eugenio á retirarse hácia Trento donde le debian llegar nuevos refuerzos de Alemania. Tranquilo Vendoma sobre el Milanesado, determinó entonces dar un fuerte golpe tomando la plaza de Turin al Duque de Saboya, pues era la única que le quedaba ya de todos sus estados. Efectuóse el cerco de Turin, y tal vez hubiera Vendoma logrado tomarla, si en aquel momento las órdenes

de Luis XIV no le hubiesen apartado del ejército de Italia. El Monarca francés necesitaba en Flándes un gefe que reanimase allí sus tropas, y pensó en Vendoma para ello, dándole por sucesor en Italia al Duque de Orleans. Dirigia por entonces las operaciones del sitio de Turin el general francés Feuillade, y su ardor belicoso y poca docilidad, le animó á atacar la capital por la parte de la ciudadela que es el punto mas difícil; empeñóse en inútiles asaltos, y no pensó siquiera en circunvalar la plaza. Viendo esto el Duque de Saboya, y viendo que no podia adelantar el sitio con semejante gefe y con tales disposiciones, salió de Turin para activar la llegada del príncipe Eugenio. No bien lo supo Feuillade cuando salió en pos del Duque fugitivo, y abandonó mucha parte de los trabajos del sitio. De esta suerte cuando llegó el Duque de Orleans á tomar el mando del ejército de Italia, no solo no halló como suponia, en poder de los Franceses la plaza de Turin, sino que tuvo que reunirse apresuradamente con el general Feuillade para hacer frente al enemigo que se adelantaba con cuarenta mil hombres al mando del príncipe Eugenio, y del Duque de Saboya. El 7 de setiembre atacan estos la línea francesa; dase la encarnizada batalla de Turin, y aunque en ella hacen los Franceses prodigios de valor, no pudieron resistir á la táctica del príncipe Eugenio. El mismo Duque de Orleans salió herido, y su ejército tuvo que retirarse á marchas forzadas al Delfinado despues de haber dejado en el campo de batalla dos mil muertos, y en poder del enemigo seis mil prisioneros con un material de sitio inmenso. De esta suerte perdimos el Milanesado que recordaba los mas gloriosos dias de triunfo, y lo perdimos para siempre. Casi al propio tiempo estábamos perdiendo todo cuanto conservábamos todavía en los Paises Bajos, de resultas de la batalla que perdió el mariscal de Villeroi en las llanuras de Ramillies. Presentóle batalla el Duque de Malborough, y despues de una accion reñida y memorable le derrotó completamente con pérdida de veinte mil hombres, verdad es que puede decirse que solo una division del ejército francés peleó con valor en tan deplorable jornada, pero tambien es muy cierto que las malas disposiciones del general en gefe, motivaron en parte el desastre, y desalentaron á la tropa. De resultas Bruselas, Amberes, Ostende, todos los Paises Bajos españoles se

entregaron al afortunado general inglés. No fueron tan felices en el Rin los aliados, pero allí se hallaba mandando á los Franceses el mariscal de Villars. Así que arrolló á los Imperiales, los arrojó de la Alsacia, y se apoderó de casi todas las plazas fuertes de esta provincia.

No era mas halagüeño el aspecto de la lucha en la Península, Toda la coronilla de Aragon sublevada estaba á punto de reunirse en masa con los auxilios de los aliados y de adelantarse en el corazon de la Monarquía. Por otra parte asomaba en las fronteras de Estremadura un fuerte y disciplinado ejército, compuesto de Portugueses, Ingleses y Holandeses, que inspiraban fundadísimos temores. Pero al paso mismo que se anublaba el horizonte político, se inflamó en los pechos de los Castellanos un entusiasmo por su rey, que tiene muy pocos ejemplos en las historias de las monarquías. Cuantos mas peligros amenazaban á la nueva dinastía, tanto mas se reunieron al rededor del Monarca, le juraron sacrificarse en su defensa y le hicieron cuantiosos donativos que probaban cuan ciertas eran las demostraciones de su lealtad. El entusiasmo de los súbditos pasó al gobierno, y se resolvió dar un golpe atrevido que impusiese á las provincias sublevadas, y que al mismo tiempo llenase de terror al enemigo. Reuniéronse apresuradamente dos ejércitos; uno de ellos se puso á las órdenes del Duque de Berwick con encargo de no arriesgar accion decisiva, y de estar á la mira del ejército portugués; el otro, con el mismo Felipe V á su cabeza, marchó sobre Cataluña con rapidez estraordinaria, y puso sitio á Barcelona. El golpe era atrevido, porque una vez tomada la capital de Cataluña podia darse por sofocada la rebelion, y además se quitaba á los Ingleses el apoyo de un puerto fortificado y donde podian ir desembarcando gente y socorros de guerra. Pero no debia perderse tiempo, porque era necesario rendir la ciudad antes que se presentase una escuadra enemiga para socorrerla. El Conde de Tolosa amenazó por mar á Barcelona con todos los buques de guerra que pudo reunir, y por tierra estrechó Felipe el sitio con el mayor vigor. Dióse un asalto obstinadísimo al castillo de Monjuí, y este cayó en poder de las tropas. No podia la ciudad resistir mucho mas tiempo; pero de repente apareció una escuadra inglesa y holandesa compuesta de cincuenta y tres

navíos de línea y muchísimos transportes, que llevaban tropas de desembarco en número de diez mil infantes y mil caballos. La presa estaba ya casi en manos del Monarca español, pero de repente se trocó la fortuna; fué necesario levantar el sitio á toda prisa, clavar toda la artillería de sitio y dejar en poder de los aliados grandes almacenes de municiones y pertrechos. Lo peor era que el ejército español vencido no podia volver á Madrid por Aragon, pues las innumerables bandas que infestaban aquel reino se hubieran cebado en unas tropas desalentadas y disminuidas con los combates. El ejército se fué por Francia á Navarra, y el Rey se dirigió á la corte jurando morir entre los Españoles que le habian jurado por Rey. Debe mencionarse el alboroto que produjo dentro de la ciudad de Barcelona la noticia de la toma de Monjuí. Fué tal el asombro, que el Archiduque que se encontraba dentro determinó retirarse por mar durante la noche y abandonar la ciudad. El pueblo penetró que se trataba de dejarle solo en la contienda, se alborotó repentinamente, y rodeó el palacio del Archiduque; mas este salió al balcon y dijo con magnanimidad á los Catalanes que no saldria de Barcelona, sino que con ellos moriria ó caeria prisionero. Esta seguridad dada á los Barceloneses fué lo que mas les animó á resistir con tenacidad funesta al ejército de Felipe V. De resultas la rebelion tomó mucho mayor incremento y todo el Aragon se declaró por el Archiduque que entró triunfante en Zaragoza. En la raya de Portugal no podia Berwick con su pequeño cuerpo de ejército resistir á los aliados que se adelantaban con treinta mil hombres. Apoderáronse estos de Alcántara, cuya guarnicion de cinco mil hombres no hizo la resistencia que se esperaba, tomaron la plaza de Ciudad-Rodrigo, y por Salamanca se dirigieron al Espinar, sin que nadie pudiese detenerlos. Su intento era unirse con el archiduque Cárlos en las orillas del Tajo, para que apoderados de las Castillas, y dueños de todo el centro de la Monarquía, pudiesen de una vez acabar con los restos del ejército español y consumar la conquista de toda la Península, conquista que en aquellos momentos reputaban todos facilísima. Era imposible defender la capital; pero no por esto se desanimaron los partidarios de la casa de Borbon; la Reina, los tribunales y un sin número de familias adictas se dirigieron á Búrgos, y en-

tretanto el gefe del ejército portugués entró en Madrid donde apenas encontró habitantes, y los que quedaban solo con silencio profundo le recibieron. Tiempo era de que la lealtad de los que habian jurado á Felipe V se declarase abiertamente para impedir una ruina total: así lo hicieron todas las provincias de España libres del yugo de los enemigos y aun de aquellas que estaban ocupadas por tropas inglesas ó portuguesas, salieron habitantes á millares para ir á reunirse con el ejército que se levantaba apresuradamente á favor de Felipe V. Unidas las nuevas tropas con las del Duque de Berwick, y con quince mil hombres que llegaron por entonces de Francia, fué posible ya hacer frente de nuevo al enemigo. Opusiéronsele junto al rio Henares, é impidieron que los dos ejércitos de los aliados efectuasen su reunion en la orilla derecha del Tajo: solo despues de algunas marchas difíciles pudo Das-Minas, general de los Portugueses reunirse con el Archiduque en la capital de Cuenca. Reforzado entretanto el ejército Real, entró en Aranjuez, en Toledo, reunió partidarios en la Mancha, donde el pais estaba armado en su favor, y opuso un ejército é innumerables guerrillas al ejército portugués para impedirle volver á la raya de Estremadura. Obligóle á tomar cuarteles de invierno en el reino de Valencia, y los aliados pudieron convencerse de que su momentánea permanencia en Madrid solo les habia probado que la mayoría de España no estaba en favor del Archiduque. Pero por esta época una escuadra inglesa hacia estragos en las posesiones españolas del Mediterráneo en cambio de habérseles frustrado sus mas halagüeñas esperanzas en la Península. Apoderáronse de Alicante, de Cartajena y de casi todas las islas Baleares. Un esfuerzo que hicieron para atacar á Murcia les salió mal, y pocos dias despues perdieron tambien los puntos de Cuenca y Orihuela. Tal fué la campaña de 1706, desastrosa para la Francia por las pérdidas que esperimentaron sus ejércitos, y para Felipe V por la pérdida de la coronilla, de Murcia y de Mallorca; pero campaña que al mismo tiempo fué un desengaño terrible para los aliados, pues á pesar de todos sus esfuerzos y de tener al frente de sus ejércitos unos generales como el Duque de Malborough y el príncipe Eugenio, conocieron que el poder de la Francia era colosal, que aun tenia hombres como Villars y el Duque de Vendoma,

y que los Castellanos y la mayor parte de las provincias de España estaban decididas con entusiasmo á sostener á Felipe V.

Capitulo III.

Batalla de Almansa. Reconquista de Valencia. Toma de Lérida. Pérdida de Nápoles. Pérdida de Cerdeña y de los presidios de Toscana. Toma de Tortosa. Batalla de Udenarda y sitio de Lila. Pérdida de Oran. Toma de Alicante. Sitio de Tournay. Batalla de Malplaquet.

1707. Los aliados que se habian internado en la Península abrieron la campaña dirigiéndose á Yecla y despues á Almansa. En este último punto se hallaba el Duque de Berwick con el ejército de Felipe V, pero en breve debia llegar el Duque de Orleans para sucederle en el mando, y no queria por tanto empeñar ninguna accion decisiva. Esto mismo movió á los aliados á presentarle batalla para comprometerle antes de la llegada del nuevo general. El veinte y cinco de abril estuvieron los dos ejércitos á la vista, y á las tres de la tarde se empeñó el combate. El principal ataque de los enemigos se dirigió contra nuestro frente, y le hicieron con tanto brio, que rompieron dos líneas de nuestro ejército y parecia ya desbaratado el centro; pero los que mandaban la tercera línea tuvieron tanta serenidad, que la abrieron en dos mitades, presentaron dos frentes al enemigo y descargaron sobre él por ambos lados una lluvia de balas. Aterrado este, fué en el momento mismo atacado á retaguardia por nuestra brillante caballería que les cargó con horroroso estrago. Sucumbieron en la memorable batalla todos los Ingleses; de manera que su gefe Galloway pudo á duras penas escapar con corto número de oficiales; los Portugueses tuvieron herido á su gefe Das-Minas, y se desbandaron huyendo en todas direcciones: en las alturas de Caus quiso hacerse fuerte el Conde de Dona con unos diez mil hombres, pero acudió tropa francesa por el frente y los flancos mientras la caballería le cortaba la retaguardia, y tuvo aquel que rendirse con toda su gente. Fué tal el espanto de los fugiti-

vos, que solo en Tortosa lograron los gefes volver á reunir su ejército: pocos dias antes constaba este de veinte y cinco mil hombres, y le hallaron reducido á cinco mil, despues de haber perdido además toda la artillería y el bagaje, innumerables gefes y oficiales de mérito, banderas, municiones y trescientos carros de víveres. Esta es la memorable batalla de Almansa, que animó estraordinariamente á los partidarios de Felipe V y desalentó en gran manera á los Ingleses, que perdieron en ella la flor de sus soldados. Las consecuencias de semejante victoria fueron la reconquista de Aragon y de Valencia, esta encargada al Conde de Asfeld con un cuerpo de ejército respetable, y aquella efectuada por el Duque de Orleans, que llegó al dia siguiente de da da la batalla. Asfeld sitió á Requena y entró en el pueblo por capitulacion; penetró despues en Játiva defendida con un entusiasmo heróico, digno mas de admiracion que del castigo ejemplar que se la impuso destruyéndola, y entró á poco en Valencia. Entretanto el Duque de Orleans se dirigió desde Madrid á Zaragoza, sin que nadie se atreviese á oponérsele; puso sitio á Lérida, y á pesar de defenderla con obstinacion el príncipe Enrique de Darmstadt, entró en ella. Y si á estos triunfos se añade el que en la raya de Portugal recobró denodadamente el Conde de Aguilar la plaza de Ciudad-Rodrigo, que el Conde de Villars desembarcó en la isla de Menorca y arrojó de ella á los Ingleses, y por fin que en aquel entonces nació el hijo primogénito de Felipe V, Don Luis, se tendrá una idea de los regocijos á que se entregaron este año los Españoles partidarios de la casa de Borbon, viendo que se despejaba repentinamente el horizonte político, tan anublado en la anterior campaña.

Pero si la fortuna nos fué favorable en el centro de la Monarquía, no así en Italia: es tal no obstante el instinto de la conservacion, que con tal que no triunfasen los Austriacos en la Península no les hacia mucha mella á los Españoles que fuesen mas felices en otros puntos: así que, cuando llegó la noticia de la pérdida de Nápoles, no por esto se interrumpió la alegría pública producida por la batalla de Almansa. La pérdida de Nápoles fué una consecuencia casi inevitable de la pérdida del Milanesado: ambos paises recordaban hermosos dias de glorias para la España, y ambos debian perderse para

siempre. Victorioso el Príncipe Eugenio y dueño de toda la Italia septentrional, destacó unos diez mil hombres al mando del general Daun, quien se adelantó sin resistencia hasta Capua. El gobernador español que mandaba en esta plaza se defendió bizarramente, pero los Austriacos habian procurado por medio de secretos agentes concitar los ánimos contra los Españoles, y los habitantes de Capua se sublevaron contra la guarnicion y la obligaron á capitular. Adelantáronse hasta delante de Nápoles las tropas Austriacas, y los habitantes de esa capital salieron en masa á recibirle y le abrieron las puertas. En tales circunstancias solo pudo pensar el Virey en encerrar su tropa en los castillos de Oro y San Telmo y en sucumbir con honor: consiguieron los defensores de estos puntos una capitulacion honrosa, y su ejemplo fué seguido de las demas guarniciones de otros puntos fortificados. Solo los puntos de Gaeta y de Pescara resistieron hasta el último estremo; encerrado el Virey en el primero, solo se rindió cuando los enemigos habian ya entrado al asalto, y fué hecho prisionero con todas sus tropas; el gobernador defendió á Pescara mas de lo que obligan las leyes militares, pero tambien sucumbió. De esta suerte perdimos un hermoso pais y unas regiones donde tanto se habia ilustrado el gran Capitan.

En Flándes pasó el Duque de Vendoma á tomar el mando del ejército que hacia frente al Duque de Malborough, y pudo despues de muchísimos esfuerzos y marchas librar del desastre de la guerra á la Flándes francesa. En las márgenes del Rin acometió el mariscal de Villars las líneas de Stolfen, y despues de haber forzado el paso se internó por la Suavia y la Francia, y mantuvo sus tropas á costa del pais enemigo. Lo mismo deseaban los aliados, y para ello el príncipe Eugenio y el Duque de Saboya se internaron á llevar la guerra dentro de Francia, y reuniendo numerosas fuerzas cayeron sobre la Provenza, y pusieron sitio á Tolon. Sin embargo, les sucedió lo que al emperador Cárlos V le habia sucedido dos siglos antes, pues las enfermedades, la falta de víveres, y la aproximacion de los Franceses, que se adelantaban con poderoso ejército, les obligaron á retirarse detrás de los Alpes.

1708. En el año 1708, el Príncipe Eugenio y el Duque de Malborough combinaron un plan grandioso para caer sobre la fron-

tera de los Paises Bajos. Reunieron hasta ochenta mil hombres, mandados por dos gefes que sobre ser ambos ilustres sabian entenderse á maravilla. Bien es verdad que tenian que habérselas contra unos cien miel franceses; pero Luis XIV habia cometido la imprudencia de dar el mando del ejército al Duque de Borgoña, anteponiéndole al mismo Duque de Vendoma que servia bajo sus órdenes. Así es que no hubo armonía en su plan de operaciones; y como el gefe principal no era conocedor en la materia, no sabia tomar resoluciones ni adoptar las que aconsejaba la esperiencia de sus segundos. Adelantáronse los Franceses hasta Gante é Ipres, de cuyos puntos se apoderaron; pero en Udenarda cayó sobre ellos el Duque de Malborough, los derrotó, los puso en desórden, y se aprovechó de este para tomarles cuatro mil hombres que marchaban sin direccion ni tino. Entretanto el príncipe Eugenio se dirigia sobre Lila, la puso sitio, sin que fuese bastante á impedírselo un ejército francés que estaba á la vista. Duró el sitio cinco meses, durante los cuales defendió bizarramente la plaza el mariscal de Boufflers. Gante é Ipres cayeron de nuevo en poder del enemigo; desbandado el ejército francés, casi no obedecia á ningun gefe, y los Holandeses é Imperiales se mostraron tan atrevidos que un cuerpo de aquellos llegó á penetrar en Francia hasta cerca de Versalles.

En Italia perdíamos entretanto los presidios de la costa de Toscana; Orbitelo y Piombino cayeron en poder de los Austriacos, y solo en Porto-Hercule y Porto-Longone se le rechazó con bastante pérdida. Presentóse delante de Caller en la isla de Cerdeña una escuadra inglesa, y su almirante desembarcó algunas tropas para atacar la poblacion. Juzgaba el gobernador que podia confiar en sus tropas, mas estas se habian negado á hacer fuego; porque ni mas ni menos que los habitantes de la poblacion estaban decididos á favor de los Austriacos. Perdióse pues la plaza de Caller, mas por insobordinacion de las tropas que por culpa del gefe que las mandaba, y á su pérdida se siguió la de toda la isla de Cerdeña. Pero si éramos desgraciados en las demas posesiones separadas de la Península, no así en esta. El Duque de Orleans asomó por las fronteras de Cataluña con un lucido ejército, derrotó en Falset á un cuerpo de ejército enemigo, y el 11 de junio, despues de

haber reconocido la plaza, puso sitio á Tortosa. En el llano de Tarragona se hallaba acampado el ejército Anglo-Austriaco, mandado por el hábil general Guido de Staremberg y por el inglés Stanhope: parecia natural que intentasen algun movimiento para socorrer aquella plaza defendida por el Conde de Efrem, general aleman de merecida reputacion; mas no lo hicieron así, y el 15 de julio tuvo que capitular dando entrada á las tropas españolas. Las tropas del general Asfeld se habian reunido para esta empresa con las del Duque de Orleans, mas despues que se hubo ocupado la ciudad, pasó aquel al reino de Valencia, en el momento en que el general Conde de Mahoni se apoderaba á viva fuerza de la plaza de Alcoy cuyos habitantes se defendieron con tenacidad casi igual á la de los de Játiva. Asfeld puso sitio á Denia, donde encontró una resistencia la mas porfiada; los sitiadores perdieron allí mucha gente, pero al fin lograron entrar en la plaza y ahuyentar despues de toda la costa de Valencia á los Austriacos para caer despues sobre Alicante.

En la frontera de Portugal no tuvieron lugar importantes acontecimientos; solo sí una division nuestra, al mando del Marqués de Vay, arrolló á unos mil doscientos hombres portugueses que le impedian el paso y se apoderó de Altura. Entretanto perdíamos en Africa la importante plaza de Oran que hacia años tenian sitiada los Moros obedeciendo á secretas instigaciones de parte de los Ingleses. Estos, despues de haberse apoderado de la isla de Cerdeña, cayeron sobre la isla de Menorca y volvieron á apoderarse de ella.

Notable fué en este año el reconocimiento público que hizo el sumo pontífice Clemente XI de rey de España é Indias en la persona del archiduque Cárlos. Pocos años antes habia reconocido como tal á Felipe V, y hubiera sido de desear que hubiese mostrado teson en persistir en su primer reconocimiento aunque le amenazasen las fuerzas del Imperio. De este segundo reconocimiento se valieron como de una arma poderosa hombres fanáticos en las provincias sublevadas de la Península para entusiasmar mas y mas al pueblo y avivar la llama de la discordia civil.

1709. Hicieron nuevo esfuerzo los aliados para reunir en la raya de Portugal un ejército que llamase la atencion de Felipe, y

juntaron hasta diez y ocho mil hombres al mando del Marqués de la Frontera. A las órdenes de este militaba tambien el general Galloway que tan mal parado habia salido de la batalla de Almansa. La primera operacion del Marqués de la Frontera fué poner sitio á Badajoz. Pero en los llanos de Gudiña avistó al ejército español, al mando del Marqués de Bay, con la fuerza de unos diez y seis mil hombres. A pesar de tan conocida inferioridad numérica, admitieron estos la batalla, acometieron con ímpetu irresistible á los contrarios, les mataron dos mil hombres, les hicieron tres mil prisioneros y les cogieron mucha artillería, todo el bagaje, varios carros de municiones y pertrechos de guerra, y además crecido material de puentes para pasar los rios. A esta accion gloriosa se dió el nombre de batalla de Gudiña; y si el general que alcanzó la victoria hubiese sido mas emprendedor, hubiera por consecuencia de ella obtenido ventajas de consideracion dentro de Portugal. A la sazon el general Asfeld, que mandaba en Valencia, acababa de conseguir la toma de Alicante despues de un sitio de algunos meses, en que hubo hechos dignos de admiracion de parte de los sitiados y de los sitiadores. Volaron estos una mina construida en peña viva, pero á pesar de que causaron un destrozo horrible en la ciudad y en sus fuertes, no quiso la guarnicion rendirse todavía. A la verdad, lo que mas les animaba para hacer una resistencia desesperada era la escuadra inglesa que se mantenia á la embocadura del puerto, y les proporcionaba víveres en abundancia, ademas de haber desembarcado tropas de refuerzo; en consecuencia, cuando un fuerte temporal hubo alejado á las fuerzas marítimas inglesas y se hubo estrellado la desesperacion de los Alicantinos contra el exaltado valor de nuestras tropas, fué ya imposible resistir por mas tiempo, y la plaza capituló. Entretanto el ejército que se habia internado en Aragon llegaba á las orillas del Segre: pero las intrigas palaciegas de la Princesa de Ursinos recabaron que el Duque de Orleans cesase en el mando, y que se diese el de las tropas españolas al Conde de Aguilar, y el de las francesas al mariscal Besons: division de mando que debia tener y tuvo desagradables consecuencias. Reunidas todas las tropas con otro cuerpo de ejército que vino mandando en persona el mismo conde de Asfeld despues de la toma de

Alicante, formaban un conjunto de veinte y ocho mil soldados aguerridos, superiores de cinco mil hombres al ejército que para o ponérseles reunió Staremberg. Era pues de creer que se obtendrian ventajas; mas no fué así. Los Franceses y Españoles empezaban á andar enmarañados; y los efectos de su falta de armonía fueron dar aliento al enemigo para que pasase el Segre, entrase en Balaguer tomándonos seiscientos hombres, é hiciese replegarse á nuestras tropas. Tiempo era de acudir al peligro, porque el ejército de la raya de Cataluña era el mas fuerte con que contaba Felipe V, y porque además tenia que hacer frente á tropas mandadas por un gefe distinguido: así pues el Monarca español se puso á la cabeza de sus tropas, é hizo por modo que el general Besons volviese á Francia. Parece que en esta época conoció Felipe que para mandar en España debia solo contar con elementos españoles y desestimar en asuntos interiores los consejos de la otra parte del Pirineo: ello es que en 1709 perdió la Francia gran parte de su influjo sobre el gabinete de Madrid. Estos fueron los principales acontecimientos de la campaña en la Península, pues hasta el invierno solo tuvieron lugar algunos encuentros parciales con varias querellas catalanas, y llevaron estas lo peor.

En Alemania y en Italia no se habian concentrado este año fuerzas muy numerosas, y los ejércitos beligerantes no emprendieron nada de consideracion.

No así en Flándes, pues habia reunido allí la Francia un ejército de cien mil hombres, y desengañado al fin Luis XIV, conoció que solo uno de sus generales era capaz de resistir al Príncipe Eugenio y al Duque de Malborough. Este era el Mariscal de Villars, y se le dió el mando del ejército de los Paises Bajos. Sin embargo recibió la órden de no arriesgar una batalla decisiva, órden prudente en aquellas circunstancias, porque derrotado ese brillante ejército se desvanecian en cierto modo todas las esperanzas de la Francia. Malborough y Eugenio combinaron sus movimientos; aquel puso sitio á Tournay, y este lo cubria con su ejército; en vano solicitó Villars de Luis XIV que le permitiese acudir al socorro de la plaza, pues el Monarca se lo negó, y Tournay tuvo que capitular al cabo de pocas semanas. Animosos los aliados, se dirigieron so-

bre Mons y la pusieron sitio; pero Villars, resuelto á dar una accion general, obtuvo esta vez del Monarca francés que le permitiese oponerse al enemigo. Adelantóse hasta las llanuras de Malplaquet, y allí se dió la famosa batalla de este nombre, en que se derramó tanta sangre de una y de otra parte: Villars debia vencer, pero la fortuna le fué contraria. La derecha de los aliados estaba mandada por Malborough, el centro por el Príncipe Eugenio, y en la izquierda se hallaban los Holandeses. Villars opuso á la izquierda enemiga al general Boufflers, y al Duque de Malborough sus mas escogidas fuerzas mandadas por él mismo en persona. Ademas atrajo á los enemigos á un punto en que un inmenso bosque protegia á los Franceses, y en que los aliados peleaban á cuerpo descubierto. Ataca Boufflers á los Holandeses, los arrolla, los ahuyenta y persigue; el momento era decisivo si se hubiese peleado contra generales menos hábiles que los del enemigo; reune Villars sus mejores batallones y acomete la derecha del enemigo donde estaba Malborough; mas este distinguido gefe hace un hábil movimiento contra el centro de los Franceses que Villars acababa de debilitar, rompe la primera línea, revuelve Villars para acudir al socorro de los suyos, los rehace; pero en este momento de crísis cae herido. Al volver en sí preguntó si se habia ganado la batalla; pero los Franceses viéndole herido solo pensaron en retirarse, y lo hicieron con buen órden. Triunfaron los aliados; pero despues de haber perdido en la batalla veinte y un mil hombres, siendo así que los Franceses solo habian perdido ocho mil. Al cabo de pocos dias tuvo que capitular la plaza de Mons.

Capitulo IV.

Batalla de Zaragoza. Entrada del Archiduque en Madrid. Combate de Brihuega. Batalla de Villaviciosa. Congreso para tratar de la paz general. Sitio de Douai, Conquista de Gerona. Muerte del Emperador José. Congreso en Utrecht para tratar de la paz. Batalla de Denain. Paz de Utrecht. Sitio y toma de Barcelona y de Cardona.

La campaña de 1710 tuvo varias vicisitudes en la Peninsula: 1710.
fué al principio desastrosa, pero al cabo gloriosísima, y pue-

de decirse que á ella se debe la terminacion de la guerra general, y el afianzamiento de Felipe V en el trono de España. Púsose el Rey á la cabeza de un ejército númeroso á la verdad, pero poco disciplinado, por cuanto se componia casi enteramente de reclutas. Fatal preludio era este, preludio que no escapó á la perspicacia del enemigo, y le animó á dar batalla á nuestras tropas. Tomó posicion en las alturas de Almenara; donde no tardó en acometerle la caballería española; imprudente era la carga, porque el terreno no era apto para ella; así que no tardó en ser derrotada la caballería y en desordenar ella misma todo el ejército español. Adelantóse Staremberg, y sin pelear ganó la batalla; desbandóse todo el ejército sin oponer resistencia, y solo unos trece mil veteranos se agruparon al rededor del Monarca español para cubrir su retirada. Acosóle el enemigo con veinte y dos mil hombres, y en Peñalva acometió su retaguardia; mas esta le probó que no pertenecia á los fugitivos de Almenara, y le obligó á ser mas prudente, causándole una pérdida de mil y quinientos hombres, entre muertos y prisioneros. Felipe V llamó apresuradamente al Marqués de Bay, para que tomase el mando del ejército; pero apenas acababa de llegar, cuando en el monte Torrero le embistió Staremberg con fuerzas superiores; desbandóse el ejército como en Almenara, pero las consecuencias fueron mas fatales, porque cogió el enemigo cuatro mil prisioneros, y además toda la artillería y el bagaje. Los pueblos de Aragon volvieron á declararse por el vencedor, y Felipe tuvo que retirarse á Valladolid, mientras el Archiduque Cárlos entraba triunfante en la corte. Sin embargo este triunfo fué efímero, porque todo Madrid guardó profundo silencio, y solo gente pagada proclamaba al Archiduque. En el seno mismo de la victoria, y colocado en el centro de la Península se encontró este en una posicion no muy halagüeña. Su principal objeto era ver si podia conseguir reunirse con el ejército portugués que estaba en Estremadura, mas este no dió un paso, y en consecuencia se halló el ejército de Staremberg comprometido, sin comunicaciones y sin medios de subsistencia en medio de un pais enemigo. De las plazas fuertes que habian dejado los aliados á su espalda hacian frecuentes salidas las guarniciones, se echaban sobre los convoyes enemigos, los interceptaban, y

bacian cada dia mas precaria su situacion. Los habitantes fieles al Rey que habian jurado, acudian á reunirse á sus banderas; todos ofrecieron socorros en hombres y en dinero, y de esta suerte logró Felipe reunir en Valladolid y en Soria otro cuerpo de ejército; pensó entonces seriamente Felipe V en dar á su ejército, un general digno de mandarle, y reclamó del Monarca francés que le enviase al Duque de Vendoma. Llegó este en efecto, y sus modales y generosidad á par que su nombradía de general distinguido le ganaron una confianza general; de manera que los Españoles reunian medios de vencimiento, mientras los aliados no hacian mas que debilitarse con la inaccion. Conoció Starembergh que tenia que habérselas con un gefe no menos ilustre que él, y procuró por medio de la astucia atraerle al campo de batalla que le adecuaba. Su principal intento era que el ejército de Vendoma se dirigiese á las márgenes del Tajo para impedirle su union con el ejército portugués; no lo hizo así el ejército español, antes le esperó en el camino mismo de Zaragoza que era por donde intentaba retirarse. Al fin Starembergh conociendo que de nada servia su estratagema emprendió la retirada despues de haber evacuado á Madrid. El 3 de diciembre entró Felipe V en la corte, donde fué recibido con entusiasmo muy diferente de aquel que pensó haber inspirado el Archiduque, y se puso á la cabeza de sus tropas, sin quitar empero el mando á Vendoma. La retirada de los aliados era acompañada cada dia por un nuevo descalabro. La caballería y las guerrillas españolas estaban siempre á la mira, y cuando acometian á los rezagados del enemigo, que eran muchos, volvian siempre con la presa. De esta suerte, además de otros prisioneros que se hicieron, debe mencionarse un regimiento portugués que fué todo entero hecho prisionero. La marcha que en la retirada llevaban los aliados era la siguiente: Starembergh con el grueso del ejército llevaba la delantera, Stanhope cubria la retirada con un cuerpo de cinco mil ingleses. Este pernoctó el 6 de diciembre en Brihuega. Atento Vendoma á todos los movimientos del enemigo, arremetió contra Brihuega, rodeó la poblacion, la acometió con ímpetu, y al cabo de dos dias dió el asalto. Defendiéronse los Ingleses con denuedo; cada palmo de terreno costaba raudales de sangre; pero los sitiadores eran obstina-

dos, porque de esta operacion dependia en cierto modo la campaña. Al amanecer del dia 9 de diciembre abandonaron los Ingleses la poblacion y se hicieron fuertes en el castillo, pero tuvieron que rendirse al fin, cayendo en nuestro poder cerca de cinco mil hombres. Aun no sabia Starembergh el desastre acaecido á su retaguardia, y presumiendo que se defendia con teson acudió á salvarla. Esperáronle los Españoles en los campos de Villaviciosa, donde se dió la memorable batalla que debia decidir quien iba á ser rey de España. Felipe V se espuso en ella á los mayores riesgos, y su presencia ni mas ni menos que la confianza que se tenia en el general, contribuyó poderosamente á dar la victoria á sus tropas. Starenberg conoció que los Ingleses se habian rendido no oyendo resonar el cañon en Bribuega, y no quiso ya entonces admitir la batalla; pero Vendoma le obligó á defenderse atacándole á las tres de la tarde del dia 10 de diciembre. Es de saber que el ejército español habia destacado dos mil hombres de caballería para alejar á los cinco mil ingleses prisioneros, y este desmembramiento de fuerzas hizo que la batalla fuese mas reñida. Los primeros ataques de los Españoles contra las líneas alemanas fueron infructuosos; pero al fin acudió á tiempo nuestra numerosa caballería, cargó con ímpetu estraordinario, y logró al fin romper las alas enemigas. Llegó en aquel momento la noche para favorecer á Starembergh con los restos de su infantería. Formó de esta un cuadro que resistió á todas las acometidas, y pudo de esta suerte replegarse á un bosque donde se atrincheró. Los aliados perdieron en la batalla tres mil muertos, doble número de heridos, seis mil prisioneros, la artillería y el bagaje. Starembergh logró con los tristes restos de sus batallones, diezmados á cada momento por las cargas de nuestra caballería, que le perseguia incesantemente, llegar por fin con mengua á Balaguer, de donde habia salido con esperanzas y con gloria.

Entretanto daba el Monarca francés algunos pasos para solicitar la paz. Antes de la batalla de Malplaquet los habia dado ya, aunque infructuosos; pero tan grandes descalabros como habian sufrido sus ejércitos, y la pérdida de los Paises Bajos, y de las plazas de Lila, Tournay y Mons le obligaron á hacer nuevas proposiciones. Abrióse en consecuencia un congreso

en Gertruidenberg, poblacion de Holanda; y llegó á tal punto el deseo de paz que animaba al Monarca francés que estuvo á punto de firmar cuantas condiciones exigieron los enemigos de la casa de Borbon. Mas estos, ó por mejor decir el Príncipe Eugenio y el Duque de Malborough no deseaban sinceramente la paz, sino solamente humillar hasta el último estremo á Luis XIV. Ambos generales mientras duraba la guerra dominaban así en Austria como en Inglaterra, y podian llamarse con verdad los árbitros de la alianza. Malborough se habia hecho de su parte el ministerio inglés, mandaba á la misma Reina de Inglaterra, y se habia grangeado un partido que le sostenia en el parlamento. Por otra parte los Holandeses odiaban de muerte á Luis XIV, no solo porque anteriormente habia querido destruirles, sino tambien porque el espíritu republicano que les odiaba se oponia diametralmente al poder absoluto que representaba en Francia Luis XIV. Así que, exigieron en el congreso que la Francia se obligase con sus ejércitos á destronar por sí sola á Felipe V. Esta proposicion era el colmo del absurdo, y no fué posible que siguiesen adelante las negociaciones para la paz. Entretanto no permanecieron inactivos los aliados, antes se apoderaron de varias plazas fuertes, é hicieron incursiones hasta las cercanias de Paris. Al fin de esta campaña, las únicas esperanzas que tenia la Francia se concentraban en la persona del mariscal de Villars, que iba sanando de su herida.

En 1711, á pesar de sus apuros envió Luis XIV á España un 1711.
cuerpo de catorce mil hombres que entró en Cataluña, y puso sitio á Gerona. La clemencia que mostró el general francés que mandaba aquellas tropas, mucho mas que las operaciones militares, redujeron á Gerona á la obediencia; y viendo que el perdon ofrecido se cumplia, empezaron á calmarse los ánimos de muchos pueblos del Principado, entre ellos Vich y todos los del valle de Aran. A la sazon, desalentados los Alemanes no opusieron la menor resistencia al Duque de Vendoma, que á la cabeza del victorioso ejército español pasó el Segre, entró en Balaguer y otras poblaciones, mientras que un cuerpo de ejército se apoderaba de casi toda la alta Cataluña, y se daba la mano con los Franceses que ocupaban el Ampurdan. Los Austriacos con nueve mil hombres, resto de su brillante

ejército, se limitaron á poner en estado de defensa las plazas de Barcelona y Tarragona. Supo por entonces el Archiduque Cárlos que acababa de morir sin sucesion su hermano el Emperador de Alemania, y dejó la Cataluña para ponerse á la cabeza del imperio. En la raya de Portugal no tuvieron lugar encuentros de mucha importancia, solo sí que Vimioso y otros puntos de segundo órden cayeron en poder de los Españoles, mientras se apoderaban los Portugueses de Miranda de Duero. Al propio tiempo acaeció en Francia la muerte de Luis el delfin, y fué declarado tal el Duque de Borgoña, hermano de Felipe V.

Era de ver que la batalla de Villaviciosa habia decidido de todo punto la guerra de la Península. Además la muerte del emperador José de Alemania mudaba enteramente el aspecto de las cosas; pues el Archiduqne Cárlos fué reconocido publicamente Emperador, y ya no tenia deseos de abandonar el imperio por la aniquilada España. Además no les interesaba á los Ingleses ni á los Holandeses que la corona de España y la de Alemania é Italia se concentrasen en una misma frente, pues de esta suerte solo hubieran hecho la guerra á la Francia para levantar un poder colosal en Europa. Añádese á esto que los Ingleses estaban cansados de enviar mas tropas á España, á la que llamaban el degolladero, pues en efecto habian perecido en la Península la flor de los soldados de Inglaterra. Aconteció tambien por esta época que la Duquesa de Malborough, hasta entonces favorita muy íntima de la Reina de Inglaterra, cayó de su valimiento, pues ya no le fué posible á la Reina sufrir por mas tiempo su carácter orgulloso é indomable. Siguióse de ahí la caida de Malborough y la del partido que se habia ganado, con lo cual los Torys dominaron á los que hasta entonces se habian mostrado decididos por la guerra. Naturalmente debian empezar las negociaciones entre Francia é Inglaterra, ya porque Luis XIV deseaba sinceramente la paz, ya tambien porque el pueblo inglés estaba cansado de derramar sin fruto tanto oro y tanta sangre. Ambas potencias firmaron pues los preliminares de paz siguientes:

1.° Que el Rey de Francia reconoceria á Ana por verdadera reina de Inglaterra, y la sucesion de aquella corona segun la constitucion en que se hallaba.

2.° Que convenia gustoso y de buena fe, en que se tomasen las precauciones justas y razonables, para que nunca se juntasen en la persona de un mismo príncipe las coronas de España y Francia.

3.° Que persuadido que una potencia tan grande seria contraria al bien y tranquilidad de la Europa, su intencion era que los Príncipes y estados empeñados en esta guerra discurriesen una razonable satisfaccion en el tratado de paz hacedero, y que restableciesen el comercio, y lo mantuviesen en lo venidero en beneficio de Inglaterra, Holanda y demas naciones comerciantes.

4.° Que queriendo S. M. C. guardar los artículos de la paz futura, y fortificar las fronteras de su reino sin inquietar en modo alguno los estados confinantes, consentiria que los Holandeses fuesen puestos en posesion de las plazas fuertes de los Paises Bajos, que se especificarian, las cuales en lo porvenir les servirian de barrera contra toda invasion de la Francia.

5.° Que igualmente consentiria se formase otra barrera segura por parte del imperio de Alemania.

6.° Que sin embargo de que Dunkerque le habia costado grandísimas sumas para adquirirle, fortificarle y mantenerle, y debia gastar mucho en demoler las obras, se obligaria á demolerlas inmediatamente despues de concluida la paz, con tal que se le diese equivalencia.

7.° Que como la Inglaterra no podia dar equivalencia, la discusion se remitiria á las conferencias de la paz.

8.° Que comenzadas las conferencias se discutirian de buena fe y amistosamente las pretensiones de los Príncipes y estados beligerantes, sin omitir nada para concertarlas y concluirlas á satisfaccion de los interesados.

La Holanda quedó sorprendida vivamente al saber semejante convenio, y se apresuró á tomar parte en él. Abrióse en breve el congreso de Utrecht, al que asistieron plenipotenciarios de todas las potencias para tratar de la paz general. No bien supo el Duque de Malborough que se habian firmado los preliminares de paz, cuando abandonó su ejército con que acababa de forzar las líneas de Montreuil, y de apoderarse de la importante plaza de Berichain.

Aguardábase con impaciencia en la Península que se firmase 1712.

la paz deseada; y entretanto casi no tuvo lugar movimiento alguno militar así en Cataluña como en la raya de Portugal. Así los Franceses como los Españoles tuvieron que llorar por entonces la muerte del famoso Duque de Vendoma, guerrero hábil, ídolo de las tropas y de cuantos gefes le rodeaban. Las negociaciones de Utrech seguian un curso lento, porque el príncipe Eugenio estaba interesado en la prolongacion de la lucha, y supo por medio de su agentes mover á cada paso dificultades. A la sazon, abrumado Luis XIV con las desgracias del último período de su reinado, vió además cebarse la muerte con los miembros de su familia; no solo pereció el Delfin, como hemos dicho ya, si que tambien el anterior Duque de Borgoña y el de Bretaña; de suerte que para que no sucediese á la corona de Francia Felipe V rey de España solo era impedimento el segundo hijo del Delfin, que era achacoso por demas, y no prometia muchos años de vida. Amenazaban pues dos riesgos á la vez: primero, que el archiduque Cárlos uniese á la corona de Austria la de España, y segundo que Felipe V uniese á la corona de España la de Francia. Para ponerse de buena fé, ratificó Felipe V su renuncia á todos los derechos que pudiesen competerle sobre la corona de Francia, y contenta con ello la Reina de Inglaterra hizo por manera que continuasen las negociaciones. Pero entretanto el nuevo Emperador de Alemania, instigado por el príncipe Eugenio que queria probar los azares de la guerra sin la cooperacion del Duque de Malborough, hizo que en Flándes se llevase adelante con teson la guerra. Reunió un ejército de ciento veinte mil hombres; en vano el Monarca francés deseoso de paz, se obligó á cederle la plaza de Landau, á restituir la de Strasburgo de que se habia apoderado, y á renunciar á la soberanía suprema de la Alsacia; obstinado el Emperador quiso acabar de humillar con una nueva campaña á Luis XIV, á quien odiaba. Reunió este cien mil hombres, y dió el mando al mariscal de Villars ya restablecido de sus heridas. Este era el único gefe y el único ejército que quedaba á la Francia, ejército que si hubiese sido destruido arrastraba consigo la ruina de la casa de Borbon. Eugenio colocó un cuerpo de ejército en Denain, coloca sus almacenes en Marchiennes, y pasa en persona á dirigir el sitio de Landreci. El astuto cuanto prudente Villars hace amagos

de querer acometerle en su acampamento; créelo el príncipe Eugenio, y se prepara para una gran batalla; pero Villars á favor de un hábil movimiento cae sobre Denain, destroza á los Austriacos, y se apodera de aquel punto. Irritado Eugenio marcha contra él; pero Villar habia tomado tan bien sus medidas que el príncipe Eugenio tiene que replegarse; entretanto se apoderaron los Franceses de Marchiennes, hacen levantar el sitio de Landresi, reconquistan varias plazas de primer órden, hacen perder á los Austriacos sobre cincuenta batallones y los rechazan hasta mas allá de la frontera. De esta suerte un buen general animado de un celo patriótico, venció á otro buen general lleno solo de ambiciosas miras.

En la Península, Starembergh dió principio á la campaña 1713.
poniendo cerco á Gerona. Sin embargo, enviaron los Franceses catorce mil hombres á las órdenes del Duque de Berwick, que obligaron á los Austriacos á levantar el sitio y á retirarse á Barcelona. Por este tiempo se firmó la paz de Utrecht. Convínose que se restituirian á Luis XIV varias plazas de la Flándes francesa entre ellas la importante de Lila; se reconoció á Felipe V por rey de España y de las Indias con la condicion de que cedia este Gibraltar y Menorca á los Inglese, la Sicilia al Duque de Saboya, Namur, y el Luxemburgo al elector de Baviera y los reinos de Nápoles, Cerdeña y el ducado de Milan, á la casa de Austria. Obligáronse los Alemanes á evacuar la Cataluña, y se concedió ademas á los Ingleses que fuesen los únicos que pudiesen vender negros en la América española. A consecuencia de este tratado Starembergh evacuó la plaza de Tarragona, y dió en ella entrada á las tropas de Felipe V. En Barcelona no le fué posible hacer lo mismo, porque hubiera tenido lugar una lucha con los habitantes en que seguramente no hubiera llevado lo mejor. Además, interesábale á Staremberg descartarse de una parte de sus tropas que ya por entonces no necesitaba el imperio, y permitió que se alistasen secretamente para quedar á sueldo de los Catalanes. Estos pues persistieron en no querer reconocer á Felipe V, antes se prepararon para hacer una resistencia tenaz. Felipe V reunió entonces cuantas tropas tenia en España, y las dirigió sobre Cataluña al mando del Duque de Pópoli. Apoderóse este de varios puntos fortificados en la montaña, y solo quedaban ya

á los Catalanes las plazas de Cardona y de Barcelona. Adelantóse el Duque de Pópoli, y puso sitio á la capital del Principado, mientras Felipe estaba reuniendo córtes en las que estableció la constitucion ó pragmática siguiente, á la que se ha dado el nombre de ley Sálica, y que es un documento histórico que debe tenerse á la vista, documento á que se dió sancion en aquella época para remover toda sospecha de que pudiese un monarca estranjero venir á reinar en España. Hubo grande oposicion al tratarse de sancionarla; pero empeñado el Rey en ello, se hizo así para no disgustarle. Dice de esta suerte:

«Don Felipe por la gracia de Dios Rey de España etc. Mando que de hoy en adelante la sucesion de estos reinos... sea en la forma siguiente: Al fin de mis dias el príncipe de Asturias, Luis mi amado hijo sucederá en esta corona, y despues de su muerte, su hijo mayor legítimo, y los hijos y descendientes varones descendientes de este, descendientes de varones legítimos en línea recta legítima, nacidos todos de matrimonio constante, siguiendo el órden de primogenitura y derecho de representacion conforme á la ley de Toro: y en defecto del hijo primogénito del Príncipe y de todos sus descendientes varones descendientes de varones que deben suceder segun el órden arriba dicho, sucederá el hijo segundo legítimo en línea recta legítima, todos nacidos de constante y legítimo matrimonio, siguiendo el mismo órden de primogenitura, y las mismas reglas de representacion sin alguna diferencia. Y en defecto de descendientes varones del hijo segundo del Príncipe, sucederá el tercero y cuarto, y los otros que serán legítimos, y los hijos de estos varones igualmente legítimos, y en línea recta legítima, y todos nacidos de constante y legítimo matrimonio, siguiendo el mismo órden hasta la extincion y fin de las líneas varoniles de cada uno de ellos; observando siempre rigurosamente la agnacion, y el órden de primogenitura con el derecho de representacion prefiriendo siempre las líneas primeras y anteriores á las posteriores. Y en defecto de todos los descendientes varones en líneas rectas de varones en varones del Príncipe, el infante Don Felipe mi caro hijo sucederá en estos reynos y en esta corona, y en su defecto sus hijos y descendientes varones legítimos y en línea recta legítima, nacidos en constante matrimonio, guardando y observando en todo el

órden mismo de sucesion arriba expresado para los descendientes varones del Príncipe : y en defecto del Infante y de sus hijos y descendientes de varones, se devolverá la sucesion siguiendo las mismas reglas y el mismo órden de primogenitura y representacion, á los otros hijos que tendré de grado en grado, prefiriendo el primogénito al segundo, y respectivamente sus hijos y descendientes varones legítimos y en línea recta legítima, nacidos todos en constante y legítimo matrimonio, observando puntualmente respecto á ello la agnacion rigurosa, y prefiriendo siempre las líneas masculinas primeras y anteriores á las posteriores hasta que sean del todo acabadas y extinguidas. Cuando todas las líneas masculinas del Príncipe, del Infante y de mis otros hijos y descendientes legitimos, varones descendientes de varones se habrán estinguido del todo y que por consiguiente no quedará ningun varon agnado legítimo descendiente de mí en quien pueda recaer la corona segun las reglas arriba puestas, la sucesion de estos reynos pertenecerá á la hija ó hijas, nacidas de constante matrimonio del último reynante varon mi agnado, que habrá concluido la línea masculina, y cuyo fallecimiento habrá causado la vacante, observando entre ellas el órden de primogenitura y las reglas de representacion, prefiriendo las líneas anteriores á las posteriores conforme á las leyes de estos reynos, siendo mi voluntad que la hija mayor ó aquel de sus descendientes que en caso de ser muerta antes que él, sucediese en estos reynos restauren como cabeza de línea, la agnacion rigurosa entre sus hijos varones en constante y legítimo matrimonio y entre sus descendientes legítimos; de forma que despues de la muerte de dicha hija mayor ó de aquel de sus descendientes que reynará pertenezca la sucesion á sus hijos nacidos en constante y legítimo matrimonio con el mismo órden de primogenitura derecho de representacion, preferencia de línea y regla de agnacion rigurosa sobredichas, y que quedan establecidas entre los hijos y descendientes varones del Príncipe, del Infante y demas hijos mios. Lo mismo quiero se observe en órden á la segunda hija del Rey mi agnado que reynará el último y en órden á las otras hijas que tendrá; pues sucediendo alguna de ellas en la corona segun su grado, aquel de sus descendientes que en caso de ser muerta primero que él tendrá el derecho, deberá estable-

cer la agnacion rigurosa entre sus hijos nacidos en legítimo y constante matrimonio y sus descendientes varones descendientes de varones de los dichos hijos legítimos siguiendo la línea recta nacidos en matrimonio constante y legítimo; debiéndose arreglar la sucesion entre dichos hijos y sus descendientes varones descendientes de varones de la hija mayor, hasta que todas las líneas masculinas sean estinguidas, guardando las reglas de rigorosa agnacion. Y en caso de que el último varon agnado mio que reynare no tuviese hija legítima de legítimo matrimonio, ni descendientes legítimos de líneas legítimas, la sucesion pertenecerá á la hermana ó hermanas que tuviere descendientes mias legítimamente, y nacidas en línea legítima de matrimonio constante legítimo, una detrás de otra, prefiriendo la mayor á la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos y en línea recta, todos nacidos de matrimonio constante legítimo, segun el mismo órden de primogenitura, y preferencia de líneas y derechos de representacion, segun las leyes de estos reynos, conforme á lo dicho arriba de la sucesion de las hijas del último reynante; debiendo ser igualmente reproducida la agnacion rigurosa entre las hijas que tuviere la hermana, (ó aquel de sus descendientes, que en caso de morir ella primero que él, sucediere en la Monarquía) nacidos de matrimonio constante legítimo, y entre los descendientes varones de dichos hijos legítimos nacidos en línea recta legítima de matrimonio constante, legitimo, y entre los descendientes varones, descendientes de varones de dichos hijos legítimos los cuales deberán suceder segun el mismo órden y forma explicados arriba, respecto á los hijos y descendientes de las hijas de dicho último reynante, observando siempre las reglas de rigurosa agnacion. Y si el último reynante no tuviere hermano ó hermanas, la sucesion de la corona pertenecerá al colateral descendiente de mí legítimamente y en línea recta legítima, que fuere pariente mas cercano de dicho último reynante, sea varon ó hembra, y á sus hijos y descendientes legítimos en línea recta legítima, todos nacidos en matrimonio constante legítimo, y siguiendo el mismo órden y las mismas reglas segun las quales serán llamados los hijos y descendientes de las hijas del dicho último Rey; y en la persona del mismo pariente mas cercano, varon ó hembra á quien

irá á parar la sucesion se deberá restaurar igualmente la agnacion rigurosa entre sus hijos varones legítimos, descendientes de varones legítimos y nacidos legítimamente en línea recta, de constante legítimo matrimonio, los quales deberán suceder segun el mismo órden y disposicion arriba dichos de los hijos ó hijas de dicho último reynante hasta que queden varones descendientes de varones, y se hayan acabado todas las líneas masculinas. Y en el caso de que el último reynante no tuviere parientes colaterales de los antedichos, varones ó hembras legítimos descendientes de mis hijos y de mí, y en línea legítima, la sucesion á la corona pertenecerá á las hijas que yo tuviere nacidas en matrimonio constante legítimo, y una detrás de otra prefiriendo la mayor á la menor y respectivamente sus hijos y descendientes, nacidos todos en línea legítima y en matrimonio legítimo observando entre ellos el órden de primogenitura y las reglas de representacion, y prefiriendo las líneas anteriores á las posteriores como queda establecido arriba en todos los casos en que son llamados los varones y hembras. Tambien es mi voluntad que la persona de qualquiera de mis ya citadas hijas, ó de sus descendientes que sucederian en esta Monaquía en caso de ser muerta antes de la vacante del trono, se restaure igualmente la agnacion rigurosa entre los hijos de los que reynarán, nacidos en matrimonio constante legítimo y entre sus hijos y descendientes varones legítimos, y nacidos todos en línea recta legítima, los quales deberán segun el mismo órden, y las mismas reglas establecidas para los casos arriba notados hasta tanto que no queden varones descendientes de varones, y que todas las líneas masculinas se hayan estinguido del todo.»

Entretanto el mariscal de Villars se dirigia sobre Landau, y se apoderaba de la plaza, pasaba el Rin, entraba en Triburgh, y recorria las provincias de Maguncia, la Suavia y el Palatinado. Conoció entonces el Emperador de Austria que habia andado imprudente en no querer firmar la paz de Utrecht, y de esta suerte terminó la terrible lucha de trece años, que habia puesto á la Francia en un verdadero apuro que causó la devastacion de toda la Península, pero que avivó en su seno aquella llama belicosa que parecia apagada desde que Fernando V habia lanzado á los Moros de Granada.

1714. Este año concluyeron y firmaron paz en Rastadt Luis XIV y el Emperador de Austria, eligiendo por plenipotenciarios al mariscal de Villars y al príncipe Eugenio que tanta gloria habian adquirido : estipulóse que el Emperador de Austria entrase en posesion de todos los Paises Bajos que antes de la guerra de sucesion pertenecian á la España. En esta no estaba aun terminada la discordia civil , pues se defendia aun obstinadamente la plaza de Barcelona. Animaba la desesperacion á los Catalanes, pues despues de haber hecho los mayores sacrificios para sostener al Archiduque se veian abandonados á su propia suerte. En vano sitiaba la capital el Duque de Popoli: Felipe conoció que seria larga la lucha si no reclamaba auxilios de su abuelo. Envióle este veinte mil hombres mas al mando del Duque de Berwick ; y á pesar de esto y de que una numerosa escuadra bloqueaba el puerto de Barcelona , defendíanse los Catalanes como á leones. Viejos , niños, mugeres y aun sacerdotes (dolor da el decirlo !), se armaban con un entusiasmo digno de los tiempos de Numancia, hacian frecuentes salidas que causaban considerables pérdidas á los sitiadores , y se hacian matar con furor y con encarnizamiento. Sufrieron un bombardeo horroroso; rechazaron con teson inaudito muchos asaltos, y en el asalto general pusieron el colmo á su intrepidez y denuedo , que se hubiera llamado heroismo si hubiese triunfado la casa de Austria. Dueño Berwick de las murallas y de media ciudad , creyó que esta era suya ; pero en aquel momento volvieron á acometerle los Barceloneses, le rechazaron hasta la trinchera , y allí hubieran triunfado á no llegar en aquel trance batallones franceses de refuerzo. Al fin tuvieron que rendirse los defensores despues de haber muerto á mas de cuatro mil asaltantes, y de haber perdido otro tanto de gente. Hubo quien aconsejó á Felipe que arrasase la ciudad : pero si se arrasa , dice un historiador , un pueblo pequeño como Játiva , no se hace lo mismo con una ciudad rica y grande como Barcelona. Además , los que tal aconsejaron conocian muy poco el carácter catalan, pues tan bárbara accion hubiera solo logrado levantar en masa toda la Cataluña para acabar con quien tan cruel se hubiese mostrado. A la rendicion de Barcelona siguió en breve la de Cardona.

A la sazon lloraba Felipe V la prematura muerte de la Rei-

na que murió de sobreparto del infante Don Fernando; pero, reclamaba el Consejo que contrajese nuevo matrimonio y eligió por segunda esposa á la princesa Isabel de Farnesio, heredera del ducado de Parma y del de Plasencia. Era esta señora digna de ser reina de España, por su noble carácter y su energía: Así que llegó á Madrid fué su primer acto desterrar del reino á la Princesa de Ursinos, cuyo no merecido valimiento habia acarreado á la Monarquía española incalculables desgracias.

Capitulo V.

Vuelve Mallorca al poder de Espana. Muerte del Monarca francés. Alberoni. Sus proyectos. Conquista de Cerdeña. Espedicion de Sicilia. Combate naval de Araich. Cuádruple alianza. Caida de Alberoni.

Habiase estipulado en la capitulacion de Barcelona que los 1715.
Catalanes invitarian á los Mallorquines á que volviesen á la obediencia de Felipe V. Pero la isla de Mallorca se resistió á ello hasta que el Rey envió allá al Conde Asfeld con un cuerpo de ejército de diez mil hombres, y vieron que era inútil oponer mas resistencia. Pacificada ya toda la Monarquía, pensó seriamente Felipe en aprovechar el ardor patrio que esos años de terrible lucha habian inflamado en el corazon de los Españoles, y poner en órden la administracion pública que tan mal parada encontró al principio de su reinado.

Murió á la sazon su abuelo Luis XIV, apellidado justamente el grande por su carácter, por sus empresas colosales, por su genio militar y político y por lo mucho que adelantó durante su reinado la civilizacion. Sucedióle su biznieto el Duque de Borgoña con el nombre de Luis XV; apenas tenia entonces seis años de edad, y fué reconocido por regente de la monarquía, á causa de ser el primer príncipe de la sangre, el Duque de Orleans.

El año siguiente acometieron los Turcos por mar y tierra á 1716.
los Venecianos, é hiciéronlo con tantas fuerzas, que llegaron á infundir fundadísimos temores á aquella república. Como era

antigua costumbre reclamaron al momento socorros de todos los Príncipes católicos, y lo que nadie creia, enviole la España algunos bastante cuantiosos, atendida la larga y deplorable lucha que parecia haber debido aniquilarla. Don Baltasar de Guevara se hizo á la vela con cuantas galeras fué posible reunir, y con ocho mil hombres de desembarco. Ese astuto gefe reunió durante su travesía cuantos buques encontraba al paso, presentóse delante de Corfú cuyo punto amenazaban los Turcos, y creyendo que se aparecia por aquellas aguas una poderosa escuadra, se desbandaron huyendo en todas direcciones, y abandonando muchos buques de transporte. Movió á Felipe á hacer esta espedicion el presentarse á los ojos de la Francia como Monarca poderoso. Desde la muerte de su abuelo no corria muy en armonía con el regente Duque de Orleans, con quien estuvo enemistado cuando mandaba el ejército español; y como el de Orleans era heredero presuntivo del trono de Francia, atendida la renuncia hecha por el Monarca español, no le pesaba á este dar á entender al regente que en caso de morir niño el enfermizo Luis XV tal vez podria disputarle esa corona que reputaba tan segura en su cabeza.

Nació por este tiempo el infante Don Cárlos, y no sin zozobra vió la corte de Viena el nacimiento de un Príncipe que era heredero de los ducados de Parma, de Plasencia y de Toscana, y que hacia temer que volverian los Españoles á Italia. No era infundado este temor pues hemos dicho ya que la nueva Reina estaba dotada de mucha energia, y además empezaba á dirigir las riendas del estado Alberoni, hombre de elevadas miras, que intentaba revolucionar la Europa entera. Era de obscuro orígen, y habiéndose educado en el palacio del obispo de Plasencia, logró ascender á la dignidad de canónigo; mas esto era muy poco para sus ideas de dominacion y mando; hízose amigo del Duque de Vendoma, siguióle á España, medró despues bajo la proteccion de la Ursinos; y supo sostenerse despues que esta hubo caido: empezóse á consultarle en todas las deliberaciones de gobierno, y acabó por ser el favorito del Rey y de la Reina. A él se debió principalmente la idea de la espedicion á Corfú, y quedó tan pagado de ello el sumo Pontífice, que desde entonces adquirió Alberoni nueva valía á los ojos de todos, y vino á ser el único que dirigia los negocios de España

Su primer paso fué reconciliar con el Papa al Monarca español, cosa que no fué difícil de conseguir atendido el éxito de la espedicion de Corfú. Además, el transcurso de algunos años habia debilitado ya en el noble y bondadoso ánimo de Felipe V. la idea de la debilidad del Papa en reconocer en 1709 al Archiduque por rey de España: en premio consiguió Alberoni el capelo de cardenal, el obispado de Málaga, en seguida el arzobispado de Sevilla y el título de grande de España; á este siguió el nombramiento de primer ministro. Así que se vió revestido del poder hizo estraordinarios esfuerzos para mejorar el ramo de rentas reales, para crear un ejército aguerrido, y para volver la España al rango que habia ocupado. Sus talentos eran vastos y su saber prodigioso, pero lo que hubiera podido practicar cincuenta años antes no pudo lograrlo en 1717. Sus planes abrazaban la Europa entera y estuvo á punto de producir una mudanza general. Formó á la vez el proyecto de reconquistar la Sicilia y la Cerdeña, de dar nueva constitucion á la Inglaterra, y de promover una guerra civil en Francia. Negociaba á la vez con el Papa, con la Puerta Otomana, con Pedro el grande, y con el célebre cuanto desgraciado Cárlos XII de Suecia. Casi empeñó al Turco á mover guerra contra la casa de Austria, y á los Monarcas de Rusia y de Suecia para que entronizasen en Inglaterra á la dinastía que Guillermo III habia destronado. Alberoni habia fijado en su interior la época en que todos sus planes debian estallar; mas la impaciencia de Felipe, atizada por su encono contra el Emperador de Austria hizo precipitarlos. Reunióse en Barcelona una fuerte escuadra con ocho mil seiscientos hombres de desembarco y dió á la vela. Creíase en Europa que se dirigia este apresto contra los Turcos; mas de repente se supo con admiracion que los Españoles se habian apoderado de Cerdeña; y que Alberoni acababa de publicar, en forma de carta dirigida á los enviados de España en las cortes estranjeras, el siguiente manifiesto, en que esplicaba las causas que habian motivado la espedicion á Cerdeña. Decia: 1717.

« Sin duda V. E. habrá quedado sorprendido con la noticia de que las armas del Rey nuestro amo iban á emplearse en la conquista de Cerdeña, cuando todos estaban persuadidos y la cristiandad se prometia iban á reforzar la escuadra de los Cris-

tianos contra el Turco, en consecuencia de las promesas que S. M. impelido de los movimientos de su religiosidad y corazon tenia hechas al Papa. Confieso á V. E. que yo no esperaba tan presto semejante destino de las armas del Rey, y dándome frecuentes ocasiones de estar cerca de su persona el empleo que tengo la honra de ejercer, creo me ha de hacer conocer mejor que á ningun otro, su justicia, su rectitud, la religion con que mantiene su palabra, la delicadeza de su conciencia, y en fin, la grandeza de su ánimo, á prueba de las mayores adversidades: cualidades que le hacen dignísimo sucesor de aquellos príncipes que merecieron por su piedad ser puestos en el número de los santos, y tener el título especial de ser *Reyes católicos*.

« En efecto, quien á primera vista no se maravillará de que un Príncipe cuyas virtudes son alabadas de todo el mundo, que le conoce incapaz de sacrificar su justicia á su gloria, comience las primeras hostilidades contra el Archiduque, actualmente en guerra abierta con el Sultan de los Turcos, y en un tiempo en que las costas del estado eclesiástico parece están espuestas á sus invasiones?

« Despues de haber S. M. guardado en este punto un profundo silencio, finalmente se ha dignado participarme por sí mismo las causas y motivos de su resolucion, y al mismo tiempo me ha mandado informar de ello á V. E., como lo voy á hacer con la brevedad que me permite lo importante de la materia.

« Las personas que formaron la planta de la última paz creyeron que para conseguirla era necesario que el Rey nuestro amo cediese una parte de sus estados, y S. M. no ha rehusado hacer este sacrificio, con el fin de llegar al restablecimiento de la tranquilidad en el comercio de las naciones. S. M. ha entrado en las medidas que aquellas habian tomado con su acostumbrada grandeza de ánimo lisonjeándose de que por lo menos los tratados tendrian el debido cumplimiento, y que sus pueblos, cuyos males sentia mas que las desgracias propias, gozarian en descanso la gloria debida á sus virtudes.

« Pero despues de haber cedido el reino de Sicilia para obtener la evacuacion de Cataluña y Mallorca, con el fin de procurar á la España la quietud que no rehusa comprar á tal pre-

cio, no tardó en advertir que habia tratado con potencias, no todas igualmente celosas que S. M. en cumplir sus empeños. Los que debian evacuar la Cataluña tuvieron ocultas largo tiempo las órdenes recibidas. Ni fueron sus superiores quienes les constriñeron á manifestarlas, sino sus aliados mismos, los cuales les obligaron por lo menos á fingir querian poner en ejecucion los tratados; lo cual dió motivo á que el Rey nuestro amo pidiese le restituyesen las plazas que le debian ser restituidas. No habia cosa mas fácil á los oficiales del Archiduque que el entregarlas á los del Rey, siguiendo el uso de las otras potencias cuando han prometido restituir alguna plaza; en los mismos términos con que ha sido estipulado el tratado, que las de Cataluña serian restituidas al Rey. Pero estos oficiales, faltando á su palabra, y violando la fe que se guarda aun á los enemigos, se contentaron con solo sacar sus tropas, dando esperanzas á los Catalanes de que volverian luego con fuerzas mayores, y fomentando así la lealtad de los sediciosos rebeldes con animarles á una resistencia obstinada. Y á fin de que esta fuese mas larga y de mayor desdoro de las armas del Rey, los generales del Archiduque permitieron á aquellos amotinados al tiempo de embarcarse, se quedasen con los caballos de su tropa. Quisieron asimismo entregarles á Hostalric, plaza que ellos mismos habian pedido al Rey, y S. M. les habia concedido para asilo y seguridad de las tropas del Archiduque que debian embarcarse.

« ¡ Qué gastos, que males no ha ocasionado á España, esta falta de fe, estas contravenciones á tan solemne tratado! hubiera sido menos duro continuar la guerra, y mas glorioso arrostrar sus peligros.

« El deseo de mantener la quietud pública supera los justos resentimientos de S. M. Disimula el Rey los continuos socorros enviados de Nápoles para sostener la sublevacion y reanimar la audacia de los rebeldes. Procura despues de una guerra tan larga como costosa, y otra que no tiene este nombre, restablecer el descanso de sus tropas. Hubiera costado menos á S. M. dar al público sus justos resentimientos contra tan indigno é injurioso procedimiento, é invadir con sus escuadras y ejércitos los estados poseidos por el Archiduque. Sin embargo, tanta moderacion de S. M. aun no bastó para dete-

ner la mala fe con que le trataban. Los gobernadores del Archiduque enviaron órdenes á los comandantes de Mallorca, de que aquella isla volviese á la obediencia del Rey; pero prevenidos estos de otras órdenes anteriores, difirieron la ejecucion de las últimas, y bajo varios pretextos procuraron ir ganando tiempo para dar lugar á que llegasen los socorros alemanes, y obligar así á S. M. á una nueva guerra, á la prevencion de una escuadra, y á poner nuevos sitios: fuentes de nuevos males y de nuevos gastos para toda España, las cuales no se secaron sino con la conquista de aquella isla y sujecion de sus habitantes.

« Parece natural el creer, que el ministerio de Viena debiera entonces á lo menos esconder la mano que tuvo en el levantamiento de los vasallos del Rey; pero por el contrario se declara autor de la rebelion, y el alma de cuanto se habia ejecutado de mas indigno por los faccionarios; y además distingue con recompensas á los rebeldes que mas se distinguieron en el levantamiento.

« La guerra con el Turco proporciona á S. M. la ocasion de vindicarse y de recobrar los estados que el Archiduque le habia usurpado; pero no hace caso de una coyuntura tan favorable, y no solo no lleva la guerra á Italia, descuidando sus propias ventajas, sino que aun contribuye á la grandeza de su enemigo, por un principio de religion, y de un celo igualmente cristiano, suministrando poderosos auxilios á los aliados del Archiduque; poniéndole así en estado de vencer al enemigo comun de todos ellos.

« Creyó el Rey que tan generosa conducta por su parte, cuando no inspirase al Archiduque deseos de paz, á lo menos le empeñaria á tener á su persona las atenciones y miramientos que se guardan aun entre enemigos declarados y entre dos generales de dos ejércitos á la vista. Pero nada de esto ha sucedido; antes todo lo contrario. Se han publicado en Viena, en Italia y en Flándes declaraciones no del todo correspondientes á la persona de S. M. y á su corona. Y para añadir los hechos á las palabras, ha sido arrestado el inquisidor general de España, sin embargo de llevar pasaporte de su Santidad, aprobado y autorizado por el cardenal Lerotemback. Esta postrer ofensa ha renovado la memoria de las anteriores, y la

obligacion en que se halla el Rey de vindicar á sus pueblos de las injurias que no podria disimular sin envilecer su propia autoridad, los cuales de lo contrario le mirarian como incapaz de mantener y defender su reposo. Finalmente semejante insulto hecho al Rey en la persona de su inquisidor general ha hecho conocer á S. M. que el ministerio de Viena va siempre buscando las ocasiones de abatir á una nacion tan delicada en el honor, y ofendida por una injuria pública hecha á la persona de su Rey. Estas serias reflexiones han empeñado la justicia de S. M. á emplear en una legítima vindicta las fuerzas destinadas contra los enemigos del Archiduque.

«Sabe V. E. cuanto desea S. M. los aumentos de la Iglesia, y en consecuencia debe V. E. hacer ver cuan poderosos han sido los motivos que han suspendido los esfuerzos de su piedad, destinados á contribuir á los aumentos mismos. Yo mismo sufro una sensible mortificacion al ver diferidos los socorros esperados del Papa, y siento un grave dolor por el resentimiento que el Rey no puede menos de manifestar. Hubiera yo querido que los ministros de tan gran Príncipe como el Archiduque hubiesen formado proyectos dignos de su señor, en vez de grangearse el vituperio de toda Europa por una serie de contravenciones manifiestas de los mas solemnes tratados.

«Yo ruego á Dios conserve á V. E. el largo tiempo que le deseo.— De Madrid á 9 de agosto de 1717.»

Tan inesperado golpe alarmó sobremanera á las potencias europeas, que no estaban acostumbradas de mucho tiempo á que diese la España tales muestras de sí. La Francia, la Inglaterra, la Holanda y el Imperio, reunieron al momento plenipotenciarios, y formaron una cuádruple alianza para hacer cumplir la paz de Utrecht, y para asegurar al infante don Cárlos, hijo de Felipe V., los ducados de Parma, de Plasencia y de Toscana con tal que renunciase la España á toda otra conquista. Pero Alberoni preparaba golpes mayores, y aconsejó á Felipe que no diese oidos á proposicion alguna.

Instalóse entretanto la Universidad de Cervera, en punto mal á propósito, haciendo un gasto inmenso, y solo por un prurito de desestimar á Barcelona. En el golfo de Méjico una

escuadra española persiguió á los piratas de aquellos mares é hizo presas riquísimas.

1718. Dos hombres existian por entonces en Europa, ambos de un genio estraordinario y capaces de mudar la faz de los imperios : tales eran Pedro el Grande y Cárlos XII de Suecia, este por las armas, y aquel por la política y buen gobierno de sus pueblos : ambos habian combatido durante la guerra de sucesion, y Cárlos habia sido siempre vencedor, hasta que fiándose demasiado en su fortuna sucumbió en la famosa batalla de Pultawa. Pero despues habia vuelto á sus estados tras desgraciados eventos y aventuras. Alberoni halló medios de unir á esos dos hombres para la ejecucion de sus planes. Enviaba entretanto desde Barcelona una numerosa escuadra y treinta mil hombres de desembarco á Sicilia, haciendo antes correr la voz que el apresto se dirigia contra Nápoles. Así que, mientras la escuadra inglesa buscaba las aguas de Nápoles á nuestros buques, la espedicion desembarcaba de casi todas las plazas de la isla.

La agresion era repentina y sorprendente, y el gobierno español se apresuró á justificar los motivos que le habian impelido á llevarla á cabo con el siguiente manifiesto ó circular, que es una secuela de la anterior que publicó Alberoni, y que como ella es un documento histórico que conduce al estudio y conocimiento de aquella época.

Este segundo manifiesto estaba concebido en los siguientes términos:

«Habia llegado á esa Corte la noticia del paradero que ha tenido nuestra flota, y de haber desembarcado en Sicilia, tomando posesion de la ciudad de Palermo, el dia 5 del corriente. El Rey nuestro señor manda y encarga á V. E. que luego que se reciba esta pase á representar y asegurar á S. M. siciliana que el haber resuelto encaminar su ejército á aquella isla no procede de que por ningun caso haya S. M. nunca querido faltar á la buena fe y al tratado de la cesion de aquel reino; pero solamente movido y obligado de la fisica y notoria seguridad de que estaban tomadas las medidas y deliberada la idea de privar sin el menor fundamento de razon ni justicia á S. M. siciliana del reino de Sicila para entregarle al Archiduque y engrandecer su potencia, tan perjudicial y fatal á la Eu-

ropa y á la libertad de Italia y del bien comun. Un proyecto tan estraordinario y fatal á toda Europa sostenido de fines particulares, y la justa é indispensable necesidad que precisa al Rey nuestro señor á oponerse al acrecentamiento de su enemigo, no ignorando que S. M. siciliana no se hallaba en estado de resistir á las violencias de las potencias mediadoras, las cuales unidamente con el Archiduque querian despojarle del reino, son todos fuertes é incontestables motivos que han legítimamente inducido á S. M. á dirigir sus armas á Sicilia, protestando no haber jamás tenido la mas mínima intencion de ofender á S. M. siciliana.

« Confia el Rey que con la realidad de esta espresion quedará ese Soberano persuadido de las sólidas razones y serios motivos que ha tenido para pasar á tal resolucion, con el seguro de que, sin embargo de este suceso, cultivando S. M. siciliana la buena armonía y correspondencia con España, le resultarán notables y gloriosas ventajas, y el Rey nuestro señor concurrirá siempre con ánimo generoso con sus fuerzas y medios á solicitar las satisfacciones de S. M. siciliana, y aumentar los vínculos de la amistad, de interés y parentesco que establecen y deben conservar la mas perfecta union entre las dos córtes y las dos naciones. — Dios guarde á V. E. muchos años como deseo. San Lorenzo el Real á 25 de julio de 1718. »

Al mismo tiempo ofrecia Alberoni socorros á Ragotzi, rebelde de Hungría, para que hiciese la guerra al Emperador, y preparaba una espedicion para llevar á Inglaterra al hijo de Jacobo II. Pero quiso la desgracia que se frustrasen de un golpe todos los planes de ese hombre estraordinario. Cárlos XII, que debia pasar á Inglaterra, murió por su temeridad en el sitio de Frederictadt; desvaneciéronse los planes concebidos con Pedro el Grande de Rusia; retrájose el Emperador de Austria de favorecer á los Venecianos, y en cambio la Turquía no pensó en moverle la guerra, y dejó abandonado á su suerte á Ragotzi; atacaron los Ingleses varios puertos de Vizcaya, donde se construian nuevos buques, y los apresaron ó destruyeron; una tempestad furiosa dispersó y deshizo la escuadra que debia favorecer el desembarco en Inglaterra; y para colmo de desastres la escuadra española de Sicilia quiso hacer frente á la inglesa que acababa de aparecer por aquellos ma-

res, y en el golfo de Araich se dió en once de agosto una encarnizada batalla naval. En vano nuestros buques se esforzaron para sostener el honor de su pabellon, pues fueron casi enteramente destruidos, y los Ingleses desembarcaron tropas en Sicilia para oponerse á nuestro ejército, y al mismo tiempo para obligar al Duque de Saboya á que admitiese la Cerdeña en trueque de la Sicilia con consentimiento del Emperador de Austria. No por esto se desanimó el ejército que habia desembarcado en Sicilia á las órdenes del Marqués de Lede, antes puso sitio á Melazo. El gobernador de esta plaza, animoso con la noticia de la derrota de la escuadra española, efectuó una vigorosa salida con la mayor parte de las tropas de la guarnicion; pero fué rechazado con pérdida de mil hombres. Mas no por esto sucumbió la plaza, pues los Ingleses la socorrian por mar.

1719. La España puede decirse que quedó sola contra la cuádruple alianza, despues de haber querido conmover la Europa entera, y seguramente sus fuerzas estaban muy distantes de poder sostener semejante lucha. Un destacamento español de unos trescientos hombres habia logrado desembarcar en el norte de Escocia, donde tenia mucho partido el hijo de Jacobo. Pero cayeron sobre ellos numerosas fuerzas, y sucumbió, si bien que con gloria, en aquel montuoso pais que queria defender contra los Ingleses. Al propio tiempo un resto de la grande escuadra que habia conducido nuestras tropas á Sicilia fué apresado por los Ingleses, quedando de esta suerte destruida para medio siglo nuestra armada. Aprovechó el Emperador de Austria la coyuntura, y envió é Sicilia un cuerpo de trece mil quinientos hombres al mando del general Merci. Encontrábase entonces el Marqués de Lede en Franca-Villa, y allí fué atacado por los Austriacos; pero fué rechazado con bastante pérdida. Embistió despues la plaza de Mesina, y se apoderó de ella despues de un sangriento combate. El Marqués de Lede tuvo que hacerse fuerte en Castro-giovane, y posteriormente en lo mas interior de la isla; su situacion no pudo ser mas precaria, y si no hubiese sido por el afecto de los Sicilianos que le protegian hubiera sucumbido con todas sus tropas. No era solo en Sicilia donde la España tenia que sostener la lucha, sino que un ejército francés, al mando del

mismo mariscal de Berwick, que se habia apoderado de Barcelona entró por la parte de Guipozcoa, y se apoderó de toda ella; pero portándose con nobleza, y sin permitir que se vejase el pais. Revolvió despues sobre la frontera de Cataluña, y se apoderó de Urgel. No fué tan feliz cuando quiso poner sitio á Rosas, pues habiendo faltado víveres á sus tropas, á causa de que una tempestad desecha dispersó el convoy que se les traia, tuvo que retirarse con gran pérdida. Este desastre acaecido al ejército francés animó á nuestras tropas de Cataluña á que recobrasen á Urgel y toda la Cerdaña y Ampurdan, y arrojasen á los Franceses del Principado. La situacion de España no era muy lisonjera, porque la amenazaban á la vez formidables enemigos promovidos por las ambiciosas miras del cardenal Alberoni. Así pues, no se atendió que la desgracia habia hecho abortar sus planes en todos puntos, y se le echó en cara todo cuanto habia hecho. Así fué como cayó ese hombre estraordinario, que en mejores dias y con mejor fortuna hubiera tal vez restituido á la España su antigua preponderancia europea. El 5 de diciembre firmó el Rey un decreto en que le desterraba de Madrid y de España. Mas no por esto accedió el Monarca español á lo que de él exigia la cuadruple alianza, antes deseaba que los estados de Italia pertenecientes á su hijo no se reputasen feudatarios del Imperio, y al propio tiempo queria que si se le obligaba á ceder la Cerdeña, se le concediese á lo menos alguna indemnizacion, para resarcirle la pérdida de unos dominios que por tanto tiempo habian pertenecido á la coronilla de Aragon.

Capitulo VI.

Espedicion de Africa. Paz del Haya y congreso de Cambray. Matrimonio del Principe de Asturias. Muere el Regente de Francia Duque de Orleans. Felipe V renuncia á la corona de España.

Con la caida del cardenal de Alberoni se empezó á despejar 1720.
el horizonte político de Europa. Pudo pues Felipe V pensar en defenderse de los Moros, cuyos piratas infestaban nuestras costas. Como se firmase en breve el tratado de paz de 17 de

febrero en la Haya, y se mencionase en él que debia reunirse un congreso en Cambray para poner término definitivamente á todas las cuestiones de las potencias europeas, decidióse que la Cerdeña quedase en poder del Duque de Saboya, quien desde aquel momento tomó el título de Rey de Cerdeña, que ha conservado hasta nuestros dias, y se convino que nuestro ejército de Sicilia desocupase toda la isla. Llegó pues á la Península el Marqués de Lede con un ejército veterano y aguerrido de veinte y cuatro mil hombres, con que se habia llenado de gloria. Hacia veinte y seis años que los Moros, no contentos con piratear en nuestros mares, intentaban apoderarse de la plaza de Ceuta, que habia resistido denodadamente durante todo este tiempo. En el cerco de la plaza tenian empleados los Moros unos cincuenta mil hombres; y como durase tanto tiempo el sitio, habian construido un acampamento atrincherado y una especie de poblacion á corta distancia de la plaza. La pertinacia del Marroquí en apoderarse de Ceuta procedia de que le era necesario tener ocupado en alguna espedicion á su hijo y las tropas que con él se habian sublevado. Cada año enviaba nuevos refuerzos al acampamento, y logró de esta suerte que pereciesen en los asaltos mas de cien mil hombres moros afectos á su hijo. Tiempo era ya de que cesasen tantas hostilidades, y Felipe V envió allá al Marqués de Lede con un ejército de diez y seis mil combatientes. A pesar de su inferioridad numérica, acometió el general español á los enemigos, destruyó sus trincheras, los puso en vergonzosa fuga, y los escarmentó para que dejasen libre la poblacion de Ceuta.

1721. Murió este año el papa Clemente XI, que á instigacion del Austria y de la corte de España habia perseguido incesantemente al Cardenal Alberoni, refugiado en sus estados, hasta obligarle á vivir desconocido y oculto, despues del gran papel que habia representado en Europa. Pero con la muerte del sumo Pontífice se conoció cuan injusta era la persecucion que se le movia, y cuanto lo sentia la corte de Roma; en efecto, lo primero que hizo el cónclave hallándose vacante la sede apostólica, fué enviarle decreto de indulto y carta de convocacion para elegir nuevo gefe de la Iglesia, y asistió como era de suponer. Tranquila entretanto la España sobre la suerte de sus posesiones en Africa, procuró por todos medios asegurar al

infante D. Cárlos los estados que le pertenecian en Italia, como heredero de Doña Isabel Farnesio. La Europa habia tenido un momento de alarma, cuando se supo que se preparaba grande apresto naval en la Península; mas al saber que el Marqués de Lede habia desembarcado en Ceuta, tranquilizáronse las potencias, y prosiguieron las conferencias en Cambray, para terminar todas las diferencias de monarca á monarca. Las instrucciones que habia dado el Duque de Orleans al mariscal de Berwick cuando este entró en España, eran ya una prueba de que deseaba reconciliarse con Felipe V: el general francés las habia dado cumplimiento, procurando no vejar á los pueblos de España; y este era ya un primer paso para otro que se meditaba y se llevó á cabo este año: tal era la celebracion de dos contratos de matrimonio, entre el príncipe de Asturias Don Luis con la hija del Duque de Orleans, y entre el rey de Francia Luis XV y Doña Mariana Victoria, hija de Felipe en segundo matrimonio. El Rey de Francia tenia solo once años, y la Infanta de España tres. Esta fué enviada á Paris para completar allí su educacion. Pero asi el Príncipe de Asturias como la hija del Duque de Orleans habian llegado ya á la edad núbil, y por tanto se preparó ya para el año siguiente su matrimonio. La Francia, que conocia que su interés era la de continuar su alianza con la España del modo como la habia cimentado Luis XIV, restituyó al Monarca español todas las plazas que habia ocupado en Guipúzcoa, desentendiéndose constantemente de las instigaciones de los Ingleses y Austriacos, que clamaban porque las desmantelase y dejase arruinadas.

Instó este año fuertemente la España para que el congreso 1722.
de Cambray recabase del Emperador de Austria el reconocimiento de los derechos del infante Don Cárlos en los estados de Parma y de Toscana: hízolo en efecto el congreso; mas el Emperador contestó que el reconocimiento lo haria bajo el supuesto de que aquellos dominios de Italia se reputasen feudo del imperio. No podia convenir con ello la España, y esta vez así la Francia como la Inglaterra apoyaron sus pretensiones. Tambien las apoyó la Holanda, pero no tanto para favorecer á la España como para contrariar á los Austriacos, á quienes no miraba con buen ojo desde que habian establecido en Ostende una compañía de comercio, que queria rivalizar

con la de Amsterdam, que hacia exorbitante comercio con las Indias. Ni eran mas afectos al Austria los Italianos y el Duque de Saboya, que no podia disimular su resentimiento por el modo como se le habia obligado á trocar la Sicilia por la Cerdeña. Al mismo tiempo la España para infundir recelos al Emperador dió oidos á la peticion del Maestre de Malta que reclamaba auxilios contra el Turco, y le envió una escuadra con seis mil hombres, pero principalmente para que cruzase los mares de Italia. A pesar de todo esto, nada ó casi nada contestaba el Emperador, esperando que mudase el aspecto de los negocios en Francia, pues Luis XV acababa de salir de su minoridad y de tomar las riendas del estado. Saliéronle sin embargo fallidas estas esperanzas, pues en realidad el duque de Orleans quedó gobernando en Francia.

El Marroquí, deseoso de vengar este año la derrota que habia sufrido el año anterior delante de Ceuta, juntó una escuadrilla y muchos transportes para hacer un desembarco en Andalucía; pero una borrasca desbarató su proyecto, destrozó gran parte de sus buques, y dispersó los restantes. Agravábase entretanto una profunda melancolía que hacia tiempo esperimentaba Felipe V, de resultas, se cree, de los horrores de la guerra que habia esperimentado, y de lo desengañado que estaba de las cosas humanas. Incitábale esta dolencia del ánimo á permanecer retirado constantemente, con grave daño de la administracion pública; pues aunque le servian con celo así el padre Daubenton, su confesor, como el marqués de Grimaldi, su ministro, auxiliados en parte por la Reina, sin embargo todo se resentia del ensimismamiento á que se entregaba el Monarca.

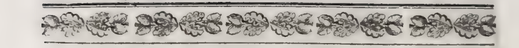
1723. Habia este hecho construir en el Escorial la iglesia de San Ildefonso, que posteriormente ha dado nombre á aquel sitio Real, y retirado allí mostrábase cada dia mas fastidiado de los negocios, hasta que determinó separarse enteramente de la escena política, y renunciar la corona en favor de su hijo. Créese que lo que mas le impulsó á ello, y lo que alimentaba su melancolía era la persuasion en que estaba, ó por mejor decir, lo que sentia no poder aspirar á la corona de Francia, creyéndose con derecho para ello en caso de morir el enfermizo Luis XV. Es una prueba de ello el que poco antes habia tra-

mado con Alberoni una conspiracion para ser declarado regente de Francia. Además, renunciando á la corona de España, podia en todo caso remover el impedimento de la reunion de dos coronas que acaso le hubiera privado de aspirar al trono de Francia. Esto son discursos de políticos, que pocas veces creen en la magnanimidad del que renuncia al poder; pero, atendido el noble y concienzudo carácter de Felipe V, es mas de creer que su abdicacion fué desinteresada y generosa. La época en que abdicó era para hacer entrar en pensamientos religiosos á un hombre de corazon sensible como el suyo, pues una espantosa sequedad, á la que se siguió el hambre y la peste, asolaba por entonces la España y Portugal, y cubria de luto á los pueblos.

Murió este año el Duque de Orleans, que hasta entonces habia mandado en Francia con poder absoluto, pero con benevolencia en el interior y con constancia en sus relaciones esteriores para procurar á su nacion la paz de que tanto necesitaba. Durante su regencia sucedió en Francia al glorioso siglo de la literatura el del filosofismo. Respecto al gobierno, siguió las mismas ideas que Luis XIV, escepto que este Monarca habia procurado que no se aclimatasen nunca en Francia las ideas que habian dominado en la revolucion de Inglaterra, y Orleans no cuidó mucho de esto. Así que, durante su regencia puede decirse que se concedió una ilimitada licencia de escribir, que mas adelante debia preparar los ánimos para la revolucion acaecida en Paris á últimos del siglo XVIII.

Las negociaciones del congreso de Cambray siguieron todavía un curso mucho mas lento despues de la muerte del Duque de Orleans; y entretanto el Emperador concedió su hija mayor, heredera presuntiva del trono imperial, al Duque de Lorena.





LIBRO QUINTO.

REINADO DE D. LUIS, I DE ESTE NOMBRE, Y SEGUNDO REINADO DE FELIPE V.

Capítulo primero.

Renuncia de Felipe V, y entronizamiento y muerte de Don Luis I.

1724. El dia 10 de enero de 1724 se publicó el decreto siguiente: «Habiendo considerado maduramente y con particular atencion las miserias de esta vida, y las mortificaciones que Dios ha servido de enviarme durante los 23 años de mi reinado, tanto por las enfermedades, cuanto por las turbaciones y guerras que ha permitido me moviesen. Y viendo que mi hijo mayor D. Luis, príncipe de Asturias; se halla en edad competente, casado y dotado de capacidad, juicio y talentos necesarios para gobernar con sabiduría y equidad esta Monarquía, he resuelto retirarme absolutamente del gobierno y administracion de los negocios de estos reinos, renunciando todos mis estados, reinos y señoríos en favor de dicho príncipe Don Luis mi hijo primogénito, para hacer vida privada en este palacio de San Ildefonso, con la Reina, que me ha prometido acompañarme gustosa en este retiro, á fin de que libre de todos cuidados, pueda mas desembarazadamente servir á Dios, meditar la vida eterna, y entregarme todo al importante negocio de la salvacion de mi alma. Comunícolo al consejo, para que ejecute lo que conviene en este particular, y para que

todos sepan mis intenciones. — De San Ildefonso á 10 de enero de 1724. — Yo el Rey.

Reservóse el Monarca seiscientos mil ducados para su manutencion, y se retiró al Escorial. El príncipe D. Luis pasó en breve á Madrid, y subió al trono el 9 de febrero. Algunos afirmaban que la renuncia del Rey era nula, mientras no la aprobase la nacion reunida en córtes; pero nadie opuso la menor resistencia, si bien que á decir verdad ni al mismo consejo de estado se consultó. Quedaron confirmados en sus empleos todos cuantos los obtenian, así en la casa Real como en las secretarias y provincias. Luis I por otra parte no resolvió ningun negocio de importancia sin que antes consintiese en ello su augusto padre. Empezóse á tratar por entonces si era conveniente enviar á Italia al infante D. Cárlos, y acaso se hubiera hecho así si hubiese durado algo mas el reinado de Luis. Hubo á la sazon algunos disturbios domésticos en palacio, que aunque no formen parte esencial de la historia, merecen sin embargo mencionarse para conocer cual habia sido siempre, y cual era todavía en aquella época, la gravedad que requerian todos de parte de la Reina de España. A causa, dice un historiador, de los pocos años de la Reina y libertad con que se habia educado en Francia, sumamente contraria á la gravedad de nuestras reinas, hubo en palacio algunas desazones domésticas. En vano se trató de que la jóven Reina imitase la seriedad y recato de Doña Isabel, pues no pudiendo lograrse, se hubo de recurrir á providencias serias; por mandato de su marido, el dia 4 de julio, desde el paseo del Prado fué conducida al Real palacio del Alcázar, y se dió órden espresa de que no saliese de su cámara. El Rey permaneció en el palacio del Buen Retiro. Diéronse á la Reina las advertencias necesarias respecto á la circunspeccion con que debia proceder en el trato y en el vestido, y no se la permitió hablar mas que con algunos sugetos de confianza. Manifestósela así mismo que la causa de su reclusion no era otra que la de precisarla á que no desdijese su porte de su alto carácter, y evitase de esta suerte ser notada del pueblo. Al fin se convenció la Reina de que era preciso convenir en lo que de ella exigian, y á los seis dias de su reclusion permitió el Rey que saliese á paseo, y haciéndose encontradizo con ella se efectuó la reconciliacion, y no se pensó mas

en lo pasado. Hay quien dice que este ruidoso acontecimiento procedia de que ya corria la voz que los Franceses querian restituirnos á la infanta Doña Mariana, que iba á casarse con Luis XV. Como quiera, ello es que el nuevo Rey dirigió con este motivo una circular á los embajadores de las córtes estranjeras residentes en Madrid, y á los nuestros en ellas, esplicando tan estraordinaria conducta. Tambien es inegable que la Duquesa de Orleans, madre de la Reina, no solo no encontró á mal el castigo impuesto á su hija, sino que aprobó que se hubiese removido á trece de sus mas obsequiosas camareras.

Algunos ambiciosos que querian medrar con el jóven Monarca le aconsejaron que no escuchase los consejos de su padre para gobernar, y tal vez lo hubieran logrado si el 31 de agosto no hubiese muerto Luis I, atacado repentinamente de viruelas malignas. Los Españoles habian concebido lisonjeras esperanzas, y lloraron sinceramente su muerte. Hizo testamento, y por él dispuso que su padre volviese al trono que le habia cedido. Negábase á ello Felipe V, pero fueron tantas las instancias de su familia y del consejo de Castilla, que se determinó á subir de nuevo al trono el dia 6 de setiembre, pues su hijo segundo D. Fernando solo tenia entonces once años. La Reina viuda pasó á Francia, y el sentimiento que demostró por la muerte de su esposo prueba que solo sus pocos años habian sido causa de que despreciase inocentemente la etiqueta de la corte.

Capitulo II.

Primeros cuidados de Felipe V al volver al Trono. Tratado de Viena. Ministerio del Baron de Riperdá. Su caida. Guerra contra la Inglaterra. Sitio de Gibraltar.

1725. Al subir de nuevo al trono Felipe V continuaba todavía el congreso de Cambray, aunque sin decidir nada, logrando solo desconceptuarse en toda Europa. En vano solicitaba España la investidura de los estados de Parma y de Toscana, pues las potencias mediadoras solo con flojedad lo reclamaban

del Emperador de Austria. Era primer ministro de Francia el Duque de Borbon, y sus únicos deseos se dirigian á la conservacion de la paz. De esta suerte, como el Rey de Inglaterra estaba de parte del Austria y la Holanda no podia hacer nada por sí sola, resultó que el Emperador daba largas al asunto, y al fin no se decidia nada. Desengañado Felipe V de que fuese la guerra un medio para hacer valer sus derechos, dedicóse enteramente á hacer mejoras importantes en su reino y á gobernarlo con madurez escuchando los pareceres de hábiles consejeros. Licenció parte del numeroso ejército que habia creado el cardenal de Alberoni disminuyó los empleos, redujo los sueldos y se dedicó á hacer progresar la industria. Por entonces empezaba á ser conocido el Baron de Riperdá, hombre celoso é inteligente, que de embajador de Holanda en Madrid subió poco despues al poder, habiendo abjurado los errores del protestantismo y casádose con una madrileña. A la sazon tuvo Felipe V un disgusto fuerte con motivo de que enviaron de Francia á su hija la infanta Doña María desentendiéndose de casarla con Luis XV á pretexto de que era demasiado niña. Sintiólo en estremo el Monarca español, y en cambio devolvió á la hija del Duque de Orleans que estaba en Madrid destinada para casarse con el infante Don Cárlos. El motivo del desaire hecho á la Infanta de España se reputa ser que el ministro de Francia Duque de Borbon deseaba casar al Rey de suerte que tuviese en la Reina un apoyo contra el obispo Fleuri, que, como á preceptor que habia sido del Monarca, ejercia sobre él estraordinario influjo. No logró sin embargo el objeto á que aspiraba, pues á poco quedó entronizado Fleuri en el poder. Retiráronse los respectivos embajadores y cónsules de Francia y de España; pero los Monarcas tuvieron bastante cordura para no mover por rencores mezquinos una guerra contraria á los intereses de los pueblos. Así que, continuaron las relaciones comerciales entre ambas naciones, á pesar de que á poco casó el Rey de Francia con una hija de Estanislao rey destronado de Polonia.

Entretanto el Baron de Riperdá prestaba á la España un servicio grande trasladándose á la corte de Viena, donde á favor de su amistad con el príncipe Eugenio, consiguió lo que el ridículo congreso de Cambray no habia podido recabar.

en lo pasado. Hay quien dice que este ruidoso acontecimiento procedia de que ya corria la voz que los Franceses querian restituirnos á la infanta Doña Mariana, que iba á casarse con Luis XV. Como quiera, ello es que el nuevo Rey dirigió con este motivo una circular á los embajadores de las córtes estranjeras residentes en Madrid, y á los nuestros en ellas, esplicando tan estraordinaria conducta. Tambien es inegable que la Duquesa de Orleans, madre de la Reina, no solo no encontró á mal el castigo impuesto á su hija, sino que aprobó que se hubiese removido á trece de sus mas obsequiosas camareras.

Algunos ambiciosos que querian medrar con el jóven Monarca le aconsejaron que no escuchase los consejos de su padre para gobernar, y tal vez lo hubieran logrado si el 31 de agosto no hubiese muerto Luis I, atacado repentinamente de viruelas malignas. Los Españoles habian concebido lisonjeras esperanzas, y lloraron sinceramente su muerte. Hizo testamento, y por él dispuso que su padre volviese al trono que le habia cedido. Negábase á ello Felipe V, pero fueron tantas las instancias de su familia y del consejo de Castilla, que se determinó á subir de nuevo al trono el dia 6 de setiembre, pues su hijo segundo D. Fernando solo tenia entonces once años. La Reina viuda pasó á Francia, y el sentimiento que demostró por la muerte de su esposo prueba que solo sus pocos años habian sido causa de que despreciase inocentemente la etiqueta de la corte.

Capitulo II.

Primeros cuidados de Felipe V al volver al Trono. Tratado de Viena. Ministerio del Baron de Riperdá. Su caida. Guerra contra la Inglaterra. Sitio de Gibraltar.

1725. Al subir de nuevo al trono Felipe V continuaba todavía el congreso de Cambray, aunque sin decidir nada, logrando solo desconceptuarse en toda Europa. En vano solicitaba España la investidura de los estados de Parma y de Toscana, pues las potencias mediadoras solo con flojedad lo reclamaban

del Emperador de Austria. Era primer ministro de Francia el Duque de Borbon, y sus únicos deseos se dirigian á la conservacion de la paz. De esta suerte, como el Rey de Inglaterra estaba de parte del Austria y la Holanda no podia hacer nada por sí sola, resultó que el Emperador daba largas al asunto, y al fin no se decidia nada. Desengañado Felipe V de que fuese la guerra un medio para hacer valer sus derechos, dedicóse enteramente á hacer mejoras importantes en su reino y á gobernarlo con madurez escuchando los pareceres de hábiles consejeros. Licenció parte del numeroso ejército que habia creado el cardenal de Alberoni disminuyó los empleos, redujo los sueldos y se dedicó á hacer progresar la industria. Por entonces empezaba á ser conocido el Baron de Riperdá, hombre celoso é inteligente, que de embajador de Holanda en Madrid subió poco despues al poder, habiendo abjurado los errores del protestantismo y casádose con una madrileña. A la sazon tuvo Felipe V un disgusto fuerte con motivo de que enviaron de Francia á su hija la infanta Doña María desentendiéndose de casarla con Luis XV á pretexto de que era demasiado niña. Sintiólo en estremo el Monarca español, y en cambio devolvió á la hija del Duque de Orleans que estaba en Madrid destinada para casarse con el infante Don Cárlos. El motivo del desaire hecho á la Infanta de España se reputa ser que el ministro de Francia Duque de Borbon deseaba casar al Rey de suerte que tuviese en la Reina un apoyo contra el obispo Fleuri, que, como á preceptor que habia sido del Monarca, ejercia sobre él estraordinario influjo. No logró sin embargo el objeto á que aspiraba, pues á poco quedó entronizado Fleuri en el poder. Retiráronse los respectivos embajadores y cónsules de Francia y de España; pero los Monarcas tuvieron bastante cordura para no mover por rencores mezquinos una guerra contraria á los intereses de los pueblos. Así que, continuaron las relaciones comerciales entre ambas naciones, á pesar de que á poco casó el Rey de Francia con una hija de Estanislao rey destronado de Polonia.

Entretanto el Baron de Riperdá prestaba á la España un servicio grande trasladándose á la corte de Viena, donde á favor de su amistad con el príncipe Eugenio, consiguió lo que el ridículo congreso de Cambray no habia podido recabar.

Efectivamente el dia 30 de abril se habia firmado el tratado de Viena que ponia término á la larga disputa promovida entre la casa de Austria y la nueva dinastía de España. Deseoso por otra parte el Emperador de Austria de que ningun obstáculo le impidiese sancionar la pragmática que aseguraba á su hija mayor María Teresa la sucesion en sus estados, no opuso á la mision del Baron de Riperdá tantos obstáculos como era de presumir, por lo que mas se debió el tratado de Viena á la reunion de algunas circunstancias favorables que á la habilidad diplomática de nuestro enviado. En último resultado el Emperador reconoció á Felipe V por rey de España, aceptó las renuncias de la Bélgica y de la Italia, y dió la investidura de los ducados de Parma y de Toscana al infante Don Cárlos sin reputarle feudatario del imperio. Merced á estas concesiones otorgó la España al comercio austriaco algunos privilegios en sus dominios y se obligó á sostener en cuanto le fuese dable la compañía establecida por el Emperador en Ostende. Es de saber que se efectuó este tratado con el mayor secreto; de manera que así la Francia como la Inglaterra supieron la disolucion del congreso de Cambray sin poder atinar en las condiciones en que se fundaba la paz tan repentinamente establecida entre el Austria y la España.

1726. De resultas estuvo la Europa á punto de ver encendida una nueva guerra general entre dos bandos encarnizados, porque la Inglaterra, la Francia y la Prusia celebraron en Hannover un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y por otra parte se logró de la Rusia, gobernada entonces por Catalina, viuda de Pedro el grande, que accediese al tratado de Viena y pusiese en campaña un cuerpo considerable de tropas para auxiliar á los Austriacos. De esta suerte la España se separaba de la Francia, que era su natural alianza, y esta se aliaba con la Inglaterra que era su rival. A vuelta de Viena llovieron honores sobre el Baron de Riperdá que habia negociado la paz con Viena, y empezado á tratar del matrimonio del infante Don Cárlos con una hija del Emperador de Austria. Era hombre que estaba fuera de su esfera. No puede negarse que ha sido el ministro que en España se dedicó el primero al progreso del comercio y á los adelantos de la industria, pero cuando quisieron separarle de estos dos ramos en que hubiera adquirido

gloria inmortal, y entrometerle en la diplomacia, para la cual no habia nacido, fué necesario que su caida fuese rápida como lo habia sido su elevacion, pues sus talentos no podian sostenerle á tal altura. Tuvo la imprudencia de descubrir al embajador inglés en nuestra corte todo cuanto se habia tratado en Viena, y el dia 14 de mayo fué separado del ministerio, y poco despues encarcelado. Logró escapar con una jóven y huyó á Holanda, y poco despues á Inglaterra, siempre perseguido, hasta que se decidió á pasar á Marruecos, donde le sucedieron mil aventuras estraordinarias. La Inglaterra hacia considerables aprestos marítimos para caer á un tiempo sobre las costas de la Península y del continente de América, y España los hacia terrestres para poner sitio á Gibraltar. La subida del cardenal de Fleuri al poder en Francia fué en esta época un motivo de esperanza para los que deseaban sinceramente la paz entre las dos ramas de los Borbones.

Este año el embajador inglés salió de Madrid, y vino á de- 1727.
clararse una guerra que ninguna potencia deseaba con ardor, pero de la cual esperaba por fruto Felipe V la reconquista de Gibraltar. Emprendióse esta al mando del Conde de Torres, mas la empresa era muy superior á las fuerzas de la España; con todo, hubiera podido lograrse por una de aquellas raras casualidades, que solo un inesperto orgullo pudo hacer despreciar. Algunos desertores Españoles estaban de servicio en la puerta de la plaza y la hubieran abierto á los sitiadores; pero el general español quiso no deber nada á la traicion y prefirió que quedase humillado el honor del ejército, como lo hubiera quedado á no haberse apresurado el cardenal de Fleury á hacer unos preliminares de paz, y la España á admitirlos. Falleció á la sazon la Emperatriz de Rusia, á la cual sucedió Pedro II, como tambien Jorge I de Inglaterra, á quien sucedió Jorge II, todos animados de la misma política que sus antecesores.

Capitulo III.

Paz de Sevilla. Matrimonio del Principe de Asturias. Tratado de Lóndres. El infante Don Cárlos pasa á Italia.

1728. El año 1728 se consumió casi enteramente en una lid diplomática para decidir de que suerte podrian firmarse los artículos de paz que conviniesen á todas las potencias de Europa. La España deseaba ardientemente la investidura de los estados de Parma y Toscana para el infante Don Cárlos. La Francia, gobernada por Fleury, favorecia, aunque no del todo abiertamente, las pretensiones de la España; la Inglaterra deseaba la paz y conocia ser justo lo que la España demandaba; pero no estaba decidida á coadyuvar con seis mil hombres á la ocupacion de aquellos puntos de Italia, como habia prometido en 1721. El Emperador por su parte anhelaba tener aliados que reconociesen su pragmática relativa á la sucesion de su hija al imperio; pero no podia consentir de buen grado en que los Españoles volviesen á ocupar ninguna parte de la Italia, y no queria que nadie le hablase de este asunto. Entretanto Felipe V se sentia dominado mas vivamente de su natural melancolía, y quiso de todos modos hacer segunda abdicacion de la corona en la persona de su hijo el infante Don Fernando, que habia llegado ya á la mayor edad: mucho le costó á la Reina su esposa hacerle desistir de semejante proyecto, que hubiera desbaratado tal vez las negociaciones entabladas.

1729. En enero de 1729 la corte de Madrid partió para Badajoz, para efectuar las respectivas entregas de la Infanta de Portugal que casó con el Príncipe de Asturias, y de la Infanta de España, antigua prometida de Luis XV, que casaba con el Príncipe del Brasil. Efectuada la ceremonia, partió el Rey para la Andalucía, donde se detuvo en varios puntos, pues procuraba la Reina disipar su melancolía. En Sevilla se detuvo algun tiempo el Monarca, y se trató de que manera podria arreglarse una paz definitiva con Francia é Inglaterra. Como estas dos naciones la deseaban tanto como la España, no fué dificil convenirse, y el dia 9 de noviembre se firmó el tratado de

Sevilla que consta de catorce artículos. Por ellos se indemnizan las potencias contratantes de los menoscabos sufridos en los años anteriores, y se prometen mutuos auxilios de tropas ó dinero en caso de agresion estraña. El artículo nueve permite á la España que introduzca seis mil hombres de guarnicion en Liorna, Porto-Ferraro, Parma y Plasencia, para asegurar la sucesion de aquellos estados de Italia para el infante Don Cárlos, y oponerse á cualquiera que quisiese resistirlo. El gobierno español debia mantener á su costa estas fuerzas. Por el artículo diez se obligan los gabinetes de Francia y de Inglaterra á recabar de los poseedores de aquellos estados que admitan sin repugnancia guarnicion española en las referidas plazas con tal que las tropas juren defender las personas de los mismos poseedores, sus bienes y súbditos mientras no se declaren contra la sucesion del infante Don Cárlos. Prohíbese tambien á los Españoles entrometerse en asuntos del gobieruo civil político ó militar de los pueblos ocupados. Por el once se obliga el Rey de España á retirar de aquellas plazas las guarniciones que hubiesen puesto, así que esté asegurada en la persona de su hijo la sucesion de los ducados de Parma y de Plasencia. Por el doce prometen los Franceses é Ingleses mantener al infante Don Cárlos en aquella sucesion cuando la haya logrado, defenderle contra quien quisiese arrebatarle aquellos estados, y declararse garantes perpetuos de sus derechos. Por el catorce se dejó lugar para que los Holandeses pudiesen acceder á este tratado si lo juzgaban conveniente. Sin dificultad lo hicieron así las provincias unidas, y firmaron el tratado de Sevilla el dia 19 de noviembre. Sorprendido quedó sobre manera el Emperador de Austria al tener conocimiento de semejante convenio hecho sin su participacion, y se quejó de ello á todas las cortes de Europa. El cardenal de Fleury contestó al momento que en caso de que resistiese el Emperador á la ocupacion de la Italia por parte de los Españoles, no por esto era regular que se promoviese una guerra general contra la casa de Austria. A pesar de esto, el Emperador no podia menos de dejarse vencer con el tiempo, porque lo que mas anhelaba era formarse un partido que le sostuviese al querer poner en ejecucion su pragmática de sucesion á la corona, y seguramente no podria conseguir que nadie se de-

clarase por él, si por su parte no hacia algunos sacrificios.
1730. Entretanto la España hacia numerosos preparativos en los puertos de Cataluña, y singularmente en el de Barcelona para transportar tropas á las costas de Italia y para presenciar el embarque del infante Don Cárlos. Continuaba el Rey recorriendo algunos puntos de las Andalucías para distraerse. Se detuvo algun tiempo en Granada, volvió despues á Sevilla, y permaneció algunos dias en el puerto de Santa María, donde vió casi á sus pies, como apresaban nuestros buques á dos piratas berberiscos.

Falleció á la sazon Pedro II de Rusia y le sucedió la Emperatriz Ana, sobrina de Pedro el grande. Casi al mismo tiempo abdicaba el Rey de Cerdeña la corona en la persona de su hijo Cárlos Manuel, y como todas las abdicaciones las reputan interesadas los políticos, se dijo que esta procedia de temores concebidos por el Rey de parte del Emperador de Austria, porque habia adherido secretamente á un tratado con España; sin embargo los príncipes de la antigua casa de Saboya han demostrado en todas épocas que un temor vano no les movia á dar semejantes pasos.

El Emperador de Austria hizo internarse en Italia un ejército de ochenta mil hombres al mando del Conde de Merci, y trabajó secretamente para tener de su parte al cardenal de Fleuri, para que los Italianos recibiesen mal á los Españoles, y para atraer á su partido á todas las potencias del norte de Europa. Parecia pues que el tratado de Sevilla debia dar márgen á una guerra general, precisamente cuando se habia creido que podria estorbarla.

1731. El cardenal de Fleuri procuraba solamente ganar tiempo, porque presumia que aunque la Alemania se mostrase por entonces decidida á mover guerra por causa de los asuntos de Italia, en realidad se preparaba solo para el caso de la pragmática sancion; así pues, no queriendo el gabinete francés decidirse en cuanto á esta segunda cuestion, contemporizaba relativamente á la de Italia para que no tuviese esta mayores consecuencias. No así la Inglaterra, pues le interesaba declararse francamente á favor de los Españoles, y separar si posible fuese los negocios de la España de los de Francia. Por tanto se decidió el gabinete inglés á dirigirse resueltamente al de Aus-

tria y como hasta entonces puede decirse que no se habia tratado seriamente el asunto de Italia, así fué que en cuanto se exigió redondamente del Emperador una respuesta definitiva, se apresuró este á firmar el tratado de Lóndres, por el cual se concedian las pretensiones relativas á Italia, y ganaba con ello la corte de Viena un garante de la pragmática sancion en el poder de la Gran Bretaña. El gabinete inglés solo exigió por condicion de su garantía que la hija del Emperador de Austria no pudiese casar con ningun Príncipe de la casa de Borbon ni de otra dinastía poderosa de Europa. Consecuencia de este tratado entre los Austriacos y los Ingleses fué un convenio particular entre España y Viena dirigido á la investidura del infante don Cárlos, y á la ocupacion de los ducados de Toscana y Parma. A poco llegó la ocasion de que empezase á hacer valer sus derechos el Infante de España, pues murió Antonio Farnesio, duque de Parma, último vástago varonil de su familia tan fecunda en hombres célebres. Corrió por algunos dias la voz de que la Duquesa viuda habia quedado en cinta, y aun por esta causa hubo movimientos militares de parte de las tropas del Imperio; pero reconocido el error solo se pensó ya en señalar tutores á don Cárlos, y en ponerle al frente de sus nuevos estados. Habíanse comprometido los Ingleses á ponerle por sí mismos en posesion de ellos, y enviaron á Barcelona una escuadra de diez y seis navíos, que se reunió con otra de veinte y cinco navíos españoles y muchos transportes que condujeron unos ocho mil hombres al mando del Conde de Charni. El 17 de setiembre las fuerzas combinadas se hicieron á la vela, y al cabo de diez dias desembarcaron las tropas en Liorna. De esta suerte terminó la negociacion de la investidura de los estados de Italia que por tanto tiempo trajo desasosegada á la Europa. El 27 de diciembre llegó el infante don Cárlos á Liorna despues de haber visitado varias provincias de España y el Rosellon. Por algun tiempo las potencias europeas descansaron en paz despues de tantos años de disturbios y contiendas diplomáticas. La Inglaterra dominaba en los mares; la Francia era la nacion mas poderosa del continente de Europa despues de haberse aliado con la España, y esta continuaba restableciendo lentamente su marina, su comercio y su industria para volver al rango que debia ocupar entre las altas potencias.

Capitulo IV.

Espedicion á Africa. Reconquista de Oran. Guerra en Polonia. Guerra en Italia. Batalla de Bitonto. Conquista de Nápoles y de Sicilia. Batallas de Parma y de Guastala. Empieza á tratarse de paz.

1732. En 1732 alarmó á toda la Europa un estraordinario apresto marítimo de veinte y cinco navios con treinta mil hombres de desembarco, que se reunieron en las playas de Alicante sin saberse cual era su objeto. El Emperador de Austria temió por los estados de Nápoles y de Sicilia, é hizo movimientos de tropas hácia aquellos reinos para ponerlos al abrigo de un golpe de mano. Pero mas debian temer todavía los Genoveses, pues llegaron seis navíos españoles delante de Genova, y recogieron con aparato cuarenta millones de reales que tenia el gobierno español en el banco de San Jorge. Gran parte de esta suma se entregó al Infante Duque de Parma, y la otra sirvió para la espedicion que se preparaba en Alicante. Pero el 6 de junio publicó Felipe V un decreto en que declaraba que la espedicion se dirigia contra la plaza de Orán que desde 1708 habia caido en poder de los Moros, y cuya reconquista no habia podido emprenderse todavía; á pocos dias salió la escuadra de Alicante, y el 29 del mismo mes desembarcó el ejército á unas dos leguas de Mazalquivir al mando del Conde de Montemar y de los Marqueses de Santa Cruz, de Marcenado, de Villadarias, de la Mina, y del de Valdecañas. En aquella época mandaba á los Moros el famoso Duque de Riperdá, que se habia refugiado entre ellos y obtenido los primeros honores. Sin embargo, le atormentaba la enfermedad de la gota que le impedia dar muestras de la actividad que le habia animado en otras ocasiones. No muy lejos de donde habia desembarcado el ejército español, hay una fuente que es casi la única de aquellos contornos, y allí fué donde tuvieron lugar las primeras hostilidades. Los Moros querian conservar la fuente, y los Españoles deseaban adquirirla á toda costa, é hicieron para ello los mayores esfuerzos que al fin no fueron infructuosos. Entretanto Montemar hacia construir un fuerte á la orilla del mar para asegu-

rarse comunicacion con su escuadra. Opúsose á esto el enemigo con todas sus fuerzas; bajó de las alturas que hasta entonces habia ocupado, y nuestros generales dejaron que se aproximasen, y entretanto fueron destacando tropas que les cortasen la retirada, y se apoderasen de los puntos que ellos desocupaban. Hasta la plaza de Mazalquivir dejaron desguarnecida los Moros para acometer con mas furor á nuestras tropas; sucedió de consiguiente que en el combate que tuvo lugar á las orillas del mar fueron derrotados los Moros, y como se les hubiese cortado la retirada, no pudieron volver á Mazalquivir, que quedó en nuestro poder, ni tampoco se creyeron seguros en Orán, sabido el mal éxito de la batalla, y huyeron á lo interior de su reino dejando en nuestro poder ciento cincuenta piezas de artillería y varios bagajes de guerra. El Conde de Montemar volvió con la escuadra y la mayor parte de las tropas á la Península, y dejó en Oran ocho mil hombres de guarnicion al mando del Marqués de Santa Cruz. En vano irritados los Moros volvieron poco despues á acometer la plaza con furor, porque la guarnicion se defendió valerosamente, y aun se atrevió á hacer una vigorosa salida en que derrotó completamente á los sitiadores. Desgraciadamente perdimos en la salida al denodado Marqués de Santa Cruz, que tanto se habia distinguido en la conquista de aquel reino, y que prometia hacer aun servicios mayores á la España: nombróse por sucesor suyo al Marqués de Villadarias. Casi al mismo tiempo el Duque de Riperdá se ponia al frente de un ejército de Moros, y atacaba la plaza de Ceuta. Sin embargo, la guarnicion rechazó dos asaltos con mucha pérdida de los sitiadores, y les obligó á levantar el sitio. Por este tiempo se erigió la compañía de Filipinas, despues de haberse erigido algunos años antes la de Caracas para dar zelos á la Inglaterra, que empezaba ya á dirigir quejas á nuestro gobierno, diciendo que las autoridades españolas de nuestras posesiones de América infringian el tratado de comercio existente entre las dos naciones, á lo que respondia el gabinete de Madrid quejándose á su vez del contrabando que hacian los Ingleses. Estas disidencias empezaban á agriar á las dos naciones, y era de temer que mas adelante produjesen una guerra sangrienta.

Por este tiempo volvió á amenazar en Europa un disturbio 1733.

general con motivo de la muerte del rey de Polonia, Augusto II. Era este el mismo que á principios del siglo XVIII habia disputado la corona con Estanislao, protegido por Cárlos XII de Suecia, y vencido al mismo tiempo que este lo fué en Italia. Ya hemos dicho que la hija de Estanislao habia casado con Luis XV rey de Francia y como el suegro se sepultase poderoso con la alianza del yerno, se presentó en Polonia, reclamó sus derechos á la corona, y logró que los Polacos volviesen á reelegirle rey. Esto puso en agitacion á un tiempo á la Rusia y al Austria; á la primera porque queria poner en Polonia por rey al hijo de Augusto II, y á la segunda porque esperaba poner de su parte á la Polonia y á la Rusia, en punto á la cuestion pragmática, y la interesaba no dejar á sus espaldas un aliado del Monarca francés. Reúnense los Rusos y Austriacos, penetran en Polonia, destrozan el ejército de Estanislao, y le obligan á huir del pais que le acababa de elegir por Rey. Júntase una nueva dieta en Varsovia, y eligen con el nombre de Augusto III al hijo de Augusto II. Para contrariar la alianza del Austria y de la Rusia era necesaria otra alianza, y la celebraron Francia, España y Cerdeña, cada cual por su interés: la Francia porque queria sostener ó vengar á Estanislao, la Cerdeña porque reclamaba justamente una parte del Milanesado y el Emperador se la negaba, y la España porque deseaba ardientemente la guerra contra el Austria. La noticia de los acontecimientos de Polonia desbarató además una intriga palaciega que tendia á recabar de Felipe V que renunciase de nuevo la corona en favor del Príncipe de Asturias; pues así que supo el Monarca que la Francia iba á consentir en un tratado ofensivo y defensivo con la España, se levantó de la cama en que le devoraba la melancolía, trasladó á Madrid la corte, que hasta entonces habia permanecido en Sevilla, y solo pensó en hacer preparativos para una guerra general. Declaróse esta sin que tomasen parte en ella los Ingleses ni los Holandeses. Reunen los Franceses dos numerosos ejércitos, uno á las órdenes del mariscal de Berwick, que cae sobre Kell, se apodera de la plaza y se interna en la Suavia; y otro mandado por el mariscal de Villars, que pasa los Alpes, se reune con diez y ocho mil hombres que formaban todo el ejército del Rey de Cerdeña, y penetra en el Milanesado, sin que nada se le opusiese por delan-

te. Entretanto hácese á la vela una escuadra española de veinte navíos de línea y muchos transportes que llevaban diez y seis mil hombres de desembarco; dirígense á Génova, donde hacen un desembarco, incorpóranse con cinco mil hombres de caballería que habia enviado el infante don Cárlos; este es declarado generalísimo de las tropas españolas en Italia; y no bien habia vuelto en sí el Emperador de Austria, cuando tenia casi enteramente perdidos todos sus estados de Italia, solo porque habia querido sostener á Augusto III de Polonia.

Viena no habia todavía vuelto en sí de su sorpresa, cuando 1734.
los Saboyanos eran dueños ya de toda la Lombardía. El 26 de febrero la dieta de Ratisbona declaró la guerra á la Francia y á sus aliados: pero al mismo tiempo los Napolitanos imploraban el auxilio del Rey de España para verse libres del yugo Aleman. Reune el infante don Cárlos las tropas que tenia en el Modenés con las que le habian llegado al mando del Duque de Montemar, obliga á los Alemanes á retirarse á Gaeta, y penetra en el reino de Nápoles. Entró á pocos dias en Cápua, y favorecido por una escuadra española mandada por el Conde de Clavijo marchó sobre Nápoles, se apoderó de todos las castillos de la ciudad, y se hizo proclamar rey de las dos Sicilias. Entretanto el Conde de Montemar perseguia á los Austriacos, los acosaba en todas direcciones, y por último el 25 de mayo al frente de doce mil hombres acometió á los Austriacos que se habian atrincherado en Bitonto con quince mil. Furiosa fué la acometida y bien dirigida por todos lados. Parecia que se renovaban aquellos hermosos dias de las glorias del ejército español en Italia. Cargó la caballería española sobre la austriaca, y la derrotó completamente. De todo el ejército enemigo apenas pudieron escaparse cuatro mil hombres. A esta famosa batalla debió el infante don Cárlos su corona de Nápoles. Al Conde de Montemar, que tan bien habia sabido conducir á las tropas españolas, se le concedió el título de duque, y se le asignó una pension anual de catorce mil ducados. No se contentó con esto el Infante sino desembarcó en Palermo á la cabeza de un ejército numeroso, y al cabo de poco tiempo habia sometido ya toda la Sicilia. Entretanto no permanecian inactivos los Franceses y los Sardos, pues en la batalla de Parma destrozaban á los Austriacos con muerte de su general Conde de Merci. No

fué mas afortunado el hábil general Conde de Starembergh, pues en la batalla de Guastala fué tambien derrotado como su antecesor.

Este año estuvo á punto de declararse la guerra por muy poca causa entre la España y Portugal. El caso fué que en la embajada portuguesa se dió asilo á un preso que los criados del embajador acababan de arrebatar de manos de la justicia. Reclamóse enérgicamente su entrega; mas como lo negase el embajador, tuvo que allanarse la casa para arrebatarle. Este acontecimiento motivó de parte de los Portugueses algunos actos arbitrarios y en consecuencia estuvo á punto de estallar la guerra; sin embargo la mediacion de Francia y de Inglaterra reconcilió á los dos gabinetes, é hizo que las cosas no pasasen mas adelante.

1735. Fué notable en 1735 la querella suscitada entre las cortes de Nápoles, de Madrid y de Roma, á consecuencia de haber sido asesinados en esta última capital algunos españoles que reclutaban gente. Llegó á tan alto punto la disidencia, que los embajadores de Nápoles y de España salieron de Roma, dieron pasaporte al Nuncio Apostólico en Madrid, cerraron el tribunal de la Nunciatura, y penetraron en los estados del Papa. Solo se restableció la buena armonía cuando el Sumo Pontífice dió la satisfaccion que de él se reclamaba, y además envió el capelo de cardenal á un infante de España de edad de ochenta años, á saber, don Luis de Borbon. Entretanto la conquista de Italia estaba ya terminada, y Montemar á la cabeza de veinte mil hombres, pudo reunirse con los Franceses y Sardos, apoderándose al paso de Orbitelo y de los presidios de Toscana. El ejército aliado formó dos cuerpos, uno á las órdenes del Marqués de Mazeda; que puso sitio á Mantua; y otro al mando del Duque de Montemar, que cubria con su ejército el sitio. Este sin embargo no adelantaba mucho con motivo de que habia ya entabladas negociaciones secretas entre el gobierno francés y el austriaco. Las causas de este convenio secreto procedian, ya de que el cardenal de Fleuri queria trocar la Lorena por la Toscana, y ya tambien de que viendo la Inglaterra que los Austriacos habian sido desgraciados en Italia y sobre el Rin, querian de todos modos poner fin á la contienda, y amenazaban en caso contrario con declararse á favor del Austria. Por

otra parte los Españoles eran los que mas provecho sacaban de esta guerra, que les habia valido en menos de un año el reino de las dos Sicilias, la Toscana y los ducados de Parma y de Plasencia, con lo que amenazaban no solo al poder austriaco sino tambien al poder de la misma Francia. En consecuencia de este engrandecimiento de parte de España, enviaron la Inglaterra y la Holanda mediadores para terminar toda diferencia entre la Francia y el Austria. A poco se firmaron en Viena los preliminares siguientes:

1°. El rey Estanislao dejará el trono de Polonia al rey Augusto: conservará el título de rey, sus bienes y los de la Reina su esposa, y será puesto en posesion del ducado de Bas con el de Lorena y sus dependencias, para gozarlos durante su vida, despues de lo cual quedarán unidos á la corona de Francia aunque sin voz ni voto en la dieta del Imperio.

2°. El gran ducado de Toscana, despues de muerto Juan Gaston de Médicis pertenecerá perpetuamente á la casa de Lorena para indemnizarla de los ducados que posee.

3°. Los reinos de Nápoles y Sicilia y los puertos de Siena y Longon quedarán para el infante don Cárlos y sucesores, si renuncia sus pretensiones á Parma y á Toscana.

4°. El ducado de Parma y de Plasencia será cedido al Emperador para reunirlos con el de Milan, con la condicion de no pretender jamás del Papa la desmembracion de Roncillon y Castro.

5°. Se darán al Rey de Cerdeña los territorios de Tesino y los feudos de la Lonja, del Novarés, del Tortonés ó del Vigevanasco. La Francia y demas contratantes garantirán la pragmática sancion de 1712.

Quejóse amargamente la España de que de esta suerte se desatendiesen los sacrificios que habia hecho para quitar al Austria la preponderancia que tenia en la península itálica; pero nada recabó, porque el gabinete francés se escusaba con la corte de Lóndres, y hubo de seguir la corriente trazada por los preliminares de Viena.

Capitulo V.

Armisticio de Italia. Accede Felipe V á los preliminares de Viena. Hostilidades en el continente de América con los Portugueses. Muerte de Gaston de Médicis.

1736. Así que fueron conocidos los preliminares de la paz de Viena, firmaron armisticio las tropas austriacas con las francesas y sardas; pero el Duque de Montemar no quiso de ningun modo acceder á él. Solo, con muy pocas y diseminadas tropas, y viéndose amenazado por un enemigo superior en fuerzas, tuvo por fin que evacuar el Mantuano y atravesar el Pó. Pensó resistir en su nueva línea, pero tuvo que internarse hasta los estados del Papa, y perseguido constantemente por los Austriacos se vió precisado á retirarse hasta Toscana, sin haber perdido mas que los enfermos que existian en el hospital de Bolonia. Aun con todo esto no quiso acceder al armisticio hasta que el mismo Felipe V, viendo que era necesario convenir en lo que las principales potencias habian decidido, dió su consentimiento á lo contratado en Viena. El infante don Cárlos, rey de Nápoles, accedió tambien á lo que reclamaban las demas potencias; pero deseaba vivamente poseer los bienes del difunto Duque de Parma, y solo esperaba una coyuntura favorable para apoderarse de ellos. Si la Turquía hubiese conocido mejor sus intereses, hubiera un año antes declarado al Austria la guerra que le declaró en el presente, y de esta suerte se hubiera el rey de Nápoles hecho dueño de casi toda la Italia. Con todo esto, él ni su padre no quisieron perder momento, é hicieron grandes preparativos para arrojarse sobre los estados de Parma así que los Austriacos hubiesen retirado la mayor parte de sus tropas como lo hicieron.

Pero aconteció á la sazon que hubo algunos disturbios en América entre los Españoles y los Portugueses, pues estos últimos habian fundado una colonia llamada del Sacramento en dominios españoles, y nuestras tropas se apoderaron de ella á viva fuerza. Pareció al principio que este acontecimiento debia dar márgen á una guerra sangrienta, mas no fué así; pues se

termino amistosamente el negocio merced á la mediacion de Francia y de Inglaterra. Pudo pues Felipe V pensar esclusivamente en Italia, y hubiera llevado adelante sus proyectos si desgraciadamente no hubiese muerto en aquella época el ministro don José Patiño. Discípulo este diplomático del célebre Alberoni, era sin embargo mas prudente, y sabia obrar á tiempo. Siempre anduvo bien con la Reina, cuya energía le servia en gran manera, y coadyuvó á las empresas encaminadas al establecimiento del infante don Cárlos en Italia. Pero sin la confianza que mereció de la Reina tal vez no hubiera tardado mucho en caer del ministerio, porque Felipe no era muy partidario suyo, ya porque no le gustase tener á su lado un hombre de miras muy elevadas, ya tambien porque su carácter melancólico le impelia á mirar al rededor suyo con suspicacia. Así que, solo al hallarse Patiño en su última enfermedad, convencido de su mérito, le envió el título de Grande de España, cosa que hizo decir á Patiño que el Rey le daba el sombrero cuando ya no tenia cabeza en que ponerlo. Despues del desastre que sufrió nuestra marina en tiempo de Alberoni, acaso no hubiera podido levantarse mas, si Patiño hubiese desconocido los verdaderos intereses de la España. Conoció que la nacion que gobernaba tenia necesidad de ser poderosa por mar, no solo para salvar sus posesiones en América, sino tambien para establecerse con seguridad en Italia y en Africa. Seguramente que ha sido Patiño uno de los ministros mas hábiles, desinteresados y patriotas que han tenido en sus manos las riendas del poder. Procuraba llenar las necesidades mas urgentes de la nacion, y todo cuanto sobraba en el tesoro lo dedicaba á la construccion de buques; y esto no solo en el continente de Europa sino tambien en América; pues sabia hacer las operaciones en secreto, sin aparentar grandes cosas, y en el momento necesario aglomeraba como por encanto todo lo que su genio creador habia reunido. Y no era solo la marina de guerra el objeto de sus afanes, sino que favorecia los progresos de la marina mercante, del comercio y de la industria, y se dedicó á crear compañías de comercio semejantes á las que habian hecho poderosos á los Ingleses y á los Holandeses. Le sucedieron en el ministerio de hacienda el Marqués de Torrenueva, en el de estado don Sebastian de la Cuadra, y en el

de la guerra el esclarecido Duque de Montemar; pero al saberse en Inglaterra la muerte de Patiño dijo uno de los mas célebres políticos de aquel tiempo que era para la España una pérdida irreparable.

1737. No estaban del todo amortiguadas las diferencias entre Nápoles, España y Roma; pues tuvo lugar un hecho que atrasó grandemente los ajustes. Sucedió que una galera napolitana quiso visitar á una chalupa que las galeras pontificias enviaban á tierra; opusiéronse á ello los comandantes de las galeras pontificias, y dispararon contra la galera napolitana matando seis hombres de su tripulacion; sintió mucho este agravio la España, y como en aquel entonces pasase destinado á Madrid por nuncio el ilustrísimo Valentin Gonzaga, se le mandó detenerse en Bayona. Pero mas adelante todo se compuso, y mucho mas cuando el dia 12 de mayo envió el Papa la investidura del reino de Nápoles al infante don Cárlos. Entonces este ya no pudo resistir á declararse feudatario del Papa como lo habian sido todos los poseedores del reino de Nápoles y de Sicilia, y se ofreció á pagar los doce mil ducados de costumbre, y presentar al condestable Colonna la hacanea en señal de señorío.

El 9 de julio falleció en Florencia Gaston de Médicis, gran duque, y tomó posesion del palacio ducal el Duque de Lorena, segun el tratado de paz concluido. Esta muerte puso término á la cuestion de Parma y de Toscana, pues como las tropas españolas que todavía guarnecian aquellos puntos se hallaron inferiores en número á las austriacas que de repente se echaron sobre Parma y Toscana, tuvieron que retirarse. Continuaba entretanto cada dia mas seria la desavenencia entre el gabinete de Madrid y el de Lóndres. Insistia este en que no se contraviniese en América el tratado de comercio, y quejábase amargamente aquel de que los Ingleses se dedicasen abiertamente al contrabando. El gobierno español dió órden á los guardacostas para que vigilasen sobre manera, y estos apresaban muchas veces sin distincion á los buques mercantes ingleses que suponian ser contrabandistas. Los dueños de los buques apresados elevaban enérgicas representaciones al parlamento británico, y este las recibia con ardor solo para hacer la oposicion al ministerio inglés. Indignáronse hasta tal punto los

animos en Lóndres, que los Comunes propusieron un *bill* en que se animaba á los corsarios ingleses á apresar buques españoles, y á reunirse para atacar cualquier colonia de América: en vano los partidarios del ministerio inglés, que sabian apreciar su marcha noble y decidida, se opusieron á la adopcion de semejante propuesta, pues quedó aprobado. Este era el preludio de calamidades mayores.

Capitulo VI.

Guerra con los Ingleses. Espedicion del Almirante Vernon. Otra espedicion del Almirante Anson. Muere el Emperador Cárlos VI. Sucédele Maria Teresa. Guerra de sucesion en Austria. Federico II de Prusia. El Rey de Prusia se apodera de la Silesia.

El Rey de Nápoles trataba casamiento con María Amalia, hi- 1738.
ja del Rey de Polonia, y el 19 de marzo se firmaron por ambas partes los contratos en virtud de poderes dados al Conde de Fuenclara. Púsose en camino la jóven Reina, y al llegar á los estados del Papa, este envió para cumplimentarla doce cardenales, entre los cuales se encontraba el de Alberoni: el 2 de junio hizo su entrada pública en Nápoles.

El 17 del mismo mes erigió Felipe V en Academia Real de la Historia á una junta de literatos, cuyo objeto era ilustrar la historia de España y limpiarla de los hechos inverosímiles que muchos han admitido como verdaderos; en proporcionar materiales seguros á cuantos deseen formar una historia general de España, ó particular de algunas provincias, y en componer un diccionario geográfico-histórico de España.

Continuaban los Ingleses dedicándose al contrabando en nuestros dominios, y nuestros buques seguian apresando á cuantos contrabandistas encontraban; pero aun con esto no se declaró este año la guerra, porque si bien la deseaban ambas naciones inglesa y española, sin embargo los gefes de entrambos gabinetes conocian que era mejor transigir el asunto de cualquier modo que fuese que esponer el comercio á una guerra siempre deplorable.

Por fin el 14 de enero de 1739 se firmó en el Pardo un trata- 1739.

do entre la España y la Inglaterra, por el cual se obligaba Felipe á dar á los Ingleses á título de indemnizacion noventa y cinco mil libras esterlinas, y la Inglaterra á la España mas de sesenta mil á título de ganancias de la compañía inglesa de la América meridional. Pero á pesar de este convenio, los dos gabinetes se aprestaban para la guerra, y mucho mas el inglés, porque preparaba dos espediciones numerosas, y habia formado el proyecto de arrebatarnos las Américas. Por otra parte, mientras se negociaba para la paz se supo que delante de Gibraltar habia aparecido una escuadra inglesa, sin duda con el objeto de apoyar las pretensiones de la Gran Bretaña. El Monarca español lo tomó á insulto, y mucho mas cuando se tuvo noticia de los discursos pronunciados contra la España en el parlamento británico. Por tanto fué ya imposible retardar la declaracion de guerra, y esta iba á hacerse con encarnizamiento. El primer paso del ministro español fué recaudar una contribucion estraordinaria de cien millones de reales para hacer la guerra. Patiño con la cuarta parte de esta suma hubiera conseguido la paz. Casi al mismo tiempo una conspiracion estaba á punto de arrebatarnos el Perú: por fortuna se descubrió á tiempo y se escarmentó fuertemente á los culpables.

1740. El primer objeto que se propusieron los Ingleses fué apresar la flota española que venia de América cargada de inmensas riquezas, y para ello enviaron al Océano un sin número de buques de guerra que se encontraban á cada paso; pero, el comandante de la flota supo tomar distinto rumbo del que creian los enemigos, y los dejó burlados. Entretanto de las costas de Vizcaya y otros puntos salieron bandas de corsarios Españoles que casi siempre volvian con presas de buques ingleses con mucho daño del comercio de la Gran Bretaña. Sin embargo, el gabinete inglés tenia fijas en América sus miras, y envió dos grandes espediciones á aquellos apartados mares, una á las órdenes del almirante Vernon, y otra á las del comodoro Anson. La primera se dirigia contra las costas del Golfo Mejicano, y la segunda contra las del Perú. Vernon apareció en las aguas de Antigoa, embistió el puerto de la Guaira y fué rechazado; pero cayó despues sobre Portobelo, embistió la plaza, y al cabo de algunos dias de horroroso cañoneo la obligó á capitular. No obstante, cuando entró en la ciudad ca-

si la halló desierta, pues sus moradores se habian internado en el pais con sus mas preciosos objetos : á pesar de esto, fueron incalculables los perjuicios causados por esta espedicion á la España. En vano para resarcirse fueron secuestrados los bienes de todos los ingleses que se encontraban en dominios españoles, pues el mal estaba hecho ya, y no admitia muy pronto remedio. No fué tan feliz por entonces la espedicion del comodoro Anson, pues aunque animó con su presencia á los súbditos ingleses de la Carolina, para que acometiesen la capital de la Florida, sin embargo fueron rechazados con teson admirable, despues de haber sufrido considerable pérdida.

Aconteció en esto la muerte del emperador de Austria Cárlos VI, que debia motivar en Europa una guerra no menos sangrienta y general que la del rey Cárlos II de España. Con efecto, estinguíase en su persona la rama varonil de la dinastía austriaca, y por esto antes de su muerte habia procurado dar fuerza de ley á la pragmática sancion. En consecuencia, presentóse al momento la esposa de Francisco de Lorena, gran duque de Toscana, hija mayor del Emperador, y fué reconocida y proclamada emperatriz de Austria. Esta es aquella célebre María Teresa, dotada de suma prudencia y energía que la salvó en circunstancias estraordinarias, merced al afecto que supo grangearse de parte de sus súbditos, singularmente de los Húngaros. Verdad es que lo necesitaba para disipar el nublado que cubria el horizonte político de la Alemania. La pragmática sancion debia hallar muchos opositores, y aun por entonces estaban ocupados en negocios de mucha trascendencia los Holandeses y los Ingleses que habian prometido sostenerla. La España, el Rey de Nápoles, y la Sajonia, ni mas ni menos que el Elector de Baviera, aspiraban á la sucesion austriaca, aquellos en parte, y este último en su totalidad; si bien que todos disimulaban sus pretensiones verdaderas, y querian pidiendo mas alcanzar lo que realmente era objeto de sus deseos. María Teresa necesitaba pues algun aliado fuerte que la sostuviese contra tantos pretendientes, y estuvo á punto de hallarle en la persona de un rey que hubiera sabido cumplir con lo prometido : tal era Federico II rey de Prusia, apellidado posteriormente el grande por sus talentos políticos y militares. Interesábale á este Monarca recobrar una parte de la Si-

lesia, perdida por sus antepasados antes de la guerra de los treinta años, y para ello ofreció á María Teresa que si le restituia lo que era objeto de sus pretensiones, prometia favorecerla y hacer frente á cuantos se opusiesen á sus derechos. No quiso consentir en ello la Emperatriz de Austria, y de consiguiente el Rey de Prusia fué el que disparó el primer cañonazo en la lucha sangrienta de la sucesion austriaca. Reune un ejército numeroso y disciplinado, se pone á su frente, penetra en la Silesia, derrota á los austriacos en la batalla de Molvitz, y se apodera de toda la provincia.

Capitulo VII.

Ataque de Cartagena de Indias. Continua la espe dicion del almirante Anson. Cárlos Alberto es elevado á la dignidad Imperial. Ventajas obtenidas por Maria Teresa. Paz entre los Austriacos y los Prusianos. Espedicion contra Panamá.

1741. Entretanto el almirante Vernon se reunia en la Jamáica con otra escuadra que le enviaba el ministerio inglés, entusiasmado con la toma de Portobelo. Juntó pues una escuadra formidable, y se presentó delante de Cartagena. Afortunadamente acababa de llegar á esta plaza una pequeña escuadra española, que desembarcó cuanta tropa pudo, y animó estraordinariamente á los defensores de la ciudad. Llegan los Ingleses, apodéranse del puerto y de todas sus baterías, desembarcan todo un ejército, y acometen la ciudad por la parte del castillo de San Lázaro que la domina. Al saberse en Inglaterra la toma del puerto, se prepararon grandes fiestas, para cuando se supiese la toma de la ciudad, y hasta en honor del almirante Vernon se acuñó una medalla que decia así: ha tomado á Cartagena. Muchas de estas medallas prematuras engañarian á la posteridad si la historia no fuese mas fiel. Ello es que el almirante Vernon tuvo que retirar sus tropas, reembarcarlas, y volver á la Jamáica, despues de haber sido rechazado, con gran pérdida de Cartagena. El mismo éxito tuvo otra espedicion que intentó contra Santiago de Cuba. Si la espedicion de Cartagena hubiese salido bien á los Ingleses, la del almirante

Anson hubiera progresado así mismo, pero resultando aquella desbaratada, no pudo Anson hacer otra cosa que dar acciones parciales, y apresar por una casualidad que le favoreció á un galeon que anualmente se despachaba de Filipinas á Acapulco, y que venia con un cargamento riquísimo.

Entretanto iba agitándose la cuestion de la sucesion austriaca, y Felipe V envió á Italia un cuerpo de quince mil hombres, mandado por el Duque de Montemar. Este envío de tropas era consecuencia de la alianza celebrada entre Baviera, Francia, España y Prusia, para favorecer al elector de Baviera Cárlos Alberto y coronarle emperador de Austria. Al frente de un ejército númeroso penetra este en los dominios austriacos, recibe en cada provincia la investidura correspondiente, penetra en Praga y es jurado rey de Bohemia, y entra en Francfort, donde se le corona emperador de Austria. Tres acontecimientos, todos de consecuencia, parecian deber abrumar entonces á la emperatriz María Teresa; victorioso el Rey de Prusia iba internándose en la Moravia; el rey de Cerdeña, sabiendo que vencian los enemigos de María Teresa, iba á declararse contra ella; y entretanto el Rey de Inglaterra, que habia enviado al Hannóver un ejército de veinte y seis mil hombres para auxiliar á la Emperatriz, se vió obligado á firmar neutralidad porque se le opuso otro ejército mas númeroso que el suyo. Así fué como la Holanda y la Inglaterra, que habian prometido sostener la sancion pragmática, no pudieron efectuarlo sino enviando algunos socorros de dinero á la Emperatriz su protegida. Mas esta no los necesitaba, porque su energía estraordinaria bastó para sacarla del apuro que hubiera destronado á otro cualquiera. Presentóse ante la dieta de los húngaros, teniendo en brazos á su hijo de un año de edad, supo entusiasmar á los nobles independientes de aquel reino, sacó de la Hungría intrepidos soldados, y esto fué lo que la salvó mucho mas que cuantos socorros pudo enviarla la Inglaterra.

El primer cuidado de María Teresa fué hacer la paz con la 1742.
Prusia, que era seguramente el enemigo mas formidable que tenia, porque en la batalla de Molvitz habian demostrado los Prusianos que su táctica era superior á la de los Austriacos. Tambien firmó un tratado de paz con la Sajonia, y al mismo tiempo trató con el Rey de Cerdeña, quien reunió todo su ejér-

cito con el suyo en cuanto supo que Federico II habia firmado la paz.

Reune la Emperatriz un ejército, no muy númeroso, pero sí valiente y entusiasmado, da el mando á Cárlos de Lorena su cuñado, y obliga á los Bávaros y Franceses á evacuar á Praga: fué muy celebrada la retirada de trece mil franceses que hicieron unas treinta leguas de camino, amenazados y hostigados siempre por el enemigo, sin que se desbandasen un momento. Puede decirse que durante esta campaña venció María Teresa sin presentar batalla: con efecto, todo fueron movimientos, y merced á lo bien que supieron dirigirse, se convirtió en teatro de la guerra la misma Baviera. Murió por entonces el cardenal de Fleuri, de edad muy avanzada, digno de encontrar imitadores en todas épocas, y en todas las naciones. Hasta la edad de noventa años conservó un entendimiento sano, libre, y capaz de gobernar. Cuando uno medita que entre mil contemporáneos rara vez hay uno que llegue á esta edad, se ha de confesar que el destino del cardenal de Fleuri ha sido único; si fué estraordinaria su grandeza, su moderacion y su dulzura no lo fueron menos. Modesto, sencillo, económico en todo, y amante del órden y de la paz, probó que los espíritus suaves y conciliadores han nacido para mandar á los hombres.

Habiéndose reunido las tropas del Duque de Montemar con las del Rey de Nápoles, y con nuevos refuerzos que le llegaron de España, reunió un ejército de cuarenta mil hombres, y se adelantó hasta Módena, de cuyo punto se apoderó. Pero el Rey de Cerdeña reunia entonces un poderoso ejército compuesto de austriacos y sardos, y se le opuso cuando iba á internarse en sus estados. Prudente cuanto esforzado el Duque de Montemar, aunque tenia órden para arriesgar una batalla, conoció sin embargo que si la ganaba no eran muchos los progresos que hacia, y que en caso de perderla ponia en gran conflicto al Rey de Nápoles: retiróse por tanto seguido siempre por el sardo hasta Rímini. El Rey de Nápoles intentaba por entonces hacer un esfuerzo estraordinario para aumentar el ejército del Duque de Montemar; pero los Ingleses se presentan de repente delante del puerto de Nápoles, y amenazan bombardear la capital si el Rey dentro de una hora no pro-

mete retirar sus tropas de las del ejército español. Don Cárlos no se hallaba en suficiente estado de defensa, y por otra parte, amante de sus pueblos, y viendo que iba á acarrear la total destruccion de una ciudad floreciente, se apresuró á firmar la promesa que de él se exigia. Al cabo de pocas horas se habia retirado ya la escuadra, y Cárlos fué fiel á su palabra; sin embargo no olvidó jamás este acontecimiento, y acaso lo recordó demasiado, mas de lo que debiera. Los reyes nunca deben guardar en su ánimo rencores, que áveces obligan á dar pasos que no son del interés de los súbditos.

Para desquitarse el almirante Vernon del desastre que le habia sucedido delante de Cartagena, se dirigió á Portobelo é intentó apoderarse de la plaza de Panamá. Corria mucho riesgo la plaza por el corto número de sus defensores, y acaso se hubieran apoderado de ella los Ingleses, si afortunadamente no hubiesen llegado al puerto cuatro navíos de línea y una fragata que prestaron un servicio estraordinario á la plaza y arredraron á los enemigos hasta obligarles á retirarse.

Entretanto los enemigos del Duque de Montemar trabajaban en la corte para desconceptuarle y quitarle el mando del ejército. Al frente de ellos estaba el ministro Campillo, con quien habia tenido reyertas anteriormente, y logró que le fuesen atribuidas todas las desgracias de la campaña, y que se le confinase á una de sus posesiones.

Nombróse por sucesor suyo en el mando del ejército de Italia, al general Gages, uno de sus tenientes.

Capitulo VIII.

Operaciones militares en Italia. Batalla de Campo-Santo. Alianza entre la Cerdeña, la Inglaterra y el Austria. Evacuan los franceses la Alemania. Guerra entre los Franceses y los Ingleses. Batalla de Dettingen. Combate naval de Tolon. Campañas de 1744.

El Marqués de la Mina mandó este año un ejército, á cuya 1743.
cabeza se hallaba el infante Don Felipe, que se reunia en el Delfinado, y debia con otro cuerpo de ejército francés ocupar la Saboya. El Conde de Gages, con otro ejército debia oponer-

se vivamente al ejército austro-sardo, mientras el infante Don Felipe atacaba por otro punto. El sucesor de Montemar obedeció á las órdenes que se le habian dado, é hizo una marcha rapidísima con el objeto de sorprender al general Traunt que se hallaba en Tanaro con los Austriacos. No lo logró sin embargo, porque prevenidos los enemigos acamparon en Campo Santo, y allí se dispusieron para recibirle. Atacólos el general español durante la noche con mas valor que prudencia; arrolló á la infanteria austriaca, y acometió con furor á su infantería; mas esta habia tomado una posicion muy fuerte, y no pudo romperse su línea. A pesar de esto, el general Gages logró ganar algunos trofeos militares, los que enviados á Madrid dieron motivo para creer que realmente habia conseguido la victoria: en realidad solo logró perder bastante gente y tener que retirarse á Rumins con su ejército bastante diezmado. Entretanto los Ingleses, los Sardos y Austriacos celebraban en Wormes un tratado de alianza ofensiva, y en cambio la Francia, á la cual no detenia ya el genio pacificador del cardenal de Fleuri, trató de unirse con la España y Nápoles por medio de una alianza ofensiva y defensiva. Pero el Rey de Nápoles se creyó obligado en conciencia á cumplir con la neutralidad que habia prometido, y entonces se estipuló que los esfuerzos hechos por el infante Don Felipe le serian pagados con el Milanesado y los ducados de Parma y de Plasencia. Adelántase el Infante á la cabeza de treinta mil hombres é intenta hacer una incursion en el Piamonte, pero los esfuerzos combinados de los Austriacos y de los Sardos le obligaron á batirse en retirada hasta el Delfinado.

El Rey de Inglaterra en persona desembarcó en Hannover á la cabeza de cincuenta mil hombres, y se dispuso para la campaña. Pero los acertados movimientos del mariscal de Noailles, hábil general francés, le redujeron á tal estremo en Aschafemburgh, que casi le tuvieron encerrado entre una montaña escarpada y el rio Mein. Allí seguramente hubiera perecido todo un ejército ó se hubiera visto precisado á rendirse si no hubiese sido por la imprudencia de uno de los tenientes generales del ejército francés. El Duque de Grammont acometió antes de tiempo al enemigo cuando intentaba este abrirse paso por medio de una marcha peligrosa, y se dió la

batalla de Dettingen, que fué indecisa; pero que permitió á los Ingleses salir de un apuro en que les habian puesto los movimientos mas bien combinados.

Por mar acometian á un tiempo los Ingleses, á Guayra; Puerto-cabello y Goncera, una de las islas Canarias: mas en todas estas espediciones fueron desgraciados. En la primera perdieron algunos navíos, en la segunda unos dos mil hombres, y de la tercera salieron no menos escarmentados.

Este año accedió tambien la Holanda á la alianza austriaca, 1744.
y Felipe V y Luis XV tuvieron que prepararse para una campaña sangrienta. Los Franceses defendian con un ejército la Alsacia, invadian con otro la Flándes austriaca, preparaban una espedicion para conducir á Inglaterra á Cárlos Eduardo, hijo de Jacobo el pretendiente, y estaban equipando otra escuadra para operar en el Mediterráneo. Entretanto un ejército compuesto de españoles y de franceses se dirigió contra el Piamonte: el Rey de Nápoles viendo que era general el peligro y que habian mudado ya las circunstancias, se reunió con el general Gages para lanzar á los Austriacos mas allá del Pó. La espedicion dirigida contra Inglaterra no obtuvo resultado porque los Ingleses reunieron en sus costas fuerzas muy superiores; pero se logró al menos que no pasasen á atacar nuestras posesiones de América. Luis XV se puso al frente del ejército que operaba en Flándes, y obtuvo constantemente ventajas. Habíase apoderado ya de varias plazas, cuando supo que los Austriacos se arrojaban sobre la Alsacia con un ejército formidable. Acudió Luis á aquel punto con sus mejores tropas; pero en el camino le asaltó una enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro con sentimiento general de toda la Francia. Cuando se restableció, ya los Austriacos se habian retirado á Alemania, pero á pesar de esto pasó el Rin, entró en Friburgo y llegó hasta Munich.

La retirada de los Austriacos procedia mas bien que de temor de las tropas francesas, de una causa mas poderosa. Tal era el que Federico II se habia declarado de nuevo contra el Austria, temeroso de que en dias mas risueños y afortunados quisiese la Emperatriz volver á apoderarse de la Silesia. Entretanto las escuadras española y francesa, combinadas con la fuerza de veinte y seis navíos y seis fragatas salieron de Tolon

para presentar batalla á veinte y nueve navíos y diez fragatas inglesas. Empeñóse un combate obstinadísimo y sangriento; duró hasta la noche, y se separaron los combatientes sin que se hubiese decidido por una ni por otra parte la victoria. Sin embargo en esta memorable batalla de Tolon consiguieron los Españoles y Franceses tener libres por algun tiempo aquellos mares; y enviar á salvo socorros á Italia, pues los Ingleses se vieron precisados á retirarse.

Ya hemos dicho que el Rey de Nápoles habia pasado á reunirse con el general de Gages. Reunió con este movimiento unos veinte y cuatro mil hombres, y entonces se dió principio á la campaña llamada de Roma pues por los estados del Papa querian los Austriacos penetrar en Nápoles. Hallábase Cárlos en Veletri con todo su estado mayor y lo mas escogido de su ejército. El general austriaco intenta sorprenderle, destaca cuatro mil hombres que penetran en la ciudad y hacen prisioneros á muchos gefes españoles. Estaba en peligro el Príncipe, pero acudió Gages con la celeridad del rayo, y no solo le salvó, sino que arrojó de la ciudad los Austriacos con mucha pérdida. Los mas convienen en que los Austriacos perdieron en esta empresa dos mil hombres, y la gloria fué igual por una y por otra parte, la de los Austriacos por la empresa igual á la de Cremona en 1702 y la de los Españoles y Napolitanos por su defensa heróica. Posteriormente se declaró la epidemia en el campo austriaco, y tuvo que levantarlo su general, y se dirigió á Viterbo. Al fin de la campaña resultó que los ejércitos se hallaron en la misma posicion que al principio de ella, pero Gages hizo prisionera toda la guarnicion de Nocera, y hubiera derrotado á los Austriacos sin la actividad de su gefe.

En los Alpes los Franceses y Españoles reunidos formaban un ejército de sesenta mil hombres, que pasó el Var, sometió el condado de Niza, franqueó el paso de Villafranca, y arrojó de Coni al Rey de Cerdeña: mas no fné posible hacer que sus estados tomasen partido en favor de los Borbones, singularmente porque una escuadra inglesa se hallaba delante de Génova. Mandaban este brillante ejército el infante de España Don Felipe y el Príncipe de Conti, que animados con el entusiasmo que por ellos sentian sus tropas, quisieron penetrar en el Piamonte por Stura. Efectuáronlo en medio de la nieve.

de torrentes de hielo en un pais enemigo, y acosados incesantemente por el hambre. De esta suerte de eminencia en eminencia iban ganando terreno, hasta que vieron por delante en la altura mas elevada los puntos fortificados de Castelpont y de Bellini. Las tropas españolas y francesas hicieron prodigios de valor, penetraron en los fuertes, degollaron la guarnicion, tomaron en seguida el fuerte de Castel-Delfin, penetraron hasta Dumont en el valle de Stura, rindieron esta fortaleza defendida por la naturaleza y por el arte, y engañados á vista de tantos progresos, que hacian esperar otros mayores, pusieron sitio á Coni. Pero esta ciudad se hallaba defendida por siete mil hombres aguerridos. Acudió el Rey de Cerdeña con parte de su tropas á socorrer la plaza, y se trabó un obstinado combate en que por ambas partes se peleó con valor y encarnizamiento. Al fin tuvieron que retirarse los Sardos con pérdida de cinco mil hombres; pero á pesar de esto no se rindió la plaza, y la gloria que consiguieron sus defensores fué estraordinaria, pues no solo habian resistido con teson á un ejército numeroso y aguerrido, sino que le obligaron á levantar el sitio con pérdida de casi toda la artillería y de un sin número de soldados diezmados por las enfermedades.

Este año como para borrar lo ofensa hecha algunos años antes por el Duque de Borbon con la restitucion de la infanta de España, se contrajo matrimonio entre el Delfin de Francia y la infanta Doña María Teresa, hija de Felipe V.

Capitulo IX.

Campaña de Flandes. Campaña de Italia. Muerte de Cárlos Alberto pretendiente de la corona de Austria. Francisco I es elevado á la dignidad Imperial. Batalla de Fontenoy. Cárlos Eduardo conquista la Escocia. Batalla de Tanaro. Batalla de Dresde. Conquista de la Lombardia. Paz de Dresde. Pérdida de la Lombardia. Batalla de Plasencia. Toma de Génova. Batalla de Lieja. Batalla de Culloden. El partido de Cárlos Eduardo es vencido. Muerte de Felipe V el Animoso.

Cuando se preparaban las campañas de Flándes y de Italia 1745.
aconteció la muerte del Emperador Cárlos VII. Los Franceses

mandados por Luis XIV, cubrian en Flándes el sitio de Tournai, y en las llanuras de Fontenoy se avistó con él el ejército inglés y atacó con ímpetu irresistible. El mariscal de Sajonia dirigia á los Franceses, pero en un momento de crisis el general de Richelieu, viendo que los Ingleses llevaban lo mejor y que uno de sus cuerpos se adelantaba victorioso en una ala, manda oponer cuatro cañones contra el centro de los Ingleses: apoya la infantería francesa la acometida, y queda decidida la victoria á favor de los Borbones, y conquistada con una sola batalla la Flandes austriaca. Entretanto la emperatriz María Teresa veia elevarse en el trono imperial á su esposo Francisco I; pero esta elevacion solo la presenció en medio de la derrota de la mayor parte de sus ejércitos. Federico II de Prusia se opuso á un ejército austriaco que se encaminaba á reconquistar la Silesia; le arrolló en la batalla de Fridbergh, adelantóse hasta Dresde y destruyó otro cuerpo de ejército compuesto de Sajones y Austriacos, y ocupó aquella capital. Pero sabia Federico hasta que punto debia insistir en la guerra, y en Dresde procuró firmar paz con María Teresa, como lo efectuó, cediéndose al Prusiano por segunda vez la Silesia, y reconociendo este en cambio por emperador de Alemania á Francisco de Lorena. Tambien el Monarca francés deseaba la paz, porque reconocia que habiendo muerto Cárlos VII solo los Españoles podian ya sacar ventajas de la guerra en Italia: pero los Ingleses estaban interesados en que continuase la lucha, y procuraron en sus principios cortar toda negociacion.

La campaña de Italia fué en 1745 una de las mas gloriosas para los Borbones, así por lo bien conducida como por los resultados que produjo. Principió aliándose los gabinetes de Madrid y de Paris con los Genoveses, solo para que permitiesen transitar por su territorio á los Españoles y Franceses; se dió órden al Conde de Gages de pasar al Genovesado á reunirse con el ejército del infante Don Felipe. Para ello debia disponerse á las dificultades de un terreno estraordinariamente montuoso, ó á abrirse paso con la fuerza. Prefirió lo primero, y á semejanza de Aníbal efectuó el paso del Apenino de una manera que pareceria increible si la historia no lo hubiese recordado. Las dificultades que tuvo que vencer hubieran amedrentado á otros soldados menos aguerridos; pero los ve-

teranos del Conde de Gages con la nieve hasta las rodillas, con frio en los miembros, y al mismo tiempo con hambre, pasaron el monte de San Peregrino, y llegaron por fin á Génova. Los principales encuentros que tuvo que sostener fueron en Castelnovo y en Veracula, pero en ambos salió victorioso. No fueron menores las dificultades que tuvo que vencer el infante Don Felipe al pasar los Alpes marítimos; pero acostumbrado su ejército á las fatigas de la anterior campaña y á tener á la cabeza á un príncipe idolatrado, se portó tambien con valor y con serenidad, y reunidas todas las tropas formaron un total de sesenta y dos mil hombres. Conocieron los Austriacos que debian hacer un esfuerzo estraordinario para salvar la Lombardía. Las tropas del Rey de Cerdeña cubrieron el Monferrato, y entre tanto Schulembergh atravesó el ducado de Parma y de Plasencia, y se atrincheró en el valle de Lemmo para impedir al enemigo que saliese del paso de la Boqueta de que se habia apoderado. De repente hace el Conde de Gages movimiento, acomete á los Austriacos en sus atrincheramientos, les hace abandonar sus mejores posiciones, y entre tanto atraviesa el Infante el Apenino, arroja á los Sardos mas allá del Bormida y se establece en la llanura adelántandose hacia Alejandría que era donde debian reunirse los dos ejércitos combinados. Entonces tuvo lugar una operacion sumamente ingeniosa y difícil, pero cuyo éxito fué completo. Consistió en separar á los Austriacos de los Sardos para caer sobre uno de los dos y abrumarlos. Nuestro ejército destacó un cuerpo que pasó el Pó, arrolló en Pavía á un destacamento austriaco, y amenazó la ciudad de Milan. Revuelve Schulembergh, sepárase del Sardo para cubrir el Milanesado, y entretanto se reunen los Franceses y Españoles, cargan sobre el Rey de Cerdeña, le derrotan en la batalla de Tanaro, y conquistan toda la Lombardía. De esta suerte casi toda la Italia cayó en poder de los Borbones, y seguramente la España hubiera conquistado de nuevo los paises que poseia antes de la guerra de sucesion si mas animosa María Teresa despues de haber hecho la paz con la Prusia no hubiese podido enviar á Italia un ejército numeroso.

Entretanto la espedicion dirigida contra Inglaterra desenbarcó en Escocia al príncipe Cárlos Eduardo con poquísima gen-

mandados por Luis XIV, cubrian en Flándes el sitio de Tournai, y en las llanuras de Fontenoy se avistó con él el ejército inglés y atacó con ímpetu irresistible. El mariscal de Sajonia dirigia á los Franceses, pero en un momento de crisis el general de Richelieu, viendo que los Ingleses llevaban lo mejor y que uno de sus cuerpos se adelantaba victorioso en una ala, manda oponer cuatro cañones contra el centro de los Ingleses: apoya la infantería francesa la acometida, y queda decidida la victoria á favor de los Borbones, y conquistada con una sola batalla la Flandes austriaca. Entretanto la emperatriz María Teresa veia elevarse en el trono imperial á su esposo Francisco I; pero esta elevacion solo la presenció en medio de la derrota de la mayor parte de sus ejércitos. Federico II de Prusia se opuso á un ejército austriaco que se encaminaba á reconquistar la Silesia; le arrolló en la batalla de Fridbergh, adelantóse hasta Dresde y destruyó otro cuerpo de ejército compuesto de Sajones y Austriacos, y ocupó aquella capital. Pero sabia Federico hasta que punto debia insistir en la guerra, y en Dresde procuró firmar paz con María Teresa, como lo efectuó, cediéndose al Prusiano por segunda vez la Silesia, y reconociendo este en cambio por emperador de Alemania á Francisco de Lorena. Tambien el Monarca francés deseaba la paz, porque reconocia que habiendo muerto Cárlos VII solo los Españoles podian ya sacar ventajas de la guerra en Italia: pero los Ingleses estaban interesados en que continuase la lucha, y procuraron en sus principios cortar toda negociacion.

La campaña de Italia fué en 1745 una de las mas gloriosas para los Borbones, así por lo bien conducida como por los resultados que produjo. Principió aliándose los gabinetes de Madrid y de Paris con los Genoveses, solo para que permitiesen transitar por su territorio á los Españoles y Franceses; se dió órden al Conde de Gages de pasar al Genovesado á reunirse con el ejército del infante Don Felipe. Para ello debia disponerse á las dificultades de un terreno estraordinariamente montuoso, ó á abrirse paso con la fuerza. Prefirió lo primero, y á semejanza de Aníbal efectuó el paso del Apenino de una manera que pareceria increible si la historia no lo hubiese recordado. Las dificultades que tuvo que vencer hubieran amedrentado á otros soldados menos aguerridos; pero los ve-

teranos del Conde de Gages con la nieve hasta las rodillas, con frio en los miembros, y al mismo tiempo con hambre, pasaron el monte de San Peregrino, y llegaron por fin á Génova. Los principales encuentros que tuvo que sostener fueron en Castelnovo y en Veracula, pero en ambos salió victorioso. No fueron menores las dificultades que tuvo que vencer el infante Don Felipe al pasar los Alpes marítimos; pero acostumbrado su ejército á las fatigas de la anterior campaña y á tener á la cabeza á un príncipe idolatrado, se portó tambien con valor y con serenidad, y reunidas todas las tropas formaron un total de sesenta y dos mil hombres. Conocieron los Austriacos que debian hacer un esfuerzo estraordinario para salvar la Lombardía. Las tropas del Rey de Cerdeña cubrieron el Monferrato, y entre tanto Schulembergh atravesó el ducado de Parma y de Plasencia, y se atrincheró en el valle de Lemmo para impedir al enemigo que saliese del paso de la Boqueta de que se habia apoderado. De repente hace el Conde de Gages movimiento, acomete á los Austriacos en sus atrincheramientos, les hace abandonar sus mejores posiciones, y entre tanto atraviesa el Infante el Apenino, arroja á los Sardos mas allá del Bormida y se establece en la llanura adelántandose hacia Alejandría que era donde debian reunirse los dos ejércitos combinados. Entonces tuvo lugar una operacion sumamente ingeniosa y difícil, pero cuyo éxito fué completo. Consistió en separar á los Austriacos de los Sardos para caer sobre uno de los dos y abrumarlos. Nuestro ejército destacó un cuerpo que pasó el Pó, arrolló en Pavía á un destacamento austriaco, y amenazó la ciudad de Milan. Revuelve Schulembergh, sepárase del Sardo para cubrir el Milanesado, y entretanto se reunen los Franceses y Españoles, cargan sobre el Rey de Cerdeña, le derrotan en la batalla de Tanaro, y conquistan toda la Lombardía. De esta suerte casi toda la Italia cayó en poder de los Borbones, y seguramente la España hubiera conquistado de nuevo los paises que poseia antes de la guerra de sucesion si mas animosa María Teresa despues de haber hecho la paz con la Prusia no hubiese podido enviar á Italia un ejército numeroso.

Entretanto la espedicion dirigida contra Inglaterra desembarcó en Escocia al príncipe Cárlos Eduardo con poquísima gen-

te ; pero el descendiente de los Estuardos bastaba por sí solo para formarse un partido numeroso en la Gran Bretaña. Pronto acudieron á su voz aquellos aguerridos habitantes , acometieron la ciudad de Edimburgo y se apoderaron de ella, y despues de haber arrollado un ejército inglés , y héchose dueños de la Escocia, se lanzaron sobre la Inglaterra , y llevaron en su seno la guerra que ella buscaba en Europa.

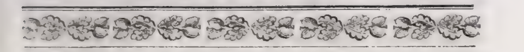
1746. Pero el parlamento inglés junto con la dinastía reinante hicieron esfuerzos estraordinarios al ver que se adelantabu Cárlos Eduardo venciendo siempre. Este Príncipe, desgraciado como todos los de su familia , se alucinó con sus anteriores victorias , y pensó que le era dable arriesgarlo todo en una batalla. Así lo hizo en las llanuras de Culloden, y aunque sus tropas se defendieron con desesperacion , eran sin embargo mas numerosos sus enemigos y triunfaron. A gran fortuna tuvo despues salvar su vida y poder restituirse al continente europeo.

A consecuencia de los deseos de paz que habia manifestado el Rey de Francia , dió algunos pasos con el de Cerdeña, á fin de separarle de la alianza de María Teresa, y obligar á esta á admitir proposiciones. Fueron infructuosos todos los pasos que se dieron con el Sardo, y únicamente dieron márgen á las mayores desgracias en la campaña de Italia. No se portaron los Franceses como lo habian hecho en la anterior campaña , antes se dejaron sorprender por el mismo Rey de Cerdeña; y arrollados en todas direcciones, dejaron en el mayor conflicto al ejército del general Gages que ocupaba la línea del Pó. Tuvo que evacuar la plaza de Milan, y pasó el Pó en las cercanías de Pavía mientras quedaba como cortado en Parma un cuerpo de ejército de ocho mil hombres. Difícil era salvarlos, pero lo logró Gages llamando sobre sí toda la atencion de los Austriacos y replegándose despues acertadamente hasta reunirse con el cuerpo que estaba á punto de caer en manos de los enemigos. Estos furiosos persiguieron entonces á Gages, quien hizo ademan de huir precipitadamente ; pero de improviso arremete en Codogno contra una division austriaca , cerca de Plasencia, la acomete con furor y casi la destroza enteramente. Este golpe atrevido contuvo á los Austriacos, y dió tiempo á los Franceses para que se reuniesen con los Españoles. Entonces se

dió la batalla de Plasencia, ó por mejor decir un ataque infructuoso, contra la línea austriaca: fueron rechazados los Franceses y Españoles con una pérdida considerable, y les fué imposible sostenerse por mas tiempo en los paises conquistados en la anterior campaña. Adelántanse los Sardos y Austriacos mas allá del Var se apoderan de Génova, y se preparan para caer sobre la Provenza. Afortunadamente se sublevó contra ellos el pueblo de Génova, mató mas de mil Austríacos hizo prisioneros á cuatro mil, y arrojó á los restantes de la ciudad. Este acontecimiento tuvo grandes resultados, no solo porque salvó á la Provenza de una incursion, sino tambien porque ocupó á todo un ejército en el sitio de Génova. No fué tan desgraciada para los Franceses la campaña de Flándes pues no solo se apoderaron de Bruselas, sino que en la batalla de Lieja arrollaron completamente á sus enemigos. Tras de estos desastres aconteció otro con la muerte de Felipe V. Un ataque de apoplegía terminó sus dias casi repentinamente en los brazos de la Reina el dia 11 de junio de 1746, á los sesenta y tres años de su edad, dejando abismada en el mas vivo sentimiento á la nacion. Su reinado es uno de los mas gloriosos de la Monarquía: hemos dicho que á la muerte de Cárlos II no habia en la nacion filósofos, poetas, oradores, riquezas, ejército, ni marina; pero á la muerte de Felipe V se halló que todo esto se habia creado, que la nacion era respetable y respetada, que tenia un ejército poderoso, que sus generales sabian combatir y vencer con los mas afamados del enemigo, y que la marina se ponia en nn pie brillante. Tampoco faltaban hombres capaces de dirigir la nacion, y autores como Luzan y Feijoo que restablecieron el buen gusto en la literatura. Además, á Felipe V se deben varios ilustres establecimientos, como el de la academia de la historia y el de la academia española, destinada á conservar puro el lenguaje castellano y á enriquecer cada dia mas su precioso diccionario. Felipe V poseia en alto grado todas las virtudes sociales y de familia, y si bien eran escasos sus conocimientos, sin embargo sabia emplear á los sabios, buscarlos entre la muchedumbre y seguir sus consejos. De su primera mujer tuvo cuatro hijos, los dos muertos en edad temprana: Luis cuyo reinado hemos ya descrito, y Fernando VI que debia sucederle en el trono de Espa-

ña. De Isabel Farnesio tuvo siete, uno muerto de muy corta edad, el infante Don Cárlos rey de Nápoles, el infante Don Felipe despues Duque de Parma y de Plasencia. El cardenal infante Don Luis, la Infanta casada con el Príncipe del Brasil, otra que casó con el Rey de Cerdeña, y la esposa del Delfin de Francia. Su natural melancolía le hizo mirar siempre como insoportable carga el gobierno del estado y esta y no otra es la causa de que estuviese siempre dispuesto á dejar el cetro en manos de sus hijos. A esto debe achacarse el que mientras vivió su primera esposa Doña María Luisa de Saboya, fué esta quien en realidad junto con la Princesa de Ursinos, se apoderó de las riendas del estado. Pero al subir al trono su segunda esposa, todo pareció mudar de direccion, pues supo estudiar el carácter de su marido, y procuró dar campo á su amor por las ciencias y las artes y á promover y cimentar los mas útiles establecimientos. Felipe V, dispuesto siempre á recompensar el mérito, á declararse favorecedor de la aplicacion y admirador del talento, y á corregir los abusos, fué un rey por todos títulos digno del amor de sus vasallos, y que contribuyó poderosamente al lustre de la Monarquía. El nombre de animoso que le dieron fué muy merecido, porque no solo se demostró tal durante los azares de la guerra de sucesion, sino tambien durante las circunstancias de su reinado que requerian grande energía de parte de los gobernantes. En suma, fué uno de los reyes cuya memoria no se borra fácilmente en los estados.





LIBRO SEXTO.

REINADO DE FERNANDO VI.

Capítulo primero.

Reinado de Don Fernando VI. Paz de Aix-la-Chapelle. Carvajal. Ensenada. Terremoto en Lisboa. Nueva guerra en el norte de Europa. Los Franceses se apoderan de Menorca. Los Ingleses se apoderan del Canadá. Muerte de Don Fernando VI.

TENEMOS en el trono de España á un Rey prudente, de buen corazon, magnánimo y conocedor. La prudencia la demostró con sus deseos de paz, el buen corazon con todos sus vasallos, la magnanimidad con su madrastra y sus hermanos, de quienes tenia motivos de queja, y á quienes favoreció siempre, y de sus conocimientos, juicio y fino tacto dió muestras en el modo como supo gobernar los pueblos. Su política fué enteramante española, independiente; no quiso permanecer bajo el influjo de la diplomacia francesa. Los primeros actos de su administracion fueron dar el mando del ejército de Italia al Marqués de la Mina, con encargo de atender principalmente á la conservacion de sus tropas. Así lo hizo este general; y mientras los Franceses acometian temerariamente en la Asielta á los Piamonteses atrincherados en posiciones formidables, y perdian en el ataque la mitad de su gente, Mina se retiraba prudentemente, y ponia de esta suerte en salvo sus tropas. Solo sí al principio de la campaña acudió con sus aliados 1747.

al socorro de Génova que se habia defendido valerosamente; y si bien á últimos de ella la hubo de dejar abandonada á su suerte, fué porque debia atender primero á la conservacion de su ejército brillante que á dar una batalla para esponer no solo el honor de las tropas españolas, sino tambien los estados del Rey de Nápoles. Entretanto en Flándes continuaban los Franceses obteniendo ventajas, y este año fué la Holanda la potencia de los aliados que mas padeció. Efectivamente el ejército francés destrozó completamente á los Ingleses y Holandeses en las llanuras de Laufeld, conquistó todo el Brabante holandés, y amenazó el centro mismo de las provincias unidas.

Este año admitió el Rey la dimision de Villaria, ministro de estado, y le dió por sucesor á don José de Carvajal y Lancáster, hombre sabio, diplomático hábil, y español puro é independiente.

1748. La campaña de Italia no fué este año tan favoroble á los Austriacos. Estos acometieron el punto de Voltri, defendido por tropas españolas, pero fueron rechazados con gran pérdida; no menor descalabro sufrieron delante de Génova cuya ciudad guarnecian los Franceses. En Flándes se apoderaron estos de varias plazas, y así que Luis XV se hubo apoderado de Maestrich propuso la paz á María Teresa. Cansadas las potencias europeas de tan larga guerra y derramamiento de sangre convocaron á principios de este año un congreso en Aquisgran, continuado despues en Aix-la-Chapelle, por el cual reconocieron por emperatriz de Alemania á María Teresa, á la que se reconoció tambien por Duquesa de Milan, y se cedieron al infante don Felipe los ducados de Parma y de Plasencia, á los cuales se agregó el de Guastala que estaba vacante por muerte del príncipe José María, último vástago varonil de la casa de Gonzaga. Al principio algunas potencias se negaron á firmar estos preliminares de paz, y entre ellas la misma Emperatriz de Austria; pero al fin reconocieron todas que era imposible sin destruir los pueblos continuar una guerra de que solo sacaba provecho la Inglaterra á favor de sus apresamientos marítimos, y de los combates sangrientos con que destruia la marina de los Borbones, como acababa de hacer con la Francia en la batalla naval de Finisterre. Tambien retardó dar su consentimiento el Rey de Cerdeña, pero el espíritu conciliador de

Fernando VI le determinó á hacerlo, aunque no pudo recabar lo mismo de parte del Rey de Nápoles. De esta suerte terminó la sangrienta guerra de la sucesion austriaca, llamada por algunos guerra pragmática, porque tuvo su orígen de la pragmática sancion promulgada por el emperador Cárlos VI. Fernando VI, y su ministro Carvajal eran desafectos á la Francia 1749.
por el aire de superioridad con que procuraba siempre presentarse como tutora de la España, y además porque los Franceses procuraron por medio de sus diplomáticos agriar al Rey de España con el Duque de Parma y el Rey de Nápoles: así que, las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el Monarca francés conociendo que debia captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenia en Madrid; pero á pesar de esto no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movia una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cual de las dos naciones conseguiria preponderancia en Madrid. Por entonces subió tambien al ministerio el Marqués de la Ensenada, hombre conocedor en la administracion, comercio y marina, y digno del eterno reconocimiento de la patria. Pero los dos colegas en el poder, Carvajal y Ensenada, tenian opiniones distintas en cuanto á la política esterior que debia seguirse. Carvajal era de parecer que la España debia aliarse con la Inglaterra, pero Ensenada era enemigo natural de aquella nacion, porque deseaba que la España dominase en los mares y comerciase en todas las partes del mundo. Confiado Fernando VI en la capacidad de sus dos ministros, y habiéndoles encargado sobre manera el afianzamiento de la paz en todas sus relaciones diplomáticas, se sintió poseido de la misma melancolía que dominaba á su padre.

Procuróse este año terminar de un modo amistoso las diferencias que ya antes de la guerra de la sucesion austriaca existian entre la Inglaterra y la España. Habian los Ingleses encargado esta negociacion á su embajador Keene, que conocia bien el carácter español, y sabia tratar con decoro y habilidad con nuestros ministros. Al mismo tiempo deseaban tambien los Ingleses que se les confirmasen los privilegios marítimos que les habian sido concedidos por Felipe V.

1750. Duraron estas negociaciones algun tiempo, lo mismo que otras relativas á la posesion que tomaron los Ingleses de las islas de los Leones, situadas cerca de la tierra del Fuego. Esta disputa procedió de una equivocacion de parte de los ministros, que suponian que aquellas islas se habian ya descubierto anteriormente por los Españoles que habian tomado posesion de ellas en 1619. Mas esto no era así, sino que las islas descubiertas por los hermanos Nodal están en una bahía de la costa del Sur-este de la América Meridional. Al fin el dia 5 de octubre, despues de largos debates, se firmó con los Ingleses un tratado, cuyos principales artículos consistian:

En restablecer los derechos mercantiles que en las posesiones españolas se habian concedido á los Ingleses en tiempo de Cárlos II.

En poner término á las reclamaciones de la compañía inglesa del mar del Sur, concediéndola la suma de cien mil libras esterlinas.

En que se enviasen instrucciones á todas las autoridades españolas de América para el cumplimiento del convenio.

Practicóse del mismo modo como se habia convenido, y se puso de esta suerte término á unas diferencias que hubieran acaso producido una nueva guerra marítima.

Al propio tiempo se terminaban tambien las diferencias con Portugal, que algunos años antes habian estado á punto de causar ó mover una guerra inevitable, á no haberse interpuesto el pacífico y mediador cardenal de Fleury. Fernando cedió la colonia del Sacramento, motivo de interminables disputas, y en cambio se le dió parte de la provincia de Tuy en Galicia y las Misiones del Uruguay. Estas se sublevaron al saberlo, y como en el ínterin muriese el Rey de Portugal, su sucesor no quiso acceder á lo pactado.

1751. Separándose el gabinete de Madrid del de Versalles, era consecuencia natural que se aliase con el de Viena y el de Turin para asegurar á los Infantes de España la posesion de los estados de Italia: así fué en efecto. Al saberlo el gabinete francés instó para que, disolviéndose el anterior tratado, se celebrase uno entre Francia, España, Nápoles y el Duque de Parma; pero nada consiguió, ni mas ni menos que la Inglaterra cuando quiso entrar en el convenio con Austria y el Rey de Cerde-

ña : entonces la política de los ministros españoles consistia en mantenerse independientes entre la Francia y la Inglaterra, y no permitir en manera alguna que esas dos potencias ejerciesen influjo sobre la España.

Continuaba el Marqués de la Ensenada protegiendo incesantemente el comercio español en América, y se dedicaba á destruir de todo punto el contrabando de los estranjeros. Verdad es que el tratado con la Inglaterra no le permitia dar á sus disposiciones el campo que hubiera deseado; pero á pesar de esto, no quiso nunca desistir de su intento, antes se propuso con ahinco cubrir toda la costa de Caracas con considerable número de buques ligeros á que no pudiesen resistir los contrabandistas. Armólos con el mayor secreto, los tripuló con gente escogida, y preparó de esta suerte una fuerza que debia hacer respetar el comercio legítimo y aterrar el fraudulento.

El afan con que procuraban los Ingleses y Franceses atraer 1752.
á su partido á la España tenia una causa: tal era la querella en que andaban desavenidos aquellos, á punto de declararse la guerra. Interesábales por tanto tener un aliado poderoso por mar como lo era la España, y la Francia hizo el último esfuerzo para conseguir su objeto. Envió á Madrid de embajador al Duque de Duras, hombre de mérito personal, y diplomático distinguido. Pero tenia que luchar con el embajador inglés, que era mas hábil que él; y de esta suerte, entre dos grandes potencias que solicitaban su amistad, pudo la España continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna. Además, mostrábase Fernando VI cada dia mas enconado con los Franceses, porque estos continuaban en su sistema de agriarle con el Duque de Parma y el Rey de Nápoles. Habia el primero contraido matrimonio con una hija de Luis XV, y como quisiese su esposa sostener en Parma el lujo de Versalles, es de ahí que Don Felipe se llenaba de deudas que casi siempre tenia que pagar el Monarca español. Cansábase este, en primer lugar porque era muy amante de la economía, y en segundo porque era concienzudo, y no le parecia bien que la España derramase sus tesoros para malgastarlos en Italia. Por último se negó redondamente á hacer mayores sacrificios, y esto es lo que deseaba el gabinete francés para separarle del Duque de Parma,

y obligar á este á ponerse bajo su proteccion. Las desavenencias con el Rey de Nápoles tenian mas serio orígen. Fernando VI no tenia sucesion ni esperaba ya tenerla, y como Don Cárlos fuese su mas próximo heredero, se reputaba ya tal, y se mostraba independiente en todo hasta el punto de ofender á su hermano, naturalmente muy bueno. Y como este conocia que todas estas desavenencias de familia eran fomentadas por los agentes del gobierno francés, se separaba cada dia mas de sus relaciones con la Francia.

Entretanto nuestros buques de guerra escarmentaban en el Mediterráneo á los piratas berberiscos que habian vuelto á infestar algunas de nuestras costas.

1753. Continuó el año siguiente la lucha diplomática, y á pesar de que la Inglaterra hizo esfuerzos estraordinarios para atraer á su alianza al gabinete español, no pudo conseguirlo, pues este procuraba cada dia mas conservarse neutral. Empezáronse á esperimentar los efectos de las medidas adoptadas por el Marqués de la Ensenada para perseguir á los contrabandistas ingleses, y como estos se quejasen de que diariamente se les apresaban buques, respondia prudentemente el gobierno español que ellos se tenian la culpa si despreciaban el comercio legítimo por el fraudulento.

1754. Dos fueron los acontecimientos de mas nota de este año: primero la muerte del dignísimo ministro Carvajal, y segundo la caida del no menos digno Marqués de la Ensenada. A aquel sucedió don Ricardo Vall que hasta esta época habia sido embajador de España en Lóndres, hombre de talento, enemigo de la preponderancia francesa, afecto al partido inglés, y por tanto no muy adicto á Ensenada. Dió pues, el impulso mas fuerte para la caida de ese hombre de estado. Acusósele de haber proyectado una alianza con la Francia, de haber preparado un rompimiento contra la Inglaterra, y de haber fomentado prodigando cuantiosas sumas las diferencias entre los Franceses y los Ingleses. Nada se le probó, pero á pesar de esto fué una víctima sacrificada á las intrigas de la gran Bretaña, que no podia ver con indiferencia como se aumentaba estraordinariamente nuestra marina. Con razon dijo pues el embajador inglés en Madrid al saber su destitucion, que ya en España no se construirian mas navíos. Pero su caida no

mudó en nada la política del gabinete de Madrid, y continuó inmutable en su neutralidad.

Viendo el embajador francés que nada podia lograr de nuestros diplomáticos, recurrió á Farinelli, célebre músico de aquella época, muy amigo del Rey y de la Reina, y que por muchos años poseyó su confianza, sin que jamás abusase de ella; pero Farinelli le contestó que era músico y no diplomático. La muger del Duque de Duras se entrometió tambien en ello con sentimiento del Rey de Francia, y procuró ganar la amistad de la Reina; mas esta respondió que aquello tocaba al Rey y á los ministros, y no á las mugeres. En vano mas directamente intentó despues el gabinete francés pintar á Fernando VI que era tortuosa é inconveniente la política de sus consejeros; en vano se le representaron los males que la ambicion inglesa preparaba á la casa de Borbon, y por último recurso se le pidió que mediase entre la Francia y la Inglaterra, para comprometerle contra esta potencia, pues nada se pudo recabar de él, porque estaba persuadido que la sangre de sus súbditos no debia prodigarse sin motivo, solo porque así interesase al honor de la Francia. Al fin reclamó el Monarca español que se mudase el embajador francés, y manifestó á su sucesor que se abstuviese de dar ningun paso en el sentido en que los habia dado el Duque de Duras. 1755.

Tuvieron lugar este año lamentables terremotos en Africa, en América, y en la Península española. Pero el mas fatal, y y que causó mas horrorosos estragos fué el de Lisboa que duró cinco minutos, arruinó casi toda la ciudad y sepultó entre los escombros á diez mil habitantes. Fugáronse de la cárcel los presos, y entre la desolacion general la aumentaron con robos y asesinatos abominables hasta que pagaron con el último suplicio su infamia. Fernando VI envió á Lisboa al Conde de Aranda con encargo de ofrecer al Rey de Portugal todo cuanto necesitase.

Entretanto habian fermentado los elementos de una guerra 1756.
en el norte de Europa, y al fin dieron por fruto una alianza de la Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia y la Suecia contra la Prusia y la Inglaterra. Federico II merecia vencer, y en esta memorable guerra de los siete años se grangeó mas que nunca el título de Grande con que se ha honrado su memoria. Solo

contra casi toda la Europa conoció que debia abrir la campaña con alguna de aquellas operaciones que prescribe el genio. Lánzase repentinamente al centro de la Sajonia, su mas cercano enemigo; colócase entre los ejércitos contrarios que querian abrumarle á un tiempo, contiene con una batalla á los Austriacos, los separa de los Sajones, les obliga á retirarse, hace capitular á todo el ejército Sajon, y convierte en teatro de la guerra la Sajonia y la Lusacia. No fueron tan afortunados los Ingleses, pues sus rivales los Franceses reunieron una poderosa escuadra, dispersaron otra inglesa mandada por el almirante Bing, cayeron sobre Mahon, y se apoderaron de la plaza y del puerto en dos dias. La indignacion que causó en Lóndres esta noticia fué estraordinaria: efectivamente habia quedado mancillado el honor inglés por tierra y por mar. Quien lo pagó fué el almirante Bing, á quien se formó causa y se fusiló.

Solo la España se mantenia en paz á pesar de todas las instigaciones de los Franceses, y con razon. ¿Qué interés tenian los Españoles en que el Austria quisiese reconquistar la Silesia, en que Isabel de Rusia, ofendida por Federico, quisiese arruinarle, y que el Rey de Suecia no pudiese resistir á intrigas cortesanas y sacrificase sus vasallos? Entonces proclamaba Fernando VI aquella célebre máxima de un rey moderno, de que los soldados, la sangre y los tesoros de una nacion solo
1757. deben sacrificarse por su honor é interés propio. Creyendo el Emperador de Marruecos que el carácter pacífico de Fernando VI habia influido para dejar desguarnecida la plaza de Ceuta, se volvió á acometerla con un cuerpo de ejército de seis mil hombres; pero al presentarse delante de la plaza conoció que era temerario intento el suyo, y acampando á cierta distancia, no se atrevió á atacar las murallas. Casi al mismo tiempo tenia lugar un combate naval delante de Málaga entre el almirante inglés Saunders y algunos navíos franceses; pero quedó por ambas partes indeciso. Humillado el orgullo inglés con la pérdida de Mahon y con los progresos que habian hecho las armas francesas en el Hannover, temió no sin razon que la Francia atrajese á la España á su partido prometiendo restituir á la Monarquía española la isla de Menorca. Hizo pues un esfuerzo el gabinete británico para ver si podia lograr que Fer-

nando VI se pusiese al fin de su parte, proponiéndole las mayores ventajas, y hasta la restitucion de Gibraltar, con tal que los Españoles conquistasen antes y entregasen á los Ingleses la isla de Menorca. Al propio tiempo ofrecia auxiliar al rey de Nápoles en cuantas pretensiones pudiese tener para asegurar en la persona de su hijo segundo la sucesion á la corona de las Dos Sicilias. Algun tiempo duró esta negociacion, pero fué enteramente infructuosa; porque se estrellaba contra los deseos del Monarca, cuyos únicos intentos eran que ningun español llevase luto por su causa. A poco murió el embajador inglés Keene que habia entablado la negociacion, y que tenia mucho partido en la corte de Madrid por su carácter, y por su prudencia y conocimientos.

Continuaba ensangrentada la guerra en el norte de Europa, Al principio de la campaña penetró Federico de Prusia en la Bohemia, derrotó junto á Praga á los Austriacos mandados por el Duque de Lorena; pero si el ejército que el Rey de Prusia mandaba en persona obtuvo ventajas, no así mismo las obtuvo su teniente el mariscal Schwerin, pues en la batalla de Chemnositz fué derrotado con pérdida de seis mil prisioneros y de siete mil muertos. Federico se vió pues obligado á evacuar la Bohemia, mientras el ejército francés llamaba por una parte toda su atencion, los Austriacos se apoderaban de la Lusacia y hasta penetraban en Berlin. Habianse adelantado los Franceses hasta la Westfalia, y ocupaban todo el Hannover. Sabedores de las ventajas obtenidas por los Austriacos, creyeron los Franceses que podian dividir su ejército en dos partes; pero aprovechando Federico este momento, cae sobre el cuerpo de ejército mas débil, lo derrota en Rosbach, revuelve sobre la Silesia, arroja de la Lusacia á los Austriacos, los derrota en Lisa, y vuelve á recobrar la mayor parte de lo que habia perdido.

En las aguas de Málaga, don Isidoro de Postigo, comandan- 1758.
te de una escuadra de tres navíos, avistó á un navío y una fragata argelinos, echó al primero á pique, ahuyentó muy maltratada á la segunda, añadiendo este servicio á los muchos que habia hecho ya en persecucion de los Berberiscos. La fortuna favoreció tambien este año por mar á los Ingleses, pues no solo dominaron en el Océano, en el Báltico y en el canal

de la Mancha, sino tambien en el Mediterráneo donde tuvieron como bloqueada en Cataluña toda una escuadra francesa al mando del almirante Clue.

Habíase Federico II adelantado hasta el fondo de la Moravia y puesto sitio á Olmutz; pero entretanto cayeron los Rusos sobre la Pomeramia, y amenazaron la capital de Berlin, mientras se reunian los generales austriacos para acometer de frente al Prusiano. Retrocede Federico, presenta á los Rusos la sangrienta é indecisa batalla de Zoendof, les obliga á retirarse al otro lado del Vístula, y vuelve despues contra los Alemanes, que acababan de ganar sobre uno de sus tenientes la batalla de Hockirken, y contiene sus adelantos. Fluctuante anduvo tambien la fortuna para los Franceses en la Westfalia, pues aunque tuvieron que repasar precipitadamente el Rin, y fueron batidos en Crevelt, sin embargo, uno de sus cuerpos de ejército, mandado por el Príncipe de Soubise, arrolló á los Ingleses y Hannoverianos en Sandershaussen y Lauztemberg, y obligó á su general el Duque de Bruniwick á replegarse.

A la sazon terminaban los dias de la reina de España doña María Bárbara, dejando en el luto y la desesperacion á su amante esposo. En vano las principales cortes de Europa intentaron ofrecer nueva esposa al desconsolado Fernando; subió de punto la habitual melancolía de este Príncipe, encerróse en el palacio de Villaviciosa, negóse á todo consuelo y trato, y aun pretenden algunos que se resintieron de ello sus facultades mentales. Pacífico por carácter, y dotado de un corazon sensible, idolatraba en su esposa á un sér que sabia comprenderle y leer en su alma, y era de temer que no la sobreviviera mucho tiempo.

Presintiéronlo así muchos intrigantes partidarios del Monarca francés, y se concibió entonces el proyecto de que le sucediese el Duque de Parma. Descubrieron los Ingleses la trama proyectada, y para ganarse el afecto del heredero presunto, cual era el Rey de Nápoles, le manifestaron el designio de hacer abdicar á Fernando en favor de su hermano Felipe.

1759. Al momento dirigió Cárlos varias circulares al consejo de Castilla y á cuantos ejercian mando en las provincia, á fin de prevenirlo todo, y asegurar en su persona la sucesion á la corona de España caso de morir el Monarca. Entonces empezó

á divulgarse que el Rey estaba malo de peligro; y como se supiese que le habian deshauciado los médicos, conocióse que llegaria en breve el caso de tener que suceder el Rey de Nápoles.

Los Franceses habian vuelto á adelantarse en la Westfalia, pero arrollados despues junto á Minden, replegáronse de nuevo sobre el Rin y el Mein. Pero los demas aliados penetraban en la Sajonia, arrojaban de Dresde á los Prusianos, los batian en Zulican, en Cunnerodorf, y en Maxen, les hacian veinte mil prisioneros, y ponian á Federico II en grande aprieto. Por mar obtenian los Ingleses considerables ventajas. Destrozaron é hicieron prisionera toda la escuadra del almirante francés Clue, y la del almirante Conflans cuando salia de Brest, y dispersaron ó destruyeron casi toda la marina francesa. Además atisbaron el momento en que salió de Dunquerque una escuadra dirigida á proteger un desembarco en las Islas Británicas; la persiguieron y la acosaron hasta apoderarse de ella. En la India se apoderaban de Chandernago y de Pondichery, arrojando de ambos puntos á los Franceses, y en América se apoderaban de todo el Canadá, despues de haber ganado la sangrienta batalla de Quebec contra el francés Montcalm.

El dia 10 de agosto, despues de haber declarado por heredero suyo al Rey de Nápoles, murió Fernando VI el Pacífico, cuya memoria, para el bien de sus pueblos, es digna de compararse á la de los mejores reyes de todos los siglos: sus vasallos le lloraron como hubieran llorado á su ángel tutelar, y acaso no ha ocupado el trono de España un monarca mas digno de ser llorado. Económico en todo, no malgastó los tributos, ni prodigó la sangre de sus pueblos, y socorrió compasivo cuantas necesidades le fué dable. Con una serie de reyes como él llegaria el poder absoluto á hacerse amable sobre la tierra. Dedicóse á restablecer el comercio, á poner la marina sobre un pie respetable, á favorecer las relaciones comerciales, á proteger y animar la industria, á construir caminos y canales, en fin, á mirar por la felicidad de sus pueblos y por el honor de la nacion. Procuró terminar las eternas diferencias que existian con Roma sobre el Patronato Real, y obtuvo el concordato de 1753, merced al cual se aseguró la Corona el derecho de presentar casi todos los beneficios, dignidades y prebendas eclesiásticas. Erigió en formar academia el estable-

cimiento destinado á cultivar la pintura, la escultura, la arquitectura y el grabado; estableció un jardin botánico para enseñanza de la juventud; hizo viajar á sugetos conocedores para que aclimatasen en España los conocimientos que adquiriesen, y protegió al erudito cuanto laborioso maestro Feijóo para que criticase las preocupaciones populares, é inspirase, con estilo claro y ameno, gusto á la literatura, á la investigacion y á un exámen filosófico.

Firme en su sistema de política, en vano las intrigas diplomáticas le rodearon de todas partes para enemistarle con sus hermanos y hacerle tomar parte en una guerra desastrosa é inútil, pues á todo supo resistir, todas las tramas desbarató, y pudo decir que si la Europa entera, ó por mejor decir los demás soberanos de Europa, se hacian la guerra solo por hacérsela, el Rey de España no la hacia porque los intereses de sus súbditos eran para él preferibles á los ambiciosos cálculos de gabinete. Todo en España le debió algo: el comercio, la agricultura, la industria, la marina, las ciencias, las artes y la literatura: de pocos reyes puede decirse otro tanto.





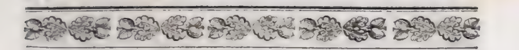


CARLOS III. DE ESPAÑA

Rey justo, sabio, benéfico y feliz,

Pablo Alabern

T. IX. p. 259.



LIBRO SÉPTIMO.

REINADO DEL REY DON CARLOS III.

Capítulo primero.

Sube al trono Don Cárlos III. Principios de su reinado. Continua la guerra del Norte. Nueva política. Alianza con el nombre de pacto de familia. Guerra con Inglaterra. Guerra con Portugal. Espedicion contra la Habana. Espedicion contra Manila.

El Rey de Nápoles tenia un hijo primogénito afligido desde la niñez de continuos insultos de epilepsia, y sumergido en una estupidez lamentable. Por tanto sus primeros cuidados fueron arreglar la sucesion de Nápoles, de manera que recayó la corona en su hijo tercero don Fernando. Hízole públicamente cesion del cetro, y antes de partir le dijo, entregándole la espada que habia recibido del rey don Felipe V: « Esta es la espada que me entregó Felipe V mi padre, á quien se la habia entregado Luis XIV de Francia : servíos de ella como se han servido vuestros antepasados. » Embarcóse en Nápoles con la reina su esposa doña María Amalia Walburg, con el príncipe de Asturias don Cárlos Antonio, su segundo hijo, y desembarcó en Barcelona entre el entusiasmo de sus moradores, restituyendo algunos privilegios á los Catalanes, privilegios que les habian sino derogados á consecuencia de los levantamientos de Cataluña. Continuó por Zaragoza su viaje, perdonando á varios pueblos sus contribuciones atrasadas, y

1760.

llegó á la corte entre el entusiasmo de sus moradores que le reputaban digno sucesor de su hermano. Podia en efecto conocerse su condicion, por cuanto hacia algunos años que reinaba, siempre con carácter pacífico, noble, activo y lleno de dignidad.

Algunos creian que su advenimiento al trono seria seguido de la vuelta de Ensenada al poder, y que la Reina madre conservaria algun influjo en los negocios; mas no fué así. En verdad que se mantuvo siempre respestuoso el nuevo Monarca para con su madre; pero no atendia á sus consejos para los negocios públicos, y si bien, racordando los servicios prestados por Ensenada le llamó á la corte, no volvió sin embargo á emplearle, y únicamente de los ministros del difunto monarca separó al Conde del Valparaíso, y nombró para reemplazarle al Marqués de Esquilache. A poco fué nombrado príncipe de Asturias el infante don Cárlos Antonio. El 17 de setiembre el Monarca tuvo la desgracia de perder á su esposa Amalia con llanto del Monarca que la adoraba y con sentimiento de gran parte de los Españoles que conocian ser ella un impedimento para que se abandonase la política pacífica hasta entonces seguida.

Seguia inflamada todavía la guerra del Norte, y este año tuvieron los Franceses desastres en todas partes: en Alemania porque fueron derrotados en la batalla de Varbourgh, en el Canadá porque perdieron un ejército numeroso, y en la costa de Africa porque les arrebataron los Ingleses sus mejores posesiones. Mas felices fueron sus aliados, pues vencieron y derrotaron al ejército prusiano, y rodearon de tal suerte á Federico II, que parecia inevitable su ruina. Sin embargo, al fin de la campaña, ese hombre grande supo volverse propicia la fortuna, pues no solo escapó de manos de sus enemigos en la famosa batalla de Lignitz, sino que despues les batió con pérdida de veinte mil hombres, y reconquistó la Sajonia, la Lusacia y parte de la Silesia.

1761. Una razon era la que alegaban los partidarios de la Francia para hacer que se abandonase el sistema pacífico seguido por Fernando VI: tal era la de que los Ingleses se apoderaban de casi todas las colonias francesas, y de que pronto harian lo mismo con las españolas, si no se atajaba el mal en su orígen:

en consecuencia deseaban que se declarase la guerra á la Inglaterra y se favoreciese abiertamente á la Francia. Sin embargo, estas ideas eran erróneas ó equivocadas; si la Francia no podia sostener una guerra marítima contra la Gran Bretaña, hizo mal en emprenderla, y la España no debia seguramente prodigar sus tesoros y la sangre de sus hijos, solo para sostener y alimentar el odio de los Franceses contra los Ingleses. De consiguiente eran nulos los motivos qne obligaron á Cárlos III á implorar en cierto modo una alianza con el gabinete francés, alianza conocida con el nombre de pacto de familia. Negocióse en muy pocos dias, y la España se preparó para una guerra larga y sangrienta, y para ver sacrificado por algun tiempo su comercio. Para dar lugar á que viniese en salvo de América una rica flota que se esperaba, hízose de manera que la España se ofreciese como mediadora entre la Francia y la Inglaterra. Esta potencia la admitió como á tal; pero pronto conoció que no se trataba de intervenir entre dos potencias enemigas para reconciliarlas, sino de declararse en favor de una de ellas para oponerse con mayores fuerzas á la otra. Gobernaba entonces en la Gran Bretaña el ministro Pitt, vigilante y profundo diplomático, que pronto traslució los designios que se meditaban, y rompió al momento toda negociacion con la Francia. Propuso en seguida que se declarase la guerra á la España, que se enviasen espediciones contra nuestras colonias, que se interceptasen nuestras flotas, y que se destruyese la marina española antes que tuviese tiempo de reunirse: pero á Jorge III no le parecieron bien estas medidas, y Pitt, se retiró al instante del ministerio. Pronto su profundidad quedó patentizada, pues no bien hubo llegado á los puertos de España la flota de América, cuando mudaron de tono los enviados españoles en Lóndres, y tomaron pasaporte.

Entretanto los Franceses perdian la Martinica, en las Antilles, y tenian lugar algunos otros descalabros por su parte en las costas del continente europeo. Bien es verdad que derrotaron á los Hannoverianos en las cercanías de Francfort; pero solo lograron con esto adelantar la línea que ocupaba su ejército, sin lograr otra ninguna ventaja de consideracion. Las demas potencias aliadas permanecieron inactivas, ya porque los esfuerzos hechos en la anterior campaña habian agotado sus

fuerzas, ya tambien porque se cansaban de luchar con un general tan astuto y conocedor como Federico II.

Conoció la España que su primer paso era hacer que el Rey de Portugal se declarase abiertamente por uno ó por otro partido: los Portugueses se declararon á favor de los Ingleses, y en consecuencia la España les declaró la guerra.

1762. A medida que amenazaban nuevos peligros al gabinete inglés, multiplicó este sus medios de defensa, y procuró abrumar con una campaña á sus encarnizados enemigos. Preparó una espedicion de treinta buques mayores y de catorce mil hombres de desembarco, presentóse delante de la Habana el 17 de junio, echó á tierra las tropas; y mientras estas se adelantaban acometia la escuadra el puerto con el mayor encarnizamiento. Los primeros ataques fueron rechazados con estraordinario valor y esfuerzo por parte de los Españoles; pero habiendo llegado á los sitiadores nuevos refuerzos, acometieron con ímpetu mayor, lograron apoderarse de algunas obras esteriores del castillo del Morro, arrollaron á los Españoles en una salida, y abrieron brecha al cabo de pocos dias. Entonces dieron el asalto general, en que pereció el gobernador del fuerte Don Luis de Velasco, y de cuyas resultas cayó el castillo del Morro en poder de los Ingleses. No podia la ciudad defenderse mucho tiempo, ya porque los fuegos del castillo la arruinaban incesantemente, como tambien porque se podia disponer de muy poca tropa para su defensa: así pues capituló quedando en poder de los Ingleses una colonia floreciente, riquísimos almacenes de municiones y víveres, nueve navíos, tres fragatas y mas de quince millones de duros. Al llegar á España esta noticia, solo resonó un grito general de indignacion, y fué necesario formar causa al gobernador de Cuba D. Juan de Prado, que fué condenado á muerte, si bien que la clemencia del Soberano la conmutó en prision perpetua.

Pero no eran estos solos los desastres que debia ocasionar á la España el funesto pacto de familia, pues á poco se supo que otra espedicion inglesa se habia apoderado de Manila; en vano su gobernador interino dió muestras de un valor y de una serenidad admirable; en vano reunió los moradores del pais para formar con ellos una especie de guerrillas que hostigasen incesantemente á los Ingleses: los Indios fueron derrotados, los

arrabales de Manila cayeron en poder de los sitiadores, y á pocos dias casi toda la ciudad despues de haber sufrido un horroroso saqueo. Aun con esto se defendió bizarramente el gobernador en la ciudadela, pero al fin tuvo que capitular. Los Ingleses se apoderaron tambien de dos navíos surtos en el puerto. Casi al mismo tiempo proyectaron los Ingleses y Portugueses un ataque contra Buenos Aires; pero salióles desgraciada la tentativa, y perdieron en ella la mayor parte de su gente. En la Península se previno la España para hacer la guerra á los Portugueses; penetró un ejército español en la provincia de Tras-os-montes, y se apoderó de la plaza de Almeyda; pero habiéndoles llegado á los Portugueses algunos refuerzos de Inglaterra junto con un general aleman de mucho mérito, no pudo hacer mas adelantos el ejército español, y si bien arrojó á los enemigos de Alvite, en el entretanto fué batido otro cuerpo de ejército que operaba por la parte de Villavelha. A vista de semejantes pérdidas tuvo la Francia que recurrir á la paz, de que tambien estaban deseosas casi todas las demas potencias aliadas. Suecia y Rusia la firmaron al principio de la campaña, y María Teresa hizo lo mismo con Federico de Prusia en Hubersburgo. De esta suerte se hizo durante siete años una guerra sangrienta, solo para volver las cosas al mismo estado que tenian antes, y se consumieron caudales y se sacrificó infinita gente, sin miras políticas, y en cierto modo únicamente por capricho.

Capitulo II.

Preliminares de paz. Paz de Fontainebleau. Politica del gabinete Español. Casamiento del Archiduque Leopoldo con una Infanta de España. Casamiento del Principe de Asturias. Nuevas desavenencias con la Inglaterra. Muerte del Duque de Parma.

Abrieronse en Fontainebleau las negociaciones para la paz. 1763
Ya á últimos del año anterior, se habian firmado los preliminares, y no costó mucho decidir á las potencias para un arreglo definitivo, pues todos deseaban la paz, la Inglaterra para no perder las ventajas adquiridas, y la Francia y la España

para no sufrir nuevas pérdidas. Aun con esto la España no habria dado seguramente los primeros pasos para la pacificacion, pues Cárlos III recordaba mas de lo que debiera el insulto que le habian hecho los Ingleses cuando no era mas que Rey de Nápoles, y se sentia animado de saña contra la Gran Bretaña. Firmóse en fin la paz en Fontainebleau el dia 10 de febrero. Por ella adquirió la Inglaterra las islas de Cabo Breton y del rio de San Lorenzo, gran parte del Misisipi, la nueva Escocia, el Canadá, la Dominica, la isla de San Vicente, la de Tabago, el Senegal y todos los establecimientos de Bengala. Estas concesiones le hizo la Francia, y se obligó ademas á desmantelar la ciudad de Dunquerque. Por su parte estipuló el gobierno español que fuesen devueltas á la España la Habana y Manila, y que en cambio cedia á los Ingleses la Florida, y la mayor parte de lo que poseia en el Misisipi; hizo ademas varias concesiones al comercio inglés, y prometió restituir á los Portugueses la colonia del Sacramento. Convinóse al propio tiempo entre la Francia y la España que aquella cediese á esta una parte de la Luisiana en cambio de las Floridas que se habian cedido al gobierno inglés. De esta suerte terminó la lucha de los siete años, de un modo fatal á los Franceses por mar y por tierra. Abrumada de deudas la Francia, no solo no podia poner en pie de guerra todos sus buques, si no que ni aun podia pagar á sus ejércitos de tierra, y desde entonces data aquella lucha de Francia entre los gobernantes y los gobernados, que produjo al fin la revolucion mas estraordinaria que han visto los siglos. Andaba el Rey en continuas reyertas con el parlamento, y este era entonces popular porque hacia la oposicion al gobierno, así como fué despues impopular, porque se conoció al fin que su oposicion no era en favor de los intereses del pueblo, y sí solo de la nobleza. Conoció entonces Cárlos III que por otros medios debia procurar atraerse el amor de los vasallos, y se dedicó á continuar las mejoras que su hermano habia principiado con felices auspicios. Promovió el estudio de las artes y de las ciencias, fundó sociedades patrióticas, estableció academias en distintos puntos, creó el colegio de artillería de Segovia, y procuró de esta suerte que fructificase un semillero de buenos militares.

1724. En 1764 se retiró de los negocios públicos, á pesar de habér-

selo negado por mucho tiempo el Monarca, el diplomático distinguido D. Ricardo Wall, que habia servido de un modo tan noble y honroso á Fernando VI, y que no queria sacrificar sus principios favoritos para ceder á las nuevas ideas del pacto de familia. En Granada acabó tranquilamente lo restante de sus dias ese sabio ministro, que habia sido una de las glorias mas dignas de mencionarse del anterior reinado. Le sucedió el genovés Grimaldi, que podia llamarse en cierto modo fundador del tratado entre la Francia y la España. Como diplomático era hábil, como empleado era celoso de su deber; pero como hombre de estado, no habria dado un paso muy ventajoso con la alianza que en cierto modo estableció entre las dos ramas de los Borbones.

Tratóse por entonces el casamiento de Doña María Luisa, infanta de España con Leopoldo archiduque de Austria. Era un obstáculo para el matrimonio el que Cárlos III reclamaba para su ejecucion que se nombrase á Leopoldo gran duque de Toscana, cosa á que se oponia la emperatriz María Teresa. Al fin se adelantó el negocio, y las bodas se celebraron poco tiempo despues de haber sobrevenido la muerte del emperador Francisco, y de haber subido al trono imperial el archiduque José. Otras bodas se contrataron tambien entre el príncipe de Asturias Don Cárlos Antonio, y la hija del duque de Parma Doña María Luisa, la del archiduque Francisco con la heredera del Ducado de Módena, y la de dos Príncipes de la casa Real de Francia con dos hijas del Rey de Cerdeña: de esta suerte se procuró que la casa de los Borbones quedase estrechamente unida con las casas de Italia y con el Sardo. En vano quiso entonces la casa de Austria formar parte del tratado de alianza que habia tenido lugar entre el gabinete francés y el español, pues los Franceses miraban como á sus rivales á los Austriacos, y deseaban mantenerse fuertes á la vez contra los Ingleses y los Alemanes. A poco falleció el rey de Polonia Augusto III, elegido bajo la influencia de la Rusia, que desde mucho tiempo anhelaba apoderarse de la Polonia, y solo esperaba para declararse abiertamente una mas favorable coyuntura. Desde Pedro el Grande habian los Rusos empezado á asomarse en la línea que hasta entonces los habia separado de Europa, y asomaban no solo

con el carácter de un pueblo colosal, sino tambien con el carácter de un pueblo civilizado. Desde entonces su civilizacion habia ido en aumento, y cada dia iban internándose mas en el campo de la política europea, hasta que por fin debia llegar un dia en que la dominasen enteramente. Este imperio estraordinario que se rozaba de una parte con la China, la India y la Persia, y de otra con la Suecia y la Noruega, ansiaba aproximarse á la Europa para ejercer preponderancia en toda la tierra.

No estaban terminadas todavía las diferencias entre la España y la Inglaterra, y el sistema adoptado por nuestro gabinete tendia á hacerlas eternas. Reclamaba la España que los Ingleses demoliesen las fortificaciones de sus colonias en Honduras, á fin de poderles conceder los privilegios comerciales que reclamaban, y aunque así lo practicaron fué solo dar márgen á nuevas disputas con motivo del aliento que infundió á los Franceses y á los Españoles ver indefensas aquellas colonias del gobierno inglés. Se impidió á varios colonos ingleses que penetrasen en dominios de España, y se arrojó á otros que se habian internado causándoles una pérdida enorme. Añadíase á esto que los Españoles se negaron á restituir á los Portugueses la colonia del Sacramento pretestando que no estaban bien demarcados los límites divisorios, y mientras los Ingleses y Portugueses reclamaban energicamente semejante restitucion, no daba Grimaldi otra respuesta que aglomerar tropas en la raya de Portugal para un caso de guerra. Al fin se terminaron en parte las diferencias sobre los colonos de las Honduras, pero en lo de la colonia del Sacramento se mostraba firme todavía la Inglaterra.

1765. Mediaron de una y otra parte notas diplomáticas bastante fuertes, y en el momento mismo en que Grimaldi parecia deber insistir mas en sus proyectos, mudó repentinamente de ideas y se declaró por el afianzamiento de la paz. Esto dió márgen á creer que entendia Grimaldi en un proyecto tramado por los Franceses para incendiar los mejores astilleros y arsenales ingleses y acabar pérfidamente con la marina británica. La historia no podrá certificar que un ministro español hubiese concebido semejante idea, y si los principios políticos de Grimaldi no fueron muy acertados, nunca podrá decirse

que fueron deshonrosos. Tratábase tambien por entonces de rescatar á Manila que nos habian tomado los Ingleses. Para salvar á esta ciudad de un segundo saqueo, habia prometido su gobernador ocho millones de duros y libró por esta suma contra el gobierno español. Negóse Grimaldi al pago de semejante cantidad alegando que el saqueo se habia verificado antes de la capitulacion. Medió un altercado sobre este particular, pero al fin persuadidos los Ingleses que no valia Manila lo que por su rescate exigian, se contentaron con que se diese una pension al general inglés que la habia tomado por asalto. Tuvieron entonces lugar en las posesiones españolas de América algunas turbulencias, con motivo de una innovacion que se deseaba introducir en el sistema de impuestos, pero cesaron renunciándose á ello.

Murió entretanto el Duque de Parma, á quien sucedió su hijo mayor Don Fernando, casi al tiempo mismo en que el marino Don Antonio Barceló se hacia celebre en las costas del Mediterráneo destruyendo á los piratas berberiscos.

Capitulo III.

Ministros de Cárlos III. Grimaldi. Esquilache. Descontento y sedicion. Caida de Esquilache. Muerte de la Reina madre. Espulsion de los Jesuitas. Desavenencias entre el Papa y el Duque de Parma. Los Franceses adquieren la Córcega.

Los principales ministros de Cárlos III eran Grimaldi y Esquilache: este amigo de la paz como buen ministro de hacienda, y aquel de la guerra; Esquilache enemigo de los Franceses, y Grimaldi su mas decidido partidario; este brillante en su conversacion y en su trato, amigo de la nobleza, espléndido en todo, y deseoso de popularidad; el otro receloso, desconfiado, duro en el trato, y mas atento al favor del Monarca que al aprecio público; Grimaldi, astuto, conociendo que la guerra pasada habia sido mal recibida de la nacion, procuraba hacer recaer todo el peso de la responsabilidad sobre Esquilache, y lo consiguió. Esquilache hubiera sido un buen ministro, era amigo de reformas y procuraba introducirlas. Solo en 1766.

qué hacer en sus desazones domésticas para poder pensar en los negocios de otros paises. En vano procuraban los ministros poner en respetable pie la marina y el ejército y reformar los vicios de la administracion, pues el déficit anual aumentaba terriblemente, y la deuda nacional subia de punto al mismo paso.

1768. El Rey de Nápoles habia seguido el ejemplo del de España espeliendo á los Jesuitas, y este año quiso el Duque de Parma hacer otro tanto, y al propio tiempo quiso meterse en reformar el régimen civil y el eclesiástico. Es de saber que la corte de Roma ha considerado siempre como feudatarios suyos á los estados de Parma y de Plasencia, y no es de estrañar por tanto que á las disposiciones del Duque de Parma respondiese publicando un breve contra él, y amenazándole con la escomunion si no derogaba cuanto habia hecho. La casa de Borbon tomó cartas á favor del Duque, y como el breve del Papa era en estremo fuerte, así es que el Rey de Francia envió al momento tropas contra Aviñon, y el Rey de Nápoles las envió asimismo contra Benevento y otros puntos. Cárlos III amenazó con penas graves á cuantos publicasen en España el breve del sumo Pontífice. Tal vez hubieran llegado estas diferencias á promover una escision mucho mas temible, si por aquel tiempo no hubiese acaecido la muerte de Clemente XIII y no le hubiese sucedido. Clemente XIV cuyo carácter suave puso despues fin á la reyerta.

Otro acontecimiento memorable llamaba la atencion de los diplomáticos. La isla de Córcega estaba sometida hacia algunos siglos á los Genoveses que la trataron siempre con dureza, y promovieron de esta suerte sediciones contra una opresion tiránica. A mediados de este siglo se habian levantado los naturales de la isla y sostenian hacia años una guerra sangrienta no solo contra los Genoveses, sino tambien contra los Franceses que los auxiliaron. El gefe mas decidido de los Corsos era Paoli, cuyo valor y el de su hijo Pascual Paoli fué un obstáculo para que los Franceses y los Genoveses, adelantasen nada contra los naturales del pais. Al fin viendo la república de Génova que estaba debiendo á la Francia sumas enormes con motivo de la cooperacion que la habia prestado en aquella lucha, la cedió la soberanía de la isla, y lograron por último

subyugarla los Franceses. Paoli se refugió en Lóndres y logró escitar el entusiasmo de la muchedumbre á su favor, y la indignacion general contra los Franceses por semejante aumento de poder. Hizo fuertes reclamaciones el gobierno británico al gabinete de Versalles; mas no se adelantó nada con ello, pues el ministro francés se mantuvo firme, y el inglés tuvo que ceder de sus pretensiones.

Capitulo IV.

Cesion de la Luisiana. Nuevas desavenencias entre Inglaterra y España. Mejoras interiores en la Península. Nuevas poblaciones de Sierra Morena. Estudios de San Isidro. Continuan las desavenencias con los Ingleses. Negociaciones. Convenio celebrado en Lóndres. Guerra entre los Rusos y los Turcos.

En virtud del tratado de paz celebrado el dia 10 de febrero de 1763, habia despues la Francia cedido á la España todo cuanto terreno le quedaba en la Luisiana. Fuese ya efecto de intrigas, ó amor de los naturales de aquel pais á la Francia, ello es que fué recibido con mucho desagrado el tratado por el cual se cedian aquellas posesiones á la España, y se negaron á admitir al gobernador español que se presentó á tomar posesion del pais cedido. En vano el gabinete de Madrid prohibió á los moradores de la Luisiana que fuesen admitidos en los mercados españoles, pues esto aumentó su encono contra la España. El gabinete francés no deseaba abiertamente favorecer la insurreccion de los habitantes de la Luisiana, porque le convenia estar bien con el gobierno de Madrid, pero no le pesaba seguramente tener un pretexto para volver algun dia á apoderarse de aquella colonia. Cárlos III aprontó una escuadra con cinco mil hombres de desembarco, y esta se presentó delante del Misisipí. La indignacion de los habitantes llegó al estremo, y si en aquellos momentos no hubiesen intervenido los Franceses para impedir la emigracion general que proyectaban los naturales del pais, no hubiera la España tomado posesion de él. El gobernador español en vez de desplegar entonces energía y suavidad á un tiempo mismo, no

1769.

hizo mas que mostrarse cruel sin necesidad, y solo logró que emigrasen los capitalistas, que la Luisiana quedase casi desierta, y que la España no reportase ventaja alguna de la cesion que se le habia hecho.

Nuevas desavenencias tenian lugar entre España y la Inglaterra, todo ó consecuencia de las nuevas islas descubiertas en tiempo del ministerio Carvajal, y á cuya posesion por parte de los Ingleses se oponia nuestro gobierno. Aconteció por el mismo tiempo que un navegante francés, obedeciendo á las órdenes de su gobierno, tomó posesion de aquellas islas en nombre de la Francia, de manera que casi á un mismo tiempo los Franceses é Ingleses formaron en ellas una colonia. Quejóse el gabinete español al francés; y como este desease solo promover una reyerta entre la España y la Inglaterra, dió órden para que al momento la colonia fuese restituida á la España. Así se efectuó, y una vez posesionados los Españoles de aquellas islas intimaron á la colonia inglesa que se declarase súbdita del Rey de España. No quisieron obedecer los Ingleses, antes resistieron abiertamente; pero como les llegase á los Españoles un refuerzo de Buenos Aires, tuvo que rendirse la colonia por capitulacion. Aun con esto el gabinete británico declaró la guerra á los Borbones, á pesar de la indignacion con que la noticia fué recibida en Lóndres, y de los aprestos militares que se hacian en todos puntos. Tratóse de arreglar el asunto por medio de una negociacion.

Hacíanse tambien en España preparativos de guerra, pero no por esto dejaban el Conde de Aranda, Campomanes, y Moñino, despues conde de Floridablanca, de meditar y poner en planta mejoras interiores en el reino. Aranda habia viajado por Prusia, y conociendo la táctica prusiana la hizo adoptar por el ejército español. Aumentábase la marina, creábanse en todas partes sociedades para la propagacion de las ciencias y de las artes, se erigian en todas partes cátedras, y se procuraba generalizar la instruccion con admirable celo. Al propio tiempo se poblaban las interioridades de Sierra Morena, fundando las nuevas poblaciones con la mayor actividad y constancia. Llenábase en Madrid el vacío que en la instruccion habian dejado los Jesuitas, estableciendo los estudios de San Isidro, estendiendo la instruccion á toda clase de ciencias, y

abriendo campo á los jóvenes para dedicarse al estudio en cualquier ramo que quisiesen abrazar.

Así los ministros españoles como los Franceses, estos de mancomun pero aquellos solo en parte, procuraban que las negociaciones con Inglaterra no tuviesn término amistoso. Contentábanse los Ingleses con que les fuese restituida la colonia cuya posesion se les habia quitado; pero Grimaldi que se oponia en Madrid á todo arreglo con la Gran Bretaña, enconaba el ánimo del embajador inglés, y se valió de una fuerte nota que este le habia pasado para atizar en el pecho del Monarca el encono con que hacia tiempo que miraba á los Ingleses, y para hacerle reclamar auxilios á Versalles contra la Inglaterra. Púsose el ejército en pie de guerra, creóse una junta de generales diplomaticos, un consejo de estado, y se dispuso que en caso de que los Ingleses persistiesen en sus pretensiones, estuviesen preparadas las fuerzas de la Monarquía para hacer la guerra con vigor. Enviáronse instrucciones al Príncipe de Maserano, embajador español en Lóndres, y se le manifestó que sobre todo diese muestras de teson y de energía. 1770.

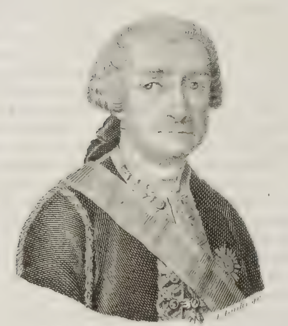
Reuniéronse tropas en la raya de Portugal, en Murcia y en las costas de Andalucía, equipáronse escuadras en Cádiz en el Ferrol, dispusiéronse buques de transporte, y entretanto Grimaldi daba largas á la negociacion con Inglaterra. Era inminente un rompimiento, y sus consecuencias hubieran tal vez sido desastrosas segun eran los preparativos que hacia entonces la Gran Bretaña, sino hubiese caido el ministerio francés. Cayó el Duque Choiseul, despues de haber fundado el pacto de familia que sacrificaba á los Españoles al interés de la Francia, y cayó en el momento mismo en que iba á dar otro golpe funesto á la marina española queriéndolo dar á la marina británica. Al saberse en Madrid la noticia de su caida, se supo tambien que Luis XV deseaba la paz, y por tanto fué ya imposible que la España por sí sola pudiese arrojarse á una guerra marítima contra la Inglaterra. Apresuróse pues Grimaldi á enviar las instrucciones correspondientes al Príncipe de Maserano; y como el gabinete inglés persistia todavía en sus miras pacíficas quedó á pocos dias terminada la negociacion. Los pueblos de España recibieron con alegría semejante noticia despues de los temores que habian sobresaltado al comercio que veia 1771.

ya amenazarle una paralizacion completa. Además no le pesó al Rey que se hubiese terminado el asunto, pues esta vez toda su indignacion habia recaido sobre la Francia, para la cual el pacto de familia no era mas que un trampantojo, pues le imploraba cuando necesitaba de la España, y le desatendia cuando esta nacion imploraba su auxilio. A poco fué restituida á los Ingleses la colonia que habia dado márgen á semejantes desavenencias.

Entretanto iban manifestándose las pretensiones de los Rusos relativamente á su idea de dominacion en Europa. Los Turcos eran vencidos por sus numerosos ejércitos, y entretanto se formaban un partido en Polonia para cuando llegase el caso de poner en planta sus ulteriores proyectos. Por otra parte el engrandecimiento de los Rusos en la Turquía se oponia no solo á los intereses comerciales de los Franceses, sino tambien á la preponderancia que el gabinete español queria dar en el Mediterráneo á su marina. Tambien queria la Rusia entrometerse en los negocios interiores de la Suecia; pues cuando el Soberano de este reino recobró con el favor de su ejército la supremacia de que se habian apoderado los nobles, prepararon los Rusos un ejército para invadir la Suecia. En vano los Franceses y Españoles se opusieron declarando que acometerian las fuerzas navales de la Rusia, pues la Inglaterra se puso del lado de esta potencia colosal, y declaró á su vez que se opondria á los proyectos de la Francia y de la España contra las escuadras rusas. Al cabo se terminaron estas diferencias con la Suecia mediante un tratado hecho á intermediacion de los Franceses é Ingleses. Pero á pocos dias se descubrió el plan formado por el Austria, la Rusia y la Prusia para repartirse casi toda la Polonia. En otra época, si hubiese reinado en Francia Luis XIV ó hubiese tenido en sus manos las riendas del poder en Francia algun hombre ilustre semejante desmembramiento de la infeliz Polonia no hubiera tenido lugar; pero el ministerio francés no obró con la energía que era de esperar, y la Inglaterra en lugar de favorecer á los Polacos, se declaró á favor de la Rusia, y nada pudo hacer la España por sí sola aunque animada de buenos deseos.

1772. Con escándalo de los pueblos civilizados se efectuó pues el reparto de gran parte de la Polonia entre el Austria que se





ABARCA DE BOLEA
Conde de Aranda

Guerrier politique, ministre sage

T. IV. p. 275.

quedó con toda la parte meridional, la Rusia á quien tocó la Lituania y la Livonia polaca, y la Prusia que aumentó su territorio con el palatinado de Guesna, el de Possen y otros varios distritos, sin que los Polacos entretenidos en reyertas domésticas pensasen en armarse en masa para oponerse al yugo estranjero. Pudo decirse que Luis XV, que á principios de su reinado cuando necesitaba ser pacífico se demostró belicoso, y á últimos de él, cuando las circunstancias requerian vigor para que la Rusia no empezase á asomar como un poder colosal entre las naciones civilizadas, dió entonces muestras de flojedad y de inercia. Ello es que mientras los ministros de Luis XV solo pensaban en hacer la guerra al parlamento de Paris y en abolirle, se consumó en Europa una de las revoluciones que mayores consecuencias han podido producir en el estado actual de la política de las grandes naciones.

Capitulo V.

Nuevo desmembramiento de la Polonia. Continuan las mejoras interiores del Reino. Tribunal de la Rota. Caida del Conde de Aranda. Revolucion de los Anglo-americanos. Espediciones del Emperador de Marruecos. Espedicion contra Argel.

Como el año anterior habian podido las potencias del Norte 1773.
de Europa efectuar á su salvo el primer repartimiento de la Polonia, meditaron este año el segundo, apropiándose cada potencia la parte de territorio que necesitaba para tener unos lindes mas bien marcados: de esta suerte la Polonia quedó reducida casi á la nada, y esto cuando se necesitaba mas que nunca para servir de barrera á los ambiciosos proyectos de los Rusos. No por esto pareció que las demas naciones mas meridionales pensasen siquiera en las consecuencias de ese desconocimiento y menosprecio del derecho de gentes.

Entretanto, el Conde de Aranda, Campomanes y Moñino, llevaban á cabo las reformas proyectadas hacia tiempo en bien de la nacion. Consistian estas reformas en disciplinar el ejército, en promover la enseñanza pública, en fundar nuevas poblaciones en Sierra Morena, y en el arreglo de la moneda cuya

influencia en el comercio y en el aprecio de las mercaderías es tan conocido. Mucha parte de la que circulaba por España es- ban desgastadas por el uso de muchos años, y su valor intrínseco habia disminuido á la par que su justo puso. En épocas de calamidades públicas se habian introducido monedas de inferior calidad, y en consecuencia los pueblos no podian menos de mirar con desconfianza toda novedad en este punto. Sin embargo, conociendo Cárlos III y sus ministros que era de todo punto indispensable una reforma, se dispuso que se recogiese toda la moneda antigua, y que se cambiase por otra de nuevo cuyo. Así se efectuó con general satisfaccion, pues el Príncipe supo sacrificar sus intereses porque así convenia al bien de los pueblos. Al mismo tiempo se pensaba en formar el tribunal de la Rota para restringir el derecho de asilo eclesiástico, y fijar causas especiales en que tuviese jurisdiccion el tribunal de la inquisicion. Todavía queria mas el Conde de Aranda, pues deseaba destruir aquel tribunal; pero esta fué una de las causas que motivaron su caida. Decimos una de las causas porque en realidad hubo otras no menos poderosas que ocasionaron la mudanza de ministerio que sobrevino á poco. El carácter del Conde de Aranda era sobre manera violento, y así es que cada dia se indisponia mas y mas con Grimaldi de cuyos cortos alcances estaba convencido, y á quien no dudó aun en presencia del Rey á llamarle ministro nulo. Unido todo esto á que Cárlos III no podia sufrir mas tiempo que se contrariase tan abiertamente como lo hacia Aranda, fué causa de que al cabo le admitiese su dimision, y le enviase de embajador á Paris. Cuéntase que poco antes de salir para Francia, le dijo el Rey que era mas testarudo que una mula aragonesa, á lo que respondió Aranda que mas testaruda era la magestad de Cárlos III. No podia pues semejante ministro continuar por mucho tiempo en la corte, y se nombró en su lugar presidente del consejo de Castilla á Figueroa y poco despues á Campomanes. Por este tiempo mereció el título de Conde de Floridablanca don José Moñino por lo bien que supo desempeñar la la embajada de Roma, en peticion de que se estinguiese la compañía de Jesus en toda la Cristiandad como así lo hizo el papa Clemente XIV.

1774. Continuaban los Rusos conquistando gran parte del territo-

rio de la Turquía, y esto tan abiertamente que empezó á despertar los recelos de los demas soberanos de Europa. Los Austriacos firmaron paz con la Turquía y además un tratado de alianza contra el Ruso. Además la Francia á instigacion de la Inglaterra se ofreció por mediadora para conseguir que terminasen los asuntos de Oriente. Súpolo con tiempo la Emperatriz de Rusia, y al momento para que no adquiriese el Austria preponderancia en Turquía admitió la mediacion de los Franceses y celebró la paz con la Puerta, por la cual le cedia esta algunas plazas, varios puntos de la Crimea y una parte de la pequeña Tartaria. Al propio tiempo una gran revolucion amenazaba minar en sus cimientos el poder de la Gran Bretaña. Habia esta querido agravar cada dia mas sus colonias en los territorios que poseia en el Nuevo Mundo, y les imponia nuevos tributos sin atender á las formalidades hasta entonces observadas. Indignáronse altamente los naturales de aquel pais, y como no hubiesen sido atendidas sus quejas, se declararon por último en guerra abierta con la Inglaterra. Hacia años que duraban semejantes disturbios, pero nunca habian llegado á tal desarrollo como este año, pues en él se reunió el famoso congreso de los Estados Unidos, se declaró el pais independiente, reunió un ejército mandado por el célebre Wasington é hizo frente á la tiranía británica. Protegieron su espíritu de independencia los Franceses, así para humillar el orgullo inglés como para favorecer las ideas de libertad que empezaban á hallar eco en la nacion y en el gobierno. Pero a la sazon murió Luis XV, entendido pero achacoso desde su infancia, y nunca dotado de suficiente energía para reinar. Sucedióle su nieto Luis XVI, y halló la Francia abrumada por una deuda inmensa, sin hacienda, sin moral, y con el desenfreno que cundia en todas las clases. El espíritu de filosofismo habia hallado muchos prosélitos, y las ideas de reforma otros tantos; pero por desgracia se creia que las reformas debian empezar destruyendo la religion; y se figuraban muchos que si los Ingleses habian conseguido gozar de libertad era porque la mudanza de religion habia ocasionado mudanzas de ideas y de costumbres. Luis XVI era débil como su antecesor, y mucho menos instruido que él: su carácter decia ya bastantemente que andaria siempre fluctuando sin guia ni direccion fija entre los impul-

sos de su conciencia, los nuevos clamores de la muchedumbre, y los consejos de antiguos cortesanos. Era una víctima destinada á ser inmolada para expiacion de pecados agenos, de errores pasados.

España acababa de firmar un tratado de paz con el Emperador de Marruecos, mas este solo lo hizo para que de esta suerte se dejasen desguarnecidas las plazas españolas de Africa. Presentóse pues de repente delante de Melilla con un ejército de treinta mil hombres, y puso sitio á la plaza encargando los trabajos á varios coroneles ingleses; no fué afortunado sin embargo como hacian esperar sus esfuerzos, pues fué rechazado en todos los asaltos, y tuvo que levantar el sitio. Tambien tuvieron que levantarle los que por aquel tiempo acometieron el peñon de Velez, despues de haber perdido en la acometida la mitad del ejército.

1775. Al momento salieron de España fuerzas navales para bloquear los puertos del Marroquí, y al cabo tuvo este que humillarse hasta pedir la paz. Concedióesela el gabinete español, pero principalmente porque queria estar desembarazado de enemigos para vengarse de los Argelinos que infestaban nuestras costas, y para acometer á Argel. Salió de Cartagena una escuadra de diez y seis buques mayores, de veinte y cuatro menores, otros buques pequeños armados y los transportes correspondientes, que eran mas de trescientos para transportar veinte y dos mil hombres de todas armas. El mando de la escuadra estaba encargado á Don Pedro Castejon, y el de las tropas de desembarco al general Orreille. El 1.° de julio llegaron estas fuerzas delante de Argel. El dia 7 desembarcaron ocho mil hombres que componian la primera division. Fuese ya efecto de demasiado ardor ó de mala direccion, ello es que los Moros los engañaron por medio de una falsa retirada, é hicieron que se adelantasen imprudentemente hacia la ciudad. No bien habian llegado los soldados al puesto que deseaban los bárbaros, cuando cayeron sobre ellos los Moros, los acometieron por todas partes, los arrollaron é hicieron retroceder hasta la orilla del mar. En aquel momento estaba desembarcando la segunda division, y la confusion y el desórden fué general en todos. En vano dieron los gefes algunas disposiciones oportunas, ya para formar un campo atrincherado, ya

tambien para mantener á raya á los enemigos, pues el desaliento habia cundido en el soldado, y era imposible emprender nada de provecho. Reembarcáronse las tropas, y á duras penas pudieron efectuarlo sin una completa derrota. Tal fué la espedicion de Argel. La opinion pública acusó al gefe de la escuadra, al general del ejército de tierra, y al ministro Grimaldi, y acusaba bien, porque los tres tuvieron la culpa de que quedase desairado el honor español. Grimaldi mas que ningun otro porque debia conocer que Orreille no era hombre para tal empresa, y que Mazarredo ó Barceló hubieran conducido mejor la escuadra y el desembarco que Castejon. Si el ardor de la primera division produjo un descalabro, ¿porqué no se hallaba Orreille al frente de esa primera division para contener el ardor de las tropas ó para dirigirle con acierto? Si Floridablanca se hubiese hallado al frente del ministerio español, acaso no hubiéramos sufrido semejante humillacion. Por entonces ese hombre sabio se hallaba todavía en Roma desempeñando con lustre la embajada, allanando todos los obstáculos que impedian terminar las desavenencias entre el Papa y los Borbones. Murió á poco el pontífice Clemente XIV, y contribuyó no poco Floridablanca para que recayese la eleccion de nuevo sumo pontífice en la persona del virtuoso y digno Pio VI.

Capitulo VI.

Nuevas negociaciones entre Inglaterra y España. Desavenencias con Portugal. Espedicion de los Portugueses. Espedicion de los Españoles que se apoderan de varias colonias Portuguesas en América. Casamiento del infante Don Luis. Pragmática sobre casamientos. Caida del Ministro Grimaldi. Sube Floridablanca al poder. Tratado con Portugal. Continua la guerra entre la Inglaterra y sus colonias sublevadas.

Temieron algunos que volverian á suscitarse este año serias 1776.
desavenencias entre la España y la Inglaterra por intereses comerciales, mas no fué así, pues tuvieron lugar algunas negociaciones que todo lo dejaron terminado. Necesitábanlo por cierto ambas naciones, la Inglaterra porque queria hacer un

poderoso esfuerzo contra sus colonias, y la España porque no podia desear la guerra despues de la indignacion que habia dejado en los ánimos el descalabro de Argel. Cincuenta mil hombres envió la Inglaterra á los Estados-Unidos; derrotaron estos en varios encuentros á los Americanos, y pusiéronlos en gran conflicto.

No fué tan fácil la terminacion de las diferencias entre España y Portugal, pues procedian de no haberse marcado á tiempo los lindes entre el Brasil y el Paraguay, y se habia pasado ya á hostilidades en aquellas tierras remotas. Los Españoles fueron los agresores; pues no contentos con ocupar el pais que era objeto de reclamaciones, se arrojaron á acometer las colonias portuguesas. Preparóse el reino de Portugal para la resistencia de la Península y para el ataque en América. Envió una escuadra poderosa contra Buenos Aires, con tropas de desembarco, y estas no solo derrotaron á una division española, sino que se apoderaron de varias plazas fuertes, entre ellas de Montevideo. Además reclamó el gobierno de Lisboa auxilios de Inglaterra, y el de Madrid los reclamó de Francia: de esta suerte estuvo para encenderse de nuevo una guerra general. En el ínterin salia de Cádiz una escuadra con doce mil hombres de desembarco dirigida contra el Brasil. Cayó primero sobre la isla de Santa Catalina, ahuyentó á una escuadra portuguesa, se apoderó de los fuertes que la defendian, y pasando despues al Rio de la Plata tomó á los Portugueses la colonia del Sacramento, y gran parte de territorio.

No les convenia á los Ingleses auxiliar á sus aliados de manera que se empeñasen en una guerra que habria distraido su atencion fija en los Estados Unidos, y en consecuencia procuraron abrir una negociacion para terminar amistosamente un asunto que podria tener para ellos no muy halagüeños resultados.

En la corte de Madrid, el infante Don Luis contraia matrimonio con una señora, que aunque contaba entre sus parientes á algunos grandes, no parecia sin embargo partido digno de un hermano del Monarca español atendida la etiqueta de la casa Real. Oponíase el Rey á que se casase Don Luis, y debe confesarse que si concedió despues su permiso no fué con mucha nobleza. Es sabido que Felipe V habia, porque así le plu-

go, escluido de la sucesion á las hembras, y además mandado que no sucediese en la corona sino el que hubiese nacido en España. Los hijos de Don Cárlos habian nacido en Italia, y no le convenia que en algun tiempo pudiese Don Luis alegar que tenia hijos nacidos en estos reinos. Al principio este Infante seguia la carrera eclesiástica á que le habian destinado, hasta concederle varias dignidades superiores, pero despues conoció que tenia mas vocacion para el matrimonio, é instaba incesantemente al Monarca á que le concediese permiso para casarse. Hallóse pues el Monarca en lucha entre los intereses de su familia, y el grito de su conciencia que le impedia negarse á los deseos de Don Luis; pero en vez de recurrir á un espediente sabio y noble, cual era reunir córtes, esponer el caso, y solicitar que se declarase derecho en sus hijos para sucederle á pesar de lo dispuesto por su padre, publicó una pragmática sobre casamientos desiguales, solo para poner la cláusula de que el infante de España que efectuase matrimonio desigual, aunque fuese con aprobacion del rey, quedase inhábil para suceder en la corona, ni mas ni menos que sus descendientes. Así creyeron los pueblos que se publicaba esta pragmática para la paz de las familias, y solo se publicó para fines políticos del Monarca, y para poder de esta suerte hacer que el infante Don Luis contrajese un matrimonio desigual, y cayese en las penas establecidas.

Desde la malograda espedicion de Argel se habia hecho su- 1777.
mamente odioso el ministro Grimaldi, y conociéndolo con tiempo, procuró presentar su dimision, que no le fué aceptada. Por otra parte el Conde de Aranda, que continuaba desempeñando la embajada de Paris no favorecia en nada á su enemigo, y procuraba desacreditarle continuamente así en la sociedad como entre el ministerio francés. Añadíase á esto que los últimos acontecimientos del Brasil habian complicado bastante el horizonte político, precisamente cuando la nacion deseaba de todos modos que quedase afianzada la paz para bien del comercio y de la industria. Grimaldi no estaba dotado de la firmeza de carácter necesaria para hacer frente á esas tempestades, á que debe estar acostumbrado un hombre de estado, y á fuerza de representaciones logró al fin que el Monarca accediese á concederle su dimision. Hubo sin embargo diferen-

cias relativamente á la eleccion de un sucesor. Unos designaban al Conde de Aranda, pero Cárlos III no le era muy adicto, ya porque temia la violencia de su carácter, ya porque casi nunca se avenia con el dictámen de los demas consejeros. Exigió pues que el mismo Grimaldi eligiese un sucesor entre los varios sugetos que conociese capaces de poder dirigir con acierto las riendas del estado. Algunos sugetos recomendaron á Grimaldi al Conde de Floridablanca, que con tanto acierto habia desempeñado la embajada de Roma, y como fuese del gusto del Rey semejante eleccion nombrósele inmediatamente, y se le hizo venir al efecto de Roma. Lo mejor que hizo Grimaldi durante su ministerio fué indicar al Rey para sucesor suyo al conde de Floridablanca : en lo demas, si hizo algunas cosas buenas, incurrió tambien en muchas otras malas. Fué de los principales autores del pacto de familia, y esto lo recordará siempre la historia para saber que algun dia los intereses de la nacion se sacrificaron á los intereses de familia, fuese esta la que fuese. El primer paso de la administracion de Floridablanca fué poner término á las diferencias con Portugal, y el primero de octubre concluyó en el Real sitio de San Ildefonso el tratado de division de lindes, por el cual cedió Portugal la colonia del Sacramento y la navegacion del caudaloso rio de la Plata y de algunos de sus afluentes. La España cedió por su parte una pequeña porcion de territorio, y restituyó á los Portugueses la isla de Santa Catalina. Pensó despues el nuevo Ministro en sacar partido de la rebelion de los Estados Unidos para debilitar á la Gran Bretaña. La pasada campaña habia sido favorable á los Ingleses, ni mas ni menos que la de los principios de este año, pues habian reducido á un deplorable estado á los defensores de la independencia americana. Pero los perdió la demasiada confianza en el triunfo; pues un general inglés, no contento con ahuyentar de las llanuras á los sublevados, quiso penetrar en la parte mas escabrosa del Canadá, y fué derrotado con pérdida de todo su ejército. Este golpe decisivo valió á los Anglo-americanos el reconocimiento de parte de la Francia, y grandes auxilios para contrarestar á los Ingleses.

Capitulo VII.

Negociaciones con Portugal. Guerra entre Francia é Inglaterra. Ofrécese Cárlos III como mediador. Intrigas diplomáticas en Madrid. Negociaciones. Apréstase la España para la guerra. Guerra con la Gran Bretaña. Bloqueo de Gibraltar.

El gobierno de Madrid supo aprovechar las disposiciones favorables á la España de parte del gabinete de Portugal desde que habia muerto el rey Jorge I, y caido del poder su ministro Carvalho. Era este un hombre de estado de grande ambicion que habia logrado persuadir al difunto Monarca que trastornase el órden de la sucesion de la Monarquía, y desheredando á la princesa su hija, nombrase por sucesor á su nieto hijo del Príncipe del Brasil. Favoreció Cárlos III la liga de los que deseaban que sucediese la hija del Príncipe reinante, y como este caso llegase en breve, no fué difícil celebrar el 24 de marzo el tratado del Pardo, á tenor del cual, no solo se confirmaban las disposiciones del anterior, sino que además se establecia un convenio de familia y una alianza política y mercantil entre la España y Portugal. Renovarónse no solo los antiguos tratados de nacion á nacion, sino tambien los respectivos al comercio en ambas Américas, y la España por su parte hizo algunas cesiones, á las que correspondió Portugal con otras para favorecer el comercio de negros de que necesitaban las colonias españolas. Como fuese el ministro Floridablanca quien llevase á cabo negociacion tan difícil con una potencia reputada ya entonces colonia de la Inglaterra, se grangeó estimacion profunda de parte de todos los conocedores y de la familia Real. Pronto fueron visibles los efectos de este tratado, porque subió de punto el comercio con América, se destruyó el contrabando que hacian los establecimientos portugueses, y se aseguró la España un enemigo menos en caso de una guerra con la Gran Bretaña. No estaba esta muy distante, porque los Franceses habian conocido que era aquella una coyuntura favorable para declarar la guerra á los Ingleses. La Gran Bretaña pensaba casi esclusivamente en los 1778.

cias relativamente á la eleccion de un sucesor. Unos designaban al Conde de Aranda, pero Cárlos III no le era muy adicto, ya porque temia la violencia de su carácter, ya porque casi nunca se avenia con el dictámen de los demas consejeros. Exigió pues que el mismo Grimaldi eligiese un sucesor entre los varios sugetos que conociese capaces de poder dirigir con acierto las riendas del estado. Algunos sugetos recomendaron á Grimaldi al Conde de Floridablanca, que con tanto acierto habia desempeñado la embajada de Roma, y como fuese del gusto del Rey semejante eleccion nombrósele inmediatamente, y se le hizo venir al efecto de Roma. Lo mejor que hizo Grimaldi durante su ministerio fué indicar al Rey para sucesor suyo al conde de Floridablanca: en lo demas, si hizo algunas cosas buenas, incurrió tambien en muchas otras malas. Fué de los principales autores del pacto de familia, y esto lo recordará siempre la historia para saber que algun dia los intereses de la nacion se sacrificaron á los intereses de familia, fuese esta la que fuese. El primer paso de la administracion de Floridablanca fué poner término á las diferencias con Portugal, y el primero de octubre concluyó en el Real sitio de San Ildefonso el tratado de division de lindes, por el cual cedió Portugal la colonia del Sacramento y la navegacion del caudaloso rio de la Plata y de algunos de sus afluentes. La España cedió por su parte una pequeña porcion de territorio, y restituyó á los Portugueses la isla de Santa Catalina. Pensó despues el nuevo Ministro en sacar partido de la rebelion de los Estados Unidos para debilitar á la Gran Bretaña. La pasada campaña habia sido favorable á los Ingleses, ni mas ni menos que la de los principios de este año, pues habian reducido á un deplorable estado á los defensores de la independencia americana. Pero los perdió la demasiada confianza en el triunfo; pues un general inglés, no contento con ahuyentar de las llanuras á los sublevados, quiso penetrar en la parte mas escabrosa del Canadá, y fué derrotado con pérdida de todo su ejército. Este golpe decisivo valió á los Anglo-americanos el reconocimiento de parte de la Francia, y grandes auxilios para contrarestar á los Ingleses.

Capitulo VII.

Negociaciones con Portugal. Guerra entre Francia é Inglaterra. Ofrécese Cárlos III como mediador. Intrigas diplomáticas en Madrid. Negociaciones. Apréstase la España para la guerra. Guerra con la Gran Bretaña. Bloqueo de Gibraltar.

El gobierno de Madrid supo aprovechar las disposiciones favorables á la España de parte del gabinete de Portugal desde que habia muerto el rey Jorge I, y caido del poder su ministro Carvalho. Era este un hombre de estado de grande ambicion que habia logrado persuadir al difunto Monarca que trastornase el órden de la sucesion de la Monarquía, y desheredando á la princesa su hija, nombrase por sucesor á su nieto hijo del Príncipe del Brasil. Favoreció Cárlos III la liga de los que deseaban que sucediese la hija del Príncipe reinante, y como este caso llegase en breve, no fué difícil celebrar el 24 de marzo el tratado del Pardo, á tenor del cual, no solo se confirmaban las disposiciones del anterior, sino que además se establecia un convenio de familia y una alianza política y mercantil entre la España y Portugal. Renovarónse no solo los antiguos tratados de nacion á nacion, sino tambien los respectivos al comercio en ambas Américas, y la España por su parte hizo algunas cesiones, á las que correspondió Portugal con otras para favorecer el comercio de negros de que necesitaban las colonias españolas. Como fuese el ministro Floridablanca quien llevase á cabo negociacion tan difícil con una potencia reputada ya entonces colonia de la Inglaterra, se grangeó estimacion profunda de parte de todos los conocedores y de la familia Real. Pronto fueron visibles los efectos de este tratado, porque subió de punto el comercio con América, se destruyó el contrabando que hacian los establecimientos portugueses, y se aseguró la España un enemigo menos en caso de una guerra con la Gran Bretaña. No estaba esta muy distante, porque los Franceses habian conocido que era aquella una coyuntura favorable para declarar la guerra á los Ingleses. La Gran Bretaña pensaba casi esclusivamente en los 1778.

Estados Unidos, atormentándola la idea de perderlos, y con ellos gran parte de su poder; por esto habia enviado espediciones fuertes á aquel distante pais, y parecia que estuviese empeñado el honor del pabellon británico en salir con bien de su empresa. No bien habian notificado los ministros de Francia á los de Inglaterra el tratado que habian celebrado con los Anglo-americanos, cuando al momento empezaron las hostilidades. Cuando lo supo el gabinete de Madrid habia hecho ya preparativos estraordinarios de guerra, y mientras tanto ofreció su mediacion al gabinete de Versalles y al de Lóndres, mediacion que fué aceptada, y que dió lugar á las negociaciones que se abrieron en Madrid.

Habia entretanto una escuadra francesa héchose á la vela para América, y al mismo tiempo un numeroso ejército francés se reunia en las costas de Bretaña, como á punto de embarcarse para Inglaterra. Los Ingleses por su parte no permitieron que ninguna escuadra francesa dominase en el canal de la Mancha, y el 1°. de setiembre se avistaron las dos fuerzas enemigas, y se trabó un obstinado combate, cuyo éxito quedó incierto.

Proyectaba entretanto el gobierno español, nuevas y sabias reformas para dar ensanche al comercio, y para animar la industria que diariamente subia entonces de punto.

1779. Así como durante el reinado de Fernando VI hubo una época en que la Francia y la Inglaterra se disputaban á porfía cual de las dos dominaria en la política española, así tambien durante gran parte del año 1779 los agentes de la Gran Bretaña procuraron atraer de su parte al gabinete español, mientras los enviados de Francia pugnaban para hacerle de su partido. Acaso en aquella época hubiera sido mucho mejor conservar el sistema de Fernando VI el Pacífico; pero militaban en favor de la guerra dos razones que parecian poderosas, si es que razon puede haber para abandonar por un éxito incierto un sistema de conservacion para los pueblos. Las razones que alegaban los partidarios de la guerra, eran: 1ª., que se hacia de todo punto indispensable que la Francia y la España cargasen de mancomun contra la Gran Bretaña, y la abrumasen con todo el peso de sus fuerzas, para arrebatarla el imperio del mar en unas circunstancias en que se hallaba en guerra con

sus mismos súbditos, y en que parecia no poder de ningun modo resistir; la 2ª., que habia temores de que la rebelion americana iba á comunicarse á las colonias españolas, y que los Ingleses eran quienes mas atizaban el fuego. Empero ambas razones mas bien debian decidir al gabinete español á la paz que á la guerra. Con efecto, alarmado el orgullo inglés á vista de los peligros, no solo hacia que demostrase su nacion de cuantos esfuerzos era capaz para resistir á enemigos interiores y exteriores, sí que tambien escitaba en los ánimos una desesperacion violenta que cuando toma orígen de los peligros de la patria acostumbra ser sobre manera temible. Todos los ingleses á porfía hacian sacrificios cuantiosos para salvar el honor de su pabellon amenazado, y para resistir con éxito á la coalicion de las dos potencias marítimas de Europa, que estaban celosas de su predominio en los mares y deseaban arrebatárselo. De esta suerte los gabinetes de Madrid y de Versalles, declarando la guerra en circunstancias apuradas á una nacion entusiasmada á vista del peligro, no hacian mas que duplicar sus fuerzas en vez de disminuirlas. Tampoco era fundada razon para declarar la guerra el temor de que se estendiese la rebelion anglo-americana á nuestras colonias; porque en todo caso, mucho mas debia estenderse el contagio viendo que se apoyaba á los Anglo-americanos que se habian sublevado. Debe decirse pues que la España dió en 1779 un paso, que ha tenido que llorar despues, y de que no ha podido quejarse con razon al perder sus inmensas posesiones del Nuevo Mundo; porque quien habia sancionado el derecho de rebelion debia presumir que tarde ó temprano se estenderia; pero el fatal pacto de familia venció á las razones que apoyaban el sistema de paz seguido por el anterior Monarca, y al fin se decidió la guerra.

Las negociaciones de Madrid entre la Francia y la Inglaterra no habian tenido éxito favorable, como era de suponer, porque la Francia deseaba llevar la guerra á cabo con teson y energía. Reclamó pues que el gabinete británico reconociese la independencia de los Estados-Unidos, y la Inglaterra no podia convenirse en conceder, por impulso y como por obediencia á una nacion estraña, lo que por sí misma podia otorgar con honor. Determinadas pues todas las potencias á hacer la guer-

ra, no puede negarse que Floridablanca lo puso todo en juego para salir airoso de la lucha en que se metia. Suscitó enemigos á los Ingleses, hasta en sus posesiones de las Indias, procurando que Heyder Alí, padre de Tippo Zaip, le declarase la guerra, como lo hizo; reconcilió al Austria con la Prusia y la Francia; logró que la Rusia se mostrase neutral, siendo así que estaba determinada á favorecer á los Ingleses; y hasta impidió que la Gran Bretaña sacase partido de la Holanda. Dióse principio á esta guerra marítima saliendo de Cádiz y del Ferrol dos poderosas escuadras que debian reunirse con otra francesa. Sesenta y ocho navíos de línea , sin contar otros buques menores, se reunieron para dar un golpe de muerte á la marina británica. Pero en vez de efectuar un desembarco en Inglaterra, como hubieran podido hacer , se contentaron los aliados con andar en busca de una escuadra inglesa de treinta y ocho navíos que huian sagazmente el cuerpo. Entonces sin haber hecho nada de provecho, y en cierto modo solo un paseo militar, se volvieron los Franceses á Brest, y los Españoles se dirigieron á bloquear por mar á Gibraltar, mientras la sitiaba por tierra un ejército.

En América el gobernador de la Luisiana se apoderó de varios fuertes pertenecientes á los Ingleses, mientras el gobernador de Yucatan se apoderaba de toda la costa de Campeche; en vano los Ingleses prepararon una espedicion en la Jamáica contra una plaza del golfo de Honduras y se apoderaron de un rico botin, pues lo recobraron al momento los Españoles.

1780. La campaña marítima de 1780 probó que toda la marina de Europa reunida no podia arrebatar á los Ingleses la superioridad del mar. No se efectuaron solo movimientos como en el año anterior, sino que las fuerzas navales vinieron á las manos, y llevaron lo peor de la guerra los aliados. Ello es fuerza confesar que los Franceses no se mostraron muy osados marinos, pues sus buques permanecieron casi siempre en los puertos por temor de las borrascas. No así el almirante inglés Rodney, que se hizo á la vela para acudir al socorro de Gibraltar; por el camino encontró un comboy español y se apoderó de él sin resistencia. Pocos dias despues, entre el cabo de San Vicente y de Santa María, encontró á la escuadra española mandada por don Juan de Langara, escuadra que debia

mantenerse delante de Gibraltar, pero que no habia podido efectuarlo á causa de los vientos contrarios. Sorprendidos los Españoles, pensaron en retirarse; pero los enemigos tenian viento favorable y acometieron con furor. Volóse un navío español á los primeros cañonazos, y como entre la densa niebla no atinasen los comandantes de los buques en cual podia ser la fuerza de los agresores, se rindieron unos tras otros seis navíos, bararon dos en la playa, se escaparon los restantes, y despues de un obstinado combate tuvo que rendirse el navío en que iba don Juan de Langara. De esta suerte pudo Rodney socorrer con abundancia la plaza de Gibraltar, destacar algunos navíos para reforzar las fuerzas inglesas de Mahon, y hacer rumbo despues triunfante hácia América. Los Españoles y Franceses reunieron tambien en las costas del Nuevo Mundo una escuadra de treinta y cinco navíos de línea. Rodney solo podia oponer veinte navíos, y parecia segura ya la empresa de apoderarse los aliados de la Jamáica cuando las enfermedades se cebaron en las tripulaciones de los aliados y obligaron á los Franceses y Españoles á retirarse. Entretanto probaban los Españoles una espedicion contra Mobila, la que llevaba á cabo el comandante Galvez, apoderándose de la plaza y haciendo prisionera de guerra á toda la guarnicion.

En los Estados-Unidos los Franceses habian desembarcado un cuerpo espedicionario al mando del general Lafayete y reunido con Wassington cayeron sobre los Ingleses, los arrollaron, é hicieron rendir las armas á ocho mil hombres. Casi al mismo tiempo don Luis de Córdoba, que mandaba una escuadra delante de Gibraltar, se hacia á la vela hácia el Océano, y logró sorprender al cabo de muy pocos dias dos riquísimos convoyes ingleses con destino á las Indias: esta presa valió á la España mil ochocientos soldados enemigos que cayeron prisioneros, y además ciento cuarenta millones de reales.

No pasó mucho tiempo sin que los Holandeses reconociesen la independencia de los Anglo-americanos, declarasen la guerra á los Ingleses y les hiciesen guerra de esterminio en las Indias. Conocieron entonces los ministros ingleses cuanto pesaba en la balanza política la España, y enviaron agentes para que se entendiesen secretamente con el conde de Floridablanca. Conoció este los amaños de que echaban mano los Ingleses

para enemistar la España con la Francia, y como le interesase tener alarmado al gabinete de Versalles, para que no se negase, como habia hecho hasta entonces, á cooperar al sitio de Mahon; manifestó, como que queria seguir la negociacion, y solo la abandonó cuando hubo logrado su objeto. A consejo de Floridablanca publicó este año la Emperatriz de Rusia su célebre manifiesto sobre mantenerse en neutralidad armada para defender al pabellon neutral.

Capitulo VIII.

Espedicion contra la Florida. La Florida Occidental cae en poder de los Españoles. Conquista de Menorca. Insurreccion en el Perú. Batalla naval en los Mares de América. Sitio de Gibraltar. Fin de la guerra entre los Ingleses y los Estados Unidos.

1781. Reunióse á principios de este año un cuerpo espedicionario en la Holanda, fuerte de ocho mil hombres, é hizo rumbo hácia la costa de la Florida. Tuvo á pocos dias que volver al puerto á consecuencia de un terrible huracan que dejó la flota muy mal parada; pero como llegase para reforzarla á tiempo una escuadra al mando del comandante Solano, que habia salido últimamente de Cádiz, llegó al fin la espedicion á su destino, desembarcó en las costas de la Florida y embistió la plaza. Defendiéronse bizarramente los sitiados; pero quiso una casualidad que se incendiase en la ciudad un almacen de pólvora, y aprovechando los Españoles la coyuntura, se apoderaron por sorpresa de muchos puntos avanzados. No pudieron ya resistir mas los Ingleses, la plaza se entregó por capitulacion, y en consecuencia se apoderaron los Españoles de toda la Florida occidental.

Dos eran los proyectos atrevidos que meditaba el gobierno español para dar un golpe terrible á la Gran Bretaña; la conquista de Menorca y la de Gibraltar. La primera espedicion instaba tanto mas, cuanto se susurraba que los Ingleses querian ceder la isla de Menorca á la Rusia para alcanzar un ventajoso tratado de paz. Hiciéronse los preparativos con el mayor secreto, y cuando creian todos que el armamento que se





CRILLON-MAHON

(Duque de)

Conquistador de Menorca en 1782.

T. IX. p. 289.

hacia en Cádiz iba dirigido contra Gibraltar, dirigiéronse las escuadras combinadas hácia el Océano para alejar las fuerzas navales de los Ingleses, y entretanto muchos buques de transporte pasaron el estrecho escoltados por una escuadra respetable. Engañados los Ingleses, creian que la espedicion preparada en Cádiz se dirigia contra la Jamáica, y no tuvieron noticia de su verdadero objeto hasta que se estaba ya dando el golpe. Cayeron repentinamente ocho mil hombres sobre Menorca, se apoderaron de Citadela, del arsenal, del puerto, y obligaron á que el gobernador inglés se retirase al fuerte de San Felipe que fué sitiado al momento.

Por este tiempo estuvo la España á punto de perder el Perú. Indignado un indio, descendiente de los antiguos Incas, porque la corte de Madrid le habia negado un título que solicitaba, reunió á sus partidarios, que eran muchos en aquel reino, hízose fuerte en pais montañoso, proclamóse descendiente del Sol, juntó un numeroso ejército, y se apoderó de gran parte de territorio. Siguió su ejemplo en la provincia de la Paz un tal Tupacatari, púsose á la cabeza de sus partidarios, é hizo una guerra bárbara y sangrienta. Afortunadamente acudieron contra el primero tropas españolas que cayeron sobre él, le arrollaron, é hicieron prisionero, y el segundo tuvo tambien que buscar su salvacion en la fuga.

Declaróse una epidemia en Mahon, que hizo estrago entre 1782.
los sitiados, y á esto se debe que empezasen á menguar en el vigor que habian mostrado en la defensa desde los principios del sitio. Verdad es que los preparativos de ataque eran inmensos, y que el horroroso fuego de ciento y cincuenta cañones, que no cesaban de disparar contra la plaza, eran para hacer desmayar á los ánimos mas esforzados. Rindiéronse por capitulacion los Ingleses cuando apenas les quedaban tropas, y el Duque de Crillon, que mandaba las fuerzas de los sitiadores, trató á los vencidos con toda la generosidad que reclamaba su valor. Grande fué el júbilo á que se entregó la corte de Madrid al saber esta noticia, ya porque la posesion del puerto de Mahon es inestimable para una nacion que quiere ser poderosa por mar, y ya tambien porque su proximidad á la Península hacia que fuese siempre mirada con zozobra en manos de los Ingleses. Proyectóse entonces llevar á cabo el sitio de Gi-

braltar, que era objeto tambien del deseo general, y además se pensó en ocupar la atencion de los Ingleses en el continente de América é islas adyacentes para que no pudiesen oponerse á la empresa que se meditaba en la misma Península. Galvez, que habia conquistado la Florida, fué el destinado para dar un golpe contra la Jamáica, y reunió en Santo Domingo una numerosa escuadra con veinte mil hombres de desembarco. Entonces toda la espectacion de los Ingleses y de los aliados quedó fija en América. Reuníase en Brest una poderosa escuadra para pasar al Nuevo Mundo, y los Ingleses por su parte reunieron cuantos buques de guerra les fué dable para oponerse á los colosales proyectos de Floridablanca. La escuadra francesa salió de Brest con nueve mil hombres de desembarco, destacó algunos buques para ir á reforzar la escuadra española que permanecia en las aguas de Gibraltar, siguió su rumbo hácia la Martinica, cayó sobre las Antillas inglesas, y se preparó para juntarse con la escuadra española que se habia reunido en Santo Domingo.

Alarmados los Ingleses, conocieron que iba á recibir un golpe de muerte su poder marítimo, y enviaron órdenes al almirante Rodney, comandante de las fuerzas navales británicas para que diese un golpe decisivo antes que se efectuase la reunion de las fuerzas navales españolas con las de Francia. Rodney lo efectuó como se le habia mandado, acosó constantemente á la escuadra francesa; y aunque esta no quiso admitir durante muchos dias el combate, antes hacia fuerza de vela para lograr su reunion con los Españoles, sin embargo, el dia 12 de abril no pudo menos de acudir al socorro de algunos de sus buques que habian quedado atrás, y se puso en línea de batalla para recibir al enemigo. En esta batalla naval que fué sangrienta por entrambas partes, demostraron tambien los Ingleses que merecian tener el imperio del mar. Rodney fué el primero que desplegó una táctica naval que algunos años despues debia consumar con éxito el célebre almirante Nelson: tal era la de cortar la línea enemiga, poner á todos sus buques entre dos fuegos, confundir de esta suerte todos sus movimientos, trastornar todo su plan, y hacer casi imposible la fuga. Esta batalla les valió á los Ingleses la toma de siete navíos franceses, y no solo esto, sino que las conse-

cuencias fueron la salvacion de la Jamáica, y el que de nuevo se reputase invencible el pabellon británico.

Al saberse en Madrid este acontecimiento no por esto se perdieron las esperanzas de conseguir al menos la toma de Gibraltar, y se hicieron para ello los preparativos mas estraordinarios de que hacen mencion las historias. Construyéronse baterías flotantes de un inmenso coste para que atacasen la plaza por la parte de mar y protegiesen el desembarco de las tropas que debian arrojarse al asalto. Pero la guarnicion estaba decidida á perecer entre escombros antes que rendirse: así lo habia jurado su gobernador Elliot que tan bien ha merecido de su patria. Efectuó este gefe frecuentes salidas, que no pocas veces eran fatales á los sitiadores; y si bien volvian estos á la carga, no recompensaban los materiales perdidos ni el tiempo empleado en la acometida. Destinóse dia para un ataque general protegido por las baterías flotantes que debian empezar á abrir brecha. Presentáronse estas delante de la plaza, hicieron un fuego espantoso apoyado por el de las trincheras españolas, y durante todo el dia resistieron al vivo cañoneo de la plaza, y á las balas rojas que disparaban sobre ellas los sitiados. Pero en aquellos momentos terribles por un descuido no se apagó á tiempo el incendio causado por una bala roja, y empezó á arder uno de los buques en que iba el mismo caballero francés Arzon, que era el inventor de las baterías flotantes. La confusion llegó al estremo, porque tampoco se habian tomado precauciones para la retirada sin lo cual las baterías iban á caer irremisiblemente en manos del enemigo. Dióse entonces órden para incendiarlas y para salvar las tripulaciones; pero el incendio hizo tan rápidos progresos en pocos momentos, que perecieron un sin número de los que iban en ellas. De esta suerte se perdieron muchos millones en un dia, acaso solo por no haber atendido al parecer de personas conocedoras y sensatas, y del mismo Duque de Crillon que mandaba á los sitiadores, los que desaprobaban el proyecto, ya porque las baterías flotantes no podian acercarse á la plaza tanto como era de desear, como tambien porque no era posible dar un asalto en regla contra un enemigo valeroso solo con pelotones desembarcados para ir á acometer. Pero á pesar del descalabro, se reunieron en la embocadura del estrecho y en las aguas de Gi-

braltar, fuerzas navales de mucha consideracion para impedir que los Ingleses pudiesen abastecer la plaza, y para obligar á esta á capitular por hambre; pero una tempestad desecha separó á las escuadras aliadas y permitió á la escuadra inglesa que acometiese el 10 de octubre nuestras líneas, y entrase un convoy en Gibraltar. Por este tiempo habia la Inglaterra perdido las esperanzas de recobrar sus colonias de América, y reconoció al fin su independencia. Este reconocimiento allanó todos los obstáculos que impedian llevar adelante con fruto una negociacion, y esta se entabló en Paris para dar á la Europa la paz de que tanto necesitaban las potencias beligerantes para rehacerse de sus respectivas pérdidas.

Capitulo IX.

Tratado de Paris. Cesiones hechas por las potencias beligerantes. Quedan sosegadas las turbulencias del Perú. Bombardeos de Argel. Paz con los Berberiscos. Negociaciones con Portugal. Paz con los Argelinos. Muerte de Federico II. Tratado entre la España y la Inglaterra. Canal de Aragon. Muerte de Cárlos III.

Despues de los inmensos gastos hechos por el gabinete es-
1783. pañol para el recobro de Gibraltar, parecia tener empeñado su honor en esta conquista, y para acceder á la paz solicitaba ante todo que aquella plaza fuese restituida á la Monarquía española. Pero despues de la gloriosa defensa que habian hecho los Ingleses, tambien ponia la Gran Bretaña su honor en la conservacion de aquel punto. Por otra parte el gabinete francés se habia mostrado resentido porque el gobierno español hizo con tanto secreto la espedicion de Menorca, y deseaba por zelos y por una medida política que los Españoles no entrasen en Gibraltar. Por último atendiendo Cárlos III á los gastos que habia ocasionado una empresa tan colosal, y considerando que si adoptaba la idea mas estraordinaria todavía de minar la plaza debia sepultar para una empresa incierta todas las rentas de la Monarquía en un año, determinó aflojar de sus pretensiones en el congreso de Paris, y admitir otras proposiciones para una paz definitiva. Contentóse pues con recibir

por indemnizacion de los gastos de la guerra las dos Floridas y la isla de Menorca, y aun con esto hacia muchísimos años que la España no habia firmado un tratado de paz tan ventajojoso pues en todos ellos habia tenido que ceder algo de su territorio ó de sus colonias. Firmóse el tratado de paz el dia 3 de setiembre, paz de que necesitaba mucho la Inglaterra para reponerse despues de tantos años de una lucha terrible con sus súbditos y con los estranjeros.

Sosegáronse este año las turbulencias del Perú, pues cayeron prisioneros los principales caudillos de la rebelion, y sufrieron el último castigo despues de haber sido destrozadas enteramente sus tropas.

Memorable es tambien este año por el tratado de paz y comercio celebrado con la Turquía, porque hacia siglos que la España estaba en guerra eterna con aquella potencia, y á esto debe atribuirse la tenacidad de los Berberiscos en armar piratas para hacer una guerra sorda y destructora al comercio español. Sabiamente pensó Floridablanca que el primer paso para aterrar á estos súbditos del gran Señor era avenirse con el Sultan, y para ello envió un plenipotenciario á Constantinopla para tratar de un ajuste. El 24 de diciembre se firmó el tratado que abrió á nuestro pabellon los mares de levante, y que concedió á nuestro comercio los mismos privilegios de que gozaban las demas naciones europeas.

Con el influjo y peso que daba á los Españoles este tratado se proyectó mantener á raya á los Argelinos, y se reunió una escuadra á las órdenes del comandante Barceló que bombardeó á Argel.

A principios del año 1784 se procuró entablar negociaciones 1784.
de paz con los Argelinos, pero habiendo sido inútiles se volvió á bombardear á Argel, y se notificó al Dey que anualmente le sucederia lo mismo. Al propio tiempo para que no pudiese contar con la amistad y benevolencia de sus vecinos, envió Floridablanca plenipotenciarios al Emperador de Marruecos para que por su mediacion firmasen los Berberiscos un tratado de paz con la España. Si la mediacion del Emperador de Marruecos no hubiese sido suficiente, lo hubiera sido la del mismo Sultan de Constantinopla, que favoreció el designio del gabinete español, y dio algunos pasos para que el Dey de Trípoli fir-

mase convenio con el Rey de España, como lo firmó el dia 10 de setiembre.

1785. No podia el Dey de Argel sufrir tantos bombardeos y acometidas de la escuadra española, y aunque se defendia siempre con obstinacion, sin embargo la ciudad sufria mucho, y no deseaba seguramente que se repitiese la visita acostumbrada en 1785. Por esto manifestó que accederia á la paz, y se propusieron preliminares para establecerla. El Dey reclamaba cuarenta millones de reales; y como el gabinete español no estuviese por entonces dispuesto á hacer ningun sacrificio, quedó suspendida por entonces la negociacion.

Proyectaba entretanto el ministerio español unir cada dia mas los intereses del reino de Portugal con los de la España, separarle de la Inglaterra, y hacerle entrar en la liga de los Borbones. Para ello entabló negociaciones mas bien que políticas de familia, pues consistieron en contratar dos matrimonios, uno entre la hija mayor del Príncipe de Asturias y el heredero presuntivo del reino de Portugal, y otro del infante don Gabriel hijo de Cárlos III, con la infanta María Victoria de Portugal. De esta suerte logró Floridablanca que el reino de Portugal no fuese considerado por los Ingleses como una mera colonia suya, sino que los buques españoles y franceses gozasen en el comercio de los mismos privilegios que los de la Gran Bretaña.

Entre los establecimientos ventajosos que se llevaron á cabo este año en la Península merece mencionarse especialmente el gabinete de historia natural, que será sin disputa una de las mas ricas coronas del reinado de Cárlos III. Fundóse tambien la compañía de Filipinas á favor de los fondos del banco de San Cárlos que pocos años antes se habia creado, y se la destinó á hacer directamente el comercio con las Indias Orientales.

1786. Murió este año Federico el Grande que habia elevado á la Prusia al rango de primera potencia y héchose temible en toda la Europa. Firmábase por la misma época paz con los Argelinos, y de esta suerte se ponia fin á la eterna piratería que arruinaba á muchas familias de la costa del Mediterráneo. Para obtener este paz sacrificó el gobierno español catorce millones de reales; pero se trataba de afianzar los intereses comer-

ciales, de impedir que los Argelinos cautivasen innumerables familias, y exigiesen por ellas rescates cuantiosos, y puede asegurarse que aquella cantidad no fué perdida. Además los Ingleses y los Holandeses animaban secretamente al Dey de Argel para que no aflojase en sus pretensiones, y se hizo bastante consiguiendo un arreglo definitivo. A poco se firmó tambien otro tratado entre la España y la Inglaterra para terminar las diferencias originadas sobre algunos establecimientos ingleses en Honduras. Este tratado fué tambien ventajoso para la España, porque los Ingleses prometieron evacuar la costa de los Mosquitos, y con ello se apropió en cierto modo la España el comercio del palo campeche. Estrañóse mucho que el jóven Pitt, que tenia entonces en su mano las riendas de la Gran Bretaña, firmase un convenio tan favorable á los Españoles; mas no es estraño si se considera que volvia á andar desavenida la Francia con la Inglaterra, y que le interesaba al gabinete inglés tener contento al de Madrid para que no tomase cartas en las reyertas de los dos pueblos.

Propúsose entonces la España como mediadora para termi- 1787.
nar las diferencias suscitadas entre el gabinete de Versalles y el de Lóndres, y habiendo sido admitida su mediacion conviniéronse aquellos ministros y firmaron un tratado para reducir mútuamente sus fuerzas. Solicitaban en esto los Holandeses que la compañía de Filipinas pudiese solo hacer el comercio con la India por el mar pacífico y el cabo de Hornos, mas no por el cabo de Buena Esperanza, y de ahí se originaron con el gobierno español disputas que este terminó feliz y honrosamente para él. No así mismo pudo ponerse término á una negociacion entablada por los Ingleses en Madrid para firmar un tratado de comercio que hubiera sido favorable solo á los Ingleses, y por esto Floridablanca desechó constantemente el proyecto despues de haberle consultado con sugetos inteligentes.

El horizonte político se anublaba cada dia mas en Francia porque eran conocidas las necesidades de la nacion, y á pesar de esto las intrigas cortesanas se empeñaban en agriar al poder con los súbditos en vez de adoptar medidas de conciliacion que hubieran captado al gobierno la voluntad nacional. Esta lucha interior obraba de rechazo para debilitar la política es-

terior de Francia, y por esta causa andaba el poder vacilante en todo, así en elegir aliados como en sus pretensiones con las demas potencias. La terminacion de la lucha de los Estados Unidos habia además inflamado las nacientes ideas de libertad; y como el gobierno francés habia apoyado aquella revolucion, hacíase inconsecuente si no permitia que se entronizasen idénticos principios: así se iban preparando acontecimientos terribles por la debilidad é inconsecuencia de los gobernantes, y porque no habian sabido elegir un sendero, y adaptar y seguir con teson y energía un sistema de gobierno, que contentase á los hombres juiciosos y contuviese saludablemente á los demas.

Por este tiempo se llevaba á cabo la grandiosa obra del canal de Aragon, empezada dos siglos antes y desatendida hasta este reinado. Esta obra grandiosa hará memorable siempre la memoria del Monarca y del Ministro que la consumaron, y será una base para otras empresas no menos importantes que podrian acometerse con gloria y con provecho.

1788. Habia el ministerio francés procedido con una estraña imprevision política aliándose con el Austria y la Rusia, y favoreciendo de esta suerte la ambicion de ambas potencias, que deseaban solo desmembrar á la Turquía. Así fué como una escuadra turca fué batida por la rusa en el mar Negro, y como habian logrado los Austriacos apoderarse de Sabaez y Dubitzin y los Rusos de Oczakou. Mayores hubieran sido este año los progresos de los Moscovitas, y quizás hubiera Catalina II dado un golpe de muerte á la Turquía, si la Suecia no hubiese reputado ser este el momento favorable para recobrar las posesiones de las costas del Báltico que habia perdido en los anteriores reinados. Preparó pues Gustavo de Suecia dos espediciones, una por mar que debia oponerse á la escuadra rusa, y otra por tierra; y si bien no fueron muy afortunadas, bastaron sin embargo para detener á la Rusia y salvar á la Turquía.

Este año dirigió Floridablanca á S. M. una sabia representacion para contestar á los cargos que le hacian sus enemigos al frente de los cuales se hallaba el Conde de Aranda que entonces acababa de llegar de Paris, y debe confesarse que la vindicacion es noble y justa y que muy pocos ministros han hecho

tanto como él para el bien de la España. Es menester leer muchas veces atentamente este precioso escrito, que no debe reputarse una vana apología sino una relacion de los actos de su administracion, de los motivos que le impelieron á hacerlos y de las mejoras interiores que durante su ministerio se llevaron á cabo. Para conocer profundamente el glorioso reinado de Cárlos III no puede ofrecerse otro documento mas útil, y que haga renacer en los ánimos mas altas ideas de grandeza nacional y de entusiasmo patrio.

Pero iba á apagarse la estrella que hacia tiempo brillaba con benigna influencia en el centro de la Monarquía española para bien de sus súbditos y para honor del estado. La muerte del infante Don Gabriel habia entristecido sobre manera á Cárlos III, y unido esto al dolor con que veia ennegrecerse cada dia mas la escena política en Francia, y al cansancio originado por su aficion á la caza, aficion que fué mas vehemente de lo que debia ser en un Monarca, fué causa de que terminase sus dias mas brevemente de lo que prometia su temperamento robusto. Enfermó á últimos de noviembre, y murió al amanecer del dia 14 de diciembre á los setenta y tres años de su edad. Acaso quiso arrebatarlo á España la Providencia antes que la sangre corriese á raudales en Francia, llenase de amargura su corazon y le impeliese á querer vengar hasta el fin con rios de sangre española la afrenta hecha á los descendientes de San Luis. De todos modos siempre quedará impresa su memoria con caracteres indelebles en el ánimo de los Españoles, por cuyo bien se desvelaba, y la gloria de su reinado brillará como la de ningun otro en la historia de España. Ilustraron en su tiempo la literatura hombres ilustres como Melendez, D. Nicolás Fernandez de Moratin, Gonzalez, Cadalso é Iriarte en la poesía y el ilustre Jovellanos en la prosa. Los establecimientos gloriosos de esta época los hemos ido mencionando en su lugar.



LIBRO OCTAVO.

REINADO DE D. CARLOS IV HASTA EL AÑO DE 1806.

Capitulo primero.

Principia el reinado de Cárlos IV. Conmociones interiores en Francia y su revolucion. Asamblea constituyente. Alarma de toda la Europa. Confederacion. Caida del Conde de Floridablanca. Elevacion de Don Manuel de Godoy. Guerra con la Francia. Muerte de Luis XVI. Espedicion de Tolon.

1789. Cárlos IV era un Príncipe bondadoso, acaso en demasía, y seguramente se necesitaba un temple de alma mas fuerte entre los disturbios generales que empezaban á asomar en Francia para ejercer influencia sobre toda la Europa. Su primer cuidado fué conservar en el ministerio á Floridablanca; y la nacion, animada con este primer acto de sabiduría, pensó que el reinado de Cárlos IV iba á ser una continuacion del de Cárlos III.

Pero en el año 1789 debia sancionarse mas que nunca aquel principio reconocido ya en el siglo décimoquinto de que las naciones de Europa están íntimamente enlazadas entre sí, y que pocas revoluciones pueden acontecer privadamente en ninguna de ellas sin que se resientan los restantes pueblos. Así que, cuando se trata de escribirse la historia de alguna nacion de Europa desde el siglo décimoquinto por precision debe escribirse toda la historia de los demas estados, ó á lo

menos deben mencionarse los principales acontecimientosque han ejercido entre ellos mutuo influjo. Ninguno ciertamente le ha ejercido mas dilatado y terrible que la revolucion acaecida en Francia en 1789.

Desde principios del siglo décimooctavo, al reinado de la ilustracion habia sucedido en Francia el del filosófismo, y á pesar de que Luis XIV habia combatido constantemente á la revolucion de Inglaterra, sin embargo los principios mas latos de esta habian hallado cabida en el ánimo de los Franceses y escitádoles á imitar un ejemplo que les parecia glorioso. A la verdad que el odio natural de los Franceses contra los Ingleses no se habia por esto amortiguado, sino que odiando á las personas de sus enemigos deseaban como ellos alcanzar un grado eminente de superioridad, así por sus riquezas como por su comercio. En los ánimos de todos estaba fija la idea de que la Gran Bretaña debia á su revolucion su poder marítimo colosal, las ventajas adquiridas por su comercio y su industria, y las inmensas riquezas de sus capitalistas: por esto deseaba la Francia un gobierno libre, no ya igual del todo al de la Gran Bretaña donde dominaba la aristocracia, sino adecuado á las costumbres de los Franceses. Durante la edad media habia con mas fuerza que en ningun otro estado de Europa tenido lugar en Francia el abatimiento del feudalismo y de la nobleza; pero en lugar de redundar directamente este triunfo ó revolucion en favor de los súbditos oprimidos, únicamente los monarcas se habian aprovechado de ella para crearse un poder absoluto é independiente, dando para ello pasos agigantados desde el reinado de Cárlos VII hasta el de Luis XIV. Este soberano, dispertando en los ánimos de los Franceses ideas de gloria, logró sugetarlos cada dia mas al vasallaje; pero queriendo al paso mismo que su reinado fuese glorioso así por las armas como por la literatura, estendió el gusto al saber y la aficion á unas ciencias que ilustran al entendimiento humano y hacen que adelante siempre en el camino de la investigacion, cosa que no es muy favorable al poder absoluto. Del saber, de la crítica y buen gusto del reinado de Luis XIV al espíritu de filosofismo y de crítica del reinado de Luis XV no habia mas que un paso, y este debia darse precisamente, porque una vez recibido el primer impulso no es po-

sible que los cuerpos se detengan repentinamente sin que obre para ello otra accion contraria. Esta no tuvo lugar, antes el Duque de Orleans, regente del reino de Francia despues de la muerte de Luis XIV, continuó animando la literatura y las investigaciones filosóficas que ella habia creado, y lo mismo hizo despues el gobierno francés en tiempo de Luis XV. Esta conducta de los gobernantes relativamente á la instruccion pública estaba en contradiccion con sus demas actos relativos al gobierno interior de la Francia y á su administracion, porque el que activaba la causa debia abrazar sus efectos, y si se daba impulso á aquella, por precision debian estos ser inevitables. Es decir, que el gobierno francés animaba el espíritu de investigacion filosófica que tiende á que haya justicia en todo, á que se reformen los abusos y que se administre bien la hacienda, y se negaba á reformar abusos y á esta recta administracion de todos reclamada. De ahí resultó que los súbditos se valieron de las mismas armas de ilustracion, en cierto modo recibidas del gobierno, para hacerle una guerra encarnizada. Un monarca sabio, conocedor de los hombres y de las cosas, y á un tiempo enérgico y bondadoso, hubiera sin duda puesto fin á todas estas contiendas, y elevado la Francia á un grado de preeminencia, hacia tiempo reclamado por su poblacion numerosa, por su industria y por el valor de sus habitantes. Pero Luis XVI era un Monarca débil, si bien que de costumbres puras, y presumiendo siempre que iba en busca del bien público, cedia ora á un consejo, ora á otro opuesto, segun eran los últimos que le hacian una pintura exagerada de la humillacion de la corte y desdoro Real ó de los abusos introducidos desde mucho tiempo en el gobierno de la Francia. Por último, á persuasion de Necker, su ministro de hacienda, convocó al fin los estados generales, presumiendo que de esta suerte se pondria término á los males de la Francia. Pero ya en los primeros dias de su reunion estallaron discordias entre los tres brazos que los componian. Para la revision de poderes exigia el estado llano que se reuniesen todos tres brazos en una cámara, y como se resistiesen por algunos dias así el clero como la nobleza, resultó que el tercer brazo mas numeroso se constituyó por sí y ante sí en asamblea nacional. En vano mandó el gobierno que se cerrase la sala de sus cesiones, pues se reu-

nieron en un trinquete ó juego de pelota, y allí entre entusiastas aclamaciones juraron no separarse hasta haber dado una constitucion á la Francia. Desde entonces la asamblea tuvo el nombre de constituyente, y ya ni con amenazas ni con ruegos no pudo nada contra ella el gobierno. Fluctuante el Rey entre los consejos de María Antonieta su esposa y los de los hombres sensatos amantes del bien público, decidióse en fin á reunir en Versalles un acampamento para amenazar la capital. Sublevóse el pueblo de Paris al saberlo el dia 14 de julio, arremetió á la Bastilla y la tomó, organizó una milicia nacional, y se mostró en tan imponente estado, que fué preciso que el Rey alejase de Paris al ejército. Las intrigas cortesanas comprometieron á que algunas tropas diesen en Versalles un banquete en que se pronunciaron discursos que indicaban medidas hostiles contra el pueblo de Paris. No bien se supo en la capital, cuando tuvo lugar una nueva conmocion el dia 6 de octubre, y el pueblo se trasladó en masa á Versalles, donde allanó el palacio Real y obligó al Monarca á que pasase á Paris. Desde entonces se ocupó la asamblea constituyente en las reformas que reclamaba la situacion de la Francia,

No podian estas ser miradas con gusto de parte de las demas naciones de Europa, porque era temible que las nuevas ideas entrasen por contagio en sus estados y debilitasen el poder de los soberanos. Tampoco el gobierno inglés era amigo de la revolucion de Francia, porque en ella se atacaba directamente á la nobleza, y es sabido que la constitucion inglesa daba tambien poder á esta en la representacion del pais. Así pues, todas las naciones estaban ya con ánimo de formar una alianza que destruyese las reformas interiores que proyectaba en Francia la asamblea constituyente.

Seguia esta constante en su marcha, y queria de golpe transformarlo todo, así relativamente al clero, como á la nobleza, á la distribucion de territorio y á la eleccion de magistrados. Aquel cuerpo queria que todo el poder legislativo recayese en la clase media, esto es, en los hombres industriosos, en los comerciantes, hacendados y hombres ilustres por su saber y sus riquezas: pero empezaba ya á levantarse contra ella otro enemigo mas poderoso que la corte, el clero, la nobleza y la oficialidad del ejército que por una parte le combatian: tal 1790.

era la baja plebe que queria tambien sacar partido de la revolucion y cuyas escenas se le habia hecho obrar como instrumento. Emigraron la mayor parte de los Franceses adictos á la monarquía, y en todas partes estaban atizando el espíritn de hostilidad contra la Francia. Así que, todas las potencias hicieron los mayores preparativos, y entre ellas la España que aumentó hasta veinte mil hombres el ejército de Cataluña. Luchaba entonces un partido en la corte para derribar al Conde de Floridablanca, que queria de todos modos combatir la revolucion de Francia, y hasta algunos agentes obscuros de Francia no temieron valerse de los medios mas viles para descartarse de un ministro cuyas luces y recursos le hacian sombra. Un asesino se arrojó alevosamente sobre Floridablanca, y llegó á herirle; pero habiendo sido preso en el acto, fué á poco condenado á muerte sin que hubiese podido lograr su depravado intento.

Este año estuvo á punto de estallar una nueva guerra contra los Ingleses. La causa era porque habian formado estos unos establecimientos en pais que se reputaba dependiente del imperio mejicano. Al momento hizo Floridablanca reclamaciones al gabinete británico, y para apoyarlas envió una escuadra al canal de la Mancha, y mandó apresar á cuantos buques ingleses encontrase al paso. No estaba entonces la Inglaterra preparada para la lucha, ó acaso la política de su gobierno preveia que no era sazon de disturbios con la España cuando de mancomun se proyectaba una guerra contra la Francia, y en breve se terminó amistosamente el asunto.

1791. A principios de este año intentó Luis XVI fugarse de Paris y reunirse con el ejército aliado, compuesto de Prusianos, Alemanes y Austriacos, que estaba para invadir la Francia; pero le conoció en el tránsito el pueblo y tuvo que restituirse á Paris con toda su comitiva. El partido de la ínfima clase del pueblo se hacia cada dia mas númeroso, y empezaba ya á desconfiar de los que se habian puesto al frente de la revolucion para dirigirla con acierto. Al fin despues de varias conmociones y sacudimientos desastrosos triunfó por último, y la Monarquía francesa que contaba tantos siglos quedó derribada de un golpe. Todos los franceses que reconociendo la necesidad de reformas querian que al propio tiempo se conservase el trono.

conocieron que era ya imposible detener el carro de la revolucion que todo lo superaba con una fuerza terrible. Los ejércitos de las naciones aliadas empezaban ya á asomar en las fronteras de Francia, y el gobierno español parecia tambien adicto á las miras de los que deseaban invadir el territorio francés. Pero el Conde de Aranda se oponia con su partido que era entonces numeroso, y se prevalia para ello del cariño que le profesaba el Rey.

Concluyóse un tratado con la regencia de Argel, por el cual le cedimos las plazas de Orán y de Mazalquivir, á pretexto de que era mal sano su territorio, y en cambio se obtuvieron ventajas mercantiles para el comercio español.

El resultado de las disputas promovidas entre el Conde de 1792.
Aranda y el conde de Floridablanca fué la caida de este, y la subida de aquel al ministerio. Pero debe mas bien decirse que todo ello se debió á las intrigas con que D. Manuel Godoy, favorito del Rey y de la Reina, procuraba subir al poder y alejar á los dos rivales que se lo disputaban. Pero para que no se creyese que la caida del Conde de Floridablanca era efecto de sus manejos, permitió el favorito que subiese al poder solo por algun tiempo el conde de Aranda. Parece imposible que ya en esta época tuviese tanto influjo en palacio aquel valido; pero no se estrañará si se atiende á que hacia algun tiempo que le habia conseguido solo por amoríos interiores en el seno mismo del palacio. Vergonzoso es decirlo, pero no puede buscarse otra causa para la elevacion al poder de un hombre que no tenia para ello títulos bastantes en la opinion pública. Los asuntos interiores de la Francia se hacian cada dia mas peligrosos, y subia de punto la efervescencia popular á medida que las potencias estranjeras se iban declarando contra la revolucion. Ya no conocia barreras el encono de la muchedumbre: insultó á la asamblea legislativa, al Monarca mismo en el dia 20 de junio, y poco despues el dia 10 de agosto se cebó contra el palacio de las Tullerías y derribó el trono de los Capetos. Desde entonces empezó á ensangrentarse la revolucion, á presentar en escena hombres embrutecidos y sedientos de horrores, y hacer el oprobio de un pueblo civilizado. La convencion nacional que sucedió á la asamblea legislativa se declaró en república, y se desconocieron los principios de la cons-

titucion que habia sancionado la asamblea constituyente. La Francia estaba en manos de partidos, y unos tras otros debian disputarse el poder con encarnizamiento. Los principales eran el de la Gironda y el de la Montaña: dominaban en esta los Jacobinos, al frente de los cuales estaba Robespierre, y al rededor de los Girondinos se agrupaban los que querian que el desórden y el caos fuese capaz de producir un estado de cosas regular. Intentaban los Girondinos constituir la república del mejor modo que les fuese dable, y los Montañeses únicamente proponian que por entonces se empezase por abrir juicio al Monarca, y lo exigian con las mas vivas instancias. Exaltáronse las pasiones de la multitud, y si bien los Girondinos resistieron al principio con teson, sin embargo temiendo despues que se les diese el nombre de realistas, consintieron en ello. Continuaban emigrando de Francia todos cuantos podian escapar de manos de sus perseguidores, y la mayor parte de ellos fueron recibidos en España con muestras de hospitalidad no muy comun.

1793. En vano el insigne Malesherbes defendió á Luis XVI con una energía digna de los tiempos de la Grecia ó de Roma, porque el alarido de las pasiones sufocaba todos los clamores de la razon, y no era posible que la sensatez encontrase cabida en unos corazones enconados con ideas de venganza, y que habian empezado ya á saciarse de sangre. El 21 de enero subió Luis XVI al cadalso á vista de la Europa, que contemplaba atónita semejante abominacion. En aquel momento fué general el grito que resonó en Europa contra la revolucion de Francia. Los pasos que dió el gabinete de Madrid para salvar al desgraciado Monarca fueron nobles y dignos de ser atendidos, llegando á proponerse á la república que si se salvaba la vida á Luis XVI no se entraria en alianza con los demas Príncipes de Europa para declararla la guerra. Desoyeron los Franceses la reclamacion, y en consecuencia fué ya imposible que el conde de Aranda se mantuviese en el poder. En el Rin y en la Bélgica fueron batidos los Franceses, y los aliados se adelantaron hácia el interior de Francia hasta Valenciennes y Arras por una parte y hasta Landaw, por otra. Todavía se mantenian firmes los Girondinos en el seno de la convencion nacional, y como los Montañeses no pudiesen dominarles, recurrieron á

la violencia, hicieron que se levantase en masa la poblacion dirigida por el ayuntamiento, atacaron á la misma convencion, y de esta suerte consiguieron prender ó desterrar á la mayor parte de los Girondinos. Entonces se formó el triunvirato de Marat, Danton y Robespierre, cuyo fruto fué la proscripcion y la muerte. Encontrábase á cada paso una guillotina, y apenas habia bastantes brazos para ser verdugos. Recurrióse á medios que la historia recordará siempre con horror y con vilipendio. Reuníanse innumerables víctimas, atábaselas de dos en dos, se las embarcaba y luego despues las iban ahogando en los rios. Otras veces se deshacian á metralladas de tres ó cuatrocientos desgraciados á la vez. Matábase solo por matar; bastaba haber sido amigo de un ajusticiado para que se temiese que conspirase contra la república, y para que se le hiciese seguir la misma suerte que á su amigo. Hombres infames habia que se gozaban en ver padecer á sus semejantes los mas atroces tormentos, ataban á un vivo con un cadáver, y le dejaban de esta suerte perecer de hambre y de la desesperacion mas horrorosa. Pero la convencion dominaba ya por la Montaña, y queria vencer á los enemigos interiores por medio de la tiranía mas atroz, y á los esteriores por medio de un armamento colosal. La junta de salud pública decretó un armamento de un millon y doscientos mil hombres, y envió tropas armadas á todas partes para hacer frente á toda la Europa. Al propio tiempo tenia que combatir á los que se habian sublevado en varias ciudades como Burdeos, Tolosa y Marsella, y solo quedaba para resistir dentro de la misma Francia la ciudad de Tolon que se entregó á los aliados. Estos fueron vencidos en las líneas del Sambra y del Mosa por el general Hoche, y solo en la parte del Rosellon alcanzó algunas ventajas el general Ricardos haciéndose dueño de Bellegarde, ganando la batalla de Truillas, y tomándoles á los Franceses varias plazas. En la parte del Bidasoa no fué la fortuna tan favorable al general Caro, que mandaba en aquel punto el ejército español. Tolon era el blanco del ataque de los Franceses, porque deseaban vengarse de una ciudad que se habia entregado á los Ingleses, y porque se hallaba mandando la artillería de sitio el jóven Bonaparte, que tantos dias de gloria debia dar despues á su patria. En vano se defendieron con el mayor teson ocho mil

españoles que guarnecian la ciudad, pues habiéndose alejado la escuadra inglesa á causa del bien dirigido fuego de la artillería francesa, fué ya imposible resistir mas tiempo (1). La alegría que dió á los Franceses la toma de Tolon fué estraordinaria, y se aplicaron con mas ahinco los demagogos á hacer pesar sobre el pueblo unas desgracias y una devastacion horrorosa. Todos los gefes de los anteriores partidos fueron sacrificados, y tras de la reina María Antonieta, que pereció en el cadalso, fué guillotinado tambien el mismo Duque de Orleans, que segun fama habia atizado la revolucion en sus principios para sacar partido de ella.

Capitulo II.

Continua la guerra con Francia. Muerte de Robespierre. Conquista de los Paises Bajos. Pérdidas en Cataluña y en Guipúzcoa. Paz con Francia. Tratado de Basilea. Guerra contra la Inglaterra. Paz de Campo Formio. Combate naval del cabo de San Vicente. Espedicion de Egipto. Nueva alianza contra la Francia. Vuelve Napoleon á Francia. 18 Brumario. Batalla de Marengo. Paz de Luneville y de Amiens. Guerra entre la España y la Inglaterra. Tercera alianza. Rendicion de Ulma. Batalla de Austerlitz. Combate naval de Trafalgar. Paz de Presburgo.

1794. Aunque la anterior campaña no habia sido favorable á los aliados, hicieron sin embargo nuevos y estraordinarios preparativos para acometer de nuevo á la Francia, trabajada por discordias intestinas. Habia llegado la época en que Robespierre debia pagar á la vez todos sus crímenes, porque cansada la Francia dió un grito de indignacion contra sus verdugos, y el 27 de julio Robespierre fué decapitado con la mayor parte de la municipalidad de Paris. No pudo esto efectuarse sin mucho derramamiento de sangre, y sin que tuviese lugar una de aquellas crísis peligrosas, que tantas veces habian puesto á la Francia al borde del precipicio; pero tiempo era ya de decidirse entre ver convertida á la nacion en un desierto y en un lago de sangre, ó en atender á su salvacion por medio de un esfuerzo estraordinario. Entonces empezó á contenerse la anarquía fe-

roz, que cada dia se iba ensañando mas en los mismos súbditos á quienes debia proteger. Volvieron triunfantes al seno de la convencion los setenta y tres diputados Girondinos que habian sido desterrados por la Montaña. Cinco eran los principales campos de batalla en que los Franceses tenian que hacer frente á los aliados; la Bélgica, la frontera del Rin, la frontera de los Alpes, la de Cataluña y la de Guipúzcoa. Pichegru mandaba el primer ejército y Jourdan el segundo: los dos consiguieron ventajas considerables. Pichegru batió en Clairfait á los Austriacos, se apoderó de toda la Bélgica, aprovechóse de la circunstancia de hallarse helados los rios y conquistó la Holanda, cosa que no habia podido lograr Luis XIV. Jourdan derrotó tambien á los aliados en la batalla de Fleurus, los arrojó al otro lado del Rin, y se apoderó de Coblenza. Ninguna de las partes beligerantes habia puesto empeño en hacer en la frontera de los Alpes la guerra de un modo decisivo, y así fué como allí tuvieron solo lugar encuentros parciales. No así en el Rosellon, en el mando del ejército español de la raya de Cataluña habia sucedido al general Ricardos el Marqués de las Amarillas, y la junta de salud pública habia dado el mando del ejército del Rosellon al general Dugommier gefe de las tropas que se habian apoderado de Tolon. Llevó Dugommier consigo gran parte de su ejército, y en los primeros encuentros parciales que tuvo con el Marqués de las Amarillas obtuvo algunas ventajas debidas en gran parte á que empezaba á relajarse la disciplina en el ejercito español. Dióse entonces el mando del ejército de Cataluña al Conde de la Union que habia dado muestras de grandes disposiciones durante esta guerra. Dedicóse el Conde de la Union á restablecer la disciplina en el ejército hasta tal punto, que hizo pasear con ruecas á todos cuantos habian huido cobardemente en un combate parcial que tuvo lugar contra los Franceses; pero á pesar del buen espíritu que animaba al nuevo general, acometieron con ímpetu los Franceses las líneas que ocupaba nuestro ejército, y si bien en una ala fueron rotos, triunfaron sin embargo en los demas puntos y derrotaron completamente al ejército de Cataluña con muerte de su general que quedó (2) en el campo de batalla. Tambien pereció en la accion el general francés Dugommier, pero su sucesor el general Perignon supo aprove-

charse de la victoria conseguida, cayó sobre el Ampurdan, entró por soborno en la plaza de Figueras, y puso sitio á la de Rosas. No fué mas afortunado el ejército español de Guipúzcoa, pues los Franceses penetraron por el valle del Bastan, se apoderaron de San Sebastian y de Fuenterrabía, y se preparaban para internarse en el corazon de Castilla. En Madrid al saberse estos desastres no pudo menos de manifestar el Conde de Aranda que los habia previsto, y como le contestase el Conde de Alcudia que su afecto á la revolucion de Francia era lo que así le movia á hablar, trabáronse fuertemente de palabras los dos ministros, sin que la presencia del Rey fuese bastante á contener al violento Conde de Aranda, que en consecuencia fué desterrado de la corte. Pero á pesar de esto conoció el Rey que no se hallaba la España en estado de luchar con los Franceses, y desde entonces deseó sinceramente la paz.

1795. Despues de un obstinado sitio logró al cabo el general francés Perignon penetrar en la plaza de Rosas; pero mientras la guarnicion de aquel punto se defendia con teson admirable, volvia á reanimar el nuevo general del ejército de Cataluña Don José Urrutia el espíritu moral de los soldados que tanto habia decaido en la anterior campaña. Cuando tomó el mando del ejército bastaba que se presentase un destacamento del ejército francés por poco numeroso que fuese para que huyesen desbandados los cuerpos españoles; mas al cabo de poco tiempo todo habia mudado como por encanto, se disciplinaron los cuerpos, volvieron á recobrar la superioridad que tenian sobre los Franceses en tiempo del general Ricardos, y no solo les impidieron que pasasen el Fluviá, sino que los arrollaron en varios encuentros parciales. Pero Moncey se adelantaba en las provincias Vascongadas, llegó hasta Miranda de Ebro, y llenó de terror las Castillas. Entonces se vió el gobierno español precisado á hacer la paz con la Francia, casi al mismo tiempo que la hacia tambien la Prusia, separándose de la alianza. La paz entre España y Francia tuvo por base el que los Franceses restituyesen todo lo conquistado en la Península, y que en cambio cedia la España á la República, su parte de la isla de Santo Domingo. Este tratado valió á Don Manuel Godoy duque de Alcudia, el título de Príncipe de la Paz.

Habia entretanto Pichegru creado en Holanda la república

Batava, que se reconoció aliada de la Francia; pero al volver aquel general al ejército del Rin, cuyo mando se le habia confiado, fué derrotado en la batalla de Heydelbergh y tuvo que levantar el sitio de Maguncia. En el interior de la Francia la Convencion andaba luchando con los anarquistas, y trabajaba con teson para que fuese adoptada en Francia la constitucion directorial. Pero como la reaccion contra los Jacobinos, habia sido tan fuerte y general, juzgaron los realistas que habia llegado la época de volver á recobrar todo cuanto se habia perdido, y de restaurar la Monarquía. Armáronse en las secciones de Paris, reunieron una multitud de gente, y acometieron con ardor á la Convencion. Esta solo contaba para defenderse con cinco mil hombres; pero estos al mando de Bonaparte, aquel comandante de artillería á quien casi esclusivamente se debia la toma de Tolon. Reunió cuanta artillería le fué posible, rechazó con vigor el ataque de los agresores, y al fin los acosó y arrolló en todas direcciones. Despues de esta conmocion memorable cesó en sus funciones la Convencion nacional, cuyo recuerdo estará mezclado en la historia con las atrocidades mas inauditas y la energía mas estraordinaria. Instigadas por sus atrocidades se declararon contra ella la Prusia, la Holanda, la Inglaterra (3), el Austria (4), y hasta la Rusia (5) se aliaba con sus enemigos.

Desde esta época empezó Godoy á gobernar la España, puede decirse, como patrimonio propio. Nada se oponia á su autoridad; mandaba en palacio y fuera de él, y si se solicitaban gracias, honores ó empleos, todos se dirigian esclusivamente al Príncipe de la Paz.

La Francia, despues de haberse librado de la Prusia y de 1796.
España, continuó la guerra contra el resto de la Europa. El general Moreau pasó el Rin, se adelantó hasta el corazon de la Alemania; pero privado de los socorros con que habia contado, hizo una retirada admirable, en que siempre anduvo venciendo al enemigo. Este año, perdieron la Córcega los Ingleses, que se habian apoderado de ella. Pero los prodigios de esta campaña deben buscarse en Italia. El jóven Bonaparte pasó los Alpes á la cabeza de treinta mil hombres, derrotó en Montenotte, Milessino y Dego á los Austriacos y Sardos; obligó al Rey de Cerdeña á que hiciese la paz, persiguió despues tenaz-

mente á los Austriacos, y los derrotó en la famosa batalla de Lody. En vano enviaron contra él nuevos ejercitos los Austriacos; porque sucesivamente derrotó á tres generales, les hizo un increible número de prisioneros, entró en el castillo de Milan, sofocó una revolucion popular en Pavía, impuso leyes al Papa (6) y á toda la Italia, se adelantó hasta Verona, se apoderó de Mantua, y consternó con repetidas derrotas á los Austriacos. Todo fué maravilloso en esta campaña; no solo era irresistible el general en el ataque, sino que en la defensa burlaba los planes mas bien combinados, y caia con la rapidez del rayo sobre sus enemigos en los momentos de crísis: de esta suerte principiaba su carrera de general el hombre que estaba destinado á dar leyes á la Europa. Efectuóse este año la consumacion del repartimiento de la Polonia entre el Austria, la Prusia y la Rusia. El 18 de agosto se celebró en San Ildefonso el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el directorio francés y el gabinete español, y de esta suerte se suspendió el decreto del préstamo estraordinario (7) que se habia publicado. Entonces empezó á darse publicidad y elogio á los actos del gobierno francés, al modo como era recibido nuestro embajador en Paris (8), y á los célebres debates de Inglaterra (9), en que impugnaba Fox con elocuencia la marcha de los ministros ingleses.

1797. Solo un general se conoció apto en Europa para oponerse á Bonaparte: tal era el archiduque Cárlos que habia dado muestras de táctica y de genio en la anterior campaña contra el general Jourdan. Pero sufrió la misma suerte que en el año anterior habian sufrido los generales Beaulieu, el valiente Wurmser y Albinci. Los bien combinados movimietos del jóven Bonaparte obligaron al archiduque Cárlos á replegarse; marchaba aquel sobre Viena asombrada cuando el Emperador de Austria pidió la paz. En consecuencia se ajustaron los preliminares de Leoven, y poco despues se firmó la paz de Campo Formio, en virtud de la cual adquirió la República la Bélgica y mucha parte de territorio hasta las márgenes del Rin. El Emperador de Austria quedó indemnizado con los estados de la República veneciana, que quedó estinguida. Pero la Inglaterra no queria la paz: su escuadra halló junto al cabo de San Vicente á la española, y la derrotó, obligándola á refugiarse en

Cádiz. Entonces la nacion empezó á llorar los efectos de la mala administracion del gobierno. Arruinóse del todo el comercio con América; los vales reales, creados en tiempo de Cárlos III, y aumentados en el actual reinado, hicieron una baja considerable, y no se presentaba perspectiva alguna que pudiese hacer columbrar mejoras en el régimen interior del estado. En efecto el Príncipe de la Paz continuaba mandando como soberano, y llegó á enlazarse con la familia Real por medio de su casamiento con la hija mayor del infante don Luis. Oyendo los clamores que se elevaban de todas partes para que se hiciesen reformas y para que tomase el gobierno otra marcha, pensó Godoy que era del caso dar entrada en el ministerio á alguno de los sugetos en cuyo favor se habia declarado la opinion pública: tales eran don Francisco Saavedra y don Gaspar Melchor de Jovellanos, cuyo informe sobre la ley Agraria habia exitado la admiracion de los hombres conocedores. Era de ver que no subsistirian por mucho tiempo en el ministerio. Aquellos hombres sensatos y verdaderamente sabios no pudieron sufrir que un valido se abrogase para sí los homenajes debidos al Monarca; el primero fué desterrado, y el segundo encarcelado, haciéndole sufrir el mas duro trato mientras permaneció en el poder el Príncipe de la Paz. No pudo efectuarse este golpe sin que Jovellanos hubiese tentado antes un esfuerzo para el bien de la nacion, y para hacer caer del poder al favorito; mas lo supo este con tiempo y quedó desvanecido el proyecto, que habia sido dictado por el mas puro patriotismo.

La fama del general Bonaparte era inmensa entonces en 1798.
Francia y en Europa, y el directorio francés procuró alejarle del Continente, porque su nombradía le hacia sombra. Destinóle pues para la espedicion de Egipto, espedicion que Bonaparte aceptó con gusto, porque preveia un nuevo campo abierto á sus ideas de dominacion y de conquista. Partió pues para el Egipto, desde donde habia formado el plan gigantesco de estenderse hasta las Indias: tal vez lo hubiera logrado; tal vez con un brazo se hubiera apoderado de Constantinopla, y hubiera estendido el otro hasta las márgenes del Indo, solo con que le hubiese favorecido muy poca parte de aquella fortuna que siempre fué propicia á Alejandro y á Tamás-Koulikan. Los Franceses hicieron unos prodigios de valor que la

posteridad reputará algun dia fabulosos ; se internaron en los desiertos entre remolinos de inflamada arena , arrollaron á todos cuantos enemigos se les opusieron , adquirieron una gloria inmortal, y hubieran alcanzado los resultados que esperaban, si la peste no los hubiese diezmado , y si no hubiese sido por la tenacidad de los Ingleses en defender con el mayor encarnizamiento á San Juan de Acre. Por mar triunfaban los Ingleses, y las aguas de Aboukir presenciaron la destruccion de casi toda la escuadra francesa. En el continente se apoderaron los ejércitos de la República de casi todos los estados de Italia, y agitaron el ánimo de los Austriacos para que accediesen á la segunda alianza , que estaba destinada á abrumar á la Francia por medio de los mas poderosos ejércitos de las naciones europeas. La España vió atacadas sus posesiones de Canarias por la escuadra del almirante Nelson; pero el ataque fué infructuoso , y tuvo que retirarse el inglés con pérdida de buques, y habiendo salido herido el mismo Nelson. Pero la guerra con Inglaterra paralizaba todo el comercio , y como la industria se habia animado solo con el transporte de géneros á América se estancó tambien en un momento. No queria Godoy que recayese sobre él la responsabilidad de las calamidades de la patria, é hizo que se nombrase ministro de Estado á don Luis de Urquijo ; pero esto era una plataforma , porque en realidad únicamente mandaba el Príncipe de la Paz.

1799. La alianza formada este año contra la Francia era sobre manera poderosa. Reforzó á los Austriacos un brillante y aguerrido ejército ruso mandado por Suvarow, que tanta celebridad habia adquirido peleando en Polonia y en Turquía. El general francés Jourdan fué derrotado en la ribera del Rin, Eischerer, que mandaba en Italia, fué derrotado en Magnan por los Austro-rusos. Sucedióle Moreau , y fué tambien batido dos veces por Suvarow. Despues se nombró general del ejército de Italia á Goubert, y en las llanuras de Novi perdió una batalla y la vida : la república perdió en Italia todo cuanto habia conquistado Bonaparte. Proyectaron entonces el archiduque Cárlos y el general Suvarow caer de mancomun sobre la Suiza y penetrar en Francia. Distinguióse entonces el general Massena que mandaba en la línea del Rin. Así que conoció que el archiduque Cárlos se habia separado con parte de sus fuerzas, cayó sobre

las restantes, las derrotó completamente, voló al encuentro de Suvarow, lo derrotó y arrojó al Tirol, y revolviendo despues á hacer frente al archiduque Cárlos, le contuvo con hábiles movimientos y con la preponderancia adquirida. Bonaparte volvió en esto á Paris, dejando al valiente Kleber el mando del ejército de Egipto, y llegó precisamente cuando un nuevo cambio se preparaba en los negocios públicos. La debilidad con que gobernaba el directorio habia dado márgen á nuevas intrigas y conspiraciones : el desórden habia llegado á su colmo. Bonaparte, cuya gloria militar era propia para seducir los ánimos á su favor, atrajo sobre sí las miradas de un partido poderoso. Ganó para sí la mayoría del consejo de los ancianos, dispersó por la fuerza al de los quinientos, anuló el directorio y se hizo nombrar cónsul. Esta nueva revolucion es la que se llama del 18 brumario, en el cual puede decirse que concluyó definitivamente la revolucion de Francia. Entretanto la escuadra española salia de Cádiz para proyectar un movimiento con la francesa que se hallaba en Brest. Si se hubiesen aprovechado bien aquellos momentos en que la escuadra inglesa no estaba prevenida para pelear, tal vez se hubiera logrado alguna ventaja de consideracion ; pero se desperdició la coyuntura, y poco despues la escuadra inglesa bloqueó á las escuadras española y francesa en Brest. La historia de este año en España es la historia de los lamentos ocasionados por la mala reparticion de una contribucion estraordinaria de tres cientos millones de reales, impuesta para continuar una desastrosa guerra marítima.

Mientras que los partidos se agitaban en Francia, y mientras 1800.
ganaba Napoleon la batalla de las Pirámides, los Austriacos auxiliados por los Rusos se habian apoderado de casi toda la Italia. Necesitaba pues Bonaparte hacerse de nuevo ilustre con la victoria, y concibió el proyecto mas atrevido y gigantesco que ningun general haya podido meditar. Reunió sus fuerzas sin hacer grandes preparativos, pasó los Alpes entre la nieve y el frio, cayó á retaguardia de los Austriacos, dióles la famosa batalla de Marengo, en la que se peleó durante todo el dia, y por resultado de esta batalla arrojó de nuevo á los Austriacos de toda la Italia. No era menos afortunado Moreau en el mando del ejército del Rin; pues arrojó á los Austriacos de la Suavia

y de la Baviera, los humilló en varias batallas, y últimamente en la de Kohenlinden, y dió el último golpe para obligar al Austria á pensar seriamente en la paz y á que enviase plenipotenciarios para que se tratase de ella en Luneville. Esta campaña mudó la faz de la Europa, porque se desarrolló en ella mas y mas el genio estraordinario del héroe del siglo, y así como hasta entonces todos los esfuerzos de la Europa se habian dirigido contra al gobierno republicano, desde este momento tomaron por blanco hacer la guerra á un hombre solo. Mucho debia costar, porque ese hombre era el organizador general á quien seguia entusiasmada una nacion cuyos habitantes se habian convertido en otros tantos soldados. Manifestóse este año en España la fiebre amarilla, ó una epidemia muy semejante á ella, que hizo espantosos estragos en toda la Andalucía. El número de víctimas fué estraordinario, y ocasionó nuevos motivos de llanto á una nacion que empezaba ya á decaer de nuevo como en los fatales reinados de Felipe IV y de Cárlos II.

1801. A principios de este año se firmó la paz de Luneville, por la cual se confirmó la de Campo-Formio, con algunas cesiones mas por parte del Austria. El gobierno español tuvo la debilidad de dar á los Franceses por algunos estadíos de tierra concedidos en Italia con el título de reino de Etruria al Duque de Parma, toda una escuadra española que se hallaba en Brest. Parece inconcebible que de esta suerte se desperdiciase y se regalase el fruto de los afanes de todo el reinado de Cárlos III, y la posteridad no daria crédito á ello, si no estuviese ahí la historia para comprobarlo. Incitaba el primer Cónsul al gabinete español á que declarase la guerra á los Portugueses, y al fin lo consiguió, pues el Príncipe de la Paz al frente de un ejercito numeroso penetró por la raya de Portugal, se apoderó de Campomayor y de Olivenza, y obligó al gabinete de Lisboa á firmar el tratado de paz de Badajoz, por el cual cedia á la España la segunda de aquellas plazas. Casi al mismo tiempo perdíamos en el estrecho dos navíos que caian en poder de la escuadra inglesa.

Este año celebró la Francia un tratado de paz con la Rusia y poco despues con la Turquía, despues de haber sido evacuado el Egipto. Subió á poco al trono de los Moscovitas, por muer-

te del emperador Pablo, su hijo Alejandro I, que debia algunos años despues tomar una parte tan activa en las contiendas de Europa. Los Franceses habian procurado tener de su parte al Rey de Dinamarca, y Napoleon le habia empeñado á que reuniese su escuadra con la de los Franceses; pero no bien lo supo el gabinete británico cuando dió órden al almirante Nelson para que pasase al mar Báltico, y este derrotó completamente á la escuadra dinamarquesa.

Por este tiempo tenia la España de embajador en Paris á D. José de Mazarredo, que se habia distinguido como comandante de nuestras escuadras. Su carácter era enteramente español, enérgico y poco adulador; y como no gustase el primer Cónsul de que fuesen muy imperiosos los representantes de las demas potencias en Paris, solicitó que se le diese un sucesor, y así se hizo. Pero en cambio el ministro Urquijo estorbó el proyecto que habia concebido el directorio de privar de sus estados á los Duques de Parma, y el tratado por el cual se cambiaban los estados de Parma por el reino de Etruria, firmado en San Ildefonso el año anterior y ratificado en este.

Concluyóse este año el tratado de Amiens entre la Francia y 1802.
la Inglaterra y la Europa gozó de una paz general, que solo debia durar diez y ocho meses. Durante este corto intervalo de reposo vió la Francia aumentarse su prosperidad interior, al paso mismo que la España iba decayendo cada dia. Pusiéronse en aquel reino en planta varias reformas preparadas por la convencion y por el directorio, y en España se despreciaba continuar el camino de las mejoras que habia principiado Cárlos III. Creábanse allí escuelas centrales, reorganizábase la instruccion pública en los liceos, y se trabajaba en la obra inmensa del código civil. Bajo la administracion de Bonaparte desarrolláronse todos los elementos de prosperidad nacional en Francia, y daban márgen á que el reconocimiento público se dirigiese en favor del que se desvelaba por el bien general. Los que se han quejado de que haya subido al poder por sus talentos un hombre del pueblo como Bonaparte, mucho mas hubieran debido quejarse de que en España hubiese tambien salido un hombre del seno del pueblo, pero no para ser el protector de la prosperidad nacional; tanta es la diferencia que va entre el hombre que se eleva al poder por sus talentos

estraordinarios, y el hombre que solo habia logrado subir á él con oprobio del tálamo Real: el poder absoluto no habia en este caso hecho tan buena eleccion como los ciudadanos libres; aquel habia puesto todos los intereses mas sagrados de la Monarquía en manos muy poco dignas, y estos habian reconocido y acatado el mérito allí donde se presentó mas esplendoroso y puro. Sin duda de resultas de la campaña de Portugal se dió al Príncipe de la Paz el pomposo título de generalísimo de todas las tropas de mar y tierra. Proyectando entonces la corte medios para encontrar dinero donde quiera que pudiese, no se pensaba en otra cosa que en atesorar para hacer frente á un gasto inmenso, y todas las mejoras quedaban desatendidas. A pesar de esto tuvo la nacion algun tiempo de respiro, porque la paz con Inglaterra permitió que volviese á animarse el comercio con América, que se restableciese el crédito, y que la España pareciese dispertar de un letargo peligroso y profundo.

1803. Mas esta perspectiva halagüeña habia de durar poco, porque la Inglaterra no podia sufrir que una potencia rival suya como la Francia se elevase á un grado de esplendor estraordinario. Así que el 16 de mayo se declaró la guerra entre ambas potencias, y en todos los dominios de la Gran Bretaña se arrestó á cuantos Franceses se hallaban en ellos. El gabinete inglés envió al momento órdenes positivas para que en las Indias cayesen sus tropas sobre las posesiones holandesas, y efectivamente lograron apoderarse de la mayor parte. Entonces peleaba en aquellas apartadas regiones el general inglés sir Arturo Wellesley que tanta gloria debia adquirir despues en la Península capitaneando las tropas españolas é inglesas: el 23 de setiembre derrotaba completamente á los Máratas y se adelantaba hácia Agra y Dehli que debian caer en su poder. Así adquiria nombradía ese general, cuyo destino se parecia tanto en algunos puntos al de Bonaparte. Nació como él en 1769; mientras Bonaparte se hacia célebre en Egipto, destronaba él en las Indias á Tippo-Zaib; y al fin, despues de sus largas guerras en Europa debian un dia decidir los dos en una batalla la suerte que la esperaba. No intentamos con esto establecer un punto de comparacion entre los dos gefes, porque el héroe de la Córcega era infinitamente superior al inglés en ta-

lento creador y en genio : solo sí queremos que se noten los puntos de contacto de su mutuo destino.

No se hallaba la España en estado de entrar en una nueva guerra que podia haber sido fatal á los intereses de sus súbditos, y así el 30 de noviembre se firmó convencion de neutralidad entre nuestro gabinete, el de Portugal y el de Paris. En Bilbao tuvo este año lugar una conmocion, cuyos resultados hubieran podido ser de consideracion si no la hubiese apaciguado en sus principios el general de marina Mazarredo, que por una eventualidad se hallaba en aquella poblacion. Tuvo orígen en el descontento promovido con motivo de querer transferirse la poblacion de Bilbao á punto mas contiguo al mar con daño de los propietarios de predios rústicos, y en las voces que circularon de que se pensaba en anular los fueros de los Vascongados.

Tuvo este año lugar la terrible matanza de blancos en la isla de Santo Domingo, que se vió obligado á evacuar el general francés Rochambeau.

Adoptaba en Paris el cuerpo legislativo un nuevo código ci- 1804.
vil llamado despues código Napoleon; apoderábanse los Franceses de la isla de Gorea, y casi al mismo tiempo se descubria en Paris una conspiracion tramada contra el primer Cónsul por los generales Moreau, Pichegru y Jorge Cadondal. El primero fué desterrado de Francia, el segundo se suicidó en la cárcel, y el tercero pereció en un cadalso. No habia transcurrido mucho tiempo cuando creyendo Napoleon que una medida enérgica podia hacerle respetar en Francia, hizo aprisionar y fusilar al descendiente de los príncipes de Condé. Para manifestar entonces el senado cuanto se interesaban los Franceses en la suerte de su primer Cónsul declaró á este Emperador de los Franceses. Esta declaracion fué aprobada por el tribunado, y solo una voz digna de los mas hermosos dias de la Grecia se atrevió á declararse en contra de semejante proyecto. Pero en Francia se habian aletargado ya aquellas ideas primitivas de libertad y de república, y ya se hablaba solo de la gloria militar adquirida en tantos combates y contra tan encarnizados enemigos. Así pues, solo resonó un grito de admiracion y de entusiasmo al saberse que el dia 18 de mayo debia Bonaparte ser proclamado Emperador de los Franceses. En

España subió este año la indignacion nacional á su mas alto punto al saberse que los Ingleses habian apresado en el cabo de Finisterre á cuatro fragatas españolas procedentes de América con un caudal inmenso. Esto fué una insigne violacion del derecho de gentes, sin haber precedido antes declaracion de guerra, y pretextando solo motivos insuficientes y egoistas. Los valientes que mandaban aquellos buques hicieron una resistencia admirable, y cuéntase del comandante de uno de ellos, que á falta de balas cargó los cañones hasta la boca con el mismo metal que deseaban ávidamente los Ingleses: estos recibian á la vez el objeto de su codicia y la muerte. El 12 de diciembre, pocos dias despues de haber sido ungido en Paris el emperador Napoleon por el mismo papa Pio VII, la España declaró la guerra á los Ingleses.

En la isla de Santo Domingo se vió este año al negro Desalines coronarse rey de toda la isla.

En el continente europeo se preparaba una de aquellas espediciones gigantescas que tienen muy pocos ejemplos en los siglos: tal era el armamento del campo de Boloña, destinado á caer sobre la Gran-Bretaña y abrumarla con un ejército de ciento sesenta mil hombres el mas disciplinado y aguerrido que acaso se haya conocido.

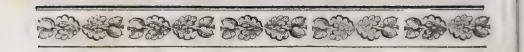
1805 Pero el Austria estaba interesada en que no sucumbiese la Inglaterra, con cuya potencia se habia aliado y la cual le enviaba cuantiosos subsidios para armar nuevos ejércitos. Su primer paso fué convenir en la nueva alianza formada para caer contra la Francia con un numeroso ejército austriaco y otro ruso, que debia adelantarse con el mismo emperador Alejandro I. Con aquella actividad y decision inspirada únicamente por el genio tomó Napoleon su partido. Da órden para que las tropas del acampamento de Boloña marchasen á Alemania; sale de Paris para dirigirlas, atraviesa el Rin, colócase á espaldas de los Austriacos, los bate en Vertingen, en Gunzbourg, en Ausburgo y en Munich, les hace seis mil prisioneros; derrotados en Elchingen, en Langenau y en Ulma, obliga al general austriaco Mack á capitular con treinta mil hombres; otro general capituló tambien con diez mil, y Napoleon se hace dueño de casi toda la Alemania. Adelantábase el ejército ruso para socorrer al Emperador de Austria; reúnese un numero-

so ejército en Austerlitz para hacer frente al Emperador francés, mas este con fuerzas inferiores lo derrota completamente y acaba con la nueva alianza ; pues el Austria se vió precisada á firmar la paz de Presburgo por la cual perdió los estados de Venecia y otra gran parte de territorio.

Pero en Trafalgar sufrian entonces una derrota terrible las escuadras francesa y española. En vano el comandante Gravina se defendió con valor digno de tener imitadores ; en vano viéndose los Españoles abandonados de los buques franceses resistieron á un tiempo contra un mar tempestuoso y contra un enemigo formidable con el denuedo que infunde la desesperacion: en Trafalgar debia ser destruido lo que quedaba de aquella brillante marina que empezó Felipe V , aumentó Fernando VI, y que puso Cárlos III en un pie respetable. Bien es verdad que los Ingleses perdieron en la batalla uno de aquellos marinos intrépidos de que tendrá que hacer mérito la historia : la muerte del almirante Nelson templó en la Gran Bretaña el júbilo general que debia motivar la victoria.

Este desastre puso el complemento al disgusto que empezaban á esperimentar los Españoles por la mala direccion de los negocios públicos. Impacientábanse en silencio, pero no debia pasar mucho tiempo sin que estallase con un sacudimiento que debia dar admiracion á la Europa atónita. El arranque general de la guerra de la independencia tenia sus causas en esa impaciencia y en ese disgusto general, por tanto tiempo comprimidos.





APÉNDICE

Al tomo primero de la narracion de sucesos históricos desde 1600 hasta 1833.

Número primero.

Pérdida de Tolon en 1793.

Todo el mundo sabe que en el sitio de Tolon se empezaron á conocer los talentos militares de Napoleon, que debian un dia dar tanta gloria á su patria, y aun hoy se admiran los conocedores de que tan fácilmente lograse arrojar de un punto sumamente fuerte á los aliados, y mas siendo protegida la ciudad por una numerosa escuadra. Pero, no son bien conocidos todos los pormenores de tan importante suceso, y por esto hemos procurado reunir los documentos siguientes, que juzgamos interesantes:

Carta del Excmo. señor Don Juan de Lángara comandante general de la escuadra española que estaba en Tolon, al excelentísimo señor Duque de Alcudia.

«Excmo. Sr.: A las dos de la mañana del 16 al 17 del corriente atacaron los enemigos al puesto de Balaguer, que habian bombardeado y cañoneado los tres dias anteriores con suma viveza por diferentes partes, y se apoderaron del principal reducto á las cinco. Yo envié de la escuadra la poca tropa que tenian los navíos; y desde luego que percibí este infausto su-

ceso, mandé que pasasen á aquella playa las lanchas y botes de la escuadra para el reembarco de toda la tropa que debia seguirse á él. Envié á mi mayor general don Ignacio Alava, para esta operacion, y disponer que se acercasen y acoderasen buques á aquel paraje para proteger el reembarco, y me dirigí á la plaza de Tolon para tratar con el almirante Hood lo mas conveniente en las circunstancias. Allí se juntaron todos los generales, el gobernador de la plaza, y los ingenieros y oficiales de artillería de las naciones coligadas. Supimos que el ejército de parte de Levante se habia apoderado de la montaña de Faraon, donde habia ya al amanecer un gran número de tropas enemigas: tratóse de la situacion crítica de las escuadras, precisadas en una estacion rigurosa á dejar el puerto y fondear á la boca de él en un tenedero incapaz de resistir cualquiera mediano temporal, y espuestas á ser quemadas, ó acaso quedar en poder de los enemigos: y oido el parecer en órden á la fortificacion de la plaza, y su precision de rendirse luego que le faltasen los auxilios de las escuadras, se determinó unánimemente evacuarla en la forma que espresa el acuerdo que incluyo, y que fuese con la prontitud posible para aprovechar la benignidad del tiempo. En consecuencia dí la órden á los navíos de mí escuadra para que saliesen á la boca del puerto, quedando solo el *San Joaquin* y las fragatas *Santa Cecilia* y *Mahonesa* para los últimos por haberse acoderado para proteger la retirada de Balaguer. La mañana del 18 se embarcaron los enfermos que eran mas de dos mil españoles. Favoreció el tiempo esta operacion, y la de franquearse las escuadras que quedaron á distancia proporcionada para recibir en pocas horas las tropas de Tolon, cuyo embarco debia hacerse á las once de la noche por la playa del fuerte de Malgue, á donde habian de retirarse desde la plaza. Ya por la tarde se habian evacuado la Sablette y cabo Brun, y recogido á bordo y en la Malgue las tropas que guarnecian aquellos puestos. El comandante de las tropas aliadas Don Federico Gravina á pesar de la imposibilidad de andar en que le tenia su herida, quiso mantenerse en la plaza hasta el último instante; pero habiéndose resuelto adelantar la hora de la evacuacion, se retiró á bordo á las ocho de la noche, y de aquella novedad vino á darme aviso el comandante general de las tropas españolas Don Rafael Valdés,

considerando los perjuicios que podian resultar de que la ignorase, dejando todas en tierra sus órdenes al teniente coronel Hogard, que con la tropa española debia cubrir la retaguardia. Dadas en consecuencia las órdenes para que estuviesen al costado de este navío á las nueve y media todas las lanchas y botes de la escuadra con oficiales, á cuya hora pasó Don Rafael Valdés con mi Mayor general al sitio señalado: á pocos minutos observé el incendio de un navío, y seguidamente el de otros del arsenal, cuya quema se habia determinado en la junta, y deduje se habia apresurado esta operacion por algun accidente, que luego oí habia sido de haber caido una bomba en una fragata sarda que la hizo arder, lo cual apresuró la empresa de poner fuego á los buques de la dársena. Para ello nombré á los tenientes de navío Don Pedro Cotiella y Don Francisco Riquelme, y la obusera del mando del teniente de fragata Don Francisco Trujillo, y el almirante Hood al capitan Sidney Smith, que no tenia destino en la escuadra, y algunos tenientes de ella. Esta operacion se hizo completa, habiendo seguramente quedado reducido á cenizas el arsenal con los navíos y edificios que habia dentro, librándose solo los buques que por estar sirviendo de cuarteles á la tropa, se hallaban en el muelle y puerto, de cuya cadena se apoderaron los republicanos del pueblo así que se vieron libres las tropas. Tambien se puso fuego á dos navíos de 74 que estaban en la pequeña rada, uno de los cuales (*el Temístocles*) contenia doscientos ochenta delincuentes que capitularon abandonarlo si se les ponia en tierra, y así se practicó. Del mismo modo volaron dos fragatas cargadas con cuatro mil quintales de pólvora, en cada una de las cuales puso una camisa de fuego el ayudante de la escuadra Don Francisco Riquelme, que en esta operacion contrajo un mérito muy distinguido, como tambien los otros dos oficiales que sufrieron largo rato el fuego de fusil de los sublevados del pueblo.

A media noche del 18 al 19 dió muestras el tiempo de cambiar, y resolví separarme un poco del monte de la torre de las señales, que distaba un tiro de fusil, y estaba ya en poder de los enemigos; pero al dar la vela con este navío llamó el viento al Sur, me obligó á conservar el mismo lugar, y me puso en el mayor cuidado de no poder dar la vela luego que llegase

la tropa. Al ser de dia tuve la noticia de que ya no quedaba sino el último resto pronto á embarcarse, y resolví salir con la escuadra sobre bordos antes que engruesando la mar imposibilitase la salida: por lo cual mandé que todos diesen la vela, y saliesen con la mayor brevedad, lo que hicieron sin perder avería; sin embargo del fuego de cañon y mortero que nos hicieron los enemigos, llegando á fusilear á este navío desde el monte de la Vigía, donde no habian tenido tiempo de montar artillería. En esta maniobra y la de franquearse con la brevedad necesaria han perdido los navíos algunos cables y anclas, que tendrán que reemplazar.

Como el viento refrescó por el S. O., con presencia de la real órden de primero de octubre, que se sirvió V. E. enviarme para el caso de abandonar á Tolon, entré en esta bahía dejando el navío *San Joaquin* y las fragatas *Cecilia* y *Florentina* en crucero sobre Tolon, para advertir de la novedad de todo buque que vaya con destino á aquel puerto; pero aprovecharé el primer momento favorable para dirigirme á Mahon por la comodidad de los enfermos, para dejar la tropa y emigrados, y porque los víveres son tan pocos en razon al número de gentes, que ha sido preciso poner á todos á media racion desde ayer.

Por estas consideraciones no podré dejar en este crucero mas de cuatro fragatas, hasta que desempachados los buques de tan estraordinario transporte, pueda enviar algunos navíos.

El almirante Hood me ha hecho saber que se queda aquí para bloquear á Tolon y á Marsella, despachando las tropas sardas en otros buques de su escuadra, y en tal caso no es ya tan urgente la necesidad.

Espero que en tan desgraciado suceso que me veo aunque con dolor precisado á comunicar á V. E. logren la aprobacion de S. M. las operaciones de la escuadra de mi mando, en la cual creo que se ha hecho mucho honor la marina del Rey entre las naciones coligadas, habiéndose logrado embarcar todas las tropas y enfermos, libertar los navíos situados en lo mas interior de la pequeña rada, y pegar fuego al arsenal, navíos y y demas embarcaciones en solo veinte y cuatro horas y en medio de dos ejércitos enemigos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Navío *Concepcion*, en la

bahía de Hyeres á 21 de diciembre de 1793.—Exmo. Sr.—Juan de Lángara y Huarte.—Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.»

Acuerdo que se cita en la carta precedente traducido del francés y del inglés.

«En un consejo de guerra, tenido en Tolon en casa del lord Hood el dia 17 de diciembre de 1793, compuesto de dicho Lord, del comandante general Don Juan Lángara, del general Don Federico Gravina, del general Dundas, del general Don Rafael de Valdés, del Príncipe Pignatelli, del almirante Forteguerri, del caballero Hide Parker, del caballero de Revel, y del caballero Gilberto Elliot, se propusieron los puntos siguientes:

1.° ¿Si se deben enviar refuerzos á las alturas de Faraon y á las de Grasse? y si se pueden reconquistar estos dos puestos, ganados por el enemigo esta mañana? El consejo ha decidido unánimemente que como no quedaban mas que mil quinientos hombres de tropas en la ciudad, no se puede enviar á los puestos refuerzos suficientes para recuperarlos.

2.° ¿Perdidos estos puestos, podemos permanecer en la ciudad y rada de Tolon?

Para resolver sobre este punto hizo el consejo llamar á los gefes de los ingenieros y de la artillería; á saber, los coroneles D'Aubant, Pozo, Maturana, y el capitan Collier, y se les propuso; y tambien el siguiente:

3.° ¿Puede establecerse sobre Cepet un puesto capaz de proteger la rada?

Los gefes de ingenieros y artillería, habiéndose retirado para meditar sobre dichos puntos, volvieron despues, y presentaron al Consejo la relacion adjunta.

Dictámen de los gefes de ingenieros y artillería, de las naciones coligadas en Tolon, sobre los puntos facultativos que consultó el consejo de guerra de generales.

Tolon 17 de diciembre de 1793.

Habiendo propuesto el consejo general las preguntas siguientes á los comandantes de los reales cuerpos de ingenieros y artillería, ingleses y españoles, respondieron á ellas segun se espresa á su continuacion.

Primera pregunta. «¿Tomados Faraon y Balaguer, se puede conservar la plaza con su guarnicion?»

Respuesta. Tomadas todas las alturas de la montaña de Faraon se rendirian precisamente el fuerte de San Antonio y su reducto: el enemigo se apoderaria de los retrincheramientos de Santa Ana; con lo que interrumpida en gran parte la comunicacion de Malbusquet por la del norte y de Balaguer, no podria menos de rendirse aquel castillo, incomodado de las alturas por su frente, y no siendo sostenido. Tomado este, adelantaria el enemigo su ataque contra el frente mas endeble de la plaza. Considerada su construccion y nulidades, podria establecer baterías que dominasen la pequeña rada, é impedirian á nuestras fuerzas marítimas á oponerse su llegada. Tomadas las alturas de Balaguer y la Aiguileta, no solo dominaria el enemigo la pequeña rada, sino tambien la rada grande á á una distancia considerable para no poderse situar los buques fuera de su tiro; de modo que forzados los puestos destacados, incomodaria tanto la plaza (que no está á prueba de bomba) que seria muy difícil conservarla.»

Segunda pregunta. «Se podria tomar un puesto muy fuerte sobre Cepet; pero si el enemigo quedase dueño de la costa desde el cabo de Brun hasta Balaguer, podria cruzar sus fuegos sobre la rada grande, causando grave daño á los buques; mas tomada la pregunta en toda su estension, esto es: ¿si evacuado Tolon se podrian establecer con la guarnicion posiciones capaces de proteger la rada grande? Debemos responder, que aun cuando mantuviésemos constantemente á Cepet y la costa desde la Torre Gruesa hasta Caba Brun, no siendo además dueños de la Santa Margarita, podria el enemigo desde allí á Balaguer, cruzar sus fuegos de bombas y balas rojas de crecido calibre con elevacion con mucho riesgo de las escuadras. — Firmado. — José del Pozo. — Am. D'Aubant, gefe de ingenieros teniente coronel. — Vicente Manuel de Maturana.—W. Collier, capitan y comandante de la real artillería.»

El consejo lo leyó; y habiéndoles tambien oido sobre los mismos puntos, fué de parecer: que no puede conservarse la plaza con las fuerzas que en ella hay; y que es preciso tomar las medidas convenientes para la retirada, para la cual el consejo resolvió lo siguiente:

1.° Enviar al instante órdenes á las tropas que ocupan el reducto y la luneta de Faraon para retirarse á Antignes y Santa Catalina cuando ya no pueden defenderse y mantenerse allí todos el tiempo que les sea posible sin riesgo de ser cortadas.

2.° Enviar órdenes á los puestos de San Antonio el grande y el chico, San Andrés, Pomet y los Molinos para retirarse.

3.° Que Malbusquet y Mississi resistan todo el tiempo que puedan.

4.° Avisar á los habitantes de Tolon que si llegare el caso de retirarse, las potencias aliadas, tomarán todas las medidas que puedan para transportar á los que desearen irse; y sí algunos quisiesen ejecutarlo esta noche por librarse del bombardeo, podrán ejecutarlo libremente, debiendo disponerse para encontrar pasaje en los buques mercantes que se hallan en el puerto. Para este efecto se les socorrerá con provisiones etc. y se les facilitarán todos los medios posibles.

El Comité ó Junta general se encargará de disponer lo conveniente para estos objetos.

5.° Se embarcarán sin demora los enfermos y heridos.

6.° Los navíos franceses que están armados saldrán con la escuadra; y los que queden en el puerto, con todos los almacenes y demas efectos del arsenal, serán destruidos. Las disposiciones se tomarán esta noche si es posible; pero esta resolucion no se ejecutará hasta el último momento.

7.° El comandante general Don Juan de Lángara propone que algunos navíos fondeen en las islas de Hyeres; y que las fragatas se empleen en transportar las tropas de Tolon á estos navíos cuando sea necesario embarcarlas; pero esta proposicion no ha sido adoptada por el consejo.

Esta es copia exacta del acuerdo del Consejo general de guerra tenido en Tolon á 17 de diciembre de 1793.—Gilberto Elliot. —No está exacta mi proposicion.—Es copia.—Lángara.

El comandante general de las tropas españolas Don Rafael Valdés, con sus ayudantes y el mayor de la escuadra Don Ignacio Alava protegieron el embarco de las tropas, cubriendo la retaguardia las españolas, y evitando por este medio toda confusion en aquella noche, y asegurando la prontitud de los auxilios de la marina española é inglesa, que en efecto estuvieron tan oportunas que se consiguió sin alguno de los mu-

chos embarazos que pudieran haber ocurrido, y no era el menor el no haber fondo ni bajada cómoda á las lanchas, pero la presencia y serenidad de dicho Comandante general y Mayor general facilitaron el embarco en términos increibles de mas de doce mil hombres de tropa, dos mil enfermos, y un gran número de realistas, todo á la vista de los ejércitos enemigos, que no bajaban de cuarenta cinco mil hombres, y segun las declaraciones de los desertores ascendian á sesenta y dos mil, estando la plaza por ellos, pues lo eran ya declarados los franceses que se quedaron allá; pero la órden estendida por dicho general Valdés para el embarco produjo todos los efectos que se esperaban por la rigurosa observancia de ella, y la presencia de ánimo con que fué concebida, segun se deduce de su contexto.

Orden general. « Toda la infantería se hallará formada á las siete de la noche en la muralla, empezando desde la batería de la izquierda de la puerta de Francia, estendiéndose hácia la puerta de Italia, hasta que se toquen con los Sardos.»

Orden reservada para los gefes. «A las doce de la noche empezarán á marchar los Ingleses que estarán formados desde la union del mar, ó la arboladura, dando su izquierda hácia la puerta de Italia etc. Luego que los Ingleses hayan pasado por esta puerta, seguirán los Sardos, que estarán formados de modo que den su derecha á la puerta, y últimamente los Españoles que llevarán la retaguardia.

« Para cubrir esta se nombrará una compañía de granaderos de Mallorca, y los cazadores de Marina con los dos cañones violentos que retiró de Malbusquet el Conde del Puerto con sus correspondientes municiones; estos dos cañones se colocarán con anticipacion en la batería que está á cargo de Don Juan Osorio: toda la retaguardia será mandada por Don Juan Hogan, sargento mayor del regimiento de Hibernia: este comandante, luego que se halle en disposicion de hacer marchar la retaguardia que debe mandar, prevendrá á Osorio que clave la batería.

« Lo mismo ejecutará cuando pase por los baterías que Manzano manda: las baterías de la arboladura y de la puerta de Italia clavarán sus cañones luego que los Ingleses hayan pasado, y el mayor de artillería ó sus ayudantes podrán celar que

se verifique, uniéndose despues á la artillería de la retaguardia.

«El comandante de esta tendrá mucho cuidado de cubrir la puerta de Italia con la artillería luego que las tropas hayan pasado, hasta que la puerta se cierre, y lo mismo practicará hasta las cercanías de Fort-Luis, en donde las tropas deben embarcarse: el mayor de artillería, si no estuviese el comandante, dispondrá la mejor situacion de los dos violentos para proteger el embarco.

«Este será protegido tambien por la escuadra, á cuyo fin se solicitarán lanchas cañoneras del Comandante general de marina.

« Tambien se le pedirá que prevenga á todas las lanchas y botes que entrasen de popa, á tomar la tropa, porque siendo esta mas ancha que la proa, saldrán mejor de las rocas.

«Don Pablo Suvitier relevará á las cuatro de la tarde con cien hombres escogidos de su regimiento la guardia inglesa de la puerta de Italia, y se mantendrán en esta veinte minutos despues de haber pasado Hogan con la retaguardia. Entonces marchará con sus cien hombres, y se reunirá á sesenta dragones montados, que habrá desde las nueve ó diez en la plaza de armas, compuestos de las patrullas que andarán solo hasta aquella hora: este destacamento estará mandado por un capitan, un teniente, un alférez y sargento: otro habrá á pie con diez dragones en la puerta del cuartel. Luego que los Suizos y dragones estén reunidos, entrarán prontamente en el arsenal, y cerrando la puerta ayudarán los desmontados á los montados para dejar los caballos en pelo, y todos los ciento setenta hombres se embarcarán en dos lanchas que habrá en el arsenal de la escuadra española, teniéndolas bien reconocidas antes los dragones.

» La guardia de la puerta de Italia se dejará relevar esta tarde por los Sardos.

« Ya se deja entender el silencio riguroso que es necesario observar en el abandono de la plaza y en la marcha: los gefes y oficiales cuidarán con el mayor rigor de su observancia.

« Será conveniente que los soldados lleven á sesenta cartuchos, y frascos con vino ó aguardiente, sirviendo de pretexto la mala noche que van á pasar, ocultando nuestra retirada en lo posible.

«Los criados, bagajes, enfermos ó soldados que no se hubiesen embarcado á aquella hora quedarán abandonados, y lo mismo los dos violentos que podrán quedar en la playa, despues de haber sido enclavados.»

Entre las varias posiciones de nuestra escuadra en aquella noche, así para estar menos espuestos al fuego de los enemigos, como para facilitar que atracaran muchos barcos del pais cargados de familias, tuvo mucho que ejercitarse la piedad, pues el corazon mas inhumano y empedernido debió en tal ocasion penetrarse de dolor: los padres preguntaban por sus hijos, los maridos por sus mugeres, y todos por los suyos, muchos calados por haberse arrojado al agua para coger el barco que salia, en cuya operacion se ahogaron no pocos de ellos, dejando las mugeres recien paridas sus camas para substraerse de la cuchilla de los enemigos, formando todo el aspecto mas lastimoso que puede concebirse, sin que aun hubiese llegado el momento tremendo del incendio, pues era un asunto reservadísimo: ningun auxilio de cuantos pudieron facilitarse faltó á estos infelices, á todos se les recibió á bordo de los buques, y ellos han tenido el posible consuelo en desempeño de los derechos de la humanidad.

Ver á Tolon fué ver á Troya: y la compasion que causó tal aspecto, solo podia mitigarse considerando ser castigo de Dios, tan merecido por las atrocidades cometidas: en fin se perdió Tolon, pero no se ha entregado á los enemigos, y ni ellos lo encuentran; por lo respectivo á las fuerzas de mar, seguridad de las costas del Mediterráneo, y sus inmediaciones, es lo propio que si estuviéramos en posesion de este puerto.

Carta del Excmo. Sr. D. Juan de Lángara, Comandante general de la escuadra del Rey en el Mediterráneo, al Excelentísimo Sr. Baylío Fr. D. Antonio Valdés, sobre el incendio del arsenal y navíos de Tolon.

«Excmo. Sr.: Considerando digno de la noticia de S. M. la relacion del modo con que se incendió el arsenal y navíos franceses de Tolon el dia 18 del corriente, he creido de mi obligacion el trasladarla á V. E. segun los partes que me han dado los tenientes de navío D. Pedro Cotiella, y D. Francisco Riquelme, que comisioné para este objeto.

« Habia venido á las nueve de la mañana el capitan del navío inglés Sydney Smith á decirme que el almirante Hood le habia comisionado para el incendio del arsenal y navíos franceses, que venia para unirse con los oficiales que yo nombrase por mi parte para proceder de acuerdo en esta operacion, y que llevaba dos lanchas cañoneras para apostarlas en la entrada del arsenal, y aunque las nuestras estaban destinadas á batir á Malbusquet, dispuse que el ayudante D. Francisco Riquelme se llevase las que juzgase necesarias. Entonces mismo envié al teniente de navío D. Pedro Cotiella con Smith, entretanto que Riquelme fué de paso á recoger de los navíos de la escuadra, camisas embreadas y mixtos. Dirigiéronse los primeros al arsenal, y poco despues el segundo, donde determinaron dar órden á los comandantes de las lanchas de fuerzas españolas, que se situasen en las inmediaciones para cuanto en adelante se dispusiese, y por primera diligencia apostaron dos de las inglesas, y la cañonera al mando del teniente de fragata Don Francisco Trujillo en las bocas principales de la dársena, con el objeto de defender la entrada de los enemigos en ella. Así mismo pusieron una fuerte guardia en la puerta del arsenal, reforzada con un cañon violento para evitar las avenidas del populacho que ya estaba en insurreccion.

«Con el objeto de aumentar el número de las camisas embreadas, y de conducir al arsenal el brulote nuestro *San Luis Gonzaga*, de darme parte de las disposiciones que quedaban dadas, y del fuego de bomba de los enemigos, que sufria el arsenal, volvió á la escuadra el ayudante Riquelme entre tanto que Cotiella, Smith, sus oficiales, y Trujillo fueron estendiendo diferentes mixtos y barriles de brea y de alquitran por los almacenes del arsenal, y sus pilas ó repuestos de madera, apostando entonces dos lanchas de fuerza inglesas á las inmediaciones de las galeras, que servian de cuartel á los presidarios, para contenerlos en el caso de que intentasen alguna sublevacion.

« A las siete y media de la noche ya habia vuelto Riquelme con mayor provision de mixtos, y llegó al arsenal un brulote inglés, que colocaron prolongando sobre la proa de muchos navíos que se hallaban barloados; y Riquelme fué poniendo diez camisas en los buques que no estaban totalmente unidos.

A las siete y media se hallaba toda la dársena grande en disposicion de arder en el momento que se le aplicare fuego, y en este estado se dirigian nuestros oficiales y los ingleses á la pequeña para disponerla del mismo modo, á tiempo que separando las planchas de un puente levadizo que forma la comunicacion de una á otra, advirtieron en la plaza una descarga de fusilería, que creyeron ser la señal de retirarse de ella nuestra tropa. En estas circunstancias se hizo preciso dar fuego al arsenal; al mismo tiempo que Riquelme fué dándolo á los navíos, en quienes habia puesto camisas; y propagándose con asombrosa celeridad, quedaron libres los presidarios que se apoderaron luego del paso de la dársena grande á la chica, defendiéndolo de modo que no fué posible pasar á esta para continuar en ella el incendio.

Convinieron entonces Cotiella y Riquelme que la lancha de Trujillo se emplease en recoger toda la gente que se debia retirar de las guardias y puestos del arsenal, y verificado esto, recogiendo doscientos sesenta y tres hombres se dirigieron á la pequeña dársena, creyendo poder introducirse por la entrada ordinaria, para conseguir incendiar los buques que allí quedaban, logrando por su teson y espíritu penetrar en ella, sin embargo de que los fugitivos del arsenal, ó bien los revoltosos del pueblo, estaban en posesion de estos parajes, y resistian su entrada con un fuego vivo de fusilería. Advirtieron allí que el incendio se habia comunicado de la dársena grande á la parte de la izquierda de la pequeña, y dirigiéndose hácia la derecha les cerraron la cadena, hicieron tal fuego que determinaron retirarse, arrojando sin embargo por alto algunos mixtos encendidos á los buques que por allí estaban. Al retirarse de la dársena oyeron los clamores de algunos refugiados en la máquina que les movieron á recogerlos, los cuales eran cuatro soldados españoles, tres franceses, tres mugeres y un niño, con los cuales salieron á continuar incendiando los buques que estaban fuera de la pequeña rada. Así lo ejecutaron con dos navíos, una fragata, y otras dos que servian de almacenes de pólvora, y contenian cuatro mil quintales.

« A las once el fuego era grandísimo por todas partes, escepto aun en los buques de la pequeña rada, y notando que andaban embarcaciones menores enemigas que los fusileaban.

cuando intentaban aproximarse á los buques grandes ó á las dársenas, juzgaron Cotiella y Riquelme volver á la grande, con el doble objeto de recoger algunos individuos que pudieran quedar, y el de unirse al caballero Smith para proseguir en mutua conserva incendiando los buques que restaban, defendiéndose de este modo de los enemigos; pero el fuego era tan voraz en la dársena grande, que abrasaba aun antes de entrar en ella, habiéndoles asegurado un pequeño bote inglés, que absolutamente nadie habia quedado adentro. Ni el caballero Smith se hallaba en aquel lugar, pues se habia dirigido hácia otro lado á quemar varias embarcaciones que estaban ya ardiendo; no obstante, como aun quedaban navíos por quemar, resolvieron hacer nuevas tentativas, y serian ya las doce y media cuando llegando al paraje donde estaban las embarcaciones, incendiaron á una de ellas á pesar del fuego de fusil que les hacian del martillo, y de haberles atacado dos botecillos enemigos cuando ejecutaban esta operacion: entonces recogieron un soldado español que se arrojó al agua desde el martillo de la máquina, de donde lo fusileaban, y al cual sostuvieron haciendo fuego desde la falúa. En esta ocasion llega el caballero Smith con su bote y lancha cañonera, y con la advertencia de que en el *Temístocles* habia doscientos sesenta prisioneros, y de que convenia que ya no se separasen unos de otros, por los varios botes enemigos que podrian atacarlos con ventaja, incendiaron uno de los navíos de la pequeña rada, y pasaron al *Temístocles*, donde ofrecieron á los prisioneros la libertad, si convenian en que los pusiesen en tierra, pues iban á incendiar el navío; condescendieron ellos sumisamente, se les puso en tierra, y viendo que eran ya las tres de la mañana le pegaron fuego, con lo cual acabaron de embarcarse los que quedaban, estendiéndose aquel con una rapidez estraordinaria.

« Ultimamente habiendo dado fin á todos los mixtos, viendo incendiado el arsenal, la dársena grande, y parte de la pequeña por la izquierda, el pueblo ardiendo por tres partes, los clamores, los fusilazos y los demas indicios de confusion y desórden que habia por todos lados, determinaron de acuerdo el caballero Smith, Cotiella y Riquelme retirarse unidos para defenderse de tres embarcaciones que venian del Sena, y

recorrer la costa desde la plaza hasta Grosse-tour, para recoger los que huyendo de la confusion se hubiesen acogido á este paraje, próximo al camino por donde debian retirarse las últimas tropas de la plaza, y en efecto recogieron á cinco soldados de las naciones coligadas, y una muger que eran los únicos que por allí se hallaban.

« Recomiendan mucho ambos oficiales el mérito que contrajo en esta operacion el teniente de fragata D. Francisco Trujillo, el cabo del Real cuerpo de artillería......... de la dotacion del navío *Angel*, el primer contramaestre Juan Rodriguez, patron de mi falúa, como de toda la gente de su dotacion, y hacen los mas plausibles elogios de la actividad, celo y acierto del caballero Smith, y de la constancia y valor de los oficiales ingleses, que tenia á sus órdenes en esta operacion, cual ha sido el mérito, la intrepidez y espíritu militar de Cotiella y Riquelme en el desempeño de esta comision que puse á su cargo, asegurando á V. E. que los creí perdidos en la accion; y así no puedo dejar de recomendar su particular mérito como de los mas dignos de las gracias de V. M. — Dios guarde á V. E. muchos años.—Navío *Concepcion* en el puerto de Cartagena á 31 de diciembre de 1793.—Excmo. Sr.—Juan de Lángara y Huarte. — Excmo. Sr. Baylío Fr. D. Antonio Valdés. — P. D. No pudo verificarse el incendio del brulote nuestro *San Luis Gonzaga*, destinado por mí á la pequeña dársena, por haber adelantado en la plaza la hora de la retirada de las tropas. »

Relacion de los navíos y otras embarcaciones de la marina Real francesa, que existian en el puerto de Tolon en el acto del incendio.

Navíos : el *Delfin Real*, de 118 cañones ; el *Tonante*, de 80 ; la *Corona*, de 80; el *Langüedoc*, de 80; el *Triunfante*, de 74; el *Héroe*, de 74; el *Dichoso*, de 74 ; el *Destino*, de 74 ; el *Suficiente*, de 74; el *Comercio de Burdeos*, de 74; el *Tres Colores*, de 74; el *Centauro*, de 74 ; el *Generoso*, de 74; el *Dugaitrouin*, de 74 ; el *Temístocles*, de 74, el *Dictador*, de 74 ; el *Censor*, de 74; el *Guerrero*, de 74 ; el *Soberano*, de 74 ; el *Mercurio*, de 74; el *Conquistador*, de 74 ; y uno en grada pronto á concluirse de 74.

Fragatas: la *Aretusa*, con artillería de 18, de 40 cañones, la. . . . con artillería de 12, de 34; la, *Iris* con idem, de 34; la *Ifigenia*, idem, de 34; la *Seria*, idem, de 34; la *Alcestes*, idem, de 34; la *Sultana*, idem, de 34; y la *Monreal*, idem, de 34.

Corbeta: la *Sardina*.

Urcas afragatadas: la *Carolina*, la *Augusta*, la *Sincera*, la *Lluvia*, la *Lamprea*, la. . . . . la *Mosela* y la *Procedida*.

Bergantines: la *Alerta*, el. . . . . el *Sin-calzones* chico, el *Boston* chico, la *Sociedad de Ayeau*, el *Vigilante* y la *Libertad*.

Tartanas y otras embarcaciones menores: el *Juan Var*, la. . . . . y siete lanchas en el puerto.

Resumen: Navíos, 22.—Fragatas, 8.—Corbeta, 1.—Urcas afragatados, 8.—Bergantines, 7.—Tartanas, 2.—Lanchas, 7.—Total 55.

Diario que posteriormente ha remitido el excelentísimo señor don Federico Gravina, comandante general de las tropas combinadas de Tolon, que se copiará aquí desde el dia 16.

Dia 16. Desde las diez de la mañana empezaron los fuegos de los enemigos, continuándolos hasta la una del 17 con la misma estraordinaria viveza que en los dias anteriores, con cuyo motivo á las cinco de la tarde de este dia reforzó el comandante general de las armas el puerto de Balaguer con cincuenta cazadores de Málaga, no permitiéndole poder estenderse mas por no haber en la plaza sino unos setecientos hombres empleados en su relevo, y quinientos para ocurrir á los puestos donde mas lo exigiese la necesidad, en caso de verificarse el ataque general; pero se acordó en este mismo dia con el escelentísimo señor don Juan de Lángara y el caballero Fortiguerri enviarian á la menor novedad que observasen en Balaguer ciento y cincuenta individuos de marina el primero, y ciento el segundo; con lo que quedaba este puesto con un número competente de tropas para poder resistir un ataque que quisiesen intentar los enemigos.

Dia 17. A la una y media de la mañana empezaron el fuego de nuestras avanzadas de Balaguer, y á las dos se advirtió ya desde Tolon bastante vivo el de fusilería hácia aquella parte, con lo que no quedaba duda de que aquel puesto era atacado:

avisó al comandante general de las armas de esta novedad el de la batería de la puerta de Francia el teniente de navío don Francisco Osorio; pero como en los dos dias y tarde anterior habia dado el comandante general cuantas providencias eran mas oportunas para su mejor estado de defensa, dispuso que la tropa se colocase inmediatamente en el paraje que le competia por el plan de defensa que se habia formado, y mandó que se reforzasen todos los de la muralla, así para contener á los enemigos de fuera é interiores, como para acudir con mas prontitud con el corto número de tropa que quedaba en la ciudad al que mas la necesitase, en caso de ser este el dia destinado para el ataque general. A las tres recibió el comandante general aviso de Balaguer de haber llegado á aquel puesto las tropas de las escuadras, y que el ataque seguia con alguna intermision de mas y menos vivo: á esta misma hora suplicó el comandante general de las armas al excelentísimo señor don Juan de Langara por uno de sus ayudantes remitiese al puesto atacado municiones y todos los demas auxilios que pudiese necesitar, y que en ocasiones semejantes á esta ha verificado: á las cuatro de la mañana supo haber sido forzadas por los enemigos las baterías de San Luis y Mulgrave, y que nuestra tropa se habia retirado á la altura inmediata y puesto de San Cárlos: á consecuencia de esta novedad previno el comandante general por uno de sus ayudantes, al mariscal de campo don Domingo Izquierdo examinase si era dable recuperar los puestos perdidos, ó mantenerse en la altura á que se habia retirado, ó en el puesto de San Cárlos; y que no siendo asequible ni lo uno ni lo otro por la superioridad del enemigo, ejecutase su retirada en el mejor órden que pudiese por el de Balaguer, para cuyo efecto se hallarian las lanchas de la escuadra.

En esta noche fué atacado el fuerte de San Antonio el Grande, y poco antes de amanecer el puerto de Masca: continuaron los enemigos en todo el discurso de ella el fuego acostumbrado contra Malbusquet y cabo Brun, por lo que se creyó el ataque general, manteniéndose por este motivo la tropa hasta el ser de dia en sus respectivos puestos.

Al amanecer se advirtió en Faraon la señal de pedir pronto socorro, y algun tiroteo en las alturas de la montaña; y á las

siete el comandante general de las armas se hizo conducir en una silla de manos á casa del almirante lord Hood para determinar lo que se tuviese por mas conveniente con acuerdo de los escelentísimos señores don Juan de Lángara, el teniente general Dundas, gobernador de la plaza, el gefe de la escuadra y comandante de la napolitana caballero Fortiguerri, y el de las tropas españolas el mariscal de campo don Rafael Valdés, el de las napolitanas Príncipe de Piñatelli, el Conde de Rebel, comandante de las sardas, y el señor Gilberto Elliot, ministro plenipotenciario de S. M. británica en Tolon. A poco tiempo de reunidos los espresados gefes, dió parte al comandante general de las armas el de San Antonio el Grande el teniente de navío don Mariano Mendinueta, como aquella noche habia sido atacado y rechazados los enemigos, y que el oficial inglés, comandante de la avanzada de la Masca, se habia retirado á aquel fuerte con un corto número de tropa, diciendo haber sido atacado y abandonado de ella; á este tiempo el gobernador Dundas recibió aviso igual del coronel sardo, comandante de todas las avanzadas de Faraon, y del mayor inglés, que lo era de la Masca, los que se informaban que los enemigos, protegidos de una densa niebla, les habian sorprendido.

El comandante general de las armas fué de parecer se atacase en la misma mañana á los enemigos, que se hallaban ya dueños de las alturas del paso de la Masca, del del Monge y alturas de San Antonio, marchando en tres columnas y en los mismos términos que se habia verificado el dia 1°. de octubre, pero reforzando muy particularmente la coluna que debia salir de Faraon. Acordes en esto, se empezaron á dar las disposiciones para el intento, marchando parte de la tropa de los campamentos de San Antonio y Artigas; pero instruidos los gefes que los enemigos habian reforzado considerablemente aquellas alturas, y tomado sus avenidas, y que un corto número de tropa no era suficiente para desalojarlos, desistieron del intento, conviniendo que con la tropa que quedaba en la plaza no era asequible recuperar ni las alturas de Faraon que la dominan, ni las de Balaguer, bajo el fuego de cuyas baterías está la pequeña rada y parte de la grande, donde existian las escuadras. Consecuente á todas estas reflexiones se

trató si era dable, perdidos ya los espresados puestos, poder defender la plaza de Tolon, con cuyo motivo se hizo concurrir á esta junta á los gefes de los cuerpos de ingenieros y artillería, tanto españoles como británicos, los que con presencia de los planos de fortificacion y defensa dieron la disposicion que á continuacion se espresa.

Habiendo propuesto el consejo general las cuestiones siguientes á los comandantes de los reales cuerpos de ingenieros y artillería, tanto británicos como españoles, contestaron á ellas en los términos siguientes:

Primera cuestion: Posesionado el enemigo de Balaguer y de Faraon, ¿es defendible la plaza con su guarnicion?

Respuesta. Tomadas las alturas de la montaña de Faraon, indispensablemente se apoderarán del fuerte de San Antonio y su reducto; se apoderará tambien el enemigo de los retrincheramientos de Santa Ana, con lo que quedaria muy interrumpida la comunicacion con Malbusquet por el lado del N. y de Balaguer; y aquel incomodado por las alturas de su frente, y no sostenido, no existiria mas en nuestro poder: dueño de él el enemigo, avanzará entonces su ataque sobre el frente mas débil de la plaza; y considerando su fortificacion y la facilidad de los aproches, podrán establecer baterías que dominarán la pequeña rada, y estorbarán á nuestras fuerzas marítimas el que presenten el menor obstáculo para retardar su inmediacion.

Dueño de las alturas de Balaguer y de L'Eguillet el enemigo, no solamente dominará la pequeña rada, sino tambien la grande, y á una distancia considerable que no quedaria á nuestras escuadras un sitio que las ponga á cubierto de su artillería; de suerte que forzados los puestos destacados, incomodará el enemigo la plaza de tal modo, que no habiendo en ella casas-matas seria muy difícil sostenerla.

Segunda cuestion: ¿Si se podria establecer un puesto sobre Cepet que protegiese la rada?

Respuesta. Se podrá muy bien establecer un puesto muy fuerte en Cepet; pero si el enemigo quedaba dueño de la costa desde Cabo Brun hasta Balaguer é interior del pais, podria hacer fuegos que cruzasen la gran rada, é incomodasen las escuadras; pero tomando la cuestion por toda su estension, es-

to es, si evacuado Tolon se podria con la guarnicion tomar posesiones suficientes que protegiesen la gran rada: debemos responder que aun cuando tuviésemos fortalecido á Cepet y la costa desde la Grosse-Tour hasta Cabo Brun, necesitábamos aun el fuerte de Santa Margarita, pues de lo contrario este y Balaguer harian fuegos cruzados de bombas y balas rojas de piezas de grueso calibre elevadas, que pondrian las escuadras en peligro. A continuacion firmaron: el teniente coronel don José Pozo.— Don Vicente María Maturana.—Mr. Dauvant, ingeniero en gefe.—Mr. Colier.

En vista del parecer de los comandantes de los artilleros é ingenieros, y convencidos todos los generales de mar y tierra que posesionado ya el enemigo de las alturas de Faraon seria muy en breve dueño de los dos San Antonios, desde donde podia estorbar la retirada de aquel fuerte, Pomets y San Andrés, se acordó el abandono de aquellos dos fuertes al anochecer de este dia; y para este intento pasó un edecan del comandante general con la órden á sus respectivos comandantes, que lo eran del pequeño el capitan de fragata don Francisco Javier Uriarte, y del grande el teniente de navío don Mariano Mendinueta, con la prevencion de que con el mayor sigilo clavasen su artillería, inutilizasen su cureñaje y pólvora, arruinando todos los demas efectos, y reunidos despues en el campamento napolitano bajo las órdenes del coronel Micheraux, se retirasen al retrincheramiento de Santa Ana; y al comandante de Malbusquet que se mantuviese en aquel puesto cuanto le fuese posible, á menos de ser atacado con fuerzas decididamente superiores. El general Dundas gobernador de la plaza, espidió otra concebida en los mismos términos á los comandantes ingleses de Pomets, reducto de San Andrés y Faraon, que tambien lo era este último de sus reductos y alturas, por haber muerto en aquella mañana el coronel sardo, á cuyo cargo estaban cometidas. Poco despues de haber tomado estas providencias llegó á la junta el mariscal de campo don Domingo Izquierdo, que acababa de retirarse de los puestos de Balaguer, y dió cuenta de la retirada y ataque en los términos que sigue.

A la una y media empezaron á atacar los enemigos las avanzadas y baterías de Mulgrave, y San Luis, mandada la primera

por un oficial inglés y por el capitan graduado de coronel don Luis Ariza, de las que fueron rechazados: y habiendo advertido el fuego de una y otra parte, pasó sin pérdida de momento, y desde este al reducto de San Felipe, altura la mas inmediata á aquellos puestos, logrando desde aquí con el fuego de la tropa que llevaba, y la del espresado puesto, hacerlos desistir del segundo ataque, que intentaron por el flanco derecho de la batería de San Luis, á pesar de que no se habian colocado todavía en ella cañones, por no estar concluidas sus esplanadas: este mismo éxito y tan feliz, tuvo el tercer ataque; pero el cuarto, reforzados los enemigos con crecido número de tropas, rodeando las dos baterías de San Luis y Mulgrave por frente y flanco, llegando á la bayoneta lograron forzar aquellos dos puestos, los que se vieron precisados á ceder á fuerzas tan decididamente superiores; pero despues de haber clavado la mayor parte de la artillería, y preparado todo lo necesario para volar el repuesto de la pólvora, retirándose despues al reducto de San Felipe, pasando de este último, por no hallarse en estado de defensa por lo espuesto arriba, al de San Cárlos, desde donde recibió un segundo refuerzo de la escuadra y plaza, intentó desalojar al enemigo de los puestos perdidos, dividiendo para este efecto en dos colunas la tropa de dicho fuerte, y la que á él se habia acogido; pero no siendo asequible por el superior número de los contrarios, se limitó á sostener el de San Cárlos á viva fuerza, el que mantuvo hasta la una de la tarde á pesar de las tentativas y ataques que hicieron: á esta hora, considerando la ventajosísima posicion del enemigo, lo desigual de las fuerzas, por no esponer á sacrificar su tropa infructuosamente y á consecuencia de lo que se le habia prevenido, verificó su retirada clavando toda la artillería de San Cárlos y L'Eguillet, embarcando toda la infantería y caballería que á sus órdenes estaba destinada en aquellos puestos, y los últimos heridos que acababan de llegar al hospital.

Visto por los generales de mar y tierra que dueño de Balaguer el enemigo por el lado derecho del puerto, y por el izquierdo de toda la costa desde las islas de Hyeres hasta el cabo Brun, y del fuerte de Santa Margarita inmediato á él, no podrian subsistir allí las escuadras; pues el enemigo multiplicaria sus baterías de morteros, obuses y municiones para poder

contrarestar el fuego del enemigo, ascendiendo el ejército de este por la parte del O. á sesenta mil hombres; y de doce á catorce mil el del E. no contando nosotros con mas tropa útil y capaz de tomar las armas que con trece mil, escluyendo de los diez y ocho mil á que subia el último estado tres mil entre enfermos y heridos, y los nacionales que fueron desarmados por algunos indicios de sospecha, y aquel corto número nuestro, fatigadísimo ya por las continuas aguas y suma vigilancia, por el incesante fuego de los contrarios, y hallarse estos situados á la proximidad de menos de cuatrocientas toesas, y sin poder relevarlas de los fuertes y puestos, que apenas era suficiente para guarnecerlos, consistiendo en ellos la única defensa de plaza y puerto, no teniendo ya saquillos para la continuacion de las obras proyectadas, apuradas con este motivo todas las lonas viejas de las escuadras combinadas, exhausto el pueblo de recursos y dinero, y sin mas harina en la plaza que para cinco dias; últimamente no siendo posible su defensa, segun consta por el dictámen de los ingenieros y artilleros aun en el caso de que evacuasen el puerto las escuadras, se acordaron todos los generales que arriba se ha indicado, concluyendo esta junta, en el abandono de la plaza; pero embarcándose con antelacion á todo, y lo mas pronto que fuese dable, todos los enfermos y heridos de las potencias coligadas, admitiendo á bordo de los buques á todos los toloneses que durante nuestra estancia se han manifestado muy leales y propicios á la buena causa, por no esponerlos á ser horrorosa víctima del enemigo, como tambien á todos los desertores que se habian presentado al comandante general; convinieron tambien en que se incendiase el arsenal para no dejarles unas fuerzas navales tan respetables, con las que podrian causar grandes daños, y cometer multitud de barbaries en toda la Italia y mar Mediterráneo, que se clavase toda la artillería, que se les privase de todas las municiones tanto de boca como de guerra, para quitarles todos estos recursos, y que practicado esto, sin pérdida de momento se procediese al embarco de las tropas y salida de las escuadras, para no esponer á estas con la demora á dar tiempo al enemigo á que formase sus baterías de mortero y bala roja contra ellas, dejando todas las demas sucesivas operaciones militares al comandante general de las armas el esce-

lentísimo señor don Federico Gravina, y gobernador Dundas.

A las siete de la noche tuvo aviso el general de las armas, de haber llegado al retrincheramiento de Santa Ana, la tropa destinada en los fuertes de Pomets, San Andrés, los dos San Antonios, y campamento napolitano, situado en las inmediaciones de estos dos últimos; y dispuso que en toda la noche patrullasen varias partidas de dragones é infantería. A las ocho se oyó desde la muralla la gritería y alboroto de los enemigos con motivo de la posesion del fuerte de San Antonio el grande; poco despues le hicieron presente al comandante de Malbusquet, el coronel de milicias de Chinchilla Don Gerónimo Moreno y el del inmediato campamento el coronel del regimiento de infantería de Mallorca Conde del Puerto, de percibir desde sus avanzadas que los enemigos formaban puentes por el barranco del rio nuevo; é informado el comandante general de haber abandonado los Ingleses su campamento, y la batería de San Misisi los Napolitanos, puntos esencialísimos para proteger la retirada de aquellas tropas, determinó, con anuencia del gobernador, el que se evacuase el uno y el otro, ejecutando lo que en la misma tarde se les habia prevenido: verificada esta órden á las dos y media de la mañana, vinieron las tropas al retrincheramiento de Santa Ana, trayéndose tres cañones de campaña y las municiones necesarias.

Desde esta misma noche se principió el embarque de los buenos Toloneses, y el comandante general por un ayudante suyo envió á pedir al Excmo. Sr. Don Juan de Lángara todas las lanchas y botes de la escuadra para verificar muy temprano en la mañana del 18 el de los enfermos y heridos, habiéndose avisado á todos los mayores de los cuerpos estuviesen en el muelle, para que se efectuase sin desgracias, con órden y método; nombrando estos un ayudante mayor de cada regimiento para los hospitales, para evitar así toda demora, destinando el comandante general para este mismo fin á su primer ayudante el brigadier Don Andrés de Torres, teniente coronel del regimiento de dragones de Pavía: al amanecer entró en la plaza toda la tropa del retrincheramiento con la órden de que la mitad pasase á la muralla, y estuviese sobre las armas en la circunferencia de toda ella, presentandose á esta hora el comandante general, los de los fuertes de los dos San

Antonios, Malbusquet y campamento, y dándole parte de haber efectuado el abandono de sus respectivos puestos cuando se les habia prevenido en oficio reservado ; por consiguiente quedaba clavada toda la artillería , inutilizados los cureñajes, pertrechos y demas efectos , y desechas las obras en lo posible , lo que igualmente practicaron los comandantes ingleses en sus respectivos destinos.

Luego que llegaron los botes y lanchas de la escuadra , se empezaron á conducir á bordo de los buques los enfermos y heridos , sin que ocurriese otra novedad de consideracion hasta las nueve de la mañana que principiaron el bombardeo de la plaza las baterias enemigas inmediatas á Malbusquet , cayendo las primeras en el arsenal y casas inmediatas; pero esforzando despues sus morteros , no habia sitio en la plaza que pudiera considerarse seguro : á las once alguna tropa napolitana tiró dentro de ella algunos fusilazos á unos paisanos, que equivocadamente creyeron que les insultaban , habiendo producido este fuego bastantes desgracias , y causado una grande alarma hasta el término de esclamar el pueblo que los enemigos estaban ya dentro de las murallas : con esta novedad se agolpó á las lanchas y botes toda la gente del muelle , arrojándose á ellos apresurada é inconsideradamente , de lo que provino se ahogasen muchos , siendo indecible el terror y alboroto que causó esto en los Toloneses ; por lo que se vió precisado el comandante general, á mandar se redoblasen las patrullas de caballería é infantería en todas las calles y muelle, y habiéndose observado que muchos se habian quitado la cucarda blanca, que en algunos parajes públicos se habian suprimido las flores de lis, y avisado á este tiempo los comandantes de las baterías , que los enemigos estaban en sus inmediaciones , escopeteándose con los que las guarnecian , previno por uno de sus ayudantes que el resto de la tropa que habia quedado en los cuarteles pasase luego á la muralla, y que de esta se pusiesen cañones hácia las bocas-calles , comisionando al mariscal de campo Don Rafael Valdés la revistase toda : este general y el de la misma clase Don Domingo Izquierdo con acuerdo anterior del de las armas , fueron á tratar con el gobernador Dundas sobre la retirada , que debia verificarse en la noche, quedando todos unánimes y conformes en que se efectuase

por la puerta de Italia á la Malga, en donde se haria el reembarco, como tambien que la tropa inglesa se colocaria á vanguardia hácia la puerta de Italia, la napolitana y sarda en el centro, cubriendo la retaguardia la española, y que el comandante de la batería de la puerta de Francia el teniente de navío Don Francisco Osorio, el de Santa Ursula, el de fragata Don Francisco Rodriguez del Manzano, y el de la de Italia el de la misma clase Don Ramon Ansoategui, clavasen al tiempo de verificar la salida de las tropas toda la artillería de las murallas, inutilizando cureñajes, pertrechos, y todos los demas efectos, habiendo roto el primero doscientos fusiles, que estaban allí depositados á cargo del condestable. Continuaron los enemigos su fuego de bombas, y una de ellas incendió un sitio del arsenal, por lo que por disposicion del capitan general se destinaron á apagarle aquellas tropas nuestras que se hallaban en las inmediaciones. A la una vino el gobernador de la plaza á determinar de una vez con el general de las armas todas las providencias que podian contribuir para el mejor éxito y acierto de una retirada tan arriesgada como difícil; comunicadas las órdenes á toda la tropa por el mayor general del ejército el coronel Don José Ago, sargento mayor del de infantería de Mallorca, á fin de que á las siete de la noche se hallasen en la muralla en la formacion de tres colunas, y segun la órden indicada tanto la de todos los puestos, como la de las patrullas y cuarteles, pasó á las tres el mariscal de campo Don Rafael Valdés por órden del general de las armas á bordo del navío *Concepcion*, para informar al Excmo. Sr. Don Juan de Lángara del plan de retirada que se habia formado, y acordar con dicho Sr. Excmo. sobre el reembarco mas fácil y pronto, dando igual aviso al almirante Hood el general Dundas.

Desde la mañana hicieron fuego los enemigos desde el fuerte de Faraon á los de Artiras y Santa Catalina, y á las dos de la tarde avisaron al comandante general haber abandonado los Ingleses el primero, y el segundo á las tres; á las cuatro dirigian ya su fuego de metralla y bala contra la puerta de Italia y casas inmediatas, por lo que les correspondieron aquellas baterías: con motivo de esta novedad comisionó el comandante general al teniente coronel Don Juan Hogan, sargento mayor del regimiento de infantería de Hibernia, para observar si el

enemigo hacia algun movimiento, y habiéndole este informado de que habia visto bastante número de aquellos en el terreno que media entre dichos castillos y puerta de Italia, recelando justamente que con fuerza superior pudiesen molestar nuestra retirada por aquella parte ejecutándose por el camino real con arreglo á lo prevenido, envió uno de sus ayudantes a gobernador Dundas, suplicándole pasase por su casa: dicho gobernador vino inmediatamente, é instruido de la novedad acordaron estos dos generales en que se hiciese la salida por la poterna de la derecha de la puerta de Italia, tomando el camino mas bajo, para poner nuestra tropa á cubierto de los fuegos de los castillos de que se habia posesionado el enemigo, y el que salia por un sendero directo al camino de Malga, evitando de este modo el paso del camino real, y vuelta del glásis de la puerta de Italia.

En la tarde de este dia arrojaron bombas sobre las escuadras combinadas desde el fuerte de Santa Margarita, y tiraron á bala desde los puestos de Balaguer lo que obligó á franquearse á aquellas hasta la boca del puerto, embarcados antes de anochecer, todos los enfermos, y heridos, desertores y un crecido número de Toloneses, puestas á bordo las cajas militares, y alguna parte de los equipajes, pues la brevedad de la salida y la escasez de lanchas no permitió el poder embarcarlos todos, marchando ya la tropa para la muralla á las siete y media, y siendo imposible al comandante general asegurar el pie en el suelo por su herida, y vista la distancia que de la puerta de Italia hay á la ciudadela, se hizo conducir á la parte del muelle mas inmediata á su casa, en donde á prevencion estaba la falúa, y despues de haber informado de todo al mariscal de campo Don Domingo Izquierdo, que debia mandar la retirada y los sargentos mayores el coronel Don José Ago y el teniente coronel Don Juan Hogan, pasó á bordo de la *Concepcion*, acompañado de sus dos primeros ayudantes Don Andrés Torres, teniente coronel de dragones de Pavía y el alférez de navío D. Tomás Barreda, de los de campo el teniente de fragata Don Bernardo Bosco y los alféreces de navío Don Estanislao Solano Don Miguel de Alava y Don Pedro Lanti para coadyuvar desde allí en cuanto estuviese de su parte con todos los auxilios que pudiese necesitar para el pronto reembarco.

A las nueve de la noche antes de la hora acordada, por equivocacion de una señal pegaron fuego á los arsenales el capitan de navío inglés, Smith y á su imitacion los tenientes de navío Riquelme y Cotiella y algunos otros subalternos españoles é ingleses que se nombraron para este efecto. Informado el mariscal de campo Don Domingo Izquierdo de este fuego pasó inmediatamente á la muralla para verificarse la retirada segun el plan de ella en la formacion de las tres colunas y órden arriba indicado: en esta disposicion marchó este general con el mayor del ejercito, el coronel Don José Ago sargento mayor del regimiento de Mallorca, y el de Hibernia el teniente coronel Don Juan Hogan, á cuyo cargo estaba cometida la retaguardia de la retirada; al empezar la coluna española, ya habia clavado el teniente de navío Don Francisco Osorio toda la artillería de las baterías de la puerta de Francia, que estaban á su mando, incorporándose á la coluna con la tropa de brigadas y demas sirvientes destinados al manejo de aquellos cañones; igual operacion practicaron la avanzada de la última puerta, y los cien hombres de Betschart que la guarnecian, llevándose el capitan inglés Wilston, sargento mayor de la plaza, las llaves de aquella.

Al llegar la tercera coluna al puesto de Santa Ursula, centro de la muralla, ejecutó lo mismo que Osorio el teniente de fragata Don Francisco Rodriguez del Manzano; y últimamente al salir la coluna española por la poterna arriba nombrada clavó toda la artillería de su cargo el teniente de fragata D. Ramon Ansoátegui, acompañado del teniente de navío Don José Montemayor, quien tuvo la desgracia de abrasarse todas las manos y cara al tiempo de verificarlo con un cañon que no convenia disparar: estos oficiales y toda su tropa de artillería se fué reuniendo á la retaguardia, que la cubria la segunda compañía de granaderos del regimiento de Mallorca á las órdenes de su capitan el coronel Don Francisco Herrero, agregándose asímismo la de cazadores de marina á las del teniente de navío Don José Ortega.

Al concluir la salida que serian ya las diez de la noche, estaba el arsenal todo en llamas, el enemigo continuando su vivísimo fuego de mortero y cañon contra la ciudad y fortificaciones de las puertas de Francia é Italia, todo el pueblo con-

movido, tanto por el incendio como por el movimiento de las tropas, incorporándose en el momento de la salida las patrullas de dragones, la que se verificó sin que los enemigos de afuera y de adentro la hubiesen percibido para poder estorbarla.

Fuera ya de la plaza todas las tropas aliadas marcharon en el órden referido tres colunas á la Malga; al llegar la española mandó el general Izquierdo se formase en batalla sobre la altura que seguia á la izquierda de esta ciudadela, para sostener el embarco de las dos primeras, en caso de que intentase algun ataque el crecido número de enemigos que en la tarde se habian visto entre los castillos de Artigas, Santa Catalina, la Malga y puerta de Italia.

Los coroneles y comandantes de los cuerpos españoles se dirigieron con ellos manteniéndose constantemente en esta formacion hasta su reembarco, el que dispusieron desde la falúa del comandante general de la escuadra y desde su principio el mariscal de campo Don Rafael Valdés y el mayor de la escuadra el brigadier Don Ignacio María de Alava, haciendo conducir las tropas á los buques mas inmediatos para finalizar con la mayor brevedad y acierto la conclusion de esta crítica operacion en un penoso embarcadero, y á la frente de dos ejércitos enemigos tan superiores en fuerzas y tan inmediatos. El general Izquierdo, el coronel de provinciales de Chinchilla Don Gerónimo Moreno, y el primer ayudante el comandante general Don Andrés Torres, coadyuvaron á lo mismo, y embarcadas las dos primeras colunas empezaron á verificar el de la tropa española segun la formacion en que se hallaban el mayor general del ejército y el sargento mayor de Hibernia, siendo los últimos Córdoba y Mallorca, á cuyo tiempo lo efectuaron tambien los que se hallaban en la ciudadela de la Malga á las órdenes de su gobernador el capitan de navío Helfiston, el que se mantuvo en su fortaleza hasta darlo todo perfectamente bien terminado, y dejando clavada la artillería é inutilizados todos los efectos; embarcándose despues del último soldado el mayor general del ejército, el coronel Don José Ago, sargento mayor del de Mallorca, el que no quiso verificarlo hasta haber puesto en salvo á toda la tropa de las potencias coligadas, habiéndole acompañado constantemente y

hasta este momento su ayudante el primer teniente del propio regimiento Don Jaime Prat, y el coronel Don Francisco Herrero, capitan del propio cuerpo, efectuándolo en una tartana francesa, con pequeño resto de tropa á las ocho de la mañana del 19, en cuyo tiempo se vió precisada la escuadra á dar la vela sobre bordos, con viento al S., y los horizontes todos cargados, por cuya razon no fué posible á estos oficiales incorporarse con ella hasta las islas de Hyeres. En este dia y el siguiente esperimentamos recios temporales; y á no haber verificado nuestra salida con la actividad indicada, hubiéramos tenido la desgracia de haber perdido á un tiempo escuadra y ejército.

No puedo menos de manifestar el particular mérito de los oficiales y tropa que se hallaron en esta salida, verificando esta en el modo mas glorioso á las naciones coligadas, practicándolo á la vista de dos ejércitos enemigos tan superiores al nuestro, dueños ya de todos los castillos en aquella tarde y dia anterior habíamos abandonado, al frente de un pueblo conmovido y sublevado, arruinando antes de llegar á este crítico momento la mayor parte de las obras de los fuertes y puestos, clavando su artillería, como tambien la de la muralla, arruinando efectos, pertrechos, incendiando el arsenal, volando los almacenes de la pólvora, destruyendo los del trigo, despues de haber salvado los enfermos, heridos, desertores, y multitud de buenos y leales Toloneses: este conjunto presenta la retirada mas gloriosa á las armas de las potencias coligadas, y mas particularmente á las de S. M., por haber sido la coluna española la última á salir de la plaza, y la última al reembarco; cuya arriesgada y fina operacion se hizo tan completamente que no quedó soldado alguno en poder del enemigo; por lo que es muy digno de recomendacion el particular mérito que han contraido en ella los mariscales de campo Don Rafael Valdés y Don Domingo Izquierdo, el mayor general de la escuadra el brigadier de la armada Don Ignacio María Alava, el particularísimo del ejército el coronel Don José Ago, sargento mayor del regimiento de infantería de Mallorca, que mandó y guardó la retaguardia de las tropas, no verificando su embarco hasta haberlo conseguido el último soldado, como tambien el de los coroneles y gefes de los regimientos de Mallorca, Hi-

bernia, suizos de Betschart, batallones de marina y dragones del Rey, el conde del puerto Don Félix O-donell, Don Ricardo Golbert, el capitan de navío Don Antonio Estrada, el teniente coronel de Córdoba Don Vicente Amorós, y los de Málaga el coronel Don Diego de Córdoba, el coronel de milicias de Lorca Don José Rocafull, el teniente coronel y sargento mayor del de Hibernia Don Juan Hogan, comisionado tambien á mandar y cubrir la retaguardia, el sargento mayor de Málaga Don Antonio Dehesa, los comandantes de los fuertes de los dos San Antonios, del chico el capitan de fragata Don Francisco Javier de Uriarte, y del grande el teniente de navío Don Mariano Mendinueta, el del comandante de Malbusquet el coronel de milicias de Chinchilla Don Gerónimo Moreno, y en Balaguer el que mandaba la batería de San Luis Don Luis Ariza, y su segundo el teniente coronel Don Francisco Pareja, el del capitan de navío Don Juan de Apocada, que voluntariamente asistió á la retirada y ataque de los enemigos en San Cárlos, trayéndose al finalizar la funcion los últimos heridos de ella; el capitan del regimiento de Málaga Kindelan, y el de la misma clase del regimiento de Hibernia Don Juan Creac, el de los comandantes de granaderos de Mallorca y Suizos, el coronel Don Francisco Herrero, capitan del primero, y Don Cárlos Reding, y el de los cazadores de marina Don José Ortega, los comandantes de las baterías de la muralla, el teniente de navío Don Francisco Osorio, el de la misma clase Don Ramon Ansoategui, el teniente de navío Don José Montemayor, el capitan de artillería de tierra Don Luis Lopez de Arce, el ayudante del mayor general el teniente del regimiento de infantería de Mallorca Don Jaime Prat, que asistió hasta lo último de la retirada, y á mis edecanes el brigadier Don Luis Torres, el alférez de navío D. Tomás Barrera, el teniente de navío D. José de Córdoba, el de fragata Don Bernardo Bosco, los alféreces de navío Don Estanislao Solano, Don Miguel de Alava, Don Pedro Lanti, los alféreces de fragata Don José Vazquez Figueroa y Don José Serafin Rodriguez, que durante toda la campaña han servido con el mejor zelo hasta lo último. Otros varios subalternos del ejército y marina se han distinguido tanto en la defensa de Balaguer y demas puntos, como en la retirada, de los que daré cuenta luego que tendré noticias mas circunstan-

ciadas. El comandante de artillería Don Márcos Kiatin, y el mayor de brigada de ella Don Vicente María Maturana, el comandante de ingenieros Don José del Pozo, y los oficiales de ambos cuerpos han servido con mucha actividad, zelo y acierto.

Navío *San Hermenegildo* al ancla en el puerto de Cartagena á 1.° de enero de 1794. — Federico Gravina.

Siguiendo la misma idea de dar al público una noticia completa del memorable suceso de Tolon, se copiaron aquí las relaciones hechas al Excmo. Sr. comandante general de las tropas combinadas por el mariscal de campo Don Domingo Izquierdo, y el coronel Don Luis de Arizon.

«Excmo. Sr.: Despues del encadenamiento de sucesos ocurridos en esta plaza y sus fuertes desde el dia 30 de diciembre próximo pasado, y las dificultades que produjo el mal tiempo para llevar á efecto las providencias tomadas por V. E. á fin de poner en el necesario estado de defensa el importante puesto de las colinas de Balaguer, principalmente el fuerte de San Luis, llegó el caso de que los enemigos, aprovechándose de tan crítica situacion, atacasen á la noche del 17, al 18 del presente entre una y dos de la mañana el referido puesto de San Luis, y la batería de Mulgrave, no pudiendo dudar que tres dias contínuos de temporales y de incesante fuego de morteros y cañones, con la circunstancia de no haber comido caliente en todo ese tiempo, sin los blindajes precisos para abrigo y defensa de tropa, la habrian puesto en el mas deplorable estado.

«A los primeros tiros de fusil que se sintieron en la parte de la avanzada de la derecha, me dirigí al fuerte de San Cárlos con el sargento mayor del destacamento Don Cárlos Reding, y mi ayudante de campo Don Cárlos O-Donell, llevando conmigo cincuenta hombres que en la misma noche habian llegado de refuerzo. Con ellos, con ochenta del regimiento suizo de Betschart y cuarenta napolitanos, me adelanté y reforcé el reducto de San Felipe, en el que aun no se habian podido colocar los cinco cañones que estaban destinados, por no haber llegado las esplanadas.

Sostenido el referido fuerte de San Luis por el vivo fuego de esta tropa, que flanqueaba enteramente su gola, consiguió por

dos veces rechazar al enemigo; pero cargando este de nuevo con el considerable número de continuos refuerzos que llegaban llegó á romper por el ángulo derecho en el que destruido y casi arruinado por las muchas lluvias, se habia hecho una cortadura y colocado un cañon, que hasta desembarazar la madera y tierra que tenia al frente no podia dirigir sus tiros sino á muy larga distancia.

La tropa, á pesar de la fatiga que habia sufrido con el continuo fuego y lluvias, defendió el terreno con teson, segun el progresivo que observé hacian de puesto en puesto, habiéndome informado que llegaron hasta el uso de la bayoneta bien que herido el comandante del fuerte Don Luis Ariza, y retirado á la plaza no he podido saber ni tener de él una relacion circunstanciada de lo ocurrido anteriormente. Atacada tambien la batería de Mulgrave, que defendian tropa inglesa y sarda, se sostuvieron bastante tiempo con valor y constancia; pero al fin se vieron precisados unos y otros á ceder el fuerte al escesivo número de enemigos que por derecha é izquierda acometieron, habiendo tenido antes la precaucion de clavar la mayor parte de la artillería, y de dejar preparado que los repuestos de pólvora se volasen.

En estas circunstancias bajé al fuerte de San Cárlos á disponer que con la poca artillería que en él se conservaba se hiciese la mas tenaz resistencia, esperando el socorro de la plaza y escuadra para con él atacar á los enemigos, y tratar de recobrar el puesto que habian ocupado. Pasé tambien á la playa para impedir la confusion y desórden que originaba la tropa, que retirándose se habia reunido en el muelle y pretendia embarcarse, obligándola á que volviese al fuerte de San Cárlos, en cuya operacion me ayudó mucho el capitan de fragata Don Ignacio Marron y otros oficiales: cuando volví al referido fuerte hallé en él al mayor Don Cárlos Reding, que con la tropa que mandaba en San Felipe se habia retirado en buen órden receloso, con justa razon, de ser cortado por los flancos.

Llegó á este tiempo el refuerzo de la plaza y escuadra de tropa de esta, y algunos gefes de aquella, con lo que formé dos colunas, poniendo á la vanguardia de la izquierda las tropas sardas que se me habian reunido, y conduciendo la de la derecha salí á atacar á los enemigos. A pesar de la intrepidez

y valor de los oficiales, no fué posible superar el mucho número de los mismos que se habian juntado: aumentando la dificultad el hacer fuego á metralla con dos cañones que habian habilitado en San Luis, y observando que no continuaban en hacerlo los dos nuestros de calibre de 24, que teníamos colocados en la altura de L'Eguillet, segun se verificó despues por haberlos clavado el comandante de aquella batería, al cargo de los napolitanos, no me pareció razonable sacrificar una tropa que conservada por el momento podia ser útil en adelante. Retirado con toda ella, me ceñí á la defensa del reducto de San Cárlos, en el que me mantuve hasta la una de la tarde del mismo dia, haciendo el mas vivo y ordenado fuego á los enemigos que produjo el buen efecto de que no intentasen atacarme, conteniéndose en sus puestos, ni aun en la retirada, que resolví despues de haber recibido sucesivamente la órden de V. E. y de los dos almirantes. Mediante las providencias que para ello tomé, que fueron puestas en ejecucion con el mayor tino y prudencia por los gefes y oficiales, se consiguió embarcar toda la tropa tanto de infantería, como los veinte y seis dragones con sus caballos, dando lugar á que los Ingleses desocupasen la mucha pólvora, cartuchos y otros efectos que tenian en el repuesto de la torre de Balaguer. El capitan de artillería Don Luis Lopez de Arce, hizo recoger parte de los cartuchos y pólvora que habia en algunos repuestos por el campo, inutilizando la que no habia facilidad de poder conducir, y clavó á su debido tiempo la artillería del fuerte de San Cárlos, y los dos violentos que yo habia mandado substituir en L'Eguillet: se mataron los caballos y machos franceses de los carros que ayudaban á conducir la artillería y blindajes, y las provisiones que habia en el almacen se repartieron entre la tropa al paso que se dirigia á la referida torre de Balaguer, por cuyo interior se ejecutó el embarco, con el auxilio del capitan de navío Don Juan Apocada, á quien su zelo llevó muy temprano á la playa: se embarcaron los últimos heridos que llegaron al hospital, cuyo mérito es muy recomendable. Lo es igualmente el que contrajeron con la tropa de marina que llegó de refuerzo, el capitan de fragata Don Teodoro Argumosa, el teniente de navío Don Ignacio Mendizabal, los de fragata Don Bartolomé y Don Vicente Amorós, el capitan de navío

Don Antonio Estrada, el teniente de navío Don José Montemayor, que clavando la artillería se lastimó las manos, los de fragata Don Bartolomé Torres y Don Pedro Ayala, el alférez de navío Don Andrés de Torres, y los de fragata Don Andrés del Rio y Don Antonio Gaston, á quien fué preciso mandarle retirar despues de haber sido contuso; lo son tambien el coronel Don Vicente Amorós, el teniente coronel Don Antonio Dehesa, teniente coronel y sargento mayor de los regimientos de Córdoba y Málaga, el capitan del mismo regimiento Don Tomás Kindelan, quien recibió una contusion de bala de fusil, los que con la mayor bizarría mantuvieron los puestos que se les confió, esforzando y dirigiendo el vivo fuego que sin intermision sostuvo el fuerte de San Cárlos, y son dignos de toda consideracion como así mismo los demas oficiales, que todos contribuyeron á que las tropas fuesen cediendo los puestos con tranquilidad y sosiego. Me es imposible ahora dar á V. E. el número de muertos y heridos por los accidentes ocurridos ayer y hoy. Lo ejecutaré luego que tome los informes necesarios; bien que puedo asegurar á V. E. por las noticias que he adquirido hasta ahora que nuestra pérdida, aun incluyendo la que hubo en San Luis, ha sido muy inferior á la de los enemigos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Tolon 18 de diciembre de 1793. — Excmo. Sr. — Domingo Izquierdo. — Excmo. Sr. — Federico Gravina.

Excmo. Sr.: En consecuencia de las órdenes que recibí de V. E. en la noche del 18 al 19 del corriente (antes de verse V. E. precisado á embarcarse por causa de su herida) relativas al método con que las tropas españolas colocadas sobre la muralla debian evacuar la plaza de Tolon, retirarse al castillo de Malga, y al abrigo de él efectuar el reembarco, enteré á los gefes de los diferentes puestos de lo que cada uno debia practicar; pasé inmediatamente á casa del gobernador el general Dundas, á fin de quedar con él últimamente acordes en la hora que se habia señalado para la salida. Convenimos que debia ser á las diez y media, desfilando las tropas por las dos poternas inmediatas á la puerta de Italia á la que á las diez y cuarto debíamos juntarnos para verificarlo, llevando la cabeza de las dos colunas la tropa inglesa, sardos y napolitanos, y cubrien-

do la retaguardia la española. Unánimes en estos puntos, y arreglados todos nuestros, relojes para evitar toda equivocacion ó retardo, me fuí con el coronel Don Ramon Avilés, y mi ayudante Don Cárlos O-Donell, que me acompañaban á dicho puesto siendo las nueve y media.

A poco rato de hallarme en el cuerpo de guardia me avisó Avilés de que se notaba mucho humo en una de las casas inmediatas. Subí á la muralla para reconocer con certeza el paraje, y advertí ser el arsenal, que ardia ya, con notable fuerza. Observé al mismo tiempo mucha confusion y voces lastimeras en el interior del pueblo. En tan críticas circunstancias, supe que las tropas inglesas y parte de las sardas habian salido de la plaza, sin haberme llegado de esta novedad aviso alguno; con este antecedente envié á mis ayudantes con la órden á los gefes de nuestras tropas, que cubrian la muralla, de que las hiciesen desfilar en el órden y disposicion que se les habia prevenido anteriormente, determinado á seguir el mismo camino que habia llevado la coluna inglesa. Al llegar á la poterna con el teniente coronel Don Juan Hogan, sargento mayor del regimiento de Hibernia, hallamos una porcion de tropa napolitana que confusamente se habia introducido en ella, y tropezando en el primer retorno aseguraban estar cerrada la puerta que salia al foso. Resolví acorde con el citado Hogan, con el mayor general el coronel Don José Ago, y con el capitan del regimiento de Hibernia Don Andrés Creaghe subir á la muralla para tomar espeques ó algun otro instrumento para echar la puerta en tierra: cuando íbamos á practicar esta diligencia, haciendo salir fuera la gente que se habia introducido, hallamos el error, y por consiguiente el paso franco con lo cual inmediatamente volvieron los referidos oficiales con el Conde del puerto á avivar la marcha, y evitar la confusion que pudiera sobrevenir en tales circunstancias. Tomé yo la vanguardia, recogiendo la avanzada de la puerta de Francia que por el foso se habia retirado á la de Italia, segun se le habia prevenido. Encargué á todos el mas profundo silencio, y conseguí llegar al castillo de Malga sin ser sentido (al parecer) de los fuertes de Santa Catalina y Artigas, que ya se hallaban ocupados por los enemigos. En la inmediacion hallé á su gobernador Mr. Elfiston con su tropa formada en batalla,

formé yo igualmente la que conducia á medida que se incorporaba, y se dispuso á su tiempo el embarco de todas en el mejor modo posible en las lanchas de las dos escuadras que los almirantes habian dispuesto con anticipacion.

A las siete de la mañana quedó concluida la retirada, habiéndose embarcado todas las tropas de las cuatro naciones coligadas, siendo de los últimos dos soldados del regimiento de Córdoba, que se quedaron dormidos y recogió el bote de este navío, segun lo declararon cuando llegaron á bordo.

No puedo menos de recomendar á V. E. el particular mérito que han contraido en esta ocasion los gefes y oficiales arriba nombrados, los coroneles D. Terencio O'Neille, D. José Osorio, D. Ramon Ansoategui, y D. Nicolás de la Rosa, los capitanes de artillería de tierra D. José Vigil y D. José Montes, que con los gefes de este ejército, y otros varios oficiales de que V. E. tendrá noticia mas exacta que yo, se distinguieron en la defensa y retirada de la plaza.

Dios guarde á V. E. muchos años. A bordo del navío *Reina Luisa* en las islas de Hyeres á 23 de diciembre de 1793.—Excelentísimo Sr. — Domingo Izquierdo.– Excmo. Sr.—D. Federico Gravina.

Excmo. Sr. : El dia 16 de diciembre próximo anterior atacaron los enemigos la batería de San Luis de mi mando, en el órden siguiente :

Desde las once de este dia hasta las dos menos cuarto de la mañana siguiente tiraron á mi batería los enemigos trescientas bombas y seiscientos cañonazos, derrotándome algunos merlones que pudieron recomponerse; aunque no del todo, y la mayor parte de los perapetos; inferí que seguramente el ánimo de los enemigos era atacarme: y con este conocimiento previne á los oficiales destinados de ronda la hiciesen con la mayor exactitud, y que fuesen frecuentes sus visitas á las avanzadas, dándome parte de las menores ocurrencias que notasen en el campo. A las siete de la tarde mandé á D. Antonio de Miguel, segundo teniente del regimiento de Málaga, recorriese las avanzadas y los previniese cuanto juzgase conveniente, así para recibir á los enemigos, como para retirarse en caso necesario. Al regreso de su comision me aseguró dicho oficial que todas las avanzadas estaban con la mayor vigilancia, y que era

cierto el parte verbal que me dieron dichos puestos de que en la Aseña, se oian cajas; así previne á los oficiales reconociesen las armas y municiones de sus respectivas tropas, y las pusiesen á cubierto de la lluvia, prohibiendo el que ninguno dejase el arma de la mano: todo se ejecutó segun mi órden de que me dieron parte los respectivos comandantes, á quienes como á los demas oficiales previne el cuidado y riesgo en que estábamos, y nuestra precisa obligacion de conducir bien la tropa á sus puestos, y defenderlos hasta el último estremo. Elegí para mi residencia la batería y gola de la izquierda, y para la de mi segundo el teniente coronel de las milicias de Lorca D. Diego Pareja la retaguardia, de que di noticia á todos para que me dirigieran sus avisos, previniéndoles que no obstante lo dispuesto me hallarian siempre en el paraje mas atacado.

A la una de la noche oí dos ó tres tiros de fusil, con lo que, y con las noticias que me dió D. Antonio de Miguel, que sin cesar rondaba las avanzadas, puse mi tropa sobre los parapetos, é hice con los cohetes la señal de ser atacado. A poco rató divisé los enemigos en tres colunas, y que las avanzadas se retiraban en buen órden, haciendo fuego sobre ellos: corrí todos los puestos, y mandé á los oficiales no permitiesen que su tropa hiciese fuego hasta que pudiesen aprovechar sus tiros. El subteniente de artillería D. José Chacon sirvió con el mayor acierto y valor la artillería, y causó á los enemigos bastante estrago; pero á pesar del vivo fuego que les hice de cañon y fusil, se introdujeron los enemigos por las embrazuras en la gola de la izquierda, de donde fueron rechazados con el mayor valor, quedando muertos en dicha gola casi todos los que tuvieron el atrevimiento de introducirse en ella. Tentaron segunda vez por la izquierda de la batería principal, y lograron por lo derrotado en los merlones entrar en ella; pero fueron igualmente arrojados con mucha pérdida, pues quedó la batería sembrada de sus cadáveres, y muchos de mis soldados. El teniente coronel D. Vicente Nieto, capitan de granaderos del regimiento de Córdoba, murió en esta ocasion con el sable en la mano, digno de mejor suerte por todas las calidades que le adornaban. El segundo teniente del de Málaga D. José Ariza tuvo igual suerte. El segundo teniente de granaderos de Córdoba D. Francisco Montana, y el primer sargento de la misma

D. Francisco Santaella acreditaron su espíritu y valor, y fueron heridos en este ataque, en el que tuve bastantes muertos y heridos, cuyo número no puedo fijar. Rechazados los enemigos de esta parte, intentaron tercer golpe, y lo dirigieron con tres gruesas colunas, por los dos parajes indicados, y por el barranco de la espalda: se resistió con el mayor denuedo con el sable en mano, bayoneta y chuzo; pero como en esta ocasion se habia disminuido en mas de un tercio el número de los cuatrocientos treinta y siete hombres de defensa, y el de los enemigos ascendia, segun el cómputo del ayudante de ingenieros D. José Torres y Pellicer, cerca de once mil, no fué posible resistir mas tiempo, y los pocos que quedaron se retiraron lo mas ordenados que permitia la crítica situacion por la derecha ó gola de la batería de los Ingleses, siendo yo el último acompañado del primer teniente de mi regimiento Don Juan Molina, en cuya ocasion recibí un bayonetazo en el muslo derecho, á mas del balazo recibido en la espalda en el primer ataque. En este último fué muerto el capitan de las milicias de Lorca D. José Alvarez Castellanos.

Me es indispensable referir á V. E. el particular mérito del teniente del regimiento de Málaga D. Antonio Astolfii, quien por sí mismo sostuvo uno de los puestos atacados, donde fué contuso en el pecho; el del teniente segundo del mismo Don Antonio de Miguel, quien con la mayor bizarría, acudia á los parajes mas espuestos segun se le prevenia. El primer teniente del regimiento de Córdoba D. Juan de Molina, es digno de recompensa por su celo, espíritu y actividad; mi ayudante D. José Pio de Ore, segundo teniente de Córdoba, y el ingeniero Don José Torres Pellicer no se separaron de mis inmediaciones llevando á todas partes mis órdenes; y los considero acreedores á las gracias de S. M. por su celo y actividad.

Ultimamente, Excmo. Sr., jamás tropa algnna se defendió con tal valor, ni despreció con tanta bizarría los riesgos que la cercaban; duró el ataque dos horas, y la continua lluvia nos imposibilitó muchos fuegos que nos hubieran servido para dilatar mas el ataque, y dar mas tiempo á ser socorridos: es cuanto puedo informar á V. E. añadiendo solo que mis heridas, y los cuidados de los caudales del Rey ocuparon en lo

sucesivo mi atencion, de que ha resultado la pérdida total de mi equipaje.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cartagena 3 de enero de 1794. -Excmo. Sr.—Luis de Ariza.—Excmo. Sr.—D. Federico Gravina.

Número II.

Derrota del Conde de la Union y pérdida de Figueras en 1794.

El último período del año 1794 fué fatal á la Cataluña por la invasion de los republicanos franceses, que despues de haber derrotado al conde de la Union y apoderádose de Figueras, devastaron gran parte del Principado: he aquí los documentos oficiales de aquellos infaustos acontecimientos:

El Marqués de las Amarillas en 21 de noviembre de 1794 participó desde Gerona lo que á la letra sigue:

«Noticioso de que el difunto general en gefe Conde de la Union no ha avisado el ataque general del 17, dado por los enemigos á todos los puestos de la línea del ejército, con mala suerte en la derecha y centro, de donde fueron rechazados con mucha pérdida en el combate, que fué uno de los mas obstinados que se pueden ver, particularmente por los puntos que mandaban los mariscales de campo D. Valentin de Belvis, D. Domingo Izquierdo, y D. Antonio Cornel; pero fueron tan dichosos en la izquierda que se apoderaron de todos sus puestos. Por consecuencia precisa quedó débil la línea en esta parte, porque la nueva posicion que se dió á sus tropas no cubria suficientemente el flanco izquierdo del centro. Apoderados los enemigos de los puestos que habian ganado, repitieron sus ataques por la parte débil ayer al amanecer, con falsa llamada en la derecha y centro, y vigorosísimo por aquella: se apoderaron de una de las baterías que se creia mas inespugnable, y seguidamente fueron tomando las de retaguardia, á donde llegaba el general en gefe, que animando á la tropa en vano, se vió en la precision de seguirla en su retirada, en

la que recibió un balazo de fusil que le atrevesó el pecho, y quedó muerto en el campo de batalla. (*)

Tomados los puestos de retaguardia quedó cortado todo el centro y derecha de nuestra línea, y luego que supe la muerte del general por el edecan de guardia Conde de la Torre del Fresno, me ví precisado á aprovechar los momentos para retirar las tropas de los puestos avanzados del centro, donde yo estaba, y la artillería, en cuanto las circunstancias lo permitian, dando mis órdenes para ello á los mariscales de campo D. Valentin de Belvis, D. Domingo Izquierdo, D. Ildefonso de Arias, y D. Antonio Cornel: logré efectuar la retirada con toda la infantería y caballería, aunque debajo del fuego de nuestras propias baterías, y de las volantes del enemigo, mandando cubrirla á D. Valentin de Belvis con la infantería que tenia á su mando, y á D. José Moncada con la caballería.

Llegamos con largo rodeo á Figueras en el mejor órden, en donde hallé al Príncipe de Monforte, que habia tomado todas las disposiciones que parecian mas convenientes en las circunstancias, haciendo ocupar en la parte posible la escelente antigua posicion á las tropas que mandaba el teniente general D. Juan Courten, y á las que se retiraron de los reductos perdidos, para hacer menor en lo posible la desgracia, con otras providencias de avisos á las tropas de la derecha para que se retirasen, y demas que por aquella parte se podia ofrecer, de acuerdo con el cuartel-maestre, mayores generales, y comandante de artillería que le acompañaban, y dió el mando de la caballería de la izquierda al mariscal de campo Don Diego Godoy.

Resolvióse despues con unanimidad que no restaba otro partido que el de retirar el ejército á Báscara, posicion intermedia entre Figueras y Gerona, ó á esta plaza; aunque se oponian á lo primero las graves dificultades de lo adelantado de la estacion, y carecer absolutamente de tiendas; pero cuando se

(*) Para cerciorarse Amarillas si Union era muerto ó prisionero escribió al general francés, quien le ha contestado que junto á la ermita del Roure le hallaron muerto y atravesado de dos balas de fusil; cuya contestacion dada por Perignot, que se firma general en gefe, le confirma la muerte del general Dugomier, acaecida el 17 en el ataque contra las baterias del centro, de donde fueron rechazados con mucha pérdida.

iban á dar las órdenes vinieron avisos de que las tropas de Don Juan Courten habian perdido todos los puestos que defendian, y seguidamente oimos hacer fuego contra el castillo á la batería mas inmediata á él, donde se habian colocado parte de las tropas retiradas á las órdenes del Conde de Mollina; lo que imperiosamente obligó á que marchásemos para esta plaza por la dificultad de traer el ejército en el órden conveniente. Previne á D. Domingo Izquierdo tomase la posicion de Báscara ó Puig de Oriol con tres mil hombres de infantería, cuatrocientos caballos, y la artillería correspondiente para proteger la retirada y reunir las tropas, y á D. Juan Courten que con las de su mando, y la brigada de Carabineros al de sus gefes, cubriese la retaguardia. Las tropas han llegado, aunque dispersas las de algunos cuerpos que se han reunido, y por ahora las he alojado en esta plaza y lugares inmediatos, por no dejarlas á la inclemencia.

Las plazas de San Fernando de Figueras y Rosas quedan guarnecidas competentemente.

El mariscal de campo D. Juan Miguel de Vives ha llegado tambien con las tropas de su mando, dejando en Rosas la parte que se le previno; pero como algunas se han retirado á aquella plaza, y aun creo que alguna artillería, he escrito al teniente general de Marina Don Federico Gravina para que todo el exceso que haya de tropa á la señalada para su defensa, y la artillería de campaña que se haya retirado á aquella plaza, como que no puede venir sin riesgo por tierra, la embarque y traiga á Palamós ú otro puerto inmediato.

No es posible detallar ahora la pérdida que puede haber tenido el ejército en los dias 17 y 20, hasta que se acaben de reunir los cuerpos, y den estos noticia de los que les falten; y por lo que respeta á la del 17 se me asegura la llevaba consigo el difunto general, por lo que es menester pedirla de nuevo. No hay bastantes espresiones con que manifestar á S. M. el celo y actividad de todos los generales, gefes y muchos oficiales en las acciones y retirada, en medio de tantas fatigas y riesgos.»

El mismo Marqués de las Amarillas, comandante general interino del ejército de Cataluña, en carta del 29 del mes de noviembre de 1794 participó, segun á la letra sigue, el inau-

dito y escandaloso proceder del gobernador de la plaza de San Fernando de Figueras.

«Avisé á V. E. lo ocurrido en el ejército hasta aquel dia, y siguiendo en tomar todos los partidos y providencias que pueden restablecerle, y ponerle en estado de obrar y defenderse, me sorprehendió anoche la noticia tan funesta como no esperada que recibí del teniente general D. Juan Courten de que cuatro paisanos y tres mugeres que habian llegado de la villa de Figueras, le habian asegurado haberse rendido la plaza de San Fernando por capitulacion, quedando prisionera la guarnicion, que vieron salir por medio de las líneas de tropas enemigas, añadiendo tales circunstancias que hacian creible la noticia. En consecuencia, previne se me presentasen los referidos paisanos y mugeres: llegados, fueron examinados en junta, y dieron tales señales que no han dejado la menor duda de que ayer á las nueve de la mañana bajó la guarnicion en medio de las tropas enemigas entregada prisionera de guerra, sin haber precedido ninguna especie de ataque, sublevacion de la guarnicion, ni otro de aquellos acaecimientos que obligan á la rendicion de una plaza, con cerca de ocho mil hombres (por haberse quedado con toda la tropa que se refugió á ella), con sus almacenes colmados de víveres y municiones de guerra, y todos los del ejército en la villa de Figueras, á los siete dias de haber levantado los puentes de sus fosos.»

Y en otro oficio de la propia fecha dice:

«Despues de escrito el adjunto oficio se me ha presentado un soldado del regimiento de dragones de Numancia, que hallándose de guarnicion en la plaza de San Fernando salió de ella ayer por la mañana, cuando nuestras tropas la evacuaron; pero habiéndose separado, ha podido llegar á nuestros puestos. Remito á V. E. la declaracion que hace de las circunstancias de la rendicion de aquella plaza para conocimiento de S. M.; y para el mismo debo decir á V. E. ha venido un granadero de Chinchilla, que hace igual declaracion á la del soldado de dragones, y esta es á la letra como sigue:

«Declaracion de Ginés Paredes, dragon del regimiento de Numancia, despues de recibido el juramento de la ley, nombre, patria, edad, religion y empleo.

Preguntado si en el dia 20 se habia hallado en la línea, diga

en que parte, y á las órdenes de quien? A lo que dijo Paredes que se hallaba el dia 20 de guardia en la prevencion de su campamento, colocado al pie del puesto y batería de Pont de Molins, que antes habia ocupado el regimiento de infantería de Málaga, en cuyo puesto se mantuvo con la guardia de prevencion hasta que tomado el puesto de Nuestra Señora del Roble, y batería de Pont de Molins, se vió obligado el declarante con el resto de las tropas que guarnecian estos reductos, á retirarse por el barranco de Llers, por donde subieron á la batería de Sierra Michana, y desde allí á la de la Pedrera, donde se hizo la reunion de muchas tropas, las cuales atacadas en ella por los enemigos, se vieron precisados á encerrarse en la plaza de San Fernando de Figueras, distante como medio tiro de cañon de la espresada batería.

Preguntado con qué tropas se incorporó, y á qué hora entraron en San Fernando, dijo Paredes que allí se incorporó con su compañía, y al resto del batallon de dragones desmontados, compuesto de las cuatro compañías de Almansa, Pavía, Villaviciosa y Numancia, á las órdenes del coronel D. Pedro Roca, comandante del de Almansa, y con otras muchas porciones de tropas de diferentes cuerpos, que entraron á las cinco de la tarde en la plaza de San Fernando, perseguidos y maltratados con el fuego de la artillería que abandonaron las mismas tropas en la batería de la Pedrera.

Preguntado Paredes quién mandaba en la plaza de San Fernando, y qué disposiciones de defensa dió su gobernador aquella noche? dijo que el gobernador era un brigadier coronel de Sagunto, cuyo nombre ignora, y que al instante mandó saliesen los dragones de la plaza, y siguiesen al ejército, lo que no se efectuó á instancia y solicitud del sargento mayor de su batallon desmontado, que lo era interinamente un capitan de dragones de Villaviciosa, graduado de teniente coronel, cuyo nombre tambien ignora, el cual hizo presente al señor gobernador la mucha fatiga y cansancio, falta de alimento y otros auxilios para seguir la marcha, por lo cual convino el gobernador se quedase en ella, y los destinó á la defensa del camino cubierto, en que se les asistió con pan, vino y queso, en donde se mantuvieron hasta el dia siguiente que fueron relevados por la division de cazadores provinciales de Castilla la Nueva;

que no supo el declarante lo que pasó dentro de la plaza aquella noche, pero sí que estuvo guarnecida de tropa la muralla y camino cubierto, y pasaron rondas y contrarondas toda la noche.

Preguntado qué servicio hizo el dia siguiente 21 del corriente? dijo Paredes que entró de Guardia con su compañía en un rebellin, de cuyo nombre no se acuerda por ser muy enrevesado, donde pasó el dia sin novedad alguna; y que por la noche á eso de las once, equivocada la centinela por un pequeño ruido que ocasionaron dos mulas, disparó su fusil, y alarmados los puestos inmediatos hicieron fuego, y aun dispararon algunos cañonazos á metralla, de que resultó la muerte de dos soldados de Hibernia, uno de Milicias de Canaria, y seis heridos del regimiento de Hibernia, lo que causó mucho trastorno y una alarma general.

Preguntado Paredes si en los dos dias primeros parlamentaron los enemigos con la plaza? dijo que no; que al tercer dia á las cuatro de la tarde llegó un oficial francés con un trompeta de la misma nacion; y dejando á este en el cuerpo de guardia de la puerta, entró el oficial hasta la casa del gobernador, con quien estuvo como una media hora, y despues salió con los ojos descubiertos, y no tapados como cuando entró, dirigiendo su marcha hácia Figueras por el camino real.

Preguntado si en estos dias faltó á la tropa del castillo socorro, pan y etapa? dijo Paredes que no, que todo estuvo corriente y en la debida forma, y que á mas se les dió racion de vino.

Preguntado si oyó á oficial, sargento, ó alguno de sus camaradas conversacion en solicitud de rendirse? dijo que no oyó á nadie nada de semejante cosa.

Preguntado Paredes si en los siguientes dias hubo mas parlamentos, y si á los oficiales franceses que venian á parlamentar se les dejaba pasear el castillo y hablar con los nuestros y tropas? dijo que el segundo oficial francés que vino á parlamento, que era un capitan de húsares, y entró en el castillo el dia 23 por la tarde, se paseó mano á mano, descubiertos los ojos, con el sargento mayor de la plaza por todos los fosos, yendo ambos á caballo; que el declarante no vió que hablase con algunos oficiales y tropa.

Preguntado si el Gobernador de la plaza envió algun oficial de la guarnicion á parlamentar con el enemigo? dijo Paredes que todos los dias salia uno ú otro, y algunos dias dos.

Preguntado Paredes si de resultas de las idas y venidas de los oficiales del castillo que iban á parlamentar oyó alguna cosa de lo que decian de los enemigos? dijo que se estendió la voz de que eran en número de mas de ochenta mil hombres, que era tropa muy aguerrida, bien disciplinada, y que no temian á nuestras baterías, á quien atacaban ciegamente: que tambien de resultas de estos parlamentos se dió la órden para que ningun soldado de la guarnicion, pena de la vida, hiciese fuego contra el enemigo, cuya órden oyó decir el declarante á los enemigos la tenian tambien; y en virtud de este armisticio se venian hasta la estacada con pan y vino; y los unos de parte de adentro, y los otros de parte de afuera comian, bebian, y hablaban lo que querian, cuya paz y buena armonía se siguió hasta el dia 28 del corriente por la mañana, que como á las siete de ella entraron en la plaza como dos batallones franceses, y se fueron entregando de todos los puestos, y seguidamente formada toda la guarnicion española, bajó en coluna por el camino real de Figueras tocando marcha los trompetas y timbales del regimiento del Infante, llevando armas al hombro la infantería; en cuyo órden pasó por entre dos líneas de infantería enemiga, y atravesando á Figueras siguió el camino de Francia, en el que llegando á las casas de Hostalets, que distan como media hora de camino de Figueras, pretextando el declarante necesidad corporal pudo esconderse en una de ellas, y mantenerse allí hasta anochecido, que tomando el camino de la derecha de las montañas que dominan la plaza de Figueras, pudo venirse por los lugares de Lledó y Navata, cuyo Bayle ó Alcalde le condujo á Báscara, en donde le presentó al teniente general Don Juan Courten, quien le mandó al declarante se presentase al comandante general interino Marqués de las Amarillas en Gerona, como lo ha ejecutado debidamente.

Preguntado si en los últimos dias que estuvo en el castillo hubo algun alboroto entre los soldados, ó entre estos y sus oficiales, ó bien entre estos y el Gobernador del castillo? dijo que no oyó una palabra mas alta que otra en todo el tiempo

que se pasó desde el cañoneo de la segunda noche hasta su rendicion: que no tiene mas que decir, y que lo que ha dicho es la verdad á cargo del juramento que tiene hecho, en que se afirmó y ratificó leida que le fué esta declaracion; y por no saber escribir lo señaló con una cruz, y lo firmó dicho Señor ante mi presente Escribano. † — Andrés Lopez. — Ante mi Manuel Polanco. »

Número III.

Tratado de subsidio celebrado en 1794 entre la Prusia, la Holanda y la Inglaterra para hacer la guerra á la Francia.

El tratado de subsidio entre la Prusia, la Holanda y la Inglaterra en substancia se reduce á lo siguiente:

Art. 1°. S. M. el Rey de Prusia se obliga á aprontar un ejército, que se compondrá de sesenta y dos mil cuatrocientos hombres, segun el estado que ha hecho entregar á los ministros de las potencias marítimas, el cual estado se unirá al presente tratado, y compondrá parte de él. Este ejército será mandado por un general prusiano, y obrará del modo mas eficaz contra el enemigo ya separadamente, ya unido con las tropas que están al sueldo de las potencias marítimas. Dicho ejército permanecerá así completo cuanto fuere posible, y será empleado donde quiera que se juzgue ser mas conveniente á los intereses de las potencias marítimas, segun las disposiciones militares que se concertaren entre las altas partes contratantes. Este ejército llegará al lugar de su destino el 24 de mayo de 1794, ó antes si es posible. Estará provisto de artillería de campaña con sus cureñas, como tambien de tiendas, y de todos los equipajes necesarios para obrar en campaña.

2°. Se ha convenido entre las altas partes contratantes que las tropas que S. M. prusiana tiene obligacion de suministrar á S. M. británica, y á sus alti-potencias los estados generales en virtud de los tratados respectivos de alianza entre S. M. prusiana y las potencias marítimas, se comprenderán en este ejército de sesenta y dos mil cuatrocientos hombres, y que empleando dicho ejército en la forma declarada en el presen-

te tratado S. M. prusiana habrá suministrado á sus aliados los socorros estipulados en los dichos tratados.

3°. A fin de facilitar á S. M. prusiana los medios de obrar con energía, segun los sentimientos de celo y de interés que le animan á favor de la causa pública, S. M. británica, y sus alti-potencias consienten en suministrar á S. M. prusiana un subsidio de cincuenta mil libras esterlinas al mes, hasta el fin de esta guerra, contando desde el principio del mes en que se firme este tratado.

4°. S. M. británica, y sus alti-potencias pagarán inmediatamente á S. M. prusiana la suma de trescientas mil libras esterlinas, para indemnizarle de los gastos hechos en el complemento del ejército mencionado como tambien para conducirle al lugar donde debe obrar. Y á la época del regreso de dichas tropas S. M. británica y sus alti-potencias pagarán además á S. M. prusiana la suma de cien mil libras esterlinas para los gastos de dicho regreso al territorio de S. M prusiana. Estos pagamentos para completar y poner en movimiento las referidas tropas, se harán inmediatamente despues de la ratificacion de este tratado, como tambien el del primer subsidio de las cincuenta mil libras que se deben pagar mensualmente. Todos estos pagamentos se harán en Berlin por las potencias marítimas, segun el arreglo que se establecerá, y la libra esterlina será valuada en seis coronas ó federicos de oro.

5°. El subsidio, y los pagamentos mencionados que equivaldrán á todas las demandas que S. M. prusiana pudiera hacer á las potencias marítimas para los gastos de la guerra y todos estos gastos de cualquier naturaleza que sean deben hacerse de cuenta de S. M. prusiana, á escepcion solamente de los de pan y forrage, que serán pagados por las potencias marítimas como tambien para los treinta y cinco mil cuatrocientos hombres que S. M. prusiana se obliga á emplear además de los socorros estipulados, conforme á los tratados existentes entre las potencias marítimas y S. M. prusiana. Pero á fin de evitar las dificultades que podrian suscitarse, relativamente á la provision de estos artículos en especie, las altas partes contratantes convienen en que estos gastos sean pagados en dinero á razon de una libra, y doce chelines, moneda de Inglaterra, al mes por cada uno de los sesenta y dos mil cuatrocientos hombres que debe

suministrar S. M prusiana, segun el estado mencionado; y el pago de esta suma se hará con anticipacion al principio de cada mes, del mismo modo que el subsidio, y contando desde el mismo dia. Pero si en lo sucesivo sobreviniere alguna mudanza en el mencionado estado, sea en infantería, caballería, ó artillería, entonces se hará una valuacion de dicho socorro pecuniario segun la mudanza que hubiese en las raciones.

6°. Se ha ajustado que todas las conquistas hechas por este ejército, se harán en nombre de las dos potencias marítimas. y quedarán á su disposicion, durante la guerra, y á la paz harán de ellas el uso que tengan por conveniente.

7°. Las dos potencias marítimas nombrarán dos comisarios que han de residir en su nombre en los cuarteles generales del ejército prusiano para mantener la correspondencia y comunicacion.

8°. Este tratado tendrá toda su fuerza hasta fines del presente año de 1794, y se ratificará dentro de un mes, ó antes si fuere posible. En la Haya á 19 de abril de 1794. »

Convenio separado entre S. M. británica, y los estados generales.

Art. 1°. SS. AA. PP. suministrarán por su contingente para el pago de la suma total que debe pagarse á S. M. prusiana la suma de cuatrocientas mil libras esterlinas.

2°. No permitiendo las circunstancias presentes á SS. AA. PP. el entrar en empeños de subsidio por un tiempo ilimitado, se ha resuelto que el tratado actual no podrá estenderse mas allá que del presente año; pero si entonces por desgracia no se hubiese acabado la guerra. S. M. británica, y SS. AA. PP. se concertarán para tomar las medidas necesarias á fin de renovar este ajuste, y para sostener con energía la causa comun.

3°. El presente convenio será ratificado dentro de un mes ó antes si fuere posible.

Número IV.

Tratado ajustado en 1795 entre el gabinete Inglés y el de Austria.

1°. Reinará entre el Emperador y el Rey de la Gran Bretaña una amistad y armonía constantes, y los dos Soberanos tomarán de comun acuerdo todas las medidas para defenderse contra sus enemigos.

2°. Las dos partes contratantes obrarán de acuerdo en todo lo que pueda pertenecer al restablecimiento y conservacion de la paz general, y tambien procurarán evitar con negociaciones todo el ataque con que alguna de ellas se viere amenazada.

3°. Si una de las dos partes contratantes fuere atacada, ó inquietada en sus posesiones la otra suministrará inmediatamente los socorros que abajo se estipularán.

4°. El Emperador y el Rey de la Gran Bretaña se aseguran mutuamente todas sus posesiones, segun se hallan actualmente, y en el estado que tuvieron de la conclusion de la paz general; la cual paz SS. MM. no podrán hacer sino de comun acuerdo, segun el tenor del convenio ajustado entre ambas Majestades en 30 de agosto de 1793. El presente tratado de alianza defensiva será puesto en vigor desde el punto en que una de las partes contrarias fuere inquietada de cualquer modo en sus estados, ciudades etc.

5°. El socorro estipulado de una y otra parte será de veinte mil hombres de infantería y seis mil de caballería, que se suministrarán dos meses despues de la requisicion y otro durante toda la guerra, en la cual de las dos partes contratantes puede verse empeñada. La potencia requerida pagará y mantendrá este socorro, la potencia requirente le suministrará el pan y los forrages que fueren necesarios. Si el socorro se hubiere de dar en dinero, será pagado por meses, diez mil florines del imperio por cada mil hombres de infantería, treinta mil florines por cada mil hombres de caballería. Estas sumas se pagarán durante todo el año, cada mes, á porciones iguales. Si el dicho socorro no fuere suficiente, será aumentado

por la potencia requerida, la cual, en caso de necesidad ayudará á la otra con todas sus fuerzas.

6°. Ninguna de las dos potencias permitirá, que los navíos ó mercaderías pertenecientes á su aliada, ó á sus vasallos, que hubieren sido apresadas por mar por navío de guerra, ó corsarios equipados por el enemigo, ó por rebeldes, puedan conducirse á sus puertos. Tampoco se armará ningun navío de guerra ni corsario para cruzar contra los navíos ó propiedades de una ú otra de las potencias aliadas ni de sus vasallos. No se procurarán tampoco por los vasallos de ninguna de las dos potencias contratantes, ni por sus navíos, ningunas provisiones, municiones de guerra ó navales, á ningun enemigo de cualquiera de ellas; á cuyo efecto, semejantes procedimientos se prohibirán con graves penas, y la parte agraviada recibirá, en esta parte, una satisfaccion completa.

7°. Sin embargo, si algunos navíos enemigos ó rebeldes condujesen algunas presas á los puestos de una ú otra de las dos partes contratantes, se les precisará á retirarse en el término de veinte y cuatro horas, bajo la pena de confiscacion. Las tripulaciones, pasajeros ú otros prisioneros, vasallos de las dos potencias aliadas, que hubiesen sido conducidos á dichos puertos, serán puestos al momento en libertad con sus mercaderías y efectos. Si algun navío armado en alguno de los puertos de alguna de las dos partes contratantes hiciese presas contra los vasallos de la otra, ó cometiese hostilidades contra ellos, semejante navío será confiscado á beneficio de las partes agraviadas. Por las estipulaciones de los artículos precedentes, no se entiende derogar de ningun modo los tratados que las dos partes contratantes hubiesen ajustado con otras potencias; pero las dos potencias aliadas no podrán entrar en ningun ajuste contrario á dichas estipulaciones.

8°. Las ratificaciones del presente tratado serán cangeadas en el término de seis semanas ó antes si es posible.»

En dos artículos separados del dicho tratado, se dispuso: 1°. Que si la Gran Bretaña no pudiese suministrar en el término señalado los socorros de hombres, estipulados en el artículo 5°., y el Emperador tuviere que reemplazarlos con otras tropas, tomadas á su sueldo, el Emperador espera de la amistad de S. M. británica le indemnizará. 2°. El Emperador y el

Rey de la Gran Bretaña, en virtud de los oficios que harán con la Emperatriz de Rusia, tomarán sus medidas para formar, por medio de la reunion de las tres cortes, y en consecuencia de los estrechos enlaces que subsisten entre ellas, un sistema de triple alianza, que tendrá por objeto el restablecimiento de la paz, y la conservacion de la paz general de Europa.

Número V.

Tratado concluido en 1795 entre la Rusia y la Gran Bretaña.

S. M. británica y S. M. la Emperatriz de todas las Rusias, animadas de un deseo igualmente sincero de estrechar cada vez mas la amistad y buena inteligencia que felizmente subsisten entre ambas monarquías, han pensado que ninguna cosa podrá contribuir tan eficazmente á este saludable fin, como un tratado de alianza defensiva que tenga por bases las estipulaciones de semejantes tratados concluidos anteriormente, los cuales han dado motivos á la mas íntima union entre los dos imperios. Para este efecto SS. MM. han nombrado por sus plenipotenciarios, S. M. británica á Mr. Cárlos Withworth, enviado estraordinario y ministro plenipotenciario cerca de S. M. imperial y de todas las Rusias, caballero de la órden del Baño, y S. M. imperial de todas las Rusias al Conde de Ostermann, vice-canciller, etc., los cuales despues de haber cangeado mutuamente sus poderes, reconocidos en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1°. Habrá una sincera y constante amistad ente S. M. británica y S. M. la Emperatriz de todas las Rusias, sus herederos y sucesores, y en consecuencia de esta íntima union las altas partes contratantes procurarán con los mayores esfuerzos promover los intereses respectivos por todos los medios posibles, evitar todo lo que pudiera ocasionar el menor agravio ó perjuicio á cualquiera de las dos potencias, y mantenerse recíprocamente en la posesion de sus dominios, derechos, comercio y prerogativas, saliendo por garantes mutuamente de todos los paises, dominios y posesiones que gozan actualmente ó que pudieran adquirir por medio de tratados.

2°. Si á pesar de los esfuerzos que hicieren de comun acuerdo para conseguir este fin, sucediese sin embargo que alguna de las potencias contratantes fuese acometida por mar ó por tierra, la otra suministrará inmediatamente, despues del requirimiento que se la hiciere, los socorros estipulados en los artículos siguientes:

3°. SS. MM. británica é imperial de todas las Rusias declaran que en contraer la presente alianza no intentan ofender en modo alguno á ninguna potencia, sino solamente proveer, por medio de tal alianza, á la utilidad y ventaja de cada una de las altas partes contratantes y así mismo al restablecimiento de la paz y la conservacion de la tranquilidad general de la Europa y principalmente de la del Norte.

4°. Como las dos altas partes contratantes tienen el mismo deseo de suministrarse mutuamente los socorros mas propios, y como las fuerzas naturales de la Rusia consisten en tropas de tierra, al paso que el socorro de la Gran Bretaña debe consistir principalmente en bajeles de guerra, se ha convenido que si S. M. británica fuese acometido é inquietado por otra potencia en la posesion de sus dominios ó provincias, de suerte que le sea preciso implorar la asistencia de su aliada, S. M. la Emperatriz de todas las Rusias le enviará inmediatamente diez mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Por la otra parte si S. M. imperial de todas las Rusias fuese acometida ó inquietada por otra potencia en la posesion de sus provincias, en términos de que tuviese por necesario implorar la asistencia de su aliado, S. M. británica le enviará una escuadra de doce navíos de línea que conste en todo de setecientos ocho cañones conforme la lista siguiente: 2 navíos de 74 con 148 cañones y 960 hombres de tripulacion, 6 navíos de 60 que compongan 360 cañones con 2400 hombres de tripulacion, 4 de 50 con 200 cañones y 1200 hombres de tripulacion: total 12 navíos, 708 cañones y 4.560 hombres de tripulacion; y esta escuadra será equipada y armada en guerra del modo conveniente. Estos socorros se enviarán respectivamente á los lugares que fueren especificados por la parte requirente, y quedarán á su libre disposicion por todo el tiempo que duren las hostilidades.

5°. Pero si la naturaleza del ataque fuese tal, que la parte acometida no tuviese por ventajoso pedir el socorro efectivo,

estipulado en el artículo precedente, en tal caso las altas partes contratantes han resuelto que se convierta dicho socorro en un subsidio pecuniario; esto es, que si S. M. británica fuese acometido, y antepusiese el subsidio pecuniario, S. M. imperial de todas las Rusias, despues de requerida, le pagará la suma de 500.000 rublos anualmente durante todo el discurso de las hostilidades, para ayudarla á suportar los gastos de la guerra: y si S. M. imperial de todas las Rusias fuese acometida y prefiriese el subsidio pecuniario, S. M. británica la suministrará la misma suma anualmente mientras dure la guerra.

6° Si la parte requerida, despues de haber suministrado el socorro estipulado en el artículo 4°. del presente tratado, fuese tambien acometida, de suerte que se hallase en la necesidad de retirar sus tropas para atender á su propia seguridad, podrá hacerlo así despues de haber informado á la parte requirente dos meses antes. Igualmente si la parte requerida se hallase en guerra al tiempo del requirimiento de suerte que se viese precisado á conservar en su poder para su propia defensa las fuerzas que tiene obligacion de suministrar á su aliada en virtud del presente tratado, la parte requerida quedará dispensada de suministrar dichos socorros mientras dure la necesidad.

7°. Las tropas auxiliares rusas serán provistas de artillería volante, municiones y cuanto puedan necesitar á proporcion de su número. Estas tropas serán pagadas y reclutadas anualmente por la potencia requirente. Las raciones de víveres ordinarias y de forrajes, como tambien los cuarteles, se le suministrarán por la parte requirente, todo en el mismo pie en que sus propias tropas se mantuvieren en campaña y en los cuarteles.

8°. En caso de que las dichas tropas rusas auxiliares, requeridas por S. M. británica sean obligadas á marchar por tierra y atravesar los dominios de otras potencias, S. M. británica hará todos sus esfuerzos juntamente con S. M. imperial de todas las Rusias para obtener el paso libre, y les suministrará en su marcha todos los víveres y forrajes necesarios del modo estipulado en el artículo precedente: y cuando hubiesen de atravesar por mar S. M. británica se encargará de su transporte en sus propios bajeles, ó recompensará el gasto de su via-

ge. Lo mismo debe decirse así de los reclutas que S. M. la Emperatriz de todas las Rusias se viere precisada á enviar á sus tropas, como de su vuelta de Rusia, ya vuelvan despedidas por S. M. británica, ya llamadas por S. M. imperial de todas las Rusias para su propia defensa segun el tenor del artículo 6º. del presente tratado. Además se ha convenido que en caso de llamar ó despedir dichas tropas, se les suministrará una escolta de guerra suficiente para conducirlas hasta paraje seguro.

9º. El oficial que mandare ya las tropas auxiliares de S. M. la Emperatriz de todas las Rusias, ó ya la escuadra que S. M. británica debe suministrar á la Rusia, conservará el grado que le corresponde; pero el mando en gefe pertenecerá siempre al comandante que la parte requirente nombrare para este efecto; pero con la condicion de que no se emprenderá ninguna cosa de importancia sin haberse antes arreglado y determinado en un consejo de guerra en presencia del general y de los oficiales, comandantes de la parte requerida.

10. Para evitar toda contestacion sobre el grado, la parte requirente dará un informe conveniente del oficial, á quien entregare el mando en gefe, sea de la escuadra, sea de las fuerzas terrestres, para que la parte requerida pueda arreglar en consecuencia el grado de aquellos á quienes diere el mando de la escuadra, ó de las tropas auxiliares.

11. Estas fuerzas auxiliares tendrán sus capellanes propios, y el ejército enteramente libre de su religion: no se les juzgará lo tocante al servicio militar sino segun las leyes y ordenanzas de guerra formadas por su propio soberano. Además será permitido al general y á todos los individuos de las tropas auxiliares mantener una libre correspondencia con su patria así por cartas, como por espresos.

12. Las fuerzas auxiliares de una y otra parte permanecerán juntas en cuanto sea posible, y para evitar que las unas esten espuestas á mayores fatigas que las otras, como tambien para que en todas las espediciones y operaciones haya perfecta igualdad, el general en gefe estará obligado á observar en todas las ocasiones una justa proporcion relativamente á las fuerzas de toda la escuadra ó ejército.

13. La escuadra que S. M. británica debe suministrar, en

virtud de la presente alianza, será recibida en todos los puertos de S. M. la emperatriz de todas las Rusias. Dicha escuadra podrá volver todos los años á los puertos de la Gran Bretaña luego que la estacion no le permita permanecer en el mar. Pero se estipula formalmente empezando desde este momento, que la misma escuadra volverá cada año al mar Báltico á principios del mes de mayo, y no deberá retirarse de allí hasta el mes de octubre, lo cual ejecutará siempre que llegue el caso de exigirlo así lo estipulado en el presente tratado.

14. Cuando la parte requirente reclamare el socorro estipulado en el presente tratado, indicará al mismo tiempo á la parte requerida el lugar á que quiere se destine; y la dicha parte requirente tendrá la libertad de hacer uso del socorro durante todo el tiempo que juzgue conveniente.

15. Las condiciones del presente tratado de alianza no serán aplicables á las guerras que puede haber entre la Rusia y las potencias del Asia, respecto de las cuales S. M. británica queda dispensado de suministrar los socorros estipulados en el tratado, escepto en el caso de un ataque hecho por algun a potencia europea contra las posesiones de la Rusia en cualquier parte del mundo. Igualmente S. M. imperial de todas las Rusias no estará obligada á suministrar los socorros estipulados en el presente tratado en ningun otro caso sino el de agresion hecha por cualquier potencia europea contra los derechos y posesiones de S. M. británica en cualquier parte del mundo.

16. Tambien se ha estipulado que atendida la gran distancia de los parajes, las tropas que la Rusia debe suministrar, en virtud de la presente alianza en defensa de S. M. británica, no serán enviadas á España, ni á Portugal, ni á Italia, ni mucho menos fuera de Europa.

17. Si los socorros estipulados en el artículo 4°. de este tratado no fuesen suficientes, en tal caso de las altas partes contratantes el ajustar entre sí los demas socorros adicionales se hubieren de suministrar mutuamente.

18. La parte requirente no hará paz ni tregua con el enemigo comun, sino incluir en ella á la parte requerida, para que esta última no padezca ningun perjuicio por los socorros que haya suministrado en su alianza.

19. La presente alianza defensiva no derogará en modo al-

guno los tratados y alianzas que las altas partes contratantes pueden tener con otras potencias, en cuanto dichos tratados no fueren contrarios al presente, ni á la amistad y buena inteligencia que desea conservar.

20. Si algunas otras potencias quisieren acceder á la presente alianza, SS. MM. han convenido en concertarse sobre la admision de dichas potencias.

21. Las dos altas partes contratantes deseando estrechar mas su amistad, proteger y estender el comercio de sus vasallos respectivos, prometen ocuparse sin dilacion en el arreglo definitivo de su comercio.

22. Como las circunstancias pueden exigir se haga alguna mutacion en el presente tratado, las altas partes contratantes han convenido fijar su duracion por ocho años; pero antes de concluir este término se renovará conforme las circunstancias.

23. El presente tratado de alianza será ratificado, y las ratificaciones se cangearán en el término de dos meses ó antes si fuese posible.

Hecho en Petersburgo á 18 de febrero de 1795.

Numero VI.

Armisticio ajustado en 1796 entre el Papa y Bonaparte.

El armisticio ajustado entre el Papa y el general Bonaparte comprende los artículos siguientes:

1°. Queriendo dar una prueba de deferencia del gobierno francés respecto de S. M. el Rey de España, el General en gefe y los comisarios civiles del ejército de Italia conceden á S. S. una suspension de armas, que se contará desde este dia de la fecha hasta cinco dias despues del fin de las negociaciones que se abrirán en Paris para la conclusion de una paz definitiva entre ambos estados.

2°. El Papa enviará con la mayor prontitud posible un plenipotenciario á Paris para ajustar con el Directorio ejecutivo una paz definitiva, prometiéndole la satisfaccion correspondiente á los ultrajes é insultos que los Franceses han padecido en sus estados, y señaladamente por el asesinato de Basseville, y la indemnizacion debida á su familia.

3. Las personas que se hallan presas en los estados del Papa por causa de opiniones políticas serán puestas inmediatamente en libertad, y entrarán en la posesion de sus bienes.

4. Los puertos del estado pontificio estarán cerrados para las embarcaciones de las potencias enemigas de la Francia, y quedarán libres para los Franceses.

5. El ejército francés permanecerá en posesion de las legacías de Bolonia y Ferrara, y ocupará á Faenza.

6. El castillo de Ancona será entregado á las tropas francesas dentro de seis dias, con su artillería, víveres, y municiones.

7. La ciudad de Ancona continuará bajo el gobierno civil del Papa.

8. El Papa entregará á la república francesa cien piezas entre cuadros, bustos, vasos y estatuas, á eleccion de los comisarios que se enviarán á Roma, entre los cuales se comprehenderá señaladamente el busto de bronce de Junio Bruto, y el de mármol de Marco Bruto, que están colocados en el Capitolio. Además entregará quinientos manuscritos á eleccion de dichos comisarios.

9. El Papa pagará á la República francesa veinte y un millones de libras de Francia, los quince millones y quinientas mil libras en numerarios ó barras de oro y plata, y lo restante en géneros, caballos, etc.

10. Los quince millones y quinientas mil libras de moneda ó barras se pagarán en tres términos: cinco millones dentro de quince dias, cinco millones en el mes siguiente, y los restantes en tres meses.

11. Los cinco millones y quinientas mil libras en géneros, se entregarán segun se fueren pidiendo, en los puertos de Génova, Liorna y otros parajes ocupados por el ejército que se designarian.

12. Estos veinte millones serán independientes de las contribuciones que se sacarán de Bolonia, Ferrara y Faenza.

13. Las tropas francesas pasarán libremente por todo el territorio del Papa.

Numero VII.

Real decreto publicado en 1795 abriendo un prés tamo de 240 millones de reales para atender á los gastos de la guerra contra Francia.

« Habiéndoseme hecho presente la necesidad de proporcionar fondos con que subvenir á los gastos de la guerra en lo que resta del presente año, y queriendo evitar á un mismo tiempo el perjuicio de nuevas contribuciones que agravan á mis amados vasallos, y el inconveniente de las nuevas creaciones de vales, que por su calidad de moneda influyen necesariamente con su abundancia en el aumento de los precios de las cosas; despues de haber discurrido y adoptado medios económicos y suaves con que proveer al pago de réditos, y aun á la extincion de los capitales que se necesitan tomar á crédito, con uniforme acuerdo de mi Consejo de Estado en el celebrado en el 31 del mes próximo pasado de julio: he resuelto abrir un préstamo de doscientos cuarenta millones de reales repartidos en veinte y cuatro mil cédulas ó acciones de á diez mil reales cada una, en el cual serán admitidos indistintamente el dinero efectivo y vales Reales por todo su valor de capital é intereses vencidos, y desde el dia de la imposicion se pagará el rédito de 5 por 100 al año hasta su reintegro y extincion, que se verificará en el espacio de los 12 que empezarán á correr en el de 1797 al respecto de veinte millones en cada uno; concediendo además á los prestadores por una vez el premio de 3 por 100 de todo aquel capital, el qual premio asciende á siete millones doscientos mil rs., que se repartirán por via de lotería entre las veinte y cuatro mil cédulas; todo bajo las reglas y condiciones siguientes:

1.ª Para seguridad de los que se interesaren en este préstamo de doscientos cuarenta millones de reales, obligo por Mí y mis sucesores, todas las rentas de mi corona al pago del capital y réditos, y quiero que en todos tiempos se tenga por deuda nacional, destinando por hipoteca especial por el reintegro en los plazos que se espresarán el producto de los derechos de la aduana de Cádiz.

2.ª Los fondos que se impusieron se admitirán en mi tesorería mayor y en todas las de ejército, las quales dan do resguardos interinos, pedirán á aquella, y entregarán á los prestadores las cédulas de á diez mil reales que les correspondan, y han de ser documento legítimo de su crédito para el cobro á su tiempo de capital y réditos.

3.ª Estas cédulas serán estampadas por una lámina que se grabará al intento con la firma de mi Tesorero mayor y la del Contador de data, quienes las rubricarán de su puño. Estarán numeradas desde el primero al veinte y cuatro mil, y tendrán hueco proporcionado en que se escriba el nombre de la persona que haya hecho la imposicion.

4.ª En la presentacion de estas cédulas y recibo del interesado ó su apoderado, se pagarán los réditos á 5 por 100 desde 1.° hasta fin de enero de cada un año en mi Tesorería mayor, ó en las de exército donde se hubiere hecho la imposicion, si lo prefieren los interesados, anotándose en sus cédulas esta circunstancia por los respectivos tesoreros para evitar abusos, tambien percibirán allí el capital quando llegare su turno.

5.ª Este turno será conforme á la serie de los números naturales desde el primero al veinte y cuatro mil al respecto de dos mil cédulas en cada un año de los dos que empezarán á contarse en el de 1797, extinguiéndose en él y dentro del propio mes de enero que va señalado para los réditos, el capital de los veinte millones de los doce mil primeros números, y así sucesivamente en los siguientes hasta el mes de enero de 1808, en que reembolsarán las últimas dos mil cédulas, y quedará extinguido el empréstito.

6.ª Debiéndose anotar en el respaldo de las cédulas los pagos anuales que se vayan haciendo, no pueden estas admitir los endosos á favor de otro interesado, pero no por esto se impide su venta, cesion, traspaso ó substitucion, siempre que convenga á los primeros, segundos y demas propietarios. Es pues preciso por lo mismo para verificar estas enagenaciones, que se hagan por instrumento público otorgado ante escribano, y que se presente el correspondiente testimonio en la oficina donde se haya hecho la imposicion, ó en la de renovacion de vales de mi Tesorería mayor, que ha de correr con la cuenta y razon de esta dependencia, para anotar en los libros y cor-

respondiente número de las respectivas acciones el nombre del nuevo dueño, y poderle entregar á su tiempo los intereses y capital que le pertenezcan.

7.ª Para evitar prorateos en el pago de réditos á la primera época del mes de enero de 1797 á los que hagan sus imposiciones en los meses que restan de este año, se les recibirán en cuenta, al tiempo de hacer aquellas, los intereses que les corresponderán á razon del mismo 5 por 100 hasta fin de diciembre próximo, salvándose de esta manera y con la anticipacion de réditos que hará mi Real Hacienda, aquel embarazo.

8.ª Este empréstito estará abierto á naturales y estranjeros hasta fin del próximo mes de noviembre: y deseando conceder ademas á los que se interesen en esta operacion dirigida al importante objeto de no gravar á mis amados vasallos con nuevas contribuciones, algun otro aliciente ó utilidad semejante á la que se ha establecido con igual motivo en otras partes, he resuelto que se reparte en lotes entre los imponedores el 3 por 100 de la cantidad total que llegue á imponerse, haciéndose para ello dos sorteos de tres millones seiscientos mil reales cada uno, segun va á indicarse.

9.ª La distribucion de la cantidad espresada será en seiscíentos lotes ó suertes, á saber:

1	de		300,000 reales·
1	de		200.000.
2	de	100.000.	200,000.
4	de	50.000.	200,000.
8	de	25.000.	200,000.
10	de	15.000.	150,000.
20	de	10.000.	200,000.
40	de	6.000.	240,000.
80	de	5.000.	400,000.
160	de	4.000.	640,000.
273	de	3.000.	819,000.
1 al 1.º que salga de			51,000.
600.			3.600,000.

y el primer sorteo se hará entre las primeras doce mil acciones, si se hubieren completado, en 15 del mes de octubre

próximo á presencia de ministros autorizados, que inmediatamente dispondrán el pago de lo que hubiere cabido á los interesados sin mas formalidades que las precisas para su legitimidad.

10.ª Este primer sorteo no embarazará que se haga el segundo á principios del año próximo á favor de los que se hubiesen interesado en las otras doce mil cédulas ó acciones ó parte de ellas dentro del término que va señalado, con tal que pasen de seis mil: pero los que acudiesen despues de él (supuesto que sean admitidos y que se haga el sorteo como va dicho por no perjudicar á los que se hayan interesado en tiempo hábil en la mayor parte de la última mitad) no tendrán derecho á las suertes ó premios que pueda tocarles, y quedará á beneficio de la Real Hacienda, que solo hace este sacrificio á favor de los que contribuyan con sus fondos y su confianza á que se verifique prontamente esta operacion de utilidad y servicio público.

11.ª La Tesorería mayor procederá en la emision de las cédulas de crédito tanto por lo que se imponga en ella como en las de ejército, señalándolas con números seguidos desde el primero al veinte y quatro mil; dexar hueco alguno, para que los primeros imponedores sean tambien los primeros reintegrados y premiados conforme á lo que va prevenido en los artículos 5.° y 9.°

12.ª Finalmente dirigiéndose este empréstito así, como todos los demas que se han hecho hasta ahora, á la defensa de la nacion, declaro solemnemente por Mí, y en nombre de mis sucesores que en caso de guerra con las potencias, cuyos vasallos se interesaren en este empréstito, los intereses y capital que les corresponda les serán pagados y satisfechos puntualmente como en plena paz, renunciando como renuncio todo derecho de retencion y de represalia, sin que sobre este particular pueda admitirse duda ó controversia alguna.

Tendráse entendido en el consejo y espedirá la cédula correspondiente. —Señalado de la Real mano de S. M. — En San Ildefonso á 2 de agosto de 1795. — Al Obispo gobernador del consejo. »

Numero VIII.

Presentacion de credenciales al Directorio francés por parte del Embajador de España, despues de concluida la paz con Francia en 1795.

El dia diez de germinal de 1796 el Marqués del Campo, embajador de España cerca de la República francesa, presentó sus credenciales al Directorio, y tuvo su primera audiencia. Se habian hecho preparativos en el palacio de Luxemburgo, para dar á esta ceremonia todo el esplendor y solemnidad convenientes.

El embaxador de España habiendo sido introducido en la sala del Directorio con la solemnidad conveniente á su recepcion, pronunció el discurso siguiente:

«La paz felizmente concluida entre el Rey de España y la República francesa ha sido un suceso de la mayor importancia para ambas naciones. S. M. Católica, animado del deseo mas sincero de conservarla, y consultando siempre la felicidad de sus pueblos, cuidará por su parte de evitar todo lo que la pudiese turbar. Al nombrarme por su Embajador cerca de la República, me ha mandado pasase con la prontitud posible á este nuevo destino como un testimonio de su buena fe. En estas circunstancias, honrado con la confianza de mi Soberano, emplearé todo mi zelo en obedecer sus órdenes, y me tendré por muy feliz si logro cumplir con sus intenciones y merecer la benevolencia de este gobierno, al qual tengo el honor de dirigirme.»

El presidente del Directorio respondió al señor embajador en estos términos:

«Señor Embajador del Rey de España, el Directorio ejecutivo recibe con un vivo interés la nueva prenda de union que venís á ofrecer á la República francesa en nombre de vuestro gobierno. No habrá cosa mas agradable para el Directorio, que el ver estrecharse mas y mas los lazos de amistad entre las dos naciones, á quienes la estimacion y el interés comun parece que reunen poderosamente.

Por lo que hace á vuestros deseos y protestas personales,

señor Embajador, el Directorio ejecutivo ha oido su expresion con placer, y podeis contar con su benevolencia.»

Número IX.

Célebres debates que tuvieron lugar en el Parlamento inglés, promovidos por Fox é impugnados por Pitt, relativamente á la guerra con Francia y á la situacion de Inglaterra.

Debate del 24 de marzo de 1795.

Fox tomó la palabra en estos términos:

«La propuesta que hago es de que toda la cámara se junte para tomar informes sobre el estado de la nacion. Muchas veces se ha hecho una proposicion semejante, pero nunca ha sido tan precisa como en estas circunstancias en que la nacion se halla empeñada en una guerra tan calamitosa. Bajo qualquier aspecto que se considere la conducta del ministerio, es preciso convenir en que nunca ha tenido la cámara tanta necesidad de la confianza del pueblo, y que ninguna cosa puede grangeársela mas bien que el ver que emplea todo su celo en asuntos tan importantes.

«En 1777 hice una propuesta semejante, en un tiempo en que parecia estábamos en el mayor peligro, cuando nuestro ejército acababa de rendir las armas en Savatoga: pero ¿qué comparacion hay entre el estado crítico de aquella época, y las horribles calamidades que amenazan ahora á nuestro imperio? Sin embargo, en aquella sazon, aunque yo era del partido de la minoridad, la cámara no pudo negarse á tomar informes en una situacion tan peligrosa. Este ejemplo será sin duda la regla de nuestra conducta en estas circunstancias, en que los mayores peligros hacen mas urgente esta obligacion, que nos impone la confianza del pueblo.

«Estoy muy lejos de creer que haya en este reino tanto descontento como algunos hombres respetables creen: estoy firmemente persuadido de la lealtad del pueblo Inglés, y de su amor á la Constitucion: por lo mismo no temo se origine el des-

contento de la propagacion de las máximas francesas, ni temo el menor peligro de conspiraciones. Pero engañaria á la cámara si ocultase que tiene mucho que temer de la opinion que se va esparciendo de que los Comunes no son fieles representantes del pueblo, cuando no se muestran compadecidos de sus calamidades, y no quieren cuidar del gobierno de este Imperio.

«¿Qué fuerza no daréis á esta opinion, si en el momento mas crítico, cuando la conducta del gobierno ha producido los males mas horribles, la cámara persiste en su inaccion, y no pide ninguna cuenta al ministerio? Si cuando es tan general el deseo de la paz, que los mas ardientes partidarios de la guerra han mudado de opinion, la cámara se obstina en poner ciegamente su confianza en los ministros; si niega su atencion á los rios de sangre inglesa, á los millones de oro esparcidos sin ninguna utilidad para sostener una guerra tan ruinosa? Yo quisiera ver como se defiende la bondad de un sistema que produce tan perniciosos efectos; como se probará la teórica bondad de una constitucion tan justamente amada de los Ingleses, cuando parece tan mala en la práctica; ó como los miembros de la cámara podrán justificarse de una indolencia tan vergonzosa, y conciliarla con una prodigalidad tan reprehensible, y con una confianza tan fuera de sazon. Hasta ahora la mejor apología de nuestra constitucion me habia parecido que era la felicidad y buenos efectos que nos hacia gozar; pero ya privada de esta ventaja, ¿cómo se defenderá contra los ataques de los malcontentos? Vemos al gobierno ejecutivo ocupado únicamente tres años ha en proyectar y ejecutar unos planes que han perdido vuestro comercio, disipado vuestras riquezas, prodigado vuestra sangre, y precipitado á la nacion en unos peligros de que no hay ejemplar en la historia. Vedle en este momento mas alejado que nunca del término á que debia aspirar: considerad que este mismo ministerio es todavía el objeto de una confianza ciega é ilimitada; y decidme ¿qué cosa peor pudiera suceder en qualquiera otra constitucion? Yo por mi parte debo decir: que haciendo la guerra ya por espacio de dos años, habiéndonos salido vanas todas nuestras tentativas, y que al mismo tiempo que nosotros nos hemos debilitado, el enemigo ha aumentado su crédito y poder,

esto solo basta para demostrar que es imposible negarse á tomar los informes que solicito.»

Despues Mr. Fox examinó los recursos de la Inglaterra, los socorros que puede esperar, y el modo con que se ha conducido la guerra, y subdividió los recursos en poblacion, rentas, manufacturas y comercio.

Por lo que hace á la poblacion, sostuvo que en el mes de setiembre último la pérdida de los soldados, segun el cálculo mas moderado, pasaba de veinte y seis mil hombres. Pasó despues á la pérdida de los aliados, que considera como esencial para la Inglaterra, puesto que no puede obrar sin ellos, y no hablando mas que de los prisioneros, aseguró que es muy inferior á la verdad el cálculo de sesenta mil. Añadió que segun el cómputo de las casas que pagan impuestos al gobierno, su número no se habia aumentado desde 1777; de donde concluyó que la poblacion no podia suplir la pérdida de gente, que se ha padecido.

Por lo tocante á las rentas hizo subir la deuda nacional fundada, desde el principio de esta guerra, á cinco millones de libras esterlinas, los cuales añadidos á la deuda no fundada, forman un aumento de deudas de sesenta á setenta millones, al mismo tiempo que por otra parte los impuestos anuales permanentes habian sido sobrecargados con tres millones. Observó con este motivo que aunque estos tributos están impuestos sobre objetos de lujo, no dejan de gravar á la clase media, así por causa de los progresos que ha hecho el lujo, como porque ningun economista ignora que no se pueden imponer tributos sobre los ricos, sin que los pobres sufran mucha parte de la carga. Preguntó despues: ¿qué tributos se impondrán para el año que viene? No es respuesta de un político el decir que ya se verá, porque es obligacion de un ministro y de la cámara el prever los males futuros. Es pues muy esencial el examinar si las fuerzas del pueblo son iguales á las cargas, y si las ventajas que se pueden esperar compensarán estas pérdidas.

«En órden á las manufacturas, preguntó á los miembros que representan á las ciudades en que están establecidas, que dijesen si las especulaciones de los comerciantes sobre las islas occidentales no habian sido la causa de que las manufacturas no

hayan padecido este año tanta pérdida como en el anterior. La estraccion de mercancías inglesas en 1793 era menor en cuatro millones á la de 1792 ; en 1794 no ha escedido mas que en dos millones á la de 1793 ; de donde concluyó , que siendo la estraccion total de diez y ocho millones, la pérdida era de una novena parte, y por consiguiente era bastante crecida para destruir las manufacturas en su orígen.

«En fin por lo que hace al comercio , adoptando el método seguido por el ministro el año pasado , toma por termómetro los seguros, y sostuvo que al presente están á un precio escesivo. De aquí infirió que el comercio no está protegido , que ha debido padecer mucho, como tambien las manufacturas , y que las rentas públicas, que son el nervio y la base del poder, habian padecido una disminucion considerable.

En segundo lugar examinó Mr. Fox, ¿qué socorros puede esperar la Inglaterra de sus aliados? El Rey de Prusia , dijo, ha cumplido las condiciones del tratado? si las ha cumplido, ¿porqué se ha cesado de pagarle el subsidio , y si no las ha cumplido , ¿cual ha sido el motivo? qué medidas se han tomado? qué es del tratado de 1788 ? porqué nos ha abandonado en medio de la campaña? en fin , ¿es nuestro aliado, ó es neutral , ó por mejor decir es nuestro enemigo? Quizá nos dirá el Rey de Prusia , que el objeto de esta guerra no es el tomar fortalezas , ni conquistar provincias , sino el oponerse á la irupcion de las máximas de los Jacobinos; yo he hecho otras cosas mejores que el defender el Brabante ó la Holanda , pues he conquistado la Polonia. He aquí lo que quizá dirá el Rey de Prusia , y en este caso es evidente que nosotros habrémos dado un millon doscientas mil libras esterlinas para subyugar á la Polonia.

Despues pasó al tercer objeto de su division. Segun su parecer , era preciso haber tomado uno de dos partidos, ó hacer la guerra únicamente por la propia seguridad y de los aliados, ó declarar abiertamente que se pretendia la restauracion de la monarquía francesa. En el primer caso hubiéramos quedado privados de los socorros de los Realistas y de los emigrados; pero tampoco la Convencion hubiera logrado armar contra nosotros á toda la nacion ni inspirarla tanto entusiasmo, haciéndola creer que peleaba por su libertad y existencia : en el

segundo caso, todos los emigrados, todos los franceses adictos al antiguo gobierno, y todos los que temian mas el sistema del terror que la restauracion de la monarquía, se hubieran declarado por los aliados, y entonces se hubiera visto que la pluralidad de la Francia no estaba por la república. Mr. Fox acusó á los ministros de haberse dejado seducir por la esperanza de reunir las ventajas de estos dos sistemas, de lo cual se habia seguido no lograr ni uno ni otro. Despues examinó todas las faltas que se han cometido, exagerando mucho los reveses que se han padecido en el discurso de la guerra, atribuyéndolos á causas quiméricas, y concluyó haciendo la propuesta que se dijo al principio.

Mr. Pitt le respondió en estos términos:

«No creo deber responder con individualidad á todo lo que ha propuesto el preopinante en su elocuente discurso. No me detendré mucho en contestar á cada uno de sus puntos, mayormente no habiendo ninguno de ellos que no haya sido ventilado varias veces durante esta sesion; y creo que no se han presentado ahora de nuevo sino para que sirviesen de introduccion al principal objeto á que se dirige aquel discurso, esto es, la situacion actual de Irlanda. Espero convencer á la Cámara de que todo lo que se ha dicho en esta parte, es en buena política un poderoso motivo para desechar la propuesta.

«No pretendo negar que lo que acaba de suceder en Irlanda sea justo motivo para sentimientos; pero aseguraré positivamente que si se tomasen informes sobre este asunto, quedaria demostrado que nada de lo que ha sucedido puede atribuirse á culpa del ministerio de S. M. No diré mas por ahora: me contentaré con advertir, que si es cierto que nuestra hermana la Irlanda se halla en un estado de tumulto y de fermentacion, esto mismo es una razon muy poderosa para que en este momento no se hagan ningunas informaciones. Yo quisiera preguntar al preopinante, ¿qué bien podria resultar á ninguno de los dos reinos de semejante pesquisa, y qué forma se deberia seguir, en caso de que la Cámara consintiese en esta providencia.

«Una informacion de esta naturaleza exige gran número de documentos, cartas, despachos, que seria imposible publicar al presente. Así, esta propuesta no es á propósito para evitar

las dificultades que se supone existen, ni para restablecer la buena armonía que pretende hallarse interrumpida entre los dos reinos.

« El ilustre preopinante se sirve del estado actual de Irlanda, como se hubiera servido de otra cualquiera circunstancia para formar un discurso, persuadir á la Cámara á variar de la opinion que tantas veces ha manifestado, y con tanta solemnidad ha declarado en órden á la guerra, y probar la necesidad de hacer una paz inmediata; pero sus argumentos se volverian contra él, porque si fuese cierto que existe fermentacion en Irlanda, y de esta resultase que no pudiese aquel reino cooperar con nosotros, como supone, ¿seria este el medio de procurarnos una paz ventajosa, instruyendo al público sobre la naturaleza y estension de aquellos alborotos?»

Mr. Pitt pasó despues á refutar los demas puntos de su antagonista. No dudó que si la Cámara tuviese por conveniente tomar informes sobre el estado de la nacion, deberia examinar por menor todas las cuestiones que se habian propuesto; pero pregnntó si todo lo que tiene relacion con los asuntos interiores ó esteriores de la Inglaterra seria materia suficiente de exámen en la junta que se pretendia establecer; si seria conveniente tratar todos estos puntos, cuando se supone que la patria está en peligro, y si seria prudencia empeñarse en una discusion tan estensa, en una época en que la sesion no puede durar mucho. Observó que las largas disputas que ha habido sobre las cuestiones que su antagonista pretendia se examinasen, harian inútiles las informaciones que pudiera hacer una junta: preguntó ¿si sus investigaciones la darian un estado mas satisfactorio de las rentas que el que se debe deducir de los subsidios que se han acordado, del empréstito que se ha negociado, de los impuestos, cuyo producto será inmenso sin gravar á los pobres; si estos recursos efectivos no son mas propios para determinar la opinion que los discursos especulativos del preopinante? Jamás hasta ahora habia oido hablar de las dudas que se habia querido suscitar sobre el estado de la poblacion: no negó que se ha perdido gente en la guerra, pero que todo se debe juzgar por comparacion. Por grande que sea la pérdida, es cosa muy corta comparada con la naturaleza de esta guerra y con las inmensas pérdidas del enemigo. En vez

de hacer juicio de la poblacion por el número de las casas que pagan el impuesto, advirtió que seria mas justo hacer este cómputo por el aumento inmenso de las manufacturas que necesita un aumento de obreros, mayormente cuando este aumento no se hace á espensas de la agricultura. Además, añadió, que era imposible haber puesto el ejército y la marina en un estado tan respetable como el que tienen al presente, sin que alguna provincia haya padecido diminucion en su poblacion.

Aseguró que la estraccion y el comercio han sido mas considerables en 1794 que en todos los demas años, escepto el de 1791 y 92, y que han escedido mucho á los de 1770 y 1771: todos estos hechos, que eran notorios á la Cámara, parecian mas satisfactorios que ningun informe que pudiese hacer la junta.

Mr. Pitt no tuvo dificultad en confesar que el Rey de Prusia no ha cumplido las condiciones del tratado, como la Inglaterra debia esperar; pero esto no era razon suficiente para que se desconfiase de todos los aliados. Por lo que hace al Emperador, advirtió que por lo mismo que era cierto que el Emperador no podia continuar la guerra por falta de dinero, se debia con mas justo motivo socorrerle.

Concluyó advirtiendo que toda la cuestion se reducia á saber, si la Cámara retractará ó no su opinion tantas veces pronunciada sobre la guerra: esperaba que los miembros que prefieren una guerra vigorosa para conseguir una paz honorífica, no negarian su confianza al ministerio. Habiéndose votado la propuesta de Mr. Fox, tuvo contra sí doscientos diez y nueve votos, y solos sesenta y tres á su favor.

Debate del 29 de octubre de 1795.

El Rey pasó el 29 de octubre á la Cámara de los Pares á las dos de la tarde, y hallándose allí los Comunes á la barra, segun costumbre, hizo S. M. la abertura del Parlamento con el siguiente discurso.

Caballeros y Señores.

«Me es de la mayor satisfaccion el considerar, que á pesar de varios sucesos desgraciados para la causa comun, la perspectiva que resulta de la situacion general de los negocios se

ha mejorado esencialmente en puntos muy importantes en el discurso de este año.

« La invasion con que amenazaban los Franceses á la Itali ha sido frustrada, y han sido rechazados de una parte consid rable de la línea que ocupaban sobre la costa. Hay tambie motivo para esperar que las operaciones recientes de los ejé citos austriacos detendrán los progresos que habian hecho e la Alemania é inutilizarán los proyectos ofensivos que intent ban contra aquellos paises.

« Los sucesos que han acompañado á sus operaciones mil tares en otras partes, y las ventajas que han sacado de los tr tados particulares que han ajustado con algunas potencia que se hallaban empeñadas en esta guerra, están muy dista tes de recompensar los males, que su continuacion les acarre La destruccion de su comercio, la disminucion de sus fuerza marítimas, y el embarazo de su situacion interior producen lo efectos que se debian esperar, y parece haber prevalecido e toda la Francia la opinion general de que el único medio de ev tar el aumento de estos males consiste en el restablecimient de la paz, y en un sistema sólido de gobierno.

« Los trastornos y la anarquía que por tanto tiempo ha reinado en aquel pais, le han conducido á una crisis, cuyas re sultas es aun imposible prever; pero segun todas las probabi lidades humanas, debe producir unos efectos de la mayor im portancia para toda la Europa. Si esta crísis condujese á u órden de cosas compatible con la tranquilidad de los dema paises, y que diese esperanzas razonables de hallar segurida y duracion en un tratado de paz, las disposiciones para nego ciar una paz general encontrarian en mí el mas vivo deseo d darlas un pleno y pronto efecto. Pero creo que convendréi conmigo en que no hay mejor medio para asegurar y acelera este fin tan apetecible, que el hacer ver que estamos dispues tos y preparados para cualquiera de los dos partidos, y que no hallamos resueltos á proseguir la guerra con la mas fuert energía y vigor, hasta que podamos concluir de concierto co nuestros aliados una paz, cual debemos prometernos de l justicia de nuestra causa.

« En esta consideracion, yo continuo haciendo los mayore esfuerzos, para mantener y acrecentar nuestra superiorida

naval, como tambien para proseguir nuestras operaciones activas y vigorosas en las Indias occidentales, á fin de asegurar y estender las ventajas que hemos conseguido, que están íntimamente ligadas con nuestros recursos comerciales, y nuestra situacion interior.

« Yo confio enteramente en vuestra asistencia firme y celosa, en el constante valor de mis escuadras y ejércitos, y en la perseverancia y espíritu público de todas las clases de mi pueblo.

« Los actos de hostilidad cometidos por las Provincias Unidas bajo la influencia y direccion de la Francia, me han obligado á tratarlas como á enemigas.

« La escuadra que he empleado en el mar del Norte, ha sido apoyada con toda cordialidad y actividad por las fuerzas navales, que me ha suministrado el Emperador de Rusia, y por este medio he logrado embarazar todas las operaciones del enemigo en aquellos parajes.

« He concluido una alianza defensiva con las dos cortes imperiales; y las ratificaciones del tratado de comercio con los Estados Unidos de América, que os anuncié el año pasado, han sido cangeadas. He mandado que se os presenten copias de estos tratados.»

Señores de la Cámara de los Comunes.

Me causa el mas vivo sentimiento ver que las urgencias del servicio público exigen un nuevo aumento de los crecidos impuestos, que inevitablemente se han recargado sobre mi pueblo; pero confio que esta carga se aliviará hasta cierto punto por el estado floreciente de nuestro comercio, y que nuestros gastos, aunque necesariamente muy considerables, podrán sin embargo esperimentar una gran disminucion en las actuales circunstancias de la guerra en comparacion de los de este año.

Caballeros y Señores.

« He observado desde algun tiempo, con la mayor inquietud, el precio tan escesivo á que han subido los granos, y esta inquietud se ha aumentado con el temor de que la cosecha de este año no baste para librar á mi pueblo de la escasez con que tiene que luchar. El buen órden y sumision á las leyes, que, á escepcion de algunos casos, se ha manifestado en esta

dura situacion, le habréis considerado sin duda como un nuevo motivo para ocuparos con la mayor prontitud en el exámen de las providencias que pueden disminuir la actual miseria, y evitar igual embarazo en adelante. Por mi parte nada se ha omitido de cuanto me ha parecido podia contribuir á este fin, y debeis estar seguros del concurso mas eficaz de mi parte á todos los medios, que la sabiduría del Parlamento pudiese adoptar sobre un asunto que interesa tan particularmente á mi pueblo, cuya felicidad será siempre el principal objeto de mis deseos paternales.»

Luego que los Comunes se retiraron á su Cámara, el Conde de Dalkeyth propuso el memorial de accion de gracias al Rey por su discurso; su proposicion fué apoyada por los señores Stewart y Jenkinson, y combatida por Mr. Sheridan, el general Tarleton, y principalmente por Mr. Fox, quienes hicieron largos discursos, y criticaron amargamente palabra por palabra el discurso del Rey. Mr. Fox, sin oponerse á la accion de gracias propuesta, tan formalmente como los otros dos oradores de su partido propuso se añadiese el siguiente correctivo.

«Suplicamos humildemente á V. M. que considere los sucesos de los tres años pasados; que compare la situacion en que se hallaban las potencias beligerantes al empezarse las hostilidades, con su estado actual; que reflexione que de la gran pluralidad de los aliados, en cuya cooperacion confiaba V.M., unos han abandonado la causa para buscar su seguridad en la paz, y otros han formado alianzas con el enemigo; que nuestras posesiones en las Indias occidentales han sido saqueadas y desoladas, y que la seguridad de todas está espuesta á un peligro inminente; que las espediciones sobre las costas de Francia se han frustrado, ó han sido desgraciadas, dirigiéndose por otra parte, sin ninguna esperanza razonable de buen suceso, á deshonrar el nombre británico con el sacrificio vergonzoso de aquellos en quienes los ministros de V. M. han fomentado la esperanza de una proteccion pública, y que en medio de todos estos sucesos contrarios y desgraciados, se ha consumido una gran suma de hombres y de dinero, de lo cual no hay ejemplo en la historia de las guerras anteriores.

«Siendo este el resultado de las medidas que se han tomado,

no podemos desempeñar nuestra obligacion para con V. M., para con nuestra patria, y nosotros mismos, sin suplicar encarecidamente á V. M. que reflexione la imposibilidad evidente de conseguir en esta guerra el objeto que hasta aquí se habia propuesto. En consecuencia, suplicamos humildemente á V. M. que no obre en virtud de la opinion de que el gobierno de Francia no es capaz de mantener las relaciones ordinarias de paz y de amistad: opinion que se ha demostrado falsa por la situacion de los Estados Unidos de América, y de las naciones europeas que se han mantenido neutrales con fidelidad y dignidad; opinion demostrada ya absurda por la conducta y situacion actual de la Prusia, de la España, y de los Príncipes del Imperio. Pedimos, pues, que V. M. tenga la bondad de tomar medidas prontas y decisivas para concluir la paz con la Francia, cualquiera que pueda ser la forma presente ó futura de su gobierno interior; y considerar como una indemnizacion, si es posible hallar alguna, el restablecimiento de la industria, de la abundancia, y de la tranquilidad doméstica. Al mismo tiempo que suplicamos á V. M. con el mayor afecto, que considere cuan infructuosa es la prosecucion de la guerra, y cuan vanos é ilusorios son los obstáculos que se suponen para la paz, declaramos que si el gobierno de Francia desprecia las negociaciones de paz, propuestas por V. M. con condiciones convenientes, y persevera en las hostilidades con el designio, sea de engrandecerse, sea de establecer su sistema de gobierno en otros paises, apoyarémos la prosecucion de la guerra con el mayor vigor, esperando que el valor de la nacion, cuando se trate de esta causa, se hallará siempre en estado de cumplir con todo lo que sea justo y necesario, por mas debilitada y apurada que se halle por los planes mal combinados de los que han aconsejado á V. M. »

Mr. Pitt impugnó con la mayor energía este discurso de Mr. Fox. Advirtió desde luego, que por mas estraordinario que hubiese sido el discurso de su competidor, nunca hubiera esperado oir una proposicion aun mas estraordinaria, cual era la de anticiparse á hacer proposiciones á la Francia para obtener la paz sin ninguna indemnizacion. « Esta es, añadió, una proposicion que los privilegios sagrados del Parlamento permiten en efecto arriesgar con la certeza de la impunidad, y

no puedo repetir contra el muy honorífico miembro la amenaza que me ha hecho de una acusacion ; pero si el fuera ministro y hubiese hecho semejante proposicion , mereceria ciertamente ser acusado mas bien que ningun otro que haya faltado contra la patria. » Mr. Pitt se detuvo en justificar el discurso del Rey , mostrando que era enteramente conforme con el que S. M. habia pronunciado al fin de la última sesion. Pero de toda la larga respuesta de Mr. Pitt, ninguna cosa hizo mas impresion que el pasaje relativo á la nueva Constitucion francesa. «Esta Constitucion , dijo , segun la forma con que ha sido decretada , puede haber sido examinada y puesta en ejecucion con un consentimiento de la nacion bastante general y formal para autorizar á sus representantes á hablar en nombre del pueblo francés ; y no tengo dificultad de decir , que si así fuere , desde este punto cesarian todas las objeciones contra la forma , y los principios de este gobierno, que ponen un obstáculo á las negociaciones de paz. Con igual franqueza aseguraré , que entonces las condiciones decidirian , si se podia esperar una seguridad conveniente, y una satisfaccion razonable para nuestro pais. Pero si en estas circunstancias por un deseo precipitado é intempestivo de la paz , ó por alguna disposicion á no estimar nuestras fuerzas reales , ó por falta de valor para vencer las dificultades en que convengo ; si perdiesemos , digo , de vista la situacion del enemigo , y despreciasemos las ventajas que nos da para conseguir la paz con condiciones justas y convenientes , esto seria á mi juicio el suceso mas fatal que nos pudiese acaecer. »

Habiéndose votado la propuesta de Mr. Fox , tuvo 59 votos á su favor , 140 en contra.

Debate del 6 de octubre de 1796.

Habiendo pasado el Rey al Parlamento el dia 6 de octubre , pronunció el discurso siguiente :

Caballeros y Señores.

« Me sirve de la mayor satisfaccion en las actuales circunstancias recurrir á vuestros consejos en consecuencia de los sucesos que han proporcionado á mi pueblo, empeñado en un combate penoso para conservar todo lo mas precioso que te-

nemos, la ocasion de manifestar sus afectos. No he omitido ningun medio para establecer negociaciones que puedan restituir la paz á Europa, y asegurar en lo sucesivo la tranquilidad general.

«Las medidas que he tomado sobre este asunto, han abierto en fin el camino para una negociacion inmediata y directa, cuyas resultas deben conducirnos ó al objeto deseado de una paz justa, honorífica y sólida para nosotros y nuestros aliados, ó probar sin réplica cual es la sola causa á que se debe atribuir la prolongacion de las calamidades de la guerra.

«Voy á enviar inmediatamente á Paris una persona con plenos poderes para tratar de este objeto, y mis deseos mas ardientes son que esta providencia pueda acarrear el restablecimiento de la tranquilidad general.

«Pero debeis conocer que nada puede contribuir mas al cumplimiento de este deseo, que vuestro anhelo en manifestar que tenemos á un tiempo la voluntad y los medios de oponer con nueva actividad y energía los mayores esfuerzos contra nuestros enemigos.

«Principalmente conoceréis esta necesidad en un momento en que el enemigo ha manifestado abiertamente su intencion de probar un desembarco en estos reinos: no se puede dudar del éxito de esta tentativa; pero es propio de vuestra prudencia el no omitir ninguna de las precauciones que pueden detener esta empresa, ó asegurar los medios mas prontos para hacer que se convierta en ruina y confusion del enemigo.

«Reflexionando sobre los sucesos de este año, observaréis que por el aumento de mis fuerzas navales, nuestro comercio se ha elevado á un estado de esplendor y engrandecimiento de que no hay ejemplar, al paso que las escuadras del enemigo han estado bloqueadas todo el año en sus puertos. Las operaciones de las Indias orientales y occidentales han sido muy honoríficas para las armas inglesas; y han procurado grandes ventajas á la nacion. El valor y buena conducta de mis tropas por mar y tierra han sido dignos de los mayores elogios.

«Los sucesos de la guerra en el continente han sido mas varios, y los progresos de los Franceses por un momento han amenazado á toda la Europa con los mayores peligros: pero la honrosa y noble perseverancia del Emperador mi aliado,

y la disciplina y valor invencible de los ejércitos austriacos bajo la conducta del archiduque Cárlos han hecho tomar tal giro á los sucesos de la guerra, que se puede esperar con seguridad, que el ultimo resultado de la campaña será mucho mas ruinoso para el enemigo, que sus principios y progresos le fueron favorables por algun tiempo.

« Las disposiciones hostiles de la corte de Madrid han dado motivo á discusiones, cuyo resultado no puedo aun anunciaros; pero estoy bien seguro, de que como quiera que sea su éxito, habré dado una nueva prueba á la Europa de mi moderacion, y no tengo la menor duda sobre vuestro anhelo en defender contra toda agresion la dignidad, los derechos, y los intereses del imperio de la Gran Bretaña.

Sres. de la Cámara de los Comunes.

« Yo descanso en vuestro celo y patriotismo para los nuevos subsidios que juzgareis necesarios para el año siguiente: me es de la mayor satisfaccion el observar que á pesar de los embarazos momentáneos que se han esperimentado, el estado del comercio, de las manufacturas y de las rentas del pais prueban la estension y solidez real de nuestros recursos, y os suministra los medios que juzgareis capaces de corresponder á os nuevos esfuerzos que exige esta crisis.

Caballeros y Señores.

« El apuro en que nos hallamos el año pasado por falta de trigos no existe ya por fortuna, y en el dia tenemos la esperanza mas halagüeña para el alivio de las clases trabajadoras del estado. Nuestra situacion interior ha sido tambien preservada de toda especie de turbaciones. El afecto general de mi pueblo á la Constitucion inglesa se ha manifestado en todas ocasiones; y los esfuerzos de los que deseaban introducir la anarquía y la confusion en este pais han sido reprimidos con la fuerza y la sabiduría de las leyes.

«Confundir todos los designios de nuestros enemigos, restituir á mi pueblo el beneficio de una paz honorífica y segura, conservar su religion, sus leyes y libertad contra todo ataque, y asegurar hasta la posteridad mas remota la gloria y la felicidad de estos reinos; este es el objeto constante de todos los deseos de mi corazon, y principal móvil de todas mis acciones. Toda providencia que pudiere conducir á estos fines, estoy

seguro de que recibirá la aprobacion de mi Parlamento, de cuyo celo, firmeza y afecto estoy bien persuadido. »

Despues del discurso del Rey, los Comunes se retiraron. El lord Bathurst propuso la accion de gracias: su proposicion fué apoyada por el lord Ossory, que ponderó la generosidad la persevereucia y los esfuerzas que el Emperador ha hecho para sostener la causa comun. Si las proposiciones justas y razonables de la Gran Bretaña son desechadas por la Francia, añadió este lord, es mucho mas indispensable hacer los mas vigorosos preparativos para continuar la guerra. El ascendiente que la Francia ha adquirido con la alianza de España, hace mas necesarios estos preparativos.

El lord Fitz William que en la última sesion del Parlamento propuso hacer á la Francia una guerra de exterminacion, declaró que estaba muy distante de aprobar las medidas comunicadas por el Rey. El objeto de esta guerra, dijo no se reduce á intereses de política ó de comercio: se trata de defender el órden social, la paz de toda la Europa y la Constitucion británica, amenazadas por unos principios subversivos. Todo pais que ha caido bajo el poder de la Francia, ha sido víctima de sus principios. Ved la conducta de este gobierno respecto de la Cerdeña: apenas se habia hecho la paz, cuando se mezcló en su política interior, introdujo novedades, y llegó hasta poner en libertad á los que estaban presos por varios delitos. ¿Qué conducta han tenido los Franceses en Turin? La bandera francesa ha sido tremolada en aquella capital del Piamonte. En su tratado con el Rey de Prusia estipularon que se llevaria en Berlin la escarapela tricolor. ¿Estais dispuestos, Señores, á ver enarbolar en estos reinos la bandera francesa, y adornaros con la escarapela tricolor? Si quereis libraros de unas condiciones vergonzosas, no espereis á estar empeñados en los primeros pasos de una negociacion.

¿Habeis reflexionado bien los efectos que el sistema de los Franceses ha producido en las Indias occidentales? Ved las ricas colonias de San Vicente y de la Granada casi desoladas por esta perniciosa doctrina.

El opinante preguntó, si pretendia tratar con los Franceses sin haber examinado su constitucion: si se tratará con la nueva República teniendo por límites los Alpes y el Rhin, ó redu-

cida á sus antiguos límites: si se dejará fundar en Italia una nueva república, que cierre los puertos de aquella region á los navíos ingleses, y añadió que habia visto con placer en los papeles públicos, que cuando se hizo la primera proposicion, el Directorio francés publicó en uno de sus periódicos ministeriales un escrito que era una sátira grosera del pueblo inglés.

Este lord concluyó proponiendo que se suprimiese una parte de la accion de gracias, y que se añadiese un párrafo que anunciase la determinacion de la Cámara para que se continue la guerra hasta que se hayan tomado medidas eficaces para preservar á la Inglaterra de los principios franceses.

El lord Guildford, del partido de la oposicion, apoyó la accion de gracias, pero añadió que no se infiriese de esta aprobacion, que aprobaba la conducta anterior del Ministerio. Mostró quedar muy satisfecho de que el discurso del Rey hubiese contenido el torrente de injurias y de calumnias con que el pueblo y el gobierno francés habian sido cubiertos por nuestros ministros por espacio de tres años.

Lord Grenville, ministro de los negocios estranjeros, dijo: que la accion de gracias estaba concebida en tales términos que evitaba toda objecion y dificultad. Aseguró que el gobierno nunca consentirá en ninguna condicion que no sea conforme con la dignidad de la Gran Bretaña, y con los intereses de sus aliados. Añadió que no convenia espresar por ahora lo que pensaba acerca de la Cerdeña, y que omitia responder al papel de que habia hablado el lord Fitz William; pero que no lo consideraba como una sátira contra el pueblo inglés.

El conde de Abigdon apoyó la opinion del lord Fitz William, y dijo que no consentirá en la paz, sino con la condicion del *status quo* antes de la guerra. Despues de una ligera discusion se aprobó la accion de gracias.

En la Cámara de los Comunes, despues que el orador leyó el discurso del Rey, el lord Morpeth propuso la accion de gracias. Mostrarémos, dijo, al gobierno de Francia, que si tratamos de paz, no es por falta de fuerzas, porque nuestros recursos están muy lejos de hallarse apurados. Sir William Lowther apoyó la proposicion: dijo, que estaba persuadido, que si los que gobernaban la Francia estaban seriamente dis-

puestos á hacer la paz, no se podia dejar de conseguir este fin tan saludable.

« Mr. Fox habló así: No puedo manifestar bastante mi aprobacion al principal objeto del discurso del Rey. No tengo necesidad de asegurar á la Cámara que apruebo altamente el que se envie un plenipotenciario á Paris, y si esta providencia nos acarrea la paz tan deseada, será muy de sentir que no se haya ejecutado antes de haber prodigado tanto oro y sangre, de sacrificar tantos millones y tantos hombres.

« Si en las circunstancias actuales los Ministros están de buena fe dispuestos á la paz, declaro, que yo que he pensado que esta guerra en su principio no era dictada por la justicia ni por la necesidad, y que en varias épocas se han presentado ocasiones de terminarla favorablemente, estoy pronto á consentir en ello desde ahora. No llamaré á este paso una demanda vergonzosa y suplicante, segun la espresion de que se usó en la última sesion, antes bien considero accion gloriosa para una gran nacion ofrecer condiciones de paz. No hay circunstancias en que una nacion ostente mas dignidad que quando propone medios de acomodo.

« S. M. nos dice que ha hecho todos sus esfuerzos para conseguir una paz general: es preciso, segun pienso, entender que los ha hecho últimamente despues del anterior Parlamento. De este modo no tengo ninguna dificultad que me impida votar la accion de gracias; pero sin esta esplicacion estaria en oposicion formal contra mis primeras proposiciones. Hay en el discurso, así como en la accion de gracias, muchas cosas dignas de elogio: se ha evitado sabiamente apuella multitud de provocaciones de que estaban llenos los discursos anteriores; y he visto con mucho placer que ya no se habla de la causa de la religion, de la sociedad civil, del órden social, de la justicia y necesidad de la guerra. Doy gracias personalmente á los Ministros por esta causa, pues jamás tendrémos ls paz usando de semejante lenguaje, que será siempre un obstáculo insuperable para las negociaciones.

« El comercio y las manufacturas pueden considerarse bajo diferentes aspectos por diferentes personas, y pido que se tenga entendido, que al votar á favor de la accion de gracias, no pretendo privarme de la facultad de presentar mis quejas á la

Cámara sobre estos objetos. Tambien el estado de la s rentas puede parecer menos favorable á unos que á otros.

«Pero hay otra parte del discurso, á la cual me es muy difícil suscribir, y es aquella en que se habla de la tranquilidad interior de este pais, la qual se atribuye al vigor de las leyes, que han reprimido las tentativas de aquellos que deseaban introducir la anarquía y la confusion. Yo pienso que jamás ha habido tales personas, y que no se han encontrado mas que dos ó tres individuos de ninguna consecuencia, absolutamente indignos de fijar la atencion del Rey ó del gobierno. Si se ha querido decir que esta tranquilidad es el fruto de las providencias del año pasado, ó de las leyes del último Parlamento, lo niego formalmente; y si este sosiego proviniese de semejantes leyes seria una calma engañosa y mucho mas temible que el desórden y los tumultos.

«Yo amo y admiro la constitucion de este pais, pero es la constitucion en que me he criado, y que desde mi niñez aprendí á reverenciar, y no la constitucion del último Parlamento. Este ha hecho mas para mutilar y desfigurar la constitucion, que ninguno de sus predecesores: y yo tambien formo mis votos para que en esta ocasion el voto de la Cámara sea unánime; pero declaro, que seria comprar muy cara esta unanimidad si es susceptible de ser interpretada en el sentido que quisieran algunos miembros.

«No creo que sea conveniente ventilar en esta Cámara las condiciones de paz, y juzgo que no debo detenerme en este particular. Se tambien que la Inglaterra tiene grandes recursos, y que si la nacion queda convencida de que la continuacion de la guerra no se debe sino á la ambicion de la Francia, entonces nuestros recursos se aumentarán considerablemente, y nuestras fuerzas se armarán con duplicada energía. Debemos negociar con la mayor moderacion; y aunque estoy muy lejos de querer que se abandone el honor y el interés nacional, sin embargo juzgo que seria menos funesto el error del lado de la moderacion que por el contrario.

«Por lo que hace á las victorias de los Austriacos, todos debemos admirar el valor y constancia de aquellas tropas: ¿pero cual ha sido el efecto de estas viotorias? El único es que el Emperador ha recobrado una parte de lo que habia perdido

en el discurso de ella. Seguramente este seria un gran motivo de regocijo : ¿ pero cuál es la naturaleza de esta guerra, en que nos gloriamos de semejantes triunfos? Convengo en que nuestra marina ha tenido sucesos mas brillantes que en ninguna época de nuestra historia , nuestros marinos se han mostrado iguales en valor , y quizá superiores en habilidad á sus predecesores ; pero en esto no veo mas que una nueva objecion contra la naturaleza de esta guerra.

« Despues de cuatro años de los sucesos mas brillantes , no podemos hacer ninguna empresa grande y gloriosa ; lo que prueba evidentemente que hay un vicio radical en el sistema. Algun dia instaré á la Cámara á tomar una resolucion para aconsejar á S. M. que haga mutaciones fundamentales en el gobierno interior de este pais.

« A esto respondió Mr. Pitt : Tengo por gran fortuna el ver en la época mas crítica é importante de este siglo que la unanimidad de la Cámara no me deja que refutar ningun discurso. Esto será una prueba para toda la Europa no solo de la unanimidad de la Cámara , sino tambien de los afectos que animan á todos los individuos de estos reinos , y un presagio de los vigorosos esfuerzos, que si no tienen efecto nuestras negociaciones , no pueden dejar de asegurarnos en una época mas remota una paz honorífica y ventajosa.

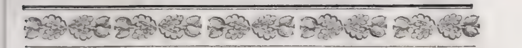
« Por lo que mira á las condiciones con que se puede hacer la paz , este es un objeto del cual no debemos tratar por ahora , como ha advertido muy bien el honorífico miembro (Mr. Fox) , y por otra parte seria hablar sobre un objeto desconocido, pues no sabemos aun cuales serán las disposiciones del enemigo.

« Aunque la situacion de este pais pueda considerarse bajo el aspecto de una próxima paz , no es menos importante considerarle bajo otro punto de vista , que no es menos probable , quiero decir , en la suposicion en que rompiéndose las negociaciones por pretensiones injustas de nuestros enemigos, seria mas necesario que nunca el proseguir la guerra con vigor. En este caso , sacaríamos la mayor ventaja de los esfuerzos que hacemos para entablar las negociaciones , pues quedarian manifiestos á los ojos de toda la Europa los proyectos ambiciosos , y los planes peligrosos de la Francia.

« He visto con placer que al tiempo en que el honorífico miembro se propone hacer una mocion dirigida á introducir una mudanza fundamental en el gobierno interior, ha sido bastante sincero para reconocer que este sistema basta para esplicar las causas de la tranquilidad general é imperturbable que ha reinado desde el momento en que se pretende que se han introducido abusos criminales en la administracion interior; pero estamos discordes el honorífico miembro y yo, como siempre lo hemos estado, sobre las causas á que conviene atribuir la tranquilidad del pais.

« Si la mudanza en el gobierno, que el honorífico miembro nos amenaza proponer, debe tener por objeto el revocar las leyes que se han hecho para la seguridad del pais, entonces tendrémos tiempo para ocuparnos en la discusion de este objeto. »





REPRESENTACION

HECHA

AL SEÑOR REY DON CARLOS III

Por su Secretario de Estado y del Despacho el Excmo. Sr. *D. José Moñino*, conde de Floridablanca, etc. etc., en 10 de octubre de 1788.

CONTIENE

Todas las operaciones ministeriales que desempeñó desde que fué elevado á aquella dignidad en febrero de 1777, y otras muchas y diversas comisiones que S. M. le encargó, y se verificaron con feliz suceso en beneficio de la patria y del estado.

Señor.

En 19 de febrero de 1777 tuve el honor de presentarme á los pies de V. M. para empezar á servir el ministerio de Estado á que se dignó elevarme. Acababa de salir de Cádiz la espedicion destinada al rio de la Plata, para tomar satisfaccion de los insultos portugueses en el rio grande de San Pedro y contener los que pudieran intentarse en aquellas regiones por la mediacion de la Francia é Inglaterra.

La muerte del rey Don José de Portugal abrió una puerta á negociaciones pacíficas, habiéndome hablado el embajador de aquella corona don Francisco Inocencio de Sousa, para que tratásemos del modo de acomodar y fenecer nuestras desa-

venencias. Inmediatamente le respondí que estaba pronto á concurrir á sus deseos siempre que nos entendiésemos solos de corte á corte sin intervencion de mediadores, á que me satisfizo diciendo que trabajaria para ello.

Tuve en mi respuesta el objeto de apartar de la negociacion dos cortes poderosas, que por mas amigas que fuesen, no teniendo zelos algunos de Portugal, los podrian tener del engrandecimiento y prosperidad de España, á quien estrecharian por consecuencia á aceptar en la pacificacion el partido menos ventajoso. Tambien tuve por objeto que Portugal agradeciese directamente á V. M. cualquier condescendencia que tuviese, cuando mediando la Francia é Inglaterra siempre seria el agradecimiento para estas potencias, á cuyo poder se atribuiria cualquier sacrificio forzado que hiciere la España.

Sobre estos principios, que V. M. se dignó aprobarme, se entabló la negociacion, preparándose con el tratado preliminar de límites, hecho en 1.° de octubre de 1777, la union que felizmente subsiste entre ambas cortes, y la ejecucion de otros tratados, de que hemos sacado grandes utilidades, especialmente en la última guerra.

Por aquel tratado logró V. M. la adquisicion absoluta de la colonia del Sacramento, y dejar cerrado el rio de la Plata á todas las naciones. Tres veces habia la España destruido y conquistado aquella colonia. Una á fines del siglo pasado, cuando acababa de formarse; otra en la guerra de sucesion en principios de este siglo, y otra en la guerra de 1762, fenecida por el infeliz tratado de Paris.

En todas tres ocasiones intervinieron las cortes de Francia é Inglaterra para hacerse los tratados, y en todas tres se forzó á la España á restituir la colonia á Portugal. Estaba reservado á V. M. fenecer por sí solo este asunto, siendo una de las mayores fortunas de mi ministerio el haber podido ser instrumento y testigo de esta adquisicion, logrando destruir el abrigo del contrabando estranjero en el centro del rio de la Plata, y quitar á nuestros enemigos la proporcion de turbar desde allí la quietud de nuestras provincias con sublevaciones, y de apoderarse ó aprovecharse de todas las riquezas de nuestra América meridional.

De tanta importancia y consecuencia se creyó por estas ra-

zones la colonia del Sacramento en el reinado precedente, que cedió para adquirirla todo el territorio del Ibieni, en que se comprenden mas de quinientas leguas de la provincia del Paraguay, haciéndose con Portugal el tratado de 1750, que V. M. se vió obligado despues á anular por haberse arrepentido los Portugueses de las cesiones hechas á esta corona, sin haberles dado para ello la menor causa.

Por el tratado último de 1777, y por el definitivo que le subsiguió, consiguió V. M. adquirir la colonia y retener el Ibieni y pueblos cedidos del Paraguay, y estender los límites de sus dominios por aquella parte hasta la laguna Meirin, desde el sitio de Castillos grandes á que se habian reducido por el tratado de 1750, adquiriendo de la parte del Marañon y rio Negro todos los territorios necesarios, y fijando reglas que asegurasen las pertenencias de la corona.

Quisieron censurarse estas grandes é inesperadas ventajas de nuestros últimos tratados, por los que ignorando los verdaderos intereses de la monarquía, solo aspiran á que se hagan adquisiciones, sean útiles ó dañosas. El no haber retenido la villa del Rio Grande con su rio ó laguna de los Patos, y el haber devuelto la isla conquistada de Santa Catalina, fueron los reparos puestos al glorioso tratado de V. M., sin advertir que la tal villa no podia retenerse justamente por nosotros contra las restituciones pactadas en el tratado de París, que el mismo general don Pedro Ceballos que la conquistó y retuvo habia representado difusamente que no nos importaba ni convenia por muchas razones poderosas que espuso; que la isla de Santa Catalina sin el continente inmediato del Brasil era una carga de sumo gasto y cuidado, y de ningun provecho, espuesta á las irrupciones y á su pérdida en la primera guerra: que las utilidades de la pesca de ballena que allí se hace pueden ser mayores en nuestras costas de Buenos-Aires y todo el mar del Norte hasta el estrecho de Magallanes, donde hay mayor abundancia, cercanía y proporcion de que no nos aprovechamos; y finalmente, que el estendernos en el Brasil, como algunos querrian, por los antiguos derechos de la famosa línea de Alejandro VI, era un proyecto imposible de lograr, y contrario á las concordias y tratados posteriores, y aun para deshacerlos habria sido preciso entregar á los Portu-

gueses las islas Filipinas que por aquella línea tocaban á su demarcacion.

No se limitó la utilidad de estos tratados á las adquisiciones y ventajas referidas. V. M. tuvo por ellos la cesion de las islas de Aunobon y Fernando Pó, con la facultad de hacer el comercio de negros en la inmediata costa de Africa.

Quien sepa la necesidad que la España tiene de negros para vastísimas colonias de ambas Américas, las infinitas sumas que hemos gastado para ello á Portugueses, Franceses é Ingleses, y las que ahora pagamos á estos últimos, conocerá las utilidades que puede proporcionar aquella adquisicion y facultad.

El buen ó mal uso que hasta ahora se haya hecho de las proporciones que en este punto nos procuró el tratado, no me pertenece por no habérseme encargado su ejecucion.

Ademas de lo referido, obtuvimos por el mismo tratado que la corte de Portugal nos ofreciese la garantía y seguridad del Perú y demas provincias de la América meridional, no solo contra los enemigos esternos, sino tambien contra las sublevaciones internas.

Parece que se preveia la inminente guerra con Ingleses que prorumpió en 1779, pues queriendo en ella la corte de Lóndres formar una espedicion contra las provincias del Perú y rio de la Plata, pudieron atajar este daño los fuertes oficios del ministerio portugués, para no verse comprometido en virtud de la garantía.

Considérense los funestos efectos que habria producido una espedicion inglesa en aquellas provincias al tiempo que estaban muchas de ellas sublevadas por el famoso rebelde Tupacamaro, y por otros sus partidarios y descontentos. La mano de Dios habia formado por una proteccion especial de V. M. y de esta monarquía los artículos del tratado con la corte de Lisboa, para precavernos de la pérdida de aquellos vastos dominios.

La buena correspondencia y amistad que se estableció por medio de los tratados con Portugal, nos proporcionó en la citada guerra con Ingleses, muchas utilidades y auxilios, siendo la primera de esta especie, que nuestros enemigos no han abusado de los puertos y costas del mismo Portugal para da-

ñarnos, y en que nosotros hemos podido aprovecharnos de ellos para muchos objetos importantes.

El pabellon portugués por otra parte ha servido para traernos muchos tesoros de Indias sin riesgo, en que se comprenden los tres millones de pesos y mas que dejó el navío el *Buen Consejo* en la isla del Jayal, y que nos condujo uno de guerra y de línea portugués, enviado á propósito y con fineza estraordinaria por aquella corte para evitar riesgos de corsarios.

Quiso V. M. premiar mis servicios en aquel tratado, y se dignó honrarme con la gran cruz de su órden de Cárlos III. Rogué á V. M. que se sirviese suspender este honor y escusarme de él; lo que obtuve con muchas reflexiones y argumentos que V. M. me permitió hacerle. Despues de besar á V. M. su real mano por la gracia, y por admitir mis escusas, tuvo la bondad de mandarme pasar á decir ál príncipe esta novedad, respecto de haber ya comunicado V. M. á S. A. la intencion en que estaba de distinguirme con la gran Cruz. Esto pasaba en 1777 al tiempo mismo que yo habia propuesto y conseguido para mis compañeros varias gracias; á saber: para el conde de Ricla la de capitan general; para don José de Galvez los honores del consejo de Estado; y para el marqués de Castejon la misma gran Cruz. Todos habian trabajado, y todos merecian y deseaban alguna remuneracion.

La misma prevision que se tuvo en los tratados con Portugal quiso Dios dar á V. M. en los que se hicieron con el rey de Marruecos. El sitio de Melilla y sus consecuencias habian dejado sin efecto el tratado hecho por don Jorge Juan (1). Luego que entré en el ministerio propuse á V. M. la necesidad de atraer aquel monarca Africano, para evitar los males que nos acarrearia su enemistad á la vista de la tempestad que amenazaba á Europa con la guerra entre Ingleses y Americanos, y las desconfianzas que producia la mezcla de intereses de la Francia y otras naciones.

En efecto, se logró reducir al rey de Marruecos á enviar á V. M. al embajador Reden-Otoman como por una satisfac-

(1) El año de 1767 hizo su embajada el Excmo. Sr. Don Jorge Juan al emperador de Marruecos, y consignió de este soberano cuanto le pidió á nombre del suyo el señor rey don Cárlos III.

cion ó demostracion pública de reconciliacion de la parte de aquel soberano, y por este medio se renovó y mejoró el tratado de paz con él, y se consiguieron las ventajas que son notorias durante la última guerra con Inglaterra. Pareceria increible si no se hubiese visto lo que aquel príncipe Moro ha hecho en obsequio de V. M., franqueando sus puertos á las naves del bloqueo de Gibraltar, permitiéndolas perseguir y detener á las enemigas dentro de ellos, facilitándonos víveres y auxilios para nuestro campo con pocos ó ningunos derechos; y finalmente depositando en nuestro poder parte de sus tesoros, como una prenda de seguridad de su conducta.

Con la amistad de aquel monarca pudimos dejar nuestros presidios sin considerables guarniciones, sacar de Ceuta mucha porcion de artillería y municiones, y vivir sin inquietudes durante la última guerra.

V. M. comprende mejor que nadie cuantos habrian sido nuestros trabajos, si por no atar este cabo con tiempo hubieran movido los Ingleses al rey de Marruecos al sitio de Ceuta ó de Melilla á turbarnos con un corso en el Estrecho todas las medidas para el bloqueo de Gibraltar, y á negarnos é impedirnos los víveres para nuestro campo.

Así como se previó la utilidad de nuestra paz con el soberano Marroquí, se tomó en consideracion lo mucho que importaria asegurar en la India oriental la amistad con Hider Ali Han, cuyo poder y máximas belicosas podrian inquietar á los Ingleses, y distraerlos en el caso de una guerra del designio, ya formado por ellos, de apoderarse de Manila y de todo lo mejor de nuestras islas Filipinas, como ya lo habian comenzado á conseguir en la guerra anterior.

Hallé entre los papeles de la secretaría de Estado la negociacion de amistad propuesta por el emisario Golmite, que estuvo en España á este fin, y la continué apoyando y fomentando la correspondencia con aquel príncipe asiático, para afianzarle en las esperanzas de nuestra gratitud y en sus principios de amistad; y en efecto se vieron despues sus esfuerzos durante la última guerra contra las posesiones inglesas, que verosímilmente nos libraron de la invasion y pérdida de las Filipinas.

Como la guerra que nos amenazaba podia estenderse al con-

tinente si la Inglaterra proyectaba y obtenia en él algunas alianzas que por fortuna no promovió, propuse á V. M. lo conveniente que seria contar con la amistad del gran Federico, rey de Prusia, y tratar de establecer embajadores ó ministros recíprocamente en nuestra corte y la suya; lo que jamás se habia ejecutado contra los principios de toda buena política.

Aquel glorioso monarca entró en estas ideas de un modo tan decoroso, que pareció que él mismo lo habia propuesto y solicitado, y se halló el medio de calmar las inquietudes y zelos que estos pasos dieron á la corte de Viena, habiendo logrado V. M. adquirir y tener un buen amigo en aquel soberano hasta su muerte, y conservar igual amistad y aun confianza con su sucesor, á pesar de los disgustos y alteraciones que han causado las desavenencias de Holanda, y la variacion en mucha parte de sistema de union de la corte de Berlin con la de Francia.

Para desnudar á nuestros enemigos de todo aliado marítimo que pudiese incomodarnos en el caso de un rompimiento, cultivé de órden de V. M. la buena correspondencia con la corte de Rusia, con la que habia muchos motivos de frialdad y desconfianza, nacidos de la etiqueta de los tratamientos imperiales, y de las ceremonias y pretensiones de aquella corte. Entró la Francia en iguales ideas, y se consiguió que la Rusia no solo no se aliase con la Inglaterra durante la guerra, sino que nos enviase de propósito dos fragatas de su marina cargadas de efectos navales, en el tiempo que la misma guerra impedia el paso de ellos para el surtimiento de nuestra armada.

Tambien se consiguió que la emperatriz de Rusia se pusiese á la frente de casi todas las naciones neutrales, para sostener los respetos de su pabellon, que es lo que se ha llamado *neutralidad armada.*

Con esto faltaron á la Inglaterra en la guerra última todos los recursos de las potencias marítimas, hasta de la Holanda su antigua aliada.

Permítame V. M. recordar aquí el manejo que se llevó para dar este golpe, que aunque atribuido á la Rusia, y sostenido por ella con teson, tuvo su principio en el gabinete político de V. M., y en las máximas que adoptó y supo conducir sagazmente.

La regla reconocida en los tratados de casi todas las naciones de libertar el pabellon neutral ó amigo de la confiscacion de los bienes ó mercaderías pertenecientes á enemigos, jamás habia sido observada por la marina inglesa, ó llevada de los principios altivos de su pretendida soberanía del mar, ó fundada en las leyes particulares de su almirantazgo.

Cuando se refundió y publicó por V. M. la nueva ordenanza de corso para la última guerra, se estableció que las embarcaciones de bandera neutral ó amiga, que condujesen efectos de enemigos, se detendrian y conducirian á nuestros puertos para usar con ellas y su carga de la misma ley de que usasen los Ingleses con las que llevasen efectos pertenecientes á Españoles ó sus aliados.

Por este medio se pensó conseguir una de dos cosas, ó contener la conducta inglesa contra el pabellon neutral, ó compensar, por via de represalia, la pérdida que en él hiciésemos con la mayor del comercio inglés que harian nuestros enemigos.

Con la ejecucion de este artículo de ordenanza, y con la proporcion que nos dió el bloqueo de Gibraltar para detener cuantas embarcaciones condujesen efectos ingleses, de las muchas que pasan al Mediterráneo, se levantó un clamor universal de parte de las potencias marítimas neutrales, cometiéndome los ministros de Suecia, Dinamarca, Holanda, Rusia, Prusia, Venecia, Génova y otros para que se cortase el perjuicio que padecia su comercio con la detencion de tanto número de buques.

A estos clamores y oficios respondí constantemente, que defendiendo las potencias neutrales su pabellon contra Ingleses cuando estos quisiesen apoderarse bajo de él de efectos españoles, entonces respetaríamos nosotros el mismo pabellon, aunque condujese mercaderías inglesas, porque no estaria ya en manos de la potencia neutral, ni vendria á consentir el abuso del poder que hiciese la Inglaterra; pero que tolerando, como toleraban, á la marina inglesa la detencion y confiscacion de efectos nuestros bajo su bandera amiga ó neutral, no debian esperar que la España cediese, ni dejase de hacer lo mismo.

Preparada así la materia para hacer recaer el odio, como

era justo, sobre la conducta inglesa, y disponer los ánimos de las potencias neutrales á la defensa de su pabellon, se presentó la Rusia con una especie de que nos valimos oportunamente.

El canciller de aquel imperio nos hizo insinuar lo mucho que conduciria á la quietud y buena correspondencia de las potencias comerciantes la formacion de un código general marítimo, que abrazase los puntos mas necesarios en la materia para evitar dudas y controversias, y que fuese adoptado de las naciones; en lo que la emperatriz de Rusia emplearia con mucho gusto sus oficios y autoridad.

Conocí al instante el deseo de la Rusia de adquirirse la gloria de dar leyes marítimas á la Europa comerciante, y respondí, que aunque la formacion de un tal código tendria muchas dificultades para ser adoptado, no habria tantas en persuadir á las potencias marítimas neutrales, que defendiesen su pabellon contra las beligerantes que quisiesen ofenderlo, estableciendo reglas para ello fundadas en los tratados. A esto añadí, que empezando por este medio la Rusia á mover á las potencias neutrales insultadas, y deseosas de sostener la inmunidad de su bandera, de que dimanaba la prosperidad de su comercio durante la guerra, vendria insensiblemente á formarse una especie de código marítimo, y la emperatriz, poniéndose á la frente de esta especie de alianza ó principios de neutralidad se haria el honor de protectora de los derechos de las naciones marítimas.

El difunto rey de Prusia, que deseaba refrenar los abusos del almirantazgo inglés, apoyó y fomentó este pensamiento y fué por consecuencia bien recibido del ministerio ruso, habiéndole yo asegurado que la España y Francia se acomodarian á estos principios, aunque la Inglaterra los rehusase; y en efecto, emprendió la Czarina, con el empeño que se ha visto, el proyecto de la neutralidad armada, que se ha hecho tan famoso, y que tuvo su primer orígen, como llevo dicho, en el gabinete de V. M.

Todos estos hechos conducen á la inteligencia de cuanto ocurrió en la última guerra con Inglaterra.

El orígen de esta guerra sabe V. M. y saben todos, que fué la insurreccion de las colonias americanas de los nuevos Estados Unidos.

Resentida la Inglaterra de los auxilios que la Francia daba á los insurgentes, y últimamente agraviada del tratado de alianza eventual que hizo con ellos, se decidió á las hostilidades que comenzaron en 1778.

V. M. sabe tambien todos los esfuerzos, pasos, memorias y trabajos que hice de su órden para evitar aquel rompimiento; y despues de sucedido, los que repetí para lograr una reconciliacion, y restablecer la paz bajo la mediacion de V. M., que aceptaron ambas potencias. Todo el tiempo que se consumió en estas negociaciones sirvió para aumentar V. M. sus prevenciones y armamentos, hacerse respetar, y obrar con ventajas en el caso de no tener efecto los deseos pacíficos de V. M., y ser preciso, como fué, venir una declaracion de guerra.

La Francia, fundada en el pacto de familia, habia instado para que V. M. se declarase y obrase como aliado desde el instante de su rompimiento con Inglaterra. Sustuvo V. M. con firmeza que no estábamos en el caso del pacto, mediante que desviándose de él, habia hecho la Francia su tratado de alianza eventual con los Estados Unidos sin consentimiento de V. M. A esto se agregaba haber dado el ministerio francés el paso acelerado de notificar el tratado á la misma Inglaterra, sin noticia alguna anticipada á V. M. ni concertar como debia, estas operaciones que podian conducirnos á una guerra.

Con esta resistencia, y con la honrada y firme resolucion que tomó V. M. de no reconocer la independencia de los Estados Unidos, á pesar de las vivas solicitudes que se le hicieron, diciendo que los reconoceria cuando lo hubiese hecho la Inglaterra, calmaron en mucha parte las desconfianzas que esta tenia de nosotros, y sus sospechas de que nos entendíamos con la Francia, y se prestó ó mostró prestarse á la mediacion de V. M. para ajustar las controversias pendientes.

No es ahora del caso recordar los planes de reconciliacion y pacificacion que formé de órden de V. M., y el último que precedió al rompimiento. Si la nacion inglesa hubiera hecho atencion á lo que contenian y á las ventajas que hubiera conseguido, comparadas con las pérdidas y desdoro que le resultaron de la paz hecha en 1783, hubiera sin duda culpado severamente á los ministros que contribuyeron á despreciar

aquellos planes, y aumentar con la España el número de sus enemigos.

Lo que conviene observar es, que en mas de un año que duraron las negociaciones de mediacion, puso V. M. su marina, así en España como en América en estado de defender sus dominios, y de ofender á sus enemigos en caso de un rompimiento, de un modo tal, que jamás se habria visto en España.

Así pues, cuando se descubrió que la Inglaterra no solo despreciaba los planes de pacificacion de V. M., sino que, durante la mediacion, habia dado órdenes, por medio de su compañía de Indias, para invadir nuestras islas Filipinas, y dispuesto introducirse por el rio San Juan al gran lago de Nicaragua, desalojando y destruyendo nuestros establecimientos en él, pudo V. M. venir á un rompimiento con superioridad conocida, comprendiendo á un tiempo la union de treinta y seis navíos de línea, con la escuadra francesa de treinta para una invasion dentro de Inglaterra, el bloqueo de Gibraltar, el ataque de las plazas de Panzacola y la Mobila, fuertes de Vateches y Boton-rouge, para reintegrarse de la Florida y la irrupcion en toda la costa de Campeche, bahía de Honduras y pais de Mosquitos, para desalojar á los Ingleses de los estendidos establecimientos que habian formado en aquel vasto continente.

Todas estas empresas tuve la honra de proponer á V. M., y además, la de la ocupacion de Menorca, y casi todas se lograron, y si no se consiguieron las de la invasion en Inglaterra y la de Gibraltar, dimanó de causas que me ha de permitir V. M. le recuerde aquí, suprimiendo aquella parte que solo puede servir de renovar un dolor que ya no tiene remedio.

La union de las escuadras combinadas española y francesa debió hacerse en principios de junio, y hasta fines de él no permitieron los vientos salir de Cádiz á la española. Por consecuencia la union no pudo tener efecto hasta fin de julio sobre el cabo de Finisterre, donde estuvo esperando mucho tiempo la francesa, y las operaciones dentro del canal de Inglaterra se hubieron de empezar en agosto, en que ya daba poco tiempo para ellas la próxima estacion del otoño, como así sucedió.

Bien pudo nuestra escuadra estar en el mar desde el mes de abril, y esta fué mi opinion, para lo que teniamos el justo motivo de salir á recibir y asegurar nuestra flota que venia y se

esperaba de Indias, con lo que, si se verificaba el rompimiento, estábamos en disposicion de obrar sin retardos; pero el recelo de que esta salida aumentase las desconfianzas de la Inglaterra, y apresurase la guerra que el piadoso corazon de V. M. queria evitar á toda costa, hizo que prevaleciese el dictámen contrario de suspender por entonces la salida de nuestra escuadra.

Verificada y diferida la union de las escuadras combinadas y su entrada á los principios de agosto en el canal de Inglaterra, se adoptó por el gabinete de Francia la idea de atacar y batir á la escuadra inglesa, ó de bloquearla en sus puertos antes de tomar las tropas desembarco, que estaban preparadas en tres puntos diferentes de la costa.

Procuró V. M. combatir este proyecto, probando, á mi parecer, con evidencia que todo se malograria siguiendo aquel sistema.

Las escuadras combinadas se componian de sesenta y cinco navíos de línea efectivos, á los cuales jamás se presentó ni podia presentar la inglesa, compuesta cuando mas de treinta. No era creible ni esperable conseguir el ataque de las fuerzas inglesas en el canal, donde tenian tantos puertos y recursos para refugiarse, ni tampoco era posible un bloqueo permanente de ellas en aquellas estrechuras, en que debian esperar continuos é irresistibles vientos, y mas en la proximidad del otoño. Así pues se verificó, que la única vez que fué vista la escuadra inglesa, huyó á todo trapo, y solo se pudo tomar el navío el *Andante* por la celeridad y valor de dos fragatas.

Nuestra propuesta era, que las escuadras combinadas tomasen bajo su convoy las tropas de desembarco, las cuales en pocas horas podian estar dentro de Inglaterra sobre el punto de ataque que se habia concertado y elegido, y que la escuadra inglesa no podria evitarlo, ó habria de atacar las combinadas con tan gran inferioridad de fuerzas, que se espondria á una derrota general, y á dejar á la Inglaterra sus puertos y costas al arbitrio de los vencedores.

Dios quiso que no se siguiese esta idea; que viniese el otoño con sus temporales; que las escuadras hubiesen de retirarse de Brest sin fruto, y que picase una epidemia tan grande en los equipages y tropas de las escuadras, que pasasen los enfermos

de la francesa de doce mil y los de la nuestra de tres mil. El mayor aseo y cuidado de los buques españoles, aunque mas en número que los franceses, contuvo los progresos de las enfermedades en los términos que llevo dichos.

Fué consiguiente preciso de esta calamidad el desarmar los navíos franceses para purificar los equipages y buques, y atajar la epidemia, y de aquí dimanó la necesidad de renunciar por aquel invierno á todo proyecto de invasion contra la Inglaterra.

Pero como el bloqueo de Gibraltar continuaba, y las necesidades y estrecheces de esta plaza se aumentaban, era de esperar y precaver el socorro que la Inglaterra debia enviar acompañado de fuerzas suficientes, para atacar á los buques del mismo bloqueo y á cualquier escuadra que se le agregase.

Para acudir á estos objetos V. M. dispuso que hubiese dos puntos de espera, en los cuales con fuerzas superiores fuese atacada la escuadra inglesa que viniese al socorro, llevando la mira de que si no se lograse derrotarla en el uno, le quedasen todavía que vencer las dificultades del otro.

El primer punto de espera debia ser Brest, á donde pasó la actividad del conde de Aranda desde Paris, con el fin de ver aquello, y dar todo el movimiento posible á la habilitacion de las escuadras, concertando que la francesa habia de tener corrientes á lo menos veinte navíos, para que, unidos á otros veinte que V. M. resolvió dejar en aquel puerto al mando de Don José Miguel Gaston, hubiese cuarenta de línea; cuyo número escedia en mas de un tercio al que la Inglaterra podia enviar al socorro.

Desde Brest, como puerto situado á la entrada del canal, y tan próximo á las costas de Inglaterra, era muy fácil espiar y saber el momento de la salida de la escuadra inglesa, y anticiparse á esperarla y atacarla en unos parajes tan estrechos, que no podria evitar el combate, ó impedir que las escuadras combinadas se apoderasen de todo ó la mayor parte del convoy del socorro. Aunque las resultas del combate no fuesen mas que las de un descalabro recíproco, preveia V. M. las dificultades que tendria la escuadra inglesa de continuar un tan largo viaje hasta Gibraltar en medio del invierno, de conducir indemne el convoy del socorro, y de resistir en aquel es-

tado, y despues de tal navegacion á un segundo ataque y combate que le estaba preparado á la entrada del Estrecho entre cabos de Espartel y Trafalgar.

Para este segundo punto de espera dispuso V. M. que se restituyese á Cádiz Don Luis de Córdoba con diez y seis navíos, aunque solo fueron quince, por haberse perdido antes el *San José* á la salida de Brest. Estos quince navíos, unidos á once que se pudieron juntar en el bloqueo de Gibraltar al mando de Don Juan de Lángara, habrian compuesto el número de veinte y seis, y agregado otro, que se habilitó en el Ferrol, habrian sido veinte y siete.

Bien podrian estos navíos haber combatido con ventajas contra los veinte y uno ó veinte y dos de que se componia la escuadra del almirante Rodney que vino al socorro, y mucho mas despues de una larga navegacion, y de haber sufrido, como era regular, un combate á la salida del canal de Inglaterra.

Sin embargo, estas providencias que se tomaron, y que parecia no podian dejar de surtir su efecto, se malograron enteramente, porque de nada sirven las mas sabias resoluciones si su ejecucion no es exacta. Este es el gran fruto que se puede sacar de traer á la memoria estas especies, á saber, el firme propósito de hacerse observar y obedecer lo que se manda despues de bien meditado. Vamos pues á ver las causas del malogro de todo.

Don Luis de Córdoba dejó á su pase en los lugares de Galicia cuatro de sus quince navíos que no podian continuar sin grave incomodidad el viaje, para que se reparasen, y esto fué muy bien hecho. Aquel general siguió con once navíos hasta la costa de Cádiz, pero habiendo sabido que por la fuerza de un temporal se habia visto forzado Don Juan de Lángara á embocar el Estrecho, y pasar al Mediterráneo, se detuvo á su entrada en él para aguardarle.

Se habian dado órdenes anticipadas á Córdoba para que entrase en Cádiz, hiciese reparar prontamente sus navíos, y entretanto pasase á la bahía de Gibraltar para visitar y arreglar las operaciones del bloqueo, cortando las desavenencias que allí habian ocurrido entre los gefes, y los perjuicios que el servicio padecia con ellas; pero tomada la resolucion que llevo dicha, por el mismo Córdoba, de detenerse á la boca del Es-

trecho para suplir la ausencia de Lángara, dió cuenta de ella y se le aprobó por medio de la secretaría de Marina, cuya determinacion supe cuando se me dijo haberse espedido un correo para comunicarla á aquel general.

Detenido Córdoba á la entrada del Estrecho en los meses de noviembre y diciembre, sufrió su escuadra otro temporal tan fuerte que estuvo para perderse en la costa de Africa con el navío la *Trinidad* que montaba él mismo, habiéndose maltratado todos los de su mando en términos de no poder mantener el crucero, se vió obligado, á costa de todo el sentimiento de que es capaz un soldado de honor, á entrar en Cádiz á repararse.

Entretanto Lángara, habilitado y compuestas las averías de su escuadra en Cartagena, volvió á salir del Mediterráneo; pero ya no encontró á Córdoba en el Océano, ni los buques de la escuadra de este se hallaron en estado de salir á unirse por el gran descalabro que habian padecido á la entrada del Estrecho.

Los cuatro navíos que Córdoba habia dejado á su paso por Galicia y otros mas se pusieron en estado de salir, y se mandó á Don Ignacio Ponce que se viniese con ellos inmediatamente para unirse con los de Córdoba y Lángara. Hallábase Ponce enfermo á la sazon, y se repitieron las órdenes para que otro se encargara del mando y se viniese al instante con aquellos buques. El celo de Ponce le hizo desear cumplir por sí mismo estas órdenes, creyendo verse restablecido dentro de poco tiempo, aunque en esto no hubo mas retardacion que la de quince dias. Cuando llegó á salir esperimentó sobre el cabo de Finisterre otro temporal que le obligó á retroceder y refugiarse con sus navíos maltratados en los puertos de Galicia.

Al tiempo que se esperimentaban estas desgracias en los mares de España, se procedia con estraordinaria lentitud en Brest para reparar y habilitar los veinte navíos franceses que debian unirse á los veinte españoles. La lentitud era tal, y tan poca la esperanza de los gefes de aquellas escuadras de que hubiesen de salir á atacar la inglesa que debia venir al socorro de Gibraltar, que pensó y escribió nuestro embajador en Paris podian pasar á ver aquella corte el general español Gaston y otros oficiales por algun tiempo; repugnólo V. M., y se volvió á instar para la habilitacion de las escuadras combinadas,

y su pronta disposicion á combatir la enemiga cuando saliese de sus puertos.

En efecto, salió la escuadra inglesa con el socorro al mando del almirante Rodney en fines de diciembre de 1779, y no se hallaron la española y francesa en estado de salir á atacarla, ni de ponerse en el mar hasta que Lángara fué batido y prisionero en enero de 1780 por haber carecido de los auxilios proyectados.

Llegó la escuadra española del mando de Gaston á Cádiz, despues de la derrota de Lángara, con los cuatro navíos franceses que se pudieron habilitar en Brest; pero padecieron tantos temporales, y se hallaban en tan mal estado ellos y los de Córdoba, que habrian podido unírsele, que opinaron los generales no convenia salir á atacar á Rodney, que todavía permanecia en Gibraltar, despues de introducido el socorro, reparando sus averías, aunque el número de nuestros buques combinados escedia en mas de una tercera parte á los ingleses.

No es mi ánimo culpar ni acusar á nadie en la relacion de estos hechos, sino defenderme de las imputaciones y censuras con que entonces se me persiguió, como si yo fuera el autor de las desgracias; y por tanto me he ceñido á recordar á V. M. las primeras y principales disposiciones en que mi dictámen pudo tener alguna parte, y lo que dejó de cumplirse de ellas sin que yo interviniese por los accidentes que sobrevinieron. Por lo mismo he omitido muchas circunstancias y reflexiones que no conducen al objeto de esta representacion, el cual no es otro que el de presentar reunidos los hechos de mi conducta ministerial á los ojos de V. M. que ha sido testigo de ellas, para que la califique ó corrija, y para que no olvidándose las causas del malogro ó desgracia de las empresas pasadas, puedan servir ellas mismas de leccion para evitarlas en lo futuro.

Despues de la derrota de Lángara se trató de enviar crecidas fuerzas de mar y tierra á nuestras islas, y señaladamente á la Habana y Puerto Rico, donde se temian invasiones del enemigo por haber de marchar, como marchó, á aquellos parajes Rodney. En efecto, se formó esta espedicion al mando del marqués del Socorro Don José Solano, con doce navíos y doce mil hombres para unirse á las fuerzas francesas en el

Guarico; lo que consiguió con mucha sagacidad y acierto; y debo hacer justicia al celo del Conde de Ricla y del Marqués de Castejon, que promovieron con estraordinaria celeridad aquel envio de tropas y navíos sin hacer falta á los objetos de por acá. Aunque no se logró emprender las operaciones ofensivas que se habian meditado contra los establecimientos enemigos, se consiguió cubrir y proteger los nuestros contra toda invasion.

Con el resto de navíos que quedaron en Cádiz, y los franceses que permanecieron allí, y que se aumentaron luego que todos fueron compuestos y habilitados, en que se consumieron los meses de primavera, correspondia pensar en hacer alguna campaña útil. Los Franceses intentaban volver á Brest para contener al enemigo á la salida del canal y molestar su marina y comercio; pero escarmentado V. M. de la inaccion y desgracias de la campaña precedente, no solo no quiso consentirlo, sino que para el caso de salir de Cádiz la escuadra combinada, dió órdenes al general Córdoba de no alejarse y no dejarse llevar de cualesquiera ventajas ó urgencias que le figurasen los comandantes franceses para abandonar nuestros mares.

En efecto, salió la escuadra de Cádiz, y se volvió en julio despues de un crucero de pocos dias; y habiendo yo representado al ministerio de Marina las malas resultas de esta inaccion, el descrédito que nos traeria y las proporciones que podíamos perder teniendo encerradas en Cádiz nuestras fuerzas, se mandó que volviesen á salir, aunque con órden de cruzar solo entre los cabos de San Vicente y Santa María. El calor y viveza con que procuré persuadir esta salida, me trajo algunas desazones que procuré recatar á V. M. por no disgustarle.

Dios quiso favorecer mis buenos deseos, pues con motivo de haber enfermado el ministro de Marina en ocasion que yo despachaba lo que ocurria urgente en la secretaría de Marina, me llegaron una mañana los avisos de Inglaterra de que estaban para salir dos convoyes de sus puertos, uno para Jamáica con tropas, vestuarios, armas y municiones para reforzarse en aquellas islas é intentar algo contra las nuestras; y otro con embarcaciones de comercio ricamente cargadas para la India oriental. Estos convoyes debian, segun mis avisos, na-

vegar unidos hasta las islas Azores, sin mas escolta que un navío y dos fragatas, y en aquel paraje debian dividirse, tomando cada uno su rumbo.

Sabian los Ingleses nuestra resolucion de no dejar á Cádiz ni sus costas, porque en aquella plaza todo cuanto se mandaba y hacia se sabia exactamente por nuestros enemigos.

Recibidas las noticias antecedentes poco antes del medio dia, pasé sin perder instante al cuarto de V. M. para representarle el golpe que podian dar nuestras escuadras, si en lugar de estarse cruzando entre cabos se alejaban hasta las islas Azores y esperaban al paso los convoyes ingleses. A pesar de la repugnancia que V. M. tenia de permitir que se apartasen de nuestras costas las escuadras, comprendió la importancia y consecuencias de mi propuesta, y bajo de varias precauciones que me dictó para impedir el abuso de sus órdenes, me las dió para que se comunicasen á Córdoba.

En el momento se despacharon dos correos por las vias de Cádiz y Lisboa, para que de ambas partes saliesen embarcaciones ligeras que alcanzasen á Córdoba ó cualquiera de sus bajeles, y entregásen las órdenes para el fin propuesto, y habiéndolo conseguido el barco que salió de Cádiz, pasó Córdoba á las Azores, esperó y apresó los convoyes con tanta dicha, que de cincuenta y cinco buques no escapó uno solo, huyendo los otros tres de guerra; que por su alejo y ligereza pudieron libertarse.

Se tuvo esta gloriosa y utilísima accion por una especie de milagro; pero aunque todo se debió y debe á la providencia de Dios, quiso esta que concurriesen á la ejecucion de sus designios las combinaciones de recibir yo las noticias, mi diligencia en aprovecharlas, y la proporcion que me daba el despacho interino de Marina.

Lo menos de aquella accion fué el apresamiento de tanto número de buques interesados en mas de ciento cincuenta millones. El haberse apoderado V. M. de mas de tres mil hombres, de los vestuarios destinados á las tropas que tenian los enemigos en sus islas, y municiones que llevaban á las mismas, frustró todas las ideas de agresion que podian tener en la campaña siguiente contra nuestras posesiones; y si nuestras fuerzas combinadas de mar y tierra, detenidas en cabo Fran-

cés hubieran podido y querido aprovecharse de esta proporcion y de las ideas que parecieron á algunos atrevidas, del conde de Galvez, tal vez la Jamáica, ó la mayor parte de ella hubiera caido en nuestras manos.

Otro cualquiera habria pedido ó mostrado deseos de algun premio por este servicio; pero V.M. sabe que ni por él ni por otra cosa alguna le he pedido directa ni indirectamente nada para mi. Dios ha querido preservarme de ambicion, y esto en términos tales que hasta ahora son muy pocos los que saben el influjo que yo tuve en aquel suceso; uno de los mas importantes y de mas consecuencias de la última guerra.

Escuso entrar ahora en las ocurrencias del segundo socorro que los Ingleses lograron entrar en Gibraltar cuando ya nuestras fuerzas marítimas de Cádiz estaban separadas de las francesas. Pudiera decir algo del buen ó mal uso del bombardeo que se hizo entonces á aquella plaza, y de las proporciones que hubo para incendiar la escuadra inglesa surta en su bahía; pero repito que no es mi ánimo ni de mi genio culpar á nadie, y me limitaré á aquello en que he tenido mas inmediata intervencion.

Habia muerto el ministro de Guerra, conde de Ricla, y V. M., al tiempo de darme las órdenes para encargar este ministerio interinamente al conde de Gausa, me insinuó y previno que yo podia correr con las cosas de gravedad, espuse las dificultades de combinarlo; pero al fin, de acuerdo con el mismo Gausa, obedecí y trabajé cuanto pude con la armonía y buenos sucesos que voy á esponer.

Tratábase de la campaña de todo el año de 1781, y firme V. M. en no arriesgar ni desperdiciar mas fuerzas marítimas en las costas de Francia y de Inglaterra, le propuse que podíamos pensar en apoderarnos de Menorca, cuyo puerto era el vivero de mas de ochenta corsarios que infestaban el Mediterráneo, y el mejor y único abrigo que tenian los Ingleses para sus escuadras, y para sostener su crédito y poder en aquel mar.

Abrazó V. M. mi idea encargándome que la dirigiese, y para conseguirla propuse la necesidad del secreto, y la de asegurarnos de los naturales de la isla antes de cualquiera espedicion, con el fin de que las tropas de V. M. no hallasen mas

enemigos en el desembarco que la corta guarnicion que tenia el castillo de San Felipe y demas puestos de la plaza. Era difícil el secreto habiendo de contar con mi aliado, y con él mil preparativos y prevenciones inescusables; pero todo se consiguió con el pretexto del bloqueo de Gibraltar y de las sospechas que se tenian de que hiciésemos un sitio formal.

A este fin se dispuso, que las prevenciones para la empresa se ejecutasen en Cádiz. Nadie se imaginó que las espediciones en aquel puerto pudiesen dirigirse á otras partes que á Gibraltar ó la América. La distancia de Menorca: la necesidad de embocar el estrecho para pasar á aquella isla: las proporciones y cercanía para ella de Cartagena, Alicante y Barcelona, desde donde era regular formase la espedicion, la facilidad y proximidad de conducir las tropas de guarnicion de estos puertos y de sus provincias, y la presuncion de ser inespugnable la plaza de Mahon y su castillo, todo esto junto hizo á las gentes propias y estrañas deslumbrarse y fijarse en otras ideas.

Al tiempo que se dejaban correr estas sospechas, trataba yo, de órden de S. M., de asegurarme, como llevo dicho, de los naturales de la isla, y lo conseguí tan completamente, que V. M. tuvo en sus manos los documentos y pruebas mas fuertes é imposibles de quebrantar, de fidelidad y adhesion al servicio y obediencia de V. M.

Con este principio, que se debió en mucha parte al crédito, actividad y prudencia del marqués de Sollerich, de quien me valí, pudo V. M. comprender la sospecha de Menorca, con los ocho mil hombres de desembarco, que fueron recibidos con estraordinaria alegría, aplausos y favor de los Menorquines.

Si los vientos en el acto del desembarco hubieran permitido que una de las divisiones de nuestras tropas se hallase en tierra al tiempo prevenido en el plan de aquellas operaciones, dispuesto por la esperiencia y actividad del general duque de Crillon, hubiera quedado cortada y sorprendida la guarnicion de la plaza en toda ó la mayor parte, y un solo dia hubiera decidido de la suerte de Menorca con gloria de V. M. y de sus armas.

Aunque la Francia mostró algun resentimiento del secreto que se guardó, se consiguió aplacarla recordando habérsela

dicho que veríamos lo que podríamos hacer en el Mediterráneo, lo cual pendia de muchos accidentes que no se podian prever ó adivinar. En efecto, V. M. sabe que no teníamos desconfianza de nuestro aliado, sino de las muchas manos, por las cuales debia pasar el secreto si lo comunicábamos. En fin, la Francia no solo se aquietó con mis oficios practicados con su embajador, sino que nos envió dos mil hombres á Menorca, los cuales servian á lo menos para guardar los puertos que nuestra poca tropa no podia cubrir.

Sin embargo, á pesar del corto número de nuestras tropas regladas de tierra, se pudo aumentar el ejército de Menorca hasta mas de trece mil hombres, con lo que se emprendió despues, y consiguió el sitio y conquista del castillo de San Felipe, y la universal y tranquila posesion de toda la isla. V. M. vió entonces que hubo arbitrios y recursos para tener un ejército en la Habana y cabo Francés; otro en Menorca; otro en Gibraltar; guarnecer gran parte de los navíos de nuestras escuadras con regimientos de infantería veterana; emprender y lograr los sitios y conquistas de Panzacola y la Mobila en la Florida; defenderse de ingleses, y arrojarles de la costa y establecimientos de Honduras, lago de Nicaragua y rio San Juan, y acometer y triunfar de los sublevados de las provincias del Perú y rio de la Plata. A todo bastó el pie de nuestro ejército de tierra, sin hacer una sola quinta de hombres, y sin otro auxilio que el de desmontar algunos caballos y dragones; poner en sueldo y servicio las compañías de granaderos y cazadores de milicias, y guarnecer con parte de estas algunos puertos. Creo que todo esto, de que V. M. y el Príncipe han sido los primeros testigos, merezca y pida alguna reflexion.

Conseguida la conquista de Menorca, tuvo tambien V. M. la satisfaccion de completar la adquisicion de toda la Florida occidental con la toma de Panzacola, la cual se debió á la constancia de V. M. y sus generales, que por tres veces hubieron de acometer aquella empresa, á que se resistian los mares y los vientos, destrozando sus escuadras y espediciones marítimas.

Faltaba solo la plaza de Gibraltar, y se resolvió convertir el bloqueo en sitio, á cuyo fin pasaron á aquel campo las tropas españolas y francesas con su general el duque de Crillon, que

acababan de conquistar á Menorca, y se aumentaron otras en número competente.

Dos objetos presentaba el sitio de aquella plaza: uno militar para rendirla, si era posible, y otro político para adquirirla en las negociaciones de la paz que empezaban á entablarse.

Estas negociaciones con alguna recompensa eran menos difíciles, siempre que el sitio de Gibraltar prestase probabilidad y esperanza su conquista, sin cuyos recelos no habia ministro inglés que quisiese combatir las preocupaciones de su nacion á favor de la conservacion gravosa de aquel peñasco.

La escasez de víveres y municiones que ya padecia la plaza, y la proporcion que tenian de impedir su socorro las escuadras combinadas de España y Francia, que habian vuelto á unirse en Cádiz, daban una moral seguridad de la adquisicion.

Para emprender el sitio por mar y tierra, se trató de él con varios inteligentes, y se abrazó el proyecto del ingeniero Mr. Arzon, reducido á la construccion de ciertas baterías flotantes para atacar la plaza por mar, ó aprovechar y valerse para mayor brevedad de varios buques gruesos del comercio, que forrados fuertemente mantuviesen una circulacion de agua interior, capaz de resistir á los fuegos y evitar que se incendiasen.

Se dispusieron estos buques; pero ya fuese por la celeridad con que se hicieron los trabajos, ó ya por haberse creido que perjudicaria á la pólvora de que se usase en ellos la circulacion interior de agua, no llegó el caso de establecerse esta precaucion.

Insistió el ingeniero en que se pusiese corriente la circulacion de agua, y en que se hiciese la prueba de esperimentar lo que pudiese resistir una de estas baterías al fuego de la bala roja, tirándole desde nuestro campo, con el fin de mejorar y aumentar precauciones.

El recelo de que en este intermedio llegase la escuadra inglesa al socorro por los avisos que se tenian de que saldria de un dia á otro, y el temor de que si se incendiaba en la prueba la batería se introduciria la desconfianza en los que hubiesen de mandar y ejecutar el ataque por mar, dió causa, segun llegué á entender por el ministerio de Marina, á que por este se diesen las órdenes de no dilatar la operacion del mismo ataque.

El ingeniero Arzon, enterado de las órdenes, dispuso que á

lo menos para evitar los riesgos se colocasen estos buques ó baterías flotantes con anclas á la espía ó cables dobles, para retirarse por ellos y sacarlas fuera del tiro de cañon de la plaza, en caso que alguna ó todas se incendiasen.

Adheria el general Crillon á esta idea, y proponia otras sobre la colocacion de estos fuegos, mediante las dudas que habian ocurrido sobre los puntos de ataque. El del muelle viejo, que parecia á primera vista el mas débil de la plaza, y que podia ser sostenido con la distraccion que hiciesen las baterías de tierra de nuestro campo, estaba cubierto con los principales fuegos que habia preparado el enemigo á su frente, y el punto del muelle nuevo que tenia menos defensa, presentaba otras dificultades que no son ahora del caso.

Aunque por las instrucciones que V. M. me mandó formar, y se comunicaron por las vias de Guerra y Marina, tocaba al general Crillon la eleccion y disposicion de los sitios y baterías, su mando y colocacion por mar y por tierra, vistas las dudas y disputas que ocurrian en el momento mismo de obrar con perjuicio del servicio de V. M., propusieron algunas personas bien intencionadas al mismo general Crillon, con apoyo de los príncipes de la Real sangre de V. M., conde de Artois y duque de Borbon, que se hallaban en el campo, se celebrase una junta de generales y oficiales de esperiencia para tomar resolucion.

Se tuvo la junta en fines de agosto de 1782 con asistencia de aquellos príncipes; y en ella se trató de que Crillon dejase absolutamente á disposicion de la marina el mando, uso y colocacion de las baterías flotantes, quedando el mismo Crillon libre de toda responsabilidad. Todos trabajaron en reducir á Crillon, pero como no se redujo á esto, se dió cuenta á la corte por un correo, y se aprobó inmediatamente por la via de aquel ministerio, por la cual vino la noticia de aquella resolucion, la cual supe despues de partido el correo, en ocasion que fuí á tratar con V. M. de otro asunto de los muchos que ocurrian.

No obstante lo referido, insistieron el ingeniero, el general, algunos marinos y otros, en que se pusiesen á la espía las baterías para poder retirarlas en caso de incendio; pero ó fuese porque algunas de estas vararon por el poco fondo, ó por otros motivos justos que tendria la monarquía y yo ignoro, no se

tomó esta precaucion, se incendiaron dichas baterías, y sucedieron las desgracias que todos sabemos.

A pesar de este mal suceso continuaban las esperanzas de rendir la plaza si no era socorrida, por haber consumido esta la mayor parte de sus municiones en la defensa, segun los avisos de los defensores. Se resolvió, para impedir los socorros á propuesta de la via de marina, que las escuadras combinadas de España y Francia que se hallaban en Cádiz, pasasen á la bahía de Gibraltar, y que dentro de ella esperasen la de Inglaterra y la atacasen.

Dios dispuso que en la misma noche que precedió á la venida de la escuadra inglesa, maltratase las nuestras una furiosa tempestad, y no obstante este fatal accidente, ni la escuadra inglesa ni las embarcaciones de su convoy pudieron llegar á la plaza, ni meter en ella el socorro, pasándose al Mediterráneo, y dando lugar á que la armada española y francesa pudiesen habilitarse y salir á atacar la enemiga.

Muchos pretendieron que si en vez de perseguir nuestras escuadras á la inglesa, se hubieran mantenido á la capa á la boca del Estrecho de la parte del Mediterráneo, jamás hubiera llegado el caso de socorrer nuestros enemigos á la plaza sin un combate que debian perder por la inferioridad de sus fuerzas. A la verdad, quedándose á la puerta del Estrecho y guardándola, era mas difícil entrar por ella sin una accion arriesgada para el enemigo; pero los vientos, las nieblas y los dictámenes hicieron á nuestra armada tomar otro partido, que yo no intento ahora culpar ni combatir, me basta combatir lo que sucedió, y que las resultas fueron socorrer los Ingleses la plaza, huir y dejar burladas las esperanzas de impedirlo, sin culpa, noticia ni intervencion del ministerio de V. M.

Todavía subsistia, despues de tan adversos accidentes, la esperanza de adquirir la plaza por negociacion, en la que se tenia pendiente para un tratado de paz.

A este fin convenia dar una razonable apariencia á la continuacion formal del sitio, y de que no era tan difícil como se creia conseguir por medio de él la rendicion de la plaza. El mismo ministerio inglés tenia una especie de necesidad, como llevo dicho, de dar cuerpo y verosimilitud á nuestras esperanzas para poder desprenderse Gibraltar en aquella

negociacion sin chocar con las preocupaciones nacionales.

Con esta mira previne, de órden de V. M., al duque de Crillon y á otros generales reservadamente la importancia de continuar el sitio; y en efecto, aquel general en gefe, á pesar de otros dictámenes, levantó una nueva trinchera en una sola noche sin ser sentido de los enemigos, acercándose á la laguna y puerta de tierra, y cubriendo por medio de ella las baterías que se establecieron por aquella parte.

Con esta operacion brillante y arriesgada pudo Crillon meterse bajo el peñon de la plaza, fortificarse allí contra los fuegos superiores de ella y contra cualquier salida, y emprender las mismas que podian conducir á la conquista.

No puedo dejar de notar aquí la poca atencion que entonces se hizo al mérito de las dos trincheras que aquel general formó contra la plaza sin ser sentido de ella, cada una en una sola noche: en la primera trabajaron mas de diez mil hombres, y en la segunda mas de siete mil.

¡Qué órden y concierto, qué actividad y que silencio no eran precisos en tanto número de tropas para ejecutar empresas tan difíciles en una sola noche, hallarse cubiertos á la mañana de los fuegos enemigos, y esconderlas á la vigilancia y superior talento de un general como Eliot que gobernaba la plaza!

¡Cuántas vidas no se libertaron con aquellas prontas y magníficas disposiciones!

Compárense estas trincheras con las del sitio del año 1727, y compárense las pérdidas y ruinas de aquellos trabajos con estos, y se concluirá que así el general en gefe como los demás en sus respectivos ramos, los oficiales y soldados dieron en estas acciones inmortales un ejemplo pocas veces visto de lo que pueden la subordinacion, el celo, el valor y la buena voluntad de una tropa aguerrida.

En esta situacion de cosas, y con las esperanzas que todavía nos daba el sitio, se adelantaron las negociaciones hasta el punto de estar ya casi ajustados los preliminares de paz con la cesion de Gibraltar á la España, dando la Francia una recompensa á la Inglaterra en la isla de Guadalupe y en otras, y nosotros á la Francia un equivalente en la de Santo Domingo. En este concepto nos hallábamos, cuando V. M. salió para la pequeña jornada de Aranjuez del mes de diciembre de 1782;

pero allí en vez del correo que esperábamos con la noticia de haberse firmado los preliminares, recibimos otro que desvanecia nuestras esperanzas.

Por una parte el ministerio inglés exigia nuevas cesiones gravosas á la Francia, y por otra el ministerio francés se halló rodeado de disgustos y dificultades, que escitaban los interesados en los terrenos de la isla de Santo Domingo de la parte francesa, los cuales se oponian á nuestras adquisiciones en la misma isla, que creian ser perjudiciales á sus intereses.

En tales circunstancias fué preciso, sin abandonar del todo la nagociacion de paz, llevar adelante con estraordinarios esfuerzos la continuacion de la guerra. A este fin vino el conde de Estaing, y se trató con él y con su corte de un plan de operaciones combinadas y vigorosas.

De órden de V. M. tuve con el conde todas las conferencias necesarias, quien con su vasta comprension y esperiencias estendió el plan que despaché con V. M., cuya penetracion y conocimiento le dieron toda la claridad, estensiones y modificaciones que convenian á los intereses nacionales y á la moral seguridad de los sucesos.

Este plan, si pudiera publicarse, haria un honor inmortal á V. M., á las dos cortes aliadas que lo adoptaron, y al general de Estaing que lo trazó. Baste decir, que jamás habrian visto las Indias setenta navíos de línea juntos en una espedicion con cerca cuarenta mil hombres de desembarco, y con todos los aprestos, municiones de guerra y boca y demas necesario, para dar sin resistencia los golpes que se habian meditado. Eran tales y tan bien combinados los objetos de esta formidable empresa, que sin una declarada oposicion á nuestros designios de la Providencia divina no habrian podido nuestros enemigos evitar los terribles males que les amenazaban.

Cuando en Cadiz se hallaban pronto cincuenta navíos de línea, que debian unirse á mas de veinte existentes en el Guarico, y todas las tropas y aprestos correspondientes, propuso de nuevo el ministerio inglés los preliminares de paz casi en los mismos términos en que se habian convenido antes, y en que se firmaron, substituyendo la cesion absoluta de Menorca á la de Gibraltar, cuya adquisicion quedó reservada á negociaciones posteriores.

La proposicion de la corte de Lóndres libertaba á la Francia de la recompensa que debia dar en sus islas por la plaza de Gibraltar, y á la España de equivalente con que habia de pagar aquella recompensa en la isla de Santo Domingo. Además, la Inglaterra nos convidaba con la cesion de la parte de la Florida que llamaba oriental, aunque, segun las instrucciones que entendí y comuniqué á nuestros plenipotenciarios de órden de V. M., solo exigíamos la retencion de parte de la Florida occidental que habíamos conquistado, con tal que esta se estendiese hasta cabo Cañaveral, fuera ya del canal de Bahamá, para dejar cerrada por aquella parte la puerta de salida del seno mejicano, y quedarnos dueños de este y de sus costas, como lo hemos conseguido.

La Francia instaba á la pronta aceptacion de estas proposiciones, considerándolas ventajosas, y V. M. no estaba lejos de admitirlas; pero preveia que serian mas sólidamente establecidas, y mucho mas útiles y aseguradas las negociaciones si salia de Cádiz la espedicion proyectada, para lo que estaban hechos ya sus inmensos gastos, y todo pronto sin necesidad de la menor dilacion. Este era tambien mi dictámen, que sostuve como pude, conforme en todo con el de V. M.

La salida de nuestra espedicion habria hecho conocer á la nacion inglesa, que el proyecto no era una simple amenaza como se la intentaba persuadir, y este conocimiento habria proporcionado que la misma nacion abrazase con alegría aquellos preliminares de paz, que despues detestó, persiguiendo y obligando á retirarse á los ministros Milord Shelburne, y Milord Granthanz, que sabiamente los ordenaron. Aquella espedicion, repito, puesta en el mar, y encaminada á donde debia obrar, aunque se la hubiera hecho retroceder, habria conservado los ministros ingleses bien intencionados en sus puestos, y la paz se hubiera hecho con otras ventajas y solidez, sin destruir las negociaciones preparadas para la posterior adquisicion de Gibraltar.

No se hizo así, y V. M. se vió obligado á ceder á otras consideraciones que no es justo decir, firmándose los preliminares de paz, en que el celo de nuestro plenipotenciario el conde de Aranda sacó todo el partido posible con arreglo á las órdenes é instrucciones que V. M. me mandó darle.

Las resultas fueron como se temian, porque el partido de oposicion en Lóndres logró desacreditar y hacer retirar á los ministros que tuvieron parte en la paz; y puesto en el ministerio Mr. Fox, nos dió bien en que entender, para venir despues de ocho meses á la estension del tratado definitivo, en que consiguió dejar sembrada con espresiones equívocas un semilla de nuevas discordias.

Debian evacuar los Ingleses, segun los preliminares, todos los establecimientos clandestinos que habian hecho de un siglo á esta parte en la dilatadísima costa de Honduras y sus adyacentes, y habiendo conseguido el plenipotenciario inglés que en el tratado se dijese que aquella evacuacion era ó habia de ser del continente español, tuvo con esta voz, repetida con afectacion estudiosa, motivo ó pretesto el ministerio británico para pretender que el pais de Mosquitos no debia evacuarse por no ser continente español, sino independiente y sujeto á Indios libres de la dominacion de España.

Era cabalmente lo que mas importaba para las utilidades del tratado en aquella parte, la reintegracion del pais de Mosquitos hasta el cabo de Gracias á Dios, y mas allá.

Sin esta adquisicion hubieran podido formar y continuar los Ingleses sus fértiles, ricas y estendidas colonias, estableciendo el gran número de familias de los llamados Loyalistas, espelidos de los Estados Unidos, fomentando la rebelion de los indíos Mosquitos, sus correrías y destrozos, esperimentados antes en los establecimientos españoles, y preparando grandes y temibles usurpaciones en nuestras Indias, tanto de la parte del rio San Juan, hasta el gran lago de Nicaragua, y aun hasta la mar del Sur, como de la parte de la Calidonia, segun los designios que tenian antes de la guerra, y que logré descubrir como V. M. sabe.

Fué preciso para atajar estos daños que se encargase al marqués del Campo una nueva negociacion, por medio de la cual se consiguió felizmente evitar un rompimiento, ampliar las esplicaciones del tratado definitivo, y asegurar la reintegracion ó adquisicion del pais de Mosquitos, y el reconocimiento de la soberanía de todo aquel continente á la España, habiendo tenido cumplido efecto la evacuacion absoluta de los colonos ingleses.

No debo detenerme en exagerar las ventajas adquiridas por esta paz, y sus posteriores esplicaciones, á pesar de que no se dejó madurar como podia hasta el punto que nos era conveniente. Todo el mundo ha hecho justicia á V. M., confesando, que de mas de dos siglos á esta parte no se ha concluido un tratado de paz tan ventajoso á la España. La reintegracion de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son objetos tan grandes y de tales consequencias: que á nadie se pueden ocultar; porque se ve libre el Mediterráneo del mayor y mas útil abrigo de nuestros enemigos en tiempo de guerra, cerrado el seno mejicano á dominaciones estranjeras, capaces de destruir é inutilizar el gran reino de Nueva España, el mas útil de nuestras Indias, y redondeado y sin riesgos el dilatado continente en que se reunen nuestras dos Américas.

Sabe V. M. que desde el principio de la guerra fueron estos objetos y el de Gibraltar los que se propuso su soberana comprension, añadiendo el de libertar nuestro comercio, y la autoridad de V. M. en sus puertos, aduanas y derechos reales, de las prisiones en que las habia puesto el poder inglés en los precedentes siglos y tratados. Tambien esto se ha conseguido por el tratado presente que nos ha abierto una puerta para aquella libertad. Sobre estos objetos recayeron los conciertos y ajustes reservados que se hicieron con la Francia cuando la necesidad nos forzó á la guerra, y sobre los mismos objetos se dieron las mas circunstanciadas instrucciones á los plenipotenciarios de V. M. que hicieron los tratados y convenciones subsiguientes.

Así pues, debe concluirse que el buen suceso del tratado no ha sido efecto de una casualidad ciega, ni de los accidentes esternos, sino de un plan bien meditado, concertado y seguido por V. M. desde el principio hasta el fin.

De este modo acabó una guerra de cinco años, sin que en toda ella se dejase de pagar la tropa, ministerio y casa real, sin que se hiciese una quinta forzada de hombres, y sin que se prolongasen los arbitrios y contribuciones á que obligaron los gastos estraordinarios de ella; de manera, que en el mismo año en que feneció la guerra, luego que se concluyó el tratado definitivo, mandó V. M. cesar las contribuciones estraordina-

rias para desde principios del año siguiente, cumpliendo V. M. con esta exactitud la real palabra con que se dignó establecer aquellas contribuciones por el tiempo que durase la guerra.

No será estraño notar aquí que las tales contribuciones se idearon y resolvieron para los casos de guerra por una junta, compuesta de todos los diputados del reino, de su procurador general y de muchos ministros autorizados de los consejos de V. M., interviniendo el conde de Campomanes y yo, que hicimos los trabajos. Así se previó y dispuso esta importante resolucion, en que se receló un rompimiento con Inglaterra, con motivo de lo ocurrido en las islas Malniñas. Lo mejor fué que dichas contribuciones se pagaron por la mayor parte con arbitrios sacados de roturas y cultivos de tierras y cerramientos de ellas, que se concedieron á los pueblos, dándoles esta utilidad y este aumento á su labranza y crianza á consulta de un consejo particular.

Propuse y apoyé con V. M. el premio que merecian varias personas militares y políticas, que habian trabajado con celo y utilidad en los asuntos de la paz y de la guerra, y entre ellas mis compañeros en el ministerio, conde de Gausa, marqués de Sonora y marqués de Castejon, obteniendo el primero aquel título y la gran Cruz de la órden de V. M., el segundo la misma gran Cruz, y el tercero la plaza efectiva del consejo de Estado.

Al tiempo que promoví estas gracias pedí una para mi con las grandes instancias que constan á V. M. y al Príncipe que se hallaba presente. No se dignó V. M. concedérmela antes de saber la gracia que fuese, como en cierto modo me atreví á proponer, y habiendo esplicado que la gracia era la de permitir retirarme del ministerio, no me fué posible obtener de V. M. esta condescendencia, por mas que el estado de mi salud era deplorable, y que muy de antemano habia hecho iguales instancias, aunque las suspendí por hallarnos en medio de las necesidades y trabajos de una guerra. V. M. no quiso permitir mi retiro ni conceder este premio á mis fatigas, que era el único que anhelaba, y tuvo la bondad de decirme, que entraria en los medios de procurarme algun descanso; pero de ningun modo en mi dimision. Ruego á V. M. que me permita doblar aquí esta hoja con el depósito de tan sagrada

promesa, la cual se ha dignado repetirme otras veces, en que yo tambien he repetido mis solicitudes para retirarme.

Ademas de las honras con que V. M. me trató para no permitir mi retiro, me hizo la de conferirme la gran Cruz de su órden como á los otros ministros. Pedí encarecidamente á V. M. que no me distinguiese con esta gracia, aceptándome su renuncia, como aceptó la que hice de la misma cinco años antes al tiempo de la paz con Portugal.

No quiso V. M. adherir á mis instancias aunqué las repetí en varias ocasiones, y en la última que se habló de ello estando solo con V. M. tuvo la incomparable benignidad de decirme: «¿qué se dirá de mí, si no te atiendo, habiendo trabajado tanto? Tómala siquiera por mí.» Estas palabras, grabadas en mi corazon, me enternecieron hasta el punto de verter muchas lágrimas, y besé la mano á V. M.

Hago la relacion de estos hechos porque manifiestan la grandeza de alma y la mas que humana beneficencia del mejor de los reyes, y será justo que el mundo y los vasallos de V. M. sepan por este rasgo de virtud heróica algo de lo que oculta esta modestia sin igual, y comprendan cuantas vidas se pueden y deben perder por un soberano que sabe honrar y premiar así.

No negaré á V. M. que la estravagancia de mi renuncia no era tanto el efecto de las virtudes que no tengo, como de mi natural genio y temperamento, y de mi filosofía. Desprendido naturalmente de toda mira de vanidad y de interés, acostumbrado por mis principios, máximas y estudios á las ideas de gloria y del pundonor mas delicado, y receloso de escitar emulaciones y envidias, que he deseado evitar siempre, aunque no lo he conseguido, he creido desde mi juventud que mi vocacion era y debia ser la de trabajar sin mas objetos que el de servir á mi rey y á mi patria, y de adquirir la mejor y mas universal reputacion.

Acabada la guerra con la Gran Bretaña, propuse á V. M. lo conveniente que seria y aun necesario hacerla con vigor ó reducir á la paz á las regencias berberiscas, y especialmente á la de Argel, que tanto daño nos causaba con sus piraterías en nuestras costas, comercio y navegacion del Mediterráneo.

Este importante objeto ocupaba ya la atencion de V. M. an-

tes de fenecerse la guerra con los Ingleses. Los Argelinos habian dado muestras y aun palabra de hacer su paz con la España, luego que esta la hiciese con la Puerta Otomana, sin cuya circunstancia dijeron no ser posible llevar adelante la negociacion que entablé de órden de V. M.

A pesar de las dificultades, al parecer insuperables, y de la sorda y vigorosa oposicion que casi todas las naciones estranjeras nos hicieron en Constantinopla, logramos ajustar y concluir nuestra paz con la Puerta. Es lástima que no permitan la modestia y la política descubrir todos los pasajes que ocurrieron en aquella larga y penosa negociacion para instruccion de unos, y para vergüenza y castigo de las falacias de otros.

Lo que sí debo decir en justo elogio de V. M. es que, no obstante el mal ejemplo que nos han dado otras naciones, ni en esta ni en otra alguna negociacion, paso, oficio ni providencia de las muchas que han pasado por mi mano, se ha usado de mentira, fingimiento, fraude ni artificio para negociar, obtener ó resolver alguna cosa. El buen ejemplo y las lecciones de verdad y probidad que V. M. me ha dado constantemente para el uso de mi oficio y encargos, me han hecho aprender y practicar una política que no se acostumbra ni tiene imitacion. Sea una pequeña prueba del escrúpulo y exactitud de V. M. en su veracidad inimitable el no haber permitido usar del pabellon y patente de potencias neutrales que obtuvieron algunos buques españoles para su comercio durante la guerra, ni aun para conducir sin riesgo de apresamientos los efectos mas urgentes y que mas necesitaba la Real armada.

Efectuada la paz con la Puerta Otomana se renovó la negociacion con la regencia de Argel para hacerla tambien con esta; pero se negó al cumplimiento de su palabra, y fué preciso intentar los dos bombardeos que se hicieron contra aquella plaza, prestándose la regencia á la paz cuando estaba preparado el tercero.

Para los bombardeos, aunque pareciesen mal á los que todo lo murmuran, se tuvieron presentes tres motivos ú objetos: 1.° hostigar al pueblo de Argel para hacerle desear y pedir la paz á su regencia, viéndose todos los años con una visita que lo inquietaba y hacia graves daños á sus habitantes: 2.° libertarnos de corsarios argelinos en toda la primavera y verano,

como se consiguió por verse precisada la regencia á no dejarlos salir, á desarmarlos, y á valerse de sus armamentos y equipages para defender la plaza; y 3.° aprovechar la gran cantidad de bombas y municiones de guerra que se habian de perder ó desperdiciar, y estaban prevenidas para la última formidable espedicion preparada en Cádiz, que no tuvo efecto por la paz hecha con Inglaterra.

No me detendré ahora en justificar ó alabar el modo y términos con que se ajustó esta paz de Argel, basta renovar á V. M. la memoria de que precedieron para que se hiciese los dictámenes uniformes de los dos consejos de Castilla y Guerra, á los cuales V. M. quiso consultar, indicándoles muy por menor en las órdenes que me mandó comunicarles, las razones que habia en pro y en contra, y los pasajes ocurridos en las negociaciones, para que con entera libertad y conocimiento estendiesen su parecer.

Se habia tambien obtenido la paz con la regencia de Trípoli por el celo y diligencia del Conde de Cifuentes, y despues de haber estipulado varias treguas con la regencia de Túnez, acaba V. M. de saber que está pronta á concluir un formal tratado de paz.

Tiene ya V. M. por estos medios libres los mares de enemigos y piratas, desde los reinos de Fez y Marruecos en el Océano, hasta los últimos dominios del Emperador turco en el fin del Mediterráneo. La bandera española se ve con frecuencia en todo el Levante, donde jamás habia sido conocida, y las mismas naciones comerciantes que la habian perseguido indirectamente, la prefieren ahora con aumento del comercio y marina de V. M. y de la pericia de sus equipajes, y con respeto y esplendor de la España y de su augusto soberano.

Se acabó en estos tiempos la esclavitud continua de tantos millares de personas infelices y el abandono de sus desgraciadas familias, de que se seguian indecibles perjuicios á la religion y al estado, cesando ahora la estraccion continua de enormes sumas de dinero, que al tiempo que nos empobrecian, pasaban á enriquecer á nuestros enemigos, y facilitar sus armamentos para ofendernos. En fin, se van poblando con increible celeridad cerca de trescientas leguas de terrenos, los mas fértiles del mundo en las costas del Mediterráneo que el

terror de los piratas habia dejado desamparadas y eriales. Pueblos enteros acaban de formarse con puertos capaces para dar salida á los frutos y manufacturas que proporciona la paz y la proteccion de V. M. De todas estas cosas vienen avisos continuos que V. M. recibe, y no cabe la relacion de ellos en este papel.

Asegurada la paz esterna, pensó V. M. en darle, si es posible, mayor seguridad con los enlaces que adoptó entre su Real familia y la de Portugal. Los matrimonios de la señora infanta Doña Carlota, nieta de V. M., hoy princesa del Brasil, con el señor infante, hoy príncipe Don Juan; y el señor infante Don Gabriel con la señora infanta de Portugal Doña Mariana Victoria, han sido tan envidiados de todas las naciones; las cuales por desgracia nuestra conocen mas bien que muchos españoles los verdaderos y sólidos intereses de la España y de Portugal. Los reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel; el emperador Cárlos V y su hijo Felipe II comprendieron cuanto importaba á las dos coronas la íntima union y amistad de sus soberanos, y la cultivaron con la estrechez y buen suceso que todos saben.

La España habia llegado en los reinados de aquellos príncipes al mas alto grado de poder y de gloria que puede imaginarse, y esto debiera bastar para que los genios y políticos superficiales conociesen los aciertos de V. M. y de su gobierno en imitar y seguir el ejemplo de los tiempos mas felices de la nacion.

Todos cuantos intervinieron en la ejecucion de estos tratados matrimoniales tuvieron alguna remuneracion ó señal de la Real gratitud de V. M., dignándose de oir y adoptar benignamente las propuestas que le hice para ello. A nuestro embajador en Portugal, Conde de Fernan Nuñez, se le dió plaza con sueldo en el consejo de Estado: al Marqués de Lourizal, embajador en Madrid de le corte de Lisboa, se le dió el Toison: á Don José de Galvez, que leyó y firmó las capitulaciones, el título libre de lanzas y anatas de Marqués de Sonora: al Marqués de Llano, que pasó á las entregas, plaza tambien efectiva en el consejo de Estado: al Duque de Almodovar el empleo de mayordomo mayor y caballerizo de la infanta portuguesa: se ofreció encomienda para su hermano el Patriarca

que hizo los matrimonios ; y en fin , hasta los capellanes de honor de jornada obtuvieron pensiones, y otros particulares algunas gracias de la munificencia de V. M.

Quiso el Marqués de Lourizal persuadirme que correspondia concedérseme el Toison , como gracia que se habia hecho á varios ministros de Estado , mis antecesores , y aun al Marqués de la Ensenada sin serlo , añadiendo que habia echado la especie al Príncipe : repugné y contradije á Lourizal sus oficiosidades hasta el punto de reprobárselas con aspereza , diciéndole que mi premio consistia en la satisfaccion que resultaba á V. M. de mis tales cuales servicios, sin intriga ni maniobra para mis adelantamientos.

S. A. sabrá y podrá decir si todo esto es cierto , pero lo que no admite duda es , que ni yo ni mi sobrino el sumiller de cortina Don Antonio José Salinas , que fué substituyendo al Patriarca en la jornada para las entregas , pedimos directa ni indirectamente , ni obtuvimos merced alguna.

Despues de los matrimonios y tratados con Portugal , han ocurrido con las potencias estranjeras varios sucesos importantes , que seria largo referir , en que V. M. ha conseguido hacerse respetar y venerar de un modo pocas veces visto de mas de dos siglos á esta parte. Basta por ahora recordar lo que se esperimentó en el año pasado de 1787 al tiempo que las turbaciones de la Holanda , y las desavenencias con este motivo de la Francia con la Inglaterra y Prusia , amenazaban un incendio general á la Europa.

La voz de V. M., levantada con tanto vigor como prudencia, se hizo oir en aquellos y otros gabinetes, y sus disposiciones y preparativos calmaron la tempestad , asegurándose la paz y aun la mejor armonía con la misma Prusia y con la Inglaterra.

Ahora consta á V. M. cuanto se trabaja en atajar los males de la guerra que empezó en Levante , y se comunicó hasta el Norte, y V. M. ha visto no ha muchos dias la consideracion en que le tienen los mas poderosos soberanos, y la confianza que hasta en los Turcos ha inspirado la notoria rectitud , imparcialidad y probidad de V. M. ¡ Oh ! ¡ quiera el cielo que se logren los ardientes deseos de V. M. de pacificar el orbe ! Las virtudes solas de V. M. son las que me hacen esperar este gran bien de la mano poderosa de Dios ; y ellas han sido las que me

han dado aliento para todos los trabajos que á este fin he emprendido y tolerado.

Justo será que ahora diga algo de las cosas internas del estado que ha conseguido V. M. mejorar y establecer en todos los ramos de gobierno y justicia económica y política, material y formal de la corte y del reino, tomando un aspecto tal, que nos da grandes esperanzas de restituir esta gran monarquía, y elevarla á aquel grado de fuerza y esplendor que tuvo en sus tiempos mas felices y que puede aumentar considerablemente.

Habia V. M. logrado preservar su corte de las asquerosidades que la dañaban, incomodaban y deslucian, y á fuerza de gastos y de constancia la habia convertido del pueblo mas sucio en el mas limpio de la tierra. Faltaba limpiarle en lo político y moral de las inmundicias que causaban en las costumbres y en el buen órden los ociosos, los vagos y los mendigos voluntarios, de los cuales y sus familias se formaba un vivero continuo de delincuentes y de personas relajadas de ambos sexos. La enmienda de la corte en este punto debia ser el ejemplo que imitasen las demas capitales y pueblos del reino, como efectivamente va sucediendo.

Seguian á V. M. en sus partidas de caza enjambres de hombres, mugeres y niños, que abandonando sus hogares y trabajos en todos los pueblos comarcanos de la corte y sitios reales, venian á recoger las abundantes limosnas con que se les socorria de órden de V. M.

Era consiguiente la pérdida y abandono de la industria de tantas gentes, las cuales pasando muchas horas en el campo, ó se acostumbraban á dejar sus domicilios, ó se restituian á ellos entrada la noche, mezclados ambos sexos en tropas numerosas con depravacion de sus costumbres.

Me atreví á proponer á V. M. en la jornada del Escorial de 1777 que calculándose lo que importaban estas limosnas, se repartiesen como se hace ahora en ciertos tiempos entre los pobres verdaderos y necesitados de los mismos pueblos, y que así en ellos como en Madrid se tomasen providencias activas para impedir la mendiguez voluntaria, desterrar la ociosidad y promover la educacion y la aplicacion al trabajo de las gentes pobres.

V. M. se sirvió dedicarse desde aquel momento á proteger

estas ideas, y dadas las órdenes mas circunstanciadas para su ejecucion, se entabló por medio del consejo de Castilla el método de recoger los mendigos, el de cuidar de los pobres y niños las diputaciones formadas en cada uno de los sesenta y cuatro barrios en que desde el activo gobierno del Conde de Aranda se distribuyó Madrid, con subordinacion de cada ocho de ellos, que componen un cuartel, á su respectivo alcalde de corte, y la ereccion de una junta general y superior de caridad que tratase de los medios y recursos que hubiere para sostener esta gran máquina, socorrer á las diputaciones cuando no alcanzasen á sus gastos las limosnas de su barrio y distrito, y continuar y aplicar á estos fines las fundaciones y obras pias adoptables á ellos.

Aunque en el principio se contaba mucho con las limosnas que recogerian las diputaciones, se ha visto por esperiencia que no es tanta la caridad, y no es tan discreta como debia esperarse, y fué necesario valerse de arbitrios, por medio de los cuales ha podido V. M. dar en cada año á la junta general cerca de treinta mil ducados; auxiliar á muchas de las diputaciones con socorros estraordinarios; conceder al hospicio general, en que se aumentaba la entrada de pobres mendigos, con cerca de catorce mil ducados anuales; al hospital general con otro tanto ó mas; al de San Juan de Dios con cerca de tres mil; y á las cárceles de Corte, villa y galera, ó reclusion de mugeres públicas, con varios socorros; además de otros tres mil ducados y mas que se han consignado para establecer el trabajo y labores de aquellas infelices, como se ha conseguido, convirtiendo en mugeres aplicadas y morigeradas unas rameras abominables. Una asociacion de señoras que se ha formado para este fin por el celo y cuidados de un activo eclesiástico, ha sido autorizada y protegida por V. M. con muy feliz suceso.

Separadamente y con independencia de junta general y diputaciones, se han socorrido y continúan socorriendo algunos millares de personas distinguidas, honradas y vergonzosas, á quienes acosa la necesidad y oculta la decencia; mugeres y viudas de militares, de ministros y otros empleados; hijos menores é hijas huérfanas y desamparadas; caballeros pobres con hijos y mugeres; labradores, fabricantes, comerciantes

y artesanos, hallan todos los dias recursos y socorros en los fondos de arbitrios pios que V. M. ha puesto á mi cuidado.

Todas las diputaciones de barrio, como á porfía y competencia, se han dedicado á establecer escuelas de enseñanza para las niñas pobres ó abandonadas, en que además de la doctrina cristiana y buena educacion, se las enseñan las labores propias de su sexo, y otras diferentes que empiezan á ser considerables y muy útiles. Las diputaciones de la Trinidad y San Isidro trabajan cinterías escelentes, parecidas á las de Francia. En las del barrio de la Comadre, de San Basilio y Mira-al rio, además de los cosidos, se hacen ya bellos bordados con seda, oro y plata, encajes y flores. Son muchos los centenares de niñas que se enseñan en estas escuelas. Se han dado vestidos á las que los necesitaban, premios á las sobresalientes en los exámenes públicos y dotes á las que se ha podido para tomar estado. Para todo esto se socorria con cantidades estraordinarias á las diputaciones del mismo fondo de arbitrios, creados por V. M., y puestos á mi disposicion.

Con los niños pobres y desamparados se practica lo mismo en cuanto á darles escuela, y cuidar de su buena crianza y de su aplicacion á los oficios á que son adaptables, siendo algunos millares los que ya cogen este fruto de los desvelos de V. M., como resulta de las relaciones que se imprimen y publican cada tres meses.

Asisten las diputaciones á los artesanos y jornaleros que carecen de trabajo hasta que pueden emplearse, y cuidan tambien de la curacion de los enfermos pobres que pueden conseguirla en sus casas sin enviarlos á los hospitales, donde el tedio y repugnancia con que van, la tardanza en dejarse conducir á ellos, los vapores inevitables de la multitud, y la menos cómoda y particular asistencia, causan la muerte y desgracia de muchos, dejando á lo menos desamparadas, durante la enfermedad, á sus familias, mugeres é hijos, y espuestas á la mendicidad y corrupcion de costumbres.

Todo esto se va remediando con el cuidado y socorros de las diputaciones, de las cuales hay ya veinte y cuatro en los tres cuarteles de Palacio, San Gerónimo y Afligidos, que tienen sus reglamentos y consignaciones de V. M. para estos gastos de curar á los pobres en sus casas, y se trata de arreglar las demas.

El ejemplo de la corte, así para la formacion de juntas y diputaciones de caridad, como para la dotacion de hospicios ó casas de misericordia, su restablecimiento ó nueva creacion, va cundiendo y propagándose con la proteccion y auxilios de V. M. en las capitales del reino y otros pueblos, mereciendo particular mencion Granada, Barcelona, Toledo, Búrgos, Gerona, Cádiz, Alicante, Valladolid, Valencia, Ciudad-Real, Écija, Salamanca y Canarias, por el desvelo de los que las gobiernan en lo espiritual y temporal de sus obispos y magistrados.

Las sociedades económicas y patriotas que V. M. ha establecido y autorizado en todo el reino, son ya cerca de sesenta, y las mas de ellas se esmeran en contribuir al socorro, educacion y aplicacion al trabajo de los pobres, fomentando principalmente la agricultura, las artes y oficios, y la policía material y formal, y estableciendo para la mayor facilidad y perfeccion de todo muchas escuelas de dibujo.

La sociedad de Madrid mantiene por suscripcion un monte pío para dar trabajo á las mugeres pobres, y á muchos hombres con hilazas, tejidos, estampados y otras industrias, y V. M. ha dado por mi medio para esto mas de veinte y cinco mil pesos.

No pretendo que se me atribuya ser el inventor ó fundador de las sociedades. Primero la Vascongada, y despues la de Madrid con alguna otra, habian dado el ejemplo para el establecimiento y aumento que en mi tiempo han tenido estos cuerpos útiles, y las escelentes obras de la educacion popular, trabajada y publicada por el conde de Campomanes, habia difundido las ideas mas convenientes al estado sobre estos puntos importantísimos. Es una justicia que no puedo ni debo rehusar delante de V. M. á este celoso magistrado, ni al Consejo la de haber promovido la estension y fundacion de las sociedades que hoy existen.

Pero V, M. ha dotado por mi medio las que han acudido, comenzando por la de Madrid, á la cual se han consignado por ahora ochenta mil reales al año, además de lo que se dió por una vez para su monte pio. Se han buscado arbitrios para la dotacion de otras, y en todas me ha encargado V. M. su favor y socorros, y promover sus ideas y objetos, de que han re-

sultado grandes beneficios. Esto no es decir que todas las sociedades han sido igualmente útiles y aplicadas, pero las mas lo son, y en todas hay el gran bien de reunirse los primeros ciudadanos, ocupar el clero y la nobleza dignamente su tiempo y cuidados, y escitarse en todas las clases la emulacion y el deseo de hacer algo bueno en servicio de la patria.

Dije antes que no ha sido tanta ó tan discreta como se debia esperar la caridad con que se contaba para acudir á estos objetos. Permítame V. M. que haga aquí alguna pausa, para dolerme del error con que algunos prefieren distribuir la limosna por su mano á los mendigos y personas particulares, y no solo no quieren darla á las diputaciones de caridad, que pueden llamarse los cuestores ó limosneros del estado, sino que condenan que se recojan los pobres en los hospicios, y que se les enseñen los trabajos adaptables á su edad y fuerzas, empleándolos en las artes y en las obras públicas.

Esto es lo que yo llamo caridad indiscreta, y aun perjudicial y escrupulosa en el fuero interno, si se ejercita con desprecio de la autoridad pública, y con advertencia del daño que causa. Las limosnas particulares á los mendigos confunden los verdaderos pobres con los falsos, dan causa á que estos usurpen á aquellos el socorro que necesitan, y fomentan la ociosidad y vagancia de los que recogen las limosnas, y el libertinaje y pésimas costumbres de muchos.

Todos son pobres, se dice, y no se debe quitar la libertad á los unos de pedir y á los otros de dar. Por esta regla las órdenes mendicantes, y señaladamente la de San Francisco, por ser pobres que se mantienen de limosna, debian dejar á todos sus individuos religiosos la libertad de salir á pedirlas sin señalar cuestos ó limosneros que lo ejecutasen. ¿Cuál seria entonces la confusion y el desórden de estos cuerpos religiosos, con abandono de sus trabajos útiles, de su recogimiento, de sus estudios, del confesonario, el púlpito y el coro?

Si las órdenes pobres y mendicantes pueden y deben nombrar y emplear sus cuestores ó limosneros para pedir las limosnas, y tener á sus religiosos recogidos y bien ocupados, ¿por qué no podrán y deberán las sociedades civiles, los pueblos y el soberano tener en los hospicios, en las juntas y diputaciones de caridad unos limosneros fijos que tambien pidan

las limosnas, y mantengan ocupados y recogidos los mendigos y pobres? Si lo primero es absolutamente necesario para la disciplina y buen órden religioso, y seria dañoso y de mucho escrúpulo hacer lo contrario, ¿porqué no ha de ser lo mismo lo segundo en el órden cristiano, civil y político?

De la caridad, señor, ejercitada por medio de los hospicios y diputaciones, resultan ventajas tan grandes, que no alcanzo como hay personas de buen sentido y timoratas que no las conozcan. El que da la limosna por estos medios no está espuesto á que su liberalidad sea una pura compasion personal y natural respectiva á la persona á quien la da y á su situacion; y precisamente la ha de dar por Jesucristo, elevando esta virtud moral á la clase de verdaderamente cristiana.

La limosna dada á las diputaciones y hospicios hace tres bienes, que son: socorrer las necesidades corporales de los pobres, facilitar el socorro de sus necesidades espirituales, evitando los pecados y riesgos con el recogimiento, vida y educacion cristiana, y preparar y formar otro socorro de muchos hombres en las obras y trabajos que hacen los pobres empleados y aplicados.

Nada de esto se verifica en las limosnas dadas á los mendigos y pordioseros; y así, esceptuando las que se reparten entre personas bien conocidas con verdadera necesidad, y sin riesgo del mal uso de ellas por su abandono, repito que las demás deben ser muy escrupulosas para los que las dan con advertencia de sus inconvenientes y desprecio de la autoridad pública.

Mayor escrúpulo deben tener los superiores espirituales y temporales que dejen cundir y propagarse aquella libertad de mendigar; semilla de infinitos vicios y viciosos, estando obligados á evitarlo y á procurar y mantener el buen órden, y á ser los primeros en hacer cumplir y observar las órdenes del soberano.

Siento, señor, que en esta parte me vea precisado á confesar á V. M. que ha habido mucho descuido, frialdad ó indiferencia, cuando no sea contrariedad, de parte de muchos superiores, y de algunos jueces y ejecutores de las leyes públicas.

Pero tambien debo hacer justicia á la mayor parte del clero

superior y sus prelados, que en mi tiempo y con mi acuerdo han contribuido á estos objetos con celo y liberalidad digna de la mayor alabanza, dotando y restableciendo los hospicios, ó casas de espósitos, huérfanos y hospitales, comprendiendo y llevando á su perfeccion muchas obras públicas con gastos crecidos para emplear los pobres y jornaleros, y socorrer los miserables en estos calamitosos años.

No puedo dejar de nombrar á V. M. algunos de los prelados que mas se han distinguido, ni me permite callar la obligacion que les tengo por mi oficio y persona, y por sus esfuerzos en la materia, con notorio beneficio de la religion y del estado.

El arzobispo de Toledo, Don Francisco de Lorenzana, es uno que parece que, como primado, se ha esmerado en dar el primero y mas brillante ejemplo en la ereccion de las dos casas de caridad de Toledo y Ciudad-Real, restaurando en la primera, á costa de grandes sumas, el magnífico palacio ó alcázar casi arruinado, cuyo uso le cedió V. M. para este fin. Las demas obras públicas emprendidas por este digno arzobispo, ademas de la dotacion de dichas casas de caridad, de la repoblacion de muchos lugares desamparados y destruidos, y de haber ilustrado y conservado la memoria de los Santos y antiguos doctores españoles, costeando y publicando bellas ediciones de sus obras, se han dirigido á mejorar y ennoblecer la capital de su diócesi con edificios útiles, adornos instructivos, y estátuas de sus reyes mas celebrados, que V. M. me mandó darle, promoviendo otros objetos de comodidad y esplendor de la misma capital, á que he coadyuvado de órden de V. M. con diferentes auxilios.

Con los mismos auxilios y la proteccion de V. M. han tenido una conducta muy semejante á la del arzobispo de Toledo su hermano el obispo de Gerona, Don Tomás de Lorenzana, para los dos hospicios erigidos en su capital y en la villa de Olot, y otras empresas de piedad y economía política; Don José Javier Rodriguez de Arellano, arzobispo de Búrgos, con el socorro de aquel hospicio, fomento de su dotacion y otras ideas útiles; Don Francisco de Fabian y Fuero, arzobispo de Valencia, para la casi total manutencion de aquel hospicio, socorro continuo de las diputaciones de caridad, y otras liberalidades en la diócesi de crecidísimas cantidades, siendo justo hacer men-

cion de la pension de doce mil pesos anuales con que ha querido gravarse anticipadamente para completar la dotacion de aquella universidad, y sus estudios mejorados y renovados con el nuevo plan que V. M. ha hecho formar; Don Francisco Armaya, arzobispo de Tarragona, con varios socorros é ideas útiles á sus súbditos, habilitacion de aquel puerto y continuacion del famoso acueducto romano, cuyo establecimiento empezó con mi acuerdo su digno y celoso antecesor D... de Santiyan y Zapata, dejándole en tan buen estado que ya logra aquella capital las aguas de que carecia; Don Sebastian Malbar y Pinto, arzobispo de Santiago, con los designios que empiezan á realizarse para la educacion y manutencion de nobles y pobres, y la construccion que costea de útiles caminos y otras obras públicas de necesidad, comodidad y ornato; el obispo de Plasencia, Don José Gonzalez Laso, cuyo celo y liberalidad son inesplicables para promover la felicidad pública, con el socorro de pobres, habilitacion de caminos, puertos y malos pasos, construccion de puentes y otras muchas obras de piedad discreta, que han movido á V. M. para nombrarle presidente de la junta erigida en su capital, con facultades absolutas; Don Juan Diaz de la Guerra, obispo de Sigüenza, y antes de Mallorca, donde empezó la habilitacion y restauracion del puerto y ciudad de Alcudia, y ha seguido en su actual diócesi con la renovacion y fundacion de pueblos, y el fomento de la agricultura y fábricas en terrenos proporcionados, auxiliando al trabajo y la aplicacion de los pobres: y Don Juan Francisco Jimenez, obispo de Segovia, que ejercita su caridad y su celo público en iguales obras, á que se le auxilia por S. M., socorriendo la pobreza y mejorando al mismo tiempo aquella ciudad y su poblacion.

El arzobispo último de Granada, antes obispo de Zamora, Don Antonio Jorge y Galban, y los obispos últimos difuntos de Málaga Don José de Molina, y de Cartagena Don Manuel Rubin de Celis, merecen que se haga memoria particular de su amor al prójimo y al público, que se compone de todos los prójimos, pues fueron singulares en las fundaciones y obras de caridad y de utilidad comun de aquellos paises, y del de Zamora que emprendieron.

El costoso acueducto de muchas leguas que construyó el ci-

tado obispo de Málaga para dar aguas permanentes y saludables á aquella ciudad, á su puerto y bajeles, facilitando tambien riegos y moliendas de que necesitaba, será un monumento perpetuo de su grandeza de ánimo, por las enormes sumas que gastó, y de su discernimiento para emplearlas en beneficio general de su diócesi y del estado. La dotacion de las cátedras y estudios completos del seminario de Murcia, de la casa de Misericordia y de la sociedad económica de aquella capital, hecha en gran parte de sus propios bienes ó caudales de su patrimonio por el espresado obispo de Cartagena Don Manuel Rubin, ademas de la caridad inagotable con que socorrió á sus súbditos en años calamitosos, exigen igualmente la memoria agradecida de todo buen vasallo, y mucho mas la mia.

El actual obispo de Astorga Don Manuel Abad de Illana es otro de los prelados ilustres por su sabiduría, actividad y amor al bien público, de que V. M. está muy enterado con motivo de la ereccion del obispado de Ibiza que acaba de dejar. Los reglamentos, fundaciones de catedral, prebendas, beneficios y parroquias que este prelado ha hecho, y los trabajos que ha promovido para la felicidad y cultura de aquellos isleños en lo espiritual y temporal, todo en muy poco tiempo, son obras de gran mérito y de eterna gratitud.

El obispo de Leon Don Cayetano Cuadrillero, el de Orense, el de Tuy y otros muchos, ó para hablar con propiedad todos los de los dominios de V. M. parece que á porfía se han esmerado en estos últimos tiempos en la fundacion, mejora ó dotacion de seminarios, hospicios ó casas de caridad ó de misericordia, de huérfanos y espósitos, hospitales y otras obras pias y públicas de este género. No hago mencion específica de todos como merecen, por ceñirme á los que particularmente se han entendido conmigo para sus empresas, proteccion y auxilios que he promovido, como V. M. sabe.

He creido ser justo nombrar aqui con particular y separado elogio al confesor de V. M. Don Fr. Joaquin de Eleta, arzobispo de Tebas, quien antes y despues de obtener el obispado de Osma ha hecho en él tantas y tales cosas en obsequio de la religion y del estado, que merece memoria y lugar distinguido en esta esposicion.

Tan lejos de adulacion estoy en mis espresiones, que V. M.

y el mismo confesor saben por repetidas esperiencias propias, que mas adolezco del mal de contradecir que del de lisongear. Las grandes obras de los dos hospitales de Osma y Aranda, el seminario y el estudio general, el hospital y otras innumerables obras é ideas públicas y de caridad, puestas por la mayor parte en ejecucion en aquella diócesi, harán amable y perpétua en ella la memoria de V. M. que las ha protegido y auxiliado por mi medio con providencias y abundantes socorros, y la de su confesor que ha gastado y gasta en aquellos objetos todo su tiempo y cuidados, y cuantas rentas ha tenido y tiene.

El celo público de los prelados eclesiásticos seculares ha sido imitado en gran parte de su clero y cabildos y del clero regular; pues corren á cargo de los cuerpos eclesiásticos de varias catedrales de estos reinos, diferentes casas de piedad, de espósitos y hospitales, y otros socorros y destinos de pobres, empleándose muchos de sus individuos y de los párrocos en los objetos de las sociedades patrióticas, y encargándose varios monasterios de alimentar, educar y vestir algun número de niños pobres, huérfanos y desamparados. Seria de desear que todos los regulares siguiesen el ejemplo que les han dado en este punto algunas comunidades monacales de las órdenes de San Benito, San Bernardo y de la Cartuja, evitando el desprecio ó la disipacion y el mal uso que en ocios y vicios hacen los mendigos de sus limosnas diarias.

A vista pues del justo y piadoso empleo que hace el clero de España de sus cuantiosas rentas en socorro de pobres, no puedo comprender las razones en que se funden los que censuran la formacion del fondo pio benefical hecha por V. M. en mi tiempo con breve pontificio para la ereccion, dotacion y aumento de hospicios ó casas de misericordia, de huérfanos, espósitos, y para el fomento y manutencion de todo género de infelices por medio de las juntas y diputaciones de caridad, compuestas de personas seculares y eclesiásticas.

Los obispos y otros prelados eclesiásticos de estos reinos, sufren con tranquilidad y conformidad la carga de la tercera parte de sus rentas, que por privilegio y costumbre inmemorial se destina por V. M. á proveer de pensiones á muchos súbditos dedicados á los estudios ó á otros objetos de pública utilidad, y esto sin embargo de que los obispados y prelacías

tienen sobre sí la principal cura de almas, y la primera obligacion de socorrer á los pobres.

En la formacion del fondo pio beneficial no se concluyen ni gravan las piezas eclesiásticas que tienen cura; y ademas, aunque V. M. puede imponerla la tercera parte para los pobres, como no toque á la cóngrua señalada, que es de seiscientos ducados en los beneficios residenciales, y de trescientos en los que no tienen residencia, con todo V. M. rebaja considerablemente esta carga á todos los provistos que por sus circunstancias de pobreza, número de sus familias y cortedad de renta merecen esta atencion; de modo que ha habido beneficios á los cuales solo se ha cargado una sexta parte y menos.

Con el aumento de la poblacion, de la agricultura y de la moneda, han crecido estraordinariamente las rentas eclesiásticas; de manera que sin exageracion se puede afirmar que de medio siglo á esta parte se acerca en muchas su aumento, si no pasa, de la mitad del valor que antes tenian. Si el clero habia de distribuir sus sobrantes entre pobres, ¿por qué ha de sentir que se haga por medio de una colectacion uniforme y próvida que combine el socorro con el recogimiento, la educacion y la mejoría de costumbres de tantos miserables?

Se dirá que si el clero hacia ó hace esta distribucion, ¿á qué fin privarle del sobrante de rentas que emplea en ella? Pero ¿quién no vé la diferencia que hay entre el bien que puede hacer un particular, y el que puede resultar de la reunion de fondos por medio de la administracion pública? El particular acude á una necesidad ú otra, y esto muchas veces sin posibilidad de discernir lo mas conveniente. Puede el particular hacer una fundacion y auxiliarla; pero no podrá conseguir que se hagan todas las necesarias para el bien del estado y mejoría de las costumbres, ni disminuir generalmente las necesidades. La misma liberalidad de los particulares suele aumentar los ociosos y los mendigos, de que tenemos tristes esperiencias.

Por el contrario, la union de fondos facilita las mayores empresas de caridad y de policía, como son las fundaciones y dotaciones de hospicios, hospitales, casas de huérfanos, espósitos y abandonados: se socorre así á todos los enfermos y pobres; se educa la niñez, la juventud se la acostumbra á las ideas cristianas y al trabajo, y por medio de este se disminuye

la pobreza. Esta disminucion de pobres aumenta los frutos de la agricultura y de la industria, y por consecuencia los diezmos y rentas del clero, el cual con el gravámen del fondo pio se puede afirmar que cultiva su heredad y multiplica sus productos; de modo que siempre quedará el clero con que ejercitar su caridad y liberalidad; como queda á los obispos, aunque gravados en su tercera parte.

La frugalidad y severidad de costumbres del clero español, le han dado y darán grandes recursos para socorrer á sus prójimos pobres con las rentas que le quedan.

El actual fondo pio y su gravámen no comprende á los que estaban en posesion de sus beneficios al tiempo de la publicacion del breve de su Santidad.

Aunque la concesion pontificia se hizo en 1780, no se publicó hasta 1783, y V. M. tuvo la bondad de no gravar las piezas eclesiásticas provistas en aquel intervalo. Todos los gravámenes que hasta ahora se han impuesto al clero, aunque no se dirigian al socorro de pobres, han comprendido indistintamente á sus individuos y sus beneficios ya poseidos por ellos. Solo el fondo pio, aunque destinado á los objetos de caridad y de piedad en que deben emplearse las rentas eclesiásticas deducida la cóngrua, se ha cargado sobre los beneficios que vacasen en lo futuro sin gravar á los actuales poseedores. ¿De qué pueden quejarse estos cuando pretenden y aceptan el beneficio con conocimiento de la carga que debe tener? Repito, señor, que no alcanzo que interés ni razon justa pueden alegar los que se hayan quejado y quejen de esta providencia de V. M., que en mi pobre dictámen es una de las mas útiles y gloriosas de su feliz reinado.

Creo, Señor, que hago al clero ilustrado la justicia de que no ha pensado como piensan algunos pocos que carecen de los conocimientos necesarios para opinar con acierto en la materia. Todavía creo mas, y es que aun los pocos cuerpos eclesiásticos que quisieron representar contra el establecimiento del fondo pio, se movieron con muy buena intencion por algunos; concepto equivocado que ya habrán depuesto respecto al uso de este fondo. El silencio y la aprobacion de casi todos los obispos, el amor y la fidelidad que el clero profesa á V. M., y la esperiencia que se tendrá cada dia de la utilidad y empleo ca-

ritativo de este patrimonio de pobres, hará olvidar las especies que la inconsideracion, mas que la malignidad, haya esparcido contra él.

Ya que he tocado aqui lo que se debe esperar de la ilustracion, amor y respeto del clero á V. M., no puedo pasar en silencio lo que con motivo de los gastos á que nos obligó la última guerra hizo el mismo clero en servicio de V. M. y de la corona. Con una carta que V. M. me mandó escribir á los prelados y cabildos de las catedrales de estos reinos, obtuvo que le sirviesen ó por via de préstamo sin interés, ó por donativo gratúito con cerca de treinta millones de reales, descontando ó estinguiendo las cantidades prestadas en los plazos de las contribuciones del subsidio y escusado acabada la guerra, como se ha hecho.

Esta propension del clero superior á servir á V. M. sin haber usado de los medios forzados y desagradables que se practicaron en otros tiempos para el mismo fin con poco fruto, prueba la verdad de lo que he tenido la honra de esponer á V. M. muchas veces, á saber: que el clero de España es acaso entre todos los del mundo el mas fiel y subordinado á su Rey, el mas morigerado, recogido y prudente, y el mas útil á la patria por su celo y por sus muchos recursos económicos, que por tanto debe ser muy estimado, y cuidarse mucho de que sea respetado y atendido en todo cuanto sea compatible con la autoridad soberana y con el bien público de estos reinos, y que por lo mismo se le deben guardar sus legítimos privilegios sin entrar en discusiones odiosas, ni en las providencias depresivas de que se ha usado en otras partes.

V. M. ha oido estas máximas muchas veces en los secretos del gabinete, donde ni la adulacion ni el interés podian gobernar las espresiones de mi lengua.

Del clero regular he dicho otro tanto; aunque he opinado y opino que conviene, por su mismo bien y por el general, velar sobre su disciplina. Las órdenes religiosas bien instruidas con estudios sólidos, bien tratadas y bien arregladas para el exacto ejercicio de sus institutos, conforme á las leyes canónicas y á las del reino, serán muy útiles á la religion y al estado.

El socorro de pobres y desvalidos ha sido acompañado de otras providencias activas y vigorosas para perseguir la holga-

zanería, los vicios y la mendiguez voluntaria. A la manera de la corte se han establecido comisiones particulares para perseguir los vagos, ociosos y mal entretenidos en todas las capitales del reino en que hay audiencias y chancillerías, y otras iguales providencias se han tomado ya para las ciudades principales y populosas.

Lo famosa ley ó pragmática en que V. M. estinguió hasta el nombre y la raza de los llamados gitanos, ha tenido el mismo objeto y fin de convertir en personas útiles y aplicadas tantos millares de ellas que se perdian en una ociosidad estragada y en delitos frecuentes y detestables. No hubo quien no celebrase esta ley y sus bien circunstanciadas prevenciones, y seria de desear que se cuidase mucho de su ejecucion exacta.

A pesar de algunos descuidos y negligencias que por mi parte he procurado remediar, pero que exigen mucha mas vigilancia de parte de la magistratura, he notado que entre tantos delincuentes, salteadores y malhechores como se han perseguido y aprehendido despues de la última guerra, la cual nos dejó estos desgraciados vestigios, son muy pocos de los llamados gitanos los que han sido comprendidos en delitos tan atroces, prueba de que la ley ó pragmática que los habilitó para el trabajo y oficios y les borró la mancha de su raza y nombre, ha producido gran parte de su efecto.

V. M. previó desde luego que no bastaba socorrer los pobres y perseguir los ociosos sino proporcionaba ocupacion y trabajos útiles á los que la necesidad, la virtud ó las providencias de su gobierno hiciesen aplicados. Para lograrlo se ha esmerado V. M. en promover la agricultura, las artes, el tráfico interior y el comercio esterior, ayudando mucho á la ejecucion de estas ideas las sociedades patrióticas y otros muchos cuerpos y miembros distinguidos del estado.

Para la agricultura, que es el primero y mas seguro manantial de las subsistencias del hombre, y de su riqueza y prosperidad sólida, ha emprendido V. M. las obras de riego, que dejarán sorprendida la posteridad mas remota. España, siempre espuesta á la falta de lluvias, no puede ser muy agricultora si no substituye y suple con los regadíos el agua que falta en la mayor parte de las provincias para que el labrador logre el fruto de sus sudores.

El canal de Aragon, obra inmortal que comenzó con mas corazon que posibilidad el gran Cárlos V de Alemania y I de España, estaba reservado para otro Cárlos, á fin de que venciese como lo ha conseguido, sus dificultades, llevándole por espacio de muchas leguas hasta Zaragoza, desde donde se continua y sigue para el Mediterráneo. Se espera completar este incomparable proyecto antes de muchos años con los recursos que V. M. me ha aprobado y facilitado para costearlo, y con la notoria actividad con que se trabaja por el celo del protector destinado á esta empresa Don Ramon Pignateli, á quien debo hacer justicia.

Este canal, que á un mismo tiempo es de navegacion y riego, contiene obras tan grandes tan atrevidas y tan útiles, que para honor de la nacion y de los que le han dirigido, y para gloria de V. M., se publicará oportunamente su plan con una relacion circunstanciada de las mismas obras, de los terrenos que ya se cultivan y riegan, de los nuevos plantíos que se han hecho y continuan, y de los molinos y artefactos que se han construido y construyen para adelantamiento y facilidad de todo género de industrias. El canal de Tauste, incorporado al principal de Aragon, es otro fomento conseguido ya para la agricultura por medio de sus riegos corrientes y aprovechados.

En los campos feracísimos de Lorca, en el reino de Murcia, ha anticipado V. M. para sus riegos las obras de los pantanos ó depósitos de aguas que ya están concluidas cerca de veinte y cuatro millones de varas cúbicas, siendo así que sus murallones ó diques que las represan no esceden ahora de la mitad de la altura que deben tener, la cual ha de llegar á setenta varas. El espesor de estos diques es de cincuenta varas, ó de ciento cincuenta pies, todo de fábrica y revestida de sillería ó cantería que abrazan y fortifican gruesísimas barras de hierro.

Tambien se publicaran los planes con la relacion circunstanciada de estas obras, sus minas, conductos y otros edificios excelentes de que se componen, con espresion de sus utilidades para instruccion y gloria nacional.

En tierras de ciento por uno, como son las del campo de Lorca, puede discurrirse lo que se logra y consigue con tales regadíos. V. M. ha dispuesto y ejecutado ya al mismo tiempo

un camino sólido , comodo , y aun magnífico para el puerto de Aquilas , situado en esta costa marítima de aquel campo estableciendo formalmente un pueblo labrador y comerciante en él para la salida de los frutos y su tráfico. Ha hecho conducir V. M. á aquella nueva poblacion aguas abundantes de algunas leguas de distancia por un acueducto, digno de la grandeza de V. M. , sin las aguas de que absolutamente carecia aquel puesto en pais en que llueve pocas veces , era imposible fijar una poblacion , y con ellas tiene ya cuatrocientos vecinos ó mas , habiendo V. M. fabricado iglesia, construido casas, y los edificios públicos necesarios. Es prodigiosa la apresuracion con que se va poblando aquel lugar, y con que se cultiva el territorio con que V. M. le ha dotado, lo cual en mucha parte se debe tambien ; como he dicho , á la paz con la regencia de Africa , cuyas piraterías tenian amedrentada la costa de España , desamparada y erial.

Merecen ser elogiados el celo y actividad de Don Antonio de Robles Vives , ministro del consejo de Hacienda de V. M. , á cuya inspeccion y direccion han estado confiadas aquellas obras y la creacion de arbitrios para costearlas, habiendo en poco mas de tres años llevádolas al estado y adelantamiento en que se hallan.

El canal de Tortosa es otra empresa de V. M., que en pocos años ha facilitado la comunicacion del Ebro, desde la inmediacion de la villa de Amposta , hasta el puerto de los Alfaques, evitando el rodeo y los peligros que habia para salir al mar por aquel rio. Sirve tambien este canal para navegacion y riego de las muchas tierras de aquel campo, que antes estaban eriales por la frecuente falta de lluvias. Se ha fundado igualmente en aquel puerto la nueva poblacion de San Cárlos , y se continuan las obras para darle la posible perfeccion y utilidad.

En otras muchas partes se promueven y protegen iguales obras para canales, regadíos , y para fomentar la agricultura y tráfico. Se continuan los canales de Manzanares y Guadarrama por medio del Banco Nacional, y ha cedido la mitad de las utilidades de la estraccion de plata para este fin. Se trata de la ejecucion de un canal en el campo de Urgel, del riego de árboles, y del de los campos de Ugejar en el reino de Granada.

de aprovechar muchas aguas en los fértiles y anchurosos terrenos de Albacete, y de disecar tierras pantanosas y lagunas en los términos de la ciudad de Villena, en el reino de Galicia y en otras provincias.

La poblacion de Almuradiel, formada en medio del camino nuevo de Andalucía, ejecutado por el sitio fragosísimo de Despeñaperros, es otro ejemplo de agricultura para los lugares comarcanos, pues donde solo habia selvas y soledades espantosas é infructíferas, se ven ahora en pocos años edificios públicos, casas de colonos, plantíos y tierras cultivadas, que producen todo género de granos y frutos, y que acompañan al camino, y destierran los riesgos de los salteadores y malvados.

No hablo aquí del canal de Campos y Castilla, porque se dirige por la via de hacienda, y se costea por ella. Las obras y adelantamientos de agricultura, canales, riegos, caminos y edificios públicos que espongo á V. M. en esta representacion, son todas las que con mi intervencion se han hecho ó hacen sin gasto alguno de la real hacienda de V. M., destinados á llevar las cargas de la corona. Conviene tener siempre presente esta especie, y que todo lo que por mi ma no se ha ejecutado y ejecuta es sin gravámen del erario real.

Los señores infantes Don Gabriel y Don Antonio, siguiendo el ejemplo de V. M., han emprendido y tienen muy adelantados varios riegos abundantes, con canales y acequias de gran dispendio: el primero en el priorato de San Juan, y en segundo en Calanda, perteneciente á las encomiendas que disfruta en el reino de Aragon. Las órdenes de V. M. y la proteccion y aprobacion que ha franqueado á SS. AA. han sido conformes al gozo con que V. M. ve en sus amados hijos estas ideas patrióticas.

No puedo dejar de detenerme algun tanto en referir la singular y declarada aficion á promover todo género de agricultura de los señores infantes y de su augusto hermano el príncipe de Asturias. Son bien notorios los terrenos incultos, que casi de repente han convertido SS. AA. en fecundas y abundantes huertas, y en jardines deliciosos, y los demas cultivos y plantíos que los tres hermanos han hecho en los sitios reales, trabajando por sus propias manos, ennobleciendo el ara-

do y el azadon, y enseñando con su ejemplo á los poderosos cual debe ser el objeto, la aplicacion y el aprecio del labrador y de sus trabajos.

V. M. ha sido tambien el gran maestro que ha querido fundar una escuela práctica de agricultura en los campos que me ha mandado cultivar y mejorar en el Real sitio de Aranjuez; ya se conoce en los pueblos de la comarca el efecto que ha producido esta escuela, pues se va imitando el método de aprovechar las tierras, destinándolas, segun su calidad, á sus respectivas y mas útiles producciones.

Se ven plantados los terrenos pedregosos, áridos y delgados con muchos millares de olivos y de vides, los de mayor substancia empleados en las cosechas de granos, y los bajos y mas húmedos destinados á las huertas y verduras, moreras, maíces, cáñamos, linos, y todo género de legumbres y frutales.

Allí se crian y cogen sedas finísimas, se recoge abundante porcion de miel y cera, en que V. M. por sí mismo quiso establecer cosecha: se aprovecha el abono del ganado lanar y sus frutos, y se emplea la bellota de los robles, que sirven á la sombra de hermosas calles en la crianza de ganado de cerda con grandes utilidades: en fin, no hay fruto que no se cultive, sin perdonar diligencia ni gasto para traer las plantas mayores y menores, y las semillas útiles de las cuatro partes del mundo.

Las grandes obras que V. M. me ha mandado hacer para lograr la mayor perfeccion en el aprovechamiento de los frutos, son y serán otro monumento perpetuo de los desvelos de V. M. por los progresos y adelantamientos de la agricultura. El vino y el aceite se esprimen y fabrican en molinos y lagares primorosos con el mayor aseo y utilidad, y se conservan en espaciosas bodegas y vasijas excelentes, en que caben muchos millares de arrobas. Todo es un modelo, ó por mejor decir, una escuela práctica de labranza y crianza, en que V. M., como primer labrador, y tan próvido y esperimentado, enseña á sus vasallos la profesion mas necesaria y mas útil de la monarquía.

Con la nueva providencia general, tomada á consulta del Consejo para poder plantar y cerrar las tierras, ha preparado

V. M. un aumento considerable á la agricultura ; y si á ella se agregan otras , que se tienen meditadas para estender la libertad de cultivar y socorrer á los labradores, podrá España ser un manantial inagotable de frutos y riquezas.

Me ha de permitir V. M. que le recuerde aquí tres puntos, que ya tiene insinuados en su instruccion de estado , y que convendria resolver con prontitud , y comunicar al consejo de Castilla. 1°. Declarar ó establecer el derecho de todo poseedor de mayorazgo, ó de bienes vinculados, de deducir las mejoras que consintiesen en nuevos regadíos y nuevos plantíos donde no los hubiere , y nuevas roturas de tierras que necesitasen descuages. Verificado con autoridad judicial el valor y réditos del terreno en el tiempo anterior á estas tres clases de mejoras, deberia ser el aumento de ellas propio del poseedor y sus herederos , con derogacion de cualquiera ley en contrario. ¿Cuánto no seria el estímulo de los poseedores para mejorar los innumerables bienes sujetos á restitucion , que ahora abandonan por no privar á sus hijos y herederos de lo que gastan en mejoras ?

2°. Permitir , como acaba V. M. de hacerlo , en Madrid para fomentar la construccion de casas , á consulta de una junta, que se venda todo terreno erial , solar ó abandonado , con autoridad de la justicia , precediendo tasacion, aunque pertenezca á mayorazgo , patronato , aniversario, capellanía , ú otra carga perpetua , depositando su importe á beneficio del dueño del terreno, ó poseedor del vínculo , para que pudiese imponerle en réditos civiles de juros, censos, acciones de banco etc. con la misma autoridad judicial.

Y 3°. prohibir que las mejoras de tercio y quinto se pudiesen vincular perpetuamente , ni otro algun género de bienes , aun por los que no tuviesen herederos forzosos , sin facultad de V. M. Este punto es importantísimo , porque con la facilidad de mejorar que da la ley , todos mejoran , aunque sean personas humildes , y en cantidades cortísimas , al hijo ó nieto , á quien tiene inclinacion , y regularmente vinculan la mejora, formando un patrimonio á la vanidad y la holgazanería, y aprisionando muchos bienes que no pueden cultivarse bien en manos pobres , ni venderse á las ricas que los restauren. De aquí resulta un atraso general de la agricultura y de las artes úti-

les, y una pérdida incalculable, no solo de muchos bienes raíces, sino de la propagacion y trabajo de las miserables familias poseedoras.

Otro tanto sucede con los demas vínculos ó fundaciones perpetuas; y así tengo por necesario el remedio pronto de tan graves males. Haya mejoras y substituciones conforme á la ley, pero sin facultad de vincular y prohibir la enagenacion de bienes si V. M. no la concede: haya mayorazgos y fundaciones perpetuas, pero todas sujetas á la facultad real. Véase entonces si el mayorazgo, la mejora ó fundacion se compone de bienes y rentas civiles en todo ó la mayor parte, como convendria, para dejar las raíces sin prohibicion; y véase tambien si la calidad del fundador, de la fundacion y de la renta que se destina es tal, que el estado pueda sacar provecho de dotar perpetuamente una familia, y aumentar en ella el número de los buenos servidores del rey y de la patria. Mayorazgo ó vinculacion que no llegue á cuatro mil ducados de renta, y esta situada principalmente, como llevo dicho, en réditos civiles, no deberia permitirse en estos tiempos. Quedaria con gravísimo escrúpulo si no lo hubiese representado á V. M., y siempre que se quiera espondré y amplificaré los fundamentos irrebatibles de mis deseos en este punto.

A los desvelos por la agricultura ha añadido V. M. los mayores para el progreso de la industria, adelantamiento de artes y oficios, y fomentos del tráfico interno y esterno.

Se han traido de fuera del reino millares de artistas, modelos de máquinas, y otras cosas necesarias para las artes, y conseguir con economía y ahorro de gastos la perfeccion, que da tantas ventajas á las estranjeras sobre las nacionales. Curtidos abundantes y perfectísimos á la inglesa en Sevilla: todo género de panas y telas de algodon en Avila: botonerías y quincalla, cajas y joyería, relojería, abanicos, y otras cosas de consumo frecuente en Madrid y capitales, que nos estraian grandes sumas de dinero, y dejaban sin trabajo las manos de los vasallos: escuelas prácticas de medias, cintería, de losa, de lencería fina, encajes etc., y otros ramos de industria, se han promovido y promueven de órden de V. M. con imponderables trabajos.

No es justo ocultar el estraordinario celo con que concurre

y contribuye á muchos de estos objetos el ministro de Hacienda de V. M. Don Pedro de Lerena.

Tiene V. M. ya en Madrid establecida en las casas de la Florida, pertenecientes al príncipe Pio, una fábrica de máquinas á cargo de hábiles inventores, y profesores traidos de fuera del reino, y se va formando en otra parte un depósito y coleccion de modelos de las mejores que se conocen en los paises mas industriosos y económicos de Europa.

Como las artes no pueden perfeccionarse sin las ciencias, y especialmente sin las exactas y naturales, tiene resuelto V. M. formar una academia que iguale ó esceda á las mas conocidas y celebradas; y á este fin á esparcido V. M. por el mundo un crecido número de vasallos de gran talento é instruccion, que con pensiones y ayudas de costa adquieran todos los conocimientos y esperiencias necesarias, vean y observen, y nos traigan lo mejor y mas útil que hallaren en cada pais para tan importantes objetos.

Despues de haberme V. M. mandado anticipar un provisional establecimiento de los estudios de clínica y botánica, y la formacion para esta de un jardin, que hace las delicias de la corte, me ha autorizado para construir un magnífico palacio á las ciencias, en cuya obra se empieza ya á descubrir, que competirán la grandiosidad con la solidez, y la utilidad con la elegancia y hermosura. Mas de setecientos pies de línea ocupa este soberbio edificio, donde el riquísimo gabinete de Historia natural que V. M. ha erigido, el estudio y la academia de las ciencias naturales, el domicilio que merecen los conocimientos mas útiles á la humanidad; todo esto se ejecuta sin el mas mínimo dispendio del erario.

No hablaré de las nobles artes de arquitectura, escultura, pintura y grabado, á que tanto se han estendido los cuidados de V. M., porque el establecimiento de sus academias es anterior á mi ministerio; pero V. M. sabe los adelantamientos que han tenido en mi tiempo, y lo que de su órden las he favorecido y adelantado, premiando y gastando mucho con sus profesores.

No se han descuidado la medicina y la cirugía, para las que se han costeado y costean sus viajes fuera del reino á varios sujetos de conocida habilidad; ni menos las demas ciencias y

conocimientos humanos. Se han enviado jóvenes al estudio y uso práctico de las lenguas á las cortes de Europa, á Constantinopla, al Asia y Africa, y se han traido estranjeros peritísimos en las orientales, que puedan servir igualmente á la religion del estado.

Estas disposiciones de V. M. para el adelantamiento de la agricultura, de las ciencias y artes, van acompañadas de las que ha tomado para facilitar el tráfico interno de sus vasallos, y la comunicacion de sus luces, frutos é industrias. Para todo esto era absolutamente necesaria la construccion de caminos y canales, que son como las venas y arterias de circulacion del cuerpo del estado. Sin tal circulacion ¿cómo era posible que subsistiese, se robusteciese y fortificase esta gran monarquía? El socorro mutuo de los pueblos y provincias, la salida de sus frutos y maniobras, y el giro del comercio interior debia estar impedido en gran parte sin la abertura, facilidad y comodidad de los caminos.

Así era, y por mas que V. M. desde los principios de su feliz reinado se dedicó á esta necesaria é importante materia, creando para ella en 1760 el arbitrio de la sal, solo se habia conseguido en 19 años construir menos de cinco leguas en el camino de Valencia desde Aranjuez; otras tantas á la salida de aquella ciudad; lo mismo á la de Barcelona; poco mas de tres desde la Coruña, y menos de una para la carrera de Andalucía.

Aun estas cortas porciones de caminos, las de los sitios reales, y las de los puertos de Guadarrama y Santander, construidos en el anterior reinado, se habian abandonado de modo por no cuidarse de su conservacion, que estaban casi destruidos é intransitables, habiendo ocupado parte de los terrenos del de Santander los hacendados confinantes. Poco mas ó menos habia sucedido con los caminos de Navarra, Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, que estas provincias habian emprendido por sí mismas.

En los nueve años en que V. M. se ha servido poner á mi cuidado la superintendencia general de caminos, se han reedificado y renovado todos los destruidos y destrozados, ensanchando y mejorando con nuevos puentes, pretiles, alcantarillas de desagüe, y otras cosas de que carecian.

Además, ha visto V. M. por el plan ó resúmen que he presentado pocos dias ha, que sin comprender algunas obras, ni gran parte de lo trabajado en este año, se han construido mas de ciento noventa y cinco leguas, y habilitado en mi tiempo en todas las provincias mas de doscientos de á ocho mil varas, teniendo cada legua cerca una cuarta parte mas de las comunes. Se han fabricado tambien trescientos veinte y dos puentes nuevos, y habilitado cuarenta y cinco, y se han ejecutado mil cuarenta y nueve alcantarillas, habilitando otras. Fuera de estas obras y otras que se especifican en el plan, se han ejecutado otras muchas que se citan en sus notas de aberturas y desmontes de puentes, murallones de sostenimiento, arrecifes, calzadas, arcos, antepechos ó pretiles, malecones, fuentes, pozos, lavaderos, plantíos y viveros de árboles, y otras cosas que seria largo y molesto referir.

Al mismo tiempo se han formado reglamentos para la conservacion de que antes no se habia cuidado, estableciendo para ello peones camineros en cada legua, con un celador facultativo, en cada ocho que vale sobre todos; y edificando casas para estos peones en aquellos parages en que la distancia de los pueblos no ha permitido en ellos su colocacion. Son ya 49 las casas hechas para este fin que acompañan los caminos y sirven de recurso y consuelo á los viajantes en cualquier accidente desgraciado.

Tambien se han construido casas de administracion para los portazgos que es preciso exigir para la conservacion, mientras que los caminos principales se concluyan y puedan entonces destinarse á mantenerlos aquellos arbitrios que ahora se emplean en construirlos. Fondas y posadas, casas de posta ermitas ó iglesias capaces, y aun poblaciones, se han construido y construyen donde la necesidad lo pide y lo permiten los terrenos para que haya mansiones cómodas en los caminos.

Entre tantas obras útiles de caminos sobresalen las del paso de Sierramorena, ó puerto que llaman del Rey; la del puerto de la Cadena en la carrera de Cartagena; la del camino de Málaga desde Antequera; y la de Galicia desde Astorga. ¡Qué dificultades, qué peligros, qué incomodidades y qué gastos no habia para hacer aquellos tránsitos!

No hay quien no admire y bendiga á V. M. cuando pasa por aquellos parages, y particularmente por el de Sierra-morena, sorprendiendo á los mas hábiles y autorizados estranjeros el arte, la magnificencia, la solidez y comodidad con que están ejecutadas tan difíciles y costosas obras.

Se ha establecido la posta de ruedas que no habia en las cien y mas leguas que hay desde Cádiz á la Corte, facilitando este utilísimo recurso á aquel gran emporio del comercio del mundo, á los puertos inmediatos, y á las grandes ciudades de Sevilla, Córdoba, Ecija y otras de la carrera. A este fin se han construido casas de posta y todo lo demas necesario. Otro tanto se va estableciendo en la carrera de Francia, estando ya corriente la posta desde Vitoria, y la espedicion semanal de coches de diligencia de Madrid á Bayona, para la que se han habilitado posadas cómodas y convenientes que faltaban en el centro de Castilla.

Lo gastado con mis arbitrios y recursos en esta gran empresa de caminos se acerca, segun el plan presentado, á 90 millones de reales, y no habiendo producido mas que 27 el arbitrio de la sal en los nueve años que corre á mi cargo esta materia, se ve que he hallado medios de juntar mas de sesenta millones para estos gastos en que no entran los causados en las demas obras de canales de navegacion y riego, pantanos, formacion de puertos, edificios públicos para las ciencias y artes, adorno y seguridad de algunas ciudades y otras ideas de que se ha tratado y se tratará en esta representacion.

Es verdad que á todos me han ayudado los mismos pueblos deseosos de su bien, los arzobispos y obispos que he nombrado en otra parte, los sociedades patrióticas, y aun las personas particulares bien intencionadas. Tambien me han auxiliado los sobrantes de la renta de correos, que mis antecesores destinaban arbitrariamente á otros fines, y yo propuse á V. M. su aplicacion á caminos, quitándome la libertad de disponer de ellos. Igualmente he aprovechado, con la autoridad de V. M. el aumento que ha tenido la colectacion arreglada y exacta de los mostrencos y bienes vacantes que se desperdiciaban desde que se pusieron á cargo de las justicias ordinarias; de modo que se han hecho y van continuando tan útiles y grandes obras sin que salga dinero de la tesorería general de V. M. ni

de los caudales puestos á cargo del ministerio de Hacienda.

No ha faltado quien diga que estas cantidades deberian haberse aplicado al pago de las deudas de la corona, como si V. M. pudiera en justicia y conciencia dar á unas otro destino que aquel para el cual las han contribuido y propuesto liberalmente los pueblos y personas que las suministran; y á otras mejor aplicacion que la de emplearlas en los trabajos, y mantener millares de vasallos pobres que en estos años é inviernos calamitosos perecerian, y aun perecen, con la escasez y miseria.

¡Qué poco entiende de deudas de la corona, y del modo de pagarlas quien discurre así! ¿Seria justo privar á los pueblos de su alimento, de sus abastos, tráfico, salidas de frutos é industria, y de sus comunicaciones, hasta que se pagasen las deudas del estado en doscientos ó mas años que serian precisos para ello con las miserables cantidades que los mismos pueblos ó los particulares dan para los caminos y obras públicas? Las deudas de la corona contraidas por V. M., ó se han pagado, ó se contentan los acreedores con sus intereses, que se satisfacen con puntualidad sin considerable incomodidad del erario.

Para las deudas de otros reinados que son crecidas, es preciso buscar medios y arbitrios mas abundantes que los de privar á los pueblos de su tráfico y circulacion. En este punto me atrevo á decir, que hay recursos que satisfagan á la justicia, salven la reputacion y no graven el erario.

¡Oh, y cómo se olvidan las necesidades y los trabajos de los infelices vasallos, atascados en esos caminos antiguos, ahogados en los rios y torrentes, volcados y destrozados sus carruages con pérdida de su vida, ó de la de sus bestias de carga! ¡Cómo se olvida, repito, la escasez á que la misma corte y capitales se veian sujetas en los inviernos de nieves y lluviosos hallándose cerrados los pasos, y faltando hasta el pan en Madrid y sitios reales, como sucedió mas de una vez! La idea de tales censores es tan estravagante, como lo seria la de dejar morir de hambre á la tropa, ministerio y demas empleados en el servicio de V. M., por no pagarles sus sueldos, y aplicarlos á estinguir las deudas.

Dejemos pues unos proyectos tan inhumanos, y seamos jus-

tos, confesando que la grande obra de los caminos es de las mas necesarias, útiles y gloriosas que ha hecho y hace V. M. en beneficio de sus amados pueblos. Con ella socorre V. M. las provincias de esta gran monarquía, habiendo en cada una de las veinte y seis intendencias de que se compone, dos ó mas grandes obras públicas, pendientes á un mismo tiempo, y esto sin comprender las islas canarias. Así se mantienen inumerables pobres, y dejan por fruto de sus fatigas un monumento perpetuo de utilidad y comodidad á sus paisanos.

Por otra parte es de admirar la economía de estas obras, pues habiéndose regulado en otro tiempo cada legua de camino nuevo en un millon de reales, no llega ahora lo que se gasta á la tercera ó cuarta parte de esta cantidad, considerado el total; como es de ver en el plan citado y exhibido de V. M.

Esto se debe á la estraordinaria actividad é inteligencia de celosos magistrados y dependientes, y la de unos honrados patriotas, que sin mas paga ni remuneracion que la que pueden esperar del cielo, abandonan sus propios negocios al regalo y comodidad de sus casas, y se entregan á las fatigas y rigores de las estaciones, para estar á la vista de los trabajos, y cuidar de su economía y exacta ejecucion.

Entre los muchos personajes que pudiera citar, merecen particular mencion el Marqués de Cabriñana en Córdoba, el de Montevírgen en el reino de Leon, el de Valera en Valencia, en Santander el actual prior y cónsules, en Navarra sus diputados, en Palencia el caballero Cristóbal Ramirez, en Antequera el Conde de la Carmona, en Málaga el coronel Don Diego de Córdoba, en Murcia el regidor perpetuo Don José Moñino, en Baza el dignidad de aquella iglesia Don Antonio José Navarro, en Vitoria y su carrera el celoso caballero Don Pedro Jacinto de Alba, en Cuenca su corregidor Don Juan Serrano y el canónigo subcolector Don Juan Antonio Torres, en Jerez Don José de Equiluz, en Palencia, además de su liberal y celosisimo obispo, de quien ya he hablado á V. M., ha sido grande el celo de Don Antonio Zancudo y Don Francisco García Pascual, en Zaragoza el de su intendente Don Antonio Jimenez Navarro, en Barcelona, Búrgos, Toro, Valladolid, Jaen, Soria, Guadalajara, Segovia y Sevilla, el de sus intendentes Baron de la Linde, Don José Orcasitas, Don Francisco

Javier Azpiroz, Don Jorge Astranidi, Don Pedro Lopez de Canedo, Don Lúcas Palomeque, Don Miguel Vallejo, Don Juan de Silva y Don José de Abalos, á quien dejó este ejemplo la celosa y estraordinaria actividad y conducta de Don Pedro de Lerena, su antecesor, hoy ministro de Hacienda de V. M.

El corregidor que fué de Murcia Don Juan Pablo Salvador y Asprez, ya difunto, el actual de Toledo Don Gabriel Amando Salido, y el de Alcoy Don Juan Romualdo Jimenez, el de Orihuela Don Juan Lacarte, y los gobernadores de Alicante y Lérida Don Francisco Pacheco y Don Luis Blondel de Druhot, son dignos por su celo singular en estas materias y en otras muchas del bien público, de ser nombrados á V. M. con particular distincion, y acreedores á la memoria y gratitud de todo buen ciudadano.

El capitan general de Cataluña Conde del Asalto se ha distinguido y se distingue muy particularmente en el mismo asunto con tanta actividad, desinterés y rectitud que todos lo reconocen. Otro tanto sucede con el capitan general de Castilla Don Luis de Niculant, y especialmente en los encargos del socorro de pobres; el capitan general de Galicia Don Pedro Cermeño, ha mostrado su celo tambien en las obras públicas; y no debo omitir la actividad del conde de O-Reylli, siendo capitan general de Andalucía para la fundacion del hospicio de Cádiz, obras y caminos de Jerez, ni del Marqués de Branciforte, comandante general de Canarias, para el recogimiento de pobres, diputaciones y escuelas de caridad de aquellas islas.

Los presidentes de las chancillerías de Valladolid y Granada Don Pedro Burriel y Don Juan Mariño, han comprobado el acierto de V. M. en sus elecciones con los desvelos y fatigas que han empleado por sus personas, y por medio de las juntas de policía y caminos que presiden para el bien de aquellas capitales y sus territorios, dando á Burriel motivo de ejercitar su celo y caridad las inundaciones, ruinas y desgracias esperimentadas en Valladolid, y á Mariño el mal estado de la policía material y formal de Granada y sus caminos, que halló á su entrada, aunque habia dado principio á su remedio el talento y amor al público del caballero Don Pedro de Mora.

Don Cenon de Sesma, alcalde del crímen del consejo de Na-

varra, y Don Bartolomé de Estrada, alcalde mayor de Cinco-villas de Aragon, á quienes V. M. acaba de premiar, se han hecho acreedores á su soberana gratitud, por el cuidado ó fatiga, humanidad y patriotismo con que acudieron á socorrer á los infelices vecinos de la ciudad de Sangüesa, sepultados en las ruinas de sus casas, y arrastrados de las corrientes de una furiosa inundacion, en que pereció gran parte de aquel desgraciado pueblo.

Siento haber molestado á V. M. con tan larga relacion de los buenos generales, ministros y vasallos que se han distinguido mas particularmente en sus trabajos, por el bien de sus prójimos y conciudadanos; pero habiendo sido testigo de sus servicios y virtudes por las órdenes, providencias y auxilios que V. M. me ha mandado darles, me seria muy escrupuloso no repetir y unir aquí los elogios que segun los tiempos he hecho á V. M. de sus acciones por si acaso es, como deseo, este el último testimonio que puedo producir de su derecho al agradecimiento y á la remuneracion de V. M. y de toda la nacion.

Siento tambien no poder estenderme sin la justa nota de molesto, á nombrar millares de personas que han contribuido á los mismos fines, aunque con menos representacion, y concluiré recomendando á V. M. y á la gratitud nacional los dos directores principales de caminos Don Vicente Carrasco y Don Joaquin de Itúrbide, que antes ejecutando y ahora dirigiendo grandes empresas pendientes, han merecido las particulares honras y adelantamientos con que los ha favorecido V. M. Otro tanto diré de los directores, facultativos y arquitectos Don Juan de Villanueva y Don Manuel Serrano, ya difunto, que merecen ocupar el primer lugar en la memoria nuestra por sus trabajos, los cuales costaron al último la vida, y presentaron un motivo justo á V. M. de dar señales de su paternal beneficencia á sus hijos y viuda.

Además de las obras públicas que van citadas, ha acudido V. M. por mi medio á otras de gran necesidad, utilidad y hermosura de muchos pueblos en que faltaban recursos para costearlas. Para no hablar de todas, porque seria cosa larguísima, recordaré las de varias capitales insignes del reino.

Se ha socorrido á Madrid por mi mano con crecidas cantida-

des y préstamos para empedrar y renovar sus calles, que por la cortedad de fondos de causa pública están enteramente perdidas. Las espaciosas y hermosas salidas, caminos y paseos de la gran puerta de Alcalá, la del puente de Segovia y la de Atocha para Ballecas, la Ronda, giro ó comunicacion entre estas puertas y la de Toledo se han costeado y costean con beneficio imponderable del tráfico y abastos de la corte con los caudales que V. M. me ha mandado emplear en estos fines. El lavadero cubierto que se construye para las infelices mugeres que tanto sufren con los rigores de las estaciones admite ya mas de cincuenta varas.

No debo repetir ni molestar de nuevo las magníficas obras del jardin botánico y palacio para las ciencias, de que hice mencion en otra parte, las cuales son de los mayores ornamentos y recreos de esta capital de la monarquía.

Toledo ha recibido de V. M. considerables auxilios para mejorar sus calles y formar bellas salidas, caminos y paseos, ejecutándose grandes murallones de sostenimiento, reparando sus antiguos y hermosos puentes, y colocándose las estátuas que V. M. mandó dar.

En Búrgos ha sucedido lo mismo, concediéndola tambien V. M. estátuas de los mas antiguos y célebres soberanos de Castilla, con ayudas de costa para los gastos de conduccion y colocacion.

Se ha hecho en Zaragoza, para preservar su poblacion de las avenidas de sus rios, la obra del pretil y su paseo ó camino.

En Málaga se han ejecutado y continuan las obras del rio Guadarrama, que ha libertado á aquella ciudad de las inundaciones y desgracias que ha sufrido; las de la limpia de su puerto y precauciones para conservarle; las de casas, paseos y adornos, sin contar con los caminos de Antequera y Velez, de que ya se ha hablado, ni el famoso acueducto. Los dos hermanos marqués de Sonora y Don Miguel de Galvez, como oriundos de aquel pueblo, han trabajado con indecible celo y actividad para promover aquellas obras, hallar arbitrios con que costearlas, y fomentar la industria, el comercio y socorro de labradores.

El arcediano de Ronda Don Ramon Vicente y Monzon, el canónigo Don Joaquin de Molina, el caballero Don Pedro Or-

tega y Don Antonio Sedane, han contribuido tambien á lo mismo con sus fatigas y patriotismo, dignas del mayor elogio.

Se han ejecutado y ejecutan igualmente en Barcelona por el conde del Asalto, y con los auxilios de V. M., obras de adorno, hermosura y ensanche de sus calles, y de aumento de su poblacion.

Otro tanto ha sucedido en Pamplona, á que ha contribuido mucho el patriotismo de sus naturales. Se hace lo mismo en Segovia por el celo de su obispo y sociedad económica á que ayuda V. M. con abundantes socorros.

En Murcia se han fabricado y continuan los costosos murallones que defienden la ciudad de las inundaciones y desgracias á que estaba espuesta, ejecutándose en su rio con los auxilios que franquea V. M. por mi mano, otras obras útiles y magníficas, y en sus calles los empedrados, ensanches y otras comodidades de que carecia aquella capital en que estaba enteramente abandonada su policía.

Valladolid, Palencia, Toro, Zamora, Sevilla y otras ciudades de menor rango y consideracion que estas han mejorado su policía material, y se trata de que lo continuen con mayor ardor y auxilios, emprendiendo otras cosas de utilidad considerable para sus vecindarios, comercio, industria y agricultura.

Para no molestar mas á V. M. con el recuerdo de lo demas respectivo á policía que ha hecho en casos y pueblos particulares, pasaré ahora á renovarle la memoria de algunos otros grandes objetos de utilidad general que han ocupado la atencion y los cuidados de V. M. en el tiempo de mi ministerio, dejando muchas que pedirian libros enteros para referirse con la especificacion conveniente y adaptada á los varios ramos que abrazan.

La ereccion del Banco nacional es una de aquellas inmortales que á pesar de la guerra que le han hecho y hacen la circulacion y el interés de los sordos enemigos del estado, así estranjeros como nacionales, será en los siglos venideros un monumento de gloria para V. M. Me ha de tolerar V. M. por su bondad incomparable que le diga que en esta parte he conocido lo mucho que han trabajado personas mal informadas, resentidas ó desafectas para desacreditar el ánimo de V. M.,

las utilidades de la ereccion del Banco, y combatirle con susurraciones y especies mal averiguadas y peor digeridas.

Amo á V. M. y su servicio: amo á mi patria, y creo por consecuencia de mi obligacion desahogar mi celo y mi amor en estos puntos en que V. M. y la patria tienen el principal interés. Para ello conviene tener presentes los verdaderos hechos ocurridos á la vista de V. M. mismo en esta importante materia.

Los enormes gastos con que nos amenazaba la última guerra, obligaban á buscar arbitrios para soportarlos, bastando apenas las rentas de la corona para sus cargas ordinarias. Nos forzó pues la necesidad á buscar desde luego crecidas cantidades de dinero, prestadas con un moderado interés, y para ello pensó el ministerio de Hacienda valerse del cuerpo, comunidad ó compañía de los cinco gremios mayores de Madrid.

Estaban para concluir sus oficios de diputados de los gremios en 1779, en que empezó la guerra, Don Juan Manuel de Baños y Don Isidoro del Castillo; y por la confianza que de mí hacia el ministro de Hacienda de V. M. Don Miguel de Muzquiz, y la que sabia que tenian tambien en mí los mismos diputados y los gremios, me habló de órden de V. M. para ayudar á que estos prorogasen á dichos diputados, con los que se habia tratado de un préstamo de sesenta millones distribuidos en seis mesadas de á diez millones cada una.

En efecto, hablé á los cinco apoderados de los gremios y á los diputados, y convenidos todos en la prorogacion y en el préstamo, se empezaron á entregar las mesadas; pero á la cuarta de ellas conocieron que no podian continuar por sí solos en este desembolso sin faltar á los objetos de su comercio y demas obligaciones de su cuerpo.

De aquí dimanó pedirme ellos mismos eficaces recomendaciones para Génova y Holanda, á fin de buscar y hallar en aquellas repúblicas dinero con que ocurrir á nuestras necesidades.

Por mas que recomendé á los gremios como lo solicitaban, no tuvieron bastante crédito entre holandeses y genoveses para los préstamos que propusieron; y por consecuencia les faltaron fondos para continuar las mesadas estraordinarias de diez millones.

Fué preciso entonces recurrir á otros medios, y el que se presentó mas efectivo y pronto fué el de tomar diez millones de pesos que ofrecieron varias casas naturales y estranjeras, los cuales se les habian de reembolsar en billetes que se llaman vales reales, con réditos ó intereses de 4 por 100, debiendo estos vales correr en el comercio sin diferencia alguna de la moneda, bajo de varias reglas y escepciones.

Las principales de estas fueron los pagos de sueldos y salarios, prest de tropa y ventas por menor, todas las cuales cosas debian satisfacerse en dinero efectivo. El ser los primeros vales de seiscientos pesos difíciles de emplearse en pequeños pagos, y el no alarmar la nacion con la aprension de la falta ó escasez de dinero, si viese que se le substituia enteramente el papel, fueron los mayores motivos que V. M. tuvo para aquellas escepciones.

Hubo en esta operacion, como en todas las de un gobierno activo, aquella variedad de opiniones, y aquellas críticas que son frecuentes de parte de los descontentos, ociosos y poco instruidos de la necesidad y de las ideas del monarca; pero la esperiencia hizo ver á V. M. y á los hombres ilustrados y de buena intencion, que este recurso era el mas fácil, mas barato y mas efectivo para hallar dinero, hacer los gastos de la guerra con ventajas, y pagar sin atrasos la tropa, ministerio, casa Real y demas empleados en el servicio de la corona.

Tratóse pues de repetir esta operacion con nuevos préstamos y creacion de vales de á trescientos pesos, y habiéndoseme pedido dictámen, expuse que el aumento de este papel envileceria su valor y arruinaria nuestro crédito, esponiendo la nacion á una especie de quiebra vergonzosa sino buscábamos un modo de facilitar á los tenedores del mismo papel la reduccion á dinero siempre que lo necesitasen ó quisiesen. Añadí que la facilidad de esta reduccion daria estimacion al papel como que ganaba réditos, y precaveria la desconfianza general y los riesgos de su envilecimiento. A este dictámen acompañé la idea y formacion de una caja interina de reducciones ó descuentos, para lo que habia proporcion de fondos, con una porcion considerable de oro que habíamos negociado y hecho venir de Portugal.

Convencido de mis reflexiones convino con el pensamiento

el ministro de Hacienda de V. M., y estendí las minutas de los decretos y órdenes para esta idea, y un reglamento con varias precauciones para que los interesados en los vales no hiciesen negociacion de su descuento ó reduccion á dinero; de manera que hallase la moneda el que verdaderamente la necesitase, y todos supiesen que el papel y el dinero era una misma cosa en su poder.

Cuando yo creia que todo estaba corriente, me hallé sorprendido con la novedad de que por dictámen de una junta tenida en casa del gobernador del Consejo con asistencia de varios gefes y dependientes de la Real hacienda, se habian resuelto las nuevas creaciones de vales, sin adoptar por entonces la caja interina de reducciones ó descuentos propuesta por mí.

Comprendí y pronostiqué al instante el mal suceso de esta resolucion, retiré las minutas de los decretos, órdenes y reglamentos que habia formado y conservo en mi poder, y manifeste y pedí con calor que no se me volviese á mezclar en operaciones de hacienda para no ser instrumento ni testigo de nuestras desgracias, ni esponerme á que V. M. y el público me las atribuyesen sin tener culpa de ellas.

No me ha permitido V. M. ni mi amor á su servicio y al bien de la patria mantener estos propósitos, esperimentando en mucha parte mis justos recelos de que se me hayan atribuido cosas que lejos de sugerirlas y apoyarlas he rebatido con teson; pero he callado honradamente en este y otros puntos como buen vasallo y ministro que no debe desacreditar las operaciones del gobierno aunque lo padezca su opinion. Vamos al caso.

Verificóse la funesta profecía que yo habia hecho. El papel se aumentaba, y el dinero se disminuia y escondia. De órden de V. M. mismo se buscaba con ansia la moneda en especie para pagar con ella la tropa, ministerio y casa Real, y los que tenian dinero lo regateaban, ponderando los riesgos de los vales y de la pérdida de su capital y reditos por las crecidas deudas de la corona, y por los empeños y enormes gastos á que precisaba la guerra.

Los tenedores de los vales, que necesitaban tambien alguna moneda para sus pagos y gastos menores, ó que desconfiaban de su seguridad, buscaban igualmente á porfía el oro y la pla-

ta, y no hallando recurso, caja ó fondo fijo para reducir el papel á dinero, se apresuraban á ofrecer premio para ello á los que se empleaban en tal negociacion.

Nació de aquí el descrédito de los vales, y se llegó á perder en ellos hasta un 22 y mas por 100, no bajando de un 13 el premio mas cómodo para negociarlos.

Todo era confusion y desórden, se formaban pleitos para no admitir pagos en vales, á pesar de la ley que lo mandaba, ó para abandonar la pérdida de los premios, y se reconvenia á V. M. por su tropa y marina, por los asentistas y otros acreedores para el abono de aquella pérdida.

Esta era la situacion de la monarquía en su parte económica, y estos los riesgos inminentes de un trastorno y quiebra nacional, cuando me resolví á proponer á V. M. la fundacion de un banco que al mismo tiempo que evitase la total ruina de nuestro crédito, facilitase el fomento y las operaciones del comercio general y particular de España, como se practica en Inglaterra, Holanda y otros paises que conocen sus intereses sólidos y verdaderos.

Tuvo efecto la ereccion del Banco. Trescientos millones de reales formaron su fondo, compuesto de ciento cincuenta mil de acciones. Establecióse la reduccion á dinero de los vales y el descuento de letras, y sosegando su imaginacion los tenedores, recobró su crédito el papel en tanto grado, que ya es menester pagar un premio para hallarle.

Libertóse la corona y la nacion entera de una quiebra vergonzosa, y halló la Real hacienda recursos para todo en el mismo Banco. A pesar de todo esto la voz de los estractores de moneda, y la de los llevadores de enormes usuras por las reducciones y cambios, han podido pintar al Banco con tan negros colores, que se han hecho olvidar su beneficio y los ahogos de que nos ha sacado, y nos quieren esponer con su ruina á que volvamos á los peligros y desgracias que pudimos evitar.

¿Qué harémos con treinta millones de pesos en papel, si los accionistas se disgustan con el trato que esperimentan, retiran sus acciones, y perece el Banco? ¿Es posible que hemos de tener cerrados los ojos al precipicio en que van á despeñarnos los enemigos del Banco?

¿Qué tienen que ver las culpas de sus directores, si las hay,

con el establecimiento mismo? ¿No han nombrado los accionistas doce examinadores imparciales de la conducta de los directores? Pues ¿porqué no esperarémos á ver las resultas de este exámen? ¿Hemos de destruir y dejar de aliviar los pueblos porque sus justicias y regidores suelen gobernarlos mal? Veamos sin embargo como fué fundado este Banco, y si hay cosa establecida con mas conocimiento.

Habia yo hablado de estos asuntos con Don Francisco Cabarrús, por habérmele remitido Don Miguel de Muzquiz de órden de V. M. para tratar de la primera operacion de vales, y conociendo en este activo y hábil negociante todo el talento, esplicacion y persuasiva que requeria una empresa tan difícil y complicada como la formacion del Banco, traté de que estendiese á su nombre la esposicion y proyecto de él.

Ha sufrido Cabarrús una emulacion sin límites y un partido contrario y formidable que ha trabajado para destruirle y destruir todos sus proyectos. No niego que este hombre ha hecho su negocio con ventajas y grandes utilidades propias, y que la osadía de su elocuencia y su imaginacion ardiente en los papeles que ha publicado y en todo lo que ha emprendido, ha chocado á muchas personas, y aumentado el número de sus contrarios. Pero tampoco puedo dejar de hacerle la justicia de que le somos deudores de haber salido de gran parte de nuestros ahogos durante la guerra, y de muchos pensamientos útiles al Banco y á la nacion entera. Dígnese V. M. de tolerar esta digresion en obsequio de la justicia que debo hacer á un hombre, cuyos importantes servicios se han olvidado luego que hemos salido de la necesidad, y solo se le busca y mira por la parte en que puede tener ó ha tenido defectos, como si hubiera en el mundo quien no los tuviese.

Dí cuenta á V. M. del plan de ereccion del Banco, y se me remitió su exámen á una junta de ministros y personas escogidas que se congregaron en casa del difunto gobernador del Consejo Don Manuel Ventura de Figueroa. Aprobó la junta la idea bajo de varias esplicaciones, modificaciones y adiciones, y no contento V. M. con esta comprobacion, quiso aumentarla con la de otra gran junta compuesta de todos los órdenes del estado, individuos de las diferentes clases de nobleza, diputados, procurador de los reinos, ministros de todos los conse-

jos, y personas prácticas del comercio de Madrid y Cádiz, regidores y diputados de ayuntamiento de esta villa: en fin, todos cuantos podian tener algun conocimiento de la materia ó representacion pública fueron nombrados y convocados á esta gran junta, y todos convinieron con aplauso en la ereccion del Banco y aprobacion del plan que se les remitió.

Apenas se habrá visto un proyecto examinado y aprobado con tanta circunspeccion y solemnidad; y de resultas V. M. mandó espedir la Real cédula de ereccion, en que al mismo tiempo que dió al Banco las reglas de su gobierno y objetos, le concedió varias gracias. Muchas ó la mayor parte de estas no han tenido efecto; y aunque puede considerarse como equivalente ó recompensa de ellas la de haberle confiado la de estraccion de moneda, será justo no olvidar este punto para no quitársela ó disminuirla, como se intenta por muchos con diferentes pretextos.

La saca de moneda por medio del Banco, reduce á una puerta sola su salida, y es mas fácil velar sobre ella, que sobre mil que se abrian por otros tantos negociantes y banqueros que ejercian esta negociacion. El gobierno con esta vigilancia, no solo puede impedir mas fácilmente los fraudes y contrabandos, sino que puede enterarse con mas precision y exactitud del estado de los cambios, de las introducciones estranjeras en el reino, y de la ventaja que nos llevan sobre las estracciones de nuestros géneros y frutos.

En efecto, hemos visto que los derechos de estraccion de moneda y las utilidades del erario en ella se han duplicado desde que el Banco se encargó de este ramo. A esta evidencia y á otras demostraciones que V. M. tiene por medio de los estados formados por sus aduanas de las etrados y salidas de géneros, deben ceder las conjeturas, los raciocinios y los clamores de los que quisieran privar al Banco de la gracia de estraccion, y esto sin contar con el buen uso que el mismo Banco hace de la mitad de las utilidades de esta gracia, aplicándola á la formacion del canal de Guadarrama.

A la grande obra de la ereccion del Banco se puede agregar la del establecimiento del comercio libre de Indias, que ha triplicado el de nuestra nacion con aquellas regiones, y mas que duplicado el producto de las aduanas y rentas de V. M. en

unos y otros dominios. A estas evidencias deben ceder tambien las exageraciones clamorosas de aquellos comerciantes que, acostumbrados al monopolio dentro de un solo puerto, y á unas ganancias de un 100 y 200 por 100, esclavizaban á los pobres Indianos con precios insoportables, fomentaban por este medio el comercio y el contrabando estranjero, impedian la propagacion y aumento de consumos de los géneros de Europa en Indias por su carestía, y tenian sofocada la industria, la agricultura y el comercio nacional, reduciéndole todo á la garganta estrecha de Cádiz, á donde no podian concurrir con facilidad con sus géneros y frutos las provincias distantes de esta gran monarquía.

Se ha dicho y clamado que el comercio se perdia, que las Indias estaban llenas de géneros y frutos sin despacho, y que las casas principales de negociantes han caido en quiebra.

No niego, señor, que han quebrado muchas casas acreditadas; pero lo mismo ha sucedido con las mas principales antes del establecimiento del comercio, y lo propio se esperimenta en Inglaterra y Francia.

El monstruo del lujo y el desórden de los vicios, adoptado por los negociantes como si tuviesen las rentas fijas de los mas grandes señores, ha devorado y devora las ganancias mas crecidas, y se ceba en los gruesos capitales que destruye. Las riquezas se adquieren y aumentan con la economía, y se pierden con la disipacion. Los reyes mas poderosos se hacen pobres con el desperdicio y la prodigalidad: ¿qué habrá de suceder con los negociantes, cuyo patrimonio es incierto y está lleno de accidentes arriesgados?

La baratura de los géneros de Europa y su abundancia en Indias, proporcionará y aumentará el deseo, el gusto y la costumbre de comprarlos y consumirlos. Así sucede generalmente, y cada dia irá mostrando la esperiencia el acierto de las resoluciones de V. M. en este punto importante y digno de ser sostenido.

Trabajé en esta materia de órden de V. M. con el marqués de Sonora y otros ministros y personas prácticas, y aunque admite muchas mejoras y esplicaciones, segun las luces que nos ha dado la observacion y combinacion de los sucesos, no se podrá jamás negar que el principio de esta feliz revolucion

del comercio de España é Indias, y sus consecuencias favorables á su aumento, al de las rentas del erario y á la marina, se debe al iluminado gobierno de V. M.

La ereccion de la compañía de Filipinas que V. M. ha hecho en mi tiempo puede ser otro manantial de riquezas y de recursos para el estado. V. M. sabe las dificultades que se han vencido, y los trabajos y apologías que he tenido que hacer contra las impugnaciones estranjeras, y señaladamente contra las pretensiones de los estados generales de las Provincias unidas y su compañía de Indias, que querian impedir la navegacion directa de la España por el cabo de Buena Esperanza á las Indias orientales, y nuestro tráfico en ellas. La memoria que estendí de órden de V. M. contra aquellas ideas, fué en sentir de todas las cortes tan victoriosa, que algunas que estaban acechando el momento de unir sus clamores á los de la Holanda, como lo hicieron en otro tiempo, frustrando iguales designios al señor rey Felipe V, han callado ahora y dejado á V. M. en libertad absoluta de hacer lo que convenga.

Estos establecimientos grandes y generales de comercio han dado á la nacion una energía tal, que se van formando diariamente nuevas compañías de seguros, y otras para fábricas y otras empresas mayores, de las cuales, si se protegen, han de resultar la prosperidad de la España, y la grandeza y consideracion universal de ella y sus soberanos.

Para aquellos establecimientos ha sido preciso prepararse con providencias oportunas y necesarias. El comercio y la industria nacional estaban ahogadas con las introducciones estranjeras. Para contener estas, y facilitar la concurrencia y aun la preferencia de los géneros y manufacturas nacionales, era preciso arreglar por una parte las aduanas y sus derechos, y prohibir por otra la entrada de aquellos efectos que no necesitamos, y que solo servian de privar del trabajo á nuestras gentes pobres y convertirlas en otros tantos mendigos.

Se formó pues, con mi intervencion, de órden de V. M. el arancel de derechos de entrada de géneros estranjeros, y cortando el abuso de las gracias escesivas y voluntarias que habian concedido á algunas naciones poderosas los arrendadores de aduanas en tiempos antiguos, aunque las querian convertir en títulos irrevocables, defendí con teson y fortaleza los dere-

chos de V. M. No importaban menos estas gracias que el tercio de contribuciones en las aduanas de Andalucía y otras, y triunfó la constancia de V. M. de los repetidos ataques de unas córtes no acostumbradas á ceder sin ganar en estas y otras materias. Nuestra debilidad anterior, mas que el poder estranjero, era el verdadero orígen de nuestros males.

Para el arancel de entradas y su uniformidad en todos los puertos y fronteras de estos reinos, convenia la igualacion de derechos en todas las aduanas sin distincion de provincias.

Tuve la fortuna muy de antemano de preparar esta igualdad cuando promoví la estincion de derecho de bolla y plomo de ramos en Cataluña. Aunque sean cosas anteriores á mi actual ministerio, me ha de permitir V. M. que recuerde algunas, por la conexion que tienen con las presentes, y por ser todas obras del gran corazon de V. M., con que á pesar de estorbos, al parecer insuperables, ha restaurado y dado vigor á esta debilitada monarquía.

La bolla era en Cataluña un derecho semejante al de la alcabala de Castilla, aunque mas duro y pesado, porque en esta cuando mas se cobraba y cobra un 6 ó un 7 por 100, y en aquella se exigia un 15 rigoroso. En Castilla se reduce á concierto muchas veces la alcabala, ó se cobra por un repartimiento suave de los gremios de artistas ó fabricantes; pero en Cataluña cada vez que un tejedor, por ejemplo, tenia que empezar una estofa ó paño, debia avisar al recaudador del derecho para que pusiese un plomo, y al concluir la tela estaba obligado á dar otro aviso, para poner otro, que era lo que llamaban plomos de ramos.

Despues de todo esto, cada vez que el fabricante ó comerciante vendia alguna parte de su tela, aunque solo fuese un palmo, tenia la obligacion de avisar al bollero para que viniese á poner un sello de cera, que era lo que llamaban bolla, y cobrar el 15 por 100 de la venta. En faltando á estas formalidades, estaba sujeto el fabricante ó comerciante á las penas ordinarias de fraude.

Cualquiera se puede figurar cuanto impediria este derecho ó tributo cruel las prosperidades de las fábricas y el comercio, y cuanto habrá contribuido á fomentarla el que promovió su estension, subrogando en su lugar un aumento en los derechos

de entrada en las aduanas de Cataluña, con los que se igualaron con las de Castilla y demas de estos reinos.

Por esta igualacion que promoví, siendo uno de los ministros que se nombraron para una junta numerosa, y el estensor de la consulta que esta hizo sobre ello, se consiguieron grandes beneficios, porque se contuvieron las introducciones estranjeras por las aduanas de Cataluña, donde estaban mas bajos los derechos que en las de Castilla y Aragon, se dió este mayor incentivo al consumo de las fábricas nacionales del principado. Se libertaron estas del durísimo tributo de la bolla y sus formalidades, y se aumentaron las utilidades del erario de V. M. por haberse duplicado con el aumento é igualacion de aduanas el valor de lo que produciria la bolla.

Con aquella igualacion se preparó, como dije, la formacion del arancel universal de entradas, en que se aliviaron los derechos á todos los simples ó materias primeras, máquinas y demas cosas que podian sernos útiles, y fomentar nuestra industria; y se gravaron prudentemente los géneros que podrian debilitarla ó arruinarla, ó perjudicar á nuestra agricultura y comercio.

De este principio, y del comercio libre de Indias, ha resultado, que en lugar de sesenta millones, algo menos, que producian líquidos las aduanas del reino en los años de mas prosperidad, hayan subido ahora á ciento treinta, y mas; cosa que pareceria increible si no estuviera comprobada con los estados y documentos que el ministerio de Hacienda ha hecho formar. Es verdad que á todo esto ha contribuido el celo y la actividad de Don Pedro de Lerena, y el arreglo de la aduana de Cádiz, que este fiel y esforzado ministro ha promovido de acuerdo tambien conmigo por espresa órden y aprobacion de V. M. Le he llamado esforzado, porque sin un esfuerzo estraordinario y un gran valor para pasar por encima de las protecciones y estorbos que se han puesto y ponen cada dia contra la reforma de los abusos y de las abominables usurpaciones del erario, era imposible haber conseguido el fin.

No han perjudicado á los aumentos del producto de aduanas las prohibiciones legales, que se han renovado de muchas cosas que entraban en el reino y destruian nuestra industria.

Nuestras leyes antiguas prohibieron la introduccion de todo

género de muebles, ropas y cosas hechas que venian de fuera, y dejaban sin uso las manos de todo el pueblo inferior. A pesar de las prohibiciones se toleraba la entrada de estos ramos de industria, y los súbditos de V. M. gemian en la mendiguez. Hasta las camisas cosidas venian á millares, con vestidos de hombres y mugeres y toda clase de adornos, utensilios y muebles para el consumo, lujo y necesidades de España é Indias.

Los hilos, las cinterías y otras obras menores que entraban de fuera del reino, importaban millones, careciendo las miserables mugeres hasta del ordinario recurso de hilar para ganar el precio de un pan bajo y duro.

Se trató, acordó y consultó por el Consejo la renovacion de estas leyes prohibitivas, y lo promoví antes de mi ausencia á Italia; pero á mi vuelta hallé, que los respetos y el terror que sabian infundir algunas cortes estranjeras, tenian detenida una resolucion tan saludable y necesaria. Me pasó las consultas de órden de V. M. el conde de Gausa, y con circunspeccion y prudencia se han ido estableciendo y publicando las prohibiciones, renovando la observancia de nuestras leyes con las declaraciones y ampliaciones oportunas y adaptables á las circunstancias de los tiempos.

Han sido terribles y repetidos los ataques é instancias que he sufrido sobre estos puntos, y de los aranceles é igualaciones de aduanas; pero ha sido superior á todo la constancia y el teson de V. M. con que me ha dado vigor y fortaleza para resistir y vencer todas las dificultades. Solo resta que de tiempo en tiempo se reconozca, añada y rectifique en estas materias lo que la variacion de las circunstancias exigiese, como V. M. tiene sabiamente prevenido en algunos artículos de su instruccion de la junta de Estado.

Ahora falta arreglar el arancel de salidas del reino, cuyo plan se halla mucho tiempo ha en mi poder para su exámen y enmienda; pero la necesidad de observar para el acierto los progresos de nuestro comercio y retornos de Indias, y los de nuestra agricultura y fábricas en varios ramos, me han hecho detener mas de lo que quisiera mi dictámen en esta materia sumamente dificil y delicada. Entretanto se van supliendo con providencias particulares las cosas mas urgentes, y disponien-

do los ánimos y la materia para recibir con mas seguridad del acierto la última resolucion.

En el arreglo de las contribuciones internas del estado, que llaman rentas provinciales, he trabajado de órden de V. M. del modo que le consta, y si todo no se ha hecho conforme á los difusos dictámenes que he dado, no han dejado estos de servir de algo para aliviar á los vasallos en muchos puntos, averiguar en otros lo conveniente para el mismo alivio, y enmendar lo que les sea gravoso, segun los últimos reglamentos.

Por decontado se ha libertado á los fabricantes del derecho de alcabalas y cientos en todo lo que venden al pie de fábrica, reduciendo á un 2 por 100 lo que llevan á vender y comerciar á otras partes; he propuesto repetidamente que se haga lo mismo con los artesanos, libertándolos de los repartimientos gremiales que se les hacen por todo el reino; y V. M. se ha dignado de adoptar mis instancias por lo tocante á Madrid.

Espero en Dios, que la mente iluminada y piadosa de V. M. hará estender esta providencia á todos sus dominios, como tengo por justo y necesario.

Ha disminuido V. M. el tal derecho de alcabalas y cientos en los puestos públicos en que van á surtirse los pobres, desde un 14 por 100 rigoroso que se exigia en las especies sujetas á la contribucion de millones, hasta un 8 por 100 en los pueblos de las Andalucías, y un 5 por 100 en los de las Castillas. Este alivio es de mas de la mitad de la contribucion, y si se logra minorar las trabas y formalidades de la administracion, que es lo que mas disgusta á los contribuyentes, crecerán estos con ventajas del erario de V. M. Lo mejor seria, como tengo representado á V. M., estinguir las alcabalas y cientos, enemigos de la circulacion del comercio y tráfico, subrogando algun equivalente; pero no se puede todo de una vez, aunque conviene mucho trabajar en este punto, y en rectificar lo que la esperiencia haya hecho ver que pide enmienda y mejora, como tambien lo ha encargado V. M. en la instruccion de estado.

A los pobres labradores, que por lo comun son arrendatarios y colonos de los poderosos, ha procurado aliviar V. M. en los reglamentos, reduciendo á un 2, un 3, ó un 4 por 100, que es menos de una tercera parte, el derecho de sus alcabalas, segun la calidad de los frutos, y disponiendo que sobre este pie

se forme el presupuesto para sus conciertos por ellas. Ademas de esto propuse á V. M. que no se les cobrase la alcabala de la venta del pan en grano, por mas que la autoricen las leyes, y confio en la bondad de V. M. que lo ha de resolver así.

Igualmente ha disminuido V. M. notablemente los derechos que le pertenecen con el nombre de millones en las especies de carne, vino, vinagre y aceite, haciendo crecidas gracias en este último, por servir para el alimento ordinario de las gentes miserables, y ser necesario para las fábricas.

En fin, se han hecho otras diminuciones en varios ramos que importa mucho, y solo falta, como he dicho, que se enmiende lo que la esperiencia haya acreditado ser gravoso en el modo.

En equivalencia de tales bajas y alivios, encaminados precisamente á los vasallos pobres, no ha dispuesto V. M. otra cosa para evitar los enormes perjuicios del erario, sino que se cobre menos de la mitad de las alcabalas, esto es, un 5 por 100 de los frutos, réditos ó rentas civiles; y esta suave y moderada contribucion, que por la mayor parte está sin cobrar, es la que ha escitado las quejas de los propietarios y poderosos, alucinando con sus clamores injustos á otros vasallos inocentes y mal instruidos de lo mismo que les conviene.

Se ha dicho que la tal contribucion es nueva, como si esto solo, que no es cierto, bastara para hacerla injusta, cuando ella grava al que puede pagarla, para disminuir el peso al pobre que no puede llevar una enorme carga que le está oprimiendo. Pero ademas es falso, falsísimo, que el tal 5 por 100 sobre los réditos civiles sea contribucion nueva; lo que me parece justo y debido esponer y aclarar en esta representacion, para que la constancia de V. M. lleve al fin tan útil y necesaria providencia.

Ninguno ha dicho que sea nueva la única contribucion, que por reglas de catastro ú otras se ha tratado de establecer en las provincias de Castilla, así en el reinado de V. M. como en el de su augusto hermano el señor rey don Fernando VI. Lo que se ha dicho, dice y dirá es, que la única contribucion se pensaba subrogar por nuevas reglas de mas justicia y equidad que las antiguas, en lugar de los tributos y servicios de millones, alcabalas y cientos y demas rentas provinciales que

ahora se pueden cobrar formando un equivalente de ellas.

Otro tanto se hizo en la corona de Aragon, estableciendo el equivalente de nuestras rentas provinciales en Cataluña por reglas de catastro, aunque dejando existentes la bolla estinguida ahora, y los derechos de puertas de su capital fijado en un 8 por 100.

Esta misma subrogacion, aunque mas natural y conforme á las reglas de la exaccion de la alcabala, es la que V. M. ha seguido en el establecimiento del 5 por 100 de los réditos civiles. V. M. tenia y tiene por las leyes el derecho de cobrar por alcabalas y cientos un 14 por 100, no se le podria decir que procedia con injusticia, ni que usaba de una contribucion nueva. En efecto, el Sr. Don Felipe V, por su real cédula de 25 de octubre de 1742 mandó, que en todos los puestos públicos por la venta de las especies sujetas á la contribucion de millones, además de este tributo, llamado así de millones, se cargase el 14 por 100 riguroso por alcabalas y cientos y así se ha practicado hasta ahora.

V. M. observó que este fuerte tributo, cargado en aquella forma, oprimia directamente al consumidor de las especies, en que se comprende todo el pueblo inferior y la gente mas pobre, la cual acude para todo diariamente á los puestos públicos, y redujo en ellos, como llevo dicho, el 14 á un 5 en las dos Castillas, y á un 8 en las Andalucías. De aquí resultó el alivio de un 9 por 100 en las primeras al consumidor y de un 6 á las segundas; de modo que V. M. quedó en derecho de subrogar un equivalente mas tolerable y mas proporcionada á las fuerzas del contribuyente, sin que pudiese llamarse nueva la contribucion.

En las demas especies é industrias, no sujetas á la contribucion de millones, ha reducido V. M. el 14 por 100 á nada en los fabricantes cuando venden al pie de la fábrica, y á un 2 cuando venden fuera, al mismo 2, al 3 y al 4, cuando mas todas las ventas de mercaderes, artistas, labradores y cosecheros, y sus conciertos; y solo en los frutos que se venden alzadamente, se ha cargado el 6 cuando venden los propietarios, y el 3 cuando los que venden son arrendadores ó colonos.

No hay propietario ni llevador de frutos civiles que no los perciba de bienes, industrias ó imposiciones, que en su orígen

han debido pagar la alcabala y cientos de sus ventas y permutas. No hay tampoco propietario ó perceptor de frutos civiles que por sí ó por sus criados, mayordomos, administradores ó dependientes, no deba contribuir con las mismas alcabalas y cientos en las especies de sus consumos, tomadas en los puestos públicos.

Pues ahora, ¿si los tales llevadores de frutos civiles dejan de contribuir en dichos puestos públicos un 9 por 100 que se ha rebajado á las especies de millones por lo tocante á las Castillas, y un 6 por lo correspondiente á las Andalucías, será mucho que se las cargue por equivalente un 5 en sus rentas, y aquellos que las tienen, y que carecen de ellas los demas pobres contribuyentes y consumidores?

Si en las demas especies, frutos é industrias, de que provienen los arrendamientos, imposiciones ó frutos llamados civiles, deben de contribuir los fabricantes, artesanos, labradores y mercaderes el todo, ó la mayor parte, por la enorme rebaja de un 12, un 11, ó un 10, hasta el 2, 3 y 4, ¿será rigor que por equivalente contribuya el propietario con un 5 de su renta, ya que esta precisamente ha de recibir aumento con el alivio del colono, fabricante, artesano ó mercader, y que el mismo propietario ha de gozar de este alivio en las compras que haga de estos para sus consumos?

¿Seria contribucion nueva, que en lugar de un 14 por 100 de alcabala que pudiera exigir V. M., cobre solamente un 7, un 8, un 9; ó un 10, distribuyendo este derecho entre arrendadores y propietarios, vendedores y consumidores, pobres y ricos, con proporcion á sus haberes y posibilidades?

Pues á esto se reduce todo el grito sobre que es nueva contribucion la de los frutos civiles; de modo que unido el 5 por 100 de ellos al 2, al 3, al 4, al 5, y aun al 7, que se carga en las pocas ventas que se hacen de heredades y yerbas, nunca llega al 14 que V. M. podria exigir de todos, y queda en la mayor parte de frutos é industrias reducida esta contribucion, si se reune su total; y se proratea á un 6, ó cuando mas un 7 dividido, como llevo dicho, entre propietarios y colonos, ricos y pobres, aunque con mas alivio de estos, como es razon porque carecen de bienes y ponen todo el trabajo.

Pues ahora queda que reflexionar, que residiendo los pro-

pietarios en los pueblos en que están sus bienes que producen frutos civiles, reduce V. M. esta contribucion á la mitad, esto es, á un 2 y medio por 100, con el político y saludable objeto de acercar los propietarios al cuidado de sus mismos bienes, consumir sus productos en los tales pueblos en que existen, fomentar por este medio en ellos las artes, oficios y la poblacion, ayudar en los consumos á la paga de tributos en los mismos pueblos, y dar un estímulo á los propietarios para retirarse de la corte y capitales, donde los llama el ócio, la diversion y el lujo, y donde por estos medios arruinan sus casas y familias, y malean las costumbres generales.

Repito, señor, que todo el clamor contra la contribucion de frutos civiles, que llaman nueva, es porque V. M. ha distribuido la antigua de alcabalas y cientos con bastante rebaja y alivio entre todos sus vasallos, segun sus haberes, como se pensaba hacer con la contribucion única, sin que nadie dijese que era nula; en una palabra, los llevaderos de rentas ó frutos civiles querrian en los puestos públicos gozar de la rebaja acordada del 9 y del 6 por 100 de alcabala y cientos á las especies de millones, aprovecharse en sus compras de la estension de la misma alcabala, concedida por V. M. á los fabricantes y á varios frutos, como el lino, cáñamo y otros, disfrutar igualmente en sus compras y consumos de las rebajas y alivios de un 10, un 11 y un 12 por 100, acordado á colonos, labradores, artistas y mercaderes; obtener mayores arrendamientos y rentas por razon de estas gracias; y despues de todo no pagar nada los tales propietarios por aquel rédito civil, dulce, sosegado y sin trabajo, que perciben, aumentan y gastan en el ócio, abundancia y lujo de sus casas, recreos y disipaciones.

Esto es lo que querrian los propietarios, llevaderos de arrendamientos, rentas ó frutos civiles, aunque la corona quedase indotada por las bajas hechas, y que aun conviene hacer á los demas vasallos industriosos y pobres de V. M. ó querrian que estos fuesen oprimidos con el enorme peso de las contribuciones, si su mayor parte continuase sobre ellos, como ha sucedido hasta aquí. Con esto se disminuirian los pobladores, los cultivos y las industrias, y despues con el tiempo vendrian tambien á sufrir el daño los mismos propietarios, cuyas ren-

han debido pagar la alcabala y cientos de sus ventas y permutas. No hay tampoco propietario ó perceptor de frutos civiles que por sí ó por sus criados, mayordomos, administradores ó dependientes, no deba contribuir con las mismas alcabalas y cientos en las especies de sus consumos, tomadas en los puestos públicos.

Pues ahora, ¿si los tales llevadores de frutos civiles dejan de contribuir en dichos puestos públicos un 9 por 100 que se ha rebajado á las especies de millones por lo tocante á las Castillas, y un 6 por lo correspondiente á las Andalucías, será mucho que se las cargue por equivalente un 5 en sus rentas, y aquellos que las tienen, y que carecen de ellas los demas pobres contribuyentes y consumidores?

Si en las demas especies, frutos é industrias, de que provienen los arrendamientos, imposiciones ó frutos llamados civiles, deben de contribuir los fabricantes, artesanos, labradores y mercaderes el todo, ó la mayor parte, por la enorme rebaja de un 12, un 11, ó un 10, hasta el 2, 3 y 4, ¿será rigor que por equivalente contribuya el propietario con un 5 de su renta, ya que esta precisamente ha de recibir aumento con el alivio del colono, fabricante, artesano ó mercader, y que el mismo propietario ha de gozar de este alivio en las compras que haga de estos para sus consumos?

¿Seria contribucion nueva, que en lugar de un 14 por 100 de alcabala que pudiera exigir V. M., cobre solamente un 7, un 8, un 9; ó un 10, distribuyendo este derecho entre arrendadores y propietarios, vendedores y consumidores, pobres y ricos, con proporcion á sus haberes y posibilidades?

Pues á esto se reduce todo el grito sobre que es nueva contribucion la de los frutos civiles; de modo que unido el 5 por 100 de ellos al 2, al 3, al 4, al 5, y aun al 7, que se carga en las pocas ventas que se hacen de heredades y yerbas, nunca llega al 14 que V. M. podria exigir de todos, y queda en la mayor parte de frutos é industrias reducida esta contribucion, si se reune su total; y se proratea á un 6, ó cuando mas un 7 dividido, como llevo dicho, entre propietarios y colonos, ricos y pobres, aunque con mas alivio de estos, como es razon porque carecen de bienes y ponen todo el trabajo.

Pues ahora queda que reflexionar, que residiendo los pro-

pietarios en los pueblos en que están sus bienes que producen frutos civiles, reduce V. M. esta contribucion á la mitad, esto es, á un 2 y medio por 100, con el político y saludable objeto de acercar los propietarios al cuidado de sus mismos bienes, consumir sus productos en los tales pueblos en que existen, fomentar por este medio en ellos las artes, oficios y la poblacion, ayudar en los consumos á la paga de tributos en los mismos pueblos, y dar un estímulo á los propietarios para retirarse de la corte y capitales, donde los llama el ócio, la diversion y el lujo, y donde por estos medios arruinan sus casas y familias, y malean las costumbres generales.

Repito, señor, que todo el clamor contra la contribucion de frutos civiles, que llaman nueva, es porque V. M. ha distribuido la antigua de alcabalas y cientos con bastante rebaja y alivio entre todos sus vasallos, segun sus haberes, como se pensaba hacer con la contribucion única, sin que nadie dijese que era nula; en una palabra, los llevaderos de rentas ó frutos civiles querrian en los puestos públicos gozar de la rebaja acordada del 9 y del 6 por 100 de alcabala y cientos á las especies de millones, aprovecharse en sus compras de la estension de la misma alcabala, concedida por V. M. á los fabricantes y á varios frutos, como el lino, cáñamo y otros, disfrutar igualmente en sus compras y consumos de las rebajas y alivios de un 10, un 11 y un 12 por 100, acordado á colonos, labradores, artistas y mercaderes; obtener mayores arrendamientos y rentas por razon de estas gracias; y despues de todo no pagar nada los tales propietarios por aquel rédito civil, dulce, sosegado y sin trabajo, que perciben, aumentan y gastan en el ócio, abundancia y lujo de sus casas, recreos y disipaciones.

Esto es lo que querrian los propietarios, llevaderos de arrendamientos, rentas ó frutos civiles, aunque la corona quedase indotada por las bajas hechas, y que aun conviene hacer á los demas vasallos industriosos y pobres de V. M. ó querrian que estos fuesen oprimidos con el enorme peso de las contribuciones, si su mayor parte continuase sobre ellos, como ha sucedido hasta aquí. Con esto se disminuirian los pobladores, los cultivos y las industrias, y despues con el tiempo vendrian tambien á sufrir el daño los mismos propietarios, cuyas ren-

tas habrian tambien de disminuirse ó aniquilarse. Si esto puede ser justo ni conveniente, tampoco lo es aflojar en las providencias tomadas, á pesar de tantos clamores inconsiderados.

Otras muchas cosas podria decir á V. M. que se han hecho y se están preparando por las vias de Hacienda é Indias, muy útiles á la corona y muy favorables á los vasallos; pero se va alargando demasiado esta representacion, y no es justo abusar de la paciencia de V. M. Bastará recordar únicamente las relaciones exactas de entradas y salidas de géneros estranjeros y nacionales por las aduanas que V. M. ha mandado formar en el presente ministerio, para tener completas noticias de nuestra pérdida ó ganancia en cada ramo y en la balanza de comercio. Las relaciones del estado de las provincias y sus producciones naturales é industriales que se han encargado ahora á los intendentes, son tambien otras providencias utilísimas y necesarias. Estas indagaciones tan precisas para el buen gobierno de las rentas, y aun de toda la monarquía, se dejaban de practicar; y cuesta gravísimas dificultades al celo del ministerio de Hacienda de V. M. el puntualizarlas como conviene.

Tambien merece que se haga alguna mencion de lo mucho que se trabaja para aprovechar todo el fruto de las rentas de Madrid sin gravar su vecindario; y no me quejaré de que mis trabajos y dictámenes para promover esta materia hayan sido cometidos al mas riguroso exámen de una junta; lo que otro mas orgulloso que yo creyera ser contrario al decoro de su persona y empleos, y al desinterés y pureza de sus intenciones.

En las materias de gracia y justicia y de gobierno del estado ha hecho V. M. tantas cosas grandes, durante el tiempo que he tenido la honra de estar á sus pies, que han escitado mi continua admiracion, viendo el gran corazon, la propension, la prontitud, el teson y fortaleza con que V. M. emprende, abraza y sostiene cuantas ideas pueden ser útiles á sus fieles y amados pueblos.

El método arreglado para proveer los obispados, prebendas y demas beneficios eclesiásticos, es una obra inmortal, y de suma utilidad espiritual y temporal de estos reinos, si se tie-

ne, como debe, gran cuidado en su mas exacta observancia. En unos dominios tan vastos, y con un clero que tiene tanto influjo y poder en ellos, puede cualquiera calcular cuántas serán las ventajas de que sean atendidos los eclesiásticos mas doctos y virtuosos, los párrocos mas acostumbrados al trabajo, al conocimiento y amor de sus feligreses, y los mas esperimentados, ansiosos y celosos del bien público, con turno y alternativas en todas las carreras que impedian y destruian los partidos y particularidades. A esto cabalmente conspira el reglamento de provisiones eclesiásticas.

El reglamento civil para el método y escala en el nombre de corregidores y demas jueces de letras, es y será tambien otro monumento perpetuo de gloria para V. M., y de su amor á la justicia y al bien de los pueblos.

De la conducta, celo y desinterés de estos jueces depende en la mayor parte la felicidad de los vasallos pobres de V. M., los cuales no teniendo, por lo comun, posibilidad de reclamar las resoluciones de aquellos primeros administradores de la justicia, deben ser la víctima de sus intereses, venganzas y caprichos, si no son tan rectos y justificados como conviene, y V. M. desea. De otra parte, siendo ellos los ejecutores de las providencias generales y particulares, respectivas al bien público, y los primeros promovedores de las que sea necesario solicitar y espedir, se deja ver lo mucho que se va á perder si no son tales, tan celosos y activos, que puedan desempeñar estas principales funciones del gobierno interior del estado.

Para aventurar menos el acierto en estas elecciones, se ha dispuesto tomar tres informes reservados de las personas mas condecoradas de la provincia en que haya servido el corregidor ó alcalde mayor. De estos informes se tiene un libro secreto, en que por el órden del alfabeto se asientan y constan las noticias que se tienen de la conducta de cada uno de estos jueces, para adelantarlos ó atrasarlos en su carrera, y adaptar sus promociones á lo que sean proporcionados.

Al reglamento de corregidores y jueces civiles ha añadido V. M. otro para el de los jueces eclesiásticos, que ha producido y producirá utilidades no menores, si se observa rigorosamente como hasta aquí.

A pesar de que V. M., como patrono de las iglesias de Espa-

ña, nombraba ó presentaba todos los obispos, repartian estos ó comunicaban su autoridad á los provisores ó vicarios generales que elegian, sin noticia ó aprobacion de V. M.; seguíase de aquí, que muchos, ó no tenian la ciencia y práctica necesaria para ejercer la judicatura conforme á las leyes de estos reinos, ó estaban imbuidos de máximas contrarias á las regalías y costumbres nacionales; y de tan peligrosos antecedentes salian consecuencias fatales, que obligaban muchas veces á providencias fuertes contra tales provisiones y jueces eclesiásticos con perjuicio del decoro de ellos mismos.

En unos reinos como los de V. M., en que se permite y aun autoriza por sus leyes á la jurisdiccion eclesiástica el ejercicio contencioso de muchos actos esternos de grande interés de los vasallos, era cosa estraordinaria que el soberano ignorase la calidad y nombramiento de los que habian de ejercer aquella jurisdiccion, y mucho mas siendo V. M. el patrono de las iglesias, y el nominador de los obispos que destinaban aquellos jueces. El ejemplo de la cabeza de la iglesia debia servir de pauta á los prelados de estos dominios. El Papa propone á V. M. las personas que piensa dastinar á la nunciatura de estos reinos para que apruebe ó escluya las que le parezca, no por otra razon, sino porque el nombrado ha de ejercer jurisdiccion esterna y contenciosa en los dominios y con los vasallos de V. M. ¿Por qué pues se habia de omitir con el monarca igual atencion de parte de los obispos, á quienes habia nombrado y beneficiado, para no darle parte, y esperar la aprobacion de sus provisores?

En efecto, V. M. estableció que tales nombramientos se hiciesen en sugetos que tuviesen las calidades prevenidas por las leyes para la judicatura, y que se le diese noticia para su aprobacion por medio de la cámara; y el sueldo ha acreditado el acierto de esta providencia, la obediencia y el amor incomparable á la justicia de los prelados españoles.

Para velar sobre la pronta administracion de justicia, especialmente en las causas criminales, se habia mandado á los juzgados y sala de Corte de Madrid remitir relaciones mensuales de los procesos de esta especie y de su estado: siendo insuficiente esta providencia para remediar los daños en lo general del reino, no solo resolvió V. M. que viniesen tales relaciones

de todas las audiencias y chancillerías, sino que se les hizo comunicar formularios y reglas, por medio de las cuales se sabe con facilidad y claridad el estado de cada causa su principio y progresos, sus dilaciones y la causa de ellas, con distincion de las empezadas ó existentes en los juzgados ordinarios, y de las remitidas á los tribunales superiores por consulta ó por apelacion. Con estas noticias se pueden tomar providencias prontas en cualquier caso, y los tribunales y jueces viven atentos y cortan la mayor parte de las quejas.

En otros asuntos ha tomado V. M. muchas providencias para arreglarlos y promover el bien general por todos medios. Se han dado reglas para impedir abusos y malicias de las partes en los juicios de retencion para cortar recursos y señalar los casos de las revistas en los negocios de Madrid y su provincia; para facilitar á los artesanos y menestrales la cobranza de sus tristes trabajos á pesar de los fueros y favor de los poderosos; para que sean obedecidas y respetadas las justicias en estos y otros casos, y que las exenciones no impidan el castigo de los desacatos contra ellas, para que los alumnos de los colegios y seminarios, y los escolares de las universidades insignes, no sean obligados por seducciones á contraer matrimonios indecentes ó involuntarios, habiendo de preceder licencia de superiores legítimos para estorbar los gastos y molestias de los pleitos matrimoniales; haciendo evacuar antes los pasos precisos para verificar el asenso ó disenso de los padres, y las declaraciones de ser ó no racional; y finalmente ha tomado V. M. providencia para tantas cosas y tan útiles que seria nunca acabar el referirlas todas.

El arreglo de las temporalidades de jesuitas de España é Indias, nuevo método de su gobierno y administracion y decision de sus causas, ha sido otro objeto grande de V. M. en estos tiempos, y tiene una trascendencia general para los establecimientos mas importantes al estado. Antes de las últimas resoluciones de V. M. en este punto faltaban fondos para todo, se perdian ó deterioraban los bienes, se cumplian mal sus obligaciones y cargas, se eternizaban los procesos, y se dejaban de ejecutar las aplicaciones de casas y colegios por los recursos, malicias ó negligencias increibles de los interesados ó ejecutores. Ahora sobran caudales para todo, y se está para

concluir este vastísimo negociado, con proporcion de hacer cosas utilísimas á los vasallos de V. M., y á su ilustracion luego que hayan vacando las pensiones vitalicias que se pagan á los estrañados.

V. M. ha tenido bastante teson para establecer contra las preocupaciones vulgares la construccion general de cementerios en todos sus dominios, y quitar de los sagrados templos el horror y la fetidez de los sepulcros, tan contraria al decoro y dignidad de los mismos templos, como á la salud de los amados súbditos.

Casi todos los obispos, academias, cuerpos y personas facultativas han estimulado y apoyado esta resolucion de V. M., y solo se requiere que haya mucha vigilancia, celo y exactitud en la ejecucion de parte de los magistrados, y del ministerio que ha de observar su conducta.

Habia habilitado V. M. todas las artes para que gocen los que las ejerzan de la nobleza heredada, quitando este pretesto á la holgazanería y á los vicios de los que á título de nobles rehusaban la aplicacion al trabajo por mas pobres que fuesen.

Ha hecho V. M. practicar el censo ó numeracion de sus vasallos con una formalidad y exactitud que jamás se habia practicado.

De resultas de esta operacion ha tenido V. M. el consuelo de ver aumentado en su tiempo el número de sus súbditos en los dominios de Europa en cerca de millon y medio, hechos los cálculos y consideraciones correspondientes.

A este aumento y al de muchos centenares de pueblos y par. roquias que V. M. ha verificado con la numeracion, se ha unido el de muchos millares de contribuyentes por los exentos que se han disminuido en todos los estados, oficios y profesiones con las sabias providencias de V. M.; de modo que habiéndose aumentado todos los vasallos útiles para la poblacion, los tributos y los servicios de mar y tierra, se han minorado los que no podian convenir á estos objetos sin perjuicio, y con aumento del verdadero y necesario pasto espiritual.

Para saber el número y calidad de los pueblos de esta gran monarquía, cosa que vergonzosamente se ignoraba, con la debida exactitud y certidumbre, ha dispuesto V. M. la formacion de un diccionario que se está imprimiendo en que por el órden del

alfabeto se averigua puntualmente la calidad y situacion de cada pueblo, y hasta la menor aldea ó casería, el partido y la provincia á que pertenece, si es de realengo, de señorío, de abadengo ó de órdenes, y todo lo demas que conduce para que el gobierno de V. M. pueda cuidar del mas infeliz y retirado vasallo, como pudiera hacerlo de los habitantes de la metrópoli, y mas inmediatos á su real persona.

El arreglo de las espediciones á Roma es otro punto importante en que V. M. ha hecho un gran bien á sus vasallos, y abierto una puerta útilísima para establecer la mejor disciplina en las materias eclesiásticas de sus reinos. Se hallaba dispuesto por ley de Indias, y puesto en ejecucion lo mismo que V. M. ha resuelto ahora para sus dominios de Europa; esto es que todas las espediciones de la curia romana se hubiesen de pedir por medio de sus embajadores, ministros ó agentes en aquella corte. Con esto se vela sobre la observancia de nuestras leyes y regalías, sobre el abuso de las gracias y dispensaciones que con falsas ó importunas preces puedan obtener los vasallos interesados, relajados y ambiciosos, y sobre la conservacion y mejora de la disciplina eclesiástica, secular y regular. Estos, señor, han sido y deben ser los verdaderos objetos de esta gran providencia para sostenerla y mejorar sus efectos; pues el interés pecuniario y los ahorros de dinero importan menos de lo que están creyendo muchos presumidos y preocupados. No llegan, ni con mucho los intereses y valor de las espediciones de España en Roma á los de otra igual potencia católica, como Francia, Alemania, Polonia y otras.

Pudiera referir aquí otras cosas grandes que V. M. ha hecho en los departamentos de Guerra, Marina é Indias en casos en que se ha dignado darme algun conocimiento é intervencion; pero unos se han referido é indicado en la instruccion de estado, aprobada por V. M.; y de otros pertenece mas propiamente su relacion á los celosos ministros de aquellos departamentos que han promovido y ejecutado lo que V. M. les mandó y tenga por conveniente mandarles.

No callaré sin embargo que el aumento de sueldos á los oficiales de marina, y el fijar desde luego los necesarios para el armamento de dos terceras partes de bajeles de la marina real, cuyo número y construccion ha aumentado considerablemente

Sobre estos dos objetos únicamente recaen las prevenciones del decreto en que se especifican las materias que V. M. declaró remitiria á la junta, así en los asuntos de estado y cortes estranjeras, y los de Gracia y Justicia, respectivos al gobierno interior y felicidad de los vasallos, como en los negocios de Guerra, Marina, Indias, Hacienda y Comercio.

A estos dos objetos principales añadió V. M. la prevencion ó advertencia de que en la junta se hiciesen presentes las propuestas de los empleos que hubiesen de tener mandos pertenecientes á distintos departamentos, como el político y el militar, ó el político ó de hacienda. Quedó por el mismo decreto la propuesta á cargo del secretario á quien tocase, esponiendo en ella las personas beneméritas que creyese convenir, para que con el dictámen de la junta diese cuenta aquel secretario á V. M. para el nombramiento ó resolucion que le pareciese conducente.

Generalmente quiso V. M. en el decreto citado, que de los dictámenes de la junta le diese cuenta el secretario, en cuyo departamento estuviese radicado el negocio de que tratase, escepto cuando por la brevedad ú otros motivos acordase V. M. ó la misma junta que otro secretario se encargase de llevarle algun espediente para su resolucion.

Las utilidades de estos objetos y prevenciones son tan visibles, que deberia escusar á V. M. la molestia de oirlas de nuevo, habiéndolas ya tenido presentes para la espedicion del decreto; pero por si acaso esta representacion llega como es natural á otras manos, y puede conducir en lo sucesivo el recuerdo y memoria de las grandes razones que V. M. tuvo para esta principal resolucion de su sabio y afortunado gobierno, le pido me permita especificar algunas de sus utilidades y consecuencias.

La primera es el exámen y combinacion de los diferentes intereses y relaciones de cada ramo con los demas, concurriendo cada secretario y ministro de la junta con las luces y esperiencias adquiridas en su departamento, para ajustar con medida el daño ó el provecho que podrá resultar de la providencia general.

Cualquiera entiende la utilidad, ó para decirlo mejor, la necesidad de esta combinacion ó exámen. Sin embargo, pondré

un ejemplo tomado de las resoluciones de V. M. en tiempos muy anteriores á mi ministerio de Estado.

Tratóse en el año de 1770, en que nos amenazaba una guerra con la Gran Bretaña, de examinar entre otras cosas el estado de nuestro ejército, y de completar el gran vacío que tenia en sus tropas. Mandó V. M. formar una junta en la secretaría de Guerra, que servia Don Juan Gregorio Muniain, y quiso que además de los ministros asistiesen el conde de Aranda, presidente que era del Consejo, y sus dos fiscales, que lo éramos el Conde de Campomanes y yo.

En aquella junta aunque se encaminaba á prevenciones militares, así V. M. como los ministros y gobernadores que concurrieron, entendieron ser necesario que asistiesen y diesen sus dictámenes los que tenian el mando ó direccion de los negocios políticos de la monarquía.

Hallóse que el *déficit* ó incompleto que tenia el ejército, segun su pie ó constitucion ordinaria, era de diez y ocho mil hombres, y se vió que era preciso hallar recursos para llenar este hueco entonces y en lo sucesivo, á fin de no vernos otra vez en los apuros en que estuvimos en aquel tiempo, para defender los dominios de V. M. si se verificaba la guerra.

En efecto, la falta se debia suplir con otros hombres miembros del estado que no eran militares, y para ello era necesario saber la fuerza de los pueblos, número de personas capaces del servicio, método de estraerlas sin agravio y con suavidad, fondos para los gastos y otras menudencias, de que solo pueden tener un conocimiento prolijo y esperimental los encargados del gobierno superior é inferior de los mismos pueblos.

Se salió del apuro momentáneo valiéndose de las milicias para completar los regimientos veteranos con rebaja del tiempo, del servicio y varias suavidades acordadas á los que hubiesen de estraerse de los cuerpos provinciales. Para lo venidero se resolvió formar una ordenanza de reemplazo del ejército, de cuyos artículos principales en minuta fuí el estensor ó redactor, habiéndose despues formalizado la ordenanza por el Conde de Campomanes y por mí, esponiendo ambos por mucho tiempo nuestros dictámenes á la secretaría de Guerra en las diferentes dudas que ocurrieron.

Para el reemplazo de milicias se vió tambien que era necesario rectificar su ordenanza, y se nos cometió igualmente á los fiscales juntos con los inspectores de infantería y milicias. Se empezaron las juntas, y dejé de continuar en el encargo por mi ausencia á Italia y al ministerio de Roma.

No pretendo ahora que lo acordado ó resuelto entonces fuese lo mejor, aunque sí diré á V. M. con la franqueza y verdad que debo, que con pocas añadiduras y enmiendas de aquella ordenanza de reemplazo, con mas facilidades á los pueblos para suministrar sus contingentes de tropas, y con otros auxilios y recursos que tengo meditados, seria indubitable y constante el completo del ejército, y aun su aumento sin que nadie se quejase.

Sin embargo, me abstengo de entrar en materia que no se me ha confiado ahora, y solo repetiré que este ejemplar prueba la necesidad de que al establecimiento ó reforma de las reglas generales de cualquier departamento, concurran los ministros de los demás con sus conocimientos y esperiencias militares.

La nueva ordenanza de montes que V. M. ha pensado formar con respecto á los de la jurisdiccion de marina, se me ha cometido de órden de V. M., y convendrá reconocerla en junta de Estado, y aun en otras compuestas de sugetos prácticos y de luces.

Aunque los árboles sirvan á la marina, se han de criar en las tierras y en los términos de los pueblos, y se han de plantar y conservar por los vasallos con fondos, recursos y reglas para todos. Todos estos conocimientos son propios del gobierno político unido con el de marina, por el importante objeto y fin de la construccion y navegacion militar y mercantil.

Otro tanto digo de los innumerables objetos que abrazan los mismos departamentos de Guerra y Marina, y los de Estado, Gracia y Justicia, Hacienda é Indias.

¿Cómo se hará con acierto un tratado, ni se sostendrá su observancia con vigor, sino concurren á él los conocimientos de la fuerza y el poder militar de tierra y marina, y del interés de la monarquía en lo que adquiera, ceda ó conserve, y en los asuntos de hacienda y comercio?

¿Cómo se acertará en los establecimientos y reglas de la ha-

cienda Real sin noticia práctica de las necesidades y obligaciones, especialmente de las mas grandes de guerra y marina, y de la posibilidad y estado de los pueblos y contribuyentes?

Ni ¿cómo se combinarán el interés y la felicidad de los vasallos de Indias con los de la metrópoli, si no se acuerdan y concurren con sus respectivas esperiencias los ministros de unos y otros departamentos?

En esta primera útilidad ó necesidad de las juntas de ministros está embebida la segunda, que se reduce á evitar con el acuerdo de todos y con la decision de competencias, las providencias encontradas que podrian salir por diferentes vias y departamentos en los asuntos en que tuviesen conexion unos con otros. ¿Cuánto no seria el destrozo de la autoridad Real y de la reputacion del soberano con esta contrariedad de resoluciones? y ¿cuánto no seria el daño en la ejecucion de ellas para los súbditos? ¡Ojalá no se tuviesen tristes esperiencias de estos inconvenientes en los tiempos pasados!

La tercera utilidad de las juntas es que todos los ministros toman parte y conocimiento en los negocios graves que resuelven aunque sean de otro departamento. De aquí dimana que todos tienen una especie de interés personal en su ejecucion, y en protegerla y apoyarla. Aunque falte el ministro que promovió la idea, quedan los demas para continuarla y sostenerla con el sucesor, como saben los motivos de su establecimiento; y así viene á ser la junta un depositario inmortal de las providencias generales; que cuidará de su observancia y de impedir la misma facilidad de alterarlas en un gobierno nuevo de que tantos males han resultado á la monarquía.

Otra utilidad, y es la cuarta que puede haber, consiste en la mayor atencion y exámen que los ministros pondrian en los negocios que han de llevar á la junta, y el mayor cuidado de sus oficiales en la formacion de los estractos, exactitud y puntualidad de los hechos, sabiendo que tres ó cuatro compañeros del gefe han de reconocer el espediente con la posibilidad de echar menos ó de notar algunas circunstancias muy importantes para la resolucion.

Todos los hombres nos parecemos. Por mas diligentes y activos que seamos no podemos dejar de confiarnos de otras

personas, y especialmente atendiendo al número y gravedad de los negocios que nos oprimen.

Aquella confianza se templa y disminuye cuando nos ocurre ó sabemos que podemos equivocarnos, y que es muy fácil descubrir nuestra equivocacion ó error haciéndonos responsables de él. Entonces redoblamos el cuidado; y esto sirve mucho para que V. M. resuelva con una física ó moral certidumbre del acierto.

V. M. no puede ver por sí mismo todos ni la mayor parte de los espedientes. Con que cuanto mas purificados vayan á su presencia, por haberse visto y examinado en una junta de ministros, mas asegurado estará V. M. de los hechos que conduzcan para sus providencias.

Prescindo ahora de la quinta utilidad, que pudiera esponer aquí, por la mayor proporcion que hay de acertar en las resoluciones con el consejo y dictámen de muchos, que con el de uno solo, especialmente en las materias graves y de gran consecuencia, como son las que causan regla general. La conducta de todos los gabinetes de Europa que se unen en un consejo y escuchan á los ministros, y la misma que ha tenido siempre la España prueba esta utilidad. Pero hay que notar que cuando los consejos y juntas se tienen solo en casos particulares para los negocios graves que entonces ocurren, al instante escitan la atencion de los curiosos é interesados en descubrir los secretos y el objeto de las juntas, en lugar de que siendo la junta ordinaria pueden tratarse en ella los mayores y mas reservados asuntos, sin que nadie tenga motivo nuevo de asecharlos y de ejercitar sus sospechas y averiguaciones.

En la decision de las competencias de cosas urgentes, de poca monta, de los tribunales superiores en que entiende la junta, hay la utilidad, y será la sexta, de facilitar la espedicion de muchos negocios que por las disputas y etiquetas de los tribunales, ó por reprobados manejos de los interesados, quedan suspensos por mucho tiempo, tanto en las materias civiles, como en las criminales.

Es tan notoria y tan frecuente la esperiencia de estas dilaciones en los negocios en que se forman competencias con perjuicio imponderable del público y de muchos vasallos, que es ocioso detenerse ahora en probar estas verdades.

Finalmente, para que se vean en la junta las propuestas de los empleos pertenecientes á dos mandos ó departamentos, hay la utilidad de que no ignore V. M. todas las cualidades de los propuestos, y que con conocimiento de las respectivas á cada mando se elija el sugeto mas apto y proporcionado. Uno á quien se quiera hacer intendente de ejército puede ser muy inteligente y práctico en las materias de hacienda, y muy ignorante en las de guerra.

Otro á quien se quiera nombrar intendente y corregidor puede tener los conocimientos políticos y gubernativos, y carecer de los tocantes a real hacienda y tributos. Un gobernador militar puede ser un gran soldado y mal político por la falta de instruccion, de prudencia ó de esperiencia.

Estando resuelto repetidamente desde tiempos muy antiguos que las propuestas pertenecientes á dos mandos se concierten por los ministros de ellos, ¿qué se pierde en que este acuerdo se haga en junta de Estado, donde todos los ministros se congregan? ¿qué aventura el ministro que ha de traer la propuesta á V. M. en el oir el modo de pensar, y el informe ó noticias de sus compañeros, y especialmente del que tenga á su cargo el departamento del otro mando que haya de ejercer el nombrado? Una vez que al tal ministro no se le quita la propuesta en el decreto de ereccion de la junta, ni á V. M se disminuye la libertad de elegir á quien quisiere, ¿qué inconveniente puede haber en que aquel ministro se asegure bien de la verdad, y de las cualidades y aptitud de los que proponga?

Con ser todo esto así, se han dirigido las impugnaciones de la malignidad contra estos puntos constantes y evidentes. La junta, segun los malignos censores, no es otra cosa que una invencion contra la libre disposicion del soberano, y un modo de apoderarse el ministerio de Estado de la autoridad en todos los ramos ó departamentos. No pueden darse mayores ni mas desatinadas calumnias, ni que tenga mayores convencimientos.

El soberano en todas las materias que causan regla, y generalmente en todas las graves, acostumbra preguntar y oir a sus consejos, juntas y ministros, sin perder nada de su autoridad y libertad para resolver lo que estime justo. ¿Será posi-

ble que solo haya de perder una y otra porque el exámen sea constante y arreglado en los dias señalados á una junta de ministros, que por lo comun vé las cosas despues de vistas y examinadas en otras juntas ó consejos?

En la provision de los empleos oye el soberano las consultas de las dos cámaras de Castilla é Indias, de los gefes de palacio, y de los mismos secretarios del despacho que le hacen las propuestas en sus respectivos departamentos para todos los cargos y promociones militares y civiles de Estado, Guerra, Hacienda, Marina é Indias. Nadie dice que estas propuestas quitan á V. M. la autoridad y libertad de elegir como quiera y á quien quiera para embajadores, ministros, generales, oficiales de mar y tierra, togados, corregidores, criados de casa Real y demas destinados á su servicio. De nada de esto se trata en la junta. ¿Será creible que solo en las propuestas que pertenecen á dos mandos se disminuya la autoridad soberana, porque el ministro que las haya de hacer las diga á sus compañeros en la junta de Estado antes de proponer? ¿No tendrá V. M. mas personas beneméritas entre quienes elegir si á los de la junta les ocurre alguna que no tenga presente el secretario?

¿No sabrá V. M. con mas certeza oyendo á muchos ministros, si en los propuestos, ó alguno de ellos, hay algun reparo falta de aptitud, ó mas proporcion y utilidad en unos que en otros para escoger al que le parezca?

Desengañémonos, señor, que quien disminuye su autoridad con este exámen somos los ministros y nuestros dependientes; y tanto cuanto baja la nuestra, sube la de V. M. Esta es la verdad, y lo demas es pretesto de ambiciosos para facilitar sus ideas y pretensiones, entendiéndose con uno solo ó con un subalterno, á quien pueden engañar ó seducir con menos dificultades. El ministerio de Estado queda sujeto, como los demas, á llevar á su junta los negocios que señala el real decreto; y así lejos de aumentar su autoridad y arbitrios, como pretenden los injustos censores, los ha disminuido. Toda la equivocion maligna de estos enemigos del bien público y del servicio de V. M. nace de haber creido ó fingido, para hacerla odiosa, que la junta de Estado haya sido formada para meterse en todo, cuando no ha tenido mas que tres encargos, á saber: tratar de los establecimientos generales ó que causen regla: deci-

dir ó cortar las competencias en los casos urgentes ó de poca entidad; y oir las propuestas de empleos que pertenezcan á dos mandos, por si le ocurre que esponer á V. M. por medio del mismo ministro á quien toquen las propuestas. Si V. M. la comete otras particulares, es porque así le parece conveniente, pero no por su establecimiento y ereccion.

Me he detenido á declarar estas especies, porque siendo la formal ereccion de la junta de Estado una de las cosas mas grandes, mas útiles y aun mas necesarias que V. M. ha hecho en su glorioso reinado, es justo que se mire y reconozca en su verdadero punto de vista, y que se sostenga con firmeza contra los enemigos de la felicidad de la monarquía, y de la de V. M. y sus dignos sucesores.

No me dilataré ahora en otras cosas que se han conseguido en estos doce años últimos con gran consuelo de V. M. La paz doméstica de su casa en estos tiempos: la ejemplar subordinacion del sucesor de la corona y de sus hermanos á su augusto padre, y la armonía de todos ha sido envidiada y admirada de las cortes de Europa.

V. M. ha admitido al Príncipe á todos los despachos, y le ha acordado una confianza en los negocios, de que no hay memoria en los fastos de la monarquía, ni ejemplo en las demas naciones. V. M. sabe y el príncipe tambien si yo he trabajado eficazmente para conseguir este gran golpe de política y de amor á V. M., á su dignísimo hijo y á sus fieles vasallos, y si he puesto una diligencia y un celo continuo para impedir, apartar y deshacer los susurros, chismes y especies con que en otros tiempos se procuraban indisponer los ánimos de un amoroso padre y de sus obedientes hijos.

La formacion de un fondo de un cierto número de encomiendas para proveer con autoridad pontificia, y sin gravámen de la corona, á los hijos segundos y terceros de los reyes, y la secularizacion del priorato de San Juan y su perpetuidad en la augusta familia de V. M., son obras de su grande y soberana prevision, y de sus paternales cuidados por su amable descendencia. En fin, apenas hay cosa ni objeto de utilidad á que V. M. no haya acudido en su feliz gobierno.

Me he ceñido sin embargo hasta aquí á los principales hechos y providencias de V. M. durante el ministerio que sirvo á sus

Reales pies; pero pudiera recordar otras anteriores en que se dignó darme algun influjo ó intervencion, y que por tener trato sucesivo se han prorogado, aumentado y producido despues muchas utilidades.

El indulto que igualó la corona de Aragon á la de Castilla para el uso de carnes en los sábados, estinguió de un golpe cincuenta y dos dias cuadragesimales en otras tantas semanas que tiene el año, de que las naciones estranjeras se aprovechaban para estraer grandes sumas por sus pescas secas y saladas. Otro tanto se consiguió con el indulto de cuaresma para todos los dominios de esta corona, disminuyendo en mas de una mitad los dias de pescado, y aplicando la limosna de esta gracia al socorro de pobres y de los hospicios y hospitales.

El indulto para reducir los asilos á un solo templo en todos los pueblos del reino, y cuando mas á dos en las capitales, se habia solicitado por el señor rey Felipe II en el pontificado de Gregorio XIII desde el año de 1574. Viendo las dificultades que ponia la curia romana á esta solicitud, la mandó reducir el señor rey Cárlos II á las poblaciones de Madrid y Barcelona; pero tampoco se pudo conseguir. Encargóme V. M. esta materia, y se obtuvo el indulto general para todos sus dominios en los términos en que se está practicando.

Consta á V. M. lo que trabajé de su órden para ajustar las diferencias de la corte de Roma en las de España, Francia, Nápoles y Parma: las dificultades que todos creian insuperables, y se vencieron para ello con noticia y consentimiento de las principales cortes católicas, habiéndoseme encargado toda la direccion y trabajos de estos intrincados y escabrosos asuntos.

El sosiego y providencias contra los exentos mezclados en la sublevacion de Malta: el corte de las discordias de Venecia por asuntos del patriarcado: la secularizacion de las rentas del arzobispado de Monreal en Sicilia, con aplicacion á gastos del Corso, fueron, entre otros negocios, de los mas difíciles que V. M. me encargó, y se terminaron felizmente.

Justo será ya dejar en reposo á V. M., y acabar con la molestia de esta difusa representacion. Solo pido á V. M. que se digne desdoblar la hoja que doblé en otra parte cuando referí la bondad con que V. M. se dignó ofrecerme algun descanso.

Si he trabajado, V. M. lo ha visto, y si mi salud padece, V. M. lo sabe. Sírvase V. M. atender á mis ruegos y dejarme en un honesto retiro: si en él quiere V. M. emplearme en algunos trabajos propios de mi profesion y esperiencias, allí podré hacerlo con mas tranquilidad, mas tiempo y menos riesgos de errar. Pero, señor, líbreme V. M. de la inquietud continua de los negocios, de pensar y proponer personas para empleos, dignidades, gracias y honores, de la frecuente ocasion de equivocar el concepto en estas y otras cosas, y del peligro de acabar de perder la salud y la vida en la confusion y el atropellamiento que me rodea.

Hágalo V. M. por quien es, por los servicios que le he hecho, por el amor que le he tenido y tendré hasta el último instante, y sobre todo, por Dios nuestro Señor, que guarde esa preciosa vida los muchos y felices años que le pido de todo mi corazon. San Lorenzo 10 de octubre de 1788. —Señor. —*El conde de Floridablanca.*

FIN DEL TOMO NONO.

TABLA

De los capitulos de este tomo nono.

LIBRO PRIMERO

Pág.

CAPITULO PRIMERO. *Preliminares.* 1

CAP. II. *Principios del Reinado de Felipe III. Pasa la corte á Valladolid. Sigue la guerra de Flandes con encarnizamiento. Empieza á decaer la Monarquía. Nace Felipe IV.* 5

CAP. III. *Vuelve la Corte á Madrid. Nacimiento de la Infanta Doña María y del Infante Don Cárlos. Jura del Príncipe Don Felipe. Treguas con Holanda. Nacimiento del Infante Don Fernando. Espulsion de los Moriscos.* 12

CAP. IV. *Nacimiento del Infante Don Alonso. Muerte de la Reina. Casamiento de los Príncipes de España y Francia. Guerra contra los Piratas. Hazañas de Don Francisco Rivera contra los Turcos y Venecianos.* . . 20

CAP. V. *Paz en Italia. Ventajas por mar. Conjuracion de Venecia. Viaje de Felipe á Portugal y jura del Príncipe á aquel Reino. Cae de su privanza el Duque de Lerma. Viaje al estrecho de San Vicente. Principios de la guerra de los treinta años. Muere Felipe III. Cuestion de los regulares y consulta del Consejo de Castilla.* 27

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO. *Principios del nuevo reinado. Continua la guerra de Flandes. Privanza del Conde Duque de*

Olivares. Guerra en las Provincias Unidas. Paz de Monzon. Gustavo Adolfo de Suecia. Batalla de Leipsick. Tratado de Quierasco. Vuelve Flandes al dominio de España. Batallas de Lutzen y de Norlinga. Muere en la primera el Rey de Suecia. 44

Cap. ii. *Continuan las guerras de Alemania. Guerra con Francia. Batallas de Avein y de Tesino.* 61

Cap. iii. *Evacuacion de la Valtelina. Paz con el Duque de Parma. Continuan las guerras de Alemania. Sitio de Fuenterrabia. Batalla de Salsas. Sitio de Arras. Sublevacion de Cataluña. Idem de Portugal. Batalla y sitio de Barcelona.*. 65

Cap. iv. *Muerte del cardenal de Richelieu. Siguen las guerras de Alemania. Entran los Franceses en el Rosellon, Mazarini. Caida del Conde Duque. Muere Luis XIII. Funesta batalla de Rocroy. Congreso de Westfalia. Sitio de Lérida. Batallas de Janowitz y Bozzolo. Paz con Holanda. Paz de Westfalia. Muerte del Rey de Inglaterra. Toma de Tortosa y de Barcelona. Batallas de la Roqueta, de Valenciennes, y sitio de Olivenza.* 86

Cap. v. *Sitios de Dunkerque, de Badajoz y de Elvas. Paz de los Pirineos. Casamiento de Luis XIV. Nace el príncipe Don Cárlos. Batalla de Villaviciosa. Muerte de Don Felipe IV.* 105

LIBRO TERCERO.

Capitulo primero. *Principios del reinado de Cárlos II. Continua la guerra de Portugal. Paz de Lisboa. Guerra de Francia. Paz de Aix-la-Chapelle. Caida del P. Nithard. Continuacion de la Regencia. Guerra de Holanda.*. . 115

Cap. ii. *Batalla de Senes y de Morellas. Sublevacion de Mecina. Muerte de Turena. Da fin la Regencia. Combate naval de Palermo. Ministerio de Don Juan de Austria. Paz de Nimega. Muerte de Don Juan. Guerra en los Paises Bajos.*. 122

Cap. iii. *Sitio de Luxemburgo. Tregua de Ratisbona. Sube al poder el Conde de Oropesa. Espulsion de los Estuar-*

dos de Inglaterra. Guerra general. 133

CAP. IV. *Accion de Camprodon. Batalla de Fleurus. Sitio de Mons y de Namur. Batalla Naval de Hoque. Sitio de Gerona. Sitio de Barcelona. Paz de Riswik. Tratado del Haya. Tratado de Londres. Muerte de Cárlos II.* 137

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO. *Principia el reinado de Felipe V. Guerra con Austria. Alianza del Haya. Guerra con el Imperio, Holanda é Inglaterra. Batalla de Luzara. Combate naval de Vigo. Guerra de Portugal. Batalla de Spira. Los Ingleses se apoderan de Gibraltar. Combate naval de Málaga. Batalla de Hocstett y de Cassano..* 157

CAP. II. *Pérdida de Valencia y Barcelona. El ejército real pone sitio á esta ciudad. Pérdida de Aragon. Entran los aliados en Madrid. Pérdida de Alicante y las Islas Baleares. Batallas de Calcinato, de Turin y de Ramillies. Pérdida del Milanesado y de los Paises Bajos.* 168

CAP. III. *Batalla de Almansa. Reconquista de Valencia. Toma de Lérida. Pérdida de Nápoles. Pérdida de Cerdeña y de los presidios de Toscana. Toma de Tortosa. Batalla de Udenarda y sitio de Lila. Pérdida de Oran. Toma de Alicante. Sitio de Tournay. Batalla de Malplaquet.* 176

CAP. IV. *Batalla de Zaragoza. Entrada del Archiduque en Madrid. Combate de Brihuega. Batalla de Villaviciosa. Congreso para tratar de la paz general. Sitio de Douai. Conquista de Gerona. Muerte del Emperador José. Congreso en Utrecht para tratar de la paz. Batalla de Denain. Paz de Utrecht. Sitio y toma de Barcelona y de Cardona.* 183

CAP. V. *Vuelve Mallorca al poder de España. Muerte del Monarca francés. Alberoni. Sus proyectos. Conquista de Cerdeña. Espedicion de Sicilia. Combate naval de Araich. Cuádruple alianza. Caida de Alberoni..* . . 197

CAP. VI. *Espedicion de Africa. Paz del Haya y congreso de Cambray. Matrimonio del Príncipe de Asturias. Muere el Regente de Francia Duque de Orleans. Feli-*

pe V renuncia á la corona de España. 207

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO. *Renuncia de Felipe V, y entronizamiento y muerte de Don Luis I.* 211

CAP. II. *Primeros cuidados de Felipe V al volver al Trono. Tratado de Viena. Ministerio del Baron de Riperdá. Su caida. Guerra contra la Inglaterra. Sitio de Gibraltar.* 214

CAP. III. *Paz de Sevilla. Matrimonio del Príncipe de Asturias. Tratado de Lóndres. El Infante Don Cárlos pasa á Italia.* 218

CAP. IV. *Espedicion de Africa. Reconquista de Oran. Guerra en Polonia. Guerra en Italia. Batalla de Bitonto. Conquista de Nápoles y de Sicilia. Batallas de Parma y de Guastala. Empieza á tratarse de paz.* 222

CAP. V. *Armisticio de Italia. Accede Felipe V á los preliminares de Viena. Hostilidades en el continente de América con los Portugueses. Muerte de Gaston de Médicis.* 228

CAP. VI. *Guerra con los Ingleses. Espedicion del Almirante Vernon. Otra espedicion del Almirante Anson. Muere el Emperador Cárlos VI. Sucédele María Teresa. Guerra de sucesion en Austria. Federico II de Prusia. El Rey de Prusia se apodera de la Silesia.* 231

CAP VII. *Ataque de Cartagena de Indias. Continua la espedicion del almirante Anson. Cárlos Alberto es elevado á la dignidad imperial. Ventajas obtenidas por María Teresa. Paz entre los Austriacos y los Prusianos. Espedicion contra Panamá.* 234

CAP. VIII. *Operaciones militares en Italia. Batalla de Campo-Santo. Alianza entre la Cerdeña, la Inglaterra y el Austria. Evacuan los Franceses la Alemania. Guerra entre los Franceses y los Ingleses. Batalla de Dettingen. Combate naval de Tolon. Campañas de 1744.* . 237

CAP. IX. *Campaña de Flandes. Campaña de Italia. Muerte de Cárlos Alberto pretendiente de la corona de Austria. Francisco I es elevado á la dignidad Imperial. Ba-*

talla de Fontenoy. Carlos Eduardo conquista la Escocia. Batalla de Tanaro. Batalla de Dresde. Conquista de la Lombardia. Paz de Dresde. Pérdida de la Lombardia. Batalla de Plasencia. Toma de Génova. Batalla de Lueja. Batalla de Culloden. El partido de Cárlos Eduardo es vencido. Muerte de Felipe V el Animoso 241

LIBRO SEXTO.

Capitulo primero. *Reinado de Don Fernando VI. Paz de Aix-la-Chapelle. Carvajal. Ensenada. Terremoto en Lisboa. Nueva guerra en el norte de Europa. Los Franceses se apoderan de Menorca. Los Ingleses se apoderan del Canadá. Muerte de Don Fernando VI.* . . . 247

LIBRO SÉPTIMO.

Capitulo primero. *Sube al trono Don Cárlos III. Principio de su reinado. Continua la guerra del Norte. Nueva política. Alianza con el nombre de pacto de familia. Guerra con Inglaterra. Guerra con Portugal. Espedicion contra la Habana. Espedicion contra Manila.* 256
Cap. II. *Preliminares de paz. Paz de Fontainebleau. Política del gabinete Español. Casamiento del Archiduque Leopoldo con una Infanta de España. Casamiento del Príncipe de Asturias. Nuevas desavenencias con la Inglaterra. Muerte del Duque de Parma.* 263
Cap. III. *Ministros de Cárlos III. Grimaldi. Esquilache. Descontento y sedicion. Caida de Esquilache. Muerte de la Reina madre. Espulsion de los Jesuitas. Desavenencias entre el Papa y el Duque de Parma. Los Franceses adquieren la Córcega.* 267
Cap. IV. *Cesion de la Luisiana. Nuevas desavenencias entre Inglaterra y España. Mejoras interiores en la Península. Nuevas poblaciones de Sierra Morena. Estudios de San Isidro. Continuan las desavenencias con los Ingleses. Negociaciones. Convenio celebrado en Lóndres. Guerra entre los Rusos y los Turcos.* 274
Cap. V. *Nuevo desmembramiento de la Polonia. Continuan*

las mejoras interiores del Reino. Tribunal de la Rota. Caida del Conde de Aranda. Revolucion de los Anglo-americanos. Espediciones del Emperador de Marruecos. Espedicion contra Argel. 275

Cap. vi. *Nuevas negociaciones entre Inglaterra y España. Desavenencias con Portugal. Espedicion de los Portugueses. Espedicion de los Españoles que se apoderan de varias colonias Portuguesas en América. Casamiento del Infante Don Luis. Pragmática sobre casamientos. Caida del Ministro Grimaldi. Sube Floridablanca al poder. Tratado con Portugal. Continua la guerra entre la Inglaterra y sus colonias sublevadas.* 279

Cap. vii. *Negociaciones con Portugal. Guerra entre Francia é Inglaterra. Ofrécese Cárlos III como mediador. Intrigas diplomáticas en Madrid. Negociaciones. Apréstase la España para la guerra. Guerra con la Gran Bretaña. Bloqueo de Gibraltar.* 283

Cap. viii. *Espedicion contra la Florida. La Florida Occidental cae en poder de los Españoles. Conquista de Menorca. Insurreccion en el Perú. Batalla naval en los Mares de América. Sitio de Gibraltar. Fin de la guerra entre los Ingleses y los Estados Unidos.* 288

Cap. ix. *Tratado de Paris. Cesiones hechas por las potencias beligerantes. Quedan sosegadas las turbulencias del Perú. Bombardeos de Argel. Paz con los Berberiscos. Negociaciones con Portugal. Paz con los Argelinos. Muerte de Federico II. Tratado entre la España y la Inglaterra. Canal de Aragon. Muerte de Cárlos III.* . . 292

LIBRO OCTAVO.

Capitulo primero. *Principia el reinado de Cárlos IV. Conmociones interiores en Francia y su revolucion. Asamblea constituyente. Alarma de toda la Europa. Confederacion. Caida del Conde de Floridablanca. Elevacion de Don Manuel de Godoy. Guerra con la Francia. Muerte de Luis XVI. Espedicion de Tolon.* 298

Cap. ii. *Continua la guerra con Francia. Muerte de Robespierre. Conquista de los Paises Bajos. Pérdidas en Ca-*

taluña y en Guipúzcoa. Paz con Francia. Tratado de Basilea. Guerra contra la Inglaterra. Paz de Campo Formio. Combate naval del cabo de San Vicente. Espedicion de Egipto. Nueva alianza contra la Francia. Vuelve Napoleon á Francia. 18 *Brumario. Batalla de Marengo. Paz de Luneville y de Amiens. Guerra entre la España y la Inglaterra. Tercera alianza. Rendicion de Ulma. Batalla de Austerlitz. Combate naval de Trafalgar. Paz de Presburgo.* 306

APÉNDICE

Al tomo primero de la Narracion de sucesos históricos desde 1600 hasta 1833.

Numero primero. *Pérdida de Tolon en* 1793. 320

Num. ii. *Derrota del Conde de la Union y pérdida de Figueras en* 1794. 357

Mum. iii. *Tratado de subsidio celebrado en* 1794 *entre la Prusia, la Holanda y la Inglaterra para hacer la guerra á la Francia.* 364

Num. iv. *Tratado ajustado en* 1795 *entre el gabinete inglés y el de Austria.* 367

Num. v. *Tratado concluido en* 1795 *entre la Rusia y la Gran Bretaña.*. 369

Num. vi. *Armisticio ajustado en* 1796 *entre el Papa y Bonaparte.* 374

Num. vii. *Real decreto publicado en* 1795 *abriendo un préstamo de* 240 *millones de reales para atender á los gastos de la guerra contra Francia.* 376

Num. viii. *Presentacion de credenciales al Directorio francés por parte del Embajador de España, despues de concluida la paz con Francia en* 1795. 380

Num. ix. *Célebres debates que tuvieron lugar en el Parlamento inglés, promovidos por Fox é impugnados por Pitt, relativamente á la guerra con Francia y la situacion de Inglaterra.* 381

Representacion hecha al Señor Rey Don Cárlos III por su Secretario de Estado y del Despacho el Excmo. Sr. Don

José Moñino, conde de Floridablanca, etc. etc., en 10 *de octubre de* 1788. *Contiene todas las operaciones ministeriales que desempeñó desde que fué elevado á aquella dignidad en febrero de* 1777, *y otras muchas y diversas comisiones que S. M. le encargó, y se verificaron con feliz suceso en beneficio de la patria y del estado.* . . 401

FIN DEL INDICE DEL TOMO NONO






DP66 .M33 v.9
Historia general de Espana.
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00074 0821